

¿Llegará el nivel del mar a subir por encima de  
nuestras cabezas en apenas treinta años?

# inundación

stephen  
baxter

Lectulandia

2016: Otro verano pasado por agua. Pero esta vez, la barrera de contención del Támesis cede y el centro de Londres se convierte en una marisma. Las aguas se retiran y la economía empieza a recuperarse, pero en cuestión de dos años, Londres y Nueva York se verán sumergidas bajo el mar. El papa se dirigirá por última vez a los fieles desde el Vaticano; la Meca también desaparecerá bajo las olas. El mundo se ahoga. Comienza una desesperada carrera por averiguar qué ocurre. El nivel de las aguas no deja de subir y la humanidad se retira a los puntos más altos del planeta. Comenzarán las guerras por ver quién domina las montañas. ¿Ha llegado el momento de que la humanidad luche por la supervivencia?

2016: Otro verano pasado por agua. Pero esta vez, la barrera de contención del Támesis cede y el centro de Londres se convierte en una marisma. Las aguas se retiran y la economía empieza a recuperarse, pero en cuestión de dos años, Londres y Nueva York se verán sumergidas bajo el mar. El papa se dirigirá por última vez a los fieles desde el Vaticano; la Meca también desaparecerá bajo las olas. El mundo se ahoga. Comienza una desesperada carrera por averiguar qué ocurre. El nivel de las aguas no deja de subir y la humanidad se retira a los puntos más altos del planeta. Comenzarán las guerras por ver quién domina las montañas. ¿Ha llegado el momento de que la humanidad luche por la supervivencia?

2016: Otro verano pasado por agua. Pero esta vez, la barrera de contención del Támesis cede y el centro de Londres se convierte en una marisma. Las aguas se retiran y la economía empieza a recuperarse, pero en cuestión de dos años, Londres y Nueva York se verán sumergidas bajo el mar. El papa se dirigirá por última vez a los fieles desde el Vaticano; la Meca también desaparecerá bajo las olas. El mundo se ahoga. Comienza una desesperada carrera por averiguar qué ocurre. El nivel de las aguas no deja de subir y la humanidad se retira a los puntos más altos del planeta. Comenzarán las guerras por ver quién domina las montañas.

¿Ha llegado el momento de que la humanidad luche por la supervivencia?

**Lectulandia**

Stephen Baxter

# **Inundación**

**Inundación 1**

ePUB r1.2

**Banshee** 02.06.13

Título original: *Flood*  
Stephen Baxter, 2008  
Traducción: Ainara Echaniz Olaizola  
Ilustraciones: [www.blacksheep-uk.com](http://www.blacksheep-uk.com)  
Textura del agua: Superstock

Editor digital: Banshee  
ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

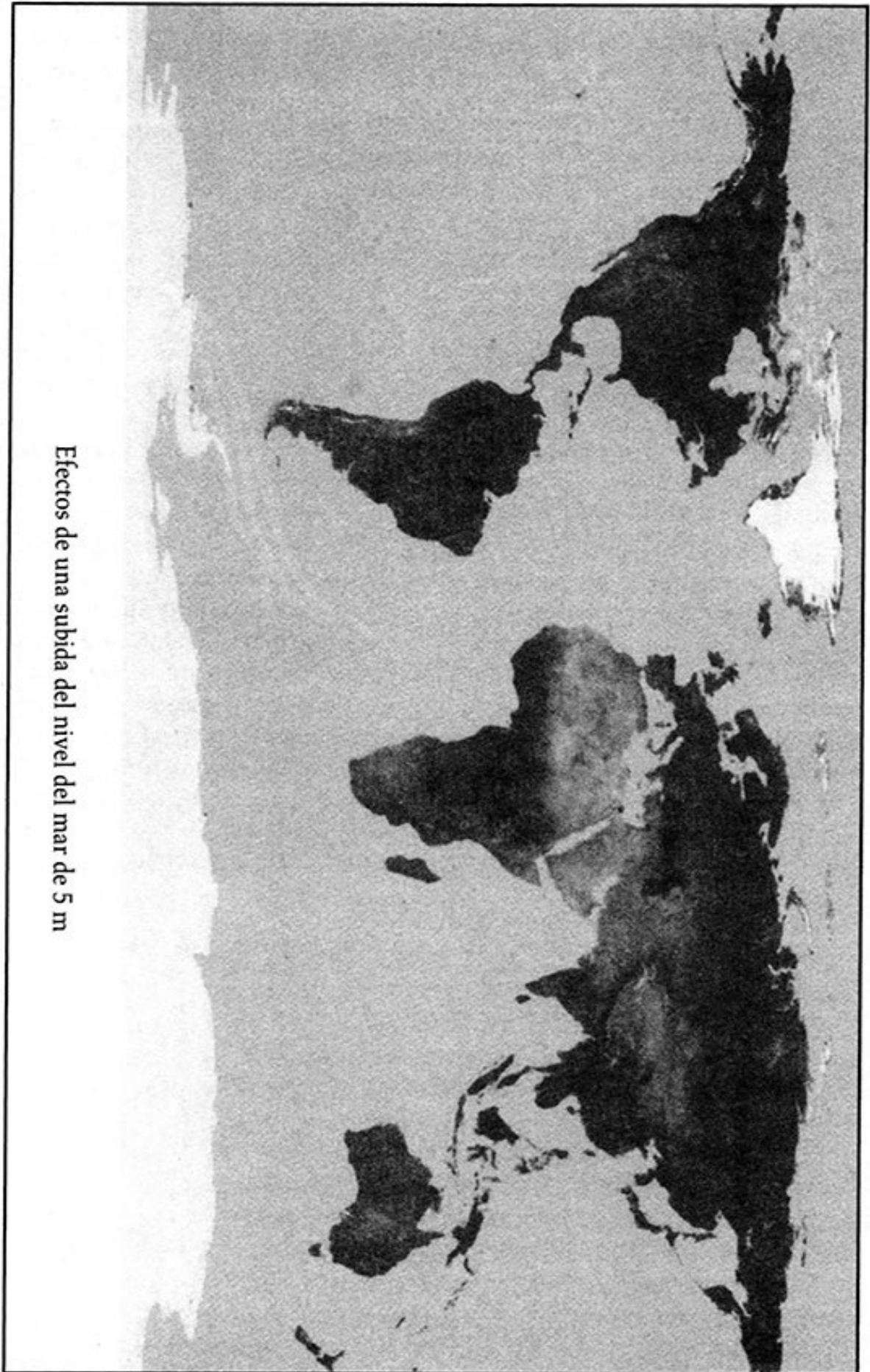
---

Dedicado a Mary Jane Shepherd,  
nacida Ramsey (1930-2007)

**1**

**2016**

**Promedio de la subida del nivel del mar en  
comparación con 2010: 1-5 m**



Efectos de una subida del nivel del mar de 5 m

Julio de 2016

Todos y cada uno de los agujeros y grietas de la carretera estaban llenos de agua. Mientras el camión viraba bruscamente por las calles de Barcelona, el agua salpicó a Lily, que yacía en una plataforma oculta bajo el chasis del camión, en medio de un hedor insoportable, al tiempo que un líquido aceitoso se escurría por debajo de la cinta de embalar que le cubría los ojos y la boca. También llovía, y era una lluvia intensa y persistente que martilleaba en el techo de metal del camión provocando un repiqueteo que se unía al rugido del motor y al eco de unos disparos lejanos.

Otro bache impulsó a Lily hacia arriba y su cuerpo chocó con la superficie de metal del chasis. Se esforzó por mover los labios y gruñó a pesar de la cinta que le cubría la boca. Intentó retorcerse para aliviar el dolor que se concentraba en los hombros y el cuello a causa de los brazos sujetos a su espalda, pero lo único que provocaba cada movimiento era que el dolor se trasladara a otra parte del cuerpo.

Debajo de ella había otro rehén, envuelto en cinta de embalar y encajado bajo el cuerpo del camión: la cabeza de Lily coincidía con los pies del otro rehén y ambos yacían como sardinas en lata. Lily creía que se trataba de Helen. Intentó estirar las piernas un poco, tan cuidadosamente como pudo a pesar del movimiento del camión. Le habían quitado los zapatos y sus pies descalzos tocaron pelo. Pero Helen no respondió. Ya era la séptima, octava o novena vez que Lily se veía envuelta en un traslado como aquel y ya sabía que cada uno de ellos, Helen, Gary, John y Piers, tenían su propia forma de enfrentarse a la experiencia. El estilo de Helen era simplemente quedarse quieta y aceptar lo que fuera a venir. Lo único que le importaba era que al final pudiera recuperar a su bebé.

El camión se detuvo en seco y el motor quedó al ralentí. Lily oyó una conversación muy rápida, llena de atropelladas palabras en español, que ella entendía un poco, y en catalán, del que Lily no tenía ni idea. Una de las voces pertenecía a Jaume, el joven gordo y sudoroso que se ponía nervioso con facilidad. Probablemente estuviera negociando el precio del peaje impuesto por una milicia o por otra. La lluvia continuaba su martilleo sobre el camión y el asfalto, y caía sonoramente sobre la ropa de los hombres que hablaban.

Lily oyó que Jaume subía al camión apresuradamente. Disparos. Una bala se hundió en el chasis del camión con un ruido sordo. El conductor pisó a fondo y el camión salió a toda velocidad, provocando que Lily volviera golpearse los hombros con el metal.

Mientras el dolor invadía su cuerpo y la superficie de asfalto pasaba a toda



velocidad a apenas unos centímetros debajo de ella, Lily se retorció como un pez atrapado en la red, incapaz de moverse, luchando contra el dolor y el pánico que crecía poco a poco. Helen no hizo ni un ruido.

Lily era la que llevaba más tiempo como rehén.

Hacía cinco años, cuando Lily había llegado para trabajar en la embajada americana, España ya estaba sumida en el desastre. El país estaba dividido por separatistas y tensiones étnicas propias, que abarcaban desde los prejuicios centenarios heredados de la invasión musulmana del siglo VIII hasta las divisiones tóxicas provocadas por la guerra civil en el siglo XX. Ahora toda esa amalgama se veía exacerbada por la influencia masiva de inmigrantes de un África que se desertizaba por momentos. La gota que había colmado el vaso y que había facilitado la desintegración del país había sido un golpe de Estado contra la monarquía impulsado por la derecha política.

Mientras las fuerzas de paz y las ayudas internacionales trabajaban sobre el terreno, las grandes influencias de la escena global habían empezado a moverse: por un lado, multinacionales agresivas e instituciones financieras que buscaban el provecho económico en la reconstrucción de un Estado hecho trizas; y por otro, agentes que azuzaban la ira de las masas creando revueltas y anunciando la necesidad de acudir al terrorismo. Las escisiones aumentaron e incluso se superpusieron unas a otras, y España se desintegró, se convirtió en un Estado fragmentado, en un Líbano occidental. Al parecer, ahora incluso las grandes ciudades como Barcelona habían caído en manos de facciones armadas.

Analizando desde el corazón del conflicto, el caleidoscopio de luchas y frágiles alianzas era desconcertante y cambiaba cada minuto. De hecho, al principio Lily había caído prisionera de un grupo fundamentalista islámico que había derribado su helicóptero Chinook. Y ahora estaba en manos de extremistas cristianos. A lo largo de los años había pasado de mano en mano como un paquete en un juego de niños. Y todavía seguía ocurriendo. Porque allí estaba, envuelta en cinta de embalar y escondida en los bajos de un camión, una vez más.

Tras unos minutos, el camión se detuvo de nuevo. Las puertas se abrieron y se cerraron de golpe. Lily oyó a Jaume y a otros guardias que se movían cerca del camión, hablando rápidamente y en voz baja.

Entonces, alguien la agarró por los tobillos y la sacó de debajo del camión. Su cuerpo chocó contra una superficie dura, húmeda y áspera... ¿Adoquines? Le dolió. La lluvia caía inmisericorde y le mojó el abdomen al empapar la camiseta y las piernas desnudas después de colarse por entre la cinta de embalar. Lily no podía ver nada, no tenía ni idea de qué había pasado con Helen.

Unas manos ásperas la cogieron por los pies y las axilas. La levantaron como a un niño, le dieron la vuelta y uno de los hombres se la echó sobre un hombro con una mano sujetándola por las piernas desnudas. La trasladaron a toda velocidad, casi corriendo. Quien fuera el que cargaba con ella tenía que ser muy fuerte: podía ser Lupo o Severo. Pero la carrera hizo que su cuerpo se sacudiera de nuevo, tirando de los brazos que seguían atados a la espalda y sin poder evitar que la cabeza se balanceara. La lluvia le caía sobre la espalda. Tenía los pies fríos. Se sentía vieja, como si tuviera más de los cuarenta años que tenía; y se sentía débil en manos de aquel hombre fuerte y lleno de juventud.

La llevaron a un espacio cubierto, a resguardo de la lluvia. El timbre de los sonidos cambió y el ruido de los pasos apresurados legaba con eco. ¿Una estancia grande y vacía? El guardia se tropezó con algo, sacudió a Lily y maldijo en catalán. Siguió corriendo. Bajó unas escaleras hasta llegar a otro lugar con eco; quizá un sótano. Los pasos eran sólidos, como de roca. La cabeza de Lily rozó un dintel. Tuvo suerte de no hacerse daño.

El guardia, jadeante, se inclinó hacia delante y descargó a Lily. Ella respiró hondo y se preparó esperando chocar contra el suelo, pero aterrizó en una silla, dura, de madera. Un cuchillo le rozó el cuerpo y cortó la cinta de embalar de las piernas y el torso, y luego pasó detrás para liberarle las manos. Lily sintió la punta afilada del cuchillo, pero no resultó herida. Percibió un aliento caliente delante de la cara que olía a comida barata y grasienta. Era Lupo, le gustaban las hamburguesas.

Cuando notó que le liberaban los brazos, Lily sintió deseos de estirarse, de masajearse los músculos doloridos; pero conocía la rutina: extendió la pierna y el brazo derecho. Los grilletes se cerraron ajustadamente en la muñeca y el tobillo, le quedaban estrechos y el metal estaba frío. Dio un tirón de prueba. Oyó el sonido de una cadena muy corta sujeta firmemente a algo.

Seguía sin poder ver nada y tenía tapada la boca. Pero el guardia se alejó y Lily oyó a otras personas en algún lugar de la estancia: las conversaciones susurradas de los captores y los gruñidos de los cautivos maltratados. Se quitó la cinta que le tapaba la boca y respiró profundamente. Después, fue palpando hasta dar con el comienzo de la cinta que le rodeaba la cabeza y le tapaba los ojos, y se la quitó. Mantuvo los ojos bien cerrados por miedo a que la cinta estuviera pegada a los párpados. Le dolió la parte de atrás de la cabeza, pero como la habían afeitado y no tenía pelo, la cinta de embalar no tenía mucho a donde agarrarse. Dejó caer los trozos de cinta al suelo.

Estaba agotada y le dolían todos y cada uno de los músculos. Miró a su alrededor.

Aquel no era el típico sótano. Se parecía más a una cámara abovedada de muros de piedra, tétrica, muy vieja, y dividida en dos por una fila de doce arcos. La única luz procedía de una lámpara eléctrica a pilas. En las paredes había algo tallado, imágenes

de una mujer desdichada sufriendo todo tipo de tormentos, y de refilón Lily vio un sarcófago. ¿Estaban en una cripta? Olía a humedad. Lily vio manchas de humedad en las paredes y un hilo de agua que se filtraba por debajo de los arcos y formaba pequeños charcos polvorientos en el suelo.

Lily estaba sentada en una silla dura de madera con respaldo y la habían encadenado a un radiador de aspecto desvencijado. Tres de los guardias estaban de pie en el centro de la cripta: Jaume, Lupo y Severo. Llevaban sus armas ligeras colgadas al hombro y fumaban con ansiedad. Incluso en aquella oscuridad, Severo llevaba puestas gafas de sol. De hecho, eran las gafas del ejército americano que habían pertenecido a Lily y que la habían quitado el día que derribaron su Chinook. Aquel día se lo habían quitado todo.

El resto de rehenes estaban sentados también en duras sillas de madera formando un círculo y pegados a la pared: iban en camiseta y pantalones cortos, descalzos y todavía tenían restos de cinta de embalar plateada en el cuerpo. Además de Lily, había cuatro rehenes más: todos estaban allí entonces, seguían juntos.

Helen Gray acunaba a Grace, su bebé. Se la habían devuelto al finalizar el traslado y era el centro de su mundo. Helen tenía veinticinco años, era alta y muy pálida debajo de todas aquellas pecas. Su aspecto era muy inglés, muy frágil. Gary Boyle, un científico americano que era más joven aún, lo miraba todo desconcertado como si estuviera aturdido. Su miedo y angustia provocaban el lado salvaje de los guardias y sus brazos y piernas estaban de color púrpura a causa de los moratones de las palizas.

Piers yacía desmadejado en su silla y una sucia toalla le cubría la cara. Piers Michaelmas era un oficial de alto rango del ejército británico que también estaba a bordo del Chinook de Lily cuando este fue derribado. Había estado trabajando para una alianza de países occidentales en un intento de apuntalar el entonces nuevo Gobierno militar. Hacía meses que se había escondido detrás de toallas y vendas en los ojos y apenas hablaba.

Y John Foreshaw, un contratista civil americano, que comprobó la resistencia de sus grilletes, tan tenso e impaciente como siempre. Era el más peligroso en momentos de cambio como aquel.

Todos tenían un aspecto similar, pensó Lily, hombres y mujeres, ingleses y americanos, militares y civiles, jóvenes y no tan jóvenes. Todos llevaban la misma ropa interior sucia, estaban pálidos porque llevaban años sin ver la luz del día, tenían los ojos hundidos, y las cabezas y los rostros afeitados. Pero todos eran blancos y ciudadanos ingleses o americanos, las categorías que los convertían en rehenes muy valiosos.

Allí no había nada más, nada del equipamiento al que estaban acostumbrados en su largo cautiverio: los colchones de espuma y las mantas sucias, las bolsas de

plástico donde tenían que cagar, las viejas botellas de Coca-Cola que contenían el agua potable y donde meaban. Aquella vez no había nada salvo ellos mismos.

Fue John el que habló primero.

—¿Dónde coño estamos ahora?

Jaume se quitó el cigarrillo de la boca y expulsó una nube de humo que apenas había inhalado. Como el resto de aquellos «Padres del Elegido» no tenía más de veinte o veintiún años; la mitad de edad que John, Piers y Lily.

—La Seu —respondió Jaume.

—¿Dónde? ¿Dónde has dicho? ¿Por qué cojones no habláis como Dios manda?

—Una vez, John había sido un hombre obeso; ahora, los carrillos le colgaban de las mejillas y por debajo del mentón, como si se los hubieran vaciado.

Gary Boyle intervino.

—La Seu. Es la catedral. Dedicada a Santa Eulalia, una mártir que murió con treinta años. Vine aquí como turista cuando era niño... —Miró a su alrededor—. Dios mío. Esta es la cripta. ¡Estamos encadenados en la cripta de la catedral!

—Es otro agujero sagrado —dijo Jaume tranquilamente con un inglés fuertemente marcado por el acento español—. Aquí estáis con Dios. —Echó a andar hacia la escalera en penumbra, seguido por los demás.

John le gritó.

—¡Oye! ¡Eh! ¿Adónde vais? ¿Dónde están nuestros colchones? Aquí no hay comida. Ni siquiera hay una bolsa para cagar.

—Dios proveerá —respondió Jaume—. Ha cuidado de la santa desde el siglo IX, ahora cuidará de vosotros.

John empezó a moverse arrastrando sus cadenas que traquetearon sonoramente en aquel espacio cerrado.

—¿Nos dejáis aquí para que nos muramos?

Al momento, Lily se preguntó si John tendría razón. No había nada en aquel lugar que sugiriera que fueran a quedarse mucho tiempo. Se concentró en el pensamiento, en la idea de la muerte, descubrió que no tenía miedo. Llevaba cinco años al cuidado arbitrario de jóvenes asustados e ignorantes; incluso sin los crueles juegos ni los amagos de ejecuciones, Lily se había acostumbrado a la idea de que su vida podía terminar de un segundo a otro. Pero no quería morir encadenada en aquel agujero. Sentía la intensa y profunda necesidad de ver el cielo.

Los guardias continuaron retirándose por las escaleras y John siguió tirando de sus cadenas.

—Jodidos críos. Conseguís un puñado de rehenes y os creéis que podéis controlar el mundo.

—John, tranquilízate —dijo Lily.

John estaba muy enfadado, su rostro morado por la ira.

—Sois unos putos cobardes, me oís. Ni siquiera sois capaces de terminar el trabajo vosotros mismos, no sois lo suficientemente hombres para...

Severo se dio la vuelta y disparó su arma. El ruido sonó intenso en aquel espacio cerrado. El cuerpo de John se sacudió a causa de las balas. Una le dio en la cara, que explotó en una masa sanguinolenta.

Gary gritó.

—¡John! ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios!

—No soy cobarde —dijo Severo sin quitarse el cigarro de la boca. Siguió a los demás escaleras arriba y Lily lo perdió de vista.

John yacía en su silla. La sangre densa se acumulaba en el suelo. Helen se inclinó sobre su bebé, estrechándolo contra su pecho, acunándolo como si no existiera nada más en el mundo. Piers volvió su cabeza encapuchada y su cuerpo, como sin vida.

Gary lloraba, su cuerpo doblado, sacudido por temblores. Lily estaba encadenada a unos metros de él y no podía acercarse.

John había sido un imbécil en muchos aspectos, pero Lily lo conocía desde hacía cuatro años. Ahora, ya no estaba, se había ido en un instante... asesinado ante sus propios ojos. Peor que eso, lo habían desechado. No tenía valor para sus captores, ya no. Y eso significaba que ellos tampoco valían nada ya.

—Se ha acabado —dijo Helen. Era la primera vez que hablaba desde que los habían trasladado allí. Tenía a Grace apretada contra su pecho, la barbilla apoyada sobre la cabeza del bebé—. ¿Acaso no tengo razón? —Su inglés tenía ese acento fresco del norte de Inglaterra y sus vocales eran totalmente monótonas. Había trabajado como profesora de inglés.

—No lo sabes —insistió Lily—. Quizá vayan a entregarnos a otro grupo que llega tarde, eso es todo.

—Han matado a John —dijo Gary apesadumbrado.

—Y esa maldita lámpara se apagará pronto. ¡Miradla! Esos bastardos ni siquiera nos han dado unas baterías cargadas. Nos quedaremos a oscuras con un cadáverapestoso. Nos han dejado aquí para que muramos.

—¡Oh, Jesús! —murmuró Gary. Y Lily oyó que gemían en voz baja. Ella sabía que eso significaba que la vejiga de Gary había cedido.

—No va a ocurrir nada de eso —replicó Lily—. Librémonos de estas cadenas. —Tiró de ellas como prueba. El radiador estaba firmemente encajado en la pared de piedra—. Mirad a vuestro alrededor antes de que se vaya la luz. Tiene que haber algo aquí abajo, algo que podemos usar...

—¿Qué tal unas cizallas?

Aquella nueva voz pertenecía a un hombre, inglés, que bajaba por las escaleras. Todos se inclinaron para ver mejor. Incluso Piers volvió su cabeza encapuchada.

Los alcanzó la luz de una linterna. Lily alzó su mano libre para escudarse los ojos. Consiguió ver dos, tres, cuatro personas que bajaban a la cripta.

—¿Quién está ahí? ¿Quién es? ¿Cómo se llama usted? ¿Me puede ayudar, por favor? Me llamo...<sup>[1]</sup>

—Usted es Lily Brooke. ¿Me equivoco? Capitán del ejército de los Estados Unidos, número de identificación...

—Dígame quién es usted.

El hombre dirigió la luz de la linterna hacia su rostro. Era negro, en torno a la cuarentena, alto y fornido, y vestía lo que parecía un uniforme de combate con una boina púrpura y un logo brillante en el hombro: la Tierra acunada por una mano.

—Me llamo George Camden.

—Es usted inglés. ¿Del ejército?

—Empresa de seguridad privada. Trabajo para AxysCorp. —Señaló el logo del hombro—. He venido para sacarles de aquí. Están a salvo. —Sonrió.

Lily no sintió ningún cambio en su interior, ningún sentimiento de alivio. No podía creerlo. Permaneció tensa y agotada, a la espera de que saltara la trampa.

—AxysCorp —dijo Gary—. John trabajaba para ellos.

Camden redirigió el haz de luz de su linterna.

—¿Usted es Gary Boyle, de la NASA? Sí, John Foreshaw trabaja para nosotros. Operamos conjuntamente con la coalición de las fuerzas de paz y las fuerzas del Gobierno, pero en AxysCorp cuidamos de los nuestros. —Movié la linterna para iluminar los alrededores. Piers se estremeció al notar la luz—. Y ¿dónde está John?

—Acaba de pasarlo por alto —respondió Helen con amargura.

—¿Pasarlo por alto? —El haz de luz de Camden encontró a John—. ¡Ah, maldita sea!

Lily movió su mano encadenada.

—¿Ha mencionado algo sobre unas cizallas?

Camden hizo una señal a sus hombres.

—Manos a la obra.

Una vez liberados, Camden y los demás los ayudaron a salir de la cripta.

El interior de la catedral era una caverna de arenisca, saqueada y quemada. Cruzaron la gigantesca entrada del portal de San Ivo dando traspiés y salieron a la calle. La catedral era un edificio gótico achaparrado, una estructura que había

necesitado siglos de trabajo. Su portada cuidadosamente trabajada estaba llena de agujeros de bala. Llovía con intensidad y constancia y el agua formaba charcos en la calle que hacían que relucieran todas las superficies.

Un pequeño helicóptero los esperaba apoyado sobre sus raíles encima de un montón de escombros de un edificio destruido. Cuando los rehenes aparecieron, dos hombres más de AxysCorp que esperaban junto al aparato se acercaron a ellos corriendo. Lily, una piloto que llevaba cinco años fuera de juego, no reconoció el modelo que lucía el vistoso logo de AxysCorp de la Tierra acunada por una mano.

Cuando los hombres de AxysCorp consiguieron organizarse, mantuvieron a los cuatro rehenes juntos. Helen acunaba a su bebé y Gary parpadeaba ante la intensidad de la luz y sonreía como un niño en Navidad. Piers Michaelmas seguía, incomprensiblemente, negándose a quitarse la toalla sucia que le tapaba el rostro. Lily alzó la mirada con añoranza. Por fin podía ver el cielo de nuevo, pero las nubes eran densas y la lluvia rápidamente le empapó la cabeza afeitada y sus finas ropas. Estaban en julio y por lo menos hacía calor. Pero al verse rodeada de hombres embutidos en verdes uniformes de combate, Lily se sintió poca cosa así como estaba, en ropa interior y casi desnuda.

Un hombre de AxysCorp que lucía una cruz roja en el brazo los examinó superficialmente y después, sin dejar de disculparse, tomó en brazos al bebé de Helen.

—Sólo por poco tiempo... Hasta que salgamos de aquí. Tengo una cunita para ella, así estará más segura. —Helen protestó, pero no pudo hacer nada y el hombre se marchó con el bebé, que reía en sus brazos. Lily pensó que podía sentir cómo se estiraba el vínculo que unía a madre y a hija como si fuera acero sometido a una gran tensión.

—Me sorprende que se sienta tan unida a la niña —murmuró George Camden a Lily—, sobre todo teniendo en cuenta que fue producto de una violación...

—Es de Helen —replicó Lily—. No importa quién sea el padre. Además, está muerto. Sus camaradas se encargaron de él.

—Lo sabemos —dijo Camden amablemente—. Mire, no se preocupe, tómeselo con calma. Están todos a salvo.

—Nada de esto parece real. —Y era cierto: el helicóptero, la catedral castigada, el cielo de plomo... Parecían fruto de las alucinaciones que había sufrido durante sus días de cautiverio solitario.

—Yo conocía a John, sabe. —Camden sonrió. Tenía los dientes blancos y limpios, muchos más limpios que los de Lily después de aquellos cinco años—. Todavía no puedo creer que estuviéramos tan cerca de salvarle después de todos estos años. Si estuviera aquí fuera, no dejaría de quejarse por la lluvia.

—Así era John —concedió Lily—. Pero no ha dejado de llover en mucho tiempo.

Oímos algo al respecto en las celdas en las que estuvimos la última vez, en algún lugar de las afueras. No recuerdo que Barcelona tuviera un clima tan malo.

—Las cosas han cambiado mucho estos cinco años que ha estado fuera de circulación, capitana Brooke. —Sonaron unos disparos lejanos y un rechinar débil. Camden se detuvo para escuchar algo, aunque no llevaba ningún tipo de auricular—. Será mejor que nos vayamos ya. —Y echó a andar hacia el helicóptero.

Durante un momento, los cuatro se quedaron solos de nuevo.

—Supongo que se acabó —dijo Gary convencido—. Después de tantos meses y tantos años.

Lily los miró: a Gary, lleno de esperanza; a Helen, una madre llena de moratones; y a Piers, un hombre frágil.

—Hemos compartido muchas cosas, ¿no es cierto?

—Desde luego —respondió Helen—. Cosas que nunca nadie podrá comprender.

Y ahora, estaban siendo liberados y arrojados a un mundo que evidentemente había sufrido grandes transformaciones.

—Escuchad —dijo Lily obedeciendo a un impulso—. Hagamos un juramento. Seguiremos en contacto, nosotros cuatro. Cuidaremos los unos de los otros. Si alguno de nosotros tiene problemas, los demás lo ayudaremos. Y eso incluye a Grace.

Gary asintió.

—Si algo bueno sale de toda esta mierda, entonces contad conmigo. —Extendió una mano con la palma hacia arriba. Lily puso la suya sobre la de él y Helen cubrió la de Lily. Incluso Piers alargó la mano a ciegas Lily tuvo que ayudarle a colocarla encima de las de los demás.

—Por la vida —dijo Lily—. Y por Grace.

—Por la vida —murmuraron Helen y Gary.

George Camden regresó apresurado.

—Vámonos. Tenemos un C-130 esperándonos en el aeropuerto.

Y todos corrieron detrás de él.

Treparon a bordo del helicóptero y se sentaron en los asientos mientras se abrochaban los cinturones de seguridad. Incluso en esos instantes, Piers se negó a quitarse la toalla que le tapaba el rostro. No permitieron a Helen que tomara a su bebé en brazos, aunque Grace estaba a tan solo un par de metros de ella, en una cuna sujeta a un asiento al lado del médico.

El helicóptero despegó a plena potencia. En su mente profesional, Lily pensó que el despegue había sido un poco rudo.

El aparato se elevó más allá de la fachada de la catedral, un edificio sin forma que se extendía de manera poco elegante y que a esas alturas se parecía más a un montón de piedra arenisca en vez de a algo hecho por la mano del hombre. Lily vio las



cicatrices de la guerra: los boquetes abiertos por los obuses, las agujas destrozadas y los agujeros del tejado, que había ardido hasta la última teja.

Después se elevaron aún más y Lily, llena de curiosidad, echó un vistazo al paisaje de la ciudad. En los cinco años en los que había permanecido prisionera, Lily no había visto más que el interior de los sótanos y los almacenes de la ciudad. Barcelona era una zona en desarrollo que limitaba con la costa mediterránea hacia el suroeste y con montañas hacia el noroeste, y a ambos lados contaba con sendos ríos: el Llobregat al sur y el Besós al norte. Los barrios de viviendas se apiñaban en torno a colinas de poca altura. Los nuevos barrios de viviendas se apiñaban en torno a colinas de poca altura. Los nuevos barrios del interior obedecían a un ordenado esquema de manzanas rectangulares, y rascacielos como agujas de cristal se alzaban en el distrito financiero y en la costa.

Se veían claramente las huellas del conflicto: edificios quemados y calles abarrotadas de escombros donde tan solo podían avanzar los vehículos blindados; una torre de cristal de la que había desaparecido la fachada; un barrio que, al parecer, ardía incontrolablemente. Pero en medio de todo aquel desastre había signos de recuperación y prosperidad en barrios que habían construido murallas a su alrededor y destacaban por sus verdes y blancos jardines y campos de golf, además de por sus relucientes edificios de nueva construcción. Incluso desde el aire se podía apreciar que Barcelona, distorsionada por la violencia y la invasión de las agencias internacionales, se había convertido en una ciudad de barrios de ricos que vivían como en una fortaleza y de barrios antiguos que se desmoronaba a su alrededor.

Y había agua por todas partes. Formaba lagunas en las calles, se acumulaba a los pies de los altos edificios del distrito financiero, brillaba en los tejados planos de las casas y en los sumideros y los desagües, y reflejaba el cielo gris formando piscinas que parecían de cristal fundido. Al parecer los ríos habían desbordado su cauce en las llanuras aluviales. Lily había creído que España se estaba desertizando. Esa era la razón por la que Gary había viajado hasta allí: para estudiar y recrear el mapa de un clima que estaba transformándose en árido.

Hacia el suroeste, el Mediterráneo chocaba constantemente contra los muros de contención del mar y no había ni rastro de las zonas arenosas que Lily conservaba en su memoria. Dio unos golpecitos a Camden en el hombro.

—¿Dónde está la playa?

El soldado sonrió.

—¡Ya se lo he dicho! —gritó Camden—. Las cosas han cambiado, lo que ha sido bueno para usted, de hecho. Las inundaciones han obligado a todo tipo de extremistas a salir de los sótanos, como ratas abandonando un barco. Ya no tenían donde esconderlos. En cuanto al resto... bueno, podrá verlo usted misma.

El helicóptero aceleró y surcó los aires, tierra adentro. Lily se sintió mareada y el

estómago le gruñó por el hambre.

Cuando salieron del Savoy, Lily y Gary tuvieron que abrirse paso por un laberinto de sacos de arena que se amontonaban hasta llegarles a la altura del pecho y que coraban la corta carretera de acceso al Strand, donde iba a recogerles el coche. Un portero uniformado les indicó el camino. Llevaba en la mano un enorme paraguas con el monograma del hotel que los mantenía secos de la silbante lluvia, e iba pertrechado con unas botas de agua que relucían como si les acabara de sacar brillo.

Gary señaló los sacos de arena, que estaban fabricados con una tela semejante a la seda y que estaban marcados con el emblema del hotel.

—Incluso hacen sus propios sacos de arena, y con estilo. Los ingleses sois increíbles.

—Gracias.

Una vez en la calle, mientras esperaban el coche, Lily se dio cuenta de que estaba al aire libre, aunque solo fuera durante unos segundos. Tras pasar días en helicópteros, aviones, coches y camiones; en bases militares, embajadas y hoteles se sentía como si todavía no la hubieran liberado del todo de su encierro. Pero el cielo estaba cubierto de nubes y el aire londinense, mucho más limpio que el que ella recordaba, era caliente y húmedo.

Lily echó un vistazo a lo largo del Strand, a los escaparates de las tiendas y a las entradas de los lujosos hoteles. Muchas cosas seguían igual, aunque otras muchas habían cambiado también. Los autobuses de Londres eran ahora largos vehículos que culebreaban como trenes con sus vagones rojo brillante, resoplando en el agua a través de las calles cuando tenían la oportunidad de moverse en medio de los atascos. Todas y cada una de las superficies a la vista, incluyendo las puertas de los taxis y los paneles de los autobuses, estaban cubiertas por anuncios animados de espectáculos del West End, programas de televisión y de Coca-Cola o Pepsi; y por carteles que pregonaban las bondades de los «artículos duraderos AxysCorp» tales como ropa y electrodomésticos; así como de varias marcas de aparatos electrónicos cuya naturaleza Lily ni siquiera fue capaz de reconocer: ¿Qué demonios era un «ángel»? El fútbol era un negocio más que nunca, a juzgar por la publicidad de la celebración de la final de la liga inglesa entre el Liverpool y el Newcastle United, que se había trasladado de mayo a junio y que se jugaría en Bombay. Y por todas partes se veían eslóganes para la candidatura al Mundial de fútbol: «Inglaterra 2018. Solo quedan dos años». Toda aquella animación y colorido creaba una especie de superficie refulgente que parecía haber sido pintada con spray y colocada especialmente en el mundo, y que era reflejada por el agua aceitosa que cubría las calles.

Y, sin embargo, los peatones que se apresuraban de un lado a otro parecían no darse cuenta de ese juego de luces ni del interminable rugido sordo del tráfico. Muchos de ellos tenían la mirada perdida, algunos hablaban solos, se reían, hacían gestos y ni se inmutaban cuando chocaban los unos con los otros. Lily había crecido en Fulham, un barrio de la ciudad, y aquel día iba de camino a casa de su madre. Nunca se había sentido cómoda en el corazón de la ciudad. Sin embargo, mientras ella había estado fuera, una nueva generación de jóvenes confiados y de mirada soñadora había crecido en la creencia de que Londres y sus maravillas habían sido inventadas hacía un par de días y que aquel instante iluminado por las luces brillantes duraría para siempre.

El coche se detuvo cerca del bordillo, una máquina color plata y reluciente con dos enormes limpiaparabrisas articulados que eliminaban la lluvia del cristal. Era un Ford, pero Lily no reconoció el modelo. Gary señaló que el coche carecía de tubo de escape. Un pase de la embajada americana estaban a la vista sobre el salpicadero y una empapada bandera de barras y estrellas colgaba flácida de un mástil de medio metro. El portero les abrió las puertas mientras les cubría con el paraguas con mano experta. Lily y Gary entraron y se acomodaron en los asientos traseros. El interior era suave y cómodo, estaba limpio y olía a moqueta nueva.

El coche arrancó y se abrió paso entre el torrente de tráfico detenido. El conductor dijo que la ruta directa estaba totalmente impracticable, así que abandonó el Strand tan pronto como pudo y se internó en el laberinto de calles adyacentes. Allí pudieron avanzar poco a poco, antes de verse obligados a detenerse por la cola formada a causa de una cañería reventada.

El conductor los miró por el espejo retrovisor y sonrió. Rondaría los treinta y cinco y tenía una masa de pelo rubio densamente rizado.

—Ustedes son los secuestrados, ¿verdad? La central me ha comentado algo al respecto. —«Comentao algo al respecto». Tenía ese acento que antes, en la época en la que Lily había caído en manos de sus captores, solía llamarse del estuario.

—Éramos los secuestrados, ya no —le corrigió Gary amablemente—. Ahora somos nosotros.

—Ya. Está bien. Eso es bueno. ¿Son americanos los dos?

—Yo no —respondió Lily—. Mitad inglesa, mitad americana. Nacida y criada en Fulham.

—¡Ah! Vale. ¿Les importa si hago esto? —El conductor presionó un botón. La pequeña bandera de barras y estrellas se enrolló alrededor del mástil, que se deslizó hacia abajo y se escondió en el chasis del coche quedando así fuera de la vista—. Casi siempre trabajamos para la embajada, pero no nos gusta tener que decirles que su bandera atrae a las balas.

Gary se encogió de hombros.

—Por mí está bien.

El atasco se movió un par de metros y el conductor aprovechó la oportunidad para desviarse a otra calle adyacente. Consiguieron llegar hasta el final antes de tropezarse con otro atasco.

—Así que les han dejado salir al aire libre, ¿eh? Tiene que ser un alivio.

—Se lo puede imaginar —dijo Gary.

Era cierto, pensó Lily. Todavía tenían algunos compromisos que atender, y el más importante era la recepción que Nathan Lammockson iba a dar en honor de los liberados. Lammockson era el dueño y el presidente ejecutivo de AxysCorp, la empresa que los había rescatado de las garras de los Padres del Elegido. Y después, Lily tendría que acudir a una reunión con algunos oficiales superiores del ejército de los Estados Unidos en Mildenhall, Suffolk, para discutir si todavía había una carrera esperándola en las Fuerzas Aéreas. Pero mientras tanto, los dos estaban contentos con verse libres de médicos y psicólogos, y, en el caso de Lily, de dentistas, porque había necesitado una reconstrucción urgente. En general, los dos habían recibido aquel breve lapso de libertad con agrado.

El conductor meneó la cabeza.

—Cinco años encadenados a un radiador. No puedo imaginarme lo que debe ser eso. Es increíble que no se mataron los unos a los otros. O a ustedes mismos. Aunque yo llevo cuatro años metido en este coche y a veces pienso que tiene que ser como eso. Además, llevo seis casado ¡y eso sí que tiene que ser lo mismo! —Miró a Lily—. Así que una chica de Londres, ¿eh? No ha cambiado nada desde que se fue, ¿verdad? En realidad, nada ha cambiado mucho.

—No recuerdo que aquí lloviera tanto. También llovía mucho en España, ya sabe, donde nos tenían prisioneros.

El conductor hizo una mueca.

—No. Es solo que el clima se ha vuelto loco. Imagínese que este año no han podido terminar la temporada de liga como es debido. Me refiero al fútbol, claro. Es la primera vez desde 1939. Se han tenido que suspender muchos partidos. Y Wimbledon no ha terminado en las dos semanas que le corresponde por primera vez en los últimos tres años. Hay un tipo en la central de taxis que dice que todo es culpa de los chinos.

—¿El qué? —preguntó Gary.

—La lluvia, las inundaciones. China se está secando, ¿no? Esa es la razón por la que quieren que llueva más y a los demás, que nos den.

Lily era incapaz de decidir si el hombre hablaba en serio o solo estaba bromeando.

De nuevo el tráfico se movió y otra vez el conductor se deslizó por un hueco y cogió un desvío. Lily intentó seguir el itinerario. En general, se dirigían hacia el oeste

y hacia el sur a través del laberinto de callejuelas de Mayfair al norte del parque Green. Después, se desviaron hacia Knightsbridge en dirección a la carretera de Brompton.

El conductor la vio prestando atención a los nombres de las calles.

—No se preocupe, cielo, les llevaré allí sanos y salvos. —Sonó como si se hubiera puesto a la defensiva.

—No lo dudo —respondió ella.

—Solía conducir un taxi, uno de esos negros. En este trabajo pagan mejor, pero en aquel me hice con la licencia. Hoy en día las calles y rutas más comunes no funcionan porque están atascadas o inundadas y normalmente haces lo que puedes. La mayoría de los clientes no se dan cuenta de eso, simplemente creen que les quieres desplumar. —Cambió el acento para imitar vagamente al típico inglés del centro-este—. «¿Está usted seguro de que es por aquí, señor conductor?». Por eso lo dejé. El trabajo para la agencia me estresa menos. ¡Eh, pero qué coño...!

Giró violentamente el volante hacia la derecha para evitar chocar con un coche caro que había patinado en un charco de agua sucia y se había estrellado contra un muro. Evitaron la colisión, pero tuvieron que permanecer quietos otros insoportables cinco minutos hasta que la policía hubo despejado la zona del accidente.

Avanzaron un poco más y descubrieron que las obras acometidas en un enorme edificio estaban obstruyendo la calzada. El conductor dijo que muchos edificios antiguos de Londres estaban siendo rehabilitados para construirlos a prueba de inundaciones: se reforzaban los cimientos y los primeros pisos se protegían con sacos de arena. No consiguieron llegar mucho más lejos después de aquello porque se tropezaron de lleno con una multitud formada por hombres de negocios enfadados, compradores y grupos de estudiantes que habían tomado la calle. Se enteraron por las noticias de Flying Eye que la estación de metro de Knightsbridge había tenido que ser evacuada a causa de una inundación. Las noticias continuaron hablando de una tormenta que estaba formándose en el mar del Norte y que se esperaba que azotara en breve la costa este del país.

El conductor apagó la radio y esperaron a que la muchedumbre se disolviera. Lily miró por la ventanilla del coche el tráfico detenido, los coches parados y las calles cortadas; la gente empapada de aspecto triste que chapoteaba por las aceras, todo el mundo intentando seguir con sus asuntos y negocios. En cuanto al viaje impulsivo e improvisado que Lily y Gary habían emprendido, estaba empezando a parecer mucho más largo que unos pocos kilómetros.

Fue un alivio llegar a casa de su madre y salir del coche. Lily no estaba segura de si debía darle una propina al conductor y, si tenía que hacerlo, no sabía cuánto darle; al parecer el país había sufrido cierta inflación los años que ella había estado fuera. Le

entregó veinte libras. El conductor no se mostró decepcionado ni complacido y simplemente se marchó.

Lily inspiró profundamente y se rehízo. Estaban en Fulham, en la carretera de Arneson, aproximadamente a un kilómetro al norte del río. La casa era una de tantas en una interminable hilera de casas adosadas de estilo victoriano tardío. Todas habían sido profundamente renovadas y estaban cubiertas de platos de antenas para la televisión por satélite. Los sacos de arena llenaban el pequeño jardín delantero y el sótano, que tenía una ventana medio escondida que daba a la acera y estaba tapiada después de tanto tiempo. Todo parecía más pequeño de lo que lo recordaba. Se sintió particularmente contenta de que hubiera decidido traer a Gary con ella, como si fuera una especie de recordatorio de su otra vida.

Gary observó titubeante los tres pisos de la casa, los marcos de PVC que habían reemplazado a las ventanas originales de madera.

—Es una casa un poco estrecha —comentó.

—Estrecha pero profunda —replicó Lily intentando ver el lado bueno de las cosas—. Dentro hay más espacio de lo que te crees. Vamos. —Cruzaron la puerta baja de la verja. El sendero había sido limpiado del pegajoso barro que olía ligeramente a alcantarilla—. Además, mi madre hace el mejor pastel de chocolate de todo el oeste de Londres.

Pero no fue la madre de Lily la que abrió la puerta, sino su hermana Amanda. Y así Lily supo que su madre había muerto.

Amanda los guió por la casa hasta la cocina. Desde la puerta de entrada se extendía un espacio abierto totalmente y así había sido desde que los tabiques habían sido derruidos en una reforma alrededor de 1970.

Lily observó con curiosidad cada rincón. Los libros de su madre habían desaparecido, al igual que sus gastados muebles que eran como antigüedades. La ajada moqueta que Lily recordaba de su infancia había sido sustituida por baratas baldosas de cerámica. La parte inferior de las paredes carecía de papel pintado y Lily podía ver las grietas que cruelmente se habían abierto en la escayola al colocar los enchufes a un metro del suelo. La chimenea, que había sido tapiada en la reforma de los setenta, estaba de nuevo abierta y manchada de hollín, lo que evidenciaba un uso reciente.

La diminuta cocina había sufrido menos modificaciones que la sala de estar y estaba tan abarrotada como recordaba Lily; aunque ahora lo estaba con los trastos de Amanda, principalmente cantidades ingentes de botes de especias y jarras que apoyaban su pasión por la cocina india. Amanda les ofreció a ambos sendos taburetes altos y les ofreció dos tazas de infusión de manzanilla bien caliente. En una estantería sobre la mesa había una hilera de fotografías de la madre de Lily, los hijos de Amanda y un gran retrato de la misma Lily facilitado por el ejército de los Estados Unidos; una versión más joven de sí misma que lucía embutida en un uniforme impecable. Lily se sintió conmovida al verse allí.

Intentó hacerse a la idea de que todo lo que se refería a su vida había cambiado mientras había estado ausente de ella: que su madre había muerto hacía dos años, que su hermana se había mudado de su viejo apartamento en Hammersmith a la que había sido la casa familiar. Quizá Lily había estado alejada demasiado tiempo. Tuvo que admitir que no sentía nada al respecto.

Y se dio cuenta de que Gary, a quien había llevado a casa obedeciendo a un mero impulso, se sentía incómodo de haber tropezado con una tragedia familiar.

Gary lo sabía todo sobre Lily y su familia a raíz de aquellas interminables conversaciones en Barcelona. La madre de Lily era una especie de novia del Ejército que se había enamorado y casado con un piloto de las Fuerzas Aéreas estadounidenses destinado en Suffolk. Habían tenido dos hijas antes de que él muriera por fuego amigo mientras trabajaba en apoyo logístico en la primera guerra del Golfo. Lily nunca había vivido en los Estados Unidos, pero tenía doble nacionalidad. Tras la muerte de su padre cuando ella tenía catorce años, su madre se había convertido en el pilar de su vida.



—No he querido contártelo por teléfono cuando has llamado para decir que venías —explicó Amanda. Estaba tensa.

—Te lo agradezco —dijo Lily.

Amanda tenía treinta y cinco años y por lo tanto era cinco años más joven que Lily. De hecho, tenía la misma edad que Lily cuando había sido secuestrada. Amanda siempre había sido más alta y delgada que su hermana. Llevaba el pelo oscuro recogido en un moño en la nuca y lucía un vestido negro que parecía muy práctico aunque una talla más pequeño de lo que ella necesitaba. Aunque no había ni rastro de humo en la casa, Lily creyó ver signos del antiguo hábito de su hermana: un vacío del tamaño de un cigarrillo en la forma en la que Amanda colocaba los dedos de la mano derecha.

—Lo que no entiendo es por qué el Gobierno no te ha informado. Ya llevas cinco días fuera de España.

—Creo que están preocupados por si los hechos traumáticos que hemos sufrido nos han causado algún trastorno. —Esto se debía a Piers Michaelmas, que claramente había salido muy trastornado de su cautiverio—. Nos dan las noticias poco a poco. Las seleccionan.

Gary miró alrededor y dijo:

—Parece que usted también ha sufrido hechos traumáticos por aquí.

—Bueno, en primavera tuvimos una inundación. Ha sido todo tan endiabladamente complicado que no os lo creeríais. Ya sabéis, el seguro y eso. Hay que esperar una eternidad a que pase un perito y mientras tanto no puedes tocar nada. Ni siquiera puedes limpiar el barro. Apestaba, Lily, n te lo puedes imaginar: barro de la calle y suciedad de las alcantarillas por todo el suelo. Hubo que tirar las moquetas, claro. No había luz ni agua ni gas, el suelo se combó y el agua siguió filtrándose y apestando semanas después. Fue una pesadilla. Tuvimos mucha suerte de que no nos salieran hongos tóxicos en las paredes como a la vieja señora Lucas. ¿Te acuerdas de ella? Y cuando por fin viene el perito del seguro nos dice que solo pagan si te comprometes a hacer obras para acondicionar la casa para soportar el nuevo clima. Aunque tengo que confesarte que prefiero las baldosas a la moqueta. ¿Tú no? Son mucho más fáciles de mantener limpias. Pero tuvimos mucha suerte, Lily, ¿sabes? Muchas de las casas de alrededor están condenadas.

—Supongo que estos viejos graneros no se construyeron para soportar inundaciones —comentó Gary—. ¿Qué ocurrió? ¿El río se desbordó?

—No. Fue una crecida rapidísima...

Un tremendo diluvio siguió a varios días de lluvia continua que había desbordado y atascado los desagües y alcantarillas de la época victoriana. Como no tenía a dónde ir, el agua corrió por la superficie buscando un camino para llegar al río, inundando calles y entrando en casa y escuelas.

—Los niños llegaron a casa justo antes de que el nivel del agua empezara a subir en la calle, tuvimos mucha suerte. Entró por debajo de la puerta. Subimos al piso de arriba y nos acurrucamos allí. Vimos cómo la riada se llevaba un coche calle abajo, ¿puedes creerlo? Después, un barro oscuro que apestaba a alcantarilla empezó a salir por el desagüe del fregadero e incluso por la taza del váter. Aquello asustó mucho a los niños, te lo digo en serio. Doy gracias porque mamá no viviera para verlo.

—Es increíble que os haya sucedido todo eso y yo no tuviera ni idea —dijo Lily.

—Ni sobre lo de tu madre —intervino Gary—. Ahora me alegro de haber hablado por teléfono con mi familia, con mi madre. Estoy deseando verlos en persona.

Amanda les sirvió más tisana.

—¿Cuándo le enviarán a casa?

—Dentro de un par de días. He oído que es complicado que los vuelos comerciales despeguen de los aeropuertos.

—Y tanto. Heathrow tiene las pistas inundadas y la electricidad se va cada dos por tres.

—Pero usted no es militar, ¿no?

—No, pero trabajo para ellos a menudo. Soy un científico especialista en clima. —Acababa de salir del Instituto Goddard para Estudios Espaciales, una institución de la NASA, cuando el Ejército le captó—. Por eso estaba en España. Es un punto algo parecido al norte de África, o al menos eso era lo que sucedía antes. Esta lluvia no aparecía en los últimos modelos y todavía no me he puesto al día con los últimos datos. Iba de camino a comprobar sobre el terreno unas formaciones de dunas de arena cerca de Madrid captadas por Geosat cuando de pronto, *brum*, un coche aparece de la nada y se detiene delante de mí.

—No puedo llegar a imaginar cómo se tuvo que sentir usted.

—Lo primero que pensé fue: ¿Cómo voy a terminar mi trabajo? —dijo Gary.

Lily recordó que ella había sentido algo parecido cuando se la habían llevado. No fue el miedo lo primero que la asaltó, sino la irritación por que la sacaran de su vida, la alejaran de sus deberes... Eso y cierta conmoción tras estrellarse el Chinook, aunque ella, su tripulación y los pasajeros habían conseguido salir todos sanos y salvos. Al principio Lily había estado convencida de que los liberarían en dos semanas, o en tres o cuatro. Poco tiempo después de ese plazo, la realidad de su largo cautiverio consiguió abrirse paso hasta su consciencia y así surgieron otra serie de intensas reacciones. Al echar la vista atrás, Lily se preguntó si habría conseguido mantener la cordura de haber sabido desde el principio que iban a tener que pasar cinco años antes de ser libre de nuevo.

Amanda la observaba en silencio.

—Lo siento —dijo Lily—. Me he quedado absorta en mis pensamientos.

—Tenemos que hablar de algunas cosas, Lil —dijo Amanda inquieta—. Del

testamento, por ejemplo.

—¡Ah! —En aquella extraña media hora que llevaba en casa no se le había ocurrido pensar en eso.

Gary se levantó y dejó la taza sobre la mesa.

—Sabéis, necesitáis un poco de tiempo a solas.

—No hace falta que te vayas.

Gary sonrió. Tenía un rostro redondo que podría haber tendido a la obesidad, una boca que sonreía fácilmente y una frente pecosa debajo de una masa enredada de pelo rojizo que estaba en retirada. Cubrió la mano de Lily con la suya.

—Acabas de recibir noticias muy malas, cariño. Estaré bien. Es lo mejor.

Amanda también se puso de pie.

—Es muy amable por su parte, aunque ahora mismo creo que soy la peor anfitriona del mundo. Si quiere dar un paseo, baje hasta Fulham Road en esa dirección. —Amanda se lo indicó con un gesto—. Llegará a la calle High y luego al río, cerca del puente Putney. Allí hay parques y un paseo por la ribera del río.

—Suenan bien. Daré de comer a los patos y volveré en... ¿un par de horas?

—Te empaparás —dijo Lily.

—No si los *pubs* ya están abiertos, ¿no? *Eh...* ¿Puede prestarme un paraguas?

Amanda le acompañó hasta la puerta.

Las hermanas se quedaron sentadas en los altos taburetes de la cocina, compartiendo una caja de pañuelos de papel mientras hablaban de su madre, de la casa, de los hijos de Amanda y de cómo ella no había conseguido que enterraran a su madre cerca de casa. En Londres incluso los cementerios estaban abarrotados.

—Mamá nos ha dejado todo a partes iguales. Cuando murió, la herencia fue inmovilizada durante un año. No teníamos noticias de si estabas viva o muerta. Al final, los abogados acordaron ejecutar el testamento y liberar los bienes de mamá. Nos dieron las llaves de la casa, así que vendimos el apartamento y nos mudamos aquí. Si no lo hubiéramos hecho no habríamos podido hacer frente a los gastos de la finca, la reparación de los daños provocados por la inundación y no sé cuántas cosas más. El bastardo de Jerry todavía me pasa la pensión de los niños, pero me paga lo menos posible y no alcanza para nada... —Lily notó que su hermana se estaba poniendo muy nerviosa de lo culpable que se sentía—. Lo siento, Lil. Creía que habías muerto. Tenía que arreglar las cosas.

Lily apoyó una mano sobre el brazo de su hermana.

—No lo sientas. Hiciste lo que tenías que hacer.

—Puedes mudarte aquí y vivir con nosotros. O podemos vender la casa y dividirnos el dinero, lo que tú quieras. Aunque los precios de las casas han bajado mucho en Londres desde la inundación.

—No tenemos que decidir eso hoy mismo.

Para cuando la puerta principal se abrió y los niños irrumpieron en tropel, las dos se habían desahogado tras contarse casi todas sus preocupaciones.

Lily no había visto a sus sobrinos desde un año antes de que la secuestraran, un tiempo que había lamentado durante aquellos cinco años. Ahora los niños estaban allí, crecidos como girasoles, y les habían permitido salir antes del colegio para ir a ver a su tía.

Kristie todavía era suficientemente pequeña como para dar un abrazo a su tía a la que no veía hacía tanto tiempo, tal y como le habían dicho que hiciera. La niña ya tenía once años y sonrió a Lily mostrando los dientes y el aparato de acero que los cubría.

—Te has perdido los Juegos Olímpicos —dijo.

Benj, que tenía trece años y el pelo amarillo fluorescente, era más tímido; y una expresión soñadora asomaba en su rostro, como si el chaval no fuera consciente de las cosas que lo rodeaban. Los dos niños vestían ropas coloridas. Kristie llevaba una mochila rosa intenso a la espalda y un collar de gruesas cuentas de ámbar al cuello. Lily pensó que los dos parecían aves exóticas, fuera de lugar en el mundo gris de los adultos, asolado por inundaciones y lluvia.

—Habéis salido pronto del colegio —dijo. Y era cierto, ni siquiera eran las tres todavía.

Kristie se encogió de hombros.

—El patio estaba lleno de agua.

Amanda arqueó una ceja.

—Es por la lluvia, las inundaciones. En el colegio no les dejan salir al recreo, ni siquiera a jugar. Vuelven a casa llenos de energía. Me agotan, la verdad.

—Y los Juegos Olímpicos —dijo Kristie—. ¡Los Juegos Olímpicos han sido en Londres y tú estabas atrapada en España! ¿Pudiste verlos?

—Bueno, no —admitió Lily. Aunque los prisioneros habían tenido tiempo para pensar en los Juegos Olímpicos. Llevaban la cuenta del tiempo gracias a fechas importantes como aquellas, acontecimientos que recordaban del mundo exterior: «Más o menos ahora debe estar sucediendo esto en tal o cual sitio»—. No teníamos televisor. ¿Estuvo bien?

—Yo fui todos los días de la última semana —dijo Kristie orgullosa.

—Eso ha tenido que ser muy caro.

—En realidad no —respondió Amanda—. Los Juegos no fueron muy bien: el clima, los escándalos de dopaje, los terroristas... Al final regalaban las entradas a los niños y a los pensionistas para llenar los estadios. Después de todo, estos niños van a estar pagando esos Juegos el resto de sus vidas.

—¿Así que tú también fuiste, Benj? —preguntó Lily.

Benj se encogió de hombros.

—Un par de días. No fue gran cosa. Y pasó hace años.

Amanda le lanzó una mirada de reproche.

—¿Estás enganchando al ángel? ¿Cuántas veces te he dicho que no lo utilices cuando tenemos invitados?

—Mamá...

—He oído hablar de esas cosas —dijo Lily—. ¿Por qué no me enseñas lo que es, Benj?

El niño rebuscó en un bolsillo de su chaqueta y sacó un aparato tan delgado como un cigarrillo. Pesaba bastante, no tenía cables y estaba caliente por el calor corporal de Benj. El niño lo puso en marcha sin pararse a pensar y Lily no pudo seguir todos los pasos, pero de pronto una alegre canción pop empezó a sonar dentro de su cabeza: «Te quiero más que a mi móvil / Eres mi ángel, eres mi televisor / Te quiero más que a mi móvil / Te guardo en mi bolsillo y me cantas...». El ángel transmitía la música directamente al centro sensorial de Lily y estimulaba remotamente su oído sin necesidad de cables o auriculares.

—Dios.

—Eso que suena es *Móvil* —explicó Benj—. El gran éxito de este año.

—Nunca lo había oído. Bueno, es normal que no lo haya hecho.

—Y claro, todo el mundo tiene que tener un aparato de esos, ¿sabes? —dijo Amanda—. Es una moda. Si no lo llevas, cualquier crío de la calle te insulta porque cree que deberías llevar la cabeza llena de guitarras y baterías.

Benj asintió sabiamente.

—Por eso no está permitido llevarlos encima en el colegio.

—Y están preparando una versión con vídeo. ¡Imagínate!

—Es increíble descubrir todas las cosas nuevas que hay desde que me fui.

—Nada de utilidad —comentó Amanda—. En realidad son meras distracciones. Lo que necesitamos de verdad son grandes obras de ingeniería para mantener a raya las inundaciones. La barrera de contención del Támesis no es suficiente. Pero claro, hoy en día eso no se lleva.

—En el cole estudiamos las inundaciones —dijo Kristie. Dejó caer su mochila de plástico sobre la mesa y empezó a rebuscar dentro—. En ciencias ecológicas. Los Fens están por debajo del nivel del mar. Cuando se inundan, el agua se estanca. Antes solían drenarla o sacarla con bombas, pero ahora es más complicado porque el nivel del mar ha subido un metro.

—¿Un metro? ¿De verdad?

Kristie la miró ligeramente ofendida porque Lily no la creyera.

—Lo hemos aprendido en el cole —repitió—. Nos dijeron que teníamos que ir

apuntando en un cuaderno todos los cambios que viéramos.

—¿Qué tipo de cambios?

—Cosas raras que pasan en las inundaciones. Mira. —Sacó su ordenador portátil de la mochila, lo dejó sobre la mesa y trasteó con los botones. Lily se acercó para verlo de cerca.

El primer vídeo trataba de un anciano que afirmaba que en sesenta años no se había perdido ni un solo partido de fútbol de su equipo, el Crystal Palace: «De joven y de viejo, con lluvia y con sol, yo apoyo al Palace». Tenía el acento suave y anticuado del sur de Londres. «Con lluvia y con sol, desde que tenía diez años, pero esta semana habría tenido que ir nadando al campo en Peterborough. Nunca me había perdido un partido, pero ahora...». Como contraste, Kristie había montado un pequeño vídeo sobre la noticia de que la final de liga se iba a jugar en Bombay: el fútbol estaba a un mundo de distancia; y si eras seguidor de un equipo local, ya ni siquiera podías llegar a él.

Otro vídeo trataba de América. Una mujer negra describía cómo había tenido que abandonar su hogar en la bahía de San Luis, al este de Nueva Orleans. El cuerpo de ingenieros del ejército habían desarrollado un gigantesco proyecto de recolocación en la costa del golfo, abandonado las franjas costeras para convertirlas en tierras baldías que formaban barreras naturales para protegerse de las tormentas tras el Katrina. El Gobierno federal había comprado su casa a aquella mujer, que luego había sido trasladada. Pero también se había visto obligada a abandonar su nuevo hogar tierra adentro ante la súbita llegada de una nueva y aún más dramática inundación. «Nunca quise venir aquí. La bahía era mi hogar, el hogar de mi mamá. Pero el Gobierno me dijo: "Mujer, tienes que largarte", así que cogí a los niños y al perro, y me marché. Y ahora, mire, el maldito océano está ante mi puerta de nuevo, y lo que yo quiero saber ahora es qué sentido tiene mudarse de acá para allá si el mar te va a seguir a todas partes...».

Un pequeño fragmento de un informativo infantil destacaba los efectos que las inundaciones tenían sobre la fauna del jardín particular. Había imágenes impactantes de residuos de río enganchados en las ramas de los árboles; de cómo la lluvia se llevaba por delante los huevos que los insectos habían depositado en las hojas de las plantas, así que los pájaros no tenían qué comer en su época de apareamiento. En el jardín de Kristie, y en toda Inglaterra, la población de herrerillos comunes se había reducido drásticamente.

—Estos vídeos son buenos —dijo Lily a Kristie—. Me refiero a que los has elegido muy bien, tienes buen ojo. Quizá de mayor deberías ser periodista.

—Quiero ser escritora —replicó Kristie—. Historias en vez de noticias.

—Las inundaciones destruyen las tierras de cultivo —masculló Benj, molesto por no recibir la atención adecuada—. Hemos estudiado eso también, lo que ocurre en

Yorkshire. La tierra se cubre de agua salada y las vacas no se comen la hierba, las hojas de los árboles se marchitan, los espinos se ennegrecen y esas cosas. Ha provocado la crisis de la industria de los seguros agrarios.

—No nos importa la crisis de la industria de los seguros agrarios —replicó Amanda—. Id a lavaros antes de comer nada.

Sonó un timbre estridente. Lily sacó el móvil que le había facilitado la embajada. Era un aparato plano y delgado como una piedra de río, suave al tacto. Se llevó el aparato a la oreja. Era Helen Gray, que sonaba enfadada y muy angustiada.



Lily no tenía ni idea de cómo utilizar aquel móvil de tecnología punta para contactar con Gary Boyle. De hecho, ni siquiera conocía su número de teléfono. Así que salió de la casa para ir en su busca enfundada en un pesado abrigo impermeable que había tomado prestado de Amanda.

Esquivando las salpicaduras de los coches, Lily llegó hasta la carretera de Fulham, una calle que recordaba muy bien de su infancia, aunque había sufrido muchos cambios, algunos de ellos muy recientes. Las grandes villas antiguas habían sido transformadas en apartamentos o habían sido derruidas para construir tiendas, restaurantes, gasolineras y agencias inmobiliarias. Se podían ver los estragos causados por la inundación por todas partes: la marca de la altura a la que había llegado el agua en los muros exteriores, barro en los jardines delanteros y cierto hedor residual a alcantarilla. De hecho, muchas de las propiedades estaban tapiadas, condenadas a causa de los daños causados por la inundación.

Bajó por la calle Fulham High para salir a la carretera del puente Putney. Una tienda anunciaba entradas con descuento para los espectáculos del West End. Amanda le había contado que era tan difícil viajar en aquellas condiciones que era muy fácil conseguir entradas para la ópera, los espectáculos, e incluso para los partidos de fútbol. Los restaurantes siempre tenían mesas libres, pero los menús estaban muy limitados porque la distribución internacional de alimentos era cada vez más complicada.

Antes de llegar al río, tomó una callejuela para llegar al parque Bishop, un frondoso jardín desde el cual la esbelta torre del palacio Fulham se asomaba hacia el cielo. La lluvia, menos intensa, siseaba al atravesar las hojas de verano de aquellos ancianos árboles. El césped estaba inundado y los patos y demás aves acuáticas nadaban complacidas en enormes estanques en los que asomaban la hierba y los árboles.

Encontró a Gary sentado en un bando en el sendero de la ribera del río, delante de una barandilla verde de la que colgaba un salvavidas anaranjado. Gary tarareaba algo en voz muy baja y no dejaba de mover el pie. Estaba claro que había descubierto los ángeles. Cuando habían estado encerrados en los sótanos, Gary siempre había dicho que echaba mucho de menos la música. Lily supuso que ahora se estaba poniendo al día.

El Támesis bajaba crecido y las aguas eran rápidas. A Lily le pareció que era una furiosa bestia gris que pasaba con todas sus fuerzas bajo los arcos de arenisca del puente Putney. En la orilla opuesta, los embarcaderos y varaderos relucían bajo la

lluvia: nadie remaría en un día como aquel.

—Desde que me he sentado aquí han pasado siete personas corriendo y cuatro paseando a sus perros —informó Gary.

—En algún lugar de este parque —dijo Lily—, hay una placa en recuerdo de las Brigadas Internacionales, las que lucharon en el bando republicano en la guerra civil española.

—El mundo es un pañuelo —dijo él—. Tu hermana es muy amable. Me ha hecho sentir bienvenido.

—Bueno, de alguna manera es su trabajo. Trabaja como coordinadora de eventos. Se tomó unos días libres cuando se enteró de que me habían liberado. Dice que mañana irá a buscar a los niños al colegio y que los llevará al Dome en Greenwich, como premio de fin de curso...

—Me da la impresión de que el río está muy crecido.

—Y a mí.

—A pesar de que estemos tan lejos de la costa, ¿aún le afectan las mareas?

—Creo que sí.

—Mira esto. —Sacó su pantalla portátil, un regalo de AxysCorp, en la que había estado viendo las noticias y grabando algunos vídeos. La resguardó de la lluvia con una mano.

No era solo Londres. Casi todo el país estaba al borde de sufrir una inundación crónica, un acontecimiento que se había convertido en algo normal aquellos días. Los grandes ríos del Reino Unido habían crecido, todos se habían desbordado en algún punto y se habían tenido que levantar campamentos de refugiados, parques de caravanas y tiendas de campaña en tierras más altas cerca del río Trent, el Clyde y el Severn incluso a tanta distancia como Shrewsbury. Liverpool lo estaba pasando especialmente mal aquel verano. Lily quedó impresionada por las imágenes de East Anglia recogidas por satélite. El mar había sobrepasado sus antiguos límites naturales en los Fens y había avanzado hacia Wisbech y Spalding dando lugar a nuevos lagos que, en la pantalla, se veían de color azul oscuro.

Las imágenes no parecían reales. Lily se sorprendió de que el único tema de conversación de todo el mundo no fuera lo que para ella suponía un inmenso proceso de transformación. Pero se imaginó que a lo largo de los años la gente había acabado por acostumbrarse. Ella acababa de aterrizar en aquel futuro incierto.

—Algunos de estos incidentes tienen que ver con ríos: llueve de forma excepcional y los ríos crecen, claro. Sin embargo, las inundaciones de la costa vienen del mar... Supongo que habrás recibido una llamada de Helen.

—Sí. No sabía que ese bastardo de Said era el hijo de un príncipe saudí. Deberíamos sentirnos privilegiados de que fuera él el que nos torturara.

—Sí, claro —respondió él amargamente.

La mayoría de sus guardianes habían sido españoles, pero cuando habían estado en manos de las facciones islamistas, sus captores habían llegado de más lejos. Algunos radicales musulmanes soñaban con recuperar Waqf, el territorio conquistado en la primera expansión islámica en el siglo VIII, para quitársela a España y devolvérsela a Iraq. Y así, sus combatientes llegaban a España desde todos los rincones del mundo islámico.

En realidad, a los prisioneros no les había importado nada la procedencia de sus captores. Todo lo que importaba de ellos era cómo les trataban. Tanto los cristianos como los musulmanes eran hombres muy jóvenes radicalizados por las iracundas palabras de los predicadores, y casi todos carecían de la educación más básica y estaban obsesionados con el sexo. Algunos eran más o menos estables, normales en apariencia, capaces de ser amistosos con los prisioneros y algunos incluso buscaban afecto en ellos.

Pero otros guardias los torturaban, a pesar de que se suponía que eran rehenes valiosos. Los castigaban dándoles palizas y azotándolos con cinturones. Normalmente solía haber una razón que provocaba las palizas, como cuando Lily había decidido someterse a una huelga de hambre. Pero algunos habían ido tan lejos que sus acciones eran imposibles de justificar. Esos eran los jóvenes confundidos que descargaban sobre los prisioneros sus propias frustraciones y confusiones, y no les importaba quién eras o qué habías hecho. La peor experiencia de Lily había sido una paliza *amateur*: la habían inmovilizado, sujetándole los brazos a la espalda y atándoselos a sus propios tobillos, y después le habían golpeado las plantas de los pies con una barra de hierro; una experiencia increíblemente dolorosa. En aquella ocasión el artífice no había sido Said, sino un hombre muy parecido a él.

Lily había llegado a la conclusión de que el motivo de dichas palizas era siempre sexual, aunque el ataque en sí no tuviera ese carácter: podías sentir la excitación del hombre que se cernía sobre ti, oler su aliento que caía sobre tu nuca y oír el profundo jadeo en sus pulmones.

En cuanto al sexo en sí mismo, ella había sido atacada y manoseada por jovencitos imberbes, pero al parecer había algo en la actitud de Lily que los avergonzaba en vez de excitarlos. Helen Gary, que era quince años más joven que ella, no había tenido tanta suerte. Después de ser violada dos o tres veces por Said, los guardias habían tenido que poner fin a los asaltos. Lily no estaba segura de cuántas veces había sucedido, porque en cada una de las ocasiones Helen había sido separada de ellos y a su regreso se había negado a hablar sobre lo ocurrido. Sin embargo, la sangre y los moretones hablaban por ella.

Pasada una temporada, Said se marchó, quizá destinado a otro frente en el gran campo de batalla.

Pero antes de irse dejó embarazada a Helen. Su embarazo en cautividad, ayudada

por sus compañeros y sus escasos conocimientos sobre primeros auxilios o medicina, y su posterior parto a manos de un asustado estudiante de medicina reclutado a la fuerza, había sido terrible. Pero al final, Helen dio a luz a un bebé, Grace, a quien ella quiso de inmediato y a la que cuidó con todo su cariño durante cada día de su cautiverio.

—Y Helen nunca supo que había dado a luz a un bebé de sangre real saudí —dijo Gary—. ¡Una princesa!

Helen estaba convencida de que esa era la razón por la que no le habían devuelto a su niña desde que los habían rescatado de la Seu hacía cinco días. Probablemente el bebé estaba en el centro de un complicado conflicto internacional.

—¿Crees que por eso nos ha llamado Helen? ¿Crees que por eso ha insistido tanto para que vayamos a la fiesta de AxysCorp?

—Supongo. Si Lammockson ha podido sacarnos de Barcelona, quizá pueda traer al bebé de vuelta desde Riad o desde donde demonios esté. Así que quizá será mejor que vayamos.

—Claro —respondió Gary—. Dijimos que permaneceríamos juntos, ¿no? Nosotros cuatro. Pero Lily, tu madre...

—No hay nada que pueda hacer por mi madre —replicó Lily con firmeza—. Pero sí puedo ayudar a Helen y a su hija. Mientras tanto, iremos a cenar a casa de mi hermana. Te encantarán los niños. Vamos.

Se marcharon del parque, chapoteando por los senderos y las aceras empapadas.

Esa glorieta donde la calle High se encontraba con la carretera de Fulham, un desagüe se había atascado y se había formado un pequeño lago. Los coches lo atravesaban provocando grandes olas, así que Gary y Lily tuvieron que desviarse. Para cuando llegaron a la carretera de Fulham, los dos tenían los pies empapados. Al parecer, eso era lo que significaba la vida actual en Londres: lluvia, pies mojados y carreteras intransitables.

A aquella hora, los niños salían de los colegios y las calles se llenaron de autobuses amarillos, al estilo americano; otra novedad implantada mientras Lily había estado fuera. En la carretera de Fulham tropezaron con una creciente multitud de padres y niños ruidosos, que se reían y corrían por las aceras esquivando barreras y sacos de arena. Lily se preguntó cuántas naciones del mundo estarían representadas en aquellos rostros arco iris que irradiaban felicidad y que corrían a su alrededor. Fulham era un pueblo muy antiguo que hacía mucho tiempo se había visto devorado por la creciente Londres. Era el típico sitio en el que la gente pasaba de largo y no se detenía nunca y, sin embargo, sus habitantes seguían viviendo exactamente igual que en los tiempos de la infancia de Lily: todavía trabajaban, iban de compras y llevaban a los niños al colegio; todavía nacían, se hacían viejos y morían en aquel lugar.

Y entonces la lluvia casi paró, un rayo de sol atravesó la densa cubierta de nubes y se vio reflejado en las aguas que inundaban las calles y las alcantarillas, los céspedes y los patios de recreo. Extrañamente, en aquel día en el que Lily había recibido la noticia de la muerte de su madre, se sintió optimista. Era libre y allí estaba el sol intentando abrirse paso y brillar. Obedeciendo a un impulso, tomó la mano de Gary en la suya y él se la estrechó como respuesta.

Al día siguiente, George Camden telefoneó a Lily al hotel muy temprano por la mañana. Camden era el agradable ex militar que trabaja en operaciones para AxysCorp y que los había rescatado en Barcelona. Informó a Lily de que la cita para almorzar con Nathan Lammockson había sido confirmada. La «hidrometrópolis» de Lammockson, como la llamaba Camden, estaba en Southend, a unos cincuenta kilómetros al este del centro de Londres y en la boca del estuario del Támesis. Un helicóptero recogería a Lily y a Gary en el aeropuerto de London City a las once de la mañana.

Gary se reunió con Lily fuera del hotel, bajo la lluvia. Miraba fijamente su pantalla portátil.

—¿Te has enterado de las noticias? ¿Recuerdas esa tormenta que se estaba formando en el mar del Norte? ¿Esa de la que hablaban en la radio del coche? Bueno, pues se dirige al sur.

La lluvia por fin estaba empezando a ceder y ahora resultaba que se avecinaba una tormenta.

—Estupendo.

—Esta noche ha habido inundaciones por toda la costa este...

Enseñó a Lily su pantalla. Los informativos de la BBC trataban única y exclusivamente del clima y mostraban imágenes del río Tyne desbordado inundando los elegantes restaurantes del muelle de Newcastle. La isla de Lindisfarne, que estaba unida a tierra por una carretera que se abría y cerraba de acuerdo con las mareas, estaba clausurada y decenas de turistas se habían quedado atrapados. Las playas de Lincolnshire habían sufrido grandes daños. Toda East Anglia había amanecido en estado de alerta, al igual que Boston y King's Lynn, donde el mar estaba a punto de sobrepasar las nuevas barreras contra inundaciones que se habían construido en el Wash. Y aquellas noticias no eran más que el principio. El mapa animado de la mujer del tiempo ilustraba la tormenta como un lechoso torbellino de nubes que se dirigía hacia el sur.

—¿Es peor de lo normal? —preguntó Lily—. ¿Londres corre peligro si sigue avanzando hacia el sur?

—Dicen que no. Ni siquiera creo que sea una tormenta particularmente violenta. Si se une a todas estas crecidas fluviales o a una pleamar especialmente alta, puede convertirse en un problema muy serio; pero no lo sé. Al parecer las cosas han cambiado mucho.

—Kristie, ya sabes, mi sobrina, dice que el nivel del mar ha subido un metro.

Gary arqueó las cejas.

—¿Un metro? ¿Cómo es posible? Una subida de ese nivel ni siquiera se contemplaba en las simulaciones y modelos de cambio climático por lo menos hasta el final del siglo, y solo en el peor de los casos.

—Yo no creería todo lo que dice Kristie. Alguna otra vez ha confundido metros con centímetros.

—Bueno, pero si tiene razón, esto es un desastre... No sé, Lily. Llevo tres años fuera de juego y, además, Gran Bretaña no es mi área de estudio. —Miró a Lily—. Tu hermana se agobia por todo, ¿no?

—Ha sido así desde siempre, pero no es tonta. Se licenció en Derecho, pero acabó de organizadora de eventos ocupándose de personas y no de casos. Supongo que es ese tipo de personas: alegre, llena de vida y agradable. Un poco frágil. Por otro lado, ni tú ni yo tenemos dos niños de los que ocuparnos.

—Eso es cierto —concedió Gary.

Tras los años que habían pasado juntos en cautiverio, Gary conocía el resto de la historia: que Lily no se había casado nunca y que había pasado mucho tiempo desde que había tenido una relación que hubiera durado más de seis meses. Había llegado un punto en el que Lily había prescindido totalmente de los hombres. Un comandante de base había intentado ligar con ella y, como Lily no había respondido favorablemente a sus atenciones, él la había amenazado con prohibirle volar y enviarla a hacer guardias: una piloto con experiencia en tres aviones diferentes, relegada y alejada del combate. Más tarde, el comandante había sido relegado del servicio acusado de «violación por obediencia» como solía decirse en la jerga del ejército, pero el acontecimiento había dañado permanentemente la capacidad de Lily para relacionarse con los hombres. Nunca había tenido la intención de estar sola a los cuarenta años, pero así era como había terminado todo.

La pantalla de Gary emitió nuevas imágenes de la BBC que mostraban como la tormenta amenazaba con desviarse hacia el estuario del Támesis hacia el final del día.

Y después, los informativos conectaron con Sidney, Australia, para las noticias de última hora. Fotografías de postal de sus monumentos más representativos como el puente del puerto o la Ópera se alternaban con imágenes de las aguas que crecían en el puerto de Darling, en Sidney Cove y en Farm Cove. El nivel del mar ya había superado la orilla alrededor de la Ópera y el agua inundaba los paseos peatonales adoquinados. Estaba claro que era una novedad: los turistas grababan el incidente con sus teléfonos móviles y saltaban hacia atrás cuando las olas rompían cerca de ellos en una especie de aventura que haría que aquel viaje fuera digno de recordar. Pero en el Real Jardín Botánico, al sur de la Ópera, el agua manaba de las tuberías rotas y los desagües estancados, inundando el césped. Y fuera de la ciudad, en Bondi, surferos en ciernes observaban como la playa había desaparecido totalmente bajo las olas.

A Lily le resultó muy difícil asimilar las noticias, como si ya tuviera suficiente con las imágenes de una Gran Bretaña bajo las aguas. ¿Inundaciones en Sidney? ¿Cómo era eso posible?

Gary se quedó pensativo, atónito.

Nuevos titulares llamaron su atención. El partido de críquet en el estadio Oval, que enfrentaría a Inglaterra y a India, había sido pospuesto un día más.

Llegó el coche.



El aeropuerto de London City estaba al este de Greenwich y de la isla de Dogs. Tuvieron que sufrir otro viaje lento e interrumpido constantemente a lo largo de la A13 mientras se dirigían al norte del río. Los dos observaron a través de la lluvia las torres de Canary Wharf. Para cuando llegaron al aeropuerto, ya se habían enterado por la pantalla de Gary que había víctimas mortales en las inundaciones de King's Lynn y Hunstanton, en torno al Wash, y que la tormenta había bajado por la costa este hasta Great Yarmouth y Lowestoft.

El aeropuerto era pequeño. Las pistas estaban cubiertas de agua y el viento las azotaba sin piedad, pero los aviones seguían despegando y aterrizando, saltando como salmones en carreras alarmantemente cortas.

El helicóptero de AxysCorp era el mismo modelo ligero que los había recogido en Barcelona. Subieron a bordo rápidamente y el helicóptero despegó. El piloto parecía confiar plenamente en su aparato a pesar del intenso viento y Lily también se sintió segura ahora que estaba a bordo. Desde luego, se sentía mucho más segura que dentro de un coche que se arrastrara por las atestadas y peligrosas calles de Londres. En el aire estaba en su elemento.

El este de Londres se extendía a sus pies. El Támesis era una ancha cinta de color gris sucio. La clara línea formada por la barrera de contención del río, a un kilómetro del aeropuerto, asomaba en el agua, y sus estructuras como capuchas de acero relucían bajo la lluvia. Gary señaló que la barrera estaba cerrada, las gigantescas compuertas amarillas levantadas a ambos lados de las plataformas mientras la espuma de las olas coronadas de blanco saltaba por encima de las barreras.

El helicóptero se elevó aún más, hundió el morro y voló hacia el este siguiendo el estuario del Támesis, sobrevolando aparcamientos para camiones, almacenes y fábricas clausuradas: la zona industrial gris y marrón que rodeaba Londres. Lily se sorprendió al ver lo mucho que se había desarrollado aquella llanura aluvial: las nuevas urbanizaciones y los centros comerciales de Barking, Woolwich y Thamesmead relucían bajo la lluvia como maquetas de arquitectos. Lily llegó a identificar el puente colgante de Dartford, donde la autopista de circunvalación M25 cruzaba el río. Era el último puente antes de llegar al mar. Riadas de coches y camiones de transporte provenientes de los muelles de Tilbury y Grays hacían cola en el peaje del puente para entrar en los túneles. Un poco más hacia el este, ambos márgenes del río estaban más o menos cubiertas de cristal; gigantescos complejos comerciales nacidos a la sombra de la autopista.

Y mucho más al este, mientras el estuario iba ensanchándose poco a poco, Lily

vislumbró los muelles de Tilbury extendiéndose hacia el norte y los complejos de Gravesend hacia el sur, más allá de las llanuras embarradas cerca del río. Toda aquella zona estaba río abajo, al otro lado de la barrera y, por lo tanto, ajena a su protección. La barrera había sido diseñada para proteger la ciudad de Londres de mareas intensas imprevistas que pudieran extenderse río arriba. Más allá, el río giraba hacia el norte y se ensanchaba rápidamente. Incluso allí, en Coryton y la isla de Canvey, había otro gran complejo industrial especialmente horrible compuesto de refinerías que ocupaban hectáreas y hectáreas, almacenes de petróleo y depósitos de gas. Y después, el estuario se abría para encontrarse con el mar.

Southend-on-Sea era una enmarañada ciudad antigua que abrazaba la costa y que se encontraba dentro de los márgenes de una carretera principal que conectaba la zona de Londres con el norte del país. Era como un trazo dibujado en el paisaje. Lily vio un puerto sorprendentemente largo parecido a una estrecha línea de aspecto delicado que arañaba la superficie del mar. Las olas chocaban contra el rompeolas creando silenciosas nubes de espuma blanca y el agua se acumulaba en los paseos.

El helicóptero sobrevoló Southend hasta llegar a un pequeño helipuerto un poco más al este, cerca de Shoeburyness. Un muelle cubierto de plexiglás se internaba en una playa de arena y más allá había un pequeño puerto deportivo: una hilera de edificios construidos como bloques cuadrados que tenían botes amarrados a su alrededor. Lily descubrió que los «edificios» flotaban en el agua, apoyados sobre gruesos pilotes.

A pesar del viento que no dejaba de soplar, el piloto aterrizó sin un solo sobresalto. Un par de lacayos de AxysCorp, enfundados en monos azules y con las capuchas puestas, se acercaron al helicóptero tirando de una especie de túnel extensible. Lily y Gary apenas tuvieron que soportar el viento ni la lluvia antes de pasar por el túnel para entrar en un edificio. Al echar un vistazo a su alrededor, mientras la lluvia golpeaba las paredes de cristal, Lily vio una fiesta en pleno apogeo, llena de risas, luces y vestidos brillantes.

Otro lacayo recogió sus abrigos y Gary y Lily recibieron toallas para secarse la cara. Si querían incluso podían utilizar un pequeño cuarto de baño. El hombre que los atendía lucía un discreto traje negro, apenas tenía veinticinco años y era irrazonablemente guapo. Además, hablaba con un delicado acento escocés que delataba buena cuna, al estilo de Sean Connery.

Cuando estuvieron listos, el lacayo los llevó a la fiesta. Al final del pasillo, un camarero salió a su encuentro con una bandeja llena de copas de champán y los dos tomaron una. Después, entraron en una estancia que parecía una caverna, con paredes de ángulos rectos y techos altísimos. Una enorme lámpara de araña colgaba como un macizo de estalactitas de cristal y de luz sobre una mesa con aspecto de rosquilla

donde se exhibía la comida y la bebida. Las paredes, pintadas en tonos pastel, estaban iluminadas en clave baja y colgaban en ellas obras de arte que, sin duda, tendrían precios prohibitivos. Los cuadros parecían oscuras reliquias de la Antigüedad en medio de aquella moderna opulencia.

Los invitados se movían en aquel espacio cómoda y confiadamente. Los hombres iban casi todos trajeados y las mujeres lucían vestidos de noche. La animada conversación resultaba sorprendentemente ensordecedora mientras comían, bebían y se maravillaban ante la lámpara de araña o inspeccionaban las obras de arte. Reporteros con sus cámaras los seguían a todas partes, al igual que los periodistas con micrófonos. Un cuarteto de cuerda tocaba en un rincón una música que pasaba inadvertida en medio de aquel océano de conversaciones.

Y todo aquello flotaba sobre el agua. Lily podía sentir el mar moverse bajo sus pies, suavemente; y la gran lámpara se mecía y sus brillos se transformaban continuamente. El movimiento no resultaba desagradable y, de hecho, encajaba muy bien con las burbujas del champán. Pero Lily tuvo que recordarse que llevaba cinco años de abstinencia y que todavía no se había vuelto a acostumbrarse al alcohol.

—Esto —dijo Gary asombrado—, es el maldito *Titanic*.

George Camden se acercó a ellos, encantador con su esmoquin negro y su pajarita.

—¡Ah, señor Boyle! —dijo—. Estos últimos días ha echado de menos su sentido del humor. No estamos en un barco. Creo que el señor Lammockson se ofendería si le oyera a usted expresarse así. Esto es parte de su hidrometrópolis, una ciudad flotante. Aunque es bastante pequeña.

—¿Usted cree?

—Y la capitana Brooke. —Camden sonrió a Lily—. Les doy la bienvenida. Esta tarde ustedes cuatro son los invitados de honor.

Lily miró alrededor.

—¿Helen y Piers están aquí?

—Por supuesto. El señor Lammockson lamenta no poder estar aquí para recibirles personalmente. Tenía que hacer algunas llamadas.

—No me sorprende —comentó Gary. Había vaciado su copa de champán y ya estaba buscando otra—. Los tipos como él siempre están haciendo llamadas. —Señaló la pared a su izquierda—. ¿Eso de ahí es un Gauguin?

—No había imaginado que fueras un amante del arte, Boyle. —Una pareja se acercó a ellos. Se trataba de Piers Michaelmas, que lucía un impecable uniforme nuevo del ejército británico, y de Helen Gray, que caminaba cogida del brazo del militar.

—Has acertado. Un Gauguin es la típica obviedad en la que este puñado de ricachones y jugadores de Bolsa derrocharían su dinero. Hola a los dos. —Piers

caminaba muy erguido. Llevaba el pelo excesivamente corto, al estilo militar. Tan solo las líneas y arrugas que rodeaban sus ojos delataban que allí había un hombre que había pasado la mayor parte de los últimos años en silencio total, su rostro cubierto por una toalla sucia incapaz de soportar que sus captores posaran su mirada sobre él.

Intercambiaron impresiones. Los últimos días, sus respectivas vidas habían sido muy similares: chequeos médicos, reuniones informativas, visitas de familiares y ruedas de prensa.

Tan solo Piers parecía impaciente por volver al trabajo.

—Es por todo este asunto del clima —confió a Lily—. Realmente todo se ha desmadrado mientras hemos estado fuera de juego, mucho más rápido que lo que habían predicho los científicos. Algo nuevo ocurre, o eso es lo que oído, aunque nadie sabe exactamente qué... —Piers no tenía nada que decir sobre su cautiverio o sus consecuencias.

A espaldas del soldado, Gary movió los labios para comunicarse con Lily:

—Negación. Este tipo es un caso de manual.

—Cállate —susurró Lily. Se volvió hacia Helen, que lucía un sencillo vestido negro. Era hermosa, pensó Lily, con su cabello rubio corto recogido en un peinado caro. Pero el vestido y el peinado no ocultaban su delgadez ni su palidez, y seguía teniendo una mirada asustada en los ojos.

—¿Alguna novedad sobre Grace?

—Nada de nada —respondió Helen—. El doctor que se llevó a Grace en Barcelona trabajaba para AxysCorp. Pero desde entonces ha ido pasando de mano en mano como una granada. Un médico del ejército de los Estados Unidos se la quitó a AxysCorp y luego el ejército británico se hizo con ella para entregársela a la Oficina de Asuntos Exteriores; y después... Cada vez que intento comunicarme con alguno de ellos me ponen en espera y me aconsejan que hable con un psicólogo.

—Estoy seguro de que la niña está bien —dijo Gary—. No le harían daño...

—Esa no es la cuestión —replicó Helen—. Quiero que Grace esté conmigo. No me importa si es o no la hija bastarda de un príncipe saudí. Yo soy su madre.

—Todos estamos tan abrumados como usted —dijo George Camden—. Y simpatizamos con usted, Helen. De verdad. Estamos haciendo todo lo que está en nuestra mano para ayudar.

—Eso es cierto, muy cierto. Apoyo todo lo que ha dicho George en nombre de AxysCorp. —Aquella nueva voz era grave y estaba acostumbrada a dar órdenes. Todos se volvieron al unísono, obedeciendo un acto reflejo.

Nathan Lammockson caminaba hacia ellos.

Lammockson era un hombre bajo y robusto y llevaba la chaqueta del traje muy justa de modo que su barriga ponía a prueba la elasticidad de la camisa. Tenía el pelo salpicado de gris cortado casi a cero, y la papada y la nariz carnosa estaban cubiertas de sudor. Se acercó seguido por toda una corte de periodistas. Lammockson les estrechó la mano a los cuatro, a los cuatro que él había rescatado de las garras de los extremistas españoles, mientras murmuraba palabras inconexas. Los focos caían sobre ellos y los micrófonos no dejaban de interponerse. Estaba claro que, para él, la reunión era el centro de aquel evento social.

En su tiempo libre desde que había vuelto a Inglaterra, Lily había investigado a su salvador. Lammockson tenía cuarenta y cinco años y era la tercera generación de una familia de inmigrantes de Uganda. Sus abuelos habían escapado de la tiranía de Idi Amin. Su aspecto era vagamente mediterráneo, alardeaba de no saber cuáles eran sus orígenes étnicos y también de que eso no tenía importancia para él. A los cuarenta años se había convertido en el hombre más rico del Reino Unido. Hasta donde Lily había podido investigar, Lammockson había amasado su fortuna a base de comprar empresas gigantescas, emplear sus activos para pagar los créditos que él había tenido que pedir para comprarlas y después venderlas obteniendo inmensos beneficios.

Cuando los periodistas y sus cámaras terminaron con ellos, Piers Michaelmas se retiró educadamente mientras prestaba atención a lo que Lily creyó era un buscapersonas futurista.

—Han empezado a decretar alertas por inundaciones en Londres —le dijo a Lily.

—¿La tormenta del mar del Norte?

—Sí. Ya han cerrado la barrera, pero... ¿Diga? Sí, soy Michaelmas... —Se alejó mientras parecía que le hablaba al aire.

—Y bien —dijo Lammockson con ganas de conversación—. ¿Se divierten?

—Siempre disfruto aprendiendo nuevas palabras —respondió Gary ligeramente bebido.

—¿Como cuál?

—«*Hedgie*».

Lammockson explotó en una carcajada.

—Se refiere a un administrador de *hedge funds*, de fondos de cobertura. Es un término que describe al veinte por ciento de las personas que hay aquí.

—¿A usted no?

—El *Financial Times* me calificó una vez de «Magnate de las inversiones de riesgo». Me gusta esa palabra, ¿a usted no? «Magnate». Suena como la palabra que se

utilizaría para describir a un bizantino rico. Por supuesto, hoy en día hay todo tipo de magnates. Londres, ¡gracias a Dios que nací aquí!, es tan liberal que para personas como yo es como el cielo de los impuestos.

—¿Y qué hay de esta «hidrometrópolis»? —preguntó Gary.

—¡Ah! Eso sí que es más interesante. —De una forma extraña, Lammockson saltó varias veces y su enorme peso cayó varias veces sobre el suelo—. Ahora mismo estamos a flote —explicó—. Toda esta mansión flota sobre el agua. Estoy seguro de que ya lo habrán notado desde el aire. Flotamos. Incluso tengo una piscina que flota, una sala de cine, un gimnasio y cocinas tan grandes que no se las pueden imaginar. Hasta el invernadero flota sobre el agua. ¡Soy el hombre anfibio! Es lo último para hacer frente a las inundaciones: simplemente flotar en ellas, ¿no les parece?

»Esta es una ciudad flotante de diseño holandés. Los holandeses llevan siglos luchando contra el mar... Diablos, incluso sus antepasados llevaban ya doscientos años ocupados con esa tarea. Déjenme que les diga algo: los diques de Nueva Orleans que reventaron con el Katrina estaban preparados para afrontar una sola catástrofe en treinta años. La barrera del Támesis está concebida para soportar una en cien años. Pero en los Países Bajos hacen planes para cada diez mil años. Si quiere protegerse de una inundación, amigo mío, contrate a un holandés.

—Y es en esto en lo que gasta el dinero —comentó Gary acalorado—. En esta balsa.

Lammockson lo miró fijamente.

—Ya veo que le ha gustado mucho el champán.

—Ninguno de nosotros está acostumbrado al alcohol —intervino Lily apresuradamente.

Lammockson rió.

—Está bien, se lo merecen: beban lo que quieran, digan lo que deseen. Mire... ¿En qué cree que debería gastar mi dinero? Mi hijo Hammond estudia en el mejor colegio privado de Londres. Todo lo que hago, lo hago con él. —Señaló a un niño rellenito de aspecto amargado que tendría unos diez años, vestía esmoquin y no se alejaba del camarero que llevaba la bandeja de las copas de vino.

»Algún día será el padre de mis nietos —continuó Lammockson—. Pero hay un límite para el dinero que puedes gastar en un niño. ¿Qué más hay? He hecho escalada en selvas tropicales y he volado alrededor de la Luna en una nave Soyuz rusa. Observen mi reloj. —Exhibió el brazo ante Gary y retiró la manga para dejar al descubierto una pesada pieza de joyería—. ¿Sabe lo que es? Un Richard Mille RM004-V7. Me costó fácilmente un cuarto de millón. Y no solo tengo un reloj. Tengo un armario lleno de relojes.

Gary sonrió.

—Bueno, eso es tener clase.

—Pero está claro que solo puedo ponerme los relojes de uno en uno. —Miró a su alrededor, a la muchedumbre risueña que se entretenía bebiendo champán—. ¿Sabe? Muchas de estas personas no lo entienden. Incluso aquellos que tienen mucho más dinero que yo, simplemente no lo entienden. Pero tengo la impresión de que ustedes lo harán, porque han visto el otro lado de la vida.

—¿Entender qué? —preguntó Lily.

—Que todo esto, la manera en la que hemos vivido, la forma en la que hemos ganado dinero, está a punto de llegar a su fin. Todo está cambiando.

—El cambio climático —aventuró Gary.

—Sí. Especialmente este tipo de cambio tan fugaz: la subida del nivel del mar es la prueba de ese cambio climático acelerado. Pero no quiero decir con esto que ya no se pueda hacer dinero. Un tiempo de cambio es un tiempo de oportunidades. Cuando Roma cayó, ¿saben que había tipos que se hicieron más ricos de lo que eran antes? Y ya eran dueños de media Europa. Lo único que tienes que saber es cuándo largarte y cómo. Tienes que ser realista.

—Y usted es realista, ¿verdad, señor Lammockson? —preguntó Lily.

—Intentó serlo. Llámeme Nathan. Escuchen. El *hipercapitalismo* al antiguo estilo que había dejado detrás del juego de las inversiones de riesgo no es más que una burbuja que explotará en cuanto reciba un poco de presión. Por ejemplo, el mercado inmobiliario en Londres se ha ido a pique porque todo el mundo está comprando terrenos en tierras más altas como en Hampstead y los Chilterns; y eso distorsiona la economía de todo el país.

»Pero yo abandoné ese mercado hace ya tiempo. Ahora estoy haciendo una fortuna con un proyecto de recuperación de zonas catastróficas. ¿Saben de qué se trata? Cuando el ordenador instalado en el sótano de algún banco queda inservible por una inundación, yo puedo desviar todas sus operaciones a la copia de seguridad del sistema que tengo funcionando en un ordenador de Aberdeen. Y la industria de los seguros; ese es otro mercado abierto ahora mismo, ya que las compañías tradicionales están yendo a la bancarrota por la masiva ola de reclamaciones.

—Y «artículos duraderos AxysCorp» —aportó Lily—. He visto los anuncios.

—Cierto —respondió Lammockson lleno de energía—. La gente está empezando a darse cuenta de que ya se ha terminado la era de tirarlo todo. Así que ahora quiere prendas que duren una década, y lavadoras y coches que tengan una vida interminable sin apenas mantenimiento.

—Así que el mundo se va a la mierda, pero usted se hace más rico —opinó Gary.

—Esa es la idea general, sí. Pero quiero algo más además de amasar millones. Creo que es el momento de que alguien muestre cierta capacidad de liderazgo para hacer saber a la gente que podemos hacer frente a este mundo nuestro que se ha vuelto loco.

—Alguien como usted —dijo Gary.

Lammockson rió.

—Está usted siendo irónico, mi borracho amigo, pero tiene razón. Por eso me he dado a conocer al gran público. Es una decisión consciente fruto de una estrategia. Y, por supuesto, para que una persona como yo se dé a conocer necesita dar un golpe de efecto. Un espectáculo.

—Nuestro rescate fue ese espectáculo, ¿me equivoco? —dijo Gary.

—Ahora son libres, ¿no es cierto? No veo nada malo en hacer algo bueno por ustedes y que además me beneficie a mí. ¿Ve a esas personas en ese rincón? —Lammockson señaló a un grupo de hombres de mediana edad que se alimentaba alegremente de volovanes justo debajo de la araña. Tenían la piel oscura, eran bajos y vestían de etiqueta con cierta indiferencia.

»Son gobernantes de Tuvalu.

—¿De dónde? —preguntó Lily.

—Es un país isleño amenazado por la subida del nivel del mar —respondió Gary.

—No está usted al día, amigo mío —dijo Lammockson—. Ya no está amenazado, sino más bien hundido, sumergido, desaparecido. La isla fue abandonada mucho antes del desastre, cuando el agua salada arruinó los cultivos y secó los cocoteros. No murió nadie, salvo la nación en sí. Diez mil personas fueron evacuadas a Nueva Zelanda y otros países, y los últimos helicópteros que sacaron a esos hombres llorosos de las amenazantes aguas...

—¿Eran de AxysCorp? —aventuró Gary.

—Ha dado en el clavo —respondió Lammockson—. Hacer el bien de forma pública. Mostrar liderazgo en un mundo abrumado por los problemas. Ese es mi punto de vista. Y es eso lo que estoy haciendo con mi dinero. Será esencial en el futuro, créanme. Por ejemplo, hablemos de las inundaciones que amenazan nuestro país. Tenemos una Agencia Medioambiental que muestra tanto liderazgo como un gatito que se ahoga, y un Gobierno que no deja de recortar los gastos para las defensas contra inundaciones. Pero si el maldito nivel del mar sigue creciendo, vamos a ser testigos de acontecimientos catastróficos.

Lily empezó a preocuparse.

—Estoy segura de que no será tan grave.

Gary frunció el ceño.

—Es cierto que no estoy al día... Tengo que ponerme a investigar sobre esto ya.

—Hablo en serio cuando digo que quiero mantenerme en contacto con ustedes, saben —dijo Lammockson con gravedad—. Poseen una perspectiva única, una mirada fresca tras pasar años alejados de un mundo que se ha vuelto loco. Y yo...

Sonó una alarma, un gong sutil. El cuarteto de cuerda dejó de tocar.



George Camden escuchaba algo con expresión ausente.

—Es la tormenta, señor. Viene hacia aquí, directa al estuario. No estamos en peligro, pero deberíamos informar a los invitados.

—Encárgate —replicó Lammockson. Camden asintió y se apresuró a cumplir con lo ordenado. Lammockson se volvió hacia los cuatro—. Miren, siento tener que dejar aquí la conversación, pero debo acudir a...

—No. —Helen no había abierto la boca durante el monólogo de Lammockson. Ahora apoyó una mano sobre el brazo del hombre—. Espere. Tengo que hablar con usted sobre mi bebé.

Lammockson se concentró en ella.

—Señorita Gray.

—Fue uno de sus hombres, uno de sus médicos, el que se llevó a mi hija. Usted es responsable de que ahora ni siquiera esté en nuestro país.

—Lo acepto. Estamos haciendo todo lo que podemos...

—No es suficiente —contestó Helen quizá con demasiado énfasis. Movié una mano en el aire—. Mire todas esas cámaras y esos micrófonos. ¿Qué le parece si me levanto ahora mismo y les digo que Nathan Lammockson, salvador del mundo, me robó a mi bebé?

Lily tocó a Helen en el brazo.

—Vamos, Helen...

—¿Qué le parece si acudo a los periódicos? ¿Si escribo un maldito libro?

—Señorita Gray —insistió Lammockson. La miró a los ojos con toda su rotunda atención concentrada en ella—. Señorita Gray. He oído lo que ha dicho y, ¿sabe qué?, lo acepto totalmente. Tiene usted toda la razón, incluso la razón moral. Mis hombres se ocuparon de su bebé, nos descuidamos y nos quitaron el balón; y yo soy responsable por ello. Soy el responsable. Le doy mi palabra más solemne de que encontraré a su bebé y lo traeré de vuelta.

—La traeré —corrigió Helen con amargura.

—La traeré. Disculpe. Mire este sitio. ¿Acaso duda de que tenga los recursos para conseguirlo? No. ¿Duda de que vaya a cumplir mi palabra? No. ¿No les saqué a todos de Barcelona? Puede acudir a la prensa si quiere, señorita Gray, está en su derecho. Todo lo que le pido es que me dé un poco más de tiempo para resolverlo.

Lily notó que Helen estaba confusa e intentaba resistirse al arrollador carisma de Lammockson. Lily le cogió la mano.

—Helen, creo que es lo mejor que puedes esperar ahora mismo.

Lammockson asintió satisfecho.

—¿Hacemos las paces? ¿Sí? —Apoyó las manos en los hombros de Helen—. Usted y yo superaremos esto. Pero ahora tengo un salón lleno de gente rica a quien atender. —Les dio la espalda y se marchó seguido por otra corte de empleados que

parecían patitos que siguieran a su madre.

Piers volvió apresuradamente al lado de Lily.

—Se han precipitado los acontecimientos. Toda la zona del estuario está en alerta. Estoy en contacto con el mando estratégico. Están movilizando todo lo que tienen y AxysCorp también ha hecho despegar a sus helicópteros para que se encarguen de misiones de rescate. Nosotros podemos ayudar, ¿vienes conmigo? Los hombres de Lammockson están preparando un helicóptero para nosotros. Podemos adelantarnos a la tormenta si nos vamos ya.

—Hace mucho tiempo que no vuelo.

—Nadie espera que te pongas a los mandos de nada. Pero sabes manejarte en un helicóptero y podrías ser de gran ayuda.

De pronto, Lily pensó en su hermana y en los niños, que se suponía que iban a pasar la tarde en el Dome. El tráfico en aquella dirección se convertía siempre en un cuello de botella.

—¿Me llevarías a Greenwich?

—Claro. —Piers se volvió hacia Gary y Helen—. Quizá vosotros dos estéis más seguros aquí.

—No, gracias. Escuchad. Piers, ¿puedes hacerme llegar hasta la barrera? Estoy en contacto con algunos colegas de allí y quiero descubrir qué demonios está ocurriendo.

—Gary, estás borracho —dijo Lily—. No estás en condiciones de...

—Hace rato que no. —Sin dejar de sonreír, Gary sacó una cajita de píldoras—. Hoy en día existen las píldoras para recuperar la sobriedad, Lil. Deberías echarle un vistazo al minibar.

—Muy bien, pasaremos por la barrera, pero tenemos que irnos ya.

La profunda voz de Lammockson resonó por unos altavoces. La alerta por inundaciones añadía una poca de emoción a la fiesta, dijo, pero no había motivos para preocuparse porque la hidrometrópolis estaba construida a prueba de inundaciones. Y todos los que habían sido lo suficientemente listos como para reservar una gira turística de catástrofes, partirían inmediatamente y no tendrían que preocuparse de nada porque la comida estaba incluida.

El suelo se inclinó bajo los pies de Lily. El edificio flotante al completo estaba subiendo como un montacargas, llevándose a Lily con él. Algunos de los invitados de Lammockson tropezaron y otros rieron llenos de excitación.

—¡Dios mío! —dijo Gary.

El salón empezó a asentarse de nuevo.

—¿Qué altura creéis que tenía? —preguntó Lily.

Piers se encogió de hombros.

—Es difícil decirlo. ¿Un metro? ¿Dos?

Lily no sabía nada sobre la barrera de contención del Támesis ni de las defensas

de Londres contra las inundaciones en general.

—Supongo que la barrera podrá soportar una ola de ese tamaño.

—No lo sé —respondió Gary con honestidad—. El estuario hará de embudo para la tormenta porque el lecho del río es poco profundo. La ola habrá crecido bastante para cuando llegue a la barrera.

—¿Cuánto?

Gary no tenía la respuesta.

—Vamos, recojamos nuestras cosas —insistió Piers.

Los demás se apresuraron a seguirle, cogieron sus abrigo y corrieron por el muelle cubierto de cristal hasta llegar al helipuerto.

Lily comprobó la hora en su reloj de muñeca. Hacía poco habían dado las tres de la tarde.

Quince minutos más tarde, un helicóptero de AxysCorp volaba hacia el oeste, remontando el Támesis, para llevar a Gary Boyle hasta la barrera.

La tormenta ya se había adentrado en el estuario a plena potencia, pero les llevaría al menos una hora volar de Southend hasta la barrera. El helicóptero sacó ventaja a la tormenta con gran facilidad a pesar del viento y la lluvia que lo azotaban. Y debajo de ellos el río se agitaba iracundo, turbio y cubierto de espuma, chocando furioso contra los márgenes que lo contenían. A esas alturas, las llanuras aluviales embarradas situadas al otro lado de Canvey y Tilbury habían desaparecido bajo el agua, y la crecida se había hecho notar en South Banfleet, East Tilbury, Northfleet y en las marismas de Rainham.

Dejaron a Gary en la torre de control de la barrera del Támesis, en la orilla sur, en un lugar llamado Woolwich Reach. El helicóptero despegó de nuevo inmediatamente para unirse a las tareas de evacuación.

Gary, solo durante unos momentos, caminó hasta la orilla. Tenía que avanzar luchando contra el viento y la lluvia le golpeaba la cara. Era una tarde de julio y no hacía frío, pero las amenazantes nubes bajas oscurecían el día como si fuera otoño.

Las plataformas de la barrera atravesaban el río de lado a lado como velas de acero de cinco pisos de altura que relucían bajo la lluvia. Ya habían subido las compuertas situadas entre las plataformas, huecos bloques de acero de veinte metros de altura cada uno que eran rotados por gigantescas ruedas para convertir la barrera en una muralla sólida que se alzaba siete metros sobre la superficie del agua. Luces rojas situadas en todas las plataformas avisaban a las embarcaciones de que el río estaba cerrado. Gary nunca había visto la barrera cerrada y, al darse cuenta de lo que implicaba que ahora lo estuviera, se quedó impresionado. Cada uno de los cuatro canales navegables del centro era tan ancho como el arco central del puente de la Torre en Londres y cada puerta pesaba cuatro mil toneladas. La barrera era un monumento que simbolizaba la lucha del hombre por controlar la naturaleza.

Pero aquel día, la naturaleza estaba poniendo a prueba al hombre. En el lado de la barrera más cerca del mar, el río ya subía muy crecido a causa de la pleamar y su nivel estaba más alto que al otro lado. La espuma de las olas saltaba continuamente por encima de la barrera.

Y a pesar del rugido del viento, Gary oyó aullar las sirenas de alarma a lo largo de todo el estuario.

Dos figuras se acercaron a él, las dos enfundadas en sendos impermeables de color naranja fosforito.

—¡Gary! ¿Eres tú? Mira que eres idiota, vas a hacer que te lleve una ola. Voy a tener que atarte a una bola de plomo como esos cristianos pirados hicieron en Barcelona.

—Yo también me alegro de verte, Thandie.

Ella lo envolvió con sus brazos cubiertos de gruesa tela. Thandie Jones era oceanógrafa. Cuando Gary había sido secuestrado, ella había estado trabajando como diseñadora de modelos de clima y realizando estudios sobre el cambio climático para la Administración Nacional Oceánica y Atmosférica de Estados Unidos, la NOAA. Nacida en Chicago, Thandie era una mujer negra de rasgos contundentes, más alta que Gary y, aunque enjuta, más fuerte que él.

El hombre que acompaña a Thandie tenía puesta la capucha y la cremallera subida hasta teparle la boca, así que tan solo su nariz y sus gafas estaban a la vista.

—Gary Boyle, te presento a Sanjay McDonald. Otro estudioso del clima, pobre iluso.

Sanjay descubrió su rostro barbudo y estrechó la mano de Gary.

—Trabajo en Hadley, es decir, en el departamento de meteorología del Centro Headley para la Predicción del Clima. He oído hablar mucho de usted. Me alegro de conocerle. Estoy seguro de que estará contento de haber vuelto para ver un cambio climático en marcha con todas las de la ley.

—Sí —dijo Thandie—. Hablando del clima, pongámonos a cubierto.

Thandie los llevó a los dos a la torre de control. Indicó a Gary una especie de vestuario donde le proveyó de todo tipo de materiales para su protección: un traje de neopreno, botas, una chaqueta térmica, un casco e, incluso, un salvavidas. Gary nunca se había sentido cohibido en presencia de Thandie. Se desvistió y empezó a embutirse en un traje de neopreno que ni siquiera era de su talla.

—Has hecho bien en llamar para avisarme de que querías venir —dijo Thandie—. Eres así de famoso, Boyle. —Mantuvo juntos el dedo pulgar y el índice—. Pero ha sido requisito suficiente para que haya podido pedirte un helicóptero. Vamos a salir a perseguir tormentas.

Gary sonrió.

—Sabía que era buena idea ponerme en contacto contigo.

—Creo que ustedes dos se conocen muy bien —intervino McDonald.

—Coincidimos en el MIT, el Instituto Tecnológico de Massachusetts. De hecho, Thandie fue mi profesora. Yo me fui a trabajar al Goddard y Thandie sacó el palito más corto y acabó en la NOAA.

—Sí, sí —replicó Thandie.

—Pero trabajamos en el mismo campo, la creación de modelos climáticos, aunque Thandie se centra en la interacción del océano con la atmósfera... Bueno, supongo que ya sabe usted eso. Juntos construimos algunos modelos de predicción para ayudar en el proyecto de reconstrucción de los diques en Nueva Orleans tras el Katrina.

—Nuestro mundo es muy pequeño. Me refiero al mundo de los que nos dedicamos a crear modelos climáticos —comentó Sanjay solemnemente. A Gary le pareció que el tipo era asiático, pero tenía acento escocés al igual que el apellido.

—Te hemos echado de menos —dijo Thandie a Gary—. He estado en contacto con tu madre. Firmamos las peticiones de liberación, actualizamos las webs, empapelamos las calles y atamos lazos amarillos en los árboles el día de tu cumpleaños. Queríamos mantenerte vivo para la opinión pública.

Aquel tipo de cosas afectaban a Gary en lo más hondo de su ser. Durante su cautiverio no había tenido ni idea de que la gente estuviera haciendo un esfuerzo tan grande por él.

—Os lo agradezco. Lo digo en serio. Seguro que ayudó a que me liberaran; y sé que mamá necesitaba tener al lado a alguien que la apoyara. Todavía no he ido a verla, aunque hemos hablado...

Algunos miembros del personal de la barrera pasaron cerca de ellos, todos ingleses y hombres en su mayoría, abrumados por los acontecimientos, pero excitados también.

—Hoy es el típico día que hace que merezca la pena trabajar en este lugar. Les pone a prueba. Nosotros intentamos no interponernos en su trabajo. Oficialmente estamos aquí como invitados del Servicio de Predicción de Tormentas del Instituto Meteorológico. Tiene un gran centro de construcción de modelos climáticos en Liverpool...

—Pero los modelos de producción ya no funcionan tan bien como antes —dijo Sanjay.

—Así que —dijo Thandie—, aquí estamos, en primera línea de fuego con nuestros modelos experimentales, haciendo remiendos e intentando encontrar nuevas soluciones.

—Si los modelos no funcionan —comentó Gary—, supongo que el Instituto Meteorológico no sabrá cómo va a desarrollarse esta tormenta.

—Tiene que ver con su tamaño —respondió Sanjay—. Y es una de las razones por las que no se ha decretado la alerta hasta hace poco. Normalmente les gusta avisar con doce o veinticuatro horas de adelanto para que se pueda ordenar a los colegios que no abran por la mañana, que los que viajan muchos kilómetros entre su casa y el trabajo no entren en las ciudades y ese tipo de cosas.

—Y los modelos no funcionan porque el mundo se ha vuelto loco —dijo Thandie

—. Te has estado perdiendo toda la diversión, Gary Boyle.

Un grave gruñido mecánico reverberó por toda la estructura. Gary imaginó la tremenda presión que estarían soportando las compuertas de la barrera a causa del río crecido.

—Bueno, ¿estás listo? —preguntó Thandie.

El helicóptero, propiedad de la Agencia Medioambiental, era un Puma modificado. Iba equipado con un tablero de instrumentos con medidores de temperatura, presión y velocidad del viento; y con una bonita unidad con radar y monitores de infrarrojos para medir la profundidad del río y otras propiedades como la velocidad, el estado de la superficie del agua y la temperatura. Había una cámara instalada en la parte de abajo del casco del helicóptero e incluso contaban con una sonda, un aparato con forma de pez unido a un cable para poder bajarlo hasta el agua. Sin embargo, Sanjay insistía en que no lo utilizarían durante aquella tormenta porque el agua estaba demasiado turbulenta y había mucho peligro de que se quedara enganchado en algún desecho flotante.

Mientras Sanjay comprobaba el equipo, Thandie sonrió a Gary con un brillo especial en los ojos, una mirada que él conocía muy bien. Ella siempre había tenido un lado salvaje y le encantaba salir a perseguir huracanes y *tsunamis* en nombre de la ciencia, dispuesta a ir un poco más lejos que la mayoría de la gente. Ella lo llamaba turismo de catástrofes, surfear en el clima extremo.

A Gary se le metió el miedo en el alma cuando subió a bordo del helicóptero y vio que la propia Thandie se sentaba a los mandos, se colocaba los cascos de la radio y empezaba a toquetear botones. El motor reaccionó con un rugido y los rotores empezaron a girar.

Sanjay encendió un portátil que llevaba apoyado en las rodillas, para conectarlo a los instrumentos del helicóptero. Contaba con una especie de arnés que sujetaba el aparato a sus muslos. Mientras se cargaban los programas, Sanjay se dio cuenta de la expresión de Gary.

—Deduzco que no sabía que Thandie sabe pilotar.

—Acierta.

—Bueno, no había nadie más disponible. Todos los pilotos oficiales están ocupados con las operaciones de emergencia. Tenemos suerte de que...

Thandie se giró y le gritó.

—¡Agarraos a lo que podáis, chicos, que este ascensor va para arriba!

El helicóptero despegó y se elevó más alto que la torre de control. Durante unos segundos, mientras Thandie comprobaba los mandos, se quedaron flotando en el aire zarandeados por el viento. El helicóptero parecía tan frágil como una hoja.

Gary miró hacia abajo. Allí estaba la barrera una vez más, con sus caperuzas de acero alineadas ordenadamente, y el Támesis rugía ahora con mucha más fuerza que hacía unos minutos. O al menos eso le pareció a Gary. En la orilla, cerca de la verja



que protegía la torre de la barrera, vio a un puñado de manifestantes que protestaban enfundados en impermeables y con pancartas empapadas mientras una línea de agentes de policía con equipos antidisturbios los vigilaba de cerca.

—¿De qué van esos? —preguntó Gary.

Sanjay se asomó por encima de su hombro.

—Ricos contra pobres. Protestan por los billones invertidos en proteger Londres de las inundaciones mientras el resto de Inglaterra se ahoga y ese tipo de cosas.

—¿Es que preferirían que Londres se fuera a pique? —replicó Thandie—. Pongámonos manos a la obra.

El helicóptero aceleró y se dirigió al este, hacia la tormenta que se acercaba. Thandie gritó de satisfacción.

La lluvia golpeaba el cristal de la cabina del helicóptero con tanta fuerza y densidad que Gary apenas podía ver el exterior. La pequeña cabina, atestada con ellos tres y todo el equipo científico, vibraba y traqueteaba mientras la nave era zarandeada sin piedad. Los arneses chocaban unos con otros y el casco crujía. Aquello no tenía nada que ver con el agradable y profesional viaje ofrecido por el piloto de AxysCorp. Thandie parecía dispuesta a enfrentarse a la tormenta avanzando en línea recta directa hacia el corazón de la turbulencia. Sanjay intentaba trabajar en su portátil y Gary entendía ahora por qué el hombre había decidido atarse el aparato a las piernas.

Gary se inclinó hacia delante.

—¡Y bien!, ¿qué me he perdido de tu telenovela particular, Thand? —Tuvo que gritar para hacerse oír por encima de todo aquel ruido.

—¡No mucho! —gritó ella—. Es lo mismo de siempre en el mundo académico: escribir artículos, pelear por que lo citen a uno, redactar proyectos de investigación para conseguir becas que me permitan trabajar uno o dos años más, esquivar las manos sobonas de los eminentes profesores... En los últimos años se ha desarrollado un gran interés por la ciencia del clima, especialmente desde que nuestros modelos empezaron a no servir para nada, pero así y todo es difícil vivir de esto.

—Así es la vida del investigador subalterno.

—Ya. ¡Ah, y he conseguido que me expulsen de la Royal Society de Londres! Me metí en una discusión con un veterano que dijo que yo era una de esas personas que negaban la existencia del cambio climático.

—Me tomas el pelo.

—Qué va. Pero tengo datos de la subida del nivel del mar que no encajan en el paradigma.

—Así que no estabas negando nada.

—Tan solo estaba destacando que parece estar ocurriendo algo diferente, algo nuevo que no se puede explicar con los mecanismos habituales de los polos que se

derriten y la expansión termal de las aguas del océano. Esos viejos llevan mucho tiempo defendiendo sus teorías, Gary, enfrentándose a una oposición que no siempre ha jugado limpio. Y se toman cualquier discusión como un intento de refutarles. Por otro lado, hay un montón de comentaristas en los medios que creen que estos sucesos excepcionales prueban que el calentamiento global es un hecho, aunque no haya una relación directa de causa y efecto. Todos los que antes negaban el calentamiento climático se han puesto frenéticos. Es un verdadero lío.

—Tus datos no eran concluyentes —dijo Sanjay—. Me refiero a cuando los presentaste en la Royal Society. Eran palos de ciego. Yo también te habría expulsado, incluso aunque no le hubieras dicho a Isaac Keegan que tenía la cabeza metida en el culo.

—¡No me arrepiento de nada! —gritó Thandie—. Siempre que se presenta algo nuevo al mundo, te llueven críticas por todas partes. Tú conocías a Hansen, que trabajaba en el Goddard, Gary. Ya sabes cómo son las cosas para los disidentes. —Y cantó—: «Todos se rieron de Cristóbal Colón...».

—Pero tú sigues trabajando —dijo Gary.

—Sí. Más o menos.

—¿Hay algo más que yo no sepa? ¿Hay un hombre en tu vida, Thandie? ¿Hay algún señor Jones?

Thandie titubeó. Sanjay miró a Gary y después desvió la mirada para concentrarse en los instrumentos.

—Supongo que no te has enterado —respondió Thandie.

—¿De qué?

—Conocí a un tipo. Tenía una empresa de esas «punto com» que estaba interesado en montar un servicio de predicción del clima personalizado. No era precisamente la idea más estúpida del mundo. Se basaría en modelos de dominio público que abarcan áreas extensas, apoyados por un conjunto de sensores que harían un seguimiento del microclima concreto en la zona del cliente y anticiparían la ruta...

—Thandie, ¿y el tipo?

—Ya. Para ahorrarte los detalles, nos casamos. Tu madre estuvo en la boda, como tu representante, supongo. Me quedé embarazada. Perdí el niño. Después perdí al tipo o más bien nos perdimos el uno al otro.

Gary estaba asombrado por la historia.

—Vaya. Lo siento mucho. Y ¿no quieres volver a intentarlo?

—Al parecer ya no puedo decantarme por esa opción —dijo seca—. Ya no. Los médicos... Mierda, todo eso no importa ahora.

—Dios, Thandie, es terrible.

—Es la vida. Todos atravesamos cambios. Nacimientos, muertes, lo que sea. Es tan solo un camino que ya no cogeré. —Se mantenía sentada muy rígida a pesar de

que el viento zarandeaba el helicóptero con todas sus fuerzas.

Sanjay dio unos golpecitos en el hombro de Gary.

—En cuanto a mí, tengo dos hijos de matrimonios diferentes. Uno de mis hijos vive en Glasgow y es casi cien por cien escocés. El otro vive en Middlesex y es bengalí en su mayor parte. La vida siempre es complicada, amigo mío.

—Cierto, pero... —Pero la Thandie que había conocido Gary no tenía mucho que ver con la de ahora. La que él conocía era una Thandie salvaje, temeraria, exuberante e imaginativa. Gary se preguntó si alguna vez llegaría a conocer a aquella nueva persona, herida por sus vivencias—. Es una tragedia que haya estado fuera tanto tiempo.

—Una tragedia para usted, su familia y sus amigos —dijo Sanjay—. Tiene que estar enfadado por todo lo que le ha sucedido.

—Dios, claro que sí. —De hecho, a medida que pasaban los días se sentía más y más enfadado, pero al principio no. Quizá era que se había acostumbrado a sus captores, o que incluso había sentido cierta cercanía con ellos y estaba sufriendo el maldito síndrome de Estocolmo. Su largo cautiverio lo había domesticado. Pero ahora que era libre y había empezado a experimentar otro tipo de cosas, los odiaba.

El helicóptero descendió súbitamente durante unos segundos y Gary recordó que el mundo estaba atravesando su propio proceso novedoso y que no tenía paciencia para esperar a que pasara la revolución que se había desatado en su cabeza.

El helicóptero sobrevoló una península que sobresalía de la orilla norte del río, atravesada por un profundo arroyo. Instalaciones industriales se alzaban a ambos lados del cauce: almacenes de petróleo y refinerías, decenas de chimeneas y enormes instalaciones de depósitos de gas, todo unido por una red de viaductos y oleoductos. Una gran tubería cruzaba el arroyo por encima.

—¿Dónde estamos? ¿Qué es este lugar?

—¡La isla de Canvey! —gritó Thandie—. Y eso que ves al este del arroyo es Coryton. Instalaciones petroquímicas.

Dichas instalaciones estaban conectadas directamente con el río. Un gigantesco barco petrolero estaba amarrado cerca de un embarcadero y muy cerca se veían las compactas sombras de los remolcadores. Aquel paisaje, totalmente iluminado como una alfombra de luz de sodio, parecía extenderse kilómetros y kilómetros. Gary vio que habían tomado medidas para protegerse de las pleamares en forma de un recio muro de hormigón que lo más seguro era que tuviera bastantes metros de altura. Pero no toda la tierra estaba dedicada a la industria. Allí abajo había también urbanizaciones residenciales, grupos de edificios de ladrillo rojo como flores de matorral que se apiñaban bajo la lluvia. Algunas de las casa estaban a menos de medio kilómetro de la planta petroquímica.

Estaba claro que en aquel lugar se había puesto en marcha el protocolo de evacuación. Gary vio una riada de coches que abandonaban las urbanizaciones y que se apresuraban a llegar a las carreteras que enlazaban con las grandes autopistas que llevaban al norte. Estaba oscuro, aunque ni siquiera eran las cuatro de la tarde, y todos los vehículos llevaban las luces encendidas. El tráfico, sin embargo, era más o menos fluido y helicópteros amarillos de los equipos de rescate merodeaban por las orillas del río. Gary observó todo aquello a través de una densa cortina de lluvia, desde aquel helicóptero que no dejaba de moverse sacudido por el viento. Oyó que Thandie hablaba por radio con algún centro de control aéreo.

Entonces vio la luz de un relámpago y oyó el rugido de un trueno.

—¡El frente de la tormenta está a un par de kilómetros en esa dirección! —gritó Thandie mientras señalaba al este—. Sanj, ¿cómo van los datos? ¿Tienes lecturas del GPS?

—Sí —respondió Sanjay sin dejar de mirar la pantalla de su portátil—. Los sensores de clima no indican nada especial, pero los medidores de velocidad del viento van a salir volando como sigamos así. La presión disminuye. Nueve setenta. Nueve sesenta y cinco... El radar funciona bien, el sonar no tan bien, pero era de esperar. Me ayudaría mucho que esta lata dejara de sacudirse así.

—Estoy haciendo lo que puedo, cerebritito.

Gary no tenía ni idea de que toda aquella industria estuviera allí fuera.

—Es como una ciudad en sí misma; y bastante vulnerable, ¿no?

—En lo que se refiere a combustible, Londres es como un monstruo hambriento, Gary. Pero están preparados para afrontar inundaciones, los adiestran para eso. —Thandie pulsó un botón y la radio recibió la señal de un equipo de las refinerías que estaban realizando procesos para cerrar las operaciones principales siguiendo una lista para comprobar bombas, caldera, compresores, válvulas y los equipos de desintegración catalítica.

—Andan un poco tarde —dijo Gary—. Se sabe que la tormenta viene hacia aquí desde que pasó por Escocia.

—Una alerta por inundación es un acontecimiento caro —comentó Thandie—. Más de un millón de personas viven en la llanura aluvial del Támesis, así que no das la alarma hasta que no te ves obligado a ello. El tráfico del río también supone un problema, ya que hoy en día la barrera pasa más tiempo cerrada que abierta. Y cerrar esas refinerías no es un juego de niños, no se hace simplemente dándole a un botón. Abandonar los procesos en los que ya han invertido materiales cuesta dinero, por lo que las falsas alarmas son impopulares. La gente vive aterrorizada por la responsabilidad y las reclamaciones legales.

—Y en este caso —intervino Sanjay—, los márgenes de error sobre la dirección que tomará la tormenta y sus posibles efectos eran demasiado grandes para estar

seguros. Ya le he dicho que nuestros modelos ya no sirven para nada. Y lo que es peor es que las conexiones entre diferentes modelos también están empezando a fallar...

Gary entendió la teoría. Los modelos matemáticos que se construían para estudiar y predecir el clima se basaban en la división de la tierra, el aire y el mar en elementos discretos; y en hacer un seguimiento de las variables tales como presión, temperatura y velocidad del viento pasando de un elemento a otro colindante. Si tienes un modelo rudimentario de todo el mar del Norte y una tormenta pasa por el Wash y el estuario del Támesis, añadirías los datos de las predicciones del mar a los modelos más concretos para ver qué estaba sucediendo allí. Pero si aquellos modelos estaban fallando por algún cambio inherente en la condición física de los sistemas climáticos del planeta, sería en los límites de los modelos y en las conexiones donde los errores empezarían a multiplicarse de forma particular.

—La última gran inundación de Londres tuvo lugar en 1953. Tras aquel acontecimiento construyeron la barrera del Támesis. La mayor parte de Canvey está por debajo del nivel del mar. Murió gente. Pero aquella inundación fue el resultado de la convergencia de la marea alta con una marejada ciclónica.

La baja presión atmosférica en el corazón de una tormenta podía hacer que el mar se alzara por encima de su nivel, absorbido físicamente por la tormenta y creando una especie de joroba que podía extenderse varios kilómetros. Entonces, el viento llevaba aquellas aguas hacia la costa o las introducía en el estuario de un río. Eso era una marejada ciclónica.

—¿Así que esto es una marejada ciclónica? ¿Hay marea alta?

—La tormenta crea olas antes de su llegada —respondió Sanjay—, pero no creo que hayamos llegado a esos extremos. En cuanto a la marea, las predicciones no nos dicen nada.

—Así que lo que estamos presenciando no tiene las características de lo que provocó los acontecimientos de 1953 y, sin embargo, vamos a sufrir una inundación de igual manera.

—Eso parece —dijo Sanjay—. Ni siquiera es una tormenta particularmente intensa. —Sonaba descontento, como si el mundo real no fuera más que un fastidio en su precioso y protegido mundo de la ciencia.

—¡Mierda, mierda! —gritó Thandie—. ¡Ahí viene! —El helicóptero cayó un poco y luego se sacudió cuando Thandie corrigió los mandos para situarles directamente sobre el río y tener mejores vistas.

Gary intentó mirar a través de la ventana y la cortina de agua y vio llegar la ola: agua que se había elevado por encima de su nivel en el mar del Norte y que había entrado como por un embudo en el estrecho estuario del Támesis. El río iba perdiendo

profundidad. A medida que avanzaba, el mar saltaba sin esfuerzo por encima de barreras de contención y muros, y por ambas orillas empezó a extenderse una masa oscura sobre carreteras, jardines y parques.

—¿Estás grabando esto, Sanj? —gritó Thandie.

Sanjay manejaba un *joystick* para mover la cámara situada en el casco del helicóptero.

—Bastante bien —informó.

—Esto es carnaza para los canales de noticias...

La gigantesca ola alcanzó las refinerías petroquímicas y los almacenes de petróleo. El agua se deslizó a los pies de aquellas enormes estructuras, tan oscura y viscosa como si se tratara del petróleo que se procesaba en aquellas instalaciones. Empezaron a fallar algunas luces y algunos vehículos abandonados desaparecieron bajo el agua. La profundidad estaba creciendo por momentos.

Y entonces, el agua empezó a extenderse por las urbanizaciones residenciales. Thandie hizo descender el helicóptero para ver mejor. Las aguas que avanzaban a toda velocidad alcanzaron las carreteras de acceso que seguían abarrotadas de coches. Los vehículos se vieron superados por el agua y empezaron a fallar luces y motores. La gente escapaba por las puertas y ventanillas y se subía al techo de los coches o intentaban caminar en aquellas aguas que iban subiendo a toda velocidad. La corriente arrastró los coches y derribó a las personas que trataban de huir como si fueran troncos.

Gary vio todo aquello desde el aire, seguro en la cabina del helicóptero. Allí no se oía a aquellas personas, no había gritos ni lloros; el rugido de la tormenta y el ruido del motor del helicóptero ahogaban todos los sonidos del exterior. De pronto, la tormenta dejó de ser un mero divertimento, un rompecabezas para estudiosos del clima.

—¡Dios mío! —dijo—, es un drama lo que está ocurriendo ahí abajo.

—Todo el maldito día está siendo un drama —replicó Thandie—. Hagamos nuestro trabajo y ya está.

El helicóptero volvió a elevarse con un rugido y se dirigió al oeste. La urbanización inundada empezaba a ser un dibujo abstracto, una mezcla de agua y tierra.

Siguiendo el frente tormentoso hacia el centro de Londres, el helicóptero sobrevoló Tilbury, diez o doce kilómetros al oeste de la isla de Canvey. En aquella zona la evacuación estaba siendo masiva, porque era un área densamente poblada. El tráfico se arrastraba desde Tilbury hacia el norte del Támesis y desde Gravesend hacia el sur. Las subestaciones eléctricas estaban bajo el agua. La luz empezó a fallar en todo el distrito. Mientras intentaba virar y volver por donde había venido, un gran buque mercante se había quedado atrapado en el río y había volcado vertiendo toda su carga al agua como si fueran cerillas. Simplemente recoger a los supervivientes del accidente ya era una gran operación de rescate que se estaba llevando a cabo con botes salvavidas que se arremolinaban alrededor del buque.

El helicóptero siguió adelante.

—Tenemos que llegar a comprender lo que está ocurriendo —murmuró Thandie—. Tenemos que comprenderlo y hacer algo para remediarlo.

—El nivel del mar ha subido un metro de media —informó Gary.

Thandie se volvió.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Una personita de once años.

Thandie gruñó.

—Pues puede que ella tenga razón.

—De hecho, es verdad que es «ella». Una niña, quiero decir.

—No me extraña.

—Nadie lo sabe con seguridad —dijo Sanjay—. Es difícil establecer cuál es la tendencia. Tan solo tenemos pruebas de acontecimientos fluviales, excepciones e incidencias extraordinarias en inundaciones causadas por las mareas. Por todo el planeta. También hemos registrado que ha subido la temperatura de los océanos. Esos grados de más son los que alimentan las tormentas.

—Como esta.

—Probablemente. Los datos no son muy de fiar.

—¿Qué opinas tú? —preguntó Gary a Thandie.

—Que el nivel del mar está subiendo de verdad. Quizá los datos no sean de fiar, Sanjay, pero todo apunta a eso. Aunque la tendencia sea difícil de establecer ahora, pronto resultará evidente.

—Entonces, ¿qué está ocurriendo? Un metro es mucha subida. Cuando me secuestraron, ese era el límite establecido para la subida del mar a finales de siglo, no para 2016.

—Lo recuerdo —respondió Thandie seca—. Los maravillosos años del calentamiento global.

—¿Cuál es la causa? Dices que no tiene que ver con los glaciares que se derriten ni con los cascos polares, ni con el aumento de temperatura del agua en sí.

—Todo eso sucede ahora como ha estado sucediendo durante décadas —dijo Thandie—. Tiene que haber algo más.

—Es una discusión que lleva un par de años en el candelero; y Thandie tiene algunas hipótesis... ¿No es cierto, querida?

—No seas condescendiente conmigo, no eres más que un inglés perdedor. Sí, tengo algunas ideas. Todo lo que necesito es un medio para probarlas.

—Y entonces podrás escribir un libro, ir a los platós de televisión y asustar a todo el mundo mientras te haces rica en el proceso.

Thandie levantó una mano y le enseñó el dedo corazón a Sanjay. Después, redujo la velocidad hasta que se quedaron detenidos en el aire.

—¡Cristo, mirad eso!

Gary miró hacia abajo y vio una carretera de seis carriles que valientemente atravesaba el río por un puente, alimentada por numerosos cruces y carreteras secundarias que iban de norte a sur. La orilla norte estaba llena de complejos industriales, con muelles y embarcaderos que daban al río. Detrás del complejo se alzaba un bloque de hormigón y cristal iluminado desde dentro, y desde el aire asemejaba una agrupación de invernaderos. Al sur vio una ciudad de cristal aún más espectacular ubicada en lo que parecía una cantera de piedra caliza rodeada de hectáreas de parques cuidadosamente diseñados.

—¿Dónde estamos?

—El cruce de Dartford —respondió Sanjay—. Eso, mi querido amigo americano, es la M25, la autopista que rodea Londres. Incluso en un buen día, no es más que un aparcamiento de coches con forma de rosquilla. Y este es el lugar en el que cruza el río.

—¿Y esos centros comerciales?

—En el norte, Lakeside Thurrock; en el sur, Bluewater Park, los paraísos de los compradores...

Pero aquellos complejos comerciales estaban teniendo un mal día; de hecho, un día muy malo. Los helicópteros sobrevolaban la zona y algunos eran tan grandes como los Chinook del ejército de los Estados Unidos. Todos llevaban los focos encendidos y dirigidos hacia el río mientras el agua pasaba por encima incluso de los contrafuertes más altos y se acercaba poco a poco al enorme puente de la autopista. El río se había abierto paso por detrás de las áreas industriales de Lakeside y las había aislado mientras avanzaba hacia la zona comercial. En el mismo puente, Gary vio que donde los coches hacían cola para pasar por los puestos de peaje, la estructura se



había convertido en una especie de bol que iba llenándose de agua poco a poco. Las luces de los coches fallaron y los vehículos acabaron bajo el agua mientras las personas nadaban como hormigas para no ahogarse.

—La autopista está atascada —gritó Thandie—. Estoy escuchando los avisos de la policía: han cerrado el túnel para protegerse de la inundación, y el puente y las carreteras que dan a él están atascadas, por el tráfico normal y el tráfico extraordinario integrado por los evacuados de la zona del estuario.

Mientras Gary observaba la zona, las luces del centro comercial de Lakeside se apagaron.

—¡Dios mío!

—El frente tormentoso está acercándose a la barrera —informó Sanjay sin dejar de mirar la pantalla—. Supongo que ha llegado la hora de la verdad.

—¿Creéis que el agua superará la barrera? —preguntó Gary.

—¡Ah! —respondió Sanjay—, esa es la pregunta de los cuarenta mil millones de dólares. La barrera es un diseño de los sesenta del siglo pasado que se construyó según las teorías de la época sobre la posibilidad de que se diera una gran inundación en el futuro. Es decir, que tuviera las características que alcanzaron a imaginarse en esa época. Incluso antes de este nuevo fenómeno de la subida del nivel del mar, las proyecciones revisadas basadas en el cambio climático fueron suficientes para que se pusieran en guardia...

—La policía nos pide ayuda —dijo Thandie mientras escuchaba la radio—. Están organizando zonas de recogida: niños, mujeres con bebés, enfermos y heridos. Podemos recoger algunos y llevarlos a zonas más altas y seguir haciéndolo hasta quedarnos sin combustible.

—Aquí viene —dijo Sanjay mirando la pantalla—. Creo que el agua sobrepasará la barrera. Es mi opinión.

Gary miró a Thandie.

—Echemos una mano.

—Sí. —El helicóptero descendió desde el firmamento hacia los oscuros restos de Lakeside.

Dentro del Dome de Greenwich, Amanda recibió con alivio el anuncio de que se cancelaba el espectáculo para proceder a la evacuación.

Todo el mundo se levantó y dispersó por los pasillos sin dejar de divertirse a pesar de los lejanos timbres de la alarma de incendios. De todas maneras, era el final de un largo día, y Amanda sabía cómo eran los niños. La mayoría de los presentes estaban listos para recibir con agrado las brillantes luces del metro o la calidez de los autobuses de camino a casa. En cuanto a Amanda, aquellos grupos de niños angelicales que cantaban madrigales isabelinos con fines «educativos», tal y como indicaba el plan de estudios nacional, no eran precisamente la idea que ella tenía de la diversión ni de pasar una tarde de sábado.

Pero Amanda y Benj estaban sentados uno al lado del otro, cerca de un asiento vacío. Kristie había ido al baño. Insegura, Amanda miró a Benj.

—¿Crees que tendrá el sentido común de volver aquí?

Benj no respondió. Se reclinó en su asiento con expresión soñadora y una mirada perdida en el rostro. Amanda le había confiscado el ángel durante el espectáculo, pero Benj lo había recuperado en cuanto había oído la orden de evacuar por el sistema de altavoces.

Amanda se preocupó un poco. Ni siquiera sabía a qué venía la alerta. Había oído murmullos entre la gente sobre ataques terroristas, pero ella estaba dispuesta a apostar que aquello tenía algo que ver con aquel clima insoportable. Quizá se tratara de una inundación en la línea Jubilee del metro, la que había tomado para llegar allí con los niños. Lo más probable era que se tratara de eso. Así y todo se puso nerviosa al pensar qué significaba para ella que se hubiera inundado el metro: era la única manera de entrar y salir de la península. También habría autobuses, pero estarían abarrotados. Se enfrentaban a horas de espera, quizá bajo la lluvia, y los niños se pondrán pesadísimos.

Amanda miró a su alrededor. Muchos se habían ido ya y aquel estadio «Indigo2» que tenía capacidad para dos mil personas, se estaba vaciando a una velocidad sorprendente. Tan solo quedaban algunos remolones. No había ni rastro de Kristie. Amanda se preguntó si debería ir a los baños a buscarla.

Se le ocurrió llamarla al móvil, pero cuando marcó el número, lo único que obtuvo fue un mensaje de que no tenía cobertura.

Investigó entre los servicios de noticias para descubrir algo más de lo que estaba ocurriendo, pero tampoco tenía señal para recibirlas, ni siquiera las de la BBC. Consiguió conectar con la CNN, pero las noticias no informaban de lo que estaba

ocurriendo en Londres, sino de la última hora de los problemas de Sidney, Australia, donde las inundaciones habían empeorado notablemente. Amanda vio imágenes aéreas del mar que entraba por el puerto hasta el mismo centro de la ciudad y de la apresurada evacuación de las agujas de cristal del distrito financiero de Sidney. Las autopistas de salida de la ciudad estaban atascadas y dos trenes habían chocado en la estación central, aunque las noticias informaban de que los trenes ya se estaban parando en el momento de la colisión. Incluso en aquellos momentos, las cámaras se centraban en las imágenes de postal turística: la Ópera se alzaba en una especie de isla, separada de tierra firme por la subida del nivel del mar como en una película de efectos especiales.

Amanda guardó el móvil y miró alrededor. No había señal de Kristie.

Un miembro del personal del Dome se acercó a ellos por un pasillo. Era un joven que lucía una cresta de pelo rojo. Mascaba chicle.

—Lo siento, señorita, tiene que marcharse. Tenemos que asegurarnos de que no queda nadie.

*Señorita.* Amanda sonrió. El muchacho apenas era unos años mayor que Benj.

—Estoy esperando a mi hija. Ha ido al baño.

—Lo siento, pero tiene que irse ya. Es responsabilidad mía que no me deje a nadie aquí dentro.

—Estoy esperando a mi hija.

El muchacho dio un paso atrás, nervioso, pero parecía distraído. Probablemente estuviera recibiendo instrucciones a través de su ángel particular.

—Por favor. Tendré que llamar a seguridad. Tengo que asegurarme de que no queda nadie. Es parte del plan de evacuación.

Benj se levantó.

—Venga mamá, no merece la pena hacerlo enfadar. Lo más probable es que Kristie ande por ahí cerca de los baños. Ya sabes cómo es.

Amanda se sintió extrañamente reacia a ponerse en pie, a abandonar aquel asiento sin Kristie. Suponía una ruptura radical con aquel día que había sido de lo más normal hasta entonces, pero dio por sentado que el muchacho estaba diciendo la verdad sobre lo de llamar a seguridad. No tenía elección.

—Está bien. —Se levantó y siguió a Benj a lo largo de la fila de asientos.

Consiguieron abrirse paso hasta la entrada principal. Era una zona cavernosa con una fila de puertas de cristal flanqueadas por taquillas para comprar entradas, tiendas y un Starbucks desierto. El techo del Dome se alzaba amenazante sobre Amanda, semejante a una tienda de campaña en penumbra que retenía el calor, la humedad y el aire rancio. Amanda oía el repiqueteo de la lluvia en los paneles de lona de las alturas. Allí dentro siempre se estaba un poco en penumbra, encerrado.

No se veía a Kristie por ningún lado cerca de los baños. Otro miembro del personal, una mujer robusta esta vez, no permitió a Amanda mirar en el interior de los lavabos.

—No queda nadie ahí dentro, señora.

—Pero es aquí adonde ha venido mi hija.

—No hay nadie ahí dentro. Estará en otra parte.

—¡Tiene once años!

—Estoy segura de que la encontrará en el punto de reunión de emergencia que le corresponde. Estará esperándola allí.

Súbitamente, el enfado de Amanda se evaporó y se sintió inútil e inepta.

—¿Qué punto de reunión? No sé nada de un punto de reunión.

—Yo sí, mamá —intervino Benj—. Lo he leído en las entradas. Aparcamiento cuatro.

—La ruta está indicada por carteles y es muy fácil llegar allí —señaló la mujer. Recibió una llamada en el *walkie talkie*, se disculpó ante Amanda con un gesto y se alejó para atenderla.

Benj volvió a intentar que su madre le hiciera caso.

—Yo sé cómo llegar allí, mamá. Vamos.

—Vamos a llamarla otra vez.

Benj sacó su propio móvil. Una luz azul brilló en la planta: no tenía cobertura.

—He estado intentándolo. Ni siquiera puedo dejarle un mensaje. Mamá, Kristie no es tan tonta, ya sabe adónde tiene que ir.

—Espero que sea cierto. —Amanda siguió a su hijo a regañadientes, aunque sabía que no tenía otra elección.

Fueron de los últimos que abandonaron el Dome, porque la multitud había evacuado el edificio rápidamente. Mientras cruzaban el vestíbulo hacia la entrada, se les unieron los últimos rezagados que procedían de Entertainment Avenue, el gran centro comercial circular que rodeaba el escenario en el corazón del Dome. Era un pasillo de tiendas, restaurantes, farolas elegantes e incluso árboles que florecían en la penumbra de aquella tienda de campaña gigante.

Salieron al exterior bajo una lluvia que parecía caer horizontalmente a causa del viento. Amanda echó un último vistazo al Dome. La lluvia estaba deshaciendo la suciedad del techo de lona. Amanda apenas podía ver una parte del edificio y tuvo la extraña impresión de que no era especialmente impresionante, ya que su forma curvada creaba un horizonte tan cerca de sus ojos que ocultaba la verdadera escala de la estructura. A su parecer, aquello era un error de diseño. Y cuando desvió la mirada del Dome y la dirigió hacia el aparcamiento, Amanda vio una muchedumbre caótica y ruidosa. No tenía referencias para poder calcular el número de personas que había allí, pero era posible que hubiera más de diez mil, una multitud semejante a la que

acudía a los partidos de fútbol. Amanda sintió que se le helaba el corazón al ser consciente, por fin, de la gravedad de lo que estaba sucediendo.

Benj la cogió de la mano y se cubrió la cabeza con la capucha.

—Al aparcamiento se va por aquí. —Se abrieron paso hundiendo los pies en los charcos de agua que se habían formado en el hormigón y el asfalto, charcos que iban creciendo poco a poco. Había gente por todas partes y todos llevaban impermeables e iban de acá para allá. Pero nadie parecía estar especialmente alarmado. Los niños más pequeños estaban excitados por la aventura. Nadie estaba enfadado salvo Amanda. Benj y Amanda intentaron de nuevo contactar con Kristie a través de sus móviles, pero seguía sin haber cobertura.

En la estación del metro estaba teniendo lugar alguna operación de emergencia. La estación en sí había sido vallada con una barrera vigilada por agentes de policía de aspecto cansado. Amanda observó a una fila de pasajeros empapados y asustados que salieron a pie desde las profundidades de la estación del metro. Los médicos de emergencias, enfundados en impermeables de colores fosforitos y que trabajaban por parejas, emergieron y se abrieron paso entre la multitud cargando con camillas.

Amanda se sintió horrorizada por la visión de aquellas personas empapadas y los cuerpos que yacían en las camillas. No podía creer que hacía apenas media hora, quizá incluso menos, ella había estado sentada tranquilamente en el Dome, caliente y relajada con sus hijos a su lado, mientras un grupo de niños destrozaban unos cuantos madrigales. Y ahora, sucedía aquello. ¿Acaso había muerto gente?

Y si la línea Jubilee había sufrido una inundación, lo más probable es que hubieran cerrado todo el metro. Llegar a casa iba a ser una pesadilla, incluso aunque consiguieran salir de Greenwich. Poco a poco el día iba yendo de mal en peor.

Benj tiró de su brazo.

—Venga, mamá. Tengo frío.

—Sí, lo siento. —Y se apresuraron para llegar al aparcamiento.

Lily y Piers tuvieron que esperar a que un helicóptero los llevara de Shoeburyness a Greenwich. Las limitadas pistas de aterrizaje de la hidrometrópolis estaban abarrotadas de aviones abordados por alegres grupos de invitados que deseaban partir en pos de sus «vacaciones de la catástrofe». Se trataba de una especie de póliza de seguros ofrecida por la AxysCorp de Nathan, que garantizaba que en caso de suceder una calamidad como una inundación, por ejemplo, el asegurado era trasladado a un hotel de lujo en algún lugar seguro donde podría esperar a que todo pasara, y dejar que otros se ocuparan de arreglar el desastre. A Lily le hizo gracia hasta qué punto el mundo se había acostumbrado a hacer frente a todo tipo de catástrofes. Algunos de aquellos plutócratas que salían a la carrera ni siquiera habían dejado de beber cócteles mientras eran escoltados sin incidencias desde la sala de fiestas hasta el transporte hacia sus vacaciones.

Por fin, Lily y Piers consiguieron su helicóptero y se marcharon. El viento era cada vez más intenso e incluso las habilidades del consumado piloto no pudieron evitar que el helicóptero se sacudiera mientras despegaban: el casco crujía, el motor rugía y los rotores gemían al intentar seguir en marcha en medio de aquellas turbulencias.

No se habían retrasado en exceso, pero había sido suficiente. Cuando por fin sobrevolaron las afueras de Londres, al oeste, vieron que la inundación ya lo había devorado casi todo. El río había superado las defensas contra inundaciones en ambas orillas con una facilidad asombrosa y ahora lo único que asomaba en la superficie del agua eran edificios, farolas y árboles, como juguetes hundidos en un charco. La evacuación seguía su frenética marcha a lo largo del río y las carreteras no eran más que interminables filas de coches, camiones, autobuses, vehículos de bomberos y ambulancias cuyas luces relucían como joyas. Alrededor se percibía una masa tan densa como las gachas de avena, que no podía ser otra cosa más que una multitud de personas huyendo a pie. Había demasiada gente y estaban demasiado lejos como para identificar a los individuos y desde el helicóptero no parecían más que meras partículas.

Piers observó lo que ocurría en tierra con su mirada franca e inteligente, mientras escuchaba los informes de policía por la radio. Situaciones como aquella sacaban lo mejor de él, pensó Lily, ya que había sido entrenado para hacerles frente y tenía un instinto natural para el mando. Pero estaba pálido y había perdido mucho peso, igual

que el resto de los que habían sido rehenes con él. Habían sido liberados hacía tan solo seis días y ninguno de ellos contaba con infinitas reservas de energía. Aunque estaba claro que el mundo no quería esperar a que se recuperaran.

Cuando sobrevolaron la barrera del Támesis, el piloto hizo descender el helicóptero para que pudieran ver bien lo que sucedía allí abajo. La barrera, una línea que atravesaba el río, había sido totalmente superada por la corriente y el agua caía como una cascada al otro lado, arrojando blanca espuma en el agua río arriba.

—Esto —murmuró Piers—, es algo digno de contar a nuestros nietos, un acontecimiento que, se supone, se da una vez cada mil años. De hecho, la barrera en sí está siendo la protagonista de una operación de rescate. Hay algunos tipos atrapados en la torre de control y en una especie de túnel que conecta la torre con la barrera por debajo del río. Ahora mismo, los defensores de la ciudad necesitan que alguien los defienda. En fin... —Y desvió la mirada.

Por fin sobrevolaron Greenwich. El piloto se mantuvo a gran altura para no obstaculizar las operaciones de rescate que estaban teniendo lugar más abajo.

En aquel lugar, el río describía una amplia «S» en un enorme meandro doble que daba lugar a dos penínsulas: una que asomaba desde la orilla norte y otra desde la orilla sur; y desde el punto de vista de Lily, en el aire, ambas parecían abrazarse en una especie de yin y yang gemelos. La península más grande y de aspecto pendular que quedaba a la izquierda era la isla de Dogs, una lengua de tierra atravesada por complejos de muelles, algunos incluso con varios siglos de antigüedad. Hacia el norte, en el cuello de la península, se extendían los nuevos complejos de oficinas de Canary Wharf; hectáreas de cristal reluciente. La península más estrecha hacia la derecha, que asomaba desde el sur, era Greenwich. Desde aquella altura, Lily veía claramente el disco puntiagudo de color gris sucio que era el Dome, que una vez había sido la Cúpula del Milenio y ahora recibía el nombre popular de «El O Dos». Allí abajo, en algún lugar, estaban su hermana y los niños.

Todo aquello no estaba más que a unos pocos kilómetros al oeste de la barrera superada por el río, y las aguas ya estaban inundando tierra firme tanto hacia el norte como hacia el sur: se hundían muelles y embarcaderos, se anegaban carreteras atascadas y los helicópteros sobrevolaban la zona como ángeles de la desesperación.

—Es increíble, sabes —dijo Piers Michaelmas—. Hace treinta años, cuarenta incluso, aquí no había nada. Tan solo los muelles y los viejos almacenes. Estaba básicamente abandonado y en ruinas. Y mira ahora. La policía cree que aquí hay ahora mismo más de medio millón de personas, tanto en los bloques de oficinas como en los centros de esparcimiento. Es una burbuja, una gigantesca concentración de gente.

—Y todo en una llanura aluvial.

—Es estupendo ver las cosas en retrospectiva. —Piers prestó atención a la radio de nuevo—. Ya se que quieres bajar ahí y buscar a tu hermana, pero me han ordenado que me presente en la isla de Dogs, en Millwall. Están llevando a cabo una gigantesca operación de salvamento y evacuación.

—Entonces nos separaremos.

—Sí. —Piers se inclinó hacia delante—. Piloto, ¿ha oído eso?

El piloto asintió distraído mientras escuchaba su propia radio.

—Mi ordenador está solicitando los permisos. Tiene que comunicarse con dos mandos tácticos a la vez... Puedo llevarle primero a Millwall, señor, y dejarle en el parque Mudchute. He recibido permiso para aterrizar allí. Después volaré a Greenwich con la capitana Brooke.

—Está bien —respondió Michaelmas.

El helicóptero se deslizó hacia el norte sobrevolando el río y luego descendió para aterrizar en la isla de Dogs. Los detalles empezaron a adoptar forma: casas, un parque, calles que ya estaban cubiertas de agua sucia... Lily distinguió la línea trazada por el DLR, el tren ligero de los Docklands, que avanzaba hacia el norte por sus vías elevadas. Un grupo de vehículos militares y de la policía estaban aparcados en el parque, en lo que parecía ser una especie de puesto de mando. Las pequeñas olas rompían en las ruedas de los vehículos.

El piloto aterrizó suavemente en la hierba empapada. La puerta se abrió y la lluvia entró en la nave azotada por un viento muy intenso.

Piers se protegió con la capucha, cogió un paquete de emergencias, soltó el arnés que lo mantenía sujeto a su asiento y se levantó. Se giró y le tendió la mano a Lily.

—¡Buena suerte! —gritó.

—¡Tú también! ¡Ahora lárgate y cierra esa puñetera puerta!

Piers sonrió y saltó del aparato. La puerta se cerró y el helicóptero despegó inmediatamente. Piers se protegió los ojos de la lluvia con una mano y observó como se elevaba la nave.

Piers se dirigió directamente al puesto de mando en el centro del parque.

Gracias a su rango y al hecho de que fuera reconocido por otros oficiales llegó rápidamente a una sala de reuniones llena de ordenadores portátiles, pantallas de televisión y pizarras blancas entre otras cosas. El jefe de la policía local estaba informando de la situación a representantes de los servicios de ambulancias y de los bomberos, de las autoridades locales, las empresas de servicio público, la Agencia Medioambiental, las empresas de transporte, los hospitales y de los medios de comunicación. También había presentes un par de reporteros locales. El sistema inglés situaba a la policía en el centro de la organización en casos de emergencias civiles. Muchos de los que prestaban atención a las palabras del jefe de policía tenían



los teléfonos móviles conectados a auriculares que tenían sujetos en la cabeza. Piers sabía que las redes de telefonía móvil habían sido reasignadas para uso exclusivo de los servicios de emergencia, una situación que ya estaría dando problemas a los civiles incluso aunque no hubiera fallado la alimentación eléctrica de las antenas de telefonía.

Piers prestó atención durante unos minutos. El tema central de aquella reunión parecía ser la evacuación de todos los núcleos de población situados en llanuras aluviales o con gran peligro de inundación, y aquello incluía la mayor parte de Millwall. Como las carreteras ya estaban bajo el agua, el plan era sacar a la gente utilizando el tren ligero de los Docklands para llevarla hacia el norte y de allí trasladarla a tierra firme. Eran tan solo unos kilómetros. En realidad, en Londres no había ningún sitio demasiado lejos de otro, geográficamente hablando. El tren ligero funcionaba sobre vías elevadas y pasaría por encima de la inundación que se avecinaba; e incluso, aunque llegara el momento en que dejara de funcionar la electricidad, las vías siempre se podrían utilizar como viaducto.

Por supuesto, nadie sabía qué ocurriría después con todos aquellos refugiados. El aeropuerto de London City estaba inundado. Las carreteras estaban bajo el agua en la mayor parte de Londres y la inundación del cruce de Dartford había provocado un monumental atasco en la M25. Y había otros problemas, claro. Aparte de la presión que soportaban las redes de telefonía móvil, las empresas proveedoras de Internet más importantes del país estaban en los Docklands. Las comunicaciones estaban fallando por toda la zona a medida que subía el nivel del agua e inundaba edificio tras edificio.

Piers estaba al tanto de la estrategia para hacer frente a catástrofes de aquella envergadura. Los esfuerzos de docenas de equipos como aquel, situados por todo Londres, convergerían en el centro de información de un grupo de coordinación estratégica dirigida por un oficial de policía veterano que, a su vez, informaría al comité de crisis del Consejo de Ministros. E incluso yendo más lejos, y dada la envergadura global de aquella situación de emergencia, Piers estaba seguro de que los americanos habían movilizado sus efectivos militares desde sus bases en el Reino Unido. Los europeos también ayudarían organizando planes de recuperación y preparando paquetes de ayuda. En aquella sala, la tensión se palpaba en el ambiente: las diferentes voces se mezclaban unas con otras, los teléfonos no dejaban de sonar y los técnicos dibujaban líneas y más líneas en los mapas en un intento de comprender las múltiples facetas de aquella catástrofe que todavía estaba en desarrollo. Piers se imaginó a sí mismo en el centro de aquella discusión, donde le pedirían consejo, él demostraría de lo que era capaz y le asignarían nuevas responsabilidades. Él había sido entrenado para asumir puestos de mando y, en teoría, sus conocimientos podrían representar una contribución muy útil en aquella situación.

Sin embargo, se sintió ligeramente frágil y como si se le fuera la cabeza. Empezó a desviar la mirada como si no pudiera soportar que nadie fijara sus ojos en él y de pronto revivió en su mente imágenes de los sótanos de Barcelona, de aquellos momentos en los que sus captores le quitaban las toallas o las vendas que le cubrían la cabeza en un intento por pillarle con los ojos abiertos y romper su espíritu.

De pronto, se dio cuenta de que necesitaba salir de allí. Así que se deslizó por la puerta y volvió a la tormenta. Se cubrió la cabeza con la capucha y echó a andar por las calles.

El aparcamiento número cuatro estaba en el otro extremo de la plaza. Todos los aparcamientos estaban llenos cuando Amanda y los niños habían llegado aquella mañana, pero ahora los coches se habían ido ya o estaban atascando las salidas, con sus luces traseras rojas encendidas de tal manera que dejaban tras de sí un rastro de gravilla rosada, resbaladiza a causa del agua.

Benj señaló a la izquierda, hacia el lado del río.

—Creo que a nosotros nos toca ahí —dijo. Amanda vio un grupo de cincuenta personas, adultos y niños, que como los demás grupos que abarrotaban el aparcamiento estaban reunidos bajo una señal de punto de encuentro. La vista de Benj era mejor que la de ella y se le daba muy bien recordar instrucciones, así que Amanda estaba segura de que habían llegado al lugar correcto.

Se apresuraron en aquella dirección, bajo la lluvia, chapoteando en los charcos. Tuvieron que abrirse paso por entre vallas azules y Amanda oyó como la lluvia martilleaba en el techo de la academia de fútbol de Beckham. Estuvieron a punto de ser arrollados por un enorme cuatro por cuatro que apareció de la nada y atravesó el aparcamiento a toda velocidad. La conductora era una mujer joven de mirada asustada que llevaba a un bebé sentado en su sillita en el asiento trasero.

Benj estaba alerta y miró a su alrededor. Por una vez el mundo era más interesante que su ángel.

—Mira ese barco, mamá, mira qué alto está. —Se trataba de uno de aquellos elegantes botes rápidos que circulaban por el río, los Thames Clippers, que estaba amarrado en el moderno muelle Queen Elizabeth. El bote se elevaba muy alto cuando llegaba una ola y caía cuando esta pasaba. Estaba claro que el nivel del río había subido mucho.

Por fin se reunieron con el grupo. Una agente de policía vigilaba con las manos detrás de su espalda y luciendo una gran sonrisa. Era la imagen misma de la calma y la competencia. Amanda miró alrededor y vio a más agentes de policía repartidos por entre la multitud, que se esforzaban por reunir a la gente por grupos.

Pero no vio a Kristie. Benj se separó para buscarla. Amanda se quedó esperando, cerca del grupo. Todo el mundo parecía estar muy tranquilo excepto ella. Se sintió un

poco avergonzada de haberse dejado llevar por el pánico y haberse convertido en una persona incapaz de reaccionar, aunque no encontrara a uno de sus hijos.

Benj volvió corriendo, su cabello mojado pegado a la frente.

—Mamá, Kristie no está aquí.

Amanda no pudo aceptarlo.

—¿Qué quieres decir? Entonces, ¿dónde está?

—No lo sé —respondió Benj en voz baja.

Amanda se le quedó mirando, como si se hubiera enfadado con él por haber regresado con la respuesta equivocada. Kristie tenía que estar allí. Miró alrededor y vio a la agente de policía que hablaba en voz baja por su radio, a los niños impresionados por la situación pero no asustados, el tétrico aparcamiento cubierto de agua, el Dome y su corona de pilotes que se alzaban hacia el cielo. Paralizada por el miedo y la impotencia, Amanda deseó no estar allí; deseó estar a salvo en su oficina de Hammersmith, rodeada de sus archivos y de su portátil, y con un móvil que funcionara, segura en un mundo que conocía y que podía manejar. No quería estar en medio de aquella desolación lluviosa.

La agente de policía se subió a un pequeño muro y dio unas palmadas.

—¿Pueden ustedes prestarme atención, por favor? —Las conversaciones de los niños se silenciaron—. He recibido nuevas instrucciones. Miren, las cosas están así: el metro no funciona porque está inundado, los autobuses están abarrotados y ya se han ido casi todos. Me temo que vamos a tener que salir de aquí andando. —Hubo algunas quejas, pero la agente sonrió con energía—. No se preocupen, esto es un plan de evacuación estándar que ha sido probado varias veces. No tenemos que ir muy lejos. —Señaló hacia el sur—. Iremos hacia allí por East Parkside y luego giraremos hacia el sur para acercarnos al túnel de Blackwall. Es un paso elevado, así que estarán a salvo de la inundación. —¿Qué inundación?—. Ahora bien, las carreteras están impracticables a causa del agua y los atascos. Hemos mantenido abiertas las pistas de frenado de emergencia y esperamos poder liberar un carril en breve, así que la cosa no debería complicarse demasiado. Habrá muchas personas caminando como nosotros. Las estaciones de Westcombe Park y Charlton están... —La agente dudó al mirar a los niños—. Digamos que a media hora de aquí. Allí nos esperan unos trenes especiales que nos recogerán. —¿Nos recogerán para ir adónde?, se preguntó Amanda. ¿Cómo volveremos a casa?—. Eso es todo. Si son tan amables de formar una fila, yo cerraré la marcha...

Mientras la gente se organizaba obedientemente en fila india, Amanda se abrió paso hasta la agente de policía.

—Mi hija, Kristie Caistor. Se ha perdido.

—Daré el aviso —dijo la agente—. Ya tenemos un puesto de contacto allí, señora Caistor, estoy segura de que...

—Esperaré aquí —dijo Amanda desesperada—. Quizá ella venga aquí. Tiene que estar muy asustada.

—Es mucho mejor que siga con los demás. Tenemos que evacuar a todo el mundo.

Amanda gruñó.

—Eso es lo que he estado escuchando desde que un crío de mierda me ha sacado a patadas de ahí dentro.

La agente se la quedó mirando, mojada, tensa. Trasteó con el botón de la radio que le colgaba del hombro.

Benj tiró de la mano de su madre, terriblemente avergonzado.

—Mamá, por favor.

Alguien gritó, uno de los niños.

—¡Mis pies están mojados!

Y, de pronto, Amanda fue consciente de que ella también sentía los pies más fríos de lo normal, al igual que los tobillos y las espinillas. Miró al suelo. El agua, fría y llena de barro, le cubría los zapatos. Miró a su izquierda, hacia el muelle, y vio como el agua había sobrepasado el muro de contención y caía como una corriente continua inundando la superficie llana del aparcamiento. Durante un segundo o dos, la gente se quedó mirando el agua que subía, subía y le llegaba por las espinillas, acribillada por la lluvia.

De pronto hubo una gran ola que superó el muro con un salto limpio y corrió hacia ellos a toda velocidad. Los niños gritaron y los padres rompieron la formación y echaron a correr para alejar a sus hijos del agua. Amanda sujetó a Benj.

Y la ola llegó a ellos como si la marea alta hubiera caído de pronto sobre el aparcamiento; una ola que al romper elevó el nivel del agua hasta que esta alcanzó las rodillas de Amanda, y luego hubo una más pequeña que la empapó hasta la cintura y la hizo tambalearse.

La agente de policía no dejaba de gritar:

—¡Aléjense! ¡Corran hacia donde les he indicado! ¡Corran hacia el paso elevado! ¡No se separen!

El grupo avanzó a duras penas en aquella dirección, pero el agua seguía cayendo por encima del muro de contención de modo que el nivel iba subiendo por segundos en el aparcamiento. La corriente era sorprendentemente fuerte para tratarse de aguas tan poco profundas y era difícil caminar por ellas. Una niña pequeña se vio superada por la siguiente ola y su madre y la agente de policía tuvieron que ayudarla a volver a la superficie. La niña salió empapada sin parar de toser. Y el aparcamiento seguía inundándose.

Amanda intentó permanecer de pie mientras miraba frenética a su alrededor.

—¡Kristie! ¡Kristie!

—¡Está a salvo! —Era Lily, que había salido de no sabía dónde y corría chapoteando hacia ella enfundada en un traje de neopreno y un impermeable color naranja. Y Kristie estaba con ella, cogida de su mano, con su llamativa mochilita rosa.

Agradecida, Amanda abrazó a su hija. Incluso Benj dejó que Kristie le abrazara y escondiera su rostro en el abrigo de su hermano.

—Lily, ¿de dónde demonios sales? —preguntó Amanda—. No importa. ¿Dónde la has encontrado?

—No le han dejado regresar al asiento y no ha podido llegar aquí, así que se ha dirigido a uno de los puestos de información de personas desaparecidas que ha establecido la policía por toda la península. Es una niña lista. La policía ha informado de su presencia por radio, he ido a recogerla y luego hemos venido a buscaros...

Llegó una nueva ola y todos saltaron.

Lily cogió a Kristie de la mano.

—Vamos, tenemos que salir de aquí. Nos espera el helicóptero.

—¿Qué helicóptero?

—AxysCorp.

—¿Y qué pasa con todos los demás? —preguntó Benj.

—No podemos llevarnos a todo el mundo —dijo Lily pesarosa—. Lo siento, Benj.

—Lily, ¿qué está sucediendo? ¿Por qué? —preguntó Amanda.

—No lo sé —respondió Lily—. Ahora mismo lo único que quiero es sacaros de aquí, así que vamos, agarraos a mí...

Apoyándose los unos en los otros, los cuatro consiguieron abrirse paso en la cada vez más intensa corriente que se había formado en el aparcamiento, avanzando hacia el helicóptero.

Así que aquello era Millwall, el corazón de la zona este, una comunidad antigua y resistente asentada a lo largo de la orilla occidental de la isla de Dogs. El muelle atravesaba la zona de lado a lado. Piers nunca había estado allí antes.

El florecimiento económico que había provocado la construcción de glamurosos complejos en Canary Wharf y Greenwich claramente había pasado por alto aquel lugar. Aunque había ciertas señales de recuperación en forma de parques industriales, edificios comerciales y endebles urbanizaciones de reciente construcción que le habían quitado terreno a los muelles. Era como una casa de dos plantas con dos habitaciones arriba y dos abajo, como habría dicho la madre de Piers. Pero al río le daban igual esas diferencias y el agua había entrado en las calles sin piedad, oscura y apestando a alcantarilla, provocando las que rompían contra las puertas de las casas protegidas con sacos de arena e inundando los exiguos jardines delanteros.

No se movía ningún coche. Las calles estaban llenas de vehículos aparcados y alguno que otro abandonado en medio de la carretera tras haber sufrido un fallo generalizado de los sistemas eléctricos. Tampoco se veían personas por la calle, aunque a través de las ventanas abiertas Piers oyó el runrún de las radios portátiles. Sin embargo, no se veía luz ni el brillo de los televisores. Lo más probable es que ya no funcionara la electricidad. Al parecer, los residentes estaban dispuestos a aceptar el consejo de las autoridades de no salir de sus casas, al menos por el momento. En el interior de las viviendas, Piers vio a gente que intentaba salvar los muebles y los televisores subiéndolos por las escaleras a los pisos superiores. Pero en las ventanas superiores de algunas casas ya colgaban mantas como señal de socorro. Las mantas estaban empapadas por la lluvia y se sacudían por el continuo viento.

Piers giró y fue a parar al final de una calle en cuesta. Oyó agua en movimiento. Se dio la vuelta intrigado. Una ola que tenía al menos medio metro de alto entró de lleno en la estrecha calle y avanzó hacia él a toda velocidad, oscura, aceitosa y salpicada de basura: de botes de plástico, cartones de leche y trozos de papel, además de un pájaro muerto, un grajo, que daba vueltas en el agua de forma truculenta.

Piers dobló una esquina y entró por la puerta de un jardín en un intento de huir del agua. Subió el escalón que daba a la puerta principal de una casa protegida con sacos de arena. Pero el agua formó olas que rompieron en sus piernas y el nivel empezó a subir hasta llegarle a las rodillas. La súbita corriente le hizo tambalearse.

La puerta de la casa se abrió a su espalda.

—Oiga, cuidado con mi puerta. —Una mujer mayor ataviada con un jersey de lana color púrpura y pantalones de vestir apareció en el umbral apoyada en un bastón

de metal con varios puntos de apoyo. El agua superó la defensa de sacos de arena y entró en el vestíbulo de la mujer. La anciana dio un traspié.

—¡Ay, Dios mío!

—Cuidado. —Piers se acercó a ella y se las arregló para sujetarla por los codos e impedir que se cayera. Consiguió que la mujer recuperara el equilibrio mientras el agua seguía entrando en la casa a raudales—. ¿Está usted bien?

—Mire mis alfombras. ¿Por qué ha dejado que suceda esto?

—Lo siento —dijo Piers.

La mujer lo miró y no se la veía muy convencida. Tenía el cabello gris y rondaría los ochenta años. En su juventud tuvo que haber sido muy hermosa.

—Creía que era usted el enfermero. Usted no es el enfermero del distrito, ¿verdad?

—No.

—Hoy no me toca, pero he hecho la maleta para ir al hospital. —Señaló una pequeña bolsa de piel que yacía sobre una mesa impecable en el vestíbulo—. Lo tengo todo. He cogido las pastillas y he metido mi dentadura postiza de repuesto, como me dijo Kevin. Pero usted no es Kevin, ¿verdad? No veo tan bien como antes.

—¿El enfermero? No, lo siento. Me llamo Piers.

—¡Piers! Vaya, yo nunca... Yo me llamo Molly.

—Encantado de conocerla, Molly.

—No es usted policía, ¿verdad? Entonces ¿qué hace ahí parado delante de mi puerta?

—Soy militar.

—¡Ah! —respondió ella, como si aquello lo hubiera aclarado todo—. Entonces ayúdeme a ponerme el abrigo, querido.

Piers dudó durante un segundo. Después entró en la casa para recoger la maleta y el abrigo e la mujer. El vestíbulo estaba abarrotado de trastos y las paredes estaban totalmente cubiertas de fotografías y labores de bordado enmarcadas. También olía a lana sucia, un olor que poco a poco estaba siendo superado por un hedor como de alcantarilla. Piers encontró un abrigo pesado colgando de un perchero y lo sostuvo para que la mujer pudiera ponérselo.

—Ha venido usted con su coche, ¿no?

—¿Coche? No.

—Con una ambulancia entonces. Si no, ¿cómo va usted a llevarme hasta el hospital? —La mujer miró el agua sucia que seguía subiendo y subiendo—. Lo que quiero decir es que no puedo quedarme aquí y no puedo caminar por culpa de mis rodillas.

—Claro, lo supongo. —Piers miró hacia la calle. Un agente de policía equipado con botas altas y un impermeable amarillo fosforito se abría paso calle arriba

llamando a todas las puertas. Era la orden de evacuación, aunque llegaba un poco tarde. Las puertas se abrieron y la gente empezó a salir de sus casas a regañadientes, con los niños en brazos, cargando con maletas y hatillos con sus posesiones.

Piers miró a Molly y después a los remolinos que hacía la corriente. *Aquí hay algo que yo puedo hacer*, pensó.

Dejó caer las manos sobre los hombros de Molly y la miró a los ojos.

—¿Está segura de que lleva todo lo necesario? Su talonario, su tarjeta de la seguridad social...

—Sí, sí, todo está en la maleta, Kevin me dio una lista. Es muy larga, la verdad es que es un enfermero muy bueno.

—Sé que es un poco raro que le diga esto, pero... ¿No necesita ir al servicio? No sé cuándo tendremos uno tan cerca como ahora.

La mujer se rió.

—Estoy muy bien, querido, así que adelante. —La mujer miró más allá de Piers—. Sigo sin ver su coche.

—Bueno, es que me temo que no tengo coche. Veamos cómo podemos arreglar esto. —Piers metió la mano dentro de su impermeable y se quitó el cinturón de los pantalones. Lo pasó por el asa de la maleta, lo ató y se lo colgó del cuello de manera que le colgara por la espalda, por encima de su limitado lote de emergencias. La maleta no era muy pesada. Después, alargó los brazos hacia Molly—. Y ahora, señora...

Cuando Piers la cogió en brazos, Molly se rió de nuevo.

—¡Ay, madre, vaya día! —Rodeó el cuello de Piers con los brazos y se acomodó fácilmente.

Piers se quedó de pie en el vestíbulo, equilibrando el peso con el que cargaba. Molly era una mujer robusta y pesada, pero si colocaba la maleta justo en el centro de su espalda, el equipaje le serviría como contrapeso. Piers sabía que estaba muy delgado tras tanto tiempo de cautiverio, que sus músculos se habían echado a perder y que no tenía energías infinitas, pero confiaba en que podría cargar con Molly al menos durante un kilómetro, lo que quizá fuera suficiente.

—Nos vamos, Molly. —Pisando con cuidado, Piers atravesó la fila de sacos de arena y salió a la calle.

Dejó que Molly rebuscara en su bolso la llave para cerrar la puerta.

—La última vez que crucé este umbral en brazos de un hombre fue con mi Benny y en dirección contraria. Sí, señor, me acordaré de esto toda mi vida.

—Mi espalda también —replicó Piers. Chapoteó sendero abajo.

—Y esos sacos de arena son de cuando la guerra. De verdad. Yo era una niña entonces, pero lo recuerdo tan bien como si hubiera sido ayer. Mi padre tiró la arena en el jardín, pero guardó los sacos. Decía que nunca se sabía cuándo los íbamos a



necesitar de nuevo, y tenía razón...

Piers la dejó hablar, inclinó la cabeza para protegerse de la lluvia y echó a andar lenta y cuidadosamente. Se dirigió al este, hacia las vías del tren ligero. La corriente de la inundación era rápida y fuerte y aunque el agua no le llegaba aún a las rodillas, le costaba mucho avanzar. Un paso tras otro, caminó por aquellas aguas fétidas llenas de remolinos. Tenía la determinación de no dejarse vencer por la corriente.

—¡Oh, sí, desde luego que recordaré este día con toda claridad! ¿Está seguro de que no peso demasiado para usted? Tengo algunos caramelos de menta en algún lado. ¿Le apetece un caramelo?...

El helicóptero de AxysCorp despegó con Lily y otras personas a bordo, desde un campo de deportes empapado a la sombra del paso elevado. El helicóptero hundió ligeramente el morro y se dirigió al norte sobrevolando la península que en cuestión de minutos se convertiría en un archipiélago. Las olas chocaban contra el Dome y los coches del aparcamiento habían desaparecido ya. Mojada hasta los huesos, Amanda estaba sentada con sus hijos a ambos lados. Los mantenía muy cerca de ella y no dejaba de temblar.

El piloto echó un vistazo a la parte de atrás.

—Creo que querrá ver esto, capitana Brooke. Ya que se ha perdido usted los Juegos Olímpicos y todo eso...

El helicóptero voló por encima del río y siguió avanzando hacia el norte a gran velocidad. Allí estaba el parque olímpico, extendiéndose entre Tower Hamlets y Newham, hasta llegar incluso a Hackney. De hecho, aquel era el valle de un afluente del Támesis, el Lea, que también se había desbordado. Lily reconoció el velódromo, lo que parecía el complejo de fútbol y *hockey* y un estadio con forma de bol. Todo estaba abandonado, desolado, oxidado e incluso saqueado. El agua sucia se extendía por todo el valle y se arremolinaba en torno a las instalaciones olímpicas, como si estuviera coloreando un mapa.

El helicóptero cambió de rumbo de nuevo y se dirigió al oeste, hacia el centro de Londres.

La gente de Millwall conocía a Molly Murdoch. Un anciano que vivía a un par de calles de distancia de Molly y que estaba decidido a quedarse en su casa, ofreció a Piers la carretilla que solía utilizar para trabajar en su huerto. El agua todavía era poco profunda y aquella carretilla les podría venir muy bien, así que Piers acomodó a su pasajera con mucho cuidado para que no se mojara y se disculpó por la suciedad.

—Esto es justo lo que necesitábamos —dijo Molly mientras se acomodaba en la carretilla y Piers le entregaba la maleta un poco cansado—. ¡A casa, James!

Así, los dos siguieron adelante.

Se unieron a una muchedumbre que iba creciendo por momentos, que avanzaba caminando o cojeando, con carritos de bebés, carretillas y sillas de ruedas. La multitud llegó hasta la estación de Mudchute del tren ligero, en el límite del parque donde el helicóptero había dejado a Piers. Las vías avanzaban por un viaducto situado a varios metros sobre el suelo. Un grupo de agentes de policía y empleados del tren ligero de los Docklands organizaban las colas y supervisaban el acceso al andén.

A causa de la discapacidad de Molly, la policía les dio preferencia. Piers necesitó que alguien le echara una mano para subir la carretilla al andén. No tuvieron que esperar mucho a que llegara el tren, aunque iba abarrotado. Piers se sentía aliviado de que, por lo menos, los trenes funcionaran. De nuevo él y Molly recibieron trato especial, aunque tuvieron que abandonar la carretilla por falta de espacio.

Piers se sentó al lado de Molly en un asiento empapado y el tren partió. Fuera de Mudchute el tramo principal estaba formado por tres diferentes vías, pero así y todo Piers pudo ver calles residenciales a ambos lados. En una estación situada sobre una enorme tienda de Asda donde los coches yacían sumergidos bajo las aguas del aparcamiento, otro grupo de refugiados se subió al tren intentando meter carritos de supermercado cargados de niños y cosas. Pasada la estación de Crossharbour, se encontraron con un tren varado en la vía de al lado, con los brillantes colores rojos identificadores de la compañía relucientes bajo la lluvia y las puertas abiertas de par en par. Una fila desordenada de refugiados esperaba sin saber qué hacer.

Una vez cruzaron las aguas en dirección a la estación de Sough Quay, entraron en el distrito financiero compuesto por sucios edificios de cristal, inundados e iluminados en su mayoría. Aquel barrio era una ciudad en sí misma, pensó Piers, como el centro de una ciudad americana plantada al lado de una comunidad mucho más antigua a apenas unos cien metros hacia el sur, aislada de los demás por rápidas líneas de metro y vías de tren subterráneo. Resultaba un poco inquietante atravesar aquellos gigantescos complejos dentro de un tren que seguía unas vías que en aquel punto describían una curva. Era como un sendero que se adentrara en las montañas. Los viejos muelles que sobrevivían a los pies de los edificios se habían visto superados por la inundación y los edificios eran acantilados de cristal que se asomaban sombríos a un océano opaco, por el cual las personas empapadas trataban de abrirse paso.

En Canary Wharf, la vía del tren ligero pasaba justo por debajo de la gran torre del número uno de la plaza de Canadá. Era como entrar en un túnel dentro del cual naciera una gran secuoya, pensó Piers distraídamente. Pero la torre, de cincuenta pisos, estaba rodeada de agua, y el centro comercial que tenía bajo tierra ya debía de estar inundado. En la fachada de aquel gran monolito de cristal se alzaba sobre él se reflejaban las luces del atardecer. Vio a los oficinistas mirando por la ventana, con sus

camisas, corbatas y blusas coloristas, bebiendo café, observando aquella Londres devastada por la tormenta. Algunos miraban a través de prismáticos y otros tomaban fotografías con sus teléfonos móviles. Se distinguían los *flashes*. Piers sabía a ciencia cierta que la inundación no tenía por qué significar un desastre para algunos de aquellos espectadores. Una catástrofe de aquellas dimensiones significaba un borrón y cuenta nueva, una oportunidad para reconstruir, enriquecerse haciéndolo y quizá incluso establecer cierto control financiero en el mercado del que se careciera antes. Los barones financieros de Canary nunca se habían preocupado en exceso por barrios antiguos como Millwall, con los que tenían que compartir la isla de Dogs. Sin embargo, ahora tenían la oportunidad de establecer un nuevo equilibrio. Algunos de los oficinistas se reían de los refugiados desposeídos de todo que se arremolinaban al pie de su torre y alzaban sus copas para brindar como saludo.

Un coche llevó a Helen Gray al centro de Londres. El atasco se extendía kilómetros y kilómetros.

Al llegar a East Smithfield, la conductora de AxysCorp murmuró una disculpa y sacó el coche de la carretera principal. Helen, que iba en el asiento trasero, se vio impulsada contra el cinturón de seguridad y rebotó cuando las ruedas del lado del asiento de pasajeros se subieron a la acera. Las sirenas no dejaban de sonar. Un agente de policía embutido en un impermeable de color amarillo fluorescente bajaba por la carretera indicando a los coches que se hicieran a un lado. A lo largo de toda la calle, a la sombra de las dos torres del puente que se alzaban hacia el cielo gris, Helen vio como el tráfico conseguía hacerse a un lado y dejar libre la carretera, como el mar Rojo separando sus aguas ante Moisés. Incluso los enormes autobuses flexibles encontraron la manera de quitarse de en medio.

La lluvia caía constante, como siempre, y golpeaba la ventanilla de Helen. Pero los peatones seguían caminando por las calles de Londres, protegidos con impermeables o incluso con sus simples trajes de ejecutivo, debajo de paraguas o cubriéndose la cabeza con el maletín de trabajo, chapoteando en el agua y el barro. Muchos de ellos llevaban los auriculares de los móviles puestos en el oído o hablaban solos sin dejar de hacer gestos con las manos, aunque la mayoría simplemente miraba fijamente sus móviles, que se negaban a captar una red para que pudieran funcionar. Palabras, palabras, palabras; Helen imaginó una nube de palabras que se elevaba como el vapor de las empapadas calles.

Pero el coche era cálido y estaba seco, al igual que Helen, aislada del caos exterior y arropada por su traje azul de AxysCorp diseñado para cualquier clima y que duraría al menos diez años. Los únicos sonidos que le llegaban eran el suave runrún del motor y el golpeteo de la lluvia en el techo del coche. Nada de lo que ocurría fuera parecía real.

Seguían sin moverse. Helen intentó dejar de lado la tensión que se iba acumulando poco a poco. Había insistido en que la llevaran de vuelta a Londres porque tenía un contacto en la Oficina de Asuntos Exteriores, un hombre llamado Michael Thurley que, al estar nominalmente a cargo del caso de su bebé, le había prometido reunirse con ella al final del día para informarla de los progresos. Para Helen, aquel viaje improvisado a Southend no había sido más que una mera distracción, irrelevante para su objetivo principal. Ahora, estaba decidida a acudir a su cita en Whitehall, tanto si el clima de Londres cooperaba como si no. Pero cada vez que el coche se detenía en un atasco como aquel, la ansiedad se apoderaba de

Helen. ¿Cuánto iba a empeorar aún aquella inundación? Helen tenía la sensación de que el mundo se estaba yendo a pique poco a poco.

La razón por la que les habían exigido dejar libre la carretera se hizo evidente. Con la alarma sonando a toda potencia y las luces azules parpadeando sin parar, un camión de bomberos apareció en la carretera avanzando como un exhalación en dirección contraria. El camión pasó al lado de Helen con un rugido como una pared de metal pintada de rojo. Iba a la cabeza de un convoy de coches de policía y furgonetas, ambulancias y vehículos de emergencias, e incluso algunos camiones del ejército pintados de verde camuflaje. Los vehículos pesados levantaron olas a su paso.

La conductora de AxysCorp era una mujer robusta de unos cuarenta años, de rostro cuadrado y fuerte mentón. Hacía algunos kilómetros se había quitado la gorra del uniforme para dejar a la vista un pelo gris que llevaba muy corto.

—Estamos listos —dijo mientras escuchaba el murmullo de su radio—. Están utilizando excavadoras para despejar la carretera circular del norte y dejar paso a los vehículos de emergencias. Qué desastre. Espero que estén todos asegurados.

Los últimos vehículos del convoy, dos motos de la policía, pasaron a su lado con un rugido.

—Bueno, ya han pasado todos —comentó la conductora. Apoyó las manos en el volante, encendió el motor y devolvió el coche a la calzada que la policía había despejado. Fue de las primeras en reaccionar y aprovechó para pasar a toda velocidad entre un muro de coches aparcados.

Durante unos minutos, antes de que el tráfico volviera a la calzada vacía, consiguieron avanzar bastante. Dejaron atrás coches y autobuses amarillos llenos de escolares evacuados, ambulancias y vehículos de soporte vital que procedían de hospitales que iban vaciándose poco a poco. Pasaron el cruce de Tower Bridge Approach y después, dejando a la izquierda la inmensa mole del puente de la Torre, pasaron la estación de metro y su gran plaza abierta. Helen vio a miles de personas que subían de los subsuelos, algunos impresionados y muchos mojados incluso antes de salir a la calle. Quizá eso significara que el metro se había inundado también. Si ese era el caso, Helen se preguntó dónde se suponía que tendrían que ir esas miles de personas que estaban invadiendo las calles.

Todavía avanzaron más, por las calles Byward y Lower Thames, aunque el tráfico empezó a aletargarse de nuevo. Había obras en las calles por todas partes: grandes agujeros practicados en el asfalto. Londres siempre estaba en fase de reconstrucción y aquel día los agujeros y zanjas desbordaban agua. Helen vio el río, muy alto y salvaje, que tenía un aspecto tan denso como el del metal fundido, como el mercurio. No parecía simple agua, que seguía subiendo y que apenas pasaba por debajo de los funcionales arcos de hormigón del puente de Londres.

El tráfico empezaba a estar atascado, pero la conductora consiguió avanzar realizando varias maniobras en las inmediaciones de las calles que desembocaban en el puente de Londres. A su derecha, Helen vio los nuevos y relucientes rascacielos de la City, el distrito financiero de la ciudad. Eran extraordinarias esculturas de cristal erigidas durante los años que ella había estado prisionera. Los helicópteros volaban muy cerca de las impasibles fachadas. El coche siguió adelante por la calle Cannon y el puente de Shoutwark, pero pronto se les acabó la suerte: las calles estaban tan atascadas como arterias atoradas de colesterol. Y lo que era peor, Helen vio que cientos de peatones llegaban a la orilla sur del río a través del puente del Milenio y se añadían a la multitud.

La conductora se encogió de hombros.

—Supongo que se acabó. ¿Quiere que dé la vuelta? Lo peor está ahí delante, en el West End. Podríamos ir hacia el norte y...

—No. Tengo que llegar a Whitehall. Allí o al memorial de la RAF en el Embankment. Se supone que debo reunirme allí con mi contacto si no consigo llegar a Whitehall.

La conductora la miró por el retrovisor, no sin cierta compasión.

—¿A Whitehall? Mire, sé que no soy nadie para darle consejos, pero... Usted es la mujer que está investigando qué ha ocurrido con su bebé, ¿verdad?

—No es asunto suyo —replicó Helen.

—Lo digo porque, en la práctica, Whitehall ya está bajo las aguas. En cuanto llegue la inundación, el Parlamento será lo primero que se lleve por delante. —La conductora enseñó a Helen una especie de pantalla de navegación por satélite un poco más avanzada que la tecnología que Helen recordaba. Varios recuadros mostraban cambiantes mapas en alta resolución y las zonas de Westminster y el West End estaban pintadas de color gris—. El señor Lammockson nos ha entrenado para hacer frente a diferentes situaciones relacionadas con inundaciones. Lo más probable es que evacuen los edificios del Parlamento, si no lo han hecho ya.

—No tengo otra elección —se lamentó Helen.

—¿Está segura? Todavía puedo sacarla de aquí, sabe.

—Lo sé. Gracias. Tengo que hacer esto... ¿Qué piensa hacer usted ahora?

—No se preocupe por mí.

—¿No tiene familia?

La conductora se giró.

—Dos niños. Su padre se largó a Grecia con ellos hace dos años. Por lo menos no se los llevará la inundación de ahí fuera, sabe. Oiga, usted y yo estamos en el mismo barco. Aunque hoy sí que me gustaría tener un barco de verdad, ja, ja. Usted no conoce Londres, ¿verdad?

Helen se encogió de hombros.

—Solo como turista.

—Bueno, hoy no es un buen día para ir a ver monumentos. Escuche. Si llega la inundación y no sabe usted qué hacer, diríjase al Strand, a la plaza Trafalgar. Todos los caminos llevan al Strand.

—¿Por qué al Strand?

—Porque allí es donde solía estar la orilla del río, los muelles, antes de que echaran todo ese hormigón. «Strand» significa orilla y aunque el río se desborde no creo que vaya a subir más que sus antiguos márgenes, ¿no? Tiene sentido.

—Lo recordaré, gracias.

—Cuídese.

Helen se cubrió la cabeza con la capucha y se la ató al cuello. Se aseguró de que llevaba el impermeable bien cerrado. Después, se dio ánimos y abrió la puerta.

Tuvo que luchar contra el viento. La lluvia le empapó la cara inmediatamente y el pelo se le pegó a la frente.

Helen se alejó del coche caminando a través de asustadas multitudes que se abrían paso hacia el oeste, hacia los puentes de Blacfriars y el West End que estaba justo detrás. Ya no existían distinciones entre calzada y acera, y los peatones caminaban por entre los coches inmóviles. Los conductores abandonaban sus vehículos y las puertas se abrían como almejas en agua hirviendo. Las personas que salían parpadeaban al ver que acababan calados por la lluvia. Por encima del murmullo de conversaciones se oían alarmas de coches, el lamento de las sirenas de emergencia, el rugido de los rotores de los helicópteros por encima de sus cabezas y el chapoteo de la lluvia por todas partes: en los techos de los vehículos parados, en el asfalto, en la ropa y en los paraguas de los peatones. El mundo era frío, húmedo y ventoso.

Y por debajo de todos aquellos sonidos, Helen creyó oír un gruñido grave y profundo que procedía del este, de río abajo, como el rugido de un animal que se acercara.

Todo iba muy despacio. A Helen le resultaba imposible avanzar un metro o dos antes de tener que detenerse de nuevo, obligada por aquella masa de peatones nerviosos. Había personas con niños y turistas. Vio un puñado de japoneses o coreanos cubiertos con ponchos transparentes con los ojos abiertos como platos y dando gritos por sus teléfonos móviles. Los hombres vestían pantalones cortos y sandalias, y tenían las piernas negras por la suciedad del agua.

Tras un rato, enfadada y cansada, Helen se detuvo ante una máquina de Coca-Cola, metió unas monedas y sacó una botella. Era un truco de soldado que había aprendido en Barcelona: el azúcar y la cafeína del refresco ayudaban a recuperar fuerzas. Se bebió la botella de un tirón, la tiró y siguió caminando. Aquel no era un día para dar vueltas buscando una papelería.

Al pasar Blacfriars recorrió la curva del dique Victoria. La calle estaba bordeada de árboles y farolas, y las estatuas recordaban las glorias pasadas de la historia inglesa. El lado del río estaba protegido por un muro de bastante altura por cuyos escalones se podía llegar arriba y bajar por el otro lado hasta un embarcadero o un barco de recreo. En aquellos momentos el río bajaba muy alto, por lo que rozaba el borde del muro y arrojaba espuma en la calle. Helen se apresuró a llegar al puente de Waterloo. La orilla sur estaba ocupada por el gigantesco edificio de IBM y el Teatro Nacional. Justo detrás se alzaban nuevos bloques de pisos, otro añadido reciente al paisaje de la ciudad.



Entonces, una tremenda ola saltó por encima del muro del embarcadero y cayó sobre la muchedumbre al otro lado. El agua estaba sucia y llena de barro. Algunas personas gritaron y trataron de ponerse a cubierto, pero otras sacaron sus cámaras y móviles para inmortalizar el momento. Helen siguió avanzando, hundiendo las botas en el agua embarrada que recorría la calle hasta los desagües. Pero los mismos desagües estaban atascados y en vez de tragar el agua, arrojaban más aún.

Al pasar por debajo del puente de Waterloo, dejando atrás el enorme círculo de la noria en la orilla opuesta, Helen vio por fin la silueta de pálida arenisca del palacio de Westminster, situado en un meandro del río. El agua rugía, su superficie rota por olas de espuma blanca. Helen pasó ante el obelisco de Cleopatra y por debajo del puente del ferrocarril de Hungerford. Los trenes no funcionaban y la gente huía por las vías a pie, en ambas direcciones, derramándose después por la carretera. Por todas partes la gente miraba fijamente sus teléfonos móviles, trasteaban con los botones y gritaban sin parar. Otras personas, desesperadas por saber qué estaba pasando, se arremolinaban en torno a los coches parados que tenían radios que funcionaban a pilas. Coches, teléfonos y gente corriendo, y las olas del río y la lluvia sin fin.

Por fin Helen llegó al monumento conmemorativo de la RAF. Se detuvo allí sin saber qué hacer. El monumento era una placa de bronce que ilustraba las hazañas de los pilotos y las tripulaciones de tierra durante la Segunda Guerra Mundial. Hacía seis o siete años, no podía tener más de dieciocho, la habían llevado a verlo. Sus padres habían criticado el monumento y habían dicho que era una pobre muestra de arte, pero Helen se había sentido afectada por su franqueza y compromiso emocional. En aquel momento, azotado por la lluvia y rodeado de agua embarrada, parecía lo menos importante del mundo.

Y allí llegó Michael Thurley, dirigiéndose hacia ella desde detrás del monumento.

Era un hombre de unos cuarenta años e iba vestido con un buen gusto razonable, sobre todo comparado con las personas que lo rodeaban. Llevaba un traje de pana con botas de agua y una parka roja de aspecto muy robusto. Pero la lluvia oscurecía sus gafas y no dejaba de limpiarse las lentes de forma compulsiva.

—Señor Thurley. —Helen estaba tan encantada de verlo allí que sintió ganas de darle un beso, pero uno no podía ir por ahí besando a funcionarios de la Oficina de Asuntos Exteriores—. Veo que recibí mi mensaje.

—Efectivamente —respondió él con rudeza—, pero desearía no haberlo hecho. Es un punto de encuentro bastante desagradable y estúpido dadas las circunstancias, señorita Gray, si no le importa que me exprese así. —Su voz sonaba tensa y su acento indicaba que había estudiado en un colegio público y después había pasado por Oxford o por Cambridge.

—No se me ocurrió nada mejor... La verdad es que no conozco Londres. Pero ha

venido igualmente.

—Bueno, no podía dejarla plantada aquí, ¿no crees? —Thurley se cubrió la cabeza con la capucha de su parka para protegerse mejor la cara. Tuvo que gritar para hacerse oír por encima del rugido de la lluvia y el río—. ¡En la Oficina de Asuntos Exteriores nos hacemos cargo de nuestras responsabilidades, y su amigo Lammockson ha estado tirando de varios hilos para asegurarse de que actuábamos! Debo decirle que Whitehall ya ha sido evacuado en su mayor parte. De hecho, como respuesta a los planes de emergencia he sido asignado a New Scotland Yard... ya sabe, la policía. Me encargo de poner en marcha los protocolos necesarios para sacar de Londres a varios dignatarios de poner en marcha los protocolos necesarios para sacar de Londres a varios dignatarios extranjeros. Pero ahora incluso han evacuado Scotland Yard y han recolocado a todo el mundo en Hendon, en la academia de policía. Allí es donde debería estar yo ahora mismo...

—Le agradezco mucho que se haya quedado por mí.

—Sí, pero esto es un auténtico lío, ¿no cree? Mire, ya sabe cómo trabajamos nosotros. Me temo que hoy no es un buen día para que nos ocupemos de su caso, pero tanto el Gobierno saudí como la policía española nos han asegurado que su bebé está bien...

—Ya me dijo eso ayer. —Helen bajó la cabeza y durante unos momentos se olvidó de la lluvia, de la gente que corría de acá para allá y del agua que se arremolinaba a sus pies. Después del esfuerzo que le había costado llegar hasta allí, saber que no iba a servir para nada la deprimió bastante.

Thurley se acercó a ella.

—Me temo que no hay nada más que podamos hacer en esos círculos. Entiendo por lo que está pasando usted. Bueno, de hecho, no creo que de verdad lo entienda ni pueda hacerlo nunca. Yo no tengo hijos. Lo que quiero decir es que simpatizo con su causa.

—Está intentando ayudarme, lo sé. Es solo que nunca creí que mi vida fuera a resultar así.

Thurley forzó una sonrisa.

—¿Cuántos años tiene usted? ¿Veinticinco, veintiséis? Todavía tiene toda la vida por delante, créame.

—Pero toda mi vida ha quedado definida por ese bebé. Por la violación. Es como si me hubieran clavado los pies al suelo y supiera que no voy a ningún sitio nunca más.

—No diga usted eso...

Helen oyó gritos. Levantó la cabeza. El agua subía a raudales por la calle como si fuera una bañera gigante que se estuviera llenando. La gente chapoteaba por doquier en sandalias y camisetas de verano, intentando subirse a los escalones. Algunos

incluso intentaban alcanzar la parte superior del muro del río. En cuanto el nivel del agua subió y rozó los chasis, las alarmas de los coches empezaron a sonar.

Thurley señaló.

—Mire, sale de las alcantarillas. —Las pesadas tapas que cerraban los accesos a las cloacas habían salido volando a causa de la presión del agua, que manaba a raudales por los huecos recién abiertos—. ¡Dios mío! Creo que eso es una rata.

Un trueno redobló a lo lejos. Helen miró hacia el río y vio llegar la tormenta. Una ola gigante abarcaba el cauce del río de lado a lado cubierta de espuma, y se acercaba hacia el puente de Hungerford. Por allí por donde pasaba, la espuma superaba fácilmente todos los muros de contención. Helen vio el reflejo de varios *flashes* y dedujo que la gente estaba haciendo fotografías. Pero el agua ya había llegado al dique convirtiendo la calle en un río paralelo. Todavía faltaba bastante para que la corriente alcanzara el monumento conmemorativo de la RAF, mas el agua ya había empezado a derribar peatones y a arrastrar los coches parados como juguetes ante la presión de una manguera.

De pronto, aquel día de inundaciones se convirtió en algo más que una mera inconveniencia, mucho más que algo que se hubiera interpuesto en su camino. Seguro que estaba muriendo gente, allí mismo, delante de ella.

Helen intentó concentrarse y pensar. Cogió a Thurley del brazo.

—Vamos Tenemos que salir de aquí.

Pero Thurley parecía haberse quedado hipnotizado por el espectáculo.

—Eh... Claro, pero ¿adónde?

—Al Strand —respondió Helen inmediatamente al recordar las palabras de la conductora—. Por aquí.

Abriéndose paso entre la multitud histérica, los dos recorrieron el dique. Apenas había llegado al cruce para llegar a los Horseguards cuando el agua los alcanzó, una ola que les llegó por la rodilla. Había basura flotando en el agua, trozos de papel y bolsas de plástico, envoltorios de comida rápida, manchas de gasolina y suciedad de las alcantarillas. La gente se agarraba a los muros, a las farolas y a los coches varados. Algunas personas fueron derribadas por la corriente y emergieron empapadas y sin dejar de toser. Incluso en aquel momento hubo gente que no soltó los móviles, en vez de tirarlos para poder agarrarse a algo con ambas manos. Se veían pequeñas pantallas brillantes por doquier. Helen echó a andar corriente arriba, esforzándose por avanzar a pesar de la fuerza del agua. Fue como caminar contra la marea, pero tanto ella como Thurley consiguieron permanecer de pie.

El río había vuelto a subir y caía a raudales por el muro. Los coches eran arrastrados por la corriente, como si fueran rocas que rodaran en un río lleno de rápidos. La gente gritó pidiendo ayuda.

Helen y Thurley consiguieron llegar a Horseguards, pero no obtuvieron ningún respiro: el agua negra, sucia, embarrada y manchada de gasolina y de aguas residuales los siguió mientras caminaban por entre la multitud. Para cuando llegaron a Whitehall, Helen estaba exhausta y Thurley jadeaba. Estaba claro que el funcionario no estaba en forma y estaba tan agotado como Helen.

Whitehall ya se había inundado. Los dos observaron como otro río se arrastraba por una calle y se dirigía hacia ellos desde las zonas más altas del norte. El nivel del agua ya les llegaba hasta los muslos, y la corriente campaba a sus anchas a los pies de las fachadas de arenisca del impresionante edificio del Parlamento e inundaba alegremente las zanjas de las obras viales.

Thurley miró hacia el sur para ver cómo iba el nivel del agua.

—Mire eso. —Indicó una lancha de la policía que luchaba por avanzar contracorriente—. Es la calle Downing. Los están evacuando a todos.

—Ya. —Helen se giró y miró hacia el norte. Desde allí podía ver la plaza Trafalgar al final de la calle, así como las escaleras y columnas de la National Gallery que se alzaban como un acantilado—. Podemos seguir por ahí, pero tendremos que luchar contra la corriente...

Helen y Thurley empezaron a vadear corriente arriba. Todos los que les rodeaban tuvieron la misma idea. Intentaron avanzar por la calle e incluso se subieron a las barandillas para estar más seguros, pero la corriente era cada vez más fuerte.

Thurley se resbaló. Helen intentó sujetarlo y también cayó al agua. Sintió que aquel líquido turbio se introducía en su capucha, le empapaba el pelo y se colaba por debajo del impermeable. Mantuvo la boca bien cerrada, porque recordó que la mayor parte del agua procedía de las alcantarillas. Estaba a punto de salir a la superficie cuando alguien cayó sobre ella y se volvió a hundir. No conseguía hacer pie de ninguna manera. Helen sintió que la corriente la arrastraba hacia atrás, a lo largo de la calle que pasaba por delante de Whitehall. Se asustó al pensar que no conseguiría salir a la superficie y que moriría ahogada en un metro de agua sucia.

Pero entonces una mano fuerte la agarró del cuello del impermeable y tiró de ella hasta ponerla de pie. Helen se encontró fuera del agua, chorreando, mirando a un hombre del tamaño de una montaña que iba vestido con una camiseta y unos pantalones cortos y que tenía los brazos tatuados de arriba abajo. Era como un jugador de *rugby* en plena decadencia. Él también estaba empapado, pero aun así sostenía una lata de cerveza en la mano izquierda. El tipo miró libidinoso a Helen y alargó la mano derecha para tocarle los pechos a través del impermeable. Helen retrocedió asqueada y el tipo rió y se marchó dando trompicones.

Thurley llegó al lado de Helen, empantanado también.

—¡Menudo héroe! —gritó.

—Imbécil —gruñó Helen—. Espero que se ahogue en su propio vómito. Venga,

vamos, salgamos de aquí.

Los dos siguieron adelante. Helen estaba empapada, tenía mojados el pelo y la cara, y el agua del río se había colado en el interior de su ropa. Era mucho más difícil avanzar en esas condiciones.

Pero llegaron a la plaza Trafalgar. En el lado norte de la plaza, la National Gallery y la iglesia de Saint Martin in the Fields seguían sobre el nivel del agua, y la gente se había refugiado en la escalera del museo. Pero en la misma plaza, el agua iba arremolinándose hasta formar un lago; y las olas rompían contra las famosas y antiguas fuentes. En aquel lugar había por lo menos mil personas vadeando la plaza y subiéndose a los escalones del museo. Helen no vio ni rastro de la policía y no había en marcha ningún plan de evacuación. Alzó la mirada para contemplar a Nelson en lo alto de su columna. El almirante observaba imperturbable el caos que se había desatado en su ciudad.

Thurley dio a Helen unas palmaditas en el hombro.

—Mire ahí arriba. —Thurley señaló el tejado de la National Gallery, que parecía estar cubierta por una moqueta gris. Pero eran palomas, miles y miles de ellas—. Ha dicho usted algo del Strand, señorita Gray.

—Sí.

Thurley señaló hacia la derecha.

—Es por ahí.

Helen y Thurley chapotearon por el agua que subía de nivel por momentos, cruzaron una calle y dejaron atrás coches varados como rocas que sobresalieran en el río; y, a su alrededor, todo el mundo luchaba por salvar la vida.

Otro descenso en helicóptero hacia lo que quedaba de Londres, otro rescate rutinariamente ejecutado por AxysCorp. Esta vez les tocó el turno a una madre, a un niño y a la abuela, que se habían quedado aislados en Wapping, una zona de antiguos muelles reconvertidos en edificios de pisos con vistas al río. Lily ayudó a los refugiados a atarse las correas de seguridad.

El rotor gruñó cuando por fin despegaron y se dirigieron río arriba para ocuparse de la siguiente misión. El helicóptero ya estaba casi lleno de ancianos, mujeres y niños envueltos en las mantas plateadas de los equipos de emergencias; pero iba a seguir en el aire hasta que se quedara sin combustible o alcanzara el límite de pasajeros. Si se apretaban unos contra otros, aquella nave podía transportar tranquilamente unos cien rescatados.

Al mirar por la puerta abierta, Lily vio el agua oscura como el petróleo que campaba a sus anchas por las calles de Londres, en plazas y parques. El río exploraba ansiosamente los límites de las llanuras aluviales de donde lo habían expulsado hacía tanto tiempo. Había helicópteros volando por todas partes como insectos atareados, tanto vehículos amarillos de rescate como naves militares. Incluso había Sikorkys que habían tenido que despegar de las bases americanas. Botes y barcos de todas clases, desde pequeñas lanchas privadas hasta botes inflables, patrulleras de la policía y de los guardacostas, navegaban atareados por entre las casas y los edificios de oficinas, donde las mantas colgaban inertes de las ventanas superiores. Lejos de los barrios inundados del centro de la ciudad, Lily vio que el tráfico de las principales arterias de salida apenas se movía y que los vehículos de emergencia con sus parpadeantes luces azules intentaban avanzar contracorriente hacia las zonas del desastre. Era una tarde de julio y todavía había luz, pero ya se podían distinguir los barrios donde se habían quedado sin electricidad: las farolas de las calles no funcionaban y los anuncios luminosos permanecían apagados y mudos. Lily tenía en sus manos una pantalla portátil de AxysCorp que no dejaba de mostrarle frenéticas imágenes de soldados corriendo apresurados para salvar instalaciones esenciales, mientras los Ingenieros Reales y los Cuerpos Reales de Logística se dedicaban a construir diques y trabajaban con bombas para evitar que las subestaciones y plantas de tratamiento de aguas acabaran anegadas por el río. La llanura aluvial de Londres no estaba llena tan solo de edificios de oficinas, tiendas y casas; sino que también era el corazón de las infraestructuras de la ciudad, y allí estaban también los hospitales y las comisarías de policía.

Su portátil emitió un aviso y entró un titular de lo que ocurría fuera de Londres.

La noticia era sobre Sidney, donde la inundación se había abierto paso hasta el centro mismo de la ciudad. El Gobierno estatal intentaba organizar una evacuación masiva por la autopista cuatro, donde podrían encontrar tierras altas más allá del río Nepean, a unos treinta kilómetros al oeste de la ciudad. Estaban levantando los centros de acogida aún más al oeste, cerca de las montañas Azules. Los comentaristas opinaban que al Gobierno australiano le estaba costando hacer frente al desastre de manera eficaz. El país nunca había sufrido calamidad semejante. *Inundaciones en Londres y Sidney*, pensó Lily, y creyó que era de lo más peculiar que sucediera lo mismo y a la vez en ambos extremos del planeta.

—Vaya, miren eso —murmuró el piloto. El helicóptero volvió a descender.

Lily dejó a un lado su pantalla portátil para echar un vistazo.

Volaban muy cerca de la noria gigante, el Ojo de Londres; un collar de cuentas de cristal que ya no se movía y cuya base ya se encontraba sumergida en el agua. Se podía ver claramente a la gente que no había podido salir, pequeñas y delgadas figuras como insectos atrapados en ámbar. Y en la orilla opuesta, Lily vio embarcaciones que navegaban cerca del palacio de Westminster, como exploradores que se acercaran cautelosamente a un gigantesco acantilado de arenisca.

Fue entonces cuando Lily fue consciente de la magnitud de lo que estaba sucediendo. Escondió la cara y se secó una lágrima con una mano enguantada, después cerró los ojos con fuerza.

La mujer mayor que Lily acababa de asegurar en el asiento detrás de ella alargó el brazo y le dio palmaditas en la mano.

—No se preocupe, querida; todo se arreglará, ya lo verá.

El helicóptero viró y se sacudió de nuevo, azotado por el viento que no dejaba de soplar.

De las anotaciones de Kristie Caistor:

Tres días después de que la inundación se tragara Londres, Kristie descubrió un reportaje en el canal de noticias veinticuatro horas de la BBC que trataba de los esfuerzos que se habían realizado en el Londres inundado para rescatar a miles de personas que se habían quedado atrapadas durante días en habitaciones de hotel con cerradura electrónica; y todo por el fallo del suministro eléctrico. Aquella noticia habría sido un incidente digno de titulares en alguna otra ocasión. A Kristie le hizo mucho gracia.



Agosto de 2016

Aquella mañana a Kristie le tocaba ser vigía.

—¡Ya llega el hombre del agua! —Bajó atropelladamente las escaleras haciendo un ruido tremendo con sus sandalias de suela de madera. Todavía no eran siquiera las siete de la mañana.

Amanda estaba a punto de salir para el trabajo vestida con un traje arrugado que necesitaba urgentemente pasar por una tintorería. Se había calzado unas robustas botas de montaña y se había colocado las polainas impermeables. Los zapatos para el trabajo iban en la mochila. Agarró el café con una mano, los restos del termo que había preparado la noche anterior, e hizo un gesto de disgusto cuando oyó a Kristie bajar las escaleras a trompicones.

—Dios, Kris, ¿podrías dejar de hacer tanto ruido?

Kristie, que tenía once años, estaba demasiado llena de vida como para preocuparse por eso. Rebuscó entre la montaña de cubos y botellas de plástico que apilaban cerca de la puerta.

—Vamos, tía Lily, nos toca a nosotras otra vez.

Lily se metió el último trozo de pan en la boca, se levantó y se dirigió a la puerta. Sintió frío al caminar descalza por aquel suelo de baldosas hinchado por la inundación. Se calzó las botas de goma y empezó a recoger botellas para meterlas en las bolsas unidas por un cordel. Kristie estaba preparando su yugo improvisado para llevarlo colgando de los hombros: un palo de escoba envuelto en una manta del que colgaban sendos cubos de plástico en ambos extremos.

—Creía que era el turno de Benj.

Amanda rió sarcástica mientras se arreglaba el pelo utilizando la pantalla apagada del televisor como espejo. No había electricidad, como siempre.

—Ese gusano sigue en la cama. Te apuesto lo que quieras a que se hubiera pasado todas las vacaciones en ese agujero si yo no le hubiera arrastrado fuera de vez en cuando.

Lily desordenó los rizos de Kristie con una mano.

—Bueno, es la edad. Sin embargo, esta es una gran trabajadora, ¿verdad?

Amanda, estresada como siempre, se relajó un poco.

—Ya lo creo. Y me alegro mucho de que estés aquí Lil. No sé qué habría hecho sin ti. Si las cosas siguen así cuando se reanude el colegio, no sé cómo podremos seguir con nuestras vidas.

—Tan solo estoy ganándome la manutención. —Lily cogió los guantes de

jardinería de Amanda—. Venga, vamos, acabemos con esto de una vez. —Kristie abrió la puerta.

—Cuando volváis yo ya me habré ido —informó Amanda—. Sacaré a Benj de la cama para que os abra.

—¡Tengo mi llave! —gritó Kristie desde la calle—. ¡Hasta la noche, mamá, te quiero un montón!

—¡Yo también! ¡Adiós!

Kristie esperó a que Lily cerrara la puerta. La madera se había hinchado por culpa de la inundación de hacía cuatro semanas y era casi imposible hacerla encajar en el marco. Después, chapotearon por el sendero del jardín delantero, caminando entre sacos de arena, y salieron a la calle.

Caminaron hacia el suroeste, alejándose del sol de la mañana que estaba muy bajo, en dirección al río. Procuraron no abandonar la acera, pero había partes donde el agua había levantado las losas de cemento y tuvieron que bajar a la calzada. En general las calles estaban despejadas, aunque aún se veía algún que otro coche abandonado que había sido arrastrado fuera de la calzada. Normalmente tenían el interior destrozado, las ventanas rotas, les habían quitado las ruedas y los tapacubos y les habían sacado la gasolina. Había agua por todas partes, en los desagües de las alcantarillas, en los parques y los jardines y en los tejados planos de las gasolineras. Pero todo el mundo sabía que no era potable, ni siquiera si te las arreglabas para filtrarla y hervirla primero. En aquella agua flotaban los desechos de una ciudad cuyas plantas de tratamiento de agua y alcantarillado se habían echado a perder por culpa de la inundación.

El cielo estaba cubierto por jirones de nubes, como llevaba sucediendo desde hacía días, y aunque el habitual hedor a barro y alcantarillas del agua estaba presente aquella mañana, cierto frescor en el aire anunciaba la llegada de un caluroso día de verano inglés. De hecho, el aire estaba más limpio de lo que había estado nunca porque había muy poco tráfico en las calles.

Kristie no abrió la boca mientras caminaban. Compuso una expresión pensativa como si intentara parecer seria y, por lo tanto, mayor. Pero en cuanto sintió los rayos de sol se dedicó a correr y a saltar en los charcos llenos de barro. Los once años eran una edad complicada, pensó Lily.

Llegaron al tanque de agua. Lily y Kristie no eran las primeras, nunca lo eran. Ya se había formado una cola de pacientes vecinos cargados con cubos, botellas y bidones de plástico, vigilada por un joven auxiliar de policía que parecía estar muy aburrido. El tanque era enorme y había sido fabricado en plástico azul. Tenía una válvula de entrada y un único grifo con una manguera enchufada que yacía tirada en la calle. Se suponía que los gigantescos camiones cisterna del ejército tenían que

venir a rellenarlo varias veces al día, pero los vecinos ya habían aprendido a base de decepciones que solo podían confiar en las entregas de por la mañana y por la tarde. E incluso en algunas ocasiones, no recibían ninguna de ellas.

Lily y Kristie se unieron a la cola. A veces Lily pensaba que salvo por los brillantes colores de los cubos de plástico, aquella parecía una escena medieval: gente triste envuelta en ropa sucia haciendo cola para acceder al pozo. Por lo menos, el pánico y el desorden de días anteriores habían desaparecido ya. De la necesidad y la improvisación había nacido una norma: a cada hogar le correspondía el agua que dos personas pudieran cargar. Pero los vecinos habían aprendido a hacer excepciones y a ayudar a los más necesitados.

Lily ya reconocía los rostros de las personas que hacían cola todos los días, pero desconocía la mayoría de los nombres. Estaban las Enfermeras, dos mujeres jubiladas de sesenta o setenta años; Lily creía que eran amantes que habían envejecido juntas. También estaba el Padre Soltero, delgado, devorado por la preocupación, cubierto de tatuajes y que no tenía más de veinticinco años. Todos los días acudía con su carro del supermercado Tesco hecho polvo y cargado de botellas de Coca-Cola que tenía que llenar de agua para sus tres niños pequeños. Luego estaban los Yuppies, una joven pareja de aspecto estresado y ojos apagados que habían visto desaparecer sus trabajos en la City y habían pasado sus vidas de altos vuelos y alimentadas con cafeína a deprimentes colas de ayuda humanitaria. Aquella mañana se quejaban de lo difícil que resultaba conseguir dinero, ya que los cajeros no funcionaban y no se podía pagar con tarjeta en los comercios por falta de electricidad.

Nadie miraba calle abajo. Nadie prestaba atención al lago que relucía bajo el sol, vasto y tranquilo; aunque era una visión que hacía unas semanas los había dejado asombrados, pensó Lily. Aquello no era el río. Técnicamente era la «ensenada de Hammersmith», una zona de tierras bajas donde el agua se había quedado atrapada. En la orilla, la carretera simplemente iba a parar al agua; y el asfalto, las señales de tráfico y los semáforos se habían hundido. Las pequeñas olas rompían en las puertas de las casas y tiendas abandonadas.

La cola avanzaba dolorosamente despacio. Siempre era así. Solo había un grifo y de él salía tan solo un hilillo de agua. Lily se dio cuenta del tiempo que se invertía ahora en las cosas más básicas de la vida, como ir a buscar agua, hacer cola en un Tesco para conseguir los alimentos que hubiera disponibles aquel día o caminar hasta el trabajo como solía hacer Amanda todas las mañanas; un viaje que antes le hubiera llevado minutos se convertía en un paseo de horas.

Pero Lily era capaz de soportarlo. Al parecer, durante sus días de cautiverio en Barcelona, especialmente aquellos en los que había permanecido totalmente sola, había desarrollado cierta disciplina mental. Era capaz de esperar sin hacer nada durante horas, incluso días enteros, limitándose a emplear tan solo las zonas

constructivas de su mente. Un psicólogo que la había examinado después de su liberación le había dicho que había aprendido a anular sus reflejos de vuelo.

Sin embargo, aquel día no iba tan mal. El sol había salido y la gente estaba considerablemente más contenta. Los londinenses que hacían cola en aquella calle inglesa, oscura y triste estaban bastante alegres. Muchos de ellos miraban esperanzados sus móviles, que carecían de señal la mayor parte del día; pero otros silbaban, conversaban o miraban alrededor con expresiones vacías mientras sus ángeles les susurraban música en la cabeza. Y, alrededor de todos ellos, las tejas rojas de las casas de aquel barrio de Londres brillaban bajo el sol.

Kristie tarareaba algo para sí y tenía esa mirada ausente de los usuarios de ángel. Lily sabía que todo era fingido porque sabía de buena tinta que el ángel de Kristie no funcionaba aquella mañana. La niña había olvidado cargar la batería la noche anterior, cuando la electricidad había vuelto durante unas pocas horas. Lily sintió una punzada de afecto. Kristie pertenecía a una generación que tenía que aprender a vivir la vida en su aspecto más básico, una generación para la que palabras como «tanque de agua», «alcantarilla» y «traje» o «clasificación» eran más importantes que «email», «teléfono» y «ángel». La inundación y sus consecuencias habían entrado de lleno en la vida de una miríada de Kristie, pensó Lily, y había supuesto una intervención cósmica en las ya complicadas y entretejidas historias de padres y niños, amantes y enemigos. Igual que su propia resurrección tras el cautiverio la había dejado caer directamente en el regazo de Amanda y sus hijos. Lily sintió el impulso de alborotar de nuevo los rizos de Kristie, pero se reprimió porque lo consideró una actitud demasiado infantil.

Por fin llegaron a la cabecera de la cola y se agacharon para llenar sus cubos y botellas. Cuando terminaron, volvieron a casa chapoteando. El agua era irrazonablemente pesada, como siempre, pero Lily y Kristie habían creado un sistema: un yugo para cargar dos cubos de agua repartiendo el peso por los hombros y guantes de jardinería para cargar con las bolsas unidas por una cuerda. Así que las dos enfilaron la ligera cuesta que tenían que cubrir para llegar a casa.

Una avioneta ligera zumbó por encima de sus cabezas. Las dos se detuvieron para mirar al cielo. Era una novedad, porque normalmente se oían helicópteros. La avioneta era de color rojo brillante, como un juguete recortado en el cielo azul de la mañana, y arrastraba una enorme pancarta hecha jirones.

—Es un Flying Eye —dijo Kristie.

Quizá. Pero no estaba allí para echar un vistazo al tráfico. Sin dejar de parpadear para evitar la intensidad del sol, Lily leyó a duras penas el mensaje de la pancarta: «Mira cómo nadan los *cockneys* punto com».<sup>[2]</sup> Lily había oído algo al respecto. Un grupo de habitantes de la provincia que odiaban a los londinenses se habían infiltrado en el sistema de televisión de circuito cerrado de la ciudad, habían robado varias

cintas y habían difundido imágenes seleccionadas por ellos.

Kristie no reaccionó y Lily rezó para que la niña no hubiera sido capaz de leer el mensaje.

Cuando por fin llegaron a la casa, protegida y cerrada, resultó que Kristie no llevaba las llaves encima. Era algo totalmente predecible, porque era una niña de once años, claro. Kristie aporreó la puerta llamando a Benj a gritos. Lily se sintió aliviada cuando su sobrino tan solo tardó unos minutos en acudir a abrirles la puerta.

—La tele está encendida —dijo Benj sin más preámbulos. Kristie dejó los cubos de agua en el suelo y echó a correr.

Lily metió el agua dentro de la casa para poder cerrar la puerta y descargó su propio yugo. En el salón, la enorme pantalla del televisor iluminaba la estancia y sonaba a todo volumen. Parecía que estaba puesto el canal de noticias.

Así que el televisor estaba encendido. Eso quería decir que la electricidad había regresado, algo que no solía suceder por las mañanas. Lily entró en la cocina, llenó una tetera y la puso a calentar. Después, empezó a abrir latas y a buscar el arroz por los armarios. Con suerte, le daría tiempo de hacer la comida antes de que la electricidad fallara de nuevo.

Desde la cocina, Lily podía ver la pantalla del televisor. Las noticias eran locales y abundaban en detalles sobre la inundación. Se desgranaban las consecuencias del desastre en la vida salvaje: los animales que vivían bajo tierra como topos y ratas de campo habían tenido que abandonar el subsuelo a causa de la saturación de agua; y las aves que anidaban en la superficie como las golondrinas zapadoras y los ostreros comunes se habían visto desplazados. El encargado de mantener el campo de críquet del Oval se pasaba el día sacando paladas de peces del inundado estado y se quejaba de que pareciera que los hubieran puesto allí para tomarle el pelo.

Después, la historia cambió y las noticias pasaron a una imagen aérea de un paisaje inundado. Según los titulares se trataba de la bahía de Bengala, la costa de Bangladesh, donde los ríos Brhamputra y Ganges formaban un complejo delta al llegar al mar. Los habitantes más pobres de un país ya pobre de por sí, se arremolinaban en la costa y las islas cercanas a tierra firme para ganarse la vida como pescadores. Aquella tierra apenas estaba a unos dos metros sobre el nivel del mar, y había llegado la inundación y las islas habían acabado bajo el agua. Lily vio imágenes de antes y después. Lagunas donde se podían pescar gambas y cuyas orillas estaban cubiertas de cocoteros se habían transformado en zonas inundadas donde los escasos supervivientes se aferraban a los árboles o aguantaban en los tejados de las arruinadas casas de paja y barro.

El punto de vista de la cámara se alejó para descubrir largas líneas de refugiados con las ropas cubiertas de barro, chapoteando en el agua que les llegaba a las rodillas,

en busca de tierra seca. En aquel plano tembloroso se veían cantidades ingentes de personas, adultos y niños. Las áreas más desarrolladas del país tampoco se habían librado: un muro de contención fallido había convertido el aeropuerto en un lago. Los helicópteros y aviones se apilaban unos encima de otros. Lily no pudo deducir si alguna especie de tormenta o tifón había azotado aquellas costas. Al parecer, todo indicaba que el nivel del mar había subido súbitamente y había causado todos aquellos daños.

Después, mientras la cámara se alejaba más aún, el noticiario pasó a un mapa resumen que ilustraba el mundo y que definía con una línea azul intenso los límites de los continentes con sus costas y los estuarios de los grandes ríos del planeta. La línea azul se movió para informar sobre cómo las inundaciones habían ido surgiendo por todas partes: en toda América, en el norte y sur de Europa, en India, Asia, África y Australia. Todas las tierras bajas como Bangladesh, Florida, Luisiana, los Países Bajos y los deltas de los ríos corrían el peligro de desaparecer. Y eran zonas densamente pobladas. En las grandes ciudades como Nueva York, Vancouver, Tokio y Shanghai, los habitantes que habían visto los desastres de Londres y Sidney por televisión hacían frenéticos preparativos para cuando les tocara a ellos.

El diez por ciento de la humanidad vivía a menos de diez metros del nivel del mar, y eran cientos de millones de personas. Ahora, la subida del nivel del mar o el temor a que esto sucediera las estaba sacando de sus casas creando una emigración masiva que estaba sucediendo por todo el planeta. La imagen cambió de nuevo, se volvió borrosa y luego pasó a mostrar un desolado río de refugiados empapados por la lluvia que se parecían mucho a otros refugiados de otras partes del mundo.

Los titulares resaltaron la odisea del equipo de fútbol de Newcastle, que estaba atrapado en Bombay tras haber perdido la final de la Copa. Las imágenes fueron cambiando a medida que Benj cambiaba de canal. Por fin se decidió por un canal infantil que emitía sangrientos dibujos animados.

Lily acababa de terminar de cocer el arroz cuando la electricidad se fue de nuevo. Los dos niños gruñeron frustrados cuando el televisor pasó a negro. Sin perder un segundo, Lily cogió el agua hirviendo de la tetera, la distribuyó por varios termos y echó en ellos varias cucharadas de café instantáneo.

Aquella misma tarde, Piers Michaelmas fue a buscar a Lily. Llamó a la puerta y se quedó allí de pie, enfundado en su uniforme de combate. Rechazó el café de termo.

Según dijo, quería llevar a Lily a un viaje en bote hacia el corazón de Londres.

—Siento no haberte llamado antes de presentarme, pero ya sabes cómo andan los teléfonos. Toma. —Piers entregó a Lily un teléfono vía satélite del ejército—. Para futuras contingencias.

—¿De qué va este viaje?

—Digamos que lo hacemos por los viejos tiempos.

Lily dejó a los niños con un vecino y se puso el impermeable azul de AxysCorp. Caminaron rápidamente por la calle en dirección a la orilla donde la carretera se hundía en el lago. Pasaron por delante del tanque de reparto de agua. En la orilla, un marine los esperaba en una lancha hinchable de color naranja que estaba amarrada a una farola. El marine ayudó a Lily y a Michaelmas a subir a bordo, y a ella la obligó a ponerse un chaleco salvavidas y una máscara muy ligera.

Después, impulsó la lancha para alejarse de la orilla, encendió el pequeño motor y el bote enfiló por las calles inundadas en dirección al cauce original del río. Lily no se sentía muy cómoda con la máscara, aunque era fina y ligera como las que usan los cirujanos en las operaciones. Sin embargo, en vista del hedor que surgía del río y de los desperdicios imposibles de identificar que flotaban en él, se sintió agradecida de contar con aquella protección.

Lily observó al marine mientras este comprobaba su posición en el GPS que llevaba sujeto a la manga. También tenía instalada a su lado una especie de sonda en miniatura y observaba cada sombra de la superficie del agua con suma atención.

—Debe ser complicado navegar por aquí —comentó Lily.

—Ya lo creo, señorita —respondió pesaroso el marine. Tenía el pelo gris y la piel curtida como el cuero. Sin embargo, no tendría más de cuarenta años. Su acento era profundamente escocés.

—No sea modesto —intervino Piers—. Harry siempre ha sido todo un marinero, o eso es lo que he oído por ahí.

—Sí, es cierto. Crecí en Skye, sabe usted. Pero esto es diferente. Después de todo, que yo sepa nadie ha navegado antes por la carretera Fulham. Está lleno de obstáculos: señales de tráfico, coches y basura. No puedo ver nada a través de toda esa suciedad, así que tengo que dar las gracias a Jim por facilitarme esta sonda. —Al parecer, el curso más seguro pasaba por el centro mismo de las calles sumergidas. Aunque era mejor buscar el antiguo cauce del río, donde uno podía estar

razonablemente seguro de que bajo la quilla no había más que agua.

Llegaron al Támesis cerca del puente de Putney. Bajo los arcos de la estructura no había apenas espacio para pasar. La lancha cruzó sin problemas, pero cualquier otra embarcación habría tenido que dar la vuelta. De hecho, uno de aquellos barcos de lujo del río que transportaban pasajeros se había quedado atrapado. La corriente era intensa y el agua sucia bajaba turbulenta y apestando ligeramente a alcantarilla y a podredumbre. Lily vio nubes de mosquitos por todas partes. Eran los nuevos habitantes de la ciudad.

Desde el río era imposible distinguir sus antiguas orillas. El cauce se había ensanchado y el río se había adentrado muchos kilómetros en tierra firme: casas, escuelas, iglesias y polígonos industriales asomaban en el agua turbia como istmos de ladrillo, hormigón, acero y cristal; una carretera elevada nacía en el agua y pasaba por un puente que no llevaba a ninguna parte; el asfalto estaba cubierto de vehículos abandonados.

Los supervivientes se arremolinaban en fragmentos de tierra más elevados que asomaban en el agua como islas. Lily vio unos niños que la saludaban desde una de ellas y un helicóptero aparcado en el patio de recreo de un colegio. El valle del Támesis se había transformado en un archipiélago.

Piers enseñó a Lily un mapa del actual cauce del río dibujado según las imágenes por satélite.

—Observa como las aguas se han concentrado en su mayor parte en estas a modo de «ensenadas». Según me han dicho hay que llamarlas «unidades hidrológicas independiente». —Las ensenadas eran lagunas, concentraciones de agua espontáneas y espectaculares que podían alcanzar varios kilómetros de largo y que habían recibido el nombre de las zonas que habían inundado: Hammersmith, Westminster, Bermondsey, isla de Dogs y Greenwich—. Están virtualmente separadas unas de otras por lenguas de tierra alta, aunque aún existen túneles, alcantarillas y ese tipo de cosas que las conectan. Las buenas noticias son que la inundación de una zona no implica necesariamente que se vayan a inundar las demás. Las malas noticias son que si las queremos vaciar tendremos que hacerlo manualmente. Esas tierras no se van a secar solas...

Debajo del puente de Wandsworth vieron a un agente de policía que intentaba impedir que un puñado de chavales se lanzara al río para nadar. El marine suspiró y meneó la cabeza.

—En cuanto el sol se ponga la gente saldrá a navegar y a nadar, incluso a pesar de que todavía hay cuerpos y mierda flotando.

—Civiles, ¿eh, Harry? —bromeó Piers—. Pero no puedes reprochárselo. Un montón de gente se lo está pasando en grande. ¿Sabes que puedes hacer una excursión en bote por el interior de Westminster Hall? Me han dicho que ha sufrido



varias inundaciones desde el siglo XIII. También puedes viajar en góndola por el Soho, y en la City hacen esquí acuático entre los rascacielos.

Lily se le quedó mirando.

—Te tomas las cosas con mucha calma, Piers. No quiero reabrir viejas heridas, pero no eras un tipo particularmente flemático cuando estuvimos en Barcelona.

Piers se tensó un poco, pero sonrió.

—Bueno, eso es lo mismo que me dicen los loqueros cada vez que me ponen las manos encima. Pero es genial ser libro, ¿no crees? Creo que es eso lo que he empezado a comprender ahora. Incluso a pesar de que esta crisis nos haya devorado apenas unos días después de habernos bajado de ese maldito helicóptero de AxysCorp.

Lily sabía que Piers estaba divorciado, que no tenía hijos ni familia a la que visitar. No tenía un hogar al que regresar. Antes del secuestro había sido una figura prominente en los círculos militares y diplomáticos; por eso se había propuesto participar en la pacificación de España. Ahora, después de su extraña y valiosa aventura en la isla de Dogs, donde había exorcizado a sus demonios y de la que ya había hablado a Lily, Piers parecía listo para comprometerse de nuevo con el mundo. Y ella se alegraba mucho de verlo así.

—En cuanto a la inundación —dijo Michaelmas—, al parecer tenemos que enfrentarnos a la siguiente fase: ser conscientes de que esto va para largo. Hay que tomar decisiones duras y ponerlas en marcha. Mi mente trabaja constantemente en torno a estos problemas y creo que es bastante terapéutico.

Mientras hablaban, la lancha pasó por debajo de varios puentes. A medida que se acercaban al de Chelsea, Lily vio las torres de la estación eléctrica de Battersea asomando desafiantes por encima del agua.

—¿Qué tipo de decisiones duras? —preguntó Lily.

Piers miró alrededor como si temiera que les fuera a escuchar alguien.

—Lo creas o no, lo peor está por venir. El ejército y demás servicios están trabajando sin descanso para recuperar las estaciones eléctricas, las plantas de tratamiento de aguas y esas cosas. Seguimos con las operaciones de rescate. Aún quedan veinte hospitales por evacuar en las zonas inundadas. También hay que solucionar el problema de los refugios temporales que se están convirtiendo en centros de acogida de larga duración. Hay un montón de ancianos y madres con sus bebés atrapados en colegios e iglesias. Llevan semanas allí.

»Además, como haya más días como este, y en estas condiciones, pronto tendremos que enfrentarnos al tifus y al cólera. El agua también está llena de tóxicos de las áreas industriales. Por no hablar de las muertes que ya han empezado a surgir a causa del hambre y la sed. Tanto si la inundación se vuelve más severa, como si no.

Aquella última frase, con sus «sies», le puso los pelos de punta a Lily.

—Queremos hacer todo lo que esté en nuestras manos para evitar una evacuación masiva de Londres. Eso sería el último recurso, aunque por supuesto nos estamos preparando para ello. Estamos trasladando aquí todo tipo de embarcaciones de asalto, botes hinchables, ambulancias del ejército y hospitales de campo. Todo tipo de materiales pesados que llegan desde todas partes del país. ¡Es como un nuevo día D! Estamos levantando nuevos parques de caravanas y ciudades de tiendas de campaña en las afueras de Londres, en las tierras más altas como los Chilterns y los South Downs. Estamos buscando terreno elevado entre Londres y Birmingham, y empleamos a la policía militar para que mantenga abiertas las carreteras de salida de la ciudad.

»Pero la mera idea de hacer efectiva la evacuación, de movilizar a millones de personas, es simplemente terrorífica. Me refiero a que tampoco tenemos la seguridad de que estén a salvo una vez los saquemos de aquí. Y en las zonas de acogimiento no están muy contentos de tener que recibir a tantos londinenses expulsados por las aguas. ¡Estoy seguro de que hay un buen puñado de esos *cometartas* con gorra del norte que están encantados de que Londres desaparezca del mapa!

»Sin embargo, tenemos que enfrentarnos al hecho de que tenemos una ciudad, capital de un país, cuyas infraestructuras se han ido a pique: agua, transporte, comunicaciones, electricidad. Hay millones de gente sin hogar. Las reclamaciones a las compañías de seguros pueden hacer quebrar todo el sector financiero. Los bancos internacionales y empresas importantes ya se han marchado y se han recolocado en sus centros de recuperación de desastres, y no me cabe duda de que nuestro amigo Lammockson ha sacado un montón de dinero en esta operación; pero ¿quién les hará regresar? Londres necesitará años para recuperarse de esto, si es que alguna vez lo hace. Y el país no puede asumirlo todo, existen ciertos límites...

—Pero tenemos que intentarlo —dijo Lily—. De hecho, creo que estás ansioso por enfrentarte al reto, Piers, porque no eres más que uno de esos profetas que pregonan el fin del mundo.

—Quizá tengas razón. Admito que es bonito levantarse por la mañana sabiendo que tienes algo que hacer. Sin embargo, creo que soy realista. Las cosas nunca serán como antes, pero nos recuperaremos, de una manera u otra. Si las aguas deciden retirarse.

Lily notó que Piers había empleado de nuevo la palabra «si».

Pasaron por debajo de los puentes de Lambeth y Westminster. El palacio de Westminster, donde iban a romper las olas del río, estaba iluminado por dentro como prueba de que, a pesar de todo, una parte de la maquinaria del Gobierno seguía funcionando dentro de sus muros.

Harry dirigió cuidadosamente la lancha hacia la orilla alejándose del cauce del río

antes de llegar al puente de Hungerford.

—Me dirijo al centro de la avenida Northumberland —murmuró concentrado. No dejaba de observar sus sensores, ni las farolas ni las fachadas de edificios que sobresalían del agua a su alrededor—. Tengo que tener cuidado para que no choquemos...

Lily vio la plaza Trafalgar por primera vez después de la inundación. Un Chinook reposaba orgulloso al pie de la escalinata de la National Gallery.

Harry apagó el motor y saltó al agua. El nivel le llegaba hasta la entrepierna de sus pantalones de pescador. Amarró la lancha a una farola que sobresalía del agua justo delante de la galería comercial del lado sur de la plaza y ayudó a desembarcar a Piers y a Lily. Después subió de nuevo a bordo para esperar.

Piers y Lily avanzaron unos pocos metros por la plaza. Allí el agua también estaba muy sucia y turbia, e incluso lo estaba más que corriente arriba, en Fulham. Basura, bolsas de plástico y cadáveres de palomas flotaban por doquier. En el centro de la plaza el agua tan solo tenía unos centímetros de profundidad, pero tuvieron que superar un control militar para llegar a él. A excepción de algunas patrullas en el perímetro de la plaza y empleados del museo que salían cargados de paquetes, la plaza estaba desierta. Lily miró hacia atrás, a la calle por la que habían venido, la avenida Northumberland. Los edificios de Londres se alzaban orgullosos a pesar del agua que se extendía hasta el horizonte, tranquila y reluciente bajo los rayos del sol.

—No puedo dejar de pensar en esos supervivientes de Tuvalu —comentó Piers—. Te acuerdas, ¿no? De la fiesta de Lammockson.

—¿Qué pasa con ellos?

—Me pregunto si se sentirán satisfechos.

—*Mmm*. ¿A qué viene ese Chinook? ¿Y el perímetro?

—¿No te lo imaginas? Están vaciando la National Gallery. El agua no ha llegado a cubrir la escalinata, pero sí que ha inundado los sótanos. Tenemos batallones que ayudan a los empleados a trasladar los tesoros a los pisos superiores; o a empaquetarlos para enviarlos a tierras más altas. Creí que te haría gracia ver algo así, un Chinook a los pies de Nelson.

—Lo que estás haciendo es lucirte como un pavo real, Piers.

Gary Boyle apareció con una sonrisa dibujada en el rostro. Lily no le había visto desde la fiesta de Lammockson la tarde de la inundación. Y también llegó Helen Gray, del brazo de un hombre mayor que ella y que Lily no reconoció. Lily se sintió extrañamente contenta de verlos a todos, rostros conocidos en un mundo lleno de cosas extrañas. Se abrazaron.

—En Barcelona hicimos la promesa de seguir en contacto. He creído que estaría bien reunirnos antes de que nos separen los vientos de la fortuna. ¡Ah!, y antes de que se me olvide. —Piers entregó a todos teléfonos del ejército como el que le había

regalado a Lily.

Helen les presentó a su acompañante. Resultó que trabajaba para la Oficina de Asuntos Exteriores y se llamaba Michael Thurley.

—Mike tenía que ayudarme a solucionar el problema de Grace. Y no —se apresuró a decir con una sonrisa forzada—, todavía no me la han devuelto. Ni siquiera sé dónde está.

—Entonces puedo imaginarme cuáles son vuestros planes de futuro —dijo Gary muy serio.

—Yo voy a ayudarla —intervino Thurley. Les informó de que se había tomado algo parecido a un año sabático en el trabajo para poder viajar con Helen. Su primer destino era Arabia Saudí, el hogar del padre de la niña—. Me temo que para mí se ha convertido en una especie de causa. En la Oficina de Asuntos Exteriores no pudimos ayudar mucho a Helen y, en realidad, ella me salvó la vida el día de la inundación.

Thurley hablaba como un tipo estirado y ligeramente socarrón. Todo muy inglés. A Lily le recordó ligeramente a Piers. Sus gestos eran exagerados e iba cogido del brazo de Helen como si fueran hermanos. Quizá fuera gay. Lily percibió dentro de él cierta fuerza interior por debajo de toda aquella mierda de colegio público. Se preguntó si Thurley tendría algún plan propio, si se habría pegado a Helen para servir a algún fin propio que nada tuviera que ver con ella. Pero la inundación había supuesto un trauma para mucha gente y quizás las intenciones de Michael fueran las que decía que eran, sin segundas intenciones.

—¿Y qué hay de ti, Lily? —preguntó Gary—. ¿Te vas a quedar con tu hermana?

Desde que los habían liberado, Lily había estado viviendo el día a día, sin pensar demasiado en el futuro. Había empezado a cobrar de nuevo su sueldo de piloto de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos y se imaginaba que pronto la llamarían al servicio. Pero más allá de eso, no tenía planes.

—No lo tengo decidido.

—Entonces ven conmigo —dijo Gary inmediatamente.

Aquello sorprendió a Lily.

—¿Adónde?

—A Islandia.

—¿Adónde has dicho?

Gary habló a Lily de su encuentro en la barrera con una antigua colega, una oceanógrafa americana bastante hecha polvo llamada Thandie Jones.

—No nos están contando todo lo que saben sobre lo que está ocurriendo. —Gary señaló hacia el sur de la plaza, por encima de las tranquilas aguas—. Esto no ha sido un acontecimiento extraordinario, no es una tormenta que no volverá a suceder. Thandie cree que el nivel del mar está subiendo en todo el mundo y que por eso

hemos sufrido inundaciones por todo el país. Qué diablos, las inundaciones de todo el maldito planeta...

—Espera un segundo —intervino Piers—. La mayor parte de esta inundación ha sido provocada por una marejada ciclónica, un cúmulo de tormentas y una lluvia que no parecía detenerse nunca...

—Han sido provocadas —continuó Gary— por una extraordinaria concentración de vapor de agua en la atmósfera debida a la subida de la temperatura del mar. Es lo que indican la ciencia y los modelos, Piers. Es cierto que no es una teoría cien por cien concluyente y que no hay consenso, pero Thandie cree que sus datos son correctos y va a intentar conseguir más. Hablamos de la exploración del fondo del mar, Lil. ¿No es genial? Thandie va a presentar su proyecto a sus jefes en la Fundación Nacional para la Ciencia en los Estados Unidos, pero ningún gobierno, ninguna agencia intergubernamental va a apoyarla en esto; en particular el IPCC, la comisión de expertos sobre el cambio climático. Según ella, si los expertos aceptaran financiar el proyecto significaría una admisión tácita de que existe un problema real que va más allá del cambio climático.

Piers rió sarcástico.

—Claro, qué va a decir. ¿Por qué no admite que es su «ciencia» la que no tiene ni pies ni cabeza?

—Ha conseguido financiación gracias a mí —continuó Gary.

Helen lo supo enseguida.

—Nathan Lammockson. Thandie lo ha enredado en esto.

Gary rió.

—Al viejo Nathan le gusta soltar los cuartos allí donde son necesarios, especialmente si es una causa visible. Y ¿qué podría ser más visible que salvar el mundo? Este nuevo programa de investigación tendrá su base en Islandia, así que allí voy yo. Y quiero que vengas conmigo, Lily. No tengo ni idea de a qué vamos a enfrentarnos y me gustaría tener a mi lado a alguien en quien pueda confiar.

Lily sonrió.

—¿Y no has encontrado a nadie mejor?

—Tú eres la mejor —respondió Gary con honestidad—. Además, ayudarás a que Nathan siga a bordo.

Helen frunció el ceño. Señaló al sur.

—¿No creéis que el nivel del agua ha subido un poquito? Ese cubo de basura de ahí está prácticamente sumergido; y los escaparates de las tiendas... Estoy segura de que antes no estaban así.

Harry el marine les hacía señales de pie junto al bote, metido en el agua que le llegaba a la cintura.

—Dios mío, tienes razón —dijo Piers—. Tenemos que irnos. Así que, supongo,

esto es todo.

Los cuatro se miraron dándose cuenta de que sería la última vez que estarían juntos. Los cuatro y Thurley.

—No me olvidéis. Ni a mí ni a Grace —rogó Helen.

—No lo haremos —prometió Lily.

—Venga, Lily —replicó Piers—, te llevaré a casa. —Agarró a Lily del brazo y la obligó a descender la escalinata a toda velocidad, chapoteando en el agua que subía por momentos, dirigiéndose hacia la lancha.

Para cuando regresaron a Fulham, el río se había abierto camino tierra adentro de forma dramática por las calles de la ciudad. Aquella vez no hubo tormenta alguna. El cielo estaba despejado y azul. Sin razón aparente, el nivel del agua simplemente había subido.

Lily desembarcó y corrió a casa de Amanda. Por el camino se cruzó con una furgoneta de la policía que avanzaba por la carretera de Fulham salpicando agua por todas partes. Una voz, amplificada a través de un altavoz, ordenaba la evacuación inmediata del barrio. Los vecinos estaban apilando sus cosas en la calle, cunas portátiles y botellas de agua, maletas y hatos de ropa envueltos en mantas. Algunos que se negaban a abandonar sus casas incluso en aquellas circunstancias, construían muros de sacos de arena en las entradas y las puertas. El tanque de reparto de agua se alzaba en el centro de un pequeño lago y los vecinos seguían haciendo cola a pesar de todo, ataviados con botas de goma y pantalones impermeables. Allí estaban los Yuppies y el Padre Soltero. Todavía salía agua del grifo, pero Lily se dio cuenta de que allí ya no recibirían más agua potable. No en aquellas condiciones.

La puerta de la casa de Amanda estaba abierta de par en par. Lily entró corriendo. Agua sucia bajaba por las escaleras, oscura y maloliente. Lily vio que los niños estaban sentados delante del televisor que, milagro, funcionaba porque no habían cortado la electricidad. Parecían estar absortos por las imágenes, clavados allí como dos postes.

Amanda bajó a trompicones protegida con sus botas de goma y cargada de mochilas y bolsas de ropa. Todavía tenía puesto el traje del trabajo.

—Lily, gracias a Dios que has vuelto. ¿Puedes echarme una mano con esto? El agua ha empezado a salir por el retrete como la última vez. Se supone que tienes que taponarlo con un saco de arena, pero la última vez tampoco funcionó. Esto se acabó, ¿no crees?

Lily cargó con unos cuantos fardos.

—He oído que ordenan la evacuación.

—Lo están diciendo en las noticias. —Amanda miró alrededor y vio la porquería en las escaleras y el moho y las manchas de humedad en las paredes—. Justo cuando

crees que ya está bien y ha pasado todo, empieza otra vez. —Parecía estar más enfadada que estresada, más triste que asustada. Lily se preguntaba si su hermana se sentía aliviada de que lo peor hubiera llegado ya y se hubiera acabado la incertidumbre. Amanda llamó a sus hijos—. Será mejor que vengáis aquí y elijáis lo que queréis llevaros.

—No creo que vayamos a ninguna parte, mamá —dijo Benj. Señaló la pantalla del televisor. Las noticias emitían imágenes aéreas en directo de carreteras cortadas, asfalto agrietado, viaductos y pasarelas derrumbadas y vehículos destrozados y en llamas.

Lily se acercó para leer las señales de tráfico caídas.

—Ese es el cruce de la M25 con la M40.

—Lo que nos faltaba —se quejó Amanda—. ¿Todo eso tiene que ver con las inundaciones?

—Quizá. —Las imágenes encuadradas en marcos del tamaño de postales mostraron simultáneamente varias carreteras arrasadas. La mayor parte de los cruces más importantes de Londres que daban acceso a las autopistas radiales que servían para salir de la ciudad habían saltado por los aires: la M1 y la M11 dirección norte; la M40 y la M4 dirección oeste hacia Gales; la M3 hacia Hampshire y la M23 dirección sur hacia Sussex.

—Se han cargado las carreteras —explicó Benj directamente—. También los trenes. Nadie nos quiere.

—Mira cómo nadan los *cockneys* punto com —recitó Kristie sin emoción en la voz.

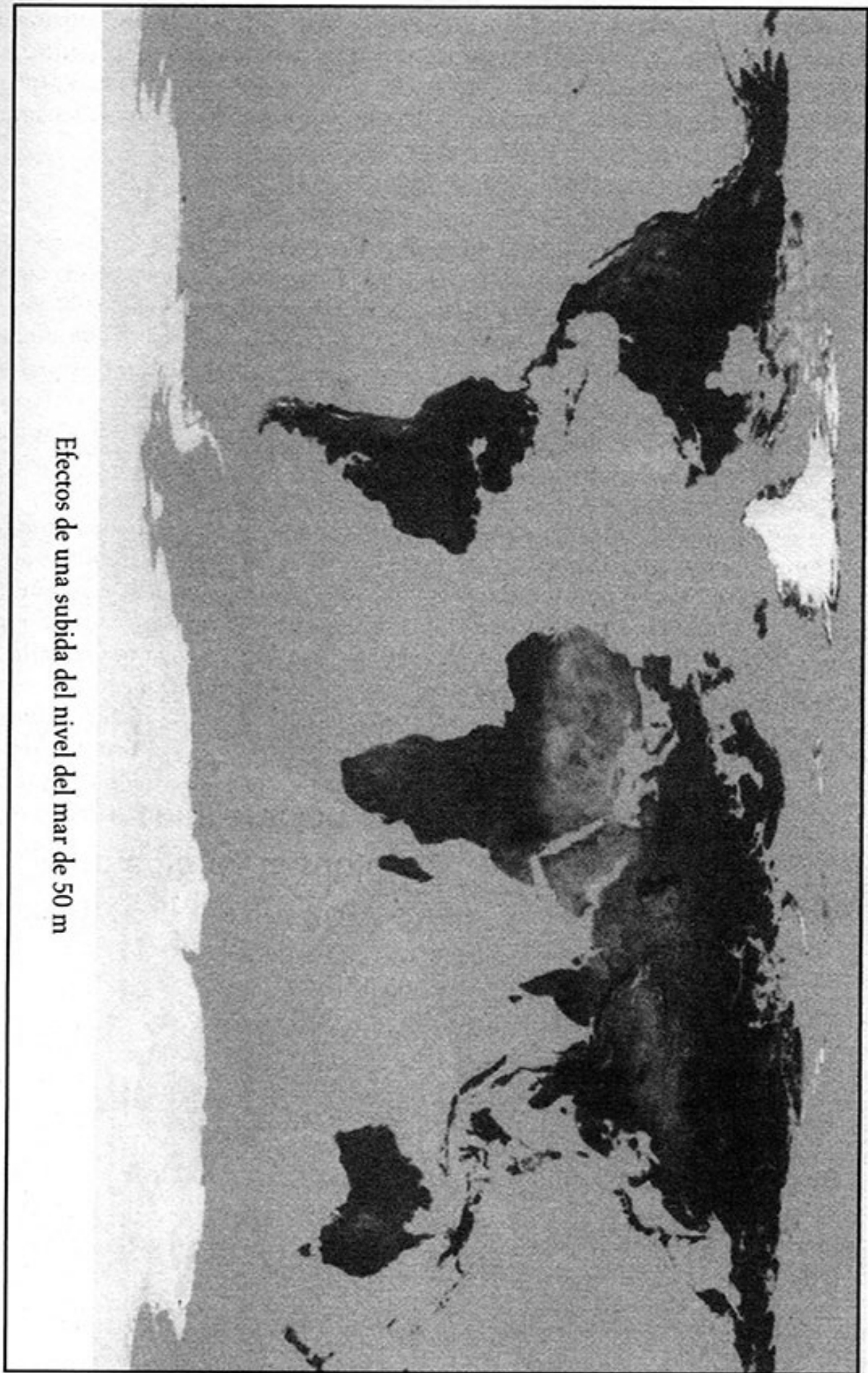
La imagen quedó congelada, luego pasó a borrosa y finalmente desapareció.

**2**

**2017-2020**

**Promedio de la subida del nivel del mar en  
comparación con 2010: 5-80 m**





Efectos de una subida del nivel del mar de 50 m

Mayo de 2017

Piers Michaelmas envió el avión de la empresa a recoger a Lily a Denver, donde ella vivía tras haber abandonado Inglaterra, y llevarla a Texas.

Desde el aire, Houston era un paisaje plano y cuadrículado encajado en una zona de colinas bajas, bosques de pinos, pantanos y humedales. La única topografía destacable había sido hecha por la mano del hombre: los altos bloques de cristal del centro eran como esculturas enclavadas en la llanura. Al este se extendía la bahía, donde era claramente visible la línea del canal de navegación. Más allá se alzaban las zonas industriales. Aquella área había sido colonizada por la industria petroquímica, con sus tanques de almacenaje con techos abovedados y sus altas y delgadas columnas de fraccionamiento, como en una ciudad futurista de cómic extendiéndose kilómetros y kilómetros hasta el golfo de México. En la bahía relucían los diques y las barreras de contención. Eran la protección contra el creciente nivel del mar, enormes construcciones que habían sido terminadas hace poco. Pero Lily vio que, a pesar de esas defensas, el agua de la bahía ya había cubierto los antiguos límites de la costa y se concentraba a los pies de los blancos tanques de almacenamiento. Y todo aquello daba la impresión de que ardía en el aire. Una ciudad en la parrilla.

Lily observó la línea llena de curvas de la autovía del Golfo con la esperanza de poder echar un vistazo al bloque del Centro Espacial Johnson, donde al día siguiente iba a encontrarse con Gordon James Alonzo, todo un astronauta. Pero no consiguió distinguirlo.

Nada más aterrizar recibió una llamada de Piers que le informó de dónde debía encontrarse con él.

La terminal del aeropuerto era un bloque de cristal tan frío a causa del aire acondicionado que Lily consideró seriamente echar mano de su maleta de mano para sacar un jersey. Después, al salir al exterior tuvo que caminar bajo el cielo de Houston hasta llegar a la limusina que la estaba esperando, y aquello fue como entrar en una sauna. Cuando por fin entró en el coche de Piers, hacía tanto frío de nuevo que sintió un escalofrío.

Piers vestía una camisa blanca de magna corta y cuello abierto, y unos pantalones negros cortos que parecían haber sido recortados de un pantalón de traje. Habían pasado nueve meses desde la última vez que Lily había visto a Piers en Londres. Ella había sugerido un reencuentro al saber que los dos iban a estar en la zona de Houston.

Piers le dio unas palmadas en la espalda de forma un tanto brusca, tomó su maleta y la dejó caer dentro del coche. La limusina arrancó. El conductor estaba oculto tras un cristal ahumado.

—Sigues viajando ligera de equipaje —comentó Piers.

—Vivo ligera de equipaje —replicó Lily mientras se abrochaba el cinturón de seguridad. Y era cierto. Todo lo que tenía no habría ocupado más de dos o tres mochilas—. Nunca he sentido la necesidad de poseer muchas cosas. Y menos desde lo de Barcelona.

—Desde luego. Es cierto que no vivimos una época que anime a echar raíces. A no ser que seas un árbol baniano. —Piers seguía tan mordaz como siempre y esos breves atisbos de ingenio hacían que Lily se sintiera como en casa—. ¿Qué tal el vuelo? ¿Cómo te sientes?

—Como si acabara de tirarme a una piscina de inmersión en un balneario.

—¡Ah, así es Houston, querida! Siempre ha sido un lugar exigente, tan caluroso como Calcuta y apenas apto para la vida humana. Y, sin embargo, tengo que decir que en cuanto me mudé aquí no dejé de encadenar un resfriado tras otro. El médico me dijo que mi sistema inmunológico se había visto debilitado por los cambios de temperatura. ¿Cómo están Amanda y los niños?

—Bien. Siguen en el parque de caravanas en las afueras de Aylesbury. No les dejan volver a su casa de Fulham. Los niños van al colegio nadando. ¡Es broma! Mi trabajo bien también.

—En ese proyecto de submarinismo, ¿no?

—Por ahora es solo recogida de datos e información, sobre todo en el área de Londres.

El coche se dirigía al centro de la ciudad y los rascacielos empezaban a asomar amenazadores. Houston era una mezcla de zona residencial, industrial y comercial. Todo era muy de la década de los sesenta y estaba pasado de moda. Los aspersores regaban los céspedes de hierba gruesa y aspecto resistente.

Las maneras y el acento de Piers no habían cambiado en absoluto a pesar de llevar inmerso varios meses en la vida tejana. Seguía siendo el típico oficial inglés frío e irónico. Pero sus ojos a veces perdían foco. Lily supuso que un ángel o el equivalente militar más moderno le estaría hablando directamente en la cabeza. A pesar de que estaban juntos, Piers se mantenía separado y parecía estar solo. Sin embargo, con sus ojos claros, recién afeitado y el pelo cuidadosamente cortado, Michaelmas parecía estar mejor que nunca.

—Veo que te has adaptado muy bien, Piers. A todo esto, bonitos pantalones.

Piers arqueó las cejas.

—Mis pantalones son muy útiles y están limpios, así que cuidado con lo que dices.

—La vida te trata muy bien aquí, ¿eh?

—Bueno, los americanos son muy hospitalarios y Houston es una ciudad muy diversa. Hoy en día hay incluso un barrio iraní, no me digas que no es impresionante. Peor lo principal es que hay espacio. Y en una hora estás en la costa del golfo, o en un día de viaje en coche en la otra dirección te plantas en el desierto o en las colinas... Por supuesto, el trabajo lo es todo. Saber que lo que hace uno es útil hace maravillas en la propia autoestima, ¿no crees?

—Cierto. He visto los diques desde el aire.

—Se habla de construir una barrera contra mareas más lejos aún, una serie de compuertas que dejará a la altura del betún la barrera del Támesis. Típico de estos malditos tejanos. Pero la verdad es que tienen un montón de infraestructuras que hay que proteger. La mayor parte de mi trabajo tiene que ver con el campo de la petroquímica.

La protección del golfo de México era un proyecto público y privado, cuya responsabilidad había asumido el Gobierno junto con compañías petrolíferas y otras multinacionales. Piers dirigía el equipo británico que había llegado para compartir con los americanos las lecciones aprendidas en el salvamento de las instalaciones petrolíferas de la isla de Canvey. Aunque en Houston todo era a mayor escala: tanto los problemas como las infraestructuras que había que salvar.

—No puedes imaginarte el tamaño de esto, Lily. Es la mayor concentración de refinerías petroquímicas y almacenes de petróleo del mundo. Cientos de kilómetros de tanques y torres de desintegración que se extienden desde Houston hasta la costa.

—Y todo está amenazado por el mar.

—Pues sí —respondió Piers—. La isla de Galveston, por ejemplo, tan solo está a tres metros por encima del nivel del mar. Me refiero al antiguo nivel, claro. Houston está incluso peor situado. Para empezar, se construyó en una zona de pantanos y la tierra ha cedido en ciertos lugares porque llevan siglos sacando agua y petróleo del subsuelo. De hecho, en algunas zonas, la ciudad está por debajo del nivel del mar. Bueno, ya sabemos que la media global de la subida de los océanos es ya de cinco metros. Bien, si el mar consigue entrar aquí... imagínate.

»Pero aunque sea un proyecto gigantesco, esto no es más que un punto en un plan mucho más grande. Ya has visto que esto es una crisis global y que está impactando en un mundo que ya estaba afectado por el cambio climático, la reducción de los recursos naturales y las tensiones ideológicas. Estamos intentando salvar los centros.

—¿Los centros?

—Te sorprenderías de lo mucho que depende nuestra red global de la energía y materiales producidos por unos pocos centros de producción importantes, donde hay silos de cereales, estaciones eléctricas, bolsas de petróleo y refinerías.

—Como Houston.

—Como Houston. Y, por supuesto, un gran número de ese tipo de infraestructuras está situado en las costas, incluso en llanuras aluviales. Así que estamos intentando salvaguardarlas todo el tiempo que nos sea posible. A corto plazo, no son más que medidas de emergencia, como mantener en el mar las flotas de barcos petroleros. Todas las fábricas o instalaciones de procesado que creemos que acabaremos perdiendo bajo las aguas están trabajando tanto como pueden para producir materiales duraderos que nos ayuden en el período de transición. Es decir, hasta que consigamos trasladarlo todo tierra adentro o a lugares más altos para protegerlo de las inundaciones. Bronce, acero inoxidable, plástico... Ese tipo de cosas que no se estropean con el paso del tiempo. Deberías echarle un vistazo a la fábrica Goodyear.

—¿Goodyear? ¿Los de los neumáticos?

—Llevan aquí décadas. Ahora están fabricando esas malditas cosas como locos.

—¿Para qué necesitamos ruedas?

—Balsas —respondió Piers.

Aquella simple palabra dejó a Lily atónita. Desde que habían regresado de Barcelona, Lily había tenido la impresión de que Piers siempre estaba más al tanto de lo que ocurría que ella, que sabía más que ella en muchos aspectos y que pensaba más que ella en el futuro.

El coche redujo la velocidad. Estaban al suroeste del centro, en el cruce de dos avenidas principales, la calle Montrose y la carretera Westheimer. Lily vio cafeterías, galerías, restaurantes, bares y tiendas. Era el típico barrio lleno de vida que Amanda habría definido como «contracultural».

—Este es el distrito de Montrose —explicó Piers—. Uno de los pocos barrios de la ciudad donde puedes dar un paseo. He creído que te gustaría estar aquí. Tu hotel está a la vuelta de la esquina. Allí, ¿lo ves? Mira, tengo que volver para trabajar unas horas. Siento abandonarte por ahora. —Y entregó a Lily su maleta.

Obedeciendo a un impulso, Lily le dio un beso en la mejilla.

—Te veo luego, pues.

—Claro.

La puerta del coche se abrió y Lily bajó de un salto. Sintió el súbito golpe de los rayos del sol que rebotaban en las aceras. La calle estaba casi desierta. Muy poca gente salía a la calle en las horas más calurosas del día.

Piers la llamó desde el coche.

—Oye, Lily, asegúrate de estar en tu habitación hacia medianoche. Voy a organizar una pequeña conferencia con algunos viejos amigos. Yo invito, por supuesto.

—Acepto tu cita.

La puerta del coche se cerró y el vehículo arrancó. Lily se apresuró a subir los escalones, entró en el hotel a través de unas puertas automáticas y recibió con los

brazos abiertos la frescura del oscuro interior.

Helen Gray y Michael Thurley tomaron un desayuno tardío en la caravana de la AIEA que compartían.

Más tarde esa misma mañana, se prepararon para recibir la llamada de Piers. Se instalaron en un bar cerca del muelle del viejo puerto de Bushhr y colocaron sus portátiles en una mesa de plástico. Los ordenadores eran antiguallas de la primera década del siglo XXI, todo lo que la Agencia Internacional de Energía Atómica podía permitirse. El calor empezaba a notarse ya, pero aquel pequeño bar estaba acostumbrado a recibir visitantes occidentales y, por lo tanto, estaba equipado con ventiladores y servía buenas cantidades de agua con hielo. Helen y Michael podrían aguantar el calor unas horas más.

Mientras esperaban a que Lily se conectara, Helen le dio un sorbo a su zumo de naranja y se quedó observando el golfo Pérsico.

Bushehr estaba en un extremo de una isla larga y llana que una vez había estado unida a Irán a través de una marisma dependiente del régimen de mareas. La subida del nivel del mar la había aislado definitivamente y solo se podía llegar en barco o en avión. Un viejo barco de carga avanzó penosamente hacia aguas más profundas para echar el ancla, probablemente con las bodegas llenas de fruta deshidratada y algodón puro, que eran las principales exportaciones de la región. Su oscura silueta pasó por entre hileras de edificios. Mirando hacia el interior de la isla, Helen vio de refilón el barrio industrial de la antigua ciudad, donde se asentaban las plantas de procesamiento de alimentos y las de ingeniería que habían llegado atraídas por el centro regional de distribución de petróleo, a metal caliente; y a café muy denso dentro del bar. La llamada del muecín flotó por el aire caliente de la mañana.

Y allí, como un champiñón blanco que creciera en la parte antigua del puerto, se alzaba la cúpula de contención de la planta nuclear, la razón por la que Helen y Michael estaban allí.

Las pantallas de los portátiles se encendieron y aparecieron Lily, sentada en lo que parecía una habitación de hotel, y Amanda, su hermana, confinada en el reducido espacio de una caravana o una casa móvil. Eran imágenes inmóviles. Tendrían que esperar unos segundos para que las conexiones estuvieran plenamente establecidas: el ancho de banda ya no era lo que solía ser. Helen y Michael nunca habían conocido a Amanda en persona, pero lo habían hecho a través de Internet y a través de Lily, como si un miembro más se hubiera unido a la familia.

—Así que esto es todo —murmuró Helen para que sólo Michael pudiera oírle—. Ni Gary ni Piers. Y eso que ha sido Piers el que ha organizado esta reunión en línea.

—Bueno, Gary está en alguna parte del fondo del mar —respondió Michael—, y no podemos culparle de no estar presente. Pero como has dicho tú, ha sido Piers el que ha organizado todo esto y podría haberse buscado aunque fuera una media hora para sentarse a hablar con nosotros.

—Dice que lo ha hecho por Lily.

—Y por él también, seguro. —Michael se rascó el mentón sin afeitarse—. Yo crecí en una familia católica, ¿lo sabías? —De hecho, Helen no tenía ni idea—. Los católicos de Hampshire éramos una comunidad muy pequeña. Me fui muy joven, a los diecisiete o así. —Sonrió—. A muchos de ellos no les hacía gracia mi homosexualidad, mi «pecado». Pero mi madre siguió acudiendo a la iglesia igualmente.

»Unos años después, mi padre murió repentinamente y mi madre dijo que había perdido la fe. Dejó de ir a misa. Me llevé una gran decepción. Aunque yo no tuviera intención de volver al seno de la Iglesia, de alguna forma me reconfortaba que ella tuviera fe. Era como si todavía hubiera una puerta abierta para mí. Así que mi madre volvió a la iglesia, por mí. Se confesó y eso fue todo. E hizo bien. Creo que en sus últimos años de vida, la iglesia le sirvió de gran consuelo.

—Así que crees que pasa lo mismo con Piers. No se va a reunir con nosotros, pero le reconforta que nosotros sigamos viéndonos.

—Quizá. ¿Acaso las personas tenemos una comprensión profunda las unas de las otras? De hecho, ni siquiera nos comprendemos a nosotros mismos.

Tampoco lo comprendía Helen, aunque ya había intentado explicar qué clase de relación la unía a Michael a los inspectores e ingenieros de la AIEA occidentales, rusos e iraníes que normalmente intentaban ligar con ella. Ella era madre soltera y Michael un homosexual de mediana edad. Los dos estaban atrapados en una relación bastante peculiar: sin sexo, sin pasión... Pero no era realmente platónica, era algo más. Los había unido el episodio traumático de la inundación de Londres y quizá habían encontrado el uno en el otro algo que creían necesario, algo de lo que carecerían si se separaran.

O quizá, a un nivel más profundo y cínico, todo lo que Helen apreciaba de Michael era que seguía siendo su única oportunidad para recuperar a su hija.

La imagen de Lily se movió llena de vida.

—¿Ya estamos en línea? Hola desde Texas.

Amanda sonrió y se le iluminó la cara. Les mandó besos a todos.

—Hola, Bushehr, estos son los votos del jurado de Luxemburgo.

Helen y Michael saludaron con la mano y se sintieron un poco tontos sentados en aquel bar vacío, saludando a las pantallas de unos viejos ordenadores.

Rápidamente se informaron mutuamente de dónde estaban y cuándo: Lily hablaba



desde la habitación de su hotel en Houston y era medianoche. Amanda saludó desde su caravana de los Chilterns, cerca de Aylesbury, donde acababa de amanecer. Según ella misma dijo estaba «situada en la ladera de una colina rodeada de ovejas y de la mitad de la población de Chiswick». Y, finalmente, allí estaban Helen y Michael, en las inmediaciones de una central nuclear iraní a unos mil kilómetros de Teherán.

—La verdad es que todavía no sé qué hacéis ahí exactamente —comentó Amanda—. ¿No estabais buscando a tu bebé, Helen? Su padre era saudí, no iraní. Y no tengo ni idea de qué tiene que ver todo esto con reactores nucleares...

Era una historia complicada. Aquel reactor, construido bajo contrato por ingenieros rusos, había sido no hace tanto el centro de las tensiones internacionales ya que formaba parte del programa iraní de enriquecimiento de uranio. Pero Bushehr estaba en el golfo Pérsico y como otras cuatrocientas plantas nucleares, corría el peligro de quedar anegada por la subida del nivel del mar. No se trataba tan solo de una desastrosa obra de ingeniería llena de unos errores de diseño que ya habían sido erradicados de la mayoría de las plantas nucleares del mundo desde el accidente de Three Mile Island. El equipo de la AIEA estaba presionando a los iraníes para que desmontaran la planta antes de que el mar se la tragara.

—Por supuesto, el Gobierno de su majestad está ayudando a los iraníes en su tarea —explicó Michael—. Me las arreglé para que me asignara a nuestro pequeño equipo diplomático. Es todo una excusa para seguir de cerca el rastro de la pequeña Grace.

Grace había desaparecido en las largas garras de la rama de Said de la familia real saudí. Sin embargo, un patriarca de esa misma rama, un primo lejano del rey saudí, se había mostrado más razonable que los demás y había expresado su deseo de ofrecer ciertos compromisos. Aquel hombre había sido barrido por la crisis global, como todo el mundo, y había sido enviado a Irán como parte del grupo de inspección nuclear saudí. Los saudíes creían que debían estar presentes, porque si ocurría cualquier accidente en aquella planta nuclear de Bushehr, sus efectos se extenderían por todo el golfo Pérsico, incluyendo Kuwait, Dubai y, por supuesto, Arabia Saudí.

Michael se había ofrecido para aquella misión con la esperanza de poder establecer contacto con aquel príncipe saudí tan razonable.

—Pero los progresos son muy lentos —admitió.

Helen creyó que Michael no había constatado más que lo evidente.

Amanda se removió en su silla.

—Bueno, en cuanto a nosotros, no podemos alejarnos ya más de la costa, así que aquí seguimos. Hay algo que quiero enseñaros. —Amanda echó mano de un teclado que estaba fuera de plano—. Voy a ver lo que puedo descargar, es un mapa que publicaron ayer. Ojalá Benj estuviera despierto, porque es él el que se encarga de estas cosas, pero no se despertará hasta dentro de seis horas como mínimo... Ya está.

En la pantalla apareció un mapa de Gran Bretaña, tal y como había quedado después de la inundación. Había sido creado a partir de cientos de fotografías tomadas por los satélites. Helen descubrió rápidamente que se trataba de un mapa interactivo: podías tocar la pantalla para ampliar o mover la imagen, o identificar las ciudades y las carreteras. Estuvieron entretenidos con aquello un rato mientras discutían lo que veían.

El mapa era impresionantemente diferente al de Gran Bretaña antes de la inundación. El estuario del Támesis se había ensanchado hasta convertirse en una bahía que había devorado las marismas de Essex y el norte de Kent. Las playas de los centros de veraneo del sur habían desaparecido. En Somerset, el mar había inundado marismas y páramos y las olas chocaban ahora contra la colina de Glastonbury. En East Anglia, el antiguo sistema de drenaje de los Fens se había visto desbordado y el mar había entrado por Peterborough para adentrarse en tierra firme sesenta kilómetros o incluso más. Se había creado una nueva orilla en Cambridge. En el norte, el estuario del Humber daba ahora a un mar interior que cubría lo que antes habían sido las tierras de cultivo de Yorkshire. En el oeste, la línea de costa de Lancashire, empezando en Liverpool había tenido que ser abandonada.

Helen se sintió extrañamente descolocada. En sus años en Barcelona había perdido la costumbre de informarse de lo que ocurría en el mundo a través de diferentes medios. Y ahora tuvo que recordarse que aquello estaba ocurriendo de verdad, que el mar se estaba llevando pedazos de Gran Bretaña y que aquel era el país tan diferente al que Grace volvería algún día.

Amanda estaba comentando su vida en el parque de caravanas. Incluso ahora, a pesar de que las tormentas que provocaron la inundación de Londres se habían disuelto hacía ya un año, todavía no habían encontrado los recursos para reparar las viviendas abandonadas en Fulham y Chiswick, en Hammersmith y en multitud de sitios.

—Las caravanas están echando raíces. ¡Tenemos electricidad y agua! Pero este sitio me vuelve loca. Es pequeñísimo y no he podido traerme todas mis cosas... — Helen se dio cuenta de que a pesar de toda aquella alegre charla, para Amanda resultaba turbador el hecho de pensar que quizá nunca podría volver a su casa, que nunca la reconstruirían ni la repararían.

Mientras tanto, la vida en Reino Unido estaba cambiando en aspectos mucho más sutiles. El transporte era más complicado, porque las carreteras no existían; las conexiones ferroviarias eran imposibles y el combustible cada día era más caro. Y esa situación estaba exigiendo un esfuerzo de adaptación de todos ellos. Los hijos de Amanda acudían a clase en los colegios locales de Buckinghamshire, atestados de refugiados de Londres con quienes se metían los chicos del lugar. Amanda seguía acudiendo día a día a su trabajo en Londres, pero el último tramo lo tenía que hacer

en una barca de río que zarpaba más allá de las filas de apartamentos con vistas al río que habían acabado bajo las aguas. Solía hacer la compra en un Waitrose o un Tesco en Aylesbury, e iba y volvía en autobús. Pero lo que se podía comprar cambiaba cada día ya que las cadenas de distribución de los supermercados también se habían ido a pique. Las pequeñas tiendas de ultramarinos se habían puesto de moda otra vez y, de hecho, rebosaban productos frescos de la localidad.

—De alguna manera es como si todo estuviera fuera del lugar que le corresponde —dijo Amanda estoicamente—. A veces creo que es como si estuviéramos viajando hacia el pasado, todo es local: la escuela, el trabajo, los alimentos... Pero las cosas funcionan, más o menos.

Lily se compadeció de su hermana en el tema de la caravana.

—Puedo imaginarte allí con los niños y creo que yo tendré más espacio en el submarino de Gary.

La conversación pasó a ese tema: el tipo de viaje submarino que iban a hacer, qué peligros había, cuál era el objetivo; ese tipo de cosas.

—Gary, Thandie y su equipo no se creen lo que ha dicho Naciones Unidas sobre el límite de la crecida del nivel del mar.

Amanda sonrió sarcástica.

—No hagáis caso a los científicos. Preguntad a Benj o a Kristie. Se pasan la vida chateando sobre este tema. Hay críos australianos que vieron cómo la playa de Bondi desaparecía ante sus ojos. Críos inuit que explican que el permafrost ya se ha derretido en el Ártico y muchos de ellos recogen datos sobre las consecuencias, aunque sea marcando con tiza en el muelle las subidas en el nivel del mar. Kristie sigue anotando los cambios que ha ido observando. ¿Te acuerdas del proyecto, Lily? Ya sé que son niños, pero los niños no son necesariamente estúpidos; mis hijos desde luego no lo son, y se están contando los unos a los otros lo que ven. Todos están de acuerdo en que la subida del nivel del mar es real y que, de hecho, se ha acelerado. Así que Lily, no hace falta que te metas en ningún submarino. A no ser que sea una mera excusa para estar bien cerca de ese astronauta.

—Te refieres a Gordo...

—Es lo mismo que le he estado diciendo yo —dijo una nueva voz.

En su imagen de la pantalla, Lily alzó la vista sorprendida.

—¡Ah, hola Piers! —Helen vio que Lily se hacía a un lado para permitir que Piers se sentara a su lado. Era como si estuvieran sentados al borde de la cama de la habitación del hotel.

Helen y Michael intercambiaron una mirada. Así que Piers había asistido a la reunión después de todo.

—Tienes buen aspecto, Piers —dijo Helen—. Se ve que la cocina tejana te sienta bien.

Piers sonrió, pero no fue una expresión muy natural. No se le iluminaron los ojos. Helen recordó que en Texas era medianoche, o más tarde incluso, y estaba claro que Piers había estado trabajando duro hasta entonces. Michaelmas se volvió hacia Lily.

—¿Le llamas «Gordo»?

—Mañana va a llevarme a Johnson para una visita individual y personal. No me digáis que no es genial.

—Bueno, está bien que veas el centro espacial antes de que se convierta en un museo.

El tono de Piers sorprendió a Helen. Por supuesto, él tenía razón. A pesar de los heroicos esfuerzos por salvar Cabo Cañaveral, no habían podido evitar que estuviera seriamente amenazado. Si se miraba desde el espacio, Florida aparecía como si el mar la hubiera partido en dos. Pero el comentario fue demasiado cínico incluso para Piers; y también había sido cruel a nivel personal. Uno de los muchos secretos que habían sabido de Lily en Barcelona era que se había alistado en las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos, a pesar de haber crecido en Reino Unido, con la débil esperanza de llegar hasta la NASA. Aquel era el viejo sueño de Lily y Piers se lo había vuelto a hacer añicos ante sus ojos. Quizá estuviera cansado. O quizá se hubiera plantado en su alma la pequeña semilla de los celos.

Sin embargo, Lily no reaccionó.

—Un segundo —dijo Piers—. Alargó las manos para alcanzar el teclado fuera de plano.

Las imágenes de los portátiles parpadearon y se recuperaron enseguida, pero la imagen era peor y el sonido era horrible.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Amanda—. ¿Se os ha colgado el sistema?

—No, simplemente acabo de pasar la llamada por el filtro de encriptación militar. Ahora estamos razonablemente seguros. Mirad, he oído la mayor parte de vuestra conversación y quiero daros un consejo, a todos vosotros. Todas estas teorías sobre si está subiendo el nivel del mar o no son irrelevantes. Sea lo que sea lo que le está sucediendo al mar, está claro que en el futuro las cosas se van a poner más feas.

—«Feas» —repitió Michael.

—Sí, feas. He estado hablando con Lily sobre la situación global. Ya hemos visto que han surgido pequeñas guerras a causa de los flujos de refugiados y la escasez de agua y tierra seca. Estas nuevas presiones han exacerbado tensiones que ya estaban ahí. Actualmente los puntos calientes del planeta han vuelto a la vida: India contra Paquistán, por ejemplo, aunque el conflicto se ha visto totalmente superado por las increíble escala de la crisis humanitaria que se ha desencadenado en los deltas. Pero pronto ningún lugar será inmune a estos estallidos.

Su forma de hablar seca y lacónica resultaba extrañamente terrorífica. Helen se preguntó qué tipo de información habría recibido Piers para que les dijera esas cosas.

—¿Qué nos aconsejas que hagamos, Piers?

—Que os vayáis a casa. Que volváis a Reino Unido tan pronto como podáis. Mirad, Gran Bretaña está soportando una gran presión: se han perdido hectáreas y hectáreas de tierras de cultivo, Londres está bajo las aguas al igual que otras ciudades. Pero la verdad es que Gran Bretaña es una isla y eso nos proporciona cierta seguridad natural. Siempre ha sido así. El Gobierno ha puesto en marcha un programa de supervivencia. Tenemos que asegurarnos de que somos capaces de autoabastecernos de comida y energía sin depender de importaciones del extranjero. Contamos con el carbón, el gas y el petróleo del mar del Norte y con plantas de energía nuclear. Incluso en situaciones extremas de cambio climático, Gran Bretaña tiene las papeletas para salir bien parada. Un cambio en la corriente del golfo, cierto enfriamiento del Atlántico Norte podría ser equilibrado por el calentamiento del Ártico.

—Deberíamos retirarnos al Fuerte Gran Bretaña —concluyó Lily—, mientras el resto del mundo se ahoga.

—Bueno, vosotros pensad en lo que os digo. Lily, tú querías que nos ayudáramos los unos a los otros. ¿Qué más puedo hacer más que daros mi mejor consejo?

—Te lo agradecemos, Piers —dijo Lily—, pero no vas a impedir que me meta en ese submarino. No existe consenso entre los científicos en cuanto a la subida del nivel del mar. ¿No crees que merece la pena sumergirse un par de veces para ver si damos con la solución?

—La pregunta correcta es, ¿merece la pena poner en peligro tu vida? —Piers miró fijamente a Lily—. Estoy preocupado por ti, Lily, lo creas o no.

Lily alargó la mano y cogió la de Piers.

—Lo sé, pero tengo que ir. Porque si no voy yo, ¿quién va a cuidar de Gary?

Piers rió. Después retiró su mano y volvió a ser él mismo. Se levantó.

—Tengo que volver al trabajo.

Helen frunció el ceño.

—No hablas en serio. Se te ve agotado.

Piers sonrió tras agacharse para que todos pudieran ver su rostro en la pantalla.

—Estoy bien, en serio. Buenas noches a todos.

—Buenas noches y buenos días, Piers —dijo Amanda.

Cuando Piers se hubo marchado, Michael meneó la cabeza.

—Lleva pantalones cortos y se ha quitado la corbata, pero sigue siendo el mismo. No ha cambiado nada. Llevo diciéndolo desde la primera vez que lo vi: llegará un momento en el que ese hombre se romperá como una ramita seca.

Lily rió y se estiró.

—Bueno, lo que está claro es que no va a convencerme de que no haga ese viaje

en submarino. Y todavía no he terminado de cotillear, la noche es joven. ¿Hacemos una pausa para tomar un café? Veré si puedo sacar algo de esa porquería de máquina de filtro que me ha facilitado el ejército.

Todos estuvieron de acuerdo y cortaron la conexión. Lily inundó las pantallas con una imagen bastante boba, quizá alguna reliquia de su infancia: una muñeca nadadora con largo cabello rubio y pies palmeados que nadaba al ritmo de una ñoña canción.

Pero el teléfono de Helen recibió nuevos titulares. Una cabeza nuclear que estaba siendo trasladada de un silo de misiles amenazado por el mar al norte de Alemania se había visto envuelto en un tremendo accidente de tráfico. La cabeza nuclear había estallado en parte y Hamburgo había sido declarada zona de desastre nuclear. Alemania había pedido socorro a la ayuda internacional.

De las anotaciones de Kristie Caistor:

La señora Rees Shelby de Belle Glade, Florida, protestó en su *blog* contra el uso que hace el Estado de los autobuses escolares para trasladar prisioneros de bajo nivel de seguridad desde prisiones amenazadas por la inundación a instituciones más seguras tierra adentro.

«No me quejo porque mis hijos tengan que caminar bajo la incesante lluvia hasta el colegio; no me quejo por eso. Tampoco es porque crea que el gobernador ha antepuesto la seguridad de ladrones, asesinos y violadores a la de la gente decente. No. Me quejo del estado en el que esos convictos dejan los autobuses: asientos arrancados, todo lleno de pintadas obscenas... Y fluidos corporales por todas partes».

La señora Shelby protestó también por la decisión del Gobierno de convertir algunos parques naturales en hogar para los refugiados de zonas inundadas.

Octubre de 2017

Nathan Lammockson hizo que Lily volara al aeropuerto de Keflavik, a treinta kilómetros al oeste de Reykjavik.

Un coche de AxysCorp fue a buscarla y la llevó, no a la ciudad, sino tierra adentro a través de un paisaje solitario. Por la ventanilla vio montañas coronadas de blanco. Sentía mucha curiosidad sobre aquella extraña isla y era la primera vez que la visitaba. Pero no tenía tiempo para explorar. Ahora que Lammockson había entrado en posesión de su batiscafo, las cosas se habían acelerado y todo estaba listo para su proyecto de investigación de los océanos. Lily se vio súbitamente inmersa en una nueva etapa de su vida. Lily Brooke, piloto de submarinos, ¿quién lo hubiera pensado?

Llegaron a lo que parecía ser un hotel de aspecto sobrio, aunque al final resultó que era la Bessastadhir, la residencia de la presidenta de Islandia.

A la mañana siguiente, Lily esperó en la puerta de la residencia a que el coche la recogiera. El aire era limpio y fresco, y el viento que venía del mar estaba helado; pero no había hielo en el suelo, ni nieve. Su ya habitual abrigo de AxysCorp la mantenía caliente, pero a pesar de todo se puso la capucha para protegerse la cabeza del frío.

El coche llegó por fin ondeando la bandera de AxysCorp con su Tierra acunada por una mano. Esta vez, Lammockson en persona iba en el asiento de atrás. Gordon James Alonzo iba al volante. Lily se abrochó el cinturón de seguridad de inmediato. Gordo conducía como un astronauta; Lily lo había descubierto durante el tiempo que había pasado con él en los Estados Unidos. Así que se sujetó bien antes de que el coche arrancara y atravesara a toda velocidad el sendero antes de incorporarse a la carretera.

Lammockson le ofreció café en un vaso con una tapa de plástico. Lily la rechazó, pero él le dio un buen sorbo a su propio vaso. El aroma era muy fuerte. Lammockson vestía un pesado abrigo que parecía hecho de pieles falsas, pero el corte era impecable y estaba claro que le había costado mucho dinero. Él y su abrigo ocupaban la mayor parte del espacio en los asientos de atrás. Justo delante de Lily, la nuca de Gordo era como una cabeza nuclear: sólida y tachonada de gris. Era un hombre robusto y para ser astronauta era muy alto. Tenía unos cuarenta y cinco años.

—Y bien —dijo Lammockson y sonrió—. ¿Qué tal va el viaje por el momento,



Lily? ¿Te gusta alojarte en la Casa Blanca de Islandia?

—Claro. ¿Cómo te las has arreglado para que acepte la presidenta?

—Bueno, es que me debe una. En los últimos meses he traído muchas inversiones y puestos de trabajo a esta isla olvidada de la mano de Dios. Sobre todo teniendo en cuenta que el resto de «empresarios» del mundo se están dedicando a llenar sacos de arena y a esconder la cabeza. Además, a la mitad de los hoteles de Reykjavik se los ha tragado la inundación. Ya lo verás, es igual que en todas partes. Y eso no es todo: el que conduce tu coche es todo un astronauta curtido en mil borracheras. Si no fuera por mí estaría en el Mississippi rescatando de las inundaciones a abuelitas y a sus perros pequineses, y no pilotando submarinos en un misterioso viaje al fondo del mar. Le tengo agarrado por los huevos y él lo sabe, ¿verdad, chico espacial?

—Eres un tipo muy gracioso.

Gordo hablaba con la típica dejadez californiana, pero Lily captó tensión en su voz. En Houston, donde había tenido la oportunidad de conocer bien a aquel astronauta en paro, Lily había descubierto que el fin de su carrera como astronauta a causa de la cancelación del programa espacial era para él una herida abierta más grande que la cordillera Central Atlántica. Pero Lammockson era así y eso era algo que Lily había tenido que aprender también. Si trabajabas para él, no perdía ni una sola oportunidad para ejercer su poder sobre ti de la forma más brutal posible. Aunque todo lo hacía con la atractiva sonrisa del estafador.

Acababan de llegar a la ciudad. Las afueras de Reykjavik parecían un lugar limpio, ordenado y moderno al estilo europeo: pequeñas casas de tejados coloristas y un montón de hormigón y cristal. De vez en cuando, Lily divisaba la plana superficie del mar, del color del acero, y algunas montañas coronadas de blanco que se alzaban en el horizonte. Pero allí fuera, el único indicativo de la inundación que estaba asolando el puerto costero era el tráfico. Al parecer, el tráfico se había convertido en una pesadilla en todo el planeta. Todo el mundo quería escapar de las inundaciones.

Gordo volvió la cabeza. Era un hombre apuesto en la línea de un surfista y de constitución contundente. Pero tenía el cuello muy grueso y las arrugas se acumulaban en torno a los ojos y la boca. Emanaba suficiencia.

—¿Habías estado antes aquí, Lily? ¿En Islandia?

—No.

—Estamos justo en el centro de la cordillera Central Atlántica. De hecho, para ser precisos, Islandia es una de las montañas que forma parte de esa cordillera. Así que es un buen lugar para que Thandie Jones lleve a cabo su investigación sobre el fondo del mar.

—Pero no es solo eso. —Lammockson señaló por la ventanilla una enorme estructura en forma de bloque situado en una colina baja, coronado por una cúpula de cristal que relucía por la luz del interior—. En mi humilde opinión es un paisaje

digno de ver y siempre intento que todos los que llegan aquí por primera vez le echen un vistazo. Lo llaman «la Perla». Son los tanques de distribución del agua geotermal. Desde 1930 esta ciudad tiene calefacción central gracias al calor de la Tierra, del vapor que emana de la superficie.

Lily vio enseguida adónde quería llegar Lammockson.

—Así que la ciudad es independiente en términos energéticos. No necesita petróleo ni carbón.

—No lo es del todo, pero podría llegar a ser independiente, sí —afirmó Lammockson—. Es un recurso inagotable. Y aún hay más: estamos en una isla. ¿Te das cuenta de que sería fácil de defender? ¿No crees que merece la pena pensar en eso? Este lugar es un puesto seguro, un refugio contra las inundaciones y un punto adecuado desde el cual comenzar la reconstrucción cuando cesen las crecidas...

Lammockson hablaba muy animado, en la línea de un hombre de negocios; como si tan solo estuviera planeando el seguro contra desastres para uno de los centros informáticos de AxysCorp. Pero Lily sabía que esa era su forma de pensar, de actuar: decisiones rápidas, visión de futuro, brutalidad. Aquella operación de Islandia era el ejemplo típico de cómo Lammockson pensaba siempre para obtener más de un beneficio de un posible refugio para un futuro incierto.

Atravesaron las afueras de la ciudad y se dirigieron de nuevo isla adentro.

—¿Adónde vamos ahora? —Lily estaba allí para ser entrenada como piloto del vehículo de inmersión profunda de Lammockson y se había imaginado que enseguida la llevarían a la costa.

—Hemos montado un recinto para llevar a cabo entrenamientos simulados para aprender a pilotar el vehículo de inmersión profunda. Ahora mismo yo soy el único piloto con el que contamos. Tú serás la segunda, aunque algunos de los científicos podrían actuar también como pilotos en caso de que fuera necesario. Tenemos la esperanza de poder entrenar a unos cuantos más. Nathan y Thandie quieren realizar las inmersiones una detrás de otra sin detenerse. Es una nave biplaza que irá ocupada por un científico y un piloto, así que necesitamos refuerzos.

—Y no quieres poner en peligro la nave operativa mientras estás entrenando a novatos.

—Esa es la idea. Verás que el simulador es un poco básico, pero es lo que suficientemente bueno. Comparado con volar un transbordador o una Orion, la *Trieste* es tan sencilla como un pájaro. Casi como pilotar un dirigible. No tendrás ningún problema.

—¿Has dicho la *Trieste*?

Nathan Lammockson la miró con las cejas arqueadas.

—¿Te suena el nombre?

Cuando Gary le había hecho la proposición para que se uniera a él en aquel

proyecto, Lily no sabía nada sobre submarinismo. Pero desde entonces le había sacado humo a Google.

—*Trieste* era el nombre del batiscafo que exploró la fosa de las Marianas en la década de 1960.

—Los suizos diseñaron el bote y lo compró la Armada de los Estados Unidos en 1958. En 1960 llegó al abismo Challenger en las Marianas, a once mil metros de profundidad. Es lo más profundo de todos los océanos de la Tierra. Ninguna otra nave ha repetido la hazaña. De hecho, ninguna nave construida con posterioridad ha sido capaz de alcanzar esas profundidades, ni tripuladas ni sin tripular.

—Así que lo de ponerle *Trieste* es el tributo a ese pionero —dijo Lily a Lammockson.

—No exactamente —contestó Lammockson—. Lily, esa nave es la *Trieste*, la original. O la nave en la que se ha convertido a lo largo de los años.

Tras su éxito al llegar al abismo Challenger, la *Trieste* fue retirada; pero su esfera de presión, la parte de ingeniería más avanzada con la que contaba, fue desmontada e incorporada a otro vehículo de inmersión profunda que se llamó *Trieste II*. La nueva nave se utilizó como vehículo de prueba en un programa de inmersión profunda emprendido por la Armada con la intención de formar a «hidronautas». La *Trieste* estuvo en activo hasta 1980, año en que quedó obsoleta tras la creación de los nuevos submarinos clase Alvin.

—De los que ha oído hablar todo el mundo porque son los que llegaron a los restos del *Titanic* —explicó Lammockson—. Mientras, la *Trieste* se pudría en el museo naval de Keyport, Washington.

—Y esa es la época en la que se detuvieron todo tipo de investigaciones de ingeniería para avanzar en la inmersión profunda —añadió Gordo—. En la última década se ha comentado algo de reemplazar a los Alvin con una nueva clase de vehículo de inmersión profunda, pero nunca se ha concretado nada.

—Y la Armada ni siquiera quería prestarnos un Alvin para este proyecto —comentó Lammockson lleno de rencor—. Tampoco quiso Woods Hole.

—Woods Hole es un importantísimo instituto oceanográfico de Massachusetts. Ellos se encargan de los Alvin.

—Pues que se los metan por el culo —replicó Lammockson—. Los rusos también tiene vehículos de inmersión profunda; los llaman Mir. Dos de ellos llegaron al fondo del mar del Polo Norte hace unos años. Pero tampoco pude hacerme con ellos. La culpa de eso la tiene el Instituto Oceanográfico Shirshov.

Lily asintió.

—Así que ha liberado a la *Trieste* de su confinamiento en el museo.

Lammockson rió sarcástico.

—¿Acaso tenía otra opción? No tenemos tiempo para desarrollar una nueva

tecnología desde la nada. La Sociedad Glaciológica Islandesa es nuestra patrocinadora oficial en esta isla, Dios les bendiga por ello. Pero no he recibido más que una mínima cooperación, si es que se le puede llamar así, de instituciones que deberían prestarse a estas cosas por el bien de todos. —Durante unos segundos más estuvo renegado de organizaciones y figuras importantes de todo el mundo que no habían hecho más que poner impedimentos a su proyecto. Existía un sentimiento de negación generalizado en cuando al tema de la subida del nivel del mar; y todo porque no encajaba en los modelos del cambio climático que habían previsto los científicos. Modelos que, a su vez, también estaban siendo objeto de terribles discusiones—. Supongo que no queda más remedio que lidiar con todos —concluyó Lammockson.

—Bueno, eso es precisamente lo que se te da bien, Nathan —murmuró Gordo.

—Sí. Llevo toda la vida chupándosela a los burócratas, soy un tipo con suerte. De todas maneras, creo que hemos conseguido la nave más adecuada para el trabajo de Thandie. Estoy contento con la *Trieste*. Pero claro, no soy yo el que va a pilotar ese trasto. Gordo —dijo regodeándose—, tú piensa que vas a poder ver el fondo del mar, sus profundidades y misterios. Vas a explorar lugares en los que el ser humano no ha estado nunca. ¿No te sirve de consolación por no haber llegado a Marte?

—Hay que conformarse con lo que se consigue —respondió Gordo—. Te aseguro que prefiero hacer esto que trabajar con los demás desmontando Johnson o Cañaveral o colaborando en los lanzamientos del pánico. —Así llamaban en la NASA a una serie de lanzamientos realizados en rápida sucesión con los cuales la institución se estaba deshaciendo de todo tipo de materiales almacenados en Cabo Cañaveral. En general eran naves que ponían en órbita todo tipo de aparatos útiles como satélites meteorológicos o de comunicaciones. Tenían que terminar antes de que la inundación dejara inservibles las instalaciones.

Lammockson se rió de Gordo.

—Lanzan esos viejos pájaros para que no se conviertan en piezas de museo. ¿No crees que puede pasarte a ti también, Gordo?

Gordo se encogió de hombros.

—No se puede cambiar la suerte que le toca a uno.

Ya habían dejado atrás las afueras de Reykjavik y el tráfico iba más ligero. Lily observó que la carretera discurría entre planicies de dura roca negra, colocada en láminas y sin rastro de vegetación. Era como si alguien se hubiera dedicado a cortar bloques de asfalto. Lily supuso que era lava, petrificada al entrar en contacto con el aire. Eran unas de las rocas más jóvenes del planeta; y, sin embargo, era el material que creaba lechos marinos y separaba continentes. La lava pronto dio paso a un paisaje muy europeo: tierras de cultivo y hierba. Pero seguía sin haber árboles. Las ovejas los vieron pasar sin un ápice de curiosidad. Al fin y al cabo, ¿qué eran? Una

rehén liberada, un astronauta en paro y uno de los hombre más ricos del mundo.

El *Endurance* era un moderno barco de investigación europeo construido en Italia y equipado en los astilleros del noroeste de Inglaterra y Escocia. La superestructura estaba cubierta de sensores y antenas de radar y de comunicaciones; y una torre de perforación se alzaba con su figura desgarrada sobre la cubierta. Era una nave sólida, elegante y de líneas puras; tan gris y anónima como el mismo océano. Iba a servir como barco de apoyo para la *Trieste*, que navegaría amarrada a cubierta como el submarino de juguete de una atracción de un parque de atracciones.

El *Endurance* zarpó en dirección al sur de Islandia siguiendo la línea de la cordillera Central Atlántica. La cordillera en sí se volvió invisible una vez dejaron atrás Islandia; y no la volverían a ver hasta encontrarse con las siguientes montañas-isla que pertenecían a ella: las Azores. La tripulación, la mayor parte de ella reclutada en las compañías petrolíferas de AxysCorp, trabajó duro durante el viaje. El propósito de la expedición era explorar el fondo de los océanos en toda su extensión y profundidad, es decir, las capas que se escondían bajo el lecho marino. Así que orientaban el radar y el sonar para que trabajaran examinando las diferentes capas de subsedimentos y periódicamente lanzaban al mar un aparato que parecía una marsopa mecánica equipada con más sonares.

La parte más interesante era la perforación. El barco se detenía, se colocaba contra la corriente gracias a diversos propulsores controlados por ordenador y los expertos en perforaciones petrolíferas se convertían en rudos operarios que adoptaban roles tales como «jefe de taladro» y «supervisor de la perforación». Utilizaban la perforadora para recoger muestras directamente del subsuelo, levantando metro tras metro de tierra con los núcleos llenos de información para los expertos en sedimentación. Trabajaban en medio de un mar bravo, agitado, cuyas manchas grises se ennegrecían por la tierra extraída de las profundidades. El mar estaba intranquilo, aunque el tiempo fuera de lo más favorable.

En el laboratorio bajo cubierta, los expertos envolvían en polietileno la tierra estratificada de los núcleos; luego cortaban las muestras por la mitad, utilizaban varas electromagnéticas para analizar las concentraciones de agua y obtenían muestras minúsculas de rocas y seres vivos. Todo coordinado y llevado a cabo bajo unas condiciones que se asemejaban a la coreografía de un baile.

Lily había cruzado el canal unas cuantas veces y había cogido transbordadores para ir a la isla de Wright o Arran. El mar no era lo suyo y la única experiencia que tenía era un breve entrenamiento de supervivencia en su época de las Fuerzas Aéreas. El impetuoso Atlántico Norte fue para ella toda una sorpresa. Ninguno de los cinco

«hidronautas», Lily y Gordo, Gary Boyle, Thandie y su colega meteorólogo treintañero Sanjay McDonald, se sentía tranquilo en aquel mar. Ni siquiera Thandie, que era la oceanógrafa del equipo. No se podía descansar, se dormía mal y a la hora de comer, el alimento no siempre se quedaba en el estómago. Empleaban la mayor parte del tiempo ayudando a los operarios de la torre de perforación.

Gordo le había dicho a Lily que, de hecho, bajar a las profundidades con la *Trieste* supondría todo un alivio. Allí por lo menos podrían disfrutar de la tranquilidad durante unas pocas horas.

Cuando se alejaron lo suficiente de Reykjavik como para que Nathan Lammockson pudiera ejercer su control directo, Gordo se encargó de organizar la rotación de las tripulaciones de la *Trieste* teniendo en cuenta las prioridades de los científicos y las necesidades de descanso de los equipos. Thandie y Gary eran los únicos que podían pilotar la *Trieste* ellos solos, así que hubo que emparejar cuatro pilotos con tres científicos para crear las tripulaciones de un piloto más un científico que creían era la ideal. Como resultado de esos ajustes, a Lily no le tocaría pilotar la *Trieste* hasta la cuarta inmersión. Gordo la emparejó con Thandie y en un alarde de tacto evitó explicar su razonamiento; pero ya que Thandie era el piloto-científico que tenía más experiencia de todos ellos, tenía mucho sentido que Lily bajara con ella.

Cuando llegó el día, Lily subió a cubierta. Era una mañana cálida y húmeda bajo un manto de densas nubes grises. De hecho, estaban muy cerca de las Azores, a unos cuarenta grados al norte. Sin embargo, Lily, al igual que Thandie, iba enfundada en la ropa interior térmica facilitada por AxysCorp, el mono y la parka. Encima de todo se había puesto el chaleco salvavidas. En los bolsillos guardaba un gorro ruso de piel y un par de guantes. Allí donde iban, hacía mucho frío.

Lily observó la maniobra de enganchar los cables a la *Trieste* y después cómo una de las grúas la izaba para bajarla después a la mar. Los operarios halaron los cables de proa y popa para estabilizarla y, por primera vez, Lily pudo echar un buen vistazo a su futura nave.

Con sus quince metros de eslora, la *Trieste* era robusta y de líneas básicas, y se parecía mucho a un submarino convencional. En ambos extremos sobresalían los tanques de aire que servían de lastre. Pero la mayor parte del casco estaba cubierto de tanques de flotación llenos de gasolina, unos cien mil litros. Lily vio también el sistema de liberación de las pesadas tolvas de hierro que sobresalían de la quilla y que no eran más que lastre. Los propulsores estaban colocados en la parte superior de la nave.

Debajo del casco principal colgaba la plataforma de observación, la esfera presurizada dentro de la cual Lily y Thandie descenderían kilómetros y kilómetros dentro del océano.

Thandie se acercó a Lily tambaleándose un poco a causa de su chaleco salvavidas. Sonreía ampliamente.

—Bueno, novata, ¿estás preparada para esto?

—Estoy preparada para hacerlo bien.

—Dios, pareces un cadete espacial. Te encantará, créeme.

Con los movimientos entorpecidos por los chalecos salvavidas, las dos bajaron por la escalerilla de acero hasta llegar a una lancha hinchable de color naranja tripulada por un solo marinero. El tripulante puso en marcha el motor para cubrir los escasos metros que los separaban del batiscafo.

Cuando llegaron a la *Trieste*, vieron que se agitaba alarmantemente y la propia lancha no dejó de sacudirse. Thandie exhibió sus habilidades. Se puso de pie, consiguió mantener el equilibrio y dio el paso de medio metro que la llevó al batiscafo. Lily, pensando en la seguridad más que en la espectacularidad de sus movimientos, se alegró mucho de poder agarrarse a la mano del tripulante y luego a la de Thandie, para cubrir la distancia.

Después, cuando la tripulación soltó el brazo que amarraba la *Trieste* y la nave se vio sola en medio del mar, Lily y Thandie saludaron por última vez a la tripulación y a los científicos que las observaban desde la cubierta del *Endurance*. Gordo las saludó con energía. Gary estaba a su lado observando en silencio. A Lily le resultó extraño ver ese rostro conocido entre aquella gente, en unas circunstancias que no podrían ser más distintas a las de su largo cautiverio en Barcelona.

Lily y Thandie bajaron por el túnel de acceso hasta la plataforma de observación. El pasadizo era vertical y atravesaba el cuerpo del batiscafo y dos tanques de gasolina. Lily había ensayado aquello en su entrenamiento con Gordo y sabía lo que tenía que hacer. Al llegar al fondo del túnel debía agacharse colocando los pies por delante para introducirse por la escotilla de la plataforma. La escotilla hacía evidente la edad de la *Trieste* mucho más que sus otros componentes, ya que las manillas estaban suaves por las décadas de uso.

Cuando por fin las dos estuvieron instaladas en el interior, Thandie cerró la escotilla.

—Dios —comentó—, esta bañera siempre apesta a gasolina. Bueno, terminemos cuanto antes.

Se quitaron los chalecos salvavidas, se colocaron en sus puestos y realizaron una rápida comprobación de los sistemas principales de la nave. Allí dentro se mantendrían con vida gracias a varios cilindros de oxígeno y a un moderno sistema de purificación de dióxido de carbono compuesto de cilindros, ventiladores, bombas y filtros similares a los que se utilizaban en las estaciones espaciales. El sistema de purificación empezó a funcionar con un ruido similar al del ventilador de un ordenador viejo. Lily confirmó que el sistema de propulsión, es decir, los propulsores



dirigibles situados en la parte superior del casco, estaba operativo. Y Thandie chequeó los sensores externos, las cámaras de vídeo, el sistema de recolección de muestras y el grupo de radar-sonar situado en la parte inferior del casco para explorar las profundidades del mar. También contaban con un brazo robotizado que les permitiría manipular objetos en el exterior.

Mientras trabajaban, la plataforma, unida a la quilla del casco que no paraba de girar, se sacudió hacia delante y hacia atrás. Los asientos estaban equipados con arneses y Lily decidió abrocharse los suyos. Pero el movimiento dificultaba trabajar en los sistemas de control e incluso impedía la lectura de las pantallas. Lily sintió que se le revolvía el estómago. Sin embargo, tenía claro que no se iba a poner a vomitar allí en medio. Thandie silbaba mientras seguía comprobando el equipo, expresando así su deliberada despreocupación.

La plataforma de observación era una esfera de apenas dos metros de diámetro equipada con un par de asientos, un pequeño retrete químico y una bolsa de provisiones. En el lado opuesto a la escotilla, según se miraba hacia abajo, había una única ventana; un sólido bloque de plexiglás encajado en las paredes de acero de diez centímetros de grosor. De hecho, tenían más espacio útil disponible que en 1950. El interior se había desmontado completamente y en una remodelación total se había equipado con instrumentos y controles modernos. Las paredes curvadas estaban cubiertas de pantallas plegables.

A pesar de todo, Lily sintió que aquella plataforma era demasiado pequeña para su gusto. Ahora entendía por qué a Gordo le había resultado tan fácil adaptarse a aquel trabajo: las naves espaciales como la *Soyuz* eran igual de claustrofóbicas. Lily era piloto y estaba acostumbrada a los espacios reducidos, pero normalmente solía estar rodeada de un infinito espacio libre. Se preguntó si podría soportar el confinamiento en aquel ataúd de acero con kilómetros de océano acumulándose sobre su cabeza y sin posibilidad de escapar.

Al final, Lily comprobó las comunicaciones. Aquel día le tocaba a Gordo ser su enlace en el *Endurance*, y a Lily le resultó reconfortante escuchar su voz. La nave iba equipada con una radio de onda larga y con un hidrófono de emergencia; aunque desde las profundidades a las que iban a bajar, un sonido necesitaría varios segundos para cubrir kilómetros de agua hasta el barco de apoyo en la superficie.

Todas las comprobaciones resultaron satisfactorias tanto para Lily como para Thandie, Gordo y la tripulación del *Endurance*. Lily tocó una pantalla.

Los tanques de lastre de proa y popa se inundaron y la *Trieste* empezó a bajar. Durante unos segundos, Lily sintió como si estuviera dentro de un ascensor que bajara a toda velocidad, pero pronto la cosa se suavizó. La nave dejó de sacudirse al dejar atrás las olas de la superficie. Lily miró por la ventana. Al observar lo que tenían debajo no vio más que un resplandor azulado y alguna que otra partícula de

oscuridad.

Thandie miró por encima del hombro de Lily para comprobar los controles del piloto. En el centro del panel había un esquema del barco: el casco con sus tanques de flotación y de lastre, y la plataforma de la góndola suspendida debajo. La imagen estaba cubierta de números.

—Me parece que vamos bien.

—Sí...

El principio del batiscafo era bien sencillo: un globo de aire caliente cargado de lastre. La gasolina se utiliza como sistema de flotación, es decir era el «aire» del globo, porque era más ligera que el agua, no se comprimía ni siquiera bajo presiones extremas y siempre mantenía sus magníficas propiedades. El lastre eran pesados bosques de hierro. En aquel momento, la *Trieste* era más pesada que el agua del mar que desplazaba, así que simplemente se hundió poco a poco. Para dirigir el descenso y permitir a Lily llevar la nave a los puntos de interés, contaban con los propulsores dirigibles.

Cuando llegara el momento de ascender, la presión externa sería demasiada como para permitirles soltar el lastre de los tanques de aire como sería lo habitual. Así que Lily anularía el campo electromagnético para soltar los lastres de hierro; y así, la *Trieste* volvería a ser más ligera que el agua y subiría a la superficie como una burbuja. Estaba pensado para que también fuera el sistema de seguridad: si fallaba la energía a bordo, los lastres de hierro se soltarían automáticamente.

El diseño era una actualización de las antiguas batisferas, que no eran más que globos de acero que dependían de un cable del barco de apoyo para bajar y subir. La *Trieste* era una batisfera capaz de realizar la inmersión por sí misma y, además, se la podía dirigir.

Thandie dio unos golpecitos al medidor de profundidad.

—Bajamos a sesenta centímetros por segundo, más o menos. Bueno, está bien, eso hace dos kilómetros por hora. Las cimas de la cordillera se encuentran a unos dos kilómetros y medio por debajo de la superficie y el flanco unos cinco kilómetros más abajo. El plan de hoy es bajar unos cuatro kilómetros, es decir, dos horas. —Se reclinó en su asiento y miró a Lily—. Bienvenida a mi mundo.

—Gracias.

—Podemos relajarnos, tranquila. —Thandie rebuscó en las bolsas de provisiones y sacó un termo—. ¿Te apetece un poco de café? También tenemos chocolate. Se supone que tenemos que guardarlo para cuando estemos en las profundidades donde hace mucho frío, unos seis o siete grados. A veces se suele necesitar un chute de

azúcar. Pero yo siempre me digo: que les den a las normas. —Cogió una tableta de chocolate, le quitó el papel y partió un trozo que le dio a Lily.

Las dos se relajaron en sus asientos mientras comían chocolate y bebían café, como si estuvieran en algún evento social. La inmersión seguía su curso.

—Me alegro de que estemos juntas —dijo Thandie sin dejar de comer—. Desde que empezó todo, tú y yo no hemos tenido mucho tiempo para hablar. Sin embargo, siento como si ya te conociera. Gary me ha contado un montón de historias sobre ti, de cuando estuvisteis en Barcelona.

—¿En serio? —aventuró Lily cautelosa.

—Como cuando te abalanzaste sobre el guardia que se paseaba luciendo el anillo que te había robado.

—Sí. En cuanto nos capturaron nos quitaron todas las pertenencias. Era mi anillo de boda. Pero, si quieres que te sea sincera, lo que me cabreaba era que llevara puestas mis gafas de sol todo el rato.

Thandie rió.

—Y aquella vez que te cortaste el pelo para impedir que ellos lo hicieran por ti.

—De todas maneras siempre he llevado el pelo corto. Pero no podía soportar que fueran ellos los que me lo cortaran. Así que me resistí duramente cuando intentaron afeitarme. —Por aquello le habían dado una paliza y Said le había amenazado con violarla con una botella de Coca-Cola—. Al final se dieron por vencidos y dejaron que lo hiciera yo misma.

—Y Gary me dijo —continuó Thandie— que una vez le sacaste del pozo más oscuro en el que había caído jamás. Cuando tuvo diarrea y no le dejaban ir al baño. Según me dijo no se sentía avergonzado por estar enfermo, sino por tener que hacer sus necesidades delante de todo el mundo.

Así que Lily se había levantado su ajada camiseta, se había bajado los pantalones y había cagado en un rincón igual que Gary.

—Mi mejor momento —dijo.

—Bueno, funcionó, fuiste una amiga de verdad para él —murmuró Thandie—. Sabes, yo no sé si hubiera podido soportarlo. No me refiero al cautiverio, sino al hecho de estar inmóvil e inactiva todo el rato.

Lily guardó silencio. Era un hábito que había desarrollado cuando la gente hablaba de cómo reaccionaría ante situaciones en las que no se podía hacer nada.

—Yo siempre tengo que estar haciendo cosas —añadió Thandie—. Soy activa, ¿sabes? La frustración me habría vuelto loca.

—Todo el mundo se siente así. Todos echábamos de menos nuestras vidas, nuestras familias, nuestra carreras...

—Sí, pero para mí sería la muerte —concluyó Thandie—. Gracias a Dios vi la luz y elegí una carrera académica, donde puedes ser tu propio jefe. Aunque es verdad que

siempre tienes que estar buscando patrocinadores, contratos y dinero para equipos. Pero a pesar de todo, yo siempre he trabajado en lo que quería trabajar y me las arreglo para conseguirlo.

—Como con tus teorías sobre el origen de las inundaciones.

—Sí. —Thandie sonrió, pero sus ojos miraban a lo lejos, como si estuviera perdida en sus pensamientos.

Lily sabía que Thandie estaba empezando a ser famosa y que ya había alcanzado cierta notoriedad a causa de sus extrañas hipótesis sobre el origen real de las inundaciones y de la subida del nivel del mar. Todos los que la conocían esperaban que algún día pudiera escribir un libro sobre el tema y que se lo publicaran. Ese era su sueño, al parecer: trascender su profesión, e incluso la misma ciencia, y hacerse famosa; ser la conocida Thandie Jones, figura mediática, moderna Jacques Cousteau. Pero para llegar a eso necesitaba demostrar sus teorías con datos de verdad. Y por eso estaba allí, gastándose el dinero de Nathan Lammockson.

Sin embargo, Lily tenía la impresión de que Thandie no había considerado de verdad las consecuencias que tendrían sus teorías si se probaban ciertas. Si después de todo ella tenía razón y el nivel del mar iba a subir mucho más que lo que predecía la comunidad científica internacional, ¿qué sería de la Tierra? Estaba claro que Thandie era ferozmente inteligente, pero era posible que careciera de imaginación, de empatía.

Quizá Thandie detectara las reservas que Lily tenía hacia ella porque enseguida se quedaron sin conversación. El resto de la inmersión transcurrió en silencio.

Siguieron hundiéndose y poco a poco empezaron a apreciar los primeros cambios: la luz del exterior adquirió más profundidad con sombras de azul y negro. A medida que el aire se enfriaba, la condensación apareció en las paredes y Thandie se preocupó por si la humedad afectaría o no a las pantallas de los ordenadores. Resultó que el deshumidificador no funcionaba bien. Tras unos minutos, Lily se puso el gorro ruso de piel.

Cuando alcanzaron el kilómetro de profundidad, escucharon un crujido gigantesco. Lily imaginó que la pequeña plataforma estaba siendo aplastada como un merengue en un puño cerrado. Thandie le dijo que no se preocupara. Se trataba tan solo de los instrumentos y las piezas exteriores que se contraían por el frío.

Al superar los dos kilómetros, el sonar de Thandie reveló la silueta de las montañas sumergidas de la cordillera Atlántica Central.

Thandie pidió a Lily que dirigiera el batiscafo hacia la ladera de la montaña. Las poderosas lámparas de cuarzo montadas en el casco de la plataforma iluminaron el exterior y ambas estudiaron la imagen que les llegaba a través de la cámara mientras no perdían de vista la oscuridad a través de la ventan de plexiglás. Lily vio una

superficie sin rasgos característicos cubierta de una especie de película formada por barro, arena y roca. Las luces tan solo iluminaban unos pocos metros en ambas direcciones y resultaba imposible hacerse una idea de la escala de aquellas montañas subterráneas que bordeaban cuidadosamente. Thandie encendió el radar y lo probó con la ladera de la montaña. El sistema le devolvió ecos claros y nítidos dentro de los cuales, dedujo Lily, habría mucha información sobre la estructura profunda de las rocas.

Cuando estuvieran lo suficientemente cerca, el brazo robótico de la *Trieste* colocaría pequeñas cargas explosivas en el barro. Una vez lejos y seguras de que estaban a salvo, las detonarían para generar señales sísmicas. Era otra forma de examinar el interior de las rocas. Peces, cangrejos y gusanos nadaron a su lado alterados por la intrusión del brazo robótico. Eran criaturas de lo más comunes, pero pálidas y adaptadas a la oscuridad y a la presión de más de mil atmósferas que había en aquellas profundidades. Thandie mencionó nombres como *gusano echiuro*, *ehtusa* y *bassogigas*. Era un paisaje poco atractivo y la fauna del océano profundo tenía poco interés para alguien que no fuera un especialista en el tema.

Thandie pidió a Lily que alejara la *Trieste* de la ladera de las montañas para que pudiera dirigir el radar hacia el fondo de la cordillera Atlántica Central, hacia el lecho marino. Tan pronto como lo hicieron, el radar dejó de recibir ecos nítidos. La pantalla parpadeó y no reflejó más que un embrollo de datos.

—¡Mierda! —Thandie comprobó el equipo rápidamente—. Todo parece estar en orden. —Dirigió el radar de nuevo hacia la montaña para comprobar que funcionaba. La señal llegó clara y nítida—. Pero cuando dirijo el radar hacia el fondo... —Thandie negó con la cabeza—. Si me tomo en serio los resultados, diría que el fondo del océano está partido por varios sitios. Roto. Un hundimiento quizá. —El batiscafo se sacudió. Thandie se aferró a su asiento—. ¿Y ahora qué?

Lily se apresuró a comprobar a través de sus pantallas que no había ocurrido nada como la implosión de un tanque de flotación o el fallo de uno de los propulsores. Todos los indicadores daban luz verde.

—Pero estamos subiendo —informó.

—¿Qué? —Thandie se inclinó para comprobar los indicadores—. No puede ser, somos más pesados que el agua.

Lily guardó silencio. Se limitó a señalar el medidor de profundidad que indicaba que, efectivamente, volvían a la superficie. Empezó a sentirse un poco mareada. Por si acaso comprobó la estabilidad de la nave. La *Trieste* no dejaba de girar sobre sí misma.

—Estamos girando y subiendo sin parar —dijo—. Es como si nos hubiera atrapado una fuerte corriente ascendente. —Miró por la ventanilla. Las luces de la nave iluminaban turbulencias y remolinos de barro.

—Lo sabía —murmuró Thandie.

—¿Qué?

—Es una fuente. Un chorro de agua que procede directamente de las reservas de debajo del manto y que surge a través de alguna grieta en el lecho marino.

—Explícame lo que estamos viendo —pidió Lily.

—Agua, Lily. Agua que surge del interior de la Tierra. Creo que es el origen de las inundaciones, de la subida del nivel del mar. Dios, Lily. He estado aquí abajo docenas de veces y había obtenido pruebas como filtraciones o cambios en la salinidad, pero nada tan dramático como esto. ¡Lo has encontrado en tu primer viaje!

—Pero ¿qué es?

—Un mar subterráneo...

Lily sacó la nave de la fuerte corriente ascendente y la dirigió a aguas más tranquilas.

Thandie explicó que la idea de la existencia de océanos bajo el manto de la tierra había surgido en su mente por pura casualidad. Había estado en el lugar correcto en el momento apropiado.

—Todo empezó con un estudio que me encontré en la primera década del siglo XXI en el que un par de tipos de la Universidad de California en San Diego analizaban una serie de antiguas señales sísmicas. Supongo que sabes que los terremotos generan ondas que viajan a través de la estructura de la Tierra; de modo que puedes rastrearlas y ver cómo les afectan las distintas densidades de las capas del manto y todas esas cosas. Lo que descubrieron fue que las ondas se debilitaban llamativamente al llegar a unos mil kilómetros de profundidad, es decir, en el manto de la Tierra en algún punto debajo de Pekín. Explicaban que aquella debilidad era provocada necesariamente por la presencia de agua en cantidades ingentes; un mar tan grande como el océano Ártico atrapado en el manto de piedra porosa. Y existen otras teorías que afirman que es posible que exista mucha más agua allí abajo en diferentes formas, como océanos atrapados molécula a molécula en la estructura de ciertos minerales en las rocas del manto.

—Océanos subterráneos.

—Exacto.

—¿Y cómo llega allí el agua?

—Bueno, quizá lleve allí desde la formación de la Tierra. El planeta nació como una nube de rocas y hielo, sobre todo hielo. En general se cree que la mayor parte del agua y otras materias volátiles se evaporaron con el calor de la formación del planeta y que los mares que conocemos hoy en día nacieron después a causa de los impactos de varios cometas. Pero la formación de un planeta es un asunto complicado. No hay

razones para desechar la posibilidad de que el agua quedara atrapada en el interior mientras la Tierra se solidificaba.

»También puede ser que el agua viajara al interior de la Tierra como consecuencia de movimientos tectónicos. Hoy en día sabemos que esto sucede realmente. Existen los lugares donde se crean las placas del fondo de los océanos. Así que también existen los correspondientes lugares donde se destruyen, zonas de hundimiento donde las placas chocan y se superponen las unas a las otras, y acaban hundiéndose y regresando al manto. Cuando eso ocurre, las placas se llevan con ellas un montón de agua y materiales distintos.

—Así que ya conocías la existencia de estas reservas de agua de las profundidades; y cuando buscabas una teoría para explicar la subida del nivel del mar...

—Conecté ambas cosas —concluyó Thandie con una sonrisa—. Los datos me cayeron del cielo, así que tan solo se trataba de encontrar las reservas de agua. Me imaginé que si el agua está saliendo a la superficie por algún lado, ¿por qué no aquí, en el centro de la cordillera Atlántica, donde la tierra se alza desde el interior del planeta?

—Y por eso estamos aquí.

—Sí. Tengo más datos que lo prueban: cambios de salinidad, cambios en la temperatura y concentración de varios tipos de impurezas. Todo apuntaba a que en el lecho marino estaba ocurriendo algo grave, sobre todo aquí, en la cordillera Atlántica. Aunque creo que también está sucediendo en otras cordilleras submarinas, pero no tengo pruebas que lo confirmen. Sin embargo, tenemos que admitir que la inyección de agua en el abismo es un indicio como una pistola humeante.

—Pero ¿por qué el agua sale ahora a la superficie? La Tierra ha estado aquí durante millones de años.

—Miles de millones, de hecho. Bueno, supongo que ya descubriremos por qué. Sin embargo, a nivel planetario no es para nada un acontecimiento dramático. Mira, la Tierra es como un huevo: el núcleo es la yema, el manto es la clara y la corteza es la cáscara. Para cubrir toda la tierra haría falta un océano tres veces más grande que todos los que ya existen juntos; pero eso significaría menos de un uno por ciento para el volumen total de la Tierra. Para nosotros sería un acontecimiento catastrófico, pero para el planeta no sería más que un poquito de clara asomando por la cáscara.

—A mí me suena razonable —dijo Lily—, pero yo no soy científica.

—Tienes más sentido común que muchos de los cabezas cuadradas con los que me he estado pegando en el IPCC.

—¿Por qué ellos no aceptan tus teorías?

—Porque todavía siguen inmersos en discusiones sobre el cambio climático que ya tienen generaciones de antigüedad. La subida del nivel del mar no tiene nada que



ver con eso y es imposible de predecir según sus modelos. Se niegan a ver la verdad —replicó Thandie—. Y no resulta nada agradable para mí.

—Muy bien —dijo Lily—, pero ojalá ellos tengan razón y tú estés equivocada. Y no te ofendas.

—No me ofendo. Pero tengo razón. Sobre todo ahora que tengo la prueba. —Lily vio la excitación en los ojos de Thandie. Estaba claro que no había albergado esperanzas de descubrir lo que habían encontrado. Aunque, por fin, las implicaciones empezaron a asentarse en aquella cabeza suya—. Tengo razón. ¡Oh, mierda!

El batiscafo se sacudió y empezó a girar de nuevo, atrapado en la turbulencia.

—Hora de largarnos —anunció Lily mientras echaba mano de los del piloto. Hubo otra sacudida cuando los electroimanes liberaron el lastre de hierro. De pronto, la *Trieste* empezó a ascender a toda velocidad y sin dejar de girar. Pero a medida que se alejaban de la fuente de la turbulencia, dejaron de girar a causa de la fricción y las aguas se calmaron a su alrededor.

Poco a poco, a medidas que ascendían, los rayos del sol penetraron la oscuridad del océano.

Diciembre de 2017

De las anotaciones de Kristie Caistor.

El director del departamento de recursos marinos de Mississippi lamentó el fracaso de su plan para cultivar manglares en las áreas costeras que se habían convertido en inhabitables a causa de la inundación.

—Parecía que era la forma perfecta de darle un uso constructivo a las tierras abandonadas. Los manglares son una especie de anfibios botánicos. Toleran el agua salada hasta cierto punto. Forman escolleras naturales, estabilizan la tierra y la protegen contra la erosión de las inundaciones. Son fuente de madera y productos farmacéuticos, y forman un refugio natural para la vida salvaje: pájaros en las copas, moluscos aferrados a las raíces y caimanes nadando en la superficie del agua. Incluso son magníficos depuradores de dióxido de carbono.

»Pero el nivel del mar sube tan rápido que nuestros manglares se ahogan antes de crecer o de poder hacer algún bien.

»Sin embargo, no nos damos por vencidos. Tan solo hemos cambiado de planes y estamos replantando un poco más tierra adentro. Puedo asegurar al público que el sueño de los manglares de Mississippi sigue vivo.

Febrero de 2018

El vuelo de Reykjavik a Nueva York sufrió un desvío. El piloto anunció que se debía a la formación de una tormenta en el Atlántico Norte, por lo que volarían hacia el norte y luego bajarían a Canadá a la altura de Montreal. Después seguirían el valle del Hudson hacia el sur hasta llegar al aeropuerto de Newburgh, que era lo más cerca que podía dejarles de la ciudad de Nueva York. Nathan ya había hecho los preparativos necesarios para que fueran a buscarles para llevarles hasta Manhattan. Lily, a quien le había tocado la ventanilla en la fila de tres asientos que compartía con Gary y Thandie, oyó murmullos entre los pasajeros que hacían referencia a que la «tormenta» era en realidad un huracán que estaba formándose al oeste de Islandia.

—Pero eso es ridículo, ¿no? —preguntó—. No suele haber huracanes tan al norte y mucho menos en febrero.

Gary, sentado junto al pasillo, se encogió de hombros.

—Vivimos tiempos extraños, Lil. —Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo.

Thandie, sentada en el centro, guardó silencio. Tenía los ojos clavados en la pantalla del respaldo delantero, que mostraba temblorosas imágenes tomadas por un aficionado del *tsunami* que había arrasado Estambul.

Lily observó por la ventanilla la capa de nubes. La verdad es que había esperado que los climatólogos le dieran respuestas directas. Pero supuso que todos estaban muy cansados, tanto que incluso los pirados del clima no sentían el más mínimo interés por una tormenta de lo más extraña.

La llamada de Nathan Lammockson para que Thandie presentara en Nueva York las conclusiones de su investigación ante el subcomité del IPCC en la Freedom Tower había llegado a última hora. En aquellos días, las cosas funcionaban así. Los tres habían pasado las últimas veinticuatro horas haciendo el equipaje a toda velocidad en Thingvellir, una ciudad islandesa situada isla adentro donde se había trasladado todo el equipo después de saber que no se podía hacer nada por impedir la inundación de Reykjavik.

Hacía tiempo que Thandie había organizado y preparado el material para su presentación: los gráficos y análisis, las páginas de interminables matemáticas. De hecho, a Lily le daba la impresión de que Thandie había dado por terminadas sus conclusiones hacía ya meses. El trabajo más desagradecido había sido preparar las muestras de la corteza del fondo oceánico que confirmarían sus teorías. Las muestras iban envueltas en mangas de Mylar, es decir, polietileno tereftalato; y se

transportaban en contenedores refrigerados especiales junto con pequeños viales de agua de mar para que los cerebritos del ejército los estudiaran minuciosamente. Cuando por fin se habían subido al avión, estaban derrengados.

Lily pensaba que, en realidad, todo el planeta estaba agotado y exhausto. Las inundaciones continuaban, el nivel del mar subía y subía implacable: de forma irregular y salpicado por eventos extremos, pero implacable de igual forma. Piers le había contado que en los círculos del Gobierno en Denver habían recibido un gran impacto psicológico cuando el mar había superado fácilmente el límite de diez metros; un límite que la ONU y otras agencias habían designado como el peor de los casos a raíz de las conclusiones de los antiguos modelos de predicción del cambio climático, y que ahora parecían estar alarmantemente anticuados. Woods Hole había anunciado que la media de la subida del nivel del mar a nivel global era de trece metros desde que se había registrado el primer evento en 2012, y que se aceleraba una media de tres centímetros al día, lo que hacía un total de doce metros más al año.

A nivel del día a día de las personas, todo se hacía con muy poca seriedad. Por ejemplo, en el vuelo del Airbus destino Nueva York, el piloto ni se había molestado en informar a los pasajeros de que les habían desviado. Todo el mundo asumía que iba a suceder y punto. Como los aeropuertos más importantes del mundo estaban inundados, incluyendo puntos clave como Heathrow y JFK, las rutas aéreas y los horarios eran difíciles de mantener. Antes de partir, Lily había hablado con Amanda, que seguía en su parque de caravanas en los Chilterns. Amanda se sentía superada por aquel clima que cada vez era más extraño. Ahora tenía que trabajar desde casa porque ya resultaba imposible llegar a Londres, que yacía bajo el agua. Además, pasaba la mayor parte de su tiempo libre haciendo cola para conseguir agua o convenciendo a Benj y a Kristie de que acudieran a las clases que tenían lugar bajo una carpa en el parque. Era agotador, incluso aunque no estuvieras en una de las zonas declaradas catastróficas como Karachi, Sidney, Florida, Luisiana, Sacramento y, ahora, Estambul.

Por eso Lily a veces pensaba que todo el mundo en el planeta entero estaba cansado. Y no parecía que aquello fuera a terminar pronto.

El piloto anunció que volarían hacia el sur de Newburgh, que virarían y sobrevolarían la misma ciudad de Nueva York y que después se dirigirían al norte siguiendo el Hudson para hacer la última aproximación con viento contrario. A medida que el avión viraba hacia el oeste en Long Island para dirigirse a la ciudad, Lily miró por la ventanilla y vio la forma de la bahía de Nueva York. Deseó tener mejores conocimientos de la geografía de aquella región. Reconoció el mar interior que había surgido a partir de la bahía de Jamaica. En algún lugar, cerca de alguna orilla de aquel mar, estaba el aeropuerto JFK, oculto bajo las aguas al igual que el de La Guardia. En

la boca de la bahía, en Rockaway Point, Lily vio una línea blanca que se extendía de orilla a orilla, reluciendo bajo la superficie azul y gris: era el dique que las autoridades habían levantado en un intento de proteger la bahía y el aeropuerto. Una barrera que el mar ya había superado. Mientras el avión viraba hacia el norte, Lily distinguió un segundo dique levantado entre Brooklyn y Staten Island. Pero también yacía bajo las aguas.

En menos de dos años se habían levantado al menos cuatro de aquellos gigantescos diques. Los otros dos quedaban hacia el oeste, cruzando el Arthur Kill entre Staten Island y Nueva Jersey; y un poco más al este entre Queens y el Bronx abarcando todo el East River por debajo del puente de Whitestone. Era un sistema impresionante cuyo fin había sido salvar las partes más vulnerables de la metrópoli de la esperada subida de diez metros. Representaba un esfuerzo monumental. Ni siquiera habían tenido tiempo para calcular el coste total de la operación antes de que la subida del mar se lo hubiera tragado todo.

A medida que el avión volaba hacia el norte, Lily pudo seguir la transformación de la ciudad de Nueva York. El mar se había llevado grandes porciones de tierra en Jersey y Brooklyn y los tejados de las casas asomaban tristemente en el agua. En la orilla de Manhattan, la inundación había hecho estragos de una forma más detallada, casi matemática. En general, el sur de Manhattan era más bajo que al norte y allí era donde la inundación había campado a sus anchas. Pero la trama era accidentada e irregular: Manhattan era una isla llena de colinas. Zonas enteras que habían sufrido la inundación mostraban también daños por incendios. Lily lo sabía por su propia experiencia en Londres; las paredes y los suelos se pudrirían por los hongos y los cimientos habrían sufrido un gran desgaste al igual que juntas y pilares. Lo único que veía Lily eran decenas de metros cuadrados de auténtica desolación: miles de casas, fábricas, oficinas y tiendas que nunca volverían a ser habitables de nuevo, ni siquiera aunque la inundación decidiera retirarse al día siguiente.

El avión dejó atrás la ciudad y siguió el valle del Hudson hacia el norte. El valle también estaba inundado en ciertos lugares y mostraba las cicatrices de la evacuación. Las pequeñas ciudades habían recibido una invasión de chabolas y en las laderas de las colinas ya no quedaban árboles porque se habían talado para obtener leña. Un campo de refugiados se extendía en línea recta en ambas orillas del río: una fila de tiendas de campaña y coches que llegaba hasta West Point. Cuando las inundaciones habían comenzado, el primer impulso de muchos neoyorquinos había sido seguir el curso de Hudson hasta encontrar tierras más altas. Algunos habían llegado incluso a Connecticut o Nueva Jersey antes de que el ejército y las autoridades civiles hubieran bloqueado las autopistas en West Point. Lily sabía que en todas partes del mundo estaba sucediendo lo mismo: todos los gobiernos retenían a los habitantes de ciudades amenazadas en estuarios y costas en un intento por mantener el control mientras

buscaban soluciones para que todo el mundo tuviera agua, comida y un techo bajo el que cobijarse.

Y a medida que el avión iniciaba el descenso hacia la improvisada pista de aterrizaje de Newburgh, unos pocos kilómetros al norte de West Point, Lily vio el vasto complejo que estaban construyendo al norte, acercándose poco a poco a los pies de las colinas de las Catskills. Habían limpiado hectáreas y hectáreas de tierra marrón para eliminar los bosques y cualquier tipo de follaje para dar lugar a un mosaico de casas prefabricadas y un espantoso polígono industrial. Aquel era el último recurso de la ciudad tras el fallo de todos los diques uno detrás de otro: otro tremendo proyecto ejecutado con un coste inimaginable y a una velocidad increíble. Nueva York estaba evacuando sus funciones vitales, su industria y a la ciudad misma desde las zonas condenadas de la bahía hacia tierras más altas. Significaba la increíble recolocación de millones de personas, incluyendo el desmontaje y montaje de fábricas y plantas eléctricas, casas, escuelas y hospitales. Aquella era la forma en la que un país rico se enfrentaba al desastre: construyendo de nuevo y continuando con sus vidas.

Pero el desarrollo de aquel gigantesco complejo se estaba haciendo de forma desigual, algo que se podía distinguir incluso desde el aire. Había zonas de villas con vallas blancas y césped por un lado y comunidades de tiendas de campaña y chabolas por otro. Lily estaba aprendiendo la jerga, adoptada de la guerra y las zonas de desastres de todo el mundo, y que ahora había llegado a casa: zonas protegidas para los ricos; barrios FEMA<sup>[3]</sup> para los no tan ricos. También creyó ver ligeros chispazos en el campo, más allá del nuevo asentamiento. Era la señal inequívoca de las armas que indicaba que se había desatado una guerra entre los residentes y los refugiados, entre el Gobierno y los supervivencialistas.

Thandie todavía seguía concentrada en su pantalla.

—Tienes que ver esto —le murmuró Lily—. Es asombroso. Una ciudad entera en plena mudanza. Hace un año o dos ni se te habría ocurrido que podrías llegar a ver algo parecido.

—Todo es asombroso —dijo Thandie con voz neutra—. En todo el mundo.

—¿Sigues pendiente de Estambul?

Thandie señaló la pantalla.

—De hecho, he estado cambiando de canales. La mayoría de las televisiones americanas están concentradas en noticias de Sacramento. O de Washington D.C., por Dios.

Lily pensó que en cualquier otro momento, aquellos acontecimientos habrían sido noticias dignas de titulares. Sacramento era un desastre inesperado que todavía seguía en evolución. Increíbles marejadas ciclónicas habían arrastrado las aguas del Pacífico

diez kilómetros tierra adentro por el delta del río Sacramento y habían asolado los sistemas de irrigación que alimentaban las granjas que provenían de frutas y verduras a medio país. Después, cuando las súbitas crecidas habían desbordado la presa de Folsom, cerca de Sacramento, la ciudad se había visto atrapada entre el río y el mar. Los diques que se habían reforzado apresuradamente fallaron. Solo este incidente había desplazado ya a un cuarto de millón de personas.

—Pero esto, lo de Estambul, es mucho más grave que eso —dijo Thandie—. Porque es algo nuevo. Es el comienzo de la siguiente etapa.

Lily frunció el ceño. Aquello sonaba exagerado. Se asomó a la pantalla de Thandie y vio un paisaje urbano de colinas y barrancos, cúpulas y minaretes que asomaban en oscuras aguas sucias; un puente caído, barrios enteros en llamas... Imágenes muy familiares que podrían pertenecer a cualquier otro lugar.

—¿Qué estoy viendo?

—Una vista de los edificios más altos de la ciudad. Una torre de banco que sola sirve como prueba de toda una catástrofe. Estambul se extiende por el Bósforo, ¿de acuerdo? El estrecho a través del cual el mar Negro se comunica por el norte con el sur del mar de Mármara. —Tocó la pantalla, amplió una imagen aérea y trazó una ruta—. Esta es la línea de la falla del norte de Anatolia, el lugar donde la placa tectónica africana empuja la euroasiática moviéndola hacia el norte. Puedes ver que sigue en paralelo la costa turca y después pasa por debajo del mar de Mármara.

»Sabían que habría un terremoto. En el último siglo ha habido ocho terremotos que han marcado más de siete en la escala Richter, todos avanzando poco a poco por la falla en dirección a Estambul. Por eso los ricos se han dedicado a construir complejos que resistieran terremotos en la parte asiática, donde el suelo es de roca dura; y los pobres no han hecho más que construir endebles chabolas en el blando suelo del lado europeo del estrecho. —Thandie pasó el dedo por la pantalla—. El terremoto ha derribado diez mil casas. En general, los viejos edificios lo han resistido mejor que los modernos. Supongo que una casa que lleva siglos en pie en una región como esa significa que está hecha a prueba de lo que sea. Incluso la cúpula de Santa Sofía sigue intacta.

»Pero el terremoto tuvo su epicentro en el mar de Mármara, lo que produjo un *tsunami* de siete u ocho metros de altura que hizo mucho más daño cuando chocó contra la ciudad. Así que tenemos otra oleada de refugiados que...

—Thandie, ¿a qué te refieres con «la siguiente etapa»?

Thandie levantó la cabeza. Tenía los ojos hundidos, desenfocados y cansados de mirar la pantalla durante tanto tiempo.

—Lily, a medida que el océano siga subiendo vamos a ser testigos de cambios en las presiones isostáticas. El simple peso del agua añadida hundirá la tierra, al igual que los glaciares de la Edad del Hielo empujaron hacia abajo las placas continentales

con tanta fuerza que todavía no han conseguido recuperarse. Y esos cambios en la presión afectarán a las fallas, que son los puntos flacos.

—Como la falla del norte de Anatolia.

—Sí. La que ha provocado el *tsunami* de Estambul.

—Pero no puedes estar segura de que esa haya sido la causa. —Lily frecuentaba tanto la compañía de científicos en los últimos meses, e incluso antes con Gary en Barcelona, que ya sabía más o menos cómo funcionaban sus mentes—. Podría ser una mera coincidencia. Tú misma has dicho que llevaban esperando que ocurriera un terremoto desde hacía décadas.

—Sí. Podría ser una coincidencia. O el comienzo de una nueva reacción a las inundaciones, una reacción tectónica.

—Genial. ¿Y tienes confianza suficiente en esa teoría como para contárselo al IPCC?

Thandie miró por la ventanilla y vio los campos, las granjas y la línea del río que avanzaba a toda velocidad a medida que el avión realizaba la última aproximación.

—Tienes razón. No puedo probarlo. El IPCC es conservador. Cuando presenten su informe final a la ONU y a los Gobiernos de todo el mundo no incluirán nada que no se pueda probar de siete formas diferentes. Eso es lo que llevan haciendo desde hace años con las predicciones sobre el cambio climático. Pero creo que lo mencionaré igualmente.

Lily sintió el impulso de reconfortarla.

—Debes estar cansada de ser siempre la portadora de malas noticias.

—Sí. —Thandie forzó una sonrisa—. Sobre todo ahora que no puedo conseguir ningún contrato editorial porque ya nadie publica libros.

Lily le dio unos golpecitos en la mano.

—Nathan te escuchará.

—Sí. Supongo que eso es mejor que nada.

El avión aterrizó al fin y frenó a fondo. Las ruedas salpicaron agua de la pista empapada del aeropuerto.



Un helicóptero de AxysCorp les esperaba en la pista de Newburgh con un guardia acompañante que ya estaba sentado en su interior.

La piloto les llevó de vuelta por el valle del Hudson y por fin sobrevolaron Manhattan en dirección a Central Park. Lily y los demás observaron el paisaje con curiosidad gracias al casco transparente del helicóptero y vieron una isla asediada por todos los flancos por los ríos que no dejaban de subir. Los grandes edificios de la ciudad eran un ordenado bosque de hormigón, acero y cristal; pero también se veían claros en ese bosque: pilas de escombros que se alzaban donde se había caído algún edificio, a menudo llevándose consigo las estructuras vecinas. Sin embargo, la ciudad estaba viva. Lejos de las áreas inundadas, el tráfico se movía: se veían relucientes escarabajos de color mostaza que con toda probabilidad eran taxis y botes que merodeaban atareados por las calles inundadas y que dejaban tras ellos una larga estela de olas.

A pesar de la rumoreada tormenta que se acercaba desde el Atlántico, el cielo estaba azul y limpio, y el sol brillaba en lo alto. Era un claro día de invierno. La ciudad relucía a causa de los rayos de sol reflejados en millones de ventanas que parecían lentejuelas. E incluso el agua estancada a los pies de los edificios tenía color azul y se veía hermosa. Era como una postal de Venecia antes de que se la tragara el mar.

El helicóptero aterrizó en un helipuerto en Central Park, en la Gran Pradera justo al sur de la reserva de agua. El piloto les informó que no se podía aterrizar más al sur porque no era seguro. Los tres, Thandie, Gary y Lily, se bajaron seguidos por la piloto y el guardia de AxysCorp.

Mientras la piloto descargaba sus mochilas, Lily caminó hasta el borde del helipuerto. Cuando pisó la hierba, la tierra cedió bajo su peso y sus pies se hundieron en una especie de marisma. Miró a su alrededor dándose sombra en los ojos con la mano. Habían pasado años desde la última vez que había estado en Manhattan, en Central Park, y aquella vez no había sido más que una turista. Pero si echaba un vistazo a los alrededores, resultaba difícil decir que hubiera cambiado algo. Allí estaba, en aquella zona verde en el corazón de la ciudad más importante del mundo, con los edificios que asomaban en todas direcciones más allá de la línea de árboles. Pero al mirar al sur, Lily vio mugrientas tiendas de campaña, refugios y columnas de humo que se alzaban desde hogueras. Aquello significaba que había gente que vivía

en Central Park. También olía a podrido y a alcantarilla, un hedor al que Lily ya se había acostumbrado en Londres.

La piloto le pidió que regresaran al grupo. Era una mujer fornida que rondaría la treintena.

—Bueno, bienvenidos a Nueva York. Hoy seré su guía en esta ciudad —dijo con un fuerte acento del Bronx y cierto humor seco.

—No será necesario —replicó Thandie.

—Órdenes del señor Lammockson, así que por favor, presten atención. Lo más probable es que se den cuenta de que las cosas han cambiado desde su última visita. En realidad, la ciudad no está tan mal como pueden pensar, todavía está viva. Pero el transporte ya no es lo que solía ser. Esto es lo más al centro de la ciudad que se puede volar. Y el metro está inundado desde el primer día.

Los túneles del metro de Nueva York se habían construido después que las alcantarillas que los drenaban, por lo que tenían que pasar por debajo. Incluso en plena normalidad, bombear agua de los túneles hacia las alcantarillas y de allí al Hudson ya era una hazaña heroica y una operación interminable. Con la llegada de la inundación, los túneles se llenaron inmediatamente y cuando la electricidad de las bombas falló, ya no se pudo hacer nada para salvar el metro.

—Bien —dijo Thandie—, ¿cómo se supone que vamos a llegar al Empire State? —Allí era donde se iban a reunir con Piers Michaelmas, unas veinticinco manzanas al sur de Central Park. Lily creía que Piers había elegido un lugar de encuentro bastante imaginativo tratándose de él.

—O bien van andando, o cogen un taxi o un *rickshaw*. En las zonas inundadas pueden parar un aquataxi. Súbanse solo a los taxis que lleven la licencia oficial. Si no están seguros, pregúntenle a un poli. ¿Llevan un GPS?

Thandie levantó un brazo. En la manga de su chaqueta llevaba una pequeña pantalla que mostraba un mapa GPS que se actualizaba cada hora con nuevos datos sobre las crecidas.

—Utilicen el sentido común —dijo la piloto—. No se acerquen a los edificios en ruinas. No beban nada que no proceda de una botella sellada. No se pongan a nadar. No hablen con nadie que aparente no haberse lavado en los últimos días. Si el hedor se vuelve insoportable, utilicen sus máscaras. Se dice que hay cólera en el Lower East Side, así que tengan cuidado con eso. Verán que la policía ha precintado las áreas que recomiendan no visitar. Yo me despido aquí, tengo que llevar este helicóptero a casa. Pero John estará aquí a su disposición todo el tiempo que haga falta.

John, el guardia, asintió sin decir palabra y dio un paso atrás. Lily sospechó que aquel tipo les seguiría los pasos durante todo el camino hasta llegar a Freedom Tower, tanto si les gustaba la idea como si no.

—Eso es todo. ¿Alguna pregunta? —añadió la piloto.

Gary señaló los grupos de tiendas y las hogueras.

—¿Y qué hay de esa gente?

—Son refugiados que huyen del centro. El municipio los va enviando al gran campamento que han levantado cerca de West Point donde pueden ser alojados apropiadamente. Pero siempre hay más y más. Central Park sirve como almacén de refugiados. Una especie de ciudad de chabolas.

—Eso es lo que solía haber aquí, antes de que el municipio comprara las tierras y creara el parque —murmuró Gary—. En torno a 1850. Granjas de cerdos y montones de basura. Casi todo lo que nos rodea es un paisaje creado por la mano del hombre.

—Así que hemos vuelto a los orígenes, ¿eh, tío? Bueno, yo no me acercaría mucho —comentó la piloto—. ¿Alguna pregunta más?

Los tres se despidieron de la piloto, el helicóptero despegó y se perdió en el cielo vacío. Después, Thandie, Gary y Lily cogieron sus mochilas y echaron a andar hacia el sur del parque.

El terreno era pantanoso y decidieron no salirse de los caminos. Lily no miró atrás, pero estaba segura de que el guardia mudo los seguía discretamente.

Pronto descubrieron que las partes bajas del parque, tales como campos de béisbol y áreas de recreo estaban ocupadas por generadores de emergencia alimentados por una flota de camiones cisternas y vigilados por la policía. Allí estaba el corazón latiente del bajo Manhattan, pensó Lily; y era un objetivo tentador para terroristas, si es que a alguno le quedaba la energía suficiente como para atacar.

Una vez salieron del parque, atajaron por la Séptima Avenida. Las barras y las estrellas colgaban de muchos edificios, en postes que asomaban en las fachadas y ventanas, relucientes y osadas bajo los rayos del sol. No había mucho tráfico. Había tantos *rickshaw* tirados por bicicletas como taxis amarillos. En general, la policía iba a caballo, aunque Lily observó que los agentes no eran del Departamento de Policía de Nueva York, sino de Seguridad Nacional o de agencias privadas. También había señales que Lily ya había visto en Londres y que indicaban que estaban sufriendo una catástrofe: cubos de basura a rebosar, enormes tanques de plástico llenos de agua cada una o dos manzanas y una pequeña cola de gente en cada uno de ellos.

Tampoco se veían muchos peatones y aquellos con los que se cruzaban iban protegidos contra el frío y vestían pantalones impermeables y botas de goma. Pero en aquella ciudad la gente seguía trabajando. Había unos pocos tipos trajeados que hablaban sin parar por sus móviles o al aire. Hablaban y hablaban sin importarles las exorbitadas tarifas de las redes de telefonía de emergencia. A pesar de la inundación, Nueva York seguía siendo un centro financiero. De hecho, desde que las aguas habían invadido el mundo, Nueva York se había convertido en la meca del capitalismo al igual que otras zonas catastróficas. Se estaban movilizand

invertir en defensas contra inundaciones, programas de ayuda y en la recolocación de ciudades enteras a los nuevos complejos del norte. Y aquellos que sabían beneficiarse de ese continuo fluir de dinero público, estaban sacando pingües beneficios.

Ricos y pobres, todos llevaban un silbato colgado al cuello. Lily había visto en Londres como el agua que apenas llegaba a la altura de las rodillas podía derribarte en cuestión de segundos. Las botas de goma también eran aconsejables. Las aceras estaban empapadas y el asfalto estaba cubierto de algo que parecía agua, densa y nauseabunda. A veces se la podía ver borbotear en los sumideros. Pero la gente no prestaba atención y caminaba chapoteando, sobreviviendo, siguiendo adelante con sus vidas, al igual que en Londres y en otras partes del mundo.

Además, bajo aquel cielo azul, la mayoría de las tiendas estaban abiertas. Las tiendas de alimentación, las farmacias y tiendas de conveniencia, los restaurantes e incluso los bares indicaban en la puerta que todos los clientes debían presentar la identificación biométrica y las cartillas de racionamiento para cualquier transacción. Lily no podía saber cómo de actual era la moda que se mostraba en los escaparates de las tiendas de ropa. De hecho, todo se parecía muchísimo a los productos de AxysCorp; la famosa línea de productos duraderos de Nathan tales como monos prácticos y cómodos y abrigos para cualquier clima, botas y sombreros que podrían durar diez años o más. Nathan Lammockson seguía vendiendo sus productos al mundo y seguía haciendo dinero. Pero algunas tiendas mostraban pilas de productos variados, de todo tipo, desde juguetes a teléfonos móviles pasando por cafeteras eléctricas y ángeles. Lily había sabido por Nathan que aquel era otro síntoma de la descolocación de la economía global. Las empresas intentaban seguir en el negocio simplemente desaparecían; y cuando eso ocurría, sacaban a la venta todas las mercancías almacenadas en unas rebajas de vértigo.

Algunos dispensadores de prensa seguían funcionando. Por pura curiosidad, Lily pagó diez dólares por una copia del *New York Post*. La edición traía pocas páginas y estaba impreso de forma tosca y emborronada en un papel reciclado multitud de veces. El titular informaba sobre la cancelación de la Copa del Mundo en Inglaterra que había estado prevista para el verano y para la cual el equipo estadounidense había sido el favorito.

En el cruce de la calle Cuarenta y Cinco, Thandie consultó el mapa de su muñeca.

—Por aquí. —Abruptamente, giró a la derecha para dirigirse al oeste.

Todos la siguieron, pero Gary protestó.

—El Empire State está al sur y al este de aquí.

Thandie siguió caminando siguiendo su mapa.

Lily sabía más o menos adónde iba Thandie. Aquel era el distrito de las tiendas de ropa, el centro de la industria de la moda de la ciudad. Allí, en la Séptima Avenida, los Ralph Lauren y los Calvin Klein eran homenajeados con placas de granito en la

acera. Lily había estado allí una vez con Amanda, que se preocupaba por la ropa mucho más que Lily, desde luego. Ahora, todo aquello estaba abandonado.

Llegaron a una plaza donde un par de dotaciones de bomberos trabajan bombeando agua de un sumidero atascado. Enviaban el agua por gruesas mangueras amarillas que atravesaban la calle Cuarenta y Cinco hacia el oeste, paralelas a la ruta que seguía Thandie. Los motores de los camiones rugían y los bomberos ni siquiera se molestaron en alzar la mirada para verlos pasar.

Más allá de la Octava Avenida dejaron de ver peatones. Y en el cruce con la Novena, Thandie consultó su mapa, se detuvo y alzó la mirada. El agua cubría la acera.

Era una de aquellas extrañas orillas urbanas del estilo de las que Lily había visto en Londres. El agua era una especie de líquido turbio, gris y marrón manchado de aceite y gasolina que se arremolinaba a los pies de los edificios vacíos y de los cadáveres de los coches abandonados hacía largo tiempo. Las mangueras de los bomberos avanzaban por la calle por debajo del agua y el burbujeo rompía la calma de la superficie allí donde lideraban la materia nociva que estaban bombeando de los sumideros. En algunos edificio se veían luces en las plantas más altas, pero la mayoría de las ventanas estaban rotas y llenas de guano de paloma, que teñía de marrón los ladrillos rojizos.

—Aquí el nivel del mar ha subido de forma alarmante —dijo Thandie mientras señalaba—. Esta calle sigue hacia el sur hasta la Diecinueve, y atraviesa Clinton y Chelsea, mientras hacia el norte se extiende otras doce manzanas o así. Los complejos de los muelles están abandonados. El mapa de inundación del GPS es muy bueno, indica esta orilla con un margen de error de un par de metros. Yo solía ir a patinar a los muelles de Chelsea —dijo de pronto sorprendentemente nostálgica. Siguió caminando hasta hundirse hasta los tobillos en aquella agua sucia. Metió la mano en la mochila y sacó una navaja de bolsillo. La abrió y con su ayuda despegó algo de una pared. Regresó junto a Lily y Gary y les enseñó lo que había cogido. Eran un mejillón del tamaño de un sello de correos y una almeja algo más pequeña.

—*Mytilaster lineatus* —afirmó Thandie—. Y esta almejita es una *Cardium edule*.

—¿Y? —preguntó Lily.

—Criaturas marinas. Puedes ver sus conchas en los registros de sedimentos. Son de las primeras especies en colonizar la tierra en cuanto el mar se adueña de ella. Igual que sucede aquí. —Dejó caer los moluscos al agua.

Permanecieron un rato más en la orilla del agua, que salpicaba, sucia y llena de basura flotante, bolsas de plástico, restos de comida basura, latas de aluminio y condones: los detritus de una época que parecía ya remota. Y con cada pequeña ola, el agua se acercaba más y más a las botas de Lily, como si la marea estuviera subiendo.

—Sigamos adelante —dijo Thandie. Se dio la vuelta y los guió de nuevo por las calles de Nueva York.

De regreso a la Séptima Avenida, que estaba relativamente ajetreada con todos aquellos vendedores abrigados de pies a cabeza, sintieron como si la incursión del río a apenas un par de manzanas de distancia no hubiera ocurrido; como si los tres acabaran de cruzar una puerta desde otra dimensión paralela en la que el mundo se hundía y era invadido por las aguas.

Se dirigieron a Times Square con la idea de llegar a Broadway. Los gigantescos carteles luminosos de la plaza estaban apagados, como grandes ventanas negras que dieran a la nada. Todos salvo un par de pequeños paneles que brillaban de rojo y blanco con anuncios de Coca-Cola y que, de alguna manera, habían conseguido evitar la restricción de electricidad a no ser que la publicidad tuviera como fin evitar la restricción de electricidad a no ser que la publicidad tuviera como fin levantar la moral de la ciudad. La plaza se había convertido en un lugar tétrico, un enorme espacio vacío apenas transitado por unos vehículos y aún menos peatones. Pero por unos altavoces colgados de postes resonaba la voz de Ella Fitzgerald cantando *Someone to Watch Over Me*.

En el cruce con la calle Treinta y Cuatro pasaron delante de los grandes almacenes Macy's. La tienda estaba abierta, pero toallas y mantas colgaban de las ventanas de los pisos superiores secándose al sol. Un panel publicitario enorme anunciaba que los mayores grandes almacenes del mundo estaban orgullosos de acoger a los neoyorquinos desplazados en aquel tiempo de crisis.

Piers Michaelmas les esperaba, como había prometido, a pie del Empire State. Vestía su uniforme de soldado británico. Parecía relajado, con los brazos cruzados.

—Sabía que llegarías tarde —dijo sin quitarle el ojo a Thandie—. Habéis estado jugando a rebotar piedras en el agua, ¿eh?

—Sí, sí.

Lily lo abrazó brevemente.

—Tienes buen aspecto, Piers. Debes ser la única persona en Nueva York que va vestido con todo el uniforme. ¿Cómo consigues mantener blancos los puños de la camisa? Por Dios, si hasta tienes los zapatos impecables.

—Bah, siempre piso con cuidado. Uno tiene que estar presentable si va a acudir a las reuniones de la ONU en nombre del Gobierno de su majestad.

Thandie consultó el mapa de su GPS.

—¿Trabajas en el edificio de la ONU? Se supone que esa zona está inundada, desde el edificio hasta el río.

—Es cierto. Toda la zona es ahora una laguna. La única manera de llegar al

edificio es en un bote. Pero los pisos superiores están habitables y la organización sigue trabajando; aunque muchas de sus funciones se están llevando a cabo desde Ginebra. Sabéis, flota en el ambiente la sensación de que no debemos rendirnos. Mi padre tenía una pequeña empresa de aparejadores. Una vez una bomba del IRA hizo saltar por los aires sus oficinas en Manchester. A la mañana siguiente estableció su despacho en un *pub* en la misma calle y colgó un cartel en la puerta que decía: «Seguimos atendiendo como siempre».

Lily sacudió la cabeza.

—Nunca me había contado eso, Piers. Y yo creía que después de lo de Barcelona ya no nos quedaba nada dentro.

—Si eso fuera así sería muy aburrido. Bueno, desde aquí recomiendo que atajemos hacia el este. De hecho, las cosas se ponen bastante feas si seguimos hacia el centro...

Esta vez fue Piers el que los guió por las calles de Nueva York, caminando entre charcos por la Quinta Avenida hasta que llegaron al cruce con Broadway donde el edificio Flatiron. Desde allí bajaron por Broadway en dirección sureste hasta llegar a Union Square. Thandie consultó su mapa.

Los tres ex rehenes, Gary, Piers y Lily, caminaban juntos. Obedeciendo a un impulso, Lily se había colocado entre los dos hombres y había enganchado los brazos con los de ellos.

Piers habló de Helen.

—Según me han dicho está en los Estados Unidos. Ella y su amigo de Asuntos Exteriores.

—Me tomas el pelo —dijo Lily—. La última vez que hablé con ella me dijo que continuaban viajando entre Irán y Arabia Saudí.

—Bueno, hubo un golpe de estado fallido en Arabia Saudí. Me temo que a partir de ahora veremos muchas cosas de esas. La rama de Said intentó destronar al rey. No funcionó y, cuando todo parecía que iba a terminar en una guerra civil, el ejército de los Estados Unidos intervino. Sacaron a Said y sus colegas del país, los metieron en un campamento americano en Bagdad y luego los trajeron aquí.

—¿En calidad de qué? ¿Prisioneros? ¿Refugiados?

La sonrisa de Piers fue muy breve.

—Creo que eso todavía está por ver. Said ha pedido un salvoconducto para su familia.

—¡Ah! Eso quizá incluye a Grace —intervino Gary.

—Sí. No debemos albergar demasiadas esperanzas, pero creo que las probabilidades de que Helen recupere a Grace aumentarían si las dos estuvieran en los Estados Unidos.



Lily deseó que aquello se hiciera realidad. Se preguntó si tendría la oportunidad de hablar con Helen, incluso de encontrarse con ella y con Michael, antes de que los dos se marcharan del país.

—Nos alegra que apoyes la presentación de Thandie ante el IPCC, Piers —dijo Gary—. Nathan te lo agradece mucho.

Piers gruñó.

—Apuesto a que sí. Y yo me alegro de haber podido echar una mano para facilitar las cosas. Pero no creo que mi uniforme vaya a impresionar al público al que va a enfrentarse Thandie. ¡Cerebritos! Todos son iguales: constitucionalmente incapaces de acatar la autoridad.

Gary rió.

—De hecho, esa es una definición bastante precisa del núcleo de competencias de un científico.

—Quizá lo sea, pero eso no hace que seáis más fáciles de tratar, ¿no?

—Si tiene razón tienen que escucharla, desde luego. Peor por lo que he oído, creo que es mayor la probabilidad de que no tenga razón, por mucho que le fastidie a Nathan Lammockson.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy en deuda con él, le debo mi vida. Pero a mi juicio, Lammockson es el típico tío que desea que llegue el apocalipsis, que todo a nuestro alrededor acabe destruido para que pueda venir él a salvarnos y a construirlo todo de nuevo. Ansía vivir tiempos que supongan un reto que esté a la altura a la que se ha colocado él mismo. Eso no quiere decir que Thandie esté equivocada. Tan solo quiero decir que un hombre como Lammockson está más que predispuesto a creer cualquier predicción catastrófica.

Gary asintió.

—Quizá. A veces me pregunto si Nathan seguiría soltando dinero si los resultados de Thandie no indicaran que las cosas se van a poner peor. Sea como sea, nada de esto prueba que esté equivocada.

—Desde luego que no —aceptó Piers—. Pero existe el peligro de que mientras soñamos con catástrofes fantásticas, ignoremos lo que es real.

—¿Que es?

Piers se detuvo y miró a su alrededor. Estaban en el cruce con la calle Cuatro.

—Venid por aquí y os lo enseñaré. —Se dirigió al oeste durante tres manzanas, guiando al grupo con seguridad hasta que llegaron a Washington Square Park.

Era otra ciudad de tiendas de campaña, igual que Central Park. Columnas de humo indicaban la existencia de hogueras y cada metro cuadrado hasta donde Lily podía ver estaba ocupado por sucias tiendas de campaña del color del barro; la monotonía rota por las figuras verdes de los retretes portátiles. Había tiendas hospital,

cocinas, bloques de duchas, tanques de agua... Tenía el aspecto de lo que era en realidad: un campo de refugiados asombrosamente bien equipado. Pero había gran presencia policial. Los agentes a caballo patrullaban el perímetro del parque y se veía alambre de espino por todas partes. Al norte, el arco triunfal se alzaba sobre tiendas apiñadas como símbolo de épocas mejores. En el arco ondeaban las banderas de Seguridad Nacional, de la oficina de protección medioambiental de la ciudad de Nueva York y de la oficina de emergencias del ayuntamiento. Un cartel anunciaba clases gratis sobre la genealogía del ADN, que demostraba que los americanos tenían en sus genes una enorme variedad étnica. Un coro del Departamento de Policía de Nueva York cantaba bajo el arco un repertorio de tristes baladas irlandesas.

No se veía ni una brizna de hierba. El parque entero se había convertido en un campo de barro. El aire era denso por el hedor a humo y a alcantarilla.

—Este lugar hace de cuello de botella para la inundación —comentó Thandie lentamente mientras consultaba su GPS—. Al oeste tenemos un lago bastante grande que cubre casi todo Greenwich Village hasta la calle Catorce. Los complejos de la ribera del río de aquella zona también están bajo el agua. Y al este, el río también ha hecho una gran incursión. El East River ha superado las barreras del East Village y Alphabet City, llegando hasta la Segunda Avenida e incluso hasta la Tercera. —Alzó la mirada—. En este lugar estamos justo en medio.

—Y aquí es donde han venido los refugiados. Por un lado los dueños de tiendas y restaurantes, los artistas, escritores, poetas y demás gente de Greenwich; y por otro, los puertorriqueños de Alphabet City junto con algunos blancos ricos que se había ido a vivir a las áreas reacondicionadas al oeste de la avenida B. Todos están aquí, viviendo en tiendas de campaña en Washington Square.

—¿Y la policía los mantiene separados? —preguntó Gary.

—Dicen que Nueva York es un crisol. Supongo que este año se han visto obligados a ponerlo a prueba de verdad. Han puesto en marcha programas de tolerancia y todo. De todas maneras, ¿veis lo que quería decir? Lily, tú y yo ya hemos hablado de Nathan Lammockson y sus grandes gestos. Desde mi punto de vista, esta es la emergencia del mundo real a la que se enfrentan diariamente médicos, enfermeras, bomberos, policías y un número ingente de voluntarios. Todos trabajan para proveer a los refugiados de techo y comida, de calor y consejos para evitar enfermedades. Es la tarea de preservar la vida, de una en una. Mirad, por lo que me han dicho en esta ciudad de tiendas de campaña ha habido cientos de nacimientos y muchas más muertes en las seis semanas que lleva a aquí. Esto es real. Pero este tipo de proyectos no tienen el suficiente glamour como para que Nathan Lammockson se interese por ellos. Bueno. Sigamos andando.

Piers los llevó de vuelta al este, pero esta vez los guió por Broadway y a través del

Soho hasta llegar al Bowery. Desde allí giró al sur de nuevo, por Little Italy y Chinatown.

Thandie decía que estaban caminando por otro cuello de botella de la inundación: el Soho estaba sumergido al oeste y también la mayor parte del Lower East Side en el este. Sin embargo, allí no había zonas verdes que se pudieran colonizar ni se veían campos de refugiados. En los barrios reinaba el silencio y se palpaba la tensión. Piers les informó de que en aquel lugar se habían desatado grandes desórdenes cuando el nivel de los ríos había superado los diez metros aquella catastrófica noche antes de Navidad. Riadas de refugiados del East Side, muchos de ellos inmigrantes de primera generación, se habían adentrado en una zona de pocas manzanas en las que ya vivía una comunidad multicultural. Muchos de ellos habían sido evacuados hacia el norte.

Piers atajó por Park Row y desembocó en el Centro Cívico al pie de la gran rampa que permitía el acceso al puente de Brooklyn. Y allí encontraron otra orilla urbana, un lugar donde la calle se perdía bajo el agua.

—Supongo que se acabó —dijo Thandie. Dobló la pantalla de su manga—. A partir de aquí y hacia el sur no hay más que agua.

El sol había bajado y Lily tuvo que escudarse los ojos con la mano para ver los altos edificios del distrito financiero, desde el pináculo gótico del edificio Woolworth a unas manzanas de distancia hasta las relucientes nuevas torres del World Trade Center al sureste. Y sobre ellas destacaba la Freedom Tower, el edificio más alto de la ciudad. Pero aunque las sombras eran dueñas de la superficie del agua a los pies de los rascacielos, el sol aún iluminaba las fachadas y en ellas se veía reflejada la frenética actividad de botes que navegaban entre los edificios.

—Veo que aún siguen trabajando en Wall Street —dijo Thandie.

—Sí —contestó Piers—. En general, el trabajo consiste en cerrar el negocio, recogerlo todo y transferir funciones. Pero es bueno para la imagen de las empresas tener presencia física en la zona catastrófica de la que se están lucrando.

—Y la Freedom Tower... —comentó Gary.

—Es donde Nathan ha organizado la presentación de Thandie ante el IPCC —explicó Piers—. Nathan es todo un hombre de espectáculo. Aunque el monumento conmemorativo está inundado, claro.

Los ojos de Thandie se ensombrecieron.

—Han pasado años desde la última vez que estuve aquí. El paisaje es muy diferente.

—De vez en cuando se cae algún edificio —dijo Piers—. Todos han sido contruidos sobre un buen esquivo de Manhattan. Pero los cimientos han sufrido mucho y no están pensados para resistir una inmersión continua en agua salada. Y entonces, llega una tormenta y... Normalmente no suele haber muchas víctimas porque avisan con muchísima antelación. Cuando los edificios ceden, explotan,

¿sabíais eso? Los cables de acero que van por dentro de las estructuras de hormigón reforzado no soportan la tensión.

—¿Y cómo llegamos allí? ¿A nado? —preguntó Thandie.

—Contamos con un bote de AxysCorp. Lo llamaré. —Piers se alejó un poco mientras hablaba al aire. En cuanto se alejó, el guardia que los había seguido durante todo el camino desde Central Park llegó desde una calle oscura y saludó a Piers con la cabeza.

La brisa despeinó el cabello de Lily. Miró al este, hacia el océano. Algunas nubes se estaban concentrando en el cielo y una gran masa se extendía hasta el horizonte. Entonces recordó la tormenta que había obligado a desviar su vuelo.

De las anotaciones de Kristie Caistor:

Según el *blog* que escribe con palabras increíblemente precisas, Harrison Gelertner nació y creció en San Francisco. También trabajó allí casi toda su vida como abogado, especializándose en casos de derechos civiles. Viajó por todo el mundo, pero, extrañamente y debido al gusto de su mujer por todo lo exótico, apenas conoció su propio país.

A la edad de sesenta y cinco años, Gelertner se jubiló. A los sesenta y ocho se encontró solo cuando su mujer sucumbió al cáncer. A los sesenta y nueve, se dio cuenta de que grandes extensiones de los Estados Unidos, el país que nunca había visto, desaparecían a toda velocidad bajo las aguas.

Así que decidió poner remedio a aquella laguna en su experiencia mientras tuviera salud y recursos para hacerlo. Y mientras fuera posible, claro. Decidió empezar por lo más importante: Washington D.C.

En febrero de 2018 cogió un vuelo de American Airlines con destino al aeropuerto nacional de Washington. Más tarde supo que aquel había sido el último vuelo civil que había aterrizado en ese aeropuerto.

Una vez allí, Washington no resultó ser muy impresionante. Gelertner creyó que se parecía a otras decenas de pequeñas ciudades americanas; aunque esta estaba especialmente sucia, vieja y triste y, al parecer, el calor era insoportable en verano, aunque en aquel fresco día de febrero se estaba muy bien. La inundación ya era evidente y el agua salía a borbotones por los sumideros y alcantarillas, y corría libremente por las aceras. Era difícil caminar. Las sirenas aullaban y el tráfico estaba parado por todas partes. En su *blog*, Gelertner escribió que había cierta sensación de urgencia, de desgaste; de que las cosas se estaban cayendo a pedazos.

Pero entonces, Gelertner dobló una esquina y fue a parar a la Casa Blanca. Así, como si nada, había llegado al centro del poder planetario que estaba en la mitad de la ciudad. Según las noticias que había oído en la radio ángel que su nieto le había enseñado a usar, el presidente y su equipo hacía tiempo que se habían marchado de aquel lugar. Pero las manifestaciones seguían allí; un grupo de desaliñados manifestantes al otro lado de las vallas, agitando sus banderas y carteles quejándose de los impuestos, las guerras en el extranjero y la ineficacia de las ayudas tras las inundaciones. Y a apenas unas manzanas estaban los centros neurálgicos de otras instituciones tremendamente importantes como el FBI, la NASA y el Banco Mundial. Aquella era una ciudad demasiado pequeña para toda la importancia que tenía en el

mundo.

Gelertner caminó por la extensión de hierba del Mall, donde se alzaba el monumento a Washington, alto y delgado. Allí se orientó: el edificio del Capitolio al este y el Lincoln Memorial asentado orgullosamente al oeste. La hierba estaba empapada y la tierra cedía bajo sus zapatos de piel. Aunque Gelertner podía explorar el Lincoln Memorial todo el tiempo que quisiera, el Capitolio estaba cerrado a visitantes. Y se llevó un gran disgusto al descubrir que los diferentes museos Smithsonian también estaban cerrados, aunque bullían de actividad porque los trabajadores se afanaban frenéticamente en preparar sus valiosas colecciones para el traslado.

Gelertner fue muy vago al describir el proceso de la inundación. Aquella misma tarde en Washington, los informativos de la televisión mostraron imágenes y mapas alarmantes de la amenaza que se cernía sobre la capital. La subida del nivel del mar ya tenía su reflejo en la bahía de Chesapeake y estaba remontando el Potomac camino de la ciudad. Gelertner registró en su *blog* que nunca había pensado que Washington se encontrara bajo una amenaza tan inmediata, pero el mar estaba a punto de presentarse allí.

Por la noche le despertó una alarma de incendios. Evacuaron su hotel.

Gelertner tenía su billete de avión, pero descubrió que habían cerrado el aeropuerto. Sin saber muy bien qué hacer, se quedó donde estaba. A media mañana se vio en medio de una multitud formada por familias, sobre todo negras y sobre todo pobres, que aguardaban a un autobús escolar requisado que los llevaría a tierras altas. Agentes de mirada torva de Seguridad Nacional se ocupaban de que nadie se saliera del grupo que le había sido asignado o entorpeciera el paso de los convoyes que ya estaban en marcha cargados de empleados del Gobierno, empresarios de altos vuelos y ricos.

Gelertner consiguió salir de la ciudad al mediodía.

Eso es, en general, todo lo que vio de Washington, una ciudad que visitó cuando estaba a punto de ser abandonada. No vio la inundación en sí. Le resultó muy extraño que su primera visita a la capital, al final de su larga vida, resultara ser también la última hecha por un turista. Porque ya nadie iría a ver aquella ciudad, nunca más.

Gelertner estaba especialmente decepcionado de no haber podido ver el *Apollo IX* en el museo del Aire y el Espacio. Nunca llegó a saber si la pesada cápsula había podido ser evacuada a tiempo.

Nathan Lammockson se encontró con ellos en una antesala que comunicaba con el auditorio en el corazón de la Freedom Tower, el lugar donde Thandie iba a presentar el resultado de sus investigaciones al subcomité del IPCC. Thandie salió a asearse un poco y a prepararse, y Piers desapareció alegando que tenía sus propios asuntos que tratar con algunos delegados del IPCC. Gary fue invitado a reunirse con otros climatólogos que había en el edificio, procedentes del centro de huracanes de la NOAA en Miami y de otros lugares. Un grupo de observadores del clima locales compartían con los expertos sus preocupaciones sobre la tormenta oceánica que se avecinaba, a la que ya se referían como el sistema *Aaron*.

Así que Lily era la única que estaba sentada al lado de Nathan Lammockson en aquel palco que daba al auditorio donde Thandie presentaría sus teorías. Apenas había público: solo una docena de los aproximadamente cien asientos estaban ocupados por tipos de mediana edad con ese excéntrico gusto en el vestir y el peinar, y a la hora de elegir gafas, que al parecer era requerido para ser un científico profesional. Todos se conocían y charlaban animadamente apoyados en el respaldo de los asientos. Ignoraban a Thandie, que preparaba su presentación en el estrado. Desde su proyector apareció una imagen traslúcida y tridimensional de la Tierra. Thandie la tocó y la imagen giró. Lily podía ver su rostro franco a través de las capas fantasmagóricas del planeta.

Lammockson sorbió su café y se inclinó hacia Lily.

—Tenemos una buena vista, ¿eh?

—Sí. Me gusta el proyector 3D de Thandie.

Lammockson la miró.

—¿He de suponer que nunca habías visto una bola de cristal?

—Me perdí muchos juguetes nuevos cuando estuve encerrada en esos sótanos de Barcelona.

—Ya. Tal y como yo lo entiendo, el principio es bien sencillo. En realidad es una ilusión óptica. —Levantó una mano e imitó la rotación—. Tienes una pantalla traslúcida así, en vertical, que gira mil veces por minuto; y luego diriges tres proyectores hacia ella a través de un sistema de lentes y espejos. Así que en cuestión de segundos consigues un fragmento del objeto tridimensional que estás mirando. Sigue girándolo y los fragmentos se unen para crear la visión. Según me han dicho, resulta muy útil en medicina. Ya sabe, cirugía, escáneres de tumores cerebrales, ese tipo de cosas. Aunque, por supuesto, sobre todo se utilizan para el porno.

Aquello la hizo reír.

—De hecho, al mirar a Thandie desde aquí tengo la impresión de que vamos a presenciar una operación quirúrgica.

Lammockson gruñó.

—Bueno, en cierta manera, vas a hacerlo. Esos capullo van a hacer lo imposible por diseccionar todo lo que Thandie presente ante ellos. Debes entender cómo funciona el IPCC, Lily, para qué sirve...

El Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático, conocido por sus siglas en inglés IPCC,<sup>[4]</sup> nació por iniciativa de varios Gobiernos en 1988 como autoridad del cambio climático y para asesorar sobre las distintas informaciones que surgieran sobre el tema.

—Hay una serie de grupos de trabajo que se ocupan de la ciencia física del cambio climático, su impacto en el planeta y qué hacer para mitigarlo. Pero la palabra «autoridad» es la clave. La forma en la que trabaja el panel está diseñada para reforzar esa idea. Cada vez que hacen público un informe, hay un autor que se erige en responsable para cada sección, pero normalmente hay detrás cientos de expertos que han aportado miles y miles de comentarios. La regla es que no suelen dejar que nada se haga público hasta que no haya un consenso absoluto sobre el tema. Sobre todo en lo que se refiere al sumario que recomienda modos de actuación para que los apliquen los Gobiernos, que es la única parte que lee prácticamente todo el mundo.

—Vaya. Es increíble que algo consiga llegar hasta el público.

—Esa es la cuestión. El IPCC es ferozmente conservador. Por ejemplo, se les puede criticar por haber respondido con tanta lentitud a las evidencias de la existencia del cambio climático. Pero cuando habla, todos los Gobiernos escuchan.

—¿Crees que aceptarán los datos y las conclusiones de Thandie?

—Quizá los datos, pero no las conclusiones. Habrá un debate. Incluso aquellos que aceptan que el nivel del mar está subiendo, lo ven como un síntoma más del cambio climático y no están dispuestos a aceptar ninguna justificación que no se base en los antiguos modelos climáticos. Creo que todo dependerá de la predicción final que haga Thandie. Ahora mismo, se aferran al límite de los ochenta metros. Como mucho. Eso ya sería una gran catástrofe, pero...

—¿Por qué ochenta metros?

—Porque es el equivalente de todo el agua que se añadiría a los océanos si se derritieran los glaciares de Groenlandia y la Antártida. Y el deshielo masivo de glaciares es la única justificación aceptada para la subida del nivel del mar.

Lily asintió.

—Así que resultará complicado que escuchen si Thandie contradice sus teorías.

—Exactamente.

—¿Qué crees que saldrá hoy de aquí?

—Nada, al menos inmediateamente. Tardarán meses en terminar el informe. E



incluso entonces los Gobiernos quizá no lo acepten. Sin embargo, los jugadores van a prestar muchísima atención. —Miró hacia la platea del auditorio—. Puedo señalarte a cinco de esos payasos que están a sueldo de la LaRei.

—¿La LaRei?

Lammockson sonrió.

—Una exclusiva sociedad de Manhattan. Mucho más exclusiva que el MetCircle. Necesitas un patrimonio de más de cien millones de dólares para que te abran la puerta. Los ricos están interesados en este tema, puedes creerme.

Lily asintió.

—Y los ricos van a cuidar de ellos mismos.

Lammockson la miró.

—¿Te refieres a capullos ricos como yo?

Aquello la hizo sentir incómoda. Después de todo, aquel hombre era su jefe.

—Nathan...

—¡Bah, no te preocupes! Mira, sé lo que pensáis de mí, incluso a pesar de que salvara vuestras vidas. En una sociedad supuestamente capitalista, todo el mundo desprecia la acumulación de riqueza, salvo aquellos que la poseen, claro. Escucha. Ten muy claro que voy a actuar. No voy a quedarme sentado a esperar a que los Gobiernos del mundo salgan de su autoengaño colectivo, tal y como dice la doctora Jones. Ten muy claro que pienso salvarme, a mí y a mi hijo Hammond, si puedo... Y a mi riqueza, signifique lo que signifique en el mundo futuro. ¿Quién no lo haría? Pero recuerda esto: he financiado la investigación de Thandie; contraté a los capullos que necesitaba y los saqué de Woods Hole o de donde hiciera falta. Incluso he patrocinado su presentación de hoy. ¿Qué más puedo hacer?

Lily guardó silencio. No creía que Lammockson buscara su aprobación, o su alabanza, ya puestos. Con Nathan todo giraba en torno al dominio. Pero el que hubiera conseguido hacerse rico no lo convertía en un monstruo. Lily veía su forma de actuar, su previsión al transformar su riqueza en objetos más tangibles como tierra, equipo y gente. Y si las conclusiones de Thandie sobre la velocidad a la que avanzarían los acontecimientos en los años que estaban por venir eran correctas, el mundo quizá necesitara personas como Nathan; hombres con la decisión y los recursos para hacer que las cosas sucedieran rápido.

Gary Boyle entró apresurado con un portátil bajo el brazo.

—¡Eh! —susurró a Lily mientras se sentaba a su lado—. No llego tarde, ¿no?

—Justo a tiempo. ¿Cómo va Aaron?

Gary abrió el portátil y le enseñó una fotografía tomada con una cámara en el techo del edificio. Un gran remolino de nubes dominaba el cielo.

—Aumenta la velocidad del viento. Cae la presión. Han mandado un equipo de investigación de huracanes con lanchas rápidas y coches equipados con instrumentos

y ordenadores. También han preparado una avioneta que dejará caer una sonda meteorológica en el ojo de la tormenta. Pero siguen creyendo que *Aaron* no tocará tierra.

—No lo crees, ¿eh? —dijo Nathan. Después murmuró por un móvil dando la orden de que prepararan un helicóptero para él en el helipuerto de la Freedom Tower.

En el auditorio, Thandie, que permanecía de pie junto a la traslúcida Tierra tridimensional, empezó a hablar.

Thandie comenzó por lo más básico: un resumen de los datos sobre la subida del nivel de los océanos. A aquellas alturas ya se registraba con gran detalle el cambio en el nivel porque oceanógrafos alarmados habían levantado una densa red de medidores de mareas por todo el planeta, y satélites especializados comprobaban los océanos una y otra vez con láser y altímetros de radar.

Lily observó fascinada a medida que Thandie demostraba el crecimiento del nivel del mar por todo el planeta. Una media luna rosada y fantasmagórica se elevaba a un ritmo acelerado y escala vertical exagerada, mientras latía y crecía a medida que recibía agua de las diversas fuentes que alimentaban la subida del nivel del mar. La imagen gráfica venía apoyada por etiquetas, datos y ecuaciones detalladas, y el texto estaba siendo descargado simultáneamente en las pantallas de cada delegado.

Thandie habló de la naturaleza cambiante de los océanos. Al igual que los científicos habían registrado la subida de nivel, también estaban notando un descenso en la salinidad, un aumento en la temperatura y un cambio en la distribución del calor. Un océano más caliente afectaba al clima, así que este también estaba cambiando en todo el planeta, explicó. Mostró nuevos modelos climáticos creados por el Instituto Goddard de la NASA, el Centro Hadley en Inglaterra, el Laboratorio Geofísico de Fluidos Dinámicos de la NOAA y diversos grupos en Rusia, Japón, Alemania y otros sitios. Demostró cómo incidentes específicos habían podido tener lugar a causa de un calentamiento anómalo, tal y como había ocurrido con un monzón adelantado que había asolado Asia el año anterior.

—Sí. Es el calor de la superficie del océano lo que ha generado esa enorme tormenta de ahí fuera. El calor oceánico es la gasolina de los huracanes.

Thandie describió los efectos en la biosfera. En los océanos habían notado el florecimiento de unos seres vivos y la extinción de otros. Los arrecifes de coral, por ejemplo, estaban sufriendo mucho por los cambios de temperatura y la variación de profundidad en las aguas costeras.

Todo aquello eran datos bastante consensuados que no generaban controversia. Fue cuando Thandie pasó a tratar las causas fundamentales de la inundación y sus predicciones para el futuro, cuando los delegados del IPCC empezaron a murmurar.

El nivel de los océanos estaba subiendo. Existía la complicación de que cuando el mar se calentaba, el agua se expandía, algo que contribuía por sí mismo a la subida. Pero la verdad pura y dura era que para llenar los océanos como una bañera a punto

de desbordarse, necesitabas un grifo.

A Thandie no le llevó mucho tiempo desmontar la teoría comúnmente aceptada de que la fuente de esa agua extra era el deshielo de los glaciares y los polos. De hecho, los polos, tanto el norte como el sur, estaban siendo tan extensivamente monitorizados como cualquier otro aspecto del sistemas climático del planeta. Efectivamente se estaban derritiendo, porque además, la subida del nivel del mar a nivel global aceleraba el deshielo en la Antártida y en Groenlandia ya que el agua separaba las capas de hielo de la roca a la que estaban sujetas. Pero era imposible que la masa perdida en los polos y glaciares fuera la única fuente de alimentación de la expansión global de los océanos. Los números no cuadraban.

Así que Thandie habló de otras fuentes: de agua almacenada en el interior de la Tierra que ahora estaba saliendo a la superficie. Mostró las imágenes captadas desde la *Trieste* y otras pruebas que demostraban la existencia de vastos y turbulentos manantiales submarinos, lugares donde quedaba muy claro que el agua, caliente y densa por el mineral, estaba abriéndose paso a través de los estratos de roca.

Y por fin mostró la imagen más impactante. Era un mapa de los mares subterráneos que ella y otros habían creído detectar por medio de ondas sísmicas y exploraciones submarinas directas. Había grandes reservas debajo de casi todas las vastas cordilleras subacuáticas; en el Atlántico y debajo de África, abarcando el océano Antártico y rodeando la vasta planicie del Pacífico. La reserva del Atlántico era la que más detallada estaba porque había sido observada directamente desde la *Trieste*. Las demás imágenes eran reconstrucciones a partir de datos sísmicos más generales.

Con todo el descaro, Thandie había bautizado aquellos mares hundidos con nombres como Ziosudra, Utnapishtin y Deucalión; este último había sido destinado a la gran reserva del Atlántico. Thandie explicó que los nombres eran variantes del de Noé, porque la leyenda de una inundación universal había tenido su hueco en muchas culturas. Ziosudra era sumerio y Utnapishtin figuraba en la saga de Gilgamesh. Deucalión provenía de la mitología griega. Cuando Zeus castigó a los hombres de Hellas con intensas lluvias, instruyó a Deucalión para que construyera un baúl donde podría flotar durante nueve días hasta que al final embarrancó en el monte Parnaso...

Lily vio que, poco a poco, los delegados habían empezado a ponerse nerviosos; se agitaban en sus asientos y se miraban los unos a los otros.

—Gran error —murmuró Nathan—. Cuando se tiene a este tipo de público no se saca a colación el nombre de Noé.

Thandie pasó a explicar por qué justo en aquel momento las reservas de agua habían empezado a salir a la superficie. Pero en este tema pisaba suelo resbaladizo. Tan solo podía aludir a cambios dramáticos y abruptos en el estado climático de la Tierra y sucedidos en el pasado. La Tierra no sufría tranquilamente los cambios

climáticos. Al parecer solo existía un determinado número de estados estables entre los cuales el clima daba vuelcos drásticos y a toda velocidad. Durante los últimos dos millones de años, el clima había alternado entre edades de hielo, glaciaciones y períodos interglaciares más cálidos. Las transiciones podían ser rápidas y ser cuestión de décadas o incluso años. Quizá ahora mismo estaban sufriendo una de esas transiciones naturales radicales.

O quizá fuera culpa de la humanidad, dijo al fin cautelosa. Mostró una serie de conocidas estadísticas que ilustraban cómo, desde la revolución industrial del siglo XVIII, los humanos se habían convertido en una especie que daba forma al planeta anulando incluso los procesos naturales; que habían provocado cambios significativos en los ciclos de oxígeno, sulfuro y nitrógeno, y que cada año movían tanta roca y tierra como el viento y la lluvia juntos. Quizá el nivel de intervención humana en los ciclos de la Tierra había alcanzado lo que los diseñadores de modelos llamaban IAP, por Interferencia Antropogénica Peligrosa. Los humanos estaban interviniendo en los complejos e interconectados procesos no lineales de la Tierra con tanta intensidad que todo el sistema estaba cambiando para adoptar un nuevo estado estable...

Lily tuvo la impresión de que Thandie ya había perdido a su audiencia. Los delegados del IPCC miraban a otro lado, charlaban entre ellos y uno, incluso, se dedicaba a hablar por el móvil.

Thandie por fin llegó a sus conclusiones, que comunicó en una serie de puntos concretos y certeros. Recomendó recaudar fondos para llevar a cabo un estudio más amplio de la subida del nivel del mar y sus causas. De hecho, quería utilizar bombas Deep Digger del ejército de los Estados Unidos, que eran capaces de excavar tierra y roca para introducirse al nivel de búnkeres escondidos y hacerlos explotar. Por lo tanto podrían abrirse paso con gran rapidez a través de roca sólida para confirmar qué es lo que había debajo de los lechos marinos. Quería que los enormes telescopios espaciales destinados a buscar planetas se concentraran en explorar otros mundos acuáticos: ¿Esos planetas tenían también un ciclo seco-húmedo? Quería realizar más modelos del impacto que tenía la distribución del calor en los océanos cambiantes sobre el sistema climático global. Quería modelos sobre los cambios en las cargas isostáticas. Es decir, ¿habría más sucesos como el de Estambul?

Y, sobre todo, quería que los delegados prepararan a sus gobiernos para enfrentarse no a un cese en la crecida del nivel del mar, sino a una aceleración. No se podía decir el límite del volumen de agua que liberarían los mares subterráneos. La tendencia era imposible de precisar, pero estaba claro que tenían a la vista una crecida exponencial a largo plazo; y con lo de exponencial quería decir que la subida se duplicaría, y después se duplicaría de nuevo y de nuevo, más allá de cualquier límite que Thandie pudiera imaginar.

Eso fue todo. No hubo aplausos al final. Sí un par de preguntas, cuestiones neutrales sobre detalles científicos. Después, la reunión se disolvió: la gente simplemente se levantó y se marchó. Thandie, sola, recogió los materiales de su presentación. Lily vio a Piers entrar por la parte posterior del auditorio y acorralar a algunos delegados cerca de las máquinas de café en un intento de hablar con ellos.

Nathan Lammockson se reclinó en su silla e infló las mejillas.

—Bueno. La ha cagado.

Gary miraba preocupado la información que aparecía en la pantalla de su portátil.

—No están tan seguros del rumbo de la tormenta como antes. La Oficina de Tratamiento de Emergencias de la ciudad se ha puesto en marcha. Dicen a la gente que no intenten evacuar la isla. Las autopistas y autovías están atascadas allí donde no están inundadas o bloqueadas de otras maneras. Les dicen que vayan a casa y se preparen un refugio seguro.

—Buen consejo si vives en una tienda de campaña en Central Park.

—Creo que voy a salir a echar un vistazo. —Gary se levantó y salió apresuradamente.

Lammockson no le prestó atención.

—Ni en un millón de años debería haber mencionado a Noé. Qué cagada.

—Venga —dijo Lily mientras se levantaba—. Puedes invitarme a un café estilo LaRei y hablaremos con Piers.

—Tienes razón, Nathan —dijo Piers apesadumbrado—. Las alusiones religiosas les han puesto en guardia. Es lo que he podido sacar en claro después de hablar con ellos.

Estaban de pie formando un círculo, Piers, Nathan, Thandie y Lily, en una sala de la zona posterior del auditorio; cada uno con su taza de café. El de Lily tenía sabor amargo y estaba demasiado fuerte. Estaba claro que aquel no era un café estilo LaRei.

—Todo lo que hice fue asignar unos nombres. ¿Qué hay de malo en eso? —Thandie hablaba a toda velocidad y sus gestos eran torpes. Bebió un trago de su café ardiendo. Todavía sentía el subidón de adrenalina después de su presentación.

—Ignoras la cuestión —replicó Nathan exasperado—. Mierda, Thandie. Yo conozco a gente que cree que el Libro del Apocalipsis predice la guerra nuclear. Te has pasado de lista. Deberías haberte limitado a los números. Has pulsado los botones equivocados y les has dado a los delegados una excusa para no prestarte atención, que no tiene nada que ver con tu preciosa ciencia.

Piers asintió.

—Sea como sea, ya está hecho. Por lo menos hemos aireado el tema. ¿Ahora qué? Nathan indicó los siguientes puntos con los dedos.

—Uno. Seguimos hablando de este tema. Nos trabajamos a los delegados del IPCC, presionamos a los que deciden y hablamos directamente con los Gobiernos. Y seguimos reuniendo datos. Pero, dos: no vamos a esperar a que les funcionen los engranajes del cerebro. Debemos preparar opciones.

—¿Opciones para qué? —preguntó Lily.

—Para hacer frente al peor caso —respondió Nathan—. Sea el que sea.

Gary llegó corriendo, casi sin aliento.

—Mirad esto. —Su portátil mostraba una imagen de radar: un vasto y denso torbellino de luz coloreada arrastrándose hacia el mapa de la ciudad de Nueva York—. *Aaron* no obedece los modelos. Los expertos creen que se ha formado un nuevo centro que ha invalidado las antiguas predicciones. Y es un núcleo muy compacto, lo que significa que los vientos fuertes que pueden cortar en seco el desarrollo de un huracán no van a ayudarnos en este caso.

Thandie silbó. Con un dedo trazó un doble círculo rojo y anaranjado justo en el centro del torbellino de la tormenta.

—¿Eso es el ojo? Debe de tener cincuenta kilómetros de diámetro. Es una hermosura.

—Una hermosura que viene para acá —replicó Lily práctica.

—Al helicóptero —dijo Nathan—. ¡Ya!

Todos corrieron al ascensor para subir a la azotea.

El tiempo había cambiado drásticamente. Salieron al exterior en medio de un viento azotador y una cortina de lluvia horizontal que sabía salada y venía acompañada de espuma blanca. Lily terminó empapada en cuestión de segundos: la ropa, la cara, el pelo... Y el rugido del viento le impedía oír nada.

El cielo era una escultura de nubes color crema en forma de torbellino; un sistema giratorio gigantesco que parecía un efecto especial. Lily vio relámpagos centellear entre las diferentes capas de nubes, iluminándolas desde dentro y dándoles color rosa y púrpura. Era difícil creer que todo aquello no era más que aire, vapor de agua y calor.

El helicóptero aguardaba en la pista, aferrado a la plataforma con ganchos y con los rotores en marcha. Tuvieron que aproximarse al pájaro pegándose a la protección de una pared y avanzar palmo a palmo sujetos a una barandilla de metal. De lo contrario, cabía la posibilidad de que el viento los arrojara de la azotea. La piloto era la misma mujer fornida que aquel mismo día había llevado a Lily y a los demás a Central Park. Los ayudó a subir a bordo tirando de ellos con una fuerza casi desmedida.

—¡Treinta segundos más y me habría largado sin ustedes! —le gritó a Lammockson a la cara.

—¡Tú sácanos de aquí!

Las puertas se cerraron con un golpe y los motores del helicóptero rugieron. Todos tantearon apresuradamente en busca de un asiento y los cinturones de seguridad. La piloto soltó los ganchos y el pájaro se elevó. Lily miró hacia abajo y vio las finas y elegantes formas de la Freedom Tower alzándose entre las turbulentas aguas que cubrían el Memorial.

Después, el helicóptero viró al oeste en dirección al Hudson y se apresuró a ir isla adentro. El viento y la lluvia sacudían la nave sin piedad. Incluso Lily, acostumbrada a viajes moviditos en helicóptero, se sintió frágil como una hoja en una galerna.

Gary abrió la pantalla de su portátil.

—Maldita sea. Ahora dice que *Aaron* es de categoría cuatro. Bordeando la cinco.

—¿Qué tipo de daños causará? —preguntó Piers.

Gary tecleó en su portátil.

—Nueva York no ha sufrido ningún huracán desde... 1938. Preparaciones, creo. Además, la ciudad ya está tocada por las inundaciones. El hecho de que en estas latitudes el agua esté fría debería debilitar la tormenta. Ya sabéis que los huracanes se alimentan del calor de la superficie de los océanos. Pero, por otro lado, debemos tener en cuenta la peculiar topografía de Manhattan. Todos esos cañones de hormigón amplificarán la fuerza del viento.



—Mierda —dijo Lammockson—. Bueno, este es el fin de Nueva York. Gracias a Dios que saqué todos mis bienes de aquí hace tiempo.

—Los ricos creen que tienen opciones —comentó Piers apesadumbrado—. Mientras los pobres deben aceptar su destino.

—No me he dado cuenta de que no querías que te sacara de allí —replicó Lammockson con un gruñido.

—El ojo de la tormenta está a punto de golpear la ciudad —anunció Gary.

Todos giraron la cabeza para mirar atrás.

El huracán era un bol de viento giratorio como un vasto artefacto que hubiera quedado suspendido sobre el corazón de la ciudad. Lily vio que un torbellino ya estaba asolando las calles del distrito financiero con sus grises paredes de espuma y la mera fuerza muscular del agua que avanzaba por entre los altos edificios. Los escombros flotaban en las olas y debían ser muy grandes para ser visibles a aquella altura. Coches, árboles arrancados de raíz quizá. Y, algo increíble, también vio la proa de un barco avanzar por una de las avenidas.

Después, la tormenta misma cayó sobre la ciudad. Los edificios más pequeños y débiles simplemente explotaron, abiertos de par en par por la mera fuerza del viento. Los rascacielos en forma de torre sobrevivieron, agrupados todos y protegidos del azote de la lluvia de modo que a Lily se le vino a la mente la imagen de un grupo de pingüinos emperador. Pero alrededor de ellos flotaba una especie de resplandor, como gotas de niebla que rodearan las paredes de los edificios. Gary dijo que era cristal, cristal procedente de millones de ventanas arrancadas de sus marcos y hecho pedazos. Una tormenta de cristal que desgarraría toda la carne que se encontrara en su camino.

El helicóptero hundió el morro y voló hacia el refugio de las tierras altas.

Diciembre de 2018

De las anotaciones de Kristie Caistor:

En los días finales, María pasó tanto tiempo como pudo en su piso del centro de Manchester, al lado de Deansgate, a solas en compañía de su hija virtual. Cada vez que María se conectaba, Linda abandonaba sus juguetes y los avatares sin alma que compartían el dominio con ella, mascotas y compañeros y niñeras, para ir corriendo hacia la imagen de su madre dando grititos de alegría.

La pequeña Linda era un bebé de HeadSpace y tenía ya cuatro años. Vivían en un apartamento excavado en una pared de acantilado con vistas a un mar luminoso. La misma María había diseñado aquel lugar. La ubicación dentro del mundo virtual llamado HeadSpace no era específica ni concreta, pero María la había modelado ligeramente para que se pareciera a la costa de Sorrento, donde había pasado felices días de vacaciones con su familia cuando era una niña. Por supuesto, aquellos días el mar era algo digno de odiarse y María había instalado una celosía que tapaba las grandes ventanas panorámicas y ocultaba las vistas. Sin embargo, la imagen de aquella niña jugando en el patio iluminado por la luz del sol seguía siendo la misma que María miraba satisfecha en su ordenador en su apartamento oscuro y húmedo.

Linda era el bebé de María, totalmente virtual, nacida de un parto sin dolor y criada en un luminoso entorno de HeadSpace. Todo lo que sabía y conocía Linda se lo había enseñado María. María llevaba puestos unos guantes y unos auriculares, y podía oír la risa de la niña y sentirla cada vez que su avatar la abrazaba, como una presencia fantasmal en la punta de sus dedos enguantados. Seguía sin poder estar con su niña al cien por cien. La pantalla del ordenador era una barrera entre HeadSpace y el mundo real o Mundogris como lo llamaba ella: aquel mundo húmedo abocado al desastre en el que estaba atrapada ella, una mujer sosa de treinta y siete años y sin hijos.

Pero aquella barrera desaparecería algún día. Los transhumanistas se lo habían prometido. Tecnologías tales como la inteligencia artificial, la ingeniería genética y la nanotecnología acelerarían la evolución humana y prepararían a María para la unión definitiva de carne y tecnología. Y después llegaría la singularidad, el momento en el que la tecnología creada por el hombre se volvería más inteligente que el hombre mismo. A partir de entonces todo evolucionaría hacia una trascendencia iluminadora más allá del control de cualquier humano; sería la llegada de un nuevo mundo de

existencia mejorada. Llevaba años leyendo sobre esos temas, casi la mitad de su vida. Cuando llegara la singularidad, María podría vivir para siempre si quisiera. Y podría pasar de un mundo a otro sin ningún obstáculo, del Mundogris de Manchester al brillante dominio de HeadSpace. Podría estar con su hija, en la luz, tan real como la propia Linda.

Pero la singularidad tardaba en llegar.

Ya apenas recibía noticias de sus contactos entre los transhumanistas. A medida que aumentaban las inundaciones, hubo cortes de electricidad o, peor, fallos en los servicios de proveedores de Internet que la conectaban con Linda en HeadSpace. Y la propia María vio que las necesidades de la vida diaria cada vez le impedían más pasar tiempo con su hija. Siempre hambrienta, sedienta o pasando frío, María descubrió que dedicaba el día a hacer cola para obtener alimento o medicinas, incluso agua fresca.

El hecho era que su acceso a HeadSpace era el resultado de una sociedad compleja e interconectada, la punta del iceberg de una pirámide cuyas raíces se anclaban en tecnología muy antigua: la agricultura, la minería, la manufactura, el transporte y la producción de energía. Y ahora que esa pirámide esencial se caía hecha añicos, María fue consciente de su existencia. La singularidad parecía estar cada vez más y más lejos y, de hecho, pasó a convertirse en algo absurdo. No podías tener la punta del iceberg sin toda la pirámide que debía sostenerla desde abajo.

Era un domingo por la mañana cuando la página web de HeadSpace se colgó para siempre. María siguió intentando acceder a lo largo del día, una y otra vez, hasta que se hizo de noche. Durante veinticuatro horas María fue incapaz de aceptar que se había terminado para siempre, hasta que su propia conexión a Internet falló.

Después se fue la luz. Se sentó en la oscuridad en medio de su apartamento que iba enfriándose poco a poco, con la palma de la mano apoyada en la pantalla muerta de su ordenador, deseando abandonar Mundogris para reunirse con Linda en aquel sitio iluminado por un sol pixelado.

Finalmente, empezó a llorar.

Mayo de 2019

—Tenéis que marcharos de Postbridge, Amanda. Los niños y tú. Ahora.

Amanda se quedó mirando fijamente a su hermana. Lily estaba de pie ante la puerta de la caravana, con una mochila a sus pies y embutida en un gastado mono azul cubierto de logos de AxysCorp. Estaba muy morena y llevaba el cabello grisáceo cortísimo. Se la veía delgada, decidida y en forma.

Wayne estaba sentado a la única mesa de la caravana mientras le daba forma a un trozo de cuero para hacer un arnés. Tenía treinta y un años y era más joven que las dos hermanas. Amanda se dio cuenta de cómo Wayne recorría el cuerpo de Lily con la mirada deteniéndose en las curvas planas y escondidas por el mono. Se comportaba igual con todas las mujeres que se le ponían delante, incluso con aquellas cercanas a él. Desgraciadamente, eso también afectaba a Kristie, que apenas tenía catorce años. Era un hábito que Amanda había aprendido a ignorar.

Lily también lo ignoró. Tenía la mirada fija en Amanda.

—¿Hace cuánto que no te veía? Más de un año... ¿Dónde dices que has estado trabajando?

—Perú. En un gran proyecto de AxysCorp.

—¿Perú? ¿Sudamérica? Creía que Nathan iba a abrir un agujero en Islandia.

—Cambio de planes.

—Perú, ¡Jesucristo! Bueno, te ha sentado bien.

—Tenéis que marcharos —repitió Lily.

—¿Por qué?

—No puedo decírtelo —respondió Lily tensa—. Ven conmigo a Londres. Allí tenemos un transporte esperándonos para sacarnos del país. Tengo un coche. Me han parado en el control de carretera y he tenido que venir andando, pero nos esperará en Cheriton Bishop. —Eso estaba en la A30, la carretera principal que iba hacia el este por Dartmoor.

—Londres se ha hundido —gruñó Wayne. Tenía un fuerte acento de Londres y sonó a algo así como «hundío».

—Hay un barco en Marlow. Después, río abajo, un helicóptero —explicó Lily pacientemente.

—¿Por qué el helicóptero no viene hasta aquí? —preguntó Amanda.

—No es seguro.

Amanda sabía a qué se refería Lily. En Dartmoor todo el mundo era un poco estrecho de miras. Eran hostiles a los londinenses y a los refugiados de Birmingham

que seguían llegando desde las zonas inundadas de la llanura de Salisbury o los Costwolds. Los controles de carretera eran una cosa, pero había rumores de que alguien había derribado un helicóptero de la policía con un misil tierra-aire como si de un terrorista de Beirut se tratara.

—AxysCorp dice... —continuó Lily.

—AxysCorp dice esto, AxysCorp dice aquello —se burló Wayne—. Grandes empresas. Viajes a través del país. Tú eres como una reliquia del pasado, del siglo pasado. Eres irrelevante.

—Es mi hermana —dijo Amanda intentando no alzar la voz para no provocar a Wayne—. Y ha venido hasta aquí para hablar conmigo. Al menos debo escuchar lo que...

—Chorradas. —Wayne dejó caer el trozo de cuero sobre la mesa, se guardó el cuchillo en el cinturón y se levantó. Era un hombre grande y de espaldas anchas, todo músculo; y estaba moreno de tanto trabajar al aire libre. A pesar de que ya llevaba ocho o nueve meses en el páramo, todavía le quedaban restos de la «grasa de Londres», como solía llamarlo él. Amanda pensó que incluso a los ojos de Lily, Wayne era un hombre guapo. Su rasgo más hermoso eran los ojos azules. Pero eran ojos fríos que miraban fijamente a Lily y su rostro no expresaba nada.

—Eres de la familia —le dijo a Lily—. Puedes quedarte a dormir una noche y te daremos de comer. Más allá de eso, si quieres quedarte tendrás que trabajar. Todo el mundo tiene que trabajar. Así son las cosas ahora. No tenemos sitio para vagos.

—Los asuntos que tengo que tratar son con mi hermana —dijo Lily con total tranquilidad.

Wayne se acercó aún más y gritó.

—Estamos juntos, yo, Amanda y los niños. Así que también es asunto mío, ¿te enteras?

Lily no se movió ni dijo nada, su figura empequeñecida en comparación con la de él. Amanda pensó que su hermana había cambiado mucho. Ya se había dado cuenta de que tras el secuestro, Lily había adoptado la costumbre de permanecer quieta y callada. Aunque también era una veterana de las Fuerzas Aéreas. Amanda no tenía duda de que si Wayne seguía amenazándola, acabaría en el suelo con un brazo roto.

Amanda se interpuso entre los dos y tomó la mano de Lily.

—Mira, vamos a hablar de esto. No puede hacer ningún daño, ¿no?

Wayne rió sarcástico con los ojos todavía fijos en Lily. Pero dio un paso atrás y se sentó de nuevo. Sacó su navaja y volvió a la tarea de dar forma al trozo de cuero con gestos firmes.

—Venga —dijo Amanda a Lily—. Sentémonos y tomaremos una taza de té.

—¿Todavía tienes té?

—Bueno, no —respondió Amanda con pesar—. Hace meses utilicé lo último que

me quedaba. Pero con ortigas sale una infusión razonablemente buena...

—¿Podemos caminar? —preguntó Lily repentinamente.

Wayne alzó la mirada.

—Mira guapa, yo no soy aficionado a las sutilezas. Si tienes un problema conmigo, suéltalo y punto.

—No tengo nada que decirte a ti —replicó Lily.

No había desprecio en su voz, pero Amanda sabía que ese era el típico comentario que encendería a Wayne, a quien no le gustaba que le dejaran de lado. Así que cogió la chaqueta que colgaba de un gancho detrás de la puerta y metió los pies en las botas.

—Salgamos a caminar —dijo con firmeza—. Te enseñaré los alrededores...

Lily recogió su mochila y se la colgó de los hombros como si no tuviera intención alguna de regresar.

Caminaron por Postbridge sin decir nada. Amanda sentía que necesitaban tiempo para que desapareciera la tensión surgida a raíz de la escena de la caravana.

Postbridge era un pueblo pequeño y bonito situado justo en el centro de Dartmoor. En realidad no era más que un puñado de granjas desperdigadas, una posada y una capilla. Un puente de piedra cruzaba el río Dart del Este, una estructura medieval construida a base de grandes placas de piedra apoyadas sobre pilares de piedra. El sol estaba bajo. Era un luminoso día de primavera en una imagen de postal característicamente inglesa aunque salpicada de elementos de modernidad tales como los postes telefónicos, los de electricidad y las antenas de telefonía móvil.

Amanda pensó de pronto que en aquel lugar nunca sabrías que todo había cambiado. Estaban muy lejos de la costa. Nunca sabrías que una inmensa inundación había irrumpido en el mundo y que había hundido Gran Bretaña treinta metros o más hasta convertir el sur de Inglaterra en un archipiélago. ¿Qué diferencia había? Los niños jugando en la calle en vez de acudir a la escuela; o incluso trabajando en el campo, como sus propios hijos. La escuela del pueblo informaba que solo el cincuenta por ciento de los menores de la zona acudía a clase. La ausencia absoluta de tráfico, aunque se podía escuchar el rugido de los motores de los vehículos de granja trabajando en los campos. No había periódicos en la pequeña oficina de correos; el panel del *Daily Mail* estaba vacío, apagado y erosionado. Las banderas inglesas que ondeaban en cada tejado, en cada ventana, incluso en las antenas de los coches aparcados y abandonados: la cruz de San Jorge estaba por todas partes. Y el calor, por supuesto, el calor fuera de estación que había persistido durante todo el invierno y que había provocado que los granjeros salieran a trabajar sus tierras mucho antes de lo acostumbrado. De pronto, aquel sitio se había convertido en un lugar deseado, tal y como se podía deducir de todas las caravanas, casas móviles y tiendas

de campaña que se apiñaban en el centro del pueblo, incluyendo la caravana de Amanda. Porque Postbridge estaba a más de trescientos metros sobre el nivel del mar. Era el corazón de Dartmoor, el punto más elevado del sur de Inglaterra.

Amanda se miró a sí misma, con una gastada chaqueta acolchada, tejanos ajados y pesadas botas de caminar. Parecía la mujer de un granjero y, de hecho, lo era, aunque ella y Wayne no estuvieran casados. La Amanda de 2015 no se reconocería en lo que se había convertido.

Lily echó una ojeada al pueblo llena de curiosidad.

—En los Estados Unidos se ve la bandera por todas partes, las barras y las estrellas y todo eso; y lazos amarillos atados a los árboles en honor a los fallecidos. Es normal. Pero no recuerdo que aquí ondearan antes tantas banderas. Excepto en el mundial, claro.

El comentario hizo sonreír a Amanda.

—De hecho, todavía siguen jugando al fútbol. En el norte todavía tienen abiertos un montón de estadios. Es una especie de liga reducida en la que juegan los equipos que llegan a presentarse. Wayne la sigue por la radio. El Bradford City es el campeón de la liga, imagínate. Por lo menos ya han renunciado a organizar enormes partidos en el extranjero. Aunque fue una pena lo del mundial...

Las hermanas salieron del pueblo y caminaron por un sendero hacia el sur. No pudieron llegar muy lejos antes de encontrarse con el perímetro de alambre de espino que rodeaba el pueblo. El sendero estaba bloqueado por una barrera hecha con un poste telefónico derribado y vigilado, aquel día, por Bill Pulford, hijo de un granjero local. Saludó a Amanda y las dejó pasar.

Amanda intentó romper el hielo.

—No estamos lejos del *tor* de Bellever. —Los *tor* eran enormes colinas graníticas que se lazaban en el páramo y que habían sido la característica más famosa de Dartmoor en la época en la que aún había turismo—. Allí hay un bosque, de coníferas solo, pero hay muchos pájaros diferentes. Supongo que han venido aquí desde los valles inundados. También hay restos arqueológicos, círculos de chozas...

—¿Dónde están los niños?

—Trabajando —dijo Amanda a la vez que señalaba—. A un par de kilómetros en esa dirección. Los nuevos campos están preparados, pero necesitan limpieza. Los granjeros necesitan brazos para ese trabajo. Yo preferiría que estuvieran en el colegio, pero ¿qué puedo hacer? Benj tiene dieciséis años y Kristie catorce, y tomaron su propia decisión. De cualquier forma, el trabajo al aire libre les hace bien, y les pagan.

—¿Con qué?

—Moneda local. —Amanda metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de dinero que enseñó a Lily. En general eran antiguas libras esterlinas o billetes y monedas de euro marcados para reflejar la tasa de cambio local—. A veces llegan

cosas de fuera, pero...

—¿Puedes llamar a los niños? ¿Tienen móviles?

—Claro que tienen móviles. —Por acto reflejo sacó su móvil del bolsillo de la chaqueta. Tenía cuatro años, pero incluso en aquella época, ya habría sido viejo. De hecho, el móvil había llegado hasta allí a través de la inundación de Londres, con ella.

—Llámalos —le urgió Lily—. Ahora mismo. Diles que vengan a reunirse con nosotras. ¿Quizá en ese *tor* que has mencionado? ¿Sabrán llegar allí?

Amanda sopesó el móvil que sostenía en la mano y frunció el ceño.

—No sé si debería.

—Por favor, Amanda. No te lo pediría si no fuera importante.

—¿Y luego qué?

—Ya te lo he dicho. Nos vamos de aquí, los cuatro, a por mi coche en Cheriton Bishop.

—Debe de estar a veinte kilómetros. O más.

Lily miró hacia el sol.

—Todavía es temprano. Ayer caminé hasta aquí. Y esta mañana. Me quedé a dormir en un *pub*. En cuatro o cinco horas habremos llegado. El coche esperará hasta que se ponga el sol, incluso más si llamo.

—¿Y después simplemente nos vamos? ¿Esa es la idea? —La ira invadió a Amanda—. Sabes, Lily, que los tienes cuadrados. Sin avisar ni nada vas y te presentas de nuevo en mi vida. En mi vida, la que me he estado construyendo aquí, para mí y los niños. No ha sido fácil, sabes.

—No quiero estropearle las cosas. —Lily sonó tensa y cansada. Debajo del moreno sudamericano se notaba que estaba agotada.

—Estás haciendo lo imposible para interponerse entre Wayne y yo, ¿no es cierto?

—Tampoco es esa mi intención. Mira, por favor, Amanda... Tienes que confiar en mí.

—¿Por qué?

—Prometí que no diría nada.

—¿Prometer a quién? ¿A AxysCorp? ¿Al gran Nathan Lammockson? ¿Por qué no puedes decirlo?

—Porque provocaría el pánico.

Aquello hizo pensar a Amanda. ¿Pánico? Amanda había visto pánico, frenético en Greenwich, el día que cayó la barrera del Támesis; y de estilo más miserable y cansado cuando el río empezó a subir de nuevo y hubo que evacuar el oeste de Londres. Pero ella estaba en Dartmoor, muy lejos de cualquier inundación. ¿Por qué se podía desatar el pánico? Se sintió enfadada y sin ganas de cooperar; tentada de resistirse.



Lily lo leyó en su rostro.

—Por favor, Amanda, los niños.

Amanda tenía que confiar en ella, era su hermana. Y además, siempre podría regresar cuando todo hubiera terminado, fuera lo que fuera. Levantó el móvil.

—Les diré que nos encontraremos en la caravana, cogeremos nuestras cosas y...

—No —interrumpió Lily—. Olvídate de la caravana, olvídate de hacer las maletas. Simplemente diles que se reúnan con nosotras.

—A Wayne no le hará gracia que vayas a sacarnos de aquí a escondidas, si esa es la idea.

—Pues no se lo digas. —Lily cerró los ojos y un músculo de la mejilla sufrió un tic—. Mira, hagamos un trato. Una vez haya conseguido llevaros a salvo hasta el coche de AxysCorp podrás llamar a Wayne o a quien quieras. Mi prioridad no es Wayne. Ni siquiera lo son tus sentimientos. Mi prioridad sois tú y los niños. Vuestra seguridad.

—Me estás asustando —dijo Amanda, aunque seguía más enfadada que asustada.

—Bien —soltó Lily—. Haz las llamadas. Por favor, Amanda.

Así que Amanda pulsó el botón de llamada rápida y llamó.

A los niños les llevaría un rato llegar hasta donde se encontraban ellas. Lily y Amanda caminaron lentamente hasta el *tor*.

Un tractor zumbaba en un campo.

—Se están arando más campos —dijo Lily.

—Sí. Ahora se plantan cultivos en vez de criar ovejas y ganado. Todo gracias a este clima más cálido. Aunque, claro, hay problemas. Como la lengua azul o la enfermedad del caballo africana. Nuevos virus a los que nadie se había enfrentado antes por aquí. Los veterinarios del gobierno a veces siguen viniendo. —Era otra consecuencia del calentamiento producido por las inundaciones: desde las antiguas regiones cálidas del planeta se estaban extendiendo enfermedades humanas y animales, como la fiebre de chikungunya o la del valle del Rift.

—¿De dónde sacáis el combustible? —preguntó Lily.

—Hay un puerto de buques cisterna en Taunton. —Las tierras bajas de Somerset habían terminado bajo el agua, pero se habían improvisado a toda velocidad muelles e instalaciones portuarias en lo que había sido una ciudad tierra adentro—. Está racionado, por supuesto; destinado a vehículos de granja y estaciones eléctricas. Los coches solo se usan en caso de emergencia. También tenemos algunas motos. Wayne tiene una. Ya han tenido que reconstruir el puerto una vez porque el mar no deja de subir.

—Es la misma historia en todas partes.

—Nadie sabe durante cuánto tiempo más seguirán viniendo los buques cisterna.

—¿Quién controla el racionamiento?

Amanda la miró.

—La policía, claro. ¿Qué te creías?

—Solo digo que vivís en un lugar muy remoto. Con todo ese alambre de espino además; y los misiles tierra-aire —respondió Lily con franqueza—. ¿Es cierto que los habitantes de aquí han «nacionalizado» los supermercados Tesco en Taunton?

—Algo así —respondió Amanda—. Estaban sacando muchos beneficios en la zona y a los locales no les hacía gracia.

—Eso no habría ocurrido en los viejos tiempos, ¿verdad? Hoy en día muchas zonas de Inglaterra están desconectadas del centro.

—Bueno, el Gobierno está a cientos de kilómetros de distancia, en Leeds. No se preocupan por nosotros. Wayne dice que en Dartmoor podríamos ser autosuficientes si no nos empantanamos.

—¿«Empantanarnos»?

Amanda ignoró la pregunta.

—El clima es mejor de lo que solía ser. Es por el nivel del mar. Es como si nos hubiéramos hundido treinta metros, así que lo que eran tierras altas, ahora son tierras bajas. Wayne toma muestras de la cambiante flora local, de las polillas, las mariposas y los pájaros. Lleva una especie de registro en su portátil.

—Así que tu chico de póster es una especie de biólogo, ¿eh?

—Chico de póster, ya te vale. Es biólogo marino. Es de Londres, pero trabajaba en el Laboratorio Marino de Dove en Northumberland antes de las inundaciones.

—En tus correos electrónicos nunca me cuentas nada sobre él. ¿Qué hiciste? ¿Aferrarte al primer cachas que pudiste encontrar?

Amanda sintió volver la ira.

—Vuelve a hablarme así y te irás tu solita hasta Cheriton Bishop.

—Está bien. Lo siento. No lo decía en serio.

—Claro que lo decías en serio, joder. —Pero Amanda siguió caminando—. Mira, Lil, él no es perfecto, pero es un hombre decente. Tiene un doctorado. Está especializado en la vida de las costas, pero ya no hay costas. A veces viajamos, sabes, hasta Solent, simplemente para ver cómo progresan las inundaciones. Wayne dice que es una especie de extinción. La naturaleza necesitará millones de años para formar una costa de nuevo: cubetas rocosas, cuevas marinas y marismas con sus frailecillos y sus cisnes cantores. Incluso las dunas de arena están bajo el agua. Todo ha desaparecido y nunca más lo volveremos a ver. ¿No es triste?

—Vaya, así que Wayne tiene sentimientos —dijo Lily—. Adelante, entonces. Cuéntame cómo os conocisteis.

Se conocieron en el campo de refugiados de Aylesbury, mientras los dos hacían cola para el tanque de agua.

En cuanto comenzaron las inundaciones, Wayne había levantado el campamento y había viajado de Northumberland a Charlton, en el sur de Londres, para estar con su familia. De alguna manera consiguieron salir de la ciudad y se unieron a la riada de refugiados que llegaron a Aylesbury. Después de un encuentro casual, Wayne y Amanda pasaron más tiempo juntos en los «pubs» del campo de refugiados que no eran más que toldos que servían la cerveza que había sido abandonada en los barrios periféricos.

Pero la inundación continuó. El mar seguía subiendo desde los grandes estuarios de los ríos. El Támesis era ya un mar interior que llegaba hasta Buckinghamshire. El Severn había penetrado en el valle de Evesham hasta llegar a Chester. Era como si Gales estuviera separándose de Inglaterra al igual que las crecidas de los estuarios del Forth y del Clyde habían devorado parte de Edimburgo y Glasgow y estaban cortando Escocia, que acabaría a la deriva. También la península de Cornualles, dominada por las tierras altas de Exmoor y Dartmoor, parecía como si fuera a terminar separada de

tierra firme por lenguas de mar. En cuanto al resto de Inglaterra, podías trazar una línea desde Middlesborough hacia el sur hasta llegar a Cambridge; y al este de esa línea solo verías una península irregular formada por pedazos de tierras altas como los páramos de Yorkshire. En el sureste, el mar se había adentrado en los valles de Kent y Sussex, y las tierras altas de los extremos, tales como los Downs del Norte y del Sur y el Weald, sobresalían del agua como dedos de una mano de roca.

En los campos de refugiados de los Chilterns, los evacuados de Londres habían pasado una época terrible. Todo el mundo sabía que la creciente inundación estaba desplazando más y más gente tierra adentro desde los valles del Severn, el Trent y el Humer, y desde la costa. Algunos incluso habían tenido que ser evacuados de campos de refugiados que a su vez ya habían sido evacuados. Eran millones de personas en movimiento.

Al final, ante la presión de tener que acomodar a más refugiados del valle del Támesis, las autoridades habían abierto las puertas del campo de Aylesbury y habían empezado a trasladar a la gente aún más al oeste. Wayne había invitado a Amanda y a los niños a que se unieran a él para integrarse en una comunidad que Wayne sabía que se estaba estableciendo en Dartmoor. Para ser sincera, Amanda no había estado muy segura en cuanto a Wayne. Pero en aquel momento había creído que no tenía otra opción.

—Y Wayne, ¿dónde había oído hablar de este lugar?

Amanda respiró profundamente.

—Vale. Aquí viene la parte que a mamá no le hubiera hecho ninguna gracia. Cuando era un niño, Wayne solía andar por ahí con una pandilla de seguidores del Charlton. Un equipo de fútbol, ya sabes. No voy a pretender que me guste. Me refiero a que eran unos chavales haciendo cosas de chavales, pero eran tipos duros. Wayne dejó todo eso atrás, pero siguió en contacto con sus colegas de la pandilla. Y algunos de ellos, en su vida adulta, establecieron lazos con, bueno, grupos marginales.

Lily asintió.

—De ahí las banderas. La extrema derecha. Como el Partido Nacional Británico.

—No, el PNB, no... Aunque algo parecido, supongo. Mira, Wayne no es un matón ni un neonazi, pero dice que entre esta gente ha oído ideas que no estaban discutiéndose en ninguna otra parte.

—¿Como cuál?

—Pues ¿qué ocurriría en el mundo si se acabara el petróleo? Supongo que ahora es una cuestión puramente intelectual, tenemos otros problemas, pero en aquella época la gente temía la anarquía. Se hablaba de escondites. Wayne dice que un grupo llegó a buscar un sitio en lugares como Croacia, cerca de la costa, donde se podía obtener agua fresca de los ríos y vivir de la energía solar. Algunos de ellos llegaron a plantearse seriamente. Iban almacenando todo lo necesario para vivir.

—Supervivencialistas con esvásticas.

—Si quieres llamarlo así —replicó Amanda—. De cualquier manera, cuando llegó la inundación echaron mano de esos planes. Wayne entró en contacto con un grupo que decidió establecerse más cerca de casa.

—Dartmoor.

—Sí. Devon y Cornualles ya eran una península antes de la inundación. Creo que había planes para bloquear las carreteras principales y cortar toda la comunicación. Era ese tipo de cosas que se dicen en el *pub*. Pero ya tenían un lugar en mente. Así que cuando nos sacaron de Aylesbury por lo menos teníamos un lugar al que ir. Wayne consiguió hacerse con un Land Rover y una caravana y... bueno, aquí estamos.

—Mmm. Completa eso con alambre de espino y misiles tierra-aire.

—Es igual en todas partes y no me digas que no. La gente ha perdido tanto que tiene miedo de perder más. Pero creo que todo terminará calmándose. No creo que vayamos a sufrir una especie de moda supervivencialista a lo bestia, Lily.

—¿No?

—Has estado fuera. No está tan mal. —De hecho, lo creía de verdad. Y creía que había encontrado fuerza y resistencia al haber construido un hogar para ella y sus hijos en una situación que antes habría considerado totalmente inaceptable. Le molestaba que Lily hubiera llegado para demolerlo todo con una sola palabra—. Todo irá mejor —insistió desafiante—. Dicen que si en algún momento hace todavía más calor seremos como las islas griegas. ¿Recuerdas cuando mamá nos llevó a Cefalonia cuando éramos niñas? Sotos de olivos, marisco y aquel apartamento... el luminoso mar azul. —Era una fantasía a la que solía dar vueltas en su cabeza, especialmente en los oscuros días de invierno o cuando las tormentas azotaban su abarrotada caravana; una fantasía sobre un futuro archipiélago inglés bañado por el sol.

Lily permaneció en silencio. Parecía tremendamente triste.

—Eso no va a ocurrir, ¿verdad? —dijo Amanda.

—No. —Lily tomó las manos de Amanda—. Lo siento, hermana. De verdad tengo que sacarte de aquí.

De pronto se oyó el rugido de un motor. Una moto se dirigía hacia ellas por el sendero. Benj iba al volante y Kristie iba sujeta a su cintura. Ninguno llevaba casco.

Benj detuvo la moto con torpeza. Kristie se bajó, llorosa, y corrió hacia su madre. En su espalda colgaba su maltrecha mochila rosa.

Amanda les gritó.

—¡Esa es la moto de Wayne! ¿Qué creéis que estáis haciendo? ¡Se pondrá furioso!

—Ya lo está —respondió Benj—. Hola, tía Lily.

—Hola, Benj. Kris. —Lily parecía nostálgica.

Amanda vio a sus hijos a través de los ojos de Lily. Habían crecido mucho y se habían rellenado. Habían cambiado. Los adolescentes pálidos, obsesos de la moda y adictos a los ángeles de antes de las inundaciones habrían parecido pavos reales al lado de los rudos y rústicos campesinos que eran ahora.

Pero Kris estaba llorando.

—Mamá, es culpa mía. Sé que dijiste que no volviéramos, pero tenía la sensación de que íbamos a marcharnos para siempre...

—Yo tuve esa sensación —intervino Benj—, cuando dijiste que tía Lily estaba aquí.

—No quería irme sin mis cosas. —Kris tiró de las correas de su mochila.

Amanda miró a Lily exasperada.

—Es lo único que le queda de Londres. Accesorios, ya sabes, cosas brillantes, su collar de cuentas de ámbar... ¡Y su osito de peluche!

—No importa —dijo Lily rápidamente—. Puede llevárselo ya que lo ha traído. La pregunta es, ¿por qué habéis venido en la moto?

—Por él —respondió Benj—. Nos ha visto.

Y Amanda se dio cuenta de que oía el rugido de otro motor.

Wayne venía a toda velocidad por el sendero, montado en una enorme Honda. Amanda la reconoció como la moto de Bill Pulford. Wayne frenó, apagó el motor y dejó caer la moto al suelo. Se dirigió hacia ellas indignado con los puños cerrados.

Amanda forzó una carcajada en un intento por suavizar el ambiente.

—Ya sabes que Bill te va a patear el trasero si se entera de que has tratado así su moto...

Wayne la señaló con un dedo grueso.

—Tú, cállate. —Tenía el cabello alborotado por el viaje. Su mono duradero de AxysCorp estaba gris por el polvo del camino y sus ojos azules brillaban—. ¿Qué coño te crees que estás haciendo? ¿Es que te vas o qué? Lo supe en cuanto vi a esos dos pequeños imbéciles que echaban a correr.

Benj se enfrentó a él.

—Quizá sea un imbécil, pero no me llames «pequeño».

Wayne alzó un puño.

Para su propia sorpresa, Amanda le cogió el brazo.

—Si le pegas, se acabó. No te atrevas.

Wayne la miró fijamente. Por fin se retiró y se soltó de las manos de Amanda.

—¿Es que no se ha acabado igualmente? ¿Es que no te vas corriendo con la teniente O'Neill aquí presente?

—He venido a por mi familia —intervino Lily sin alterar la voz—. No tengo nada en tu contra.

—Bueno, pero yo sí tengo algo en tu contra, señorita. Tengo derechos. Fui yo quien los salvó cuando nos echaron de Aylesbury. ¡Oh, joder!, lárgate, vale —le dijo a Amanda—. Estoy cansado de tus lloriqueos. Os podéis ir todos. Todos menos tú. — Y atrapó el brazo de Kristie. La niña gritó e intentó zafarse, pero Wayne era tremendamente fuerte.

Benj hizo un amago de embestir a Wayne, pero Lily lo detuvo.

Amanda se acercó a Wayne.

—¿Qué estás haciendo? ¡Suéltala!

—Ni hablar —gruñó él. Atrajo a Kristie hacia él, con su gran mano apoyada en la cintura de la niña mientras le retorció el brazo en la espalda—. Ya tengo lo que quería, los demás podéis ir de aquí cagando leches. Largo.

Amanda se dio cuenta por fin.

—Todo este tiempo... Ibas a por Kristie, ¿verdad?

—Claro que sí. Me he quedado contigo mientras esperaba a que ella estuviera lista. ¿En serio crees que me atraías, vieja bruja? ¿Cuántos niños podrías darme? Porque el futuro va a depender de eso. Niños, hijos fuertes e hijas fértiles. —Kristie forcejeó de nuevo, pero Wayne le retorció aún más el brazo hasta que se detuvo—. Por supuesto que todo esto ha sido por ella. Mientras te follaba, estaba pensando en ella. De lo contrario no se me ponía dura...

Hubo una leve detonación, como si alguien hubiera escupido una semilla. Wayne soltó a Kristie y cayó al suelo, aullando. Su bota derecha había explotado.

Benj corrió hacia su hermana y la agarró. Lily se acercó a Wayne, que yacía en el suelo, con una pistola en la mano.

Wayne se sujetaba su bota sanguinolenta.

—¡Estúpida zorra! ¡Me has volado el pie!

—Si haces un ruido más te volaré la rodilla. ¿De qué les servirás entonces a tus amiguitos suerpvivencialistas?

Wayne la miró fijamente, su cara una máscara de dolor y furia mientras el sudor perlaba su frente. Pero no dijo nada más.

Temblorosa, Amanda inspiró profundamente.

—Sigues interfiriendo en mi vida, Lil —dijo.

Lily se volvió hacia los niños.

—¿Estáis bien?

—Sí —respondió Kristie—. Tía Lily, no le vuelas la rodilla aunque suelte un sonido.

—¿Qué sonido?

Kristie corrió hasta Wayne calculando la carrera como si fuera a despejar un penalti, y le dio una patada en los huevos. Wayne aulló y se retorció de dolor.

—Este sonido —respondió Kristie. Y le gritó—: ¡Asqueroso!

—Kris, lo siento —dijo Amanda sinceramente.

—Olvídalo —replicó Kris con frialdad. Las lágrimas habían desaparecido—. Jamás habría conseguido acercarse a mí.

—Desde luego que no —añadió Benj con firmeza.

—Dios mío —dijo Amanda—. Estoy criando justicieros.

Lily comprobó la hora en su reloj.

—Mira, eso ahora no importa. Nada de esto importa. Tenemos que llegar a Cheriton Bishop para coger el coche. —Miró las motos—. Podríamos llegar en quince minutos montados en esas cosas, si tuviéramos dos conductores.

—Yo sé montar en moto —dijo Benj.

—Lo sé... —respondió Amanda.

—Yo también sé —añadió Kristie llena de energía.

—Eso no lo sabía —dijo Amanda con severidad.

—Dejad mi moto en paz, brujas —dijo Wayne desde el suelo.

—Cállate —ordenó Lily sin mucho énfasis—. Bien, entonces. Kris, ¿te importaría llevarme?

Wayne maldijo mientras encendían las motos y, al parecer incapaz de contener su rabia, consiguió ponerse de pie y avanzar tambaleándose. Lily tenía la pistola bien a la vista. Amanda se alegró mucho de perder de vista a Wayne.



Una vez en el todoterreno de AxysCorp y para alivio de Amanda, los niños guardaron silencio. Era la primera vez que cubrían una distancia en automóvil desde que Wayne les había llevado allí desde Aylesbury en su Land Rover. En el suave y delicado interior del vehículo, los niños parecían grandes y musculosos y también bastante mugrientos.

No se alejaron ni un centímetro de las tierras altas y siguieron principalmente carreteras secundarias. Les llevaría casi veinticuatro horas viajar en coche desde Postbridge hasta Marlow, donde los esperaba el barco de AxysCorp. Un viaje que antes de la inundación se podría haber hecho en unas pocas horas. Lily estaba angustiada por la lentitud con la que avanzaban. Resultaba evidente que fuera lo que fuera lo que temía, era algo inminente.

Se dirigieron al nordeste, descendieron de Dartmoor hacia las colinas Blackdown, desde donde atisbaron el puerto petrolífero de Taunton y el mar que se extendía tras él. Después atravesaron Dorset en dirección este. Tuvieron que cruzar varios límites de tierras, controles de carreteras y vallas de alambre de espino a medida que atravesaban Inglaterra yendo de un insignificante feudo recién fundado a otro. Pero llevaban con ellos un oficial de policía, adscrito a la expedición de Nathan Lammockson. Al parecer todavía existía la deferencia generalizada por la autoridad central, ya que la presencia del policía les abrió todas las puertas. Aunque también llevaban un buen cargamento de moneda variada para peajes y sobornos: libras esterlinas, euros, dólares e incluso monedas de oro.

Cuando atravesaron la llanura de Salisbury en dirección noroeste, vieron al pasar la propia Salisbury, donde la aguja de la catedral, truncada por la tormenta, aún se alzaba en un plácido lago como un hueso roto. Un poco más al norte, Stonehenge permanecía de pie despreocupado de los problemas del mundo, aunque un puñado de aspirantes a druida habían acampado de forma permanente a su alrededor y rezaban todos los días para que cesara la inundación.

Pasaron la noche en Newbury, durmiendo en los asientos del todoterreno aparcado en la carretera. Después, tras cruzar el crecido Támesis, continuaron en dirección noroeste por White Horse Hill, atravesaron el río Cherwell en Goring y se abrieron camino por los Chilterns hasta llegar a High Wycombe para descender finalmente hasta Marlow. Allí, amarrada en un campo inundado de un pueblo ribereño que en otra época había valido millones, los esperaba una lancha motora.

Amanda descubrió que incluso tan tierra adentro como en Marlow, se podía percibir el salitre en el aire.

Acompañados por el zumbido del motor, navegaron por Maidenhead y Windsor. Benj y Kristie se aferraron a las bordas y se dedicaron a observar el paisaje y a beber café acompañado de galletas dulces. El piloto consultaba el GPS para mantenerse justo en el centro del antiguo cauce del río con el fin de evitar chocar con edificios, árboles o cualquier otro obstáculo sumergido.

No pudieron evitar quedarse mirando el castillo de Windsor, que se alzaba orgulloso con su melancólica torre del homenaje; aunque el cobre había perdido color como si el edificio hubiera sido ocupado por un batallón militar disidente. Por todas partes, allí donde las orillas eran más bajas, el río crecido se extendía hasta el horizonte en ambos lados. Amanda pensó que bien podría tratarse de un mar, ya que ningún mar estaba tan asqueroso como aquel, su superficie cubierta de manchas de gasolina y bolsas de plástico, ramas de árboles y contenedores flotando perpendiculares en una especie de mar de los Sargazos de porquería. La basura formaba islas que atraían a las chillonas gaviotas. Siguieron adelante mientras el piloto iba nombrando los barrios que pasaban por encima: Shepperton, Hampton, Kingston, Richmond... Lugares antiguos que ahora yacían perdidos a diez metros de profundidad bajo la proa de la lancha.

Los niños se aburrieron del monótono paisaje y empezaron a jugar a cartas con el policía. Amanda se alegró, porque así estaban entretenidos cuando pasaron por Fulham, su antiguo barrio.

Navegaron río abajo sorteando los contrafuertes de los puentes caídos. A medida que se acercaban al centro de Londres, el tráfico fluvial empezó a incrementarse con barcas de remos, yates y algunas lanchas motoras. Los niños se asomaron como si hubiera monumentos para ver; monolitos de cristal que asomaban del agua sucia. Balsas fabricadas con neumáticos se asomaban cuidadosamente por entre las fachadas de los edificios que asemejaban acantilados; y Amanda vio buceadores que se sumergían en las aguas oscuras llevando con ellos lonas impermeabilizadas y cables de electricidad.

—¿Qué es eso? —preguntó a Amanda—. ¿Recuperan objetos?

—Algo así. Más bien almacenan. Es increíble la de cosas que había en Londres el día que el mar superó la barrera, Amanda, como cualquier otro día, y todo sigue ahí abajo: herramientas, maquinaria, incluso agua embotellada y comida en lata. Son demasiadas cosas para sacarlas todas de golpe. Lo que no pueden sacar rápidamente tratan de asegurar y protegerlo contra las aguas crecientes. Un almacén para el futuro.

Pasaron delante de Westminster. La mayor parte de la noria seguía sobre el agua, como una gigantesca rueda de bicicleta. Se podían ver las cuerdas que colgaban de las ventanas rotas de las cabinas panorámicas, como reliquias de las últimas

operaciones de salvamento. En la orilla opuesta, el reloj del Big Ben se alzaba valientemente a sesenta metros sobre el nivel del río, pero una de sus esferas estaba destrozada y solo quedaban fragmentos. El policía sabía lo que había ocurrido.

—Un pirado de la vida con un lanzagranadas...

Sonó el teléfono de Lily. Lo sacó de un bolsillo. Era un pesado modelo militar, un radioteléfono.

La radio del policía hizo un ruido.

Y la pantalla del piloto de AxysCorp se iluminó.

—¿Qué ocurre? —preguntó Benj.

Lily parecía triste pero extrañamente aliviada.

—Lo que había estado temiendo. Los sismólogos lo acaban de localizar.

—¿Qué ha localizado? —preguntó Amanda.

—Ha habido un enorme terremoto en el mar, al suroeste de Irlanda.

Sonaba ridículo. Amanda se dio cuenta de que se había echado a reír.

—¿Irlanda? En Irlanda no suele haber terremotos...

—Es de lo que va todo esto, Amanda —insistió Lily. Cargada de paciencia empezó a hablar de «hundimiento isostático», es decir, de cómo el peso de toda aquella nueva agua era capaz de hundir la tierra por las rocas más blandas de la corteza terrestre, tanto como un tercio de la profundidad del agua que se acumulaba encima. Pero a la corteza semirrígida no le hacía gracia tener que curvarse, de modo que las inundaciones estaban causando grandes presiones sísmicas por todo el mundo.

Amanda la cortó.

—Pasas demasiado tiempo con Gary Boyle. ¿Qué tiene que ver con nosotros un terremoto en Irlanda?

—Esto —intervino el piloto. Sacó su portátil y lo encendió ante ellos—. Esta es una imagen de Exmoor, mirando hacia el oeste.

Era una imagen del mar y de una línea negra en el horizonte; una línea que aumentaba de tamaño a medida que Amanda la observaba. Y en primer plano se podía ver que el mar se estaba retirando dejando al descubierto campos y pueblos inundados.

—Un *tsunami* —aventuró Kristie inmediatamente.

—Un *tsunami* que viene hacia Inglaterra —dijo Amanda sin poder creérselo.

—Ha ocurrido antes —explicó Lily—. Está en los registros geológicos: *tsunamis* que golpearon los puertos del canal, el estuario del Severn y Escocia a causa de terremotos en las inmediaciones de Irlanda, del canal y de la costa noruega.

—¿Cómo de alto?

—Todavía no lo sabemos —respondió Lily—. Aquí deberíamos estar a salvo.

Pero la costa oeste va a quedar hecha un desastre.

Amanda recordó imágenes del *tsunami* de 2004 en el océano Índico y en Estambul hacía apenas un año; y Macao y Hong Kong después. Cuerpos que colgaban de los árboles.

—Así que Dartmoor no es seguro después de todo.

—Amanda, ahora ya sabes por qué tenía que sacaros de allí. Esto destrozará lo que queda de Bretaña y no habrá recursos para recuperar lo que sobreviva.

Kristie miraba la pantalla fijamente.

—¿Y qué pasa con Molly y Linda, y con Barry y George...?

—Son niños de Postbridge —explicó Amanda a Lily.

—¿No podemos avisarles? —preguntó Kristie.

Lily le entregó el teléfono.

—Puedes llamar a quien quieras, cariño. Aunque a estas alturas ya habrán recibido avisos oficiales. —Kristie empezó a llamar inmediatamente.

Benj estaba enfadado.

—Sabías que iba a pasar esto, ¿verdad, Lily? Es igual que en Greenwich. Nosotros escapamos y dejamos que los demás mueran, incluso a pesar de que sabías que esto iba a suceder.

—Sí. Pero si lo hubiera gritado a los cuatro vientos ninguno de nosotros habría conseguido salir de allí. Benj, es bueno que tengas conciencia, pero ¿acaso no ves que era algo que tenía que hacer? —Lily miró a su sobrino a los ojos hasta que el chaval se calmó.

Mucho después, cuando ya estaban en el aire a bordo del helicóptero de AxysCorp, el teléfono de Lily volvió a sonar con una llamada urgente. Kristie todavía seguía haciendo llamadas a Postbridge y le devolvió el teléfono a su tía.

La llamada era de AxysCorp, de Nathan Lammockson en persona. Helen Gray estaba en casa de su familia en Chester. Había muerto con la llegada de la ola a tierra firme.

Amanda tomó la mano de Lily.

—Sé lo que esto significa para ti. El primero de vosotros que muere.

—Le prometí que cuidaría de su hija —dijo Lily desolada—. ¿Cómo demonios se supone que voy a hacer eso?

Junio de 2019

De las anotaciones de Kristie Caistor:

Una patrulla de la policía fluvial que buscaba supervivientes en los barrios periféricos de París se vio sorprendida por fuego de armas automáticas en un edificio de apartamentos.

Enseguida se organizó un asalto. Se cargaron a una pandilla de adolescentes y murió un agente de policía. La mayoría de los chavales estaban muertos de hambre y enfermos por beber agua contaminada de la inundación, además de que tenían un montón de alcohol y armas. Todos menos uno iban armados con Kalashnikov AK47.

Era un fenómeno global. Antes de la inundación ya había por el mundo más de cien millones de Kalashnikov o imitaciones muy certeras: el AK47 era muy fácil de fabricar y se podía confiar en que haría su trabajo. E incluso más armas habían sido producidas antes de que las fábricas acabaran bajo el agua. Muchas de esas armas habían sido almacenadas por «*faux Napoleons*», en palabras del portavoz de la policía francesa, alimentados por visiones de guerras futuras que tendrían lugar por la posesión de las tierras altas. Nadie sabía cuántos de esos almacenes de armas había por todo el planeta, ni dónde estaban; o cuántos AK47 existían.

Se decía que el AK47 era el arma más eficaz jamás inventada, algo que se medía en términos de muertes provocadas por ellas. Y ahora volvía a ponerse de moda como una especie de homenaje final y sangriento a la época de industria de muerte mecanizada que la había inventado; y con toda probabilidad sería el protagonista indiscutible en el futuro que estaba por venir.

Los adolescentes parisinos murieron, todos menos uno, abatidos por las misas armas que sostenían en sus manos.

Octubre de 2019

Gary Boyle estaba comprobando la cadena de instrumentos en la cubierta de popa del *Links*. Vio a Sanjay McDonald que corría para abordar el barco justo cuando este estaba a punto de zarpar. Gary lo llamó y lo saludó con la mano.

Sanjay se abrió paso hasta popa. Cargado con una enorme mochila, Sanjay sudaba por el calor y tenía tapado su barbudo rostro con una mascarilla de lino para protegerse del humo de los incendios de Estambul. Dejó caer la mochila con alivio y aceptó una botella de agua fría que le ofreció Gary. Se quitó la máscara para dar un largo trago y después se mojó la cabeza y la cara con lo que quedaba.

—¿Te importa?

—Este barco tiene su propia planta desalinizadora —dijo Gary—. Échate todo lo que quieras.

—Gracias.

Era hora de zarpar. El contramaestre ordenó las guindalezas de las amarras formando filas paralelas. Gary vio al capitán en el puente de pie al lado del práctico turco que dirigía el barco por las aguas del estrecho. El barco entero se sacudió cuando la doble hélice hendió las aguas del Cuerno de Oro. Algunos de los científicos salieron del laboratorio principal bajo cubierta para contemplar las vistas. La mayoría de ellos eran jóvenes, y la mayoría de ellos habían sufrido el mal tiempo y estaban un poco desherrapados; pero todos se arremolinaron en cubierta, observando el agua sucia y los muros del canal. Sin embargo, aquel no era un crucero de placer y el pequeño compartimento de encima del puente, que llamaban el laboratorio de arriba, un par de investigadores ya estaban poniendo en marcha los aparatos de la eco sonda.

Sanjay se apoyó en la borda y contempló el paisaje de la ciudad de Estambul a medida que el barco se deslizaba lentamente. A pesar de la inundación y de los terremotos, seguía siendo una vista asombrosa. Dieciocho meses después de los primeros terremotos, la cúpula de Santa Sofía, que se negaba testarudamente a romperse, se había convertido en un icono para aquel mundo traumatizado. Y los primeros rayos del sol de aquella mañana se reflejaban en los minaretes y en las cúpulas doradas de los cientos de mezquitas de aquella antigua ciudad. Sin embargo, el humo seguía alzándose como en columnas desde los barrios en llamas, y los helicópteros lo atravesaban en su ir y venir.

Gary se alegraba de ver a Sanjay, que era uno de aquellos climatólogos y oceanógrafos con los que Gary se había ido encontrando aquí y allá en los últimos años, a medida que viajaban por el planeta observando y registrando sus

extraordinarios cambios. Sin embargo, Gary habría creído que Sanjay había perdido su oportunidad de hoy.

—Lo has dejado para el último momento, ¿eh?

Sanjay se encogió de hombros.

—Ya sabes lo que es viajar hoy en día.

—Sí. Bueno, hay un montón de literas libres. Calculo que se han presentado tan solo la mitad de los que dijeron que iban a venir, a pesar de los esfuerzos de Woods Hole.

—Pero ¿Thandie Jones está a bordo?

Gary sonrió.

—Habría sido imposible mantenerla alejada.

—Woods Hole ha fletado este barco, ¿no?

—Sí. —Gary pateó la oxidada cubierta—. Sirvió como barco de rescate durante la Segunda Guerra Mundial. Tiembla como un borracho con síndrome de abstinencia. Pero supongo que si no se ha hundido en ochenta años, no creo que vaya a hacerlo ahora que yo estoy a bordo.

—Esperemos que no.

De uno en uno, los científicos abandonaron la cubierta para ponerse a trabajar. El ordenador de Gary emitió un pitido en cuanto la información empezó a llegar desde varios equipos de a bordo.

El estrecho del Bósforo era la única forma de navegar entre el mar Negro y el mar de Mármara que, a su vez, estaba unido al Mediterráneo por el estrecho de los Dardanelos; y por último, el Mediterráneo abrazaba al Atlántico por Gibraltar. Así que el Bósforo era la única forma que tenía el creciente mar de llegar al mar Negro.

Durante siglos, el mar Negro había sido un océano de agua dulce, alimentado por grandes ríos asiáticos y vaciándose en el mar de Mármara. Pero por debajo del agua dulce del Bósforo siempre había fluído una corriente de agua salada que avanzaba hacia el norte desde el Mármara hasta el mar Negro. Desde la antigüedad, los navegantes habían hecho uso de esa corriente: podías bajar una cesta llena de piedras hasta las aguas más profundas para después dejarte llevar en contra de la corriente de la superficie. El flujo de agua salada era un vestigio de una crecida posterior a la Edad de Hielo que a causa de una catástrofe había rellenado el mar Negro, en aquel entonces un mar condenado y medio seco, con agua del mar Mármara que no dejaba de crecer. Ahora, el nivel de los océanos volvía a subir y aquella corriente de agua salada del fondo del mar era mucho más fuerte de lo que había sido hasta entonces. Gary suponía que llegaría un punto en el que el agua salada superaría al agua dulce y el Bósforo se convertiría en un acueducto de agua salada que llenaría la cuenca del mar Negro.

Sin embargo, a partir del mar Negro, el agua de los océanos crecientes ya no tenía

a dónde ir; al menos no por ahora. La intención de anticiparse a esa situación era el motivo original de aquella expedición.

Otro pitido sonó en el portátil de Gary. Era su hora de ponerse a trabajar bajo cubierta. Empezó a desenroscar la cadena de instrumentos y la dejó caer en el agua: seguiría la estela del barco por estribor manteniéndose bien alejada de las hélices.

Sanjay inspeccionó la rueda de instrumentos. Era una cadena en cuya longitud había enganchado más de un centenar de termómetros.

—¿Para medir las variaciones de la temperatura a lo largo del *termoclima*?

—Precisamente. El Bósforo es uno de los canales navegables más estudiados del mundo y, sin embargo, han cambiado tanto las cosas que ahora apenas sabemos nada sobre sus condiciones. Cada vez que tomas medidas y temperaturas es toda una sorpresa... Así que... ¿de dónde vienes?

—De Australia.

—¿Y qué tal les va por allí?

Sanjay se encogió de hombros, su expresión oculta por la máscara.

—El mar se ha tragado las costas, por supuesto. Los habitantes de las grandes ciudades, especialmente la de la costa este desde Melbourne hasta Brisbane, huyen tierra adentro. Hay ciudades de tiendas de campaña en la Gran Cordillera Divisoria. Pero el acontecimiento más importante es que el mar ha llegado tierra adentro desde el sureste, por los golfos de Spencer y Saint Vincent. La cuenca del río Murray está ya bajo el agua y el mar ha irrumpido en el lago Eyre que, de hecho, estaba por debajo del nivel del mar, del nivel antiguo, claro.

—Así que Australia también se está llenando por su cuenta.

—Los refugiados de Bondi Beach intentan surfear las olas que llegan. Insensatos. —Sanjay rió—. En otros lugares todo ocurre como tiene que ocurrir: los sitios secos se secan más, los húmedos son aún más húmedos. En Australia ya han desistido de intentar sobrevivir por medio de la agricultura. Ahora dependen totalmente de alimentos importados; y ya que no pueden conseguir los suficientes, el racionamiento es feroz. Pero los nativos australianos se están largando.

—¿Los aborígenes? ¿Qué quieres decir con que se están largando?

—Siempre han recordado cómo vivir en el corazón ardiente del país. Están abandonando a los hombres blancos en sus ciudades que se hunden.

Gary hizo la pregunta que se hacía todo climatólogo.

—¿Y si el nivel del mar sigue subiendo?

Sanjay se encogió de hombros de nuevo.

—Entonces los aborígenes están jodidos. Pero también lo estaremos todos, al final.

El barco había llegado a la zona estrecha entre los empinados promontorios de Kandilli y Kanlica, que aún seguían por encima del nivel del mar.



—Bueno, ¿y qué hace que sigas en marcha, Sanjay? ¿Qué tal tu familia? ¿Los niños?

—Ellos y sus madres están con mi hermana, Narinder, y su familia. Viven en un pueblo de las tierras altas en Escocia, no muy lejos de Fort William. Allí están a salvo. Pero quizá tengan que mudarse. Después del *tsunami*, el gobierno central británico se fue al garete y ahora mismo no son capaces de organizar nada que no sean evacuaciones ni envíos de ayuda de emergencia. ¡En las tierras altas los viejos clanes están renaciendo! Nuestro padre nos dejó un árbol genealógico que se remonta a los tiempos del príncipe Carlos Eduardo Estuardo. Así que contamos con la lealtad de nuestro clan.

—¿No te sientes tentado de unirte a ellos?

—Quizá lo haga, más adelante, si las cosas se ponen muy mal. Por ahora la ciencia me mantiene ocupado. Debemos continuar. ¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Sanjay miró al cielo que estaba cubierto de humo. Se quitó la máscara y olfateó el aire.

Tras haber atravesado el estrecho, el *Links* bordeó la costa del mar Negro hasta la orilla oriental. Por fin echó amarras cerca de la frontera de Rusia y Georgia, en un centro turístico hundido llamado Sochi.

No había puerto. Botes de poco calado transportaban a los científicos hasta un muelle improvisado en una calle principal que atravesaba el lugar de norte a sur y que se llamaba Kurortny Prospekt. Allí no había nadie que los ayudara a desembarcar salvo la propia tripulación del barco, y fueron ellos mismos los que tuvieron que cargar con el equipaje y todo el equipo científico. Pero en tierra los esperaban camiones alquilados por Woods Hole. Gary se preguntó cuánto habría costado todo aquel carburante a los lejanos administradores de Woods Hole.

La mayor parte de la ciudad de Sochi, lo que quedaba por encima del nivel del mar, parecía abandonada: tiendas y bares cerrados o quemados y muy poca gente por las calles. Una joven rusa llamada Elena Artemova, representante del Instituto Oceanográfico Shishov, señaló tristemente hacia las montañas que rodeaban la costa.

—Todo aquel con sentido común se ha mudado a los pueblos de las tierras altas —explicó—. Y nosotros también debemos ir, para pasar la noche.

Los camiones recogieron a los científicos y sus equipos, y los llevaron a todos a una aldea de montaña llamada Krasnaya Polyana. El conductor, de rostro como de cuero y que no dejaba de mascar tabaco, les informó sombríamente de que aquel pueblo había sido uno de los favoritos del presidente Putin. El trayecto era espectacular, aunque también ponía los pelos de punta: una carretera que serpenteaba por cornisas excavadas en las empinadas gargantas de las montañas. A medida que subían, Gary vio claramente los pueblos costeros hundidos, con sus playas que yacían bajo el mar. También apreció como el mar había entrado por los ríos de los valles bordeados de coníferas.

Aquello era el Cáucaso, la gruesa península que se extendía al sur de la Federación Rusa, que limitaba con el mar Negro y el mar de Azov al oeste, y con el mar Caspio al este. Gary había estudiado la topografía local. Era una tierra variada: el norte estaba dominado por la estepa y al sur se alzaban montañas que, hasta hace poco, habían estado cubiertas de nieve. Lo que más interesaba a los climatólogos era aquella zona norte de la estepa, la que se extendía de Rostov hasta Grozny; una especie de pradera alfombrada de flores silvestres y valles por los que fluían ríos. Aquella era la parte más baja de la lengua de tierra que separaba el mar Negro del encerrado Caspio. Y cuando el mar Negro subiera, superara sus límites e inundara la estepa, era hacia allí hacia donde iba a fluir el agua.

En Krasnaya Polyana los llevaron a lo que al parecer había sido una gran dacha, una serie de edificios dispersos de una planta recogidos bajo un tejado de madera de abeto. Los camiones aparcaron para pasar la noche y los conductores desaparecieron en sus casas en el poblado para pasar la noche y los conductores desaparecieron en sus casas en el poblado principal. Los científicos exploraron la dacha llamándose unos a otros. El único edificio alto era un enorme bloque de piedra caliza cubierto de estuco y pintura desconchada. La gran entrada tenía el techo decorado, sus imágenes oscurecidas por la humedad, y una escalera de caracol de hierro llevaba a las habitaciones de los pisos superiores.

Había personal en la dacha, gente del lugar, ancianos en su mayoría, que no hablaban inglés. Elena Artemova y otros que hablaban ruso tuvieron que hacer de intérpretes. Al parecer, los locales estaba decepcionados de que los científicos fueran tan pocos y de que necesitaran tan poco espacio. Elena se sentía avergonzada al ver que una de las mujeres mayores la arrastraban a una negociación sin fin sobre las tarifas.

—Me pregunto para qué le sirve el dinero a esta gente —dijo Sanjay.

—Supongo que esta vieja ya ha pensado en eso —murmuró Thandie—. Mientras sus hijos se han largado a toda leche a las montañas para plantar maíz y pelear por las mujeres, ella se ha quedado aquí acumulando rublos para cuando las cosas vuelvan a la normalidad. Es un buen plan.

—Quizá no tenga otra elección —dijo Elena con severidad—. ¿No has pensado en eso? —Tenía veintiocho años y era bastante sombría, pero también era una mujer hermosa. Tenía el rostro largo con una piel pálida y luminosa, ojos grandes y una boca siempre triste. Llevaba el cabello largo recogido hacia atrás haciendo resaltar su huesuda frente—. Quizá sus hijos no la hayan querido llevar «a las montañas». Quizá no había trabajo para ella allí arriba. Esto es todo lo que tiene. Todos y cada uno de nosotros estamos sometidos a presión en este mundo cambiante, Thandie Jones. Y no todos tenemos adineradas instituciones occidentales respaldándonos.

Thandie rió.

—No me vengas con esas, Madre Rusia. Tú te estás llevando los dólares de Woods Hole igual que todos los demás.

—Esta mujer no se morirá de hambre gracias a nosotros y a los «dólares de Woods Hole» —dijo Sanjay—. Así que todos ganamos, ¿verdad? Dejémoslo así.

Ni Thandie ni Elena parecían satisfechas con eso, pero llevaban buscándose las cosquillas desde Estambul. De forma sorprendente, pensó Gary, en su eterna discusión no dejaban de sacar a relucir tópicos por ambas partes: la seria moralista rusa contra la «no me vengas con chorradas» americana.

Nadie eligió quedarse en la casa principal, aunque desde luego utilizarían sus

instalaciones tales como las duchas y la lavandería. En vez de eso, decidieron instalarse todos juntos en uno de los chalés de una planta, bajo la protección del bosque de abetos. Algunos de los americanos, todavía entumecidos por el viaje, empezaron un improvisado partido de *softball* a la sombra de los pinos.

Gary fue a buscar a Thandie y, obedeciendo a un impulso malicioso, a Elena, para ir a explorar la aldea juntos. Las mujeres se miraron la una a la otra cautelosamente, pero las dos se apuntaron.

Rodeado de picos cubiertos de bosques, Krasnaya Polyana era un lugar bonito, y al alzarse a seiscientos metros sobre el antiguo nivel del mar, no había sido rozado siquiera por las inundaciones. Era agradable caminar a buen paso y respirar aire limpio sin contaminación de humo o hedor a alcantarilla. Gary podía entender qué había visto Putin en aquel lugar; *era un hombre con gusto, desde luego*, pensó. De hecho, quizá fuera mejor visitar el lugar ahora que ya no existía el turismo como en el siglo XXI; a no ser, claro, que te pegara un tiro un supervivencialista de la rama rusa.

Encontraron unos senderos que los llevaron por el bosque hasta las ruinas de una cabaña de caza que debía ser anterior a la época de Putin y, de hecho, de la Rusia moderna. Quizá hubiera pertenecido a los zares. Y más allá se encontraron con un valle donde un delgado río caía en cascada a una poza.

Thandie miró a su alrededor. No se veía a nadie.

—¡A la mierda! —Corrió hacia el agua, gritando y quitándose la ropa mientras corría. Dio unos saltitos cuando se quitó los pantalones. Para cuando llegó al agua ya estaba desnuda con su cuerpo moreno ágil y musculado a la vista, y saltó a la poza.

—¡Cuidado con las rocas! —gritó Elena—. Y el agua está fría...

—Elena. —Gary le tocó el brazo—. Anímate. Venga. —Se quitó el mono que llevaba.

—Vale, pero nada de mirar.

Gary se desnudó por completo. Elena no se quitó la ropa interior que era de estilo cómodo y práctico: bragas gruesas y sujetador deportivo. Tenía más busto de lo que parecía con la blusa puesta.

Thandie ya estaba chapoteando debajo de la cascada. Su pelo corto reluciente por las gotas de agua. El agua estaba fría y Gary chilló y gimió a medida que se adentraba en la poza centímetro a centímetro. Thandie no dejó de salpicarle.

—No seas niñaata.

—¡Ah, cállate! Joder, Thandie, debes de tener la piel de goma.

Elena se metió en el agua sin proferir ni una queja. La poza cubría lo suficiente como para nadar y para mantener el cuerpo alejado de las rocas. Elena dio un par de brazadas solemnes con su mirada seria fija al frente.

Los tres se reunieron por fin en un círculo. Una vez te acostumbrabas a la temperatura del agua no se estaba tan mal, y el contraste con el calor del exterior era

una sensación agradable. Gary se esforzó todo lo que pudo para que sus ojos no se posaran en el cuerpo desnudo de Thandie, ni en el de Elena, cuya ropa interior empapada no servía para ocultar nada.

En cuanto a las mujeres, Gary sabía que no era precisamente un portento, pero había creído que al menos le echarían un vistazo. Sin embargo, al parecer estaban más concentradas en no mirarse la una a la otra que en él. Ajá, pensó, quizá por eso había tanta tensión entre ellas.

—Supongo que durante tu cautiverio soñarías con lugares así —dijo Elena a Gary.

—Puedes imaginártelo.

—Perdóname por sacar el tema. Nos conocemos desde hace tiempo, pero no nos conocemos bien. Nunca habíamos hablado del secuestro.

—No pasa nada. Creo que a la mayoría de la gente le avergüenza hablar del tema.

—¿Cuánto tiempo estuviste secuestrado?

—Tres años en total.

—Estoy impresionada.

—Salí de allí gracias a los demás. Los peores ratos no eran los momentos duros, en los que nos humillaban o nos daban palizas. También tenían la costumbre de que cuando nos trasladaban a uno de los sótanos en los que nos tenían encerrados, nos tiraban la comida y nos obligaban a escarbar y a arrastrarnos por ella. No. Lo peor era cuando estaba solo.

Elena asintió.

—Somos criatura sociales. Las relaciones con los demás son las que nos definen. Sin eso...

—No somos nada. —Gary salpicó agua a la cara de Elena—. Además, siempre supe que en el futuro habría momentos buenos como este. Eso me hizo seguir adelante.

—Pero ya no habrá momentos buenos para Helen Gray —intervino Thandie.

—No. Pobre Helen. ¿Me equivoco si pienso que Lily no ha hecho ningún avance en tratar de descubrir qué sucedió con la niña?

—No. Aunque se supone que la niña está en alguna parte de los Estados Unidos continental. Lily cree que se ha convertido en una pieza más en los juegos diplomáticos que se traen últimamente las diversas facciones en Arabia Saudí, sobre todo en relación a qué ocurrirá con su petróleo. Lily se aferra a eso. De hecho, vi a Lily cuando me enviaron a Sudamérica. Está trabajando para AxysCorp en Perú, en algo que llaman Proyecto Ciudad.

—¿Qué diablos es eso?

Thandie se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Tan solo otra idea estúpida de Nathan Lammockson.

Elena se volvió hacia ella.

—¿Has estado en Sudamérica hace poco? ¿Cómo están las cosas por allí?

—Quizá deberíamos esperar a la fogata...

A medida que se habían ido desarrollando las inundaciones y demás acontecimientos, la población internacional de climatólogos, oceanógrafos, geólogos, sismólogos, cazadores de huracanes y ecologistas que viajaban por todo el globo recogiendo datos y cocinando hipótesis habían creado una comunidad independiente. Para empezar, no eran muchos; además, tenían todos más o menos la misma edad y una carrera académica parecida, y no dejaban de encontrarse unos con otros por todas partes.

Con el tiempo, todo el proceso de recoger datos y de compartir noticias cara a cara se convirtió en una especie de costumbre global que iba adquiriendo más y más importancia. La población civil estaba demasiado preocupada haciendo frente a los problemas inmediatos o pensando en las próximas veinticuatro horas como mucho; y los gobiernos estaban ocupados intentando que la población tuviera lo esencial para vivir o, quizá, aferrándose a su propio poder. Era tan solo en aquellas interminables conversaciones de los científicos itinerantes donde se mantenía una conciencia planetaria de lo que estaba ocurriendo.

Y el ritual de las fogatas había nacido como parte central de ese proceso. En noches como aquella, cuando un grupo decidía que había quórum, te sentabas alrededor de una fogata de campamento, real o metafórica, para beber, fumar, estar callado, liarte con uno u otro o, lo más importante, hablar de todo lo que habías visto en tus viajes hasta vaciar tu corazón. Generalmente, se registraban esas sesiones por sistemas de reconocimiento de voz y se subían a lo que quedaba de Internet para que existiera una historia oral de la inundación.

—No —dijo Thandie—. Cuando hagamos lo de la fogata más tarde, podremos exagerar las historias. Mientras tanto, estoy a gusto aquí. —Abrió las piernas en el agua fría—. Queréis que os hable de Sudamérica, ¿sí o no?

—Dispara —respondió Gary.

—Para empezar os diré que los glaciares están desapareciendo de los Andes...

A medida que subía el nivel de los océanos, el calentamiento global se aceleraba. Una consecuencia inmediata era que las ciudades de la costa del Pacífico de Sudamérica que dependían de los residuos líquidos de los glaciares para tener agua para beber, se estaban secando a medida que los glaciares desaparecían. Lo mismo ocurría en lugares geográficamente parecidos a Norteamérica y a los pies del Himalaya: estaban sedientos.

Thandie continuó diciendo que mientras tanto, en la costa este de Sudamérica, el mar se había adentrado muchísimo en la tierra a través de la boca del Río de la Plata.

Las ciudades costeras como Montevideo y Buenos Aires hacía tiempo que habían desaparecido bajo las aguas. Ahora, el mar seguía avanzando kilómetros y kilómetros hacia el norte, inundando las tierras bajas de Argentina, Uruguay y Paraguay. Una incursión del mar aún más intensa había remontado el Amazonas hasta crear un mar interior.

—Incluso donde no está inundada, la selva se está muriendo —dijo Thandie—. Se pudre.

—De modo que se está convirtiendo en otra fuente de dióxido de carbono en vez de ser la reserva mundial de oxígeno como debería ser —dijo Elena. Su especialidad eran los ciclos ecológicos globales—. Más efecto invernadero.

—*Sip* —dijo Thandie—. Todo ayuda.

Y, por supuesto, pensó Gary, por delante de todas aquellas incursiones clínicamente reflejadas en mapas, una desesperada riada de refugiados habría tenido que abandonar ciudades y pueblos que acabaron hundidos y cubiertos de cadáveres. Ya no hacía falta mencionar esas cosas.

Thandie explicó que tras pasar un tiempo con Lily en Perú, las dos habían vuelto a los Estados Unidos donde habían intentado hacer algún avance en la búsqueda de Grace. Pero el Gobierno federal estaba en medio de mudanza general de una inundada Washington D.C. a Denver, Colorado, la capital de estado más alta del país. Y allí fue donde Thandie se hizo una idea de lo que estaba ocurriendo con Norteamérica.

Florida y Luisiana habían desaparecido. No quedaba nada salvo equipos de rescate que trabajaban en las ruinas sumergidas de las ciudades. Las grandes llanuras de la mitad oriental del continente se estaban inundando rápidamente y enormes oleadas de refugiados del este viajaban al oeste. Una gran comunidad estaba floreciendo en los Apalaches, el punto más elevado entre la costa este y las Rocosas y que todavía seguía por encima del nivel de las inundaciones. El único gran problema de América era una sequía sin precedentes que estaba afectando al corazón agrícola del país. Mientras, las dos costas eran azotadas por una plaga de huracanes, más numerosos y más fuertes cada año, tormentas gigantes que se alimentaban del calor de los océanos y que se abatían sobre las ruinas de las ciudades costeras abandonadas.

Pero también había un gran problema de refugiados en Canadá: la bahía de Hudson se hacía más y más grande y el mar se había infiltrado tierra adentro por la desembocadura del río Saint Lawrence hasta llegar a los Grandes Lagos. Ya se había llevado por delante Quebec, Montreal y Toronto. Elena dijo que aquel también era un acontecimiento de extinción. Los lagos eran las masas de agua dulce más grandes de la Tierra, y ahora su ecología estaba envenenada por el agua salada.

Cuando llegó el turno de Elena, esta comenzó a hablar enseguida.

—Yo he estado viajando por casi toda Europa...

La situación apremiante del norte de Europa era, de hecho, la historia del año. La inundación de Holanda había sido tan solo el principio de las inundaciones que ahora se extendían por toda la llanura del norte de Europa: norte de Alemania y Polonia. Un grupo ingente de refugiados huían hacia Escandinavia o hacia el sur, a los países latinos, gracias a un programa más o menos controlado por la Unión Europea. Aunque estaban renaciendo las antiguas rivalidades entre países. Pero el sur era un problema en sí mismo, porque una salvaje sequía asolaba toda la zona, desde España hasta los países más al este. Mientras tanto, los cambios isostáticos estaban activando terremotos y volcanes por toda la región mediterránea. En Oriente Medio se estaba cocinando una gran guerra entre Israel y sus vecinos árabes, y la causa más probable eran los audaces intentos de Siria y los demás países vecinos de echar mano de las avanzadas instalaciones desalinizadoras de Israel.

Hablaron en términos generales de otras zonas del mundo en las que no habían estado personalmente, pero de las que habían oído hablar. Gary repitió la descripción que Sanjay había hecho de Australia.

En el subcontinente indio, la miseria de las inundaciones y la guerra en India, Pakistán y Bangladesh, se había visto aumentada por años de monzones que no llegaban o que llegaban en el momento equivocado por culpa de los cambios en el sistema de corrientes marinas globales. En el sureste asiático también sufrían mucho. En Vietnam habían tenido que evacuar la ciudad de Ho Chi Minh antes de que acabara bajo las aguas y habían trasladado a todo el mundo a las tierras altas del norte. Camboya y Tailandia habían desaparecido en su mayor parte. Corea del Norte y del Sur habían abandonado su guerra fratricida y habían abierto la frontera común para regular mejor las oleadas de refugiados que huían de la crecida del mar Amarillo. En China, esa misma crecida había provocado el abandono de Pekín y numerosas oleadas de refugiados se adentraban en Mongolia Interior y más allá.

La mayor parte de África estaba asolada por la sequía mientras el valle del Rift se ahogaba bajo las olas. Las selvas del Congo también se estaban muriendo y Gary había oído que se estaban haciendo grandes esfuerzos para salvar las últimas colonias africanas de grandes simios.

—Y en Rusia —dijo Elena—, por todo el techo del planeta, se está quemando la taiga, el bosque del mundo.

—Genial —intervino Thandie—. Más dióxido de carbono.

—Muchos de nosotros estamos tan preocupados por las inundaciones como por el calentamiento global —concluyó Elena.

Thandie consiguió soltar una carcajada.

—Me encanta esa forma que tenéis los rusos de decir las cosas. Desde luego que muchos de nosotros estamos preocupados por las dos cosas. A medida que aumentan las fuentes de dióxido de carbono disminuyen las cuencas disponibles ya que la tierra



se seca junto con sus bosques y marismas. Incluso en el mar estamos fallando. La subida de la temperatura del agua reduce la productividad del fitoplancton, así que ya no absorbe tanto dióxido de carbono como antes. ¡Ah!, sin olvidar que a medida que el mar se extiende a expensas de la tierra y el hielo, el albedo del planeta se está reduciendo. —La Tierra inundada se estaba volviendo más oscura. Así que reflejaba menos luz, absorbía más calor del sol y se calentaba aún más.

—Y sigue y sigue —dijo Gary—. Todo un sistema interconectado y retroalimentado que ha pasado a posición «activado».

—Sí —respondió Thandie—. De hecho, creo que hemos llegado a un punto crucial en el que el cambio climático derivado de la subida del nivel del mar está empezando a mostrar sus consecuencias más importantes.

—¿Y qué viene ahora? ¿Crees que el nivel del mar seguirá subiendo?

—A largo plazo sí —murmuró Thandie—. Pero a corto plazo nosotros solo veremos tormentas, glaciares que se derriten...

La subida del nivel del mar y el calentamiento global derivado habían hecho que se desestabilizaran los glaciares e icebergs de Groenlandia y la Antártida. La placa de hielo de la Antártida occidental, que flotaban en el océano, estaba empezando a romperse a medida que el agua subía y se calentaba. Y esa placa flotante había estado haciendo de presa para bloquear a los demás glaciares, ríos de hielo que salían del continente helado. Ahora, esos glaciares daban directamente al mar, separando a los icebergs de sus bases. La placa de hielo de la Antártida oriental, firmemente anclada en su base de roca desde hacía veinte millones de años, no tardaría mucho en empezar a resquebrajarse también.

—En resumen —terminó Thandie—: inundaciones; terremotos; enormes oleadas de refugiados que acarrearán escasez de recursos, trasvase de enfermedades y conflictos; zonas en las que cambia el clima y en las que cambian también cosas como la variedad de mosquitos y los vectores de otras infecciones. El planeta nos está fallando y la civilización se enfrenta a una presión tremenda.

—Muy bien resumido —dijo Elena—. Los primeros quinientos años son los peores. Creo que me estoy enfriando. Deberíamos volver y deshacer las maletas para pasar la noche. Y después podremos compartir estas deprimentes noticias con los demás. —Salió de la poza con la ropa interior pegada al cuerpo.

Thandie observó a Elena y se dio cuenta de que Gary la miraba a ella. Thandie se levantó, se estiró y se acercó a Gary. Desde luego era hermosa, pensó él, a la manera de una cazadora-recolectora de cuerpo atlético.

—Ni se te ocurra compartir tus observaciones —murmuró Thandie y le sonrió, sin maldad. Thandie salió de la poza no sin antes regar a Gary de salpicaduras, cálidas tras entrar en contacto con su cuerpo.

Mientras se vestían, Elena les informó de que había negociado una cena con el

personal de la dacha.

—Habrá especialidades locales: sopa de remolacha y trucha servida con salsa de nueces. No os preocupéis por el pescado. Tan solo las partes más profundas del mar Negro están contaminadas por el sulfuro de hidrógeno industrial...

El grupo cruzó el Cáucaso en dirección norte y este, bordeando las laderas de las montañas del sur. Después descendieron hacia las orillas del mar Caspio a través de una estepa de arena arcillosa hasta que llegaron al bajo valle del Volga.

Pasaron la noche en Astrakán. Era una ciudad costera cercana a la frontera con Kazajistán, que se extendía por el delta del Volga a lo largo de once islas. El mar Caspio, aislado del océano global, todavía no había empezado a subir de nivel y las tierras que bordeaban sus orillas todavía no habían sufrido las inundaciones de otras partes del mundo. A Gary y a los demás les resultó extraño pasear por una ciudad donde la catedral, el *kremlin* y los puentes seguían inquietantemente intactos como si en el mundo no hubiera ocurrido nada. La ciudad estaba llena de gente y vieron más soldados que civiles. Las autoridades rusas sabían que la incursión oceánica estaba a punto de llegar y estaban tomando todas las precauciones que podían.

El grupo se dividió para situarse en puntos diferentes y observar el acontecimiento que estaba a punto de llegar. Algunos de ellos, incluyendo Sanjay y Elena, se quedaron en Astrakán. El resto se dividió en grupos de dos o de tres y se fueron colocando a lo largo de la cuenca río arriba desde Astrakán o alrededor de la orilla norte del Caspio donde había miles de kilómetros cuadrados de tierra por debajo del nivel del mar; una gran franja que se extendía sobre la misma orilla del mar hasta unos ciento cincuenta kilómetros tierra adentro.

Gary terminó emparejado con Thandie. Montaron un campamento en la orilla, cerca de la desierta playa de arena. Allí esperaron la gran crecida.

Los días pasaron. Hacía buen tiempo y pudieron nadar en el mar, pero estaba sucio de vertidos industriales y petróleo. De hecho, las torres de perforación estaban a la vista porque sobresalían del agua como sombrías fábricas flotantes. Los dos contaban con sus portátiles y conexiones vía satélite, y podían comunicarse con sus colegas, que estaban desperdigados por el área de la orilla y por toda la cuenca valle adentro. Celebraron una serie de «fogatas» virtuales donde los científicos se enviaron unos a otros imágenes recogidas por cámaras webs de sus propios fuegos de campamento.

Tras un par de días, más observadores se unieron a ellos en la orilla, todos con sus tiendas de campaña y casas móviles. Muy pocos hablaban inglés y ninguno parecía ser un científico.

—Turistas de catástrofes —dijo Thandie despectiva.

—Como nosotros —señaló Gary.

Por la noche hablaron de sus vidas, del secuestro de Gary, de las ambiciones de

Thandie, de sus recuerdos compartidos y de sus amigos comunes. Y tras un par de días, mientras intentaban dormir en la oscuridad de su tienda de campaña, Gary se atrevió a sacar el tema de Elena Artemova y la poza de Krasnaya Polyana.

—Me van las dos cosas, si es lo que quieres saber —explicó Thandie—. Pero, desde luego, no me vas tú. Lo siento.

—No pasa nada —respondió Thandie—. Porque yo siento lo mismo.

—Bien —dijo Gary—. Lo digo en serio. —Pensó en el bebé que Thandie había perdido y sintió cierta calidez—. Si puedes encontrar algo de felicidad con Elena...

—Cállate, Boyle.

—Recibido.

Así que se dejaron llevar por el sueño, los dos pensando en Elena que, por lo que Gary sabía, a su vez podía estar pensando en ellos dos, o en ninguno.

En la cuarta mañana se despertaron con un rugido distante. Cuando salieron de la tienda de campaña, los curiosos ya estaban todos apelotonados en la orilla observando con prismáticos.

Sanjay conectó con ellos vía cámara web y se le oía muy excitado; tenía que gritar para hacerse oír por encima del rugido de la cascada.

—¡Ya viene! Os hemos dejado dormir porque creímos que os gustaría descubrir el ruido vosotros mismos. En el mar Negro hubo una tormenta que ha hecho que... — Las aguas crecientes del mar Negro, que procedían del océano global vía el Mediterráneo y el mar de Mármara, por fin habían encontrado la forma de atravesar la barrera del Cáucaso por su parte más débil, abriéndose paso por el valle del Don, inundando Volgogrado y después bajando por el valle del Volga hasta Astrakán.

—¡Toda la ciudad está ya bajo las aguas! ¡Es extraordinario!

El trueno distante seguía sonando, como una guerra lejana.

Thandie comprobó los datos en los instrumentos. El nivel del mar Negro había subido unos cincuenta metros respecto al antiguo nivel del mar cuando por fin había atravesado el Cáucaso. Mientras que el Caspio estaba a veintisiete metros por debajo de aquel mismo nivel. Eso significaba veintisiete metros de catarata. No era extraño que hiciera tanto ruido.

—Tenemos trabajo que hacer.

—Sí. Pero vayamos a echar un vistazo primero. —Obedeciendo a un impulso, Thandie tomó la mano de Gary y los dos caminaron hasta la orilla del mar.

A lo largo de todo el litoral, el agua sucia avanzaba poco a poco, como si estuviera subiendo la marea, un poco más violento cuando rompía alguna ola. Caminaron delante del agua, contando sus pasos y el tiempo transcurrido.

—A este paso el agua avanzará medio kilómetro al día —concluyó Thandie. Sacó el portátil del bolsillo e hizo algunos cálculos—. En vertical será una crecida de diez

centímetros al día.

—Entonces le llevará bastante tiempo ponerse al nivel del resto del océano global —dijo Gary—. ¿Un año quizá?

—Más.

Los turistas estaban decepcionados. Al parecer habían esperado una gran ola en la que poder surfear. Bueno, si querían espectáculo deberían marcharse todos al valle del Volga, pensó Gary. Pero él tenía la imaginación de un científico y la capacidad de entender las cifras.

—El Caspio tiene mil kilómetros de largo. Es un mar que podría tragarse todo Japón. Y se está llenando como una bañera. Pensad en el volumen de agua que tiene que estar llegando por el Volga. —Y que tenía que estar devorando tierra poco a poco, pensó Gary.

Se quedaron allí de pie y dejaron que la crecida les bañara los pies.

—Nadie ha sido testigo de algo así desde la Edad de Hielo. ¿Crees que somos unos privilegiados o que estamos malditos?

—Las dos cosas, creo.

—Escucha, Gary. ¿Qué vas a hacer ahora?

—¿Qué tienes en mente?

—Más de esto. —Y señaló el mar—. Vamos a presencia cómo enormes masas de agua van a regresar a los lugares que no habían ocupado desde la última glaciación, en la que el agua del deshielo llenó cada agujero que había sobre la tierra: los grandes lagos perdidos. Desde aquí, el mar finalmente se extenderá hacia el norte hasta llegar a la costa del Ártico. En África, el mar entrará por el Níger y el Nilo hasta que renazca el lago Megachad, un mar del tamaño de Europa. Y en Norteamérica, el lago Agassiz ocupará su lugar de nuevo, un gigantesco mar interior que se extenderá desde Saskatchewan hasta Ontario, desde las Dakotas hasta Minnesota. Serán paisajes que nadie ha visto desde hace quinientas generaciones de humanos. Y los veremos... De hecho, incluso podremos hacer buena ciencia. Aunque nunca nadie vaya a comprar mi libro sobre el tema.

Pero Gary ya había decidido lo que tenía que hacer. Podría seguir trabajando allí donde fuera: en plena transformación global había informaciones y datos que recoger por todas partes. Seguiría formando parte de la comunidad internacional de observadores. Pero ya se había decidido. Volvería a América. Su madre había muerto y ya no le quedaba familia allí, pero había pensado que quizá podría ayudar a Lily a encontrar a la hija de Helen. Al parecer, en el fondo, se sentía más atraído hacia las personas que hacia el espectáculo.

Tenía veintisiete años y quería volver a casa. Intentó explicárselo a Thandie. Ella no le presionó.

El mar continuó su avance, subiendo, hasta que les mojó los bajos del pantalón.

Un curioso que estaba de pie a una docena de metros observaba desilusionado.  
—¿Y eso es todo? Vaya mierda.

Febrero de 2020

De las anotaciones de Kristie Caistor:

Cuando se había unido a ellos allí, en Omaha, Bennie Thornton no tenía ni idea acerca de qué iba aquella cruzada. Él creía que era una guerra santa, una oportunidad de obtener algo de gracia liquidando musulmanes; una última oportunidad antes de que el mundo finalmente se fuera al infierno.

De hecho, durante su breve entrenamiento y orientación, Bennie había aprendido que la guerra en Jerusalén formaba parte de un gran esquema diseñado por un grupo de americanos cristianos fundamentalistas llamados los del Tercer Templo, un proyecto que tenía la intención de desatar el Apocalipsis.

Tras buscar un poco en Google, Kristie descubrió que la respuesta religiosa a las inundaciones era compleja y que había adoptado múltiples facetas incluso dentro de la cristiandad. ¿Cómo debía actuar un cristiano en momentos extraordinarios como aquellos? Algunos citaban pasajes de la Biblia que apoyaban el hecho de que los devotos debían concentrar sus esfuerzos en asegurarse de que ellos y otros estuvieran entre los salvados. Y seguidores del moderno «evangelio de la prosperidad», que creían que Dios recompensaba la fe con riqueza y éxito material, argumentaban que había llegado el momento de utilizar la riqueza dada por Dios para comprar tierras altas y dejar que se ahogaran los menos dignos de salvación. Pero la Asociación Nacional de Evangelistas de los Estados Unidos instaba al Gobierno a que se pusiera en acción e hiciera algo por remediar las inundaciones y sus efectos, al igual que lo habían instado hacía años para que actuara para prevenir el cambio climático, acciones que ellos consideraban eran totalmente consistentes con el cristianismo.

Gradualmente, una campaña ecuménica llevada a cabo por católicos y protestantes unidos empezó a tener eco entre la gente. En la campaña se argumentaba que las acciones egoístas entraban en conflicto con las enseñanzas cristianas más básicas de abnegación, humildad y caridad. Invocaban lo que Cristo había dicho sobre la regla de oro: «Y como queréis que hagan los hombres con vosotros, así también haced vosotros con ellos» (Lucas 6, 31). Aquel era un mandato que instaba a ayudar a los afectados por las inundaciones, que se estaban cebando de forma desproporcionada en aquellos de recursos limitados como los habitantes pobres de ciudades de chabolas situadas en deltas de ríos. Los líderes de las otras grandes religiones desarrollaron argumentos similares.

A Kristie le pareció que, en general, las religiones estaban haciendo todo lo posible a nivel ético y material para aportar su granito de arena en los esfuerzos de ayuda humanitaria que se estaban movilizandando por todo el mundo; y también para que la gente confiara en esos esfuerzos a pesar de que algunos millonarios, y algunas empresas de consultoría y multinacionales continuaban utilizando el estado de emergencia para obtener beneficios y colonizar nuevos mercados económicos.

Pero los del Tercer Tiempo tenían una causa más específica.

Afirmaban que, de acuerdo con el libro del Apocalipsis y otras fuentes, la construcción de un tercer templo en el monte de Jerusalén era una condición indispensable para preparar la llegada de Cristo que pondría fin a aquella edad de confusión y catástrofes. Así que se dispusieron a cumplir con ello. Por el camino se les unieron un grupo de mesiánicos sionistas.

Desafortunadamente, la construcción de un tercer templo requería el derrumbe de varios monumentos islámicos que se levantaban en el mismo lugar. Así que la misión había desatado una guerra en la que se veían envueltas las tres religiones monoteístas principales: el judaísmo, el cristianismo y el islam. Lo llamaban la guerra de Abraham.

Rápidamente se había convertido en un conflicto regional espolado por otras causas: por las tierras altas, el agua y la tecnología de desalinización. El estado israelí se había convertido en pionero en armas y tecnología de seguridad desde el 11-S y mucho antes, y repelió ferozmente cualquier amenaza. Y los palestinos, en sus enclaves aislados por el muro, estaban realizando un último esfuerzo por recuperar las tierras que creían que se habían librado ya por Jerusalén, desde la época de la antigua Roma y probablemente desde mucho antes. Pero que aquella, de alguna manera u otra, iba a ser la última.

Todo lo que quería Bennie era lanzarse a la batalla. Tenía diecinueve años y su cuerpo era una masa de músculos y testosterona, así que gritó de alegría al lanzarse desde el avión en su primer salto en paracaídas para descender sobre la ciudad en llamas.



Junio de 2020

El helicóptero de AxysCorp sobrevoló las sucias aguas de la bahía de Nueva York en dirección noreste hacia Manhattan. El piloto viró y señaló la estatua de la Libertad.

—¡Todo el mundo quiere ver a la vieja dama! —gritó.

Lily se inclinó sobre el plexiglás. Era un día triste; el cielo era una masa sólida de nubes de la que caía lluvia sin cesar, golpeando el casco del helicóptero. El gris del cielo se reflejaba en el gris del mar, gris sobre gris.

Y allí estaba la Libertad, inclinada a causa del huracán *Aaron* de hacía dos años, pero aún en pie con el pedestal sumergido en las aguas, rodeada por un mar turbulento. Lily no creía que la enorme y antigua estatua fuera permanecer de pie durante mucho tiempo: una gran tormenta más y sería su fin. Pero, según Thandie Jones, la figura de la estatua en sí sobreviviría indefinidamente sumergida y enterrada bajo capas de sedimentos. Incluso aunque la pátina verde de la cubierta de cobre de la vieja dama se endureciera y se convirtiera en piedra. La figura tallada por el escultor aún sería visible para cualquier visitante del mar que ella pudiera recibir.

A medida que el paisaje de la ciudad inundada pasaba debajo de ellos, Lily tomó la Estatua de la Libertad como referencia para orientarse y comprobar hasta qué punto habían cambiado las cosas desde aquel vuelo en helicóptero hacía ya dos años de camino a la presentación de Thandie. Ya no quedaba ni rastro de los diques y barreras que se habían levantado apresuradamente en aquellos meses de pánico: el mar los había cubierto. Vio Brooklyn a su derecha y Jersey City a su izquierda, aunque la tierra estaba sumergida y tan solo sobresalían los edificios más altos. Barcos de aspecto grandioso habían echado el ancla cerca de la costa menos profunda. Algunos eran naves de color gris metálico de la Armada, pero también había yates de blanco relucientes, flotando como juguetes en una bañera. Quizá fueran el último refugio de los millonarios de Nueva York, flotando allí sobre los restos de lo que había sido su ciudad. Y Manhattan era un arrecife sumergido justo delante de Lily, con los rascacielos asomando del agua como astillas de cuarzo.

El helicóptero descendió un poco en el distrito financiero y voló por entre los restos de rascacielos arruinados y quemados. Era como volar en la versión de realidad virtual de algo parecido a un sistema de grandes cañones; simplificados bloques rectangulares y acantilados de líneas rectas con el agua que fluía en los valles rectilíneos de la superficie. Las ventanas sin cristal estaban oscuras, pero se veía actividad en el agua: lanchas motoras que levantaban olas que rompían en las fachadas de piedra y balsas más pesadas y torpes. El agua estaba llena de porquería,

restos de plástico y bolsas de basura a rebosar.

—Nos dirigimos hacia Broadway —informó el piloto—. La dejaré en Union Square y un poco más allá. En Broadway con la Catorce, ¿lo conoce?

—Creo que sí —respondió Lily intentando rescatar recuerdos de sus excursiones como turista—. ¿No había allí un mercado de productos de granja?

—Sí. Un sitio bonito un poco pasado de moda. Así era antes, por lo menos.

Lily oyó a través de sus auriculares que el piloto hablaba con rapidez. Tenía acento de Nueva York, con un toque culto; estaba claro que era nativo del lugar. Lily le preguntó cuál habría sido su profesión antes de pasar a hacer lo que hacía todo el mundo en aquellos días: trabajar para Nathan Lammockson.

—¿Es usted de Nueva York? —preguntó Lily.

—Sí, señora. De hecho, crecí en Gramercy. Un lugar bonito para vivir. Mi madre todavía vive, aunque la han trasladado a los Catskills. Ahora dice que quizá se vaya a vivir con su hermano en su cabaña de caza en Virginia Occidental, en los Apalaches. Eso está muy alto, sabe usted.

—Parece un buen plan.

—Sí, pero AxyCorp dice que esas montañas ya están llenas de leñadores y tipos de esos, supervivencialistas. Ya sabe, esos que llenaron hasta arriba sus camionetas en cuanto empezaron a caer dos gotas de agua. El señor Lammockson dice que en este país ha habido más muertes por heridas de bala en controles de carretera ilegales que por los acontecimientos climáticos en sí mismos.

—No me sorprendería mucho.

Y tampoco le sorprendió que el piloto citara a Lammockson. A medida que la crisis global se intensificaba, Nathan Lammockson se había dedicado a soltar discursos por las redes a empleados y socios de negocios por todo el mundo, en una mezcla de palabras de ánimo, malas noticias y su particular filosofía capitalista sencilla y británica. En un mundo cada vez más fragmentado, Nathan Lammockson seguía en pie como la propia estatua de la Libertad, solo, pero con la llama de la esperanza aún en sus manos.

—Y bien —continuó Lily—, ¿va a reunirse con su madre en las montañas?

El piloto se rió. Parecía sorprendido de que ella le hubiera hecho esa pregunta.

—No, señora. Voy a quedarme tan cerca del señor Lammockson como me sea posible. ¿No es lo mismo que está haciendo usted?

Ante la difusa sombra de la torre del reloj del edificio de la Consolidated Edison, una gran balsa flotó hacia Union Square.

La balsa tendría al menos cien metros de eslora. Su centro era un bloque tan negro como el asfalto, rodeado de alambre de espino y con enormes banderas de barras y estrellas colgando húmedas en sus cuatro esquinas. En la popa se alzaban chabolas de chapa, plástico o hierro corrugado sujetas con cuerdas o cables. Una de las chabolas, un poco más grande que las demás, tenía dos plantas y paredes de cristal como un mirador. Había gente trabajando por toda la embarcación, trasladando cosas de popa a proa desde montones de lona impermeabilizada. Había embarcaciones amarradas a la balsa; desde canoas hasta botes de remos y lanchas de líneas brillantes con los colores de AxysCorp. La balsa incluso contaba con un helipuerto marcado con una gran «H» dibujada generosamente con pintura blanca.

El helicóptero descendió y aterrizó fácilmente sobre la «H». Lily se dio cuenta de que toda la maniobra estaba siendo observada desde una especie de búnker de sacos de arena colocados en la balsa dejando hueco para una pequeña ventana desde donde asomaban unos prismáticos que reflejaban la luz del día.

Lily salió a la lluvia. El agua rebotaba en la cubierta de la balsa que, ahora Lily podía verlo, estaba hecha de chapa, plástico y lona impermeabilizada endurecida para ofrecer un suelo firme. La balsa se bamboleaba significativamente y las líneas verticales de los edificios que la rodeaban subían y bajaban. Se recolocó su poncho impermeable y se echó la capucha para evitar que la lluvia le diera en la cara. Descubrió que las gotas que se escurrían hasta su boca eran saladas. Había un ligero hedor a alcantarilla y a algo más, a algo más profundo y corrupto.

Oyó el chapoteo de la lluvia sobre la cubierta, las llamadas de la gente e incluso los chillidos de las gaviotas. Eran sonidos típicos de la costa, pensó. Por lo demás, la ciudad estaba sorprendentemente tranquila. Aunque, claro, el tráfico de Manhattan, los coches privados, los autobuses y las manadas de taxis amarillos yacían oxidándose a varios metros por debajo de sus pies.

Nathan Lammockson se acercó vigoroso y en persona para recibirla a pie de helicóptero, grande y resuelto, embutido en un mono impermeable. Lo seguía como una sombra una secretaria que no dejaba de tomar notas en una pantalla portátil. Lammockson le estrechó la mano al piloto.

—Bobby. Buen aterrizaje. Me has hecho recordar a tu madre.

El piloto sonrió, satisfecho y halagado.

—Gracias, señor Lammockson.

Lammockson abrazó a Lily.

—Me alegro de verte. Será mejor que te saque de esta maldita lluvia. —Y la guió hacia el edificio de dos plantas.

Mientras seguía a Nathan, Lily miró al piloto.

—Mira a ese tipo. Hoy has hecho que sea el mejor día de su vida.

—Los viejos trucos son los mejores. Conocí a Tony Blair. ¿Te lo había contado? Aprendí a los pies del maestro.

El edificio resultó ser un apartamento de dos plantas con la cocina y el almacén abajo y un piso superior estilo *loft* que comprendía sala de estar, comedor y dormitorio. Era pequeño y básico, pero estaba amueblado con gusto exquisito. Los sillones de cuero blanco habían sido rescatados de Bloomingsdale's, eso estaba claro, porque la etiqueta de la tienda descansaba como un trofeo sobre la mesita de café. Sacar aquellos trastos del fondo del mar sin hacerles un solo arañazo habría tenido que ser toda una operación: recuperar cosas hundidas resultaba muy complicado en una ciudad en la que sus edificios más altos estaban ya totalmente sumergidos.

Lammockson la ayudó a quitarse el poncho mientras calentaba un poco de café.

—Bienvenida a mi humilde hogar —dijo—. Oye, ¿quieres algo más fuerte que esto? Me queda algo de Jack Daniel's que hay que terminar ya. —Le enseñó la botella.

—No, gracias. Menuda casa tienes aquí.

—El alquiler me cuesta un brazo y una pierna. El Colectivo afirma ser un simple grupo de bohemios, pero aprietan tanto como cualquier casero del Lower East Side.

—¿Qué Colectivo? Creía que eras el dueño de toda la balsa.

Nathan se rió y le entregó una taza de café. Echó un buen lingotazo de Jack Daniel's en su propia taza.

—¡Dios mío, no! Es más barato alquilarlo. Sobre todo teniendo en cuenta que, como bien sabes, no tengo intención de quedarme por aquí más tiempo del necesario. Todavía tengo algunos negocios aquí, algo de asesoría y suministros en las pocas operaciones que quedan ya de recuperación y evacuación, pero básicamente yo me mudé de Nueva York después del huracán.

Durante años, Nathan había estado transformando su riqueza en bienes más tangibles como electricidad, tierras y otros activos. A medida que los vínculos de comunicaciones y transportes iban fallando a ritmo sostenible, las instituciones financieras que habían conseguido sobrevivir estaban sometidas a una presión que aumentaba por momentos. Nathan siempre decía que no quería que su riqueza desapareciera en cuanto se le cortara la electricidad al ordenador de un banco.

—El Colectivo de Greenwich Village construyó esta balsa sobre todo con neumáticos y bidones de gasolina. La diseñaron y la ensamblaron justo después de

que pasara el huracán e incluso mientras el agua subía incansable a su alrededor. Pero no la llames «balsa», ¿quieres? Una balsa es una especie de embarcación, ¿no? Esta balsa no tiene intención de ir a ninguna parte, es demasiado grande para navegar por las calles de la ciudad. Piensa en ella como en una isla. Hay gente que vive aquí, no solo hay tripulación. —Señaló los edificios más bajos—. Eso es una planta de filtrado de agua. Y eso es una escuela. Ya hay niños que no recuerdan el mundo antes de las inundaciones. —Movié la taza para abarcar las calles, la porquería que flotaba, los acantilados de ventanas sin cristal que los rodeaban—. Para ellos, esto es normal. ¡Piénsalo! El tiempo pasa.

—¿Y de qué vive la gente?

—De escarbar. Flotamos sobre los restos de la ciudad más rica del mundo. Durará décadas.

—Creí que el Gobierno tenía el monopolio de los derechos de recuperación.

Nathan arqueó una ceja.

—Mira a tu alrededor, Lily. El Gobierno está en Denver. No tiene mucho control en lugares como este.

—Pero veo las barras y estrellas ondeando por todas partes.

—¡Ah, claro! Todavía son americanos. ¿Quién será el primero en arriar la Vieja Gloria? Pero llevan años buscándose la vida ellos solos, defendiéndose y buscando provisiones. El Gobierno ni siquiera recauda ya impuestos, salvo de aquellos como yo que no podemos escaquearnos de su radar. Ocurre lo mismo en Inglaterra. El desastrado Gobierno de Leeds no tiene ningún control sobre los pequeños escarbadores que bucean en el estuario del Támesis.

Lily se encogió de hombros.

—No lo sabía. No estoy muy al tanto de lo que ocurre en el Reino Unido desde el *tsunami*, desde que saqué de allí a mi hermana y a sus hijos... gracias a ti.

Lammockson asintió.

—¿Dónde está Amanda?

—En el complejo AxysCorp en Iowa. Creo que iré a reunirme con ella y a llevármela a Proyecto Ciudad conmigo.

—Me parece bien. Sabes, es normal que no quieras traer niños a un lugar como este, si puedes evitarlo. Quiero decir que hay peligros por todas partes, de las alcantarillas. El otro día, en la zona este, encontramos freón saliendo a borbotones de una montaña de frigoríficos oxidándose bajo el agua, olvidados en algún vertedero. Y todos los días hay algún cadáver que vuelve a la superficie. Los niños de aquí se ganan unos cuantos dólares del Colectivo para alejar los cuerpos con ganchos de navegación. Hace cinco años, diez incluso, era imposible imaginar una escena como esa. Y dentro de cinco también lo será, cuando los peces se hayan comido todos los cuerpos que yacen ahí abajo. —Se bebió el café—. ¿Y qué hay de tus compañeros?

Piers Michaelmas anda por aquí, ¿no?

—He oído que un helicóptero británico va a traerlo a Manhattan esta tarde. — Para sorpresa de Lily, Piers había abandonado su puesto en el Ejército británico y había aceptado «El chelín de Lammockson», tal y como decía él. Ahora trabajaba para AxysCorp, aunque todavía no se había comprometido a trasladarse a Proyecto Ciudad.

—¿Y el científico?

—Gary también está en el país. En Colorado, en el cuartel general de la NOAA. Nathan asintió.

—Escucha, haré que traigan aquí a Michaelmas. Podéis quedaros en el apartamento esta noche. Tengo el yate amarrado en Coney Island y estaré bien allí. Podéis llamar a Gary y a quien queráis. Mi personal os enseñaré cómo hacerlo.

—Gracias, Nathan.

—No es generosidad, créeme, sino bien calculado interés personal. Os quiero a todos conmigo, a los ex rehenes, a vosotros que ya habéis pasado por una tormenta personal mucho peor que cualquier inundación global de mierda que vaya a desatarse sobre nuestras cabezas.

»El mundo está cambiando, Lily. Esto ya no es una situación de emergencia, porque no parece que vaya a terminarse en breve. Estamos entrando en una nueva etapa de la historia de la humanidad. La Tierra misma ha intervenido en los asuntos de los hombres y ha intentado librarse de nosotros como un perro que se sacude las pulgas. —Se había erguido a medida que hablaba, aunque al parecer no se había dado cuenta. Su voz adoptó esa sonoridad que empleaba cada vez que se dirigía a su rebaño repartido por todo el mundo. Lily recordó las palabras de Piers que afirmaban que Nathan era un hombre que buscaba activamente enfrentarse a crisis que estuvieran a la altura a la que se había colocado él mismo—. Escucha. La media del nivel del mar está ya a unos setenta u ochenta metros por encima de lo que solía ser, dependiendo de a quién decidas creer; y acelerándose siguiendo las curvas exponenciales que había calculado Thandie Jones. Y la humanidad está huyendo. Tengo algunas imágenes por satélite que debería enseñarte, tomadas con infrarrojos. Hay países enteros de refugiados que marchan tierra adentro, azuzados por la sed, el hambre, la enfermedad y las guerras. Antes de las inundaciones, un tercio de la población de la Tierra vivía en tierras que no se alzaban más de cien metros por encima del nivel del mar. Bueno, estamos llegando a esa cifra con la subida de los océanos, así que hay dos mil millones de personas que, o ya están muertas, o se han puesto en marcha.

»Los Gobiernos por fin han decidido quitarse la venda de los ojos y aceptar lo que ocurre, pero ya es demasiado tarde para ellos. Están perdiendo el control de sus recursos y de su población, a la vez que están viéndose enfrentados a una nueva

situación geopolítica. De pronto, la altitud es más valiosa que el petróleo. Por ejemplo, hay rumores de que Rusia y China van a declararse la guerra por el Tíbet. Los Gobiernos pronto serán irrelevantes. Los Gobiernos siempre serán una desventaja porque tienen la obligación de hacerse cargo de toda la población: de apoyarla y ayudarla o de reprimirla y controlarla, lo que sea. Las organizaciones privadas tienen unos objetivos más limitados, u objetivos egoístas, como quieras llamarlo; pero son objetivos que se pueden conseguir con más facilidad por su especificidad. Lo mismo ocurre con las empresas, las grandes asesorías y las multinacionales, que seguirán en pie cuando los Gobiernos sucumban y desaparezcan.

—¿Y tú tienes intención de permanecer de pie con ellos, Nathan?

—Puedes apostar a que sí. —Eché mano del Jack Daniel's—. ¿Estás segura de que no quieres un trago de esto? Hoy no tienes que ir a ninguna parte. Relájate. Quítate las botas. Hay agua caliente en la ducha. Venga, te traeré un vaso.

Ya era tarde cuando Piers llegó a Union Square y subió a bordo de la balsa. En el apartamento de Nathan, se dedicó a mirar por la ventana apreciando las vistas mientras mecía un vaso del güisqui de Lammockson entre sus manos. Tenía el aspecto de quien necesita unas vacaciones, los ojos sombreados de gris y sin afeitarse.

Las nubes le habían dado un descanso. Por detrás de los maltrechos edificios supervivientes de Manhattan, el atardecer se reflejó en el cielo en capas de color rosa y rojo, y la luz brillaba en los charcos de gasolina y en la superficie del agua.

—Vaya vista —dijo Piers—. Lo llaman atardeceres volcánicos. Es por todo el polvo que hay en el ambiente.

—Sí. —Hacía seis meses que Lily no veía a Piers. No tenía muchas ganas de charlar sobre volcanes.

Intentó hacerse una idea del Piers que tenía delante. Parecía el de siempre, la misma proporción de fuerza y fragilidad, de poder personal y torpeza. Sin embargo, cerca de ella se mostraba más nervioso de lo habitual. Como si hubiera algo que tuviera que decirle, pero no supiera cómo.

—Piers, juraría que llevabas la misma camisa la última vez que te vi en Newburgh. —Era una de esas prendas duraderas de AxysCorp y, de hecho, ya tenía muchos años. A medida que otros suministradores se iban a pique, Lammockson seguía vistiendo al mundo.

Piers se encogió de hombros.

—Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que fui de compras —respondió con cierto toque de su antiguo humor seco—. Poco a poco, pero sin pausa todos nos estamos convirtiendo en espantapájaros.

—Algo que no supondrá ninguna diferencia en mi estilo de vestir. —Esa fue la voz de Gary, que sonaba extraña a causa de la conexión.

Lily y Piers se volvieron. Gary apareció en la pantalla del portátil que Lily había colocado en la mesa de café de Nathan. La imagen iba un poco a tirones.

Piers y Lily se retiraron de la ventana y Lily alzó su copa de Jack Daniel's.

—¡Eh, Gary!, ¿tienes algo para beber por ahí?

Gary alargó la mano fuera de imagen y volvió con una humeante taza de porcelana.

—Café. Solo he reutilizado el filtro cuatro veces. Y en aquel entonces fueron tres.

—Sí.

Piers alzó su copa.

—Por Helen y John Foreshaw. Amigos ausentes.



Y bebieron juntos.

—Supongo que os preguntaráis para qué os he reunido aquí hoy —dijo Lily.

—Así es —respondió Gary.

—Bueno, ya sabemos por qué —intervino Piers—. Quieres convencer a Gary para que firme con Lammockson, y a él y a mí para que nos vayamos a los Andes contigo.

—Sí. Resulta que creo que es nuestra mejor opción.

—Tengo algunos asuntos pendientes que tienen algo que decir en ese tema. Pero ya llegaremos a ello —explicó Gary. Miró más allá de sus amigos—. Menudo atardecer tenéis ahí detrás.

Lily y Piers se movieron para que Gary pudiera ver la ventana.

—Nueva York no es tan bonita como parece —dijo Piers—. Las personas viven como ratas en un vertedero gigante.

—Siempre has sido un poeta, Piers. ¿Qué tal es Newburgh?

—Un lugar igual de triste.

Las ciudades de nueva fundación en las Catskills, grandes extensiones levantadas con un coste increíble, habían absorbido una gran cantidad de los millones de refugiados de Nueva York. Pero ahora mismo también vivían bajo la amenaza del agua, ya que el mar había remontado el valle del Hudson y el nivel seguía subiendo día tras día.

—Pasamos por distintas etapas de abandono —dijo Piers y formó una especie de dique con las manos que fue moviendo hacia atrás paso a paso—. Intentamos salvar la ciudad construyendo diques, barreras para el río, desagües y bombas. Cuando eso falló trasladamos a la gente a ciudades nuevas en las montañas. Y ahora está fallando eso. Creo que todo el mundo está cansado, agotado después de tantos años de construir, recuperar y reconstruir. Nadie quiere trasladarse otra vez... Creo que existe el peligro de un colapso psicológico general.

—Eso sería fatal —opinó Gary—. Porque el mar va a seguir subiendo les guste o no.

—Bueno —dijo Lily—, ¿y qué tal va la ciencia?

Gary se encogió de hombros.

—Los modelos de Thandie están siendo confirmados por los acontecimientos. Los datos indican claramente las curvas. Todavía nos quedan por concretar algunos parámetros, ya que el crecimiento exponencial parece estar dando paso a otro tipo de valor. Y hemos tenido algunas sorpresas. Para empezar, como la industria mundial se ha ido a pique en los últimos años, se ha detenido de golpe la contaminación del aire por aerosoles, cenizas de incendios, hollín, suciedad, sulfatos y todo tipo de porquerías. Pero una gran parte de todas esas cosas solía ayudar a reflejar el calor del sol, así que por un lado tenemos un aire más limpio, pero por otro el planeta se está

calentando más.

»En cuanto al futuro, solo tenemos hipótesis apenas esbozadas de lo que está por venir. Seguimos observando. La NOAA se las ha arreglado para convencer a las Fuerzas Aéreas de que nos presten un par de misiles balísticos intercontinentales para lanzar nubes de partículas inteligentes. Son microsensores que vuelan con el viento y se introducen en la tierra y en los océanos. Tienen una vida de cincuenta años, el movimiento es su energía y pueden comunicarse e informar a través de redes de sensores que crean entre ellos. Con suerte, antes de perder la capacidad de hacerlo, saturaremos el planeta de sensores y nunca perderemos la posibilidad de monitorizar lo que está ocurriendo.

—Otro gran gesto —dijo Piers.

Gary sonrió, nostálgico.

—Resulta irónico que justo ahora que empezamos a comprender al planeta, nuestro mundo se esté yendo al garete. Pero si es cierto que lo que originó todo esto fue una actividad antropogénica, no resultará ser una coincidencia. Thandie tiene muy claro que es culpa nuestra. Pero también cree que estamos perdiendo la capacidad de probarlo algún día.

—¿Dónde está Thandie? —preguntó Lily.

—Observando cómo se llena algún arcaico mar interior en alguna parte. Nos mantenemos en contacto.

Hablaron de sus planes.

—Nathan me ha prestado al Gobierno de los Estados Unidos. Después de trabajar asegurando Sellafield me han pedido que les eche una mano con la planta nuclear de Palo Verde. Es una gran planta en la parte occidental del desierto de Phoenix; la más grande del país y la única que no está junto a un río, en una bahía o en la costa. Han acumulado allí un montón de carburante. Si al final resulta que el mar se mantiene alejado, habrá electricidad durante mucho tiempo sin necesidad de depender de las importaciones. La salvaguardia de la civilización.

—¿Y cuando termines vendrás a Proyecto Ciudad? —preguntó Lily.

—Lo estoy pensando. —Tenía una mirada cautelosa—. Quiero decir que sí, vale, iré. Pero es complicado.

—¿Complicado cómo?

Piers titubeó. Su rostro no expresaba nada, como si estuviera deseando esconderse de nuevo detrás de sus toallas.

Lily contuvo el aliento porque sintió que aquel era un momento importante para Piers. Gary desvió la mirada.

—Mira, Lily... todo esto es un nuevo comienzo, para todos nosotros. Allí arriba en las montañas vamos a construir una nueva vida, sea como sea. No soy capaz siquiera de concebir cómo será, salvo por el hecho de que sé que será diferente. Y tú

y yo, bueno, tú tienes a tu hermana, pero...

—Los dos estamos solos.

Al parecer Piers tuvo que reunir una gran cantidad de valor para cubrir la mano de Lily con la suya.

—Quizá nunca nos lleguemos a amar. Quizá nunca tengamos hijos. Dios, es difícil pensar en un momento menos indicado para tener hijos. Pero... —Piers no se atrevía a mirarla a los ojos.

Lily creyó que comprendía lo que había provocado las palabras de Piers. Tal y como Nathan Lammockson había comprendido a su manera, la presión de las inundaciones había llegado hasta un punto en el que todo el mundo estaba en estado de cambio, ya no había certezas. El consejo de Piers de hacía apenas tres años de que todos tenían que volver a Inglaterra había estado claramente equivocado. Por eso Nathan estaba trasladando sus funciones vitales y a su personal a un enclave en los Andes. Por eso los ex rehenes estaban teniendo aquella conversación.

Y por eso, Piers había hecho aquella extraña declaración. Para él, un refugio no era tanto un lugar en el que estar. Para Piers, Lily era su cielo, igual que había ocurrido en Barcelona, quizá.

Burlarse de Piers en aquel momento habría sido fatal, terminal. Lily tenía que ser honesta y directa.

—Sí —dijo.

Piers la miró sorprendido.

—¿Sí?

—Sí. Estaré contigo.

—Entonces está arreglado —dijo Gary sonando muy satisfecho—. Bien.

Piers dejó salir el aire que tenía retenido y su rostro se sonrojó.

—¿Y qué hay de ti, Gary? —preguntó Lily—. ¿Vendrás a completar el grupo?

—Hay algo que tengo que hacer antes —respondió Gary—. Ya os he hablado de un asunto que tengo que terminar. Tengo un mensaje de Michael Thurley. Le recordáis, ¿no? ¿El tío de la Oficina de Asuntos Exteriores?

Lily frunció el ceño.

—No sé nada de él desde que murió Helen.

—Bueno, él sigue trabajando en el caso, intentando seguirle la pista a Grace. Gracias a él el Gobierno británico ha seguido presionando a los saudíes mientras estos estaban muy ocupados con otras cosas.

Piers asintió.

—El viejo Gobierno de su majestad. ¿Y qué ha ocurrido ahora?

—Said ha estado dos años huido, desde el golpe de Estado. Al final cambió a Grace por un refugio seguro, en algún lugar de las Rocosas. Mientras tanto, Grace

está en poder de Thurley, que vive en Denver. El Departamento de Estado trabaja desde allí.

—Por fin Michael Thurley tiene a Grace. —Lily negó con la cabeza—. No me lo puedo creer. ¡Pobre Helen! Nunca llegó a ver a su hija de nuevo.

—Pero Thurley no sabe qué hacer con ella. Y ella ya no es un bebé, ya tiene cinco años. Así que Thurley se ha puesto en contacto conmigo. Este es mi plan. Terminaré mis asuntos aquí, iré a Denver a recoger a Grace y la llevaré a Proyecto Ciudad, donde nos reuniremos con vosotros.

Piers gruñó.

—Gary, no lo dejes para muy tarde. Es posible que dentro de poco ya no se pueda hacer un viaje como ese.

Gary asintió, serio.

—Comprendo lo que dices. —Miró su reloj—. Si hemos terminado deberíamos dar por concluida la reunión. Esta conexión le está costando a Nathan una pequeña fortuna. Sabéis, ya no recuerdo la última vez que estuvimos juntos en persona... todos los supervivientes.

—Hubo una vez en la que no podíamos librarnos los unos de los otros y ahora no podemos reunirnos —comentó Lily.

—Lo haremos —dijo Gary—. Cuidaos.

—Y tú cuida de Grace.

Gary alargó la mano, que desapareció de la imagen y al momento la pantalla se apagó.

Lily y Piers se quedaron solos uno al lado del otro.

—Bueno —dijo Lily—. De pronto esto se ha vuelto un poco incómodo.

—¡Ah, vale!, si te vas a poner idiota creo que voy a ir a dar una vuelta.

—Primero bebamos juntos...

Hubo una explosión, como fuego de artillería. Los dos se agacharon de forma instintiva.

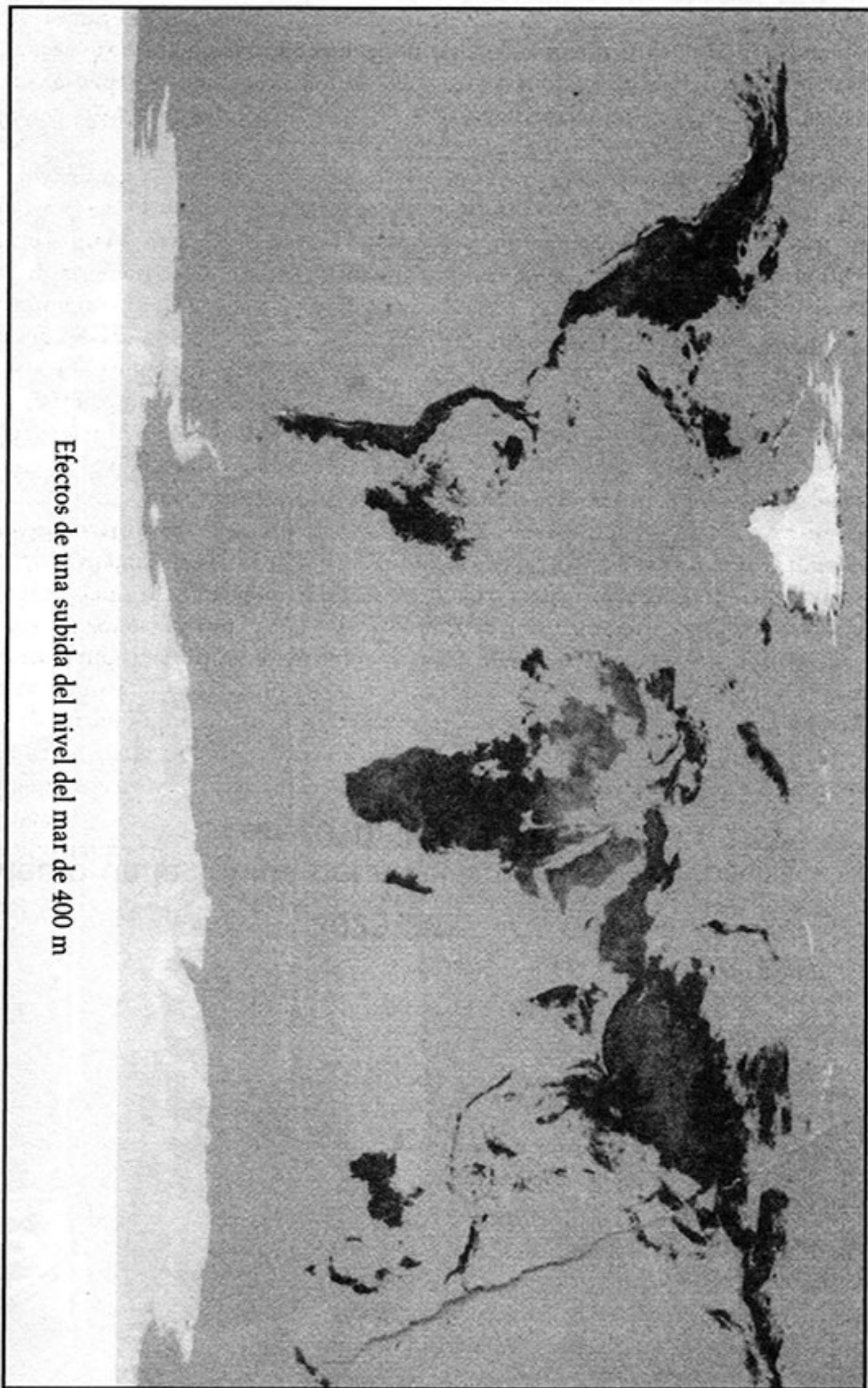
Se volvieron hacia la ventana y vieron que el atardecer se iba disipando. Una nube se hinchó y subió desde alguna parte de la ciudad abandonada, a lo lejos. Quizá era que se había caído un edificio, pensó Lily. O quizá no. A medida que el ruido rebotaba en las planas paredes de hormigón, las palomas alzaron el vuelo abandonando sus nidos en estancias sin ventanas que alguna vez habían estado ocupadas por abogados, diseñadores y representantes de estrellas, formando una gran bandada que oscureció el cielo rojizo.

**3**

**2025-2035**

**Promedio de la subida del nivel del mar en comparación  
con 2010: 200-800 m**

Efectos de una subida del nivel del mar de 400 m



Febrero de 2025

Lily decidió hablar con Amanda sobre Kristie. Se sorprendió cuando Piers insistió en acompañarla.

A mediodía la estaba esperando cuando salió de su despacho en AxysCorp situado en la plaza de Armas en el corazón de Cuzco. Piers llevaba su mono duradero de AxysCorp recién salido de la tintorería y cuidadosamente planchado, de modo que se parecía a uno de los uniformes que él había decidido no llevar más hacía ya cinco años, justo cuando había decidido aceptar el trabajo que le ofrecía Nathan Lammockson y mudarse a Proyecto Ciudad con Lily. Tenía cuarenta y nueve años, igual que ella, el pelo encanecido, el rostro muy delgado y el cuerpo tan erguido que su sombra bajo aquel cielo azul peruano era como la de un reloj de sol. Lily pensó que Piers todavía cargaba con cierto halo de fragilidad, como una caña seca que estuviera a punto de partirse bajo la brisa, tal y como Michael Thurley había observado hacía tantos años. Sin embargo, había sobrevivido.

—No estoy muy segura de por qué quieres venir —dijo Lily—. Es un asunto de familia.

Piers se tensó un poco.

—¡Ah! Y yo aquí pensando que nosotros somos una familia.

A pesar de los cinco años que llevaban viviendo juntos, Lily todavía seguía aprendiendo que Piers era sorprendentemente fácil de herir.

—No quería decir eso. Pero es un tema de hermanas. De una madre y una hija, de una tía y una sobrina. Hace seis meses que Amanda no habla con Kristie, desde que Kristie decidió mudarse a esa comuna en el Titicaca.

—O visto de otra manera —dijo Piers—, desde que Amanda se fue a vivir con Juan Villegas.

—Bueno, ahí está —replicó Lily—. En todas las historias hay siempre dos puntos de vista, ¿verdad? Lo único que quiero es que mi hermana y mi sobrina se hablen de nuevo. Y si vas a entrar allí queriendo dar a entender que todo esto es culpa de Amanda, entonces no me vas a servir de mucha ayuda.

—Pero, tal y como tú has dicho, es culpa de Amanda. Cegada por su vanidad se ha dejado llevar por ese hombre y ha alejado a su propia hija de su vida.

—Piers, Kristie tiene veinte años. Ya puede tomar sus propias decisiones. Vamos, ¿qué hacías tú cuando tenías veinte años? Apuesto lo que sea a que no vivías con tu madre.

Piers negó con la cabeza.

—Eso es irrelevante. No vivimos tiempos normales... las cosas no son como antes. Las antiguas normas ya no se pueden aplicar.

—Mmm —dijo Lily—, tú déjame a Amanda a mí, ¿de acuerdo?

Pero Piers permaneció en silencio y no se mostró dispuesto a aceptar ese compromiso. Sonrió y ofreció el brazo a Lily.

Caminaron hasta la casa de Amanda o, mejor dicho, hasta la casa de Juan Villegas, el *criollo* con el que se había ido a vivir la hermana de Lily. En Proyecto Ciudad se iba andando a todas partes, o en bicicleta o a caballo si lograbas hacerte con uno. Incluso Nathan Lammockson caminaba. No podían permitirse malgastar combustible en cosas no esenciales.

Cruzaron la gran plaza. Aquello era Cuzco, antigua capital del Imperio inca que después pasó a ser ciudad colonial española y en el siglo xx un paraíso turístico. Ahora, Cuzco era el centro del Proyecto Ciudad de Nathan Lammockson, su enclave a gran altitud. Pero aquella extensa plaza empedrada con adornos florales y farolas continuaba siendo el corazón de la ciudad, al igual que había sido el centro de un imperio del tamaño de un continente que los incas llamaban Tahuantinsuyo, las «cuatro regiones de la Tierra». Pasaron ante iglesias coloniales llenas de imaginería en sangre y oro, y subieron empinadas calles abarrotadas de personas embutidas en trajes de trabajo de AxysCorp, pero también de habitantes locales, algunos amerindios con sus ponchos y sus sombreros hongos. Una mujer empujaba una carretilla llena de ñames. Nada más llegar para trabajar para Nathan Lammockson, Lily había descubierto que a pesar de los ingentes esfuerzos de ingeniería invertidos en la ciudad y sus alrededores, como el desvío de la tubería del agua que cruzaba los Andes y que una vez había abastecido a Lima, la visión de Lammockson, o su locura, jamás podría suprimir el carácter esencial de aquel lugar, como no lo habían conseguido los conquistadores españoles que, incapaces de demoler la ciudad inca, se habían limitado a construir sobre sus gigantescos cimientos.

Lily miró el cielo, tan luminoso y azul como la porcelana, y bebió el aire como si fuera vino. Estaban a tres kilómetros por encima del antiguo nivel del mar, tres kilómetros más cerca del cielo; tan alto que ni siquiera la inundación que se decía que ya había superado la barrera de los doscientos metros sobre e nivel original influía para nada en el carácter o la calidad de aquel lugar.

En casa de Villegas, Amanda los recibió a los dos.

—Lil, me alegro de verte... y Piers, no esperaba que fueras a venir. —Les dio unos fugaces besos en las mejillas.

—Espero que no te moleste —respondió Piers educadamente.

—Desde luego que no, tú sabes que aquí siempre eres bienvenido. Entrad, esto se



está convirtiendo en una especie de fiesta. —Siguieron a Amanda. Tenía buen aspecto y Lily tuvo que admitirlo: con el suntuoso cabello negro recogido hacia atrás al estilo Eva Perón, según dedujo Lily, y aquel vestido negro que era excesivamente corto para lucirlo a mediodía. Su rostro seguía siendo hermoso, pero de un modo nostálgico y fugaz, porque ya reflejaba la edad que tenía, mediada la cuarentena.

Amanada los llevó hasta la sala de estar. Era inmensa. Hacía tiempo había sido el vestíbulo de un hotel. Juan Villegas dio la bienvenida a sus invitados alzando una copa.

—Acompañadme con una copa.

Lily se sorprendió al encontrar a Nathan Lammockson sentado allí con un vaso de vino en la mano derecha. Miró a Lily y a Piers y después se volvió hacia el televisor de pantalla plana que estaba mirando interesado. El televisor mostraba imágenes de varias partes de Perú, una emisión proporcionada por una división de la propia AxysCorp.

Un mayordomo se acercó silenciosamente a Lily y Piers con una bandeja con copas y una botella de vino. Lily tomó una copa, pero Piers la rechazó.

—Es un poco pronto para mí.

—¡Bah!, insisto —dijo Villegas—. Es un buen año. —Vestido con un traje impecablemente limpio y planchado y la corbata perfectamente anudada, Villegas permanecía de pie como posando para una fotografía de ecos de sociedad junto a uno de los elementos más destacables de aquella estancia: un trozo de muro inca de dos metros de alto compuesto por bloques de piedra cortados con la delicadeza de un láser. Aquel pequeño antiguo hotel había sido la recompensa de Villegas por su participación en las complejas y oscuras negociaciones que habían conducido a que Lammockson comprara aquella ciudad peruana.

—Juan tiene razón sobre el vino —dijo Nathan mientras le daba un trago a su copa—. Chileno. Nada de esa mierda peruana. Y de antes de la inundación. Mandamos a los submarinos a por él. Si nos hemos tomado todas esas molestias al menos podrías ceder un poco y probar el maldito brebaje.

—Venga, hombre —intervino Villegas con una gran sonrisa que mostraba sus dientes perfectos—. Si tu jefe dice que está bien, ¿cómo puedes negarte?

Piers aceptó la copa a regañadientes. Él y Lily se sentaron en un pequeño sofá tapizado de cuero.

Amanda se dedicó a atender a los invitados durante unos momentos, sacando bandejas de cosas para picar como una pasta de carne especiada sobre galletitas saladas.

—Por supuesto deberíamos apagar el televisor. Perdona, Nathan. —Chasqueó los dedos en la dirección del televisor y se apagó.

—Se acabó —dijo Nathan.

Piers probó el vino, pero apenas redujo el contenido ni siquiera un milímetro.

—Creía que estabas animando a la gente a quedarse en casa a ver la televisión, Nathan.

—Bueno, y lo hago. También los animo a que hagan ejercicio y coman verduras. Eso no significa que tenga que hacerlo yo también. —Vacío su copa y se la entregó al mayordomo.

Lily conocía la teoría. Cuzco estaba abarrotado y, francamente, no había mucho que hacer ni electricidad de sobra con qué hacerlo. Deliberadamente, Nathan había promocionado la moda de quedarse en casa, de consumir películas, programas de televisión y concursos en enormes pantallas de alta definición; de chatear, escribir correos electrónicos y *blogs*... Es decir, de tener una vida social que fuera electrónicamente móvil pero físicamente estática. Una vez había llamado a esos ciudadanos interconectados y confinados en espacios reducidos, «batería humanas».

—Y yo —le dijo Lily—, he venido para hablar de Kristie con mi hermana. No sabía que te preocupara tanto nuestra vida doméstica, Nathan.

Lammockson gruñó.

—Sabes que siempre me he preocupado por todos los de Barcelona. Pero tienes razón. —Sonrió desavolviéndose a sí mismo—. Las charlas de chicas no son precisamente mi fuerte.

—Ni el mío —respondió Lily con pesar—. Entonces, ¿por qué estás aquí?

—Tenía que hablar con Juan. Puede que tengamos un problema.

—Un incidente diplomático —explicó Villegas más delicado.

—El *Príncipe de Gales* ha llegado hasta la Amazonia —explicó Nathan—. Desde el Atlántico ha seguido el antiguo curso del río y ahora mismo debe estar anclando en algún lugar sobre Iquitos. Se dice que los ingleses están hablando con los indios de los bosques de altura.

El *Príncipe de Gales* era uno de los dos portaaviones clase CVF británicos que se habían armado a toda velocidad a medida que el nivel del mar había ido subiendo. Nueve cubiertas, cuarenta aeronaves, sesenta y cinco mil toneladas de poder militar. En el abandono definitivo de Reino Unido después del *tsunami* de 2019, el Gobierno británico se había exiliado a la península del Labrador, en Canadá. A los americanos no les había hecho ninguna gracia tener de vuelta en el continente al antiguo poder imperial. Pero en un mundo que era cada vez más amenazador y peligroso, el traslado de tantos efectivos militares británicos de un lado al otro del Atlántico había provocado a los canadienses. Sin embargo, los americanos estaban demasiado ocupados con sus propios problemas y los canadienses no podían hacer nada por su cuenta.

—Es increíble ver cómo debido a la nueva geografía —comentó Villegas con voz suave—, ahora es posible que un barco del tamaño del *Príncipe de Gales* navegue

desde la antigua costa del Atlántico hasta el corazón del continente sudamericano, es decir, casi hasta el corazón de Perú.

—Estoy convencido de que la incursión del *Príncipe de Gales* no es más que una misión de exploración —dijo Piers—. El mundo cambia y los Gobiernos tienen que establecer nuevas disposiciones.

Lammockson gruñó.

—Pues los ingleses podrán irse a establecer nuevas disposiciones a otra parte. En lo que a mí me concierne, los Gobiernos son ahora parte del problema y no la solución. Sea como sea, hoy tengo intención de cruzar las montañas para librarme del almirante Nelson de turno. Quizá deberías acompañarme, Piers.

—Entonces podéis llevarme al Titicaca —intervino Lily obedeciendo a un impulso—. Podré ir a visitar a Kristie.

Amanda miró a Lily con expresión de reproche.

—No nos viene de camino —dijo Nathan—. Pero, *eh...* a la mierda, ¿por qué no? Nos vamos a las cuatro.

—Estaré lista —dijo Lily.

La conversación volvió a los ingleses.

—Estoy seguro de que encontraremos una solución razonable... —dijo Villegas con tranquilidad.

Lily esperaba que así fuera. A pesar de que Villegas carecía de la experiencia y de la aguda inteligencia de Piers, sus maneras indicaban que era un tipo muy competente. El último hombre de Amanda era todo lo contrario al Wayne de Dartmoor. En la ciudad se lo conocía como *criollo*, perteneciente a una de las familias más ricas de Lima y descendiente directo de los conquistadores. Si bien había sido afortunado en su nacimiento, también lo había sido en su elección, más tarde en la vida, de apoyar a Nathan Lammockson a medida que se desintegraban las instituciones peruanas. Por supuesto, él era el tipo de hombre por el que Amanda se sentiría atraída. Y ella, todavía hermosa, con sus fabulosas habilidades sociales y su conexión con Lammockson que databa de antes de Proyecto Ciudad, también había sido una buena adquisición para él. Pero Lily había detectado cierto afecto genuino entre ellos. A Amanda le podría haber ido mucho peor.

Cuando la conversación llegó a punto muerto, Lily dejó la copa sobre la mesa.

—Será mejor que dé las gracias y me marche. Lo siento, Amanda, sé que te dije que tenía tiempo, pero quiero hablar con Benj antes de ir a ver a Kristie.

Los ojos de Amanda relampaguearon de ira de nuevo.

Nathan sonrió malicioso.

—¿Por qué? ¿Él tampoco se habla con su madre?

—Se mantiene alejado de la disputa —explicó Lily—. Y por eso quizá pueda hacer algo por ayudar.

—¡Ah! —dijo Piers con una sorprendente dureza y amargura en la voz—. Ese es Benjamin Caistor, sí señor. Siempre dispuesto a ayudar. Dispuesto a lo que sea.

Amanda se enfadó ante el comentario.

—Es un buen muchacho, siempre lo ha sido. —Miró a Villegas evidentemente incómoda por tanto problema familiar.

Él se limitó a sonreír, indulgente.

Amanda siguió a Lily por el corto pasillo. Su rostro era una máscara de ira irreconocible de la cara que había mostrado en público.

—¿Qué coño estás haciendo? —bufó—. Te he invitado a venir para hablar de Kristie porque tú insististe, no sé si te acuerdas. ¿Y ahora coges y te vas? Está sucediendo otra vez lo que pasó en Dartmoor.

Lily le mostró las manos.

—No era mi intención. Solo quería...

—Quieres meterte en mi vida porque tú no tienes vida —rugió Amanda—. Quieres fastidiar mi relación con mis hijos porque tú no tienes. De eso va todo esto. Esto no tiene que ver con lo que yo necesito, Lily. Tiene que ver con lo que tú necesitas. Siempre ha sido así.

Lily estaba asombrada.

—Amanda, por Dios...

—Vete —interrumpió Amanda. Arrastró a su hermana hasta la puerta principal, la dejó bajo el sol de los Andes, y cerró dando un portazo.

Benj guió a Lily por los barrios bajos de P-ville hasta llegar al campo de biocombustible. Las chabolas se apiñaban a su alrededor, construidas con planchas de hierro corrugado y plástico, ya que no había ni un trozo de madera que se pudiera desperdiciar. Los acompañaron un par de policías de AxysCorp, vestidos con el azul de la compañía como Benj y Lily. Pero al contrario que los policías, Benj no iba armado.

El campo de biocombustible era un rectángulo abierto en el centro de aquel barrio de chabolas. Lily no reconoció las plantas: hojas verdes en un tallo de unos trescientos metros de alto que crecían en ordenadas filas. Lily sabía algo sobre aquel proyecto. Su puesto en la organización de Nathan era un poco itinerante y se ocupaba de varias cosas. De hecho, ella había estado a cargo de la dirección y la logística de experimentos en campos como aquel. Pero no reconoció las nuevas plantas.

Se veía claramente la cicatriz de la explosión, un círculo ennegrecido que abarcaba gran parte del campo.

Benj guió a Lily por los límites. La valla estaba rota, derribada y superada por chabolas apiñadas con forma de montículo. Los policías de AxysCorp patrullaban la zona con las armas automáticas preparadas. Parecían tensos, estaban alerta y esperaban problemas; quizá incluso los estuvieran buscando.

—Ya ves como las chabolas siguen presionando —dijo Benj—. Aunque Nathan ha marcado claramente esta zona como Sector Verde. Cada pocos meses los echamos y reconstruimos la valla, pero siempre vuelven. No tenemos efectivos suficientes para mantenerlos alejados.

—Es como luchar contra la marea —murmuró Lily.

—La invasión en Naranja es aún peor, puedes imaginártelo...

Con las manos apoyadas en las caderas, Benj miró alrededor, al campo, a las chabolas, a los niños que los miraban con curiosidad desde los interiores en penumbra. Saludó y sonrió a los niños.

—Hasta ahora menos estado cultivando cosas que se podían comer, en su mayor parte, no se utilizaba para combustible. Azúcar de caña y maíz para etanol, colza y soja para biodiesel. Con esos productos el mayor problema son los robos. Nosotros podemos arreglárnoslas, pero Nathan perdió la paciencia con las pérdidas. Así que ordenó que cambiáramos a esto.

—¿Qué es?

—*Jatrofa*. Viene de África, de lugares como Tanzania o Mali. Crece en condiciones cálidas y secas. Con un poco de ingeniería genética también crece muy

bien aquí.

—¿Y Nathan la prefiere porque...?

—El aceite que produce es venenoso —explicó Benj—. Puedes utilizarlo para combustible, pero no te lo puedes comer. Así que no tiene sentido robarlo.

—Ya. —Lily miró las chabolas marginales y las redondas caras de los niños—. Pero si eres un padre que intenta alimentar a sus hijos...

—Ahí está el problema.

—Y ahora hemos llegado a esto —dijo Lily.

Benj tenía ya veintidós años. Había crecido mucho y era más alto que Piers Michaelmas. Nunca sería un hombre apuesto porque carecía de los rasgos delicados de su madre, pero Lily pensaba que era competente y amable. Ya no se podía reconocer en él a aquel niño retraído de Londres obsesionado con los aparatos de última generación. Aunque aquel niño siempre había mostrado tener sentido común cuando había sido necesario, como en Greenwich, por ejemplo; y mucha compasión. Había encontrado un puesto que le iba muy bien, trabajando en los barrios de chabolas de Pizarroville, el gemelo no aceptado ni reconocido de Proyecto Ciudad.

Por mucho que Nathan se ufanara de su plan, Proyecto Ciudad no dejaba de ser más que una zona protegida rica estándar rodeada de una ciudad de chabolas. El barrio había crecido a su aire, Lily supuso que era lo normal, y había acogido a enormes oleadas de refugiados procedentes de Lima y de otras ciudades costeras. Sin embargo, allí había orden. Una vez había reconocido que P-ville no iba a desaparecer, que las riadas de refugiados que subían de los valles a Cuzco e incluso más allá no se iban a detener en mucho tiempo, Nathan Lammockson había hecho lo que hacía siempre y había impuesto su visión. Si aquel barrio de chabolas tenía que existir a la puerta de su casa, iba a tener que ser un sitio planeado y ordenado, diseñado para aportar cierto grado de sostenibilidad. Era eso o convertirlo en una tierra maldita llena de enfermedades y revueltas y en la que la gente se moría de hambre.

Así que ahora había suministro de agua comunal, un sistema de salud rudimentario, y fuerzas de seguridad compuestas por agentes de AxysCorp y voluntarios de P-ville. Incluso existía una especie de economía, ya que la ciudad de chabolas servía como fuente de mano de obra barata para Proyecto Ciudad. AxysCorp también pagaba por el alquiler del espacio de los tejados de las chabolas para instalar paneles solares, y pagaba por los residuos provocados por las granjas, un peaje a cambio de la exigua exportación del barrio. También estaba creciendo algo parecido a una economía interna, alimentada por los restos de las ciudades situadas en las tierras bajas. La gente caminaba cientos de kilómetros para recuperar lo que fuera, incluso iban a los barrios ricos de Lima, una megaciudad convertida en un arrecife sumergido.

Y en uno de sus alardes intelectuales más osados, Lammockson había dividido la

ciudad de chabolas en sectores: el espacio dividido en tres tercios más o menos. El sector Plata era «residencial», el corazón del barrio. El tercio Naranja debía dejarse libre y salvaje. Y el Verde estaba dedicado a la agricultura. La idea era que fuera un lugar sostenible. Pero había una lucha constante entre el espacio necesario para vivir incluso de forma más básica y el espacio para cultivar. Lily había observado que a las personas les costaba mucho hacer realidad las visiones que Nathan había tenido para ellas.

Se calculaba que allí vivían lo menos un millón de personas, y casi todos formaban parte de esos ocho millones que habían compuesto la población de Lima. Y era un número que crecía continuamente debido a una explosiva tasa de natalidad que contrastaba con la población que disminuía en Proyecto Ciudad, donde Nathan había puesto en marcha una campaña para desalentar la reproducción innecesaria. P-ville era un barrio de chabolas fecundo rodeado de una Utopía que envejecía a marchas forzadas. Y un barrio de chabolas era un barrio de chabolas, por mucho que cambiara el mundo. Los niños que miraban a Lily tenían el rostro demacrado y los ojos grandes reflejaban su hambre. Era gente que ya había sido pobre en las ciudades que habían desaparecido y seguían siéndolo ahora; gente para la que las inundaciones solo habían supuesto cambiar un barrio de chabolas en un valle a un barrio de chabolas en la montaña.

Nathan no se había molestado en dar un nombre a la ciudad que rodeaba Proyecto Ciudad. Los que vivían allí la llamaban P-ville: Pizarroville.

—Ya sabes —dijo Benj—, aquí hubo mucha gente que se alegró cuando Lammockson se presentó y compró Cuzco. El Gobierno se estaba cayendo a pedazos a causa de las inundaciones, las sequías tras la desaparición de los glaciares de los Andes y las disputas fronterizas con Ecuador y Chile. Caos, conflictos, migración en masa y una democracia que no funcionaba. La gente estaba contenta de cambiar a un grupo de jefes inefectivos por uno efectivo, especialmente cuando Nathan hizo tantas promesas sobre cómo cuidaría de P-ville. Se sienten traicionados al ver en lo que se ha convertido la ciudad: policía patrullando para mantener a gente hambrienta lejos de cultivos que ni siquiera se pueden comer.

—¿Y qué fue? ¿Una bomba de gasolina?

Benj sonrió.

—Una forma imaginativa de utilizar nuestro propio combustible. Ahora mismo estoy intentando evitar que este incidente derive en una guerra con la policía.

—Voy a volar al Titicaca esta tarde, con Nathan. ¿Quieres que le hable de esto?

—Quizá eso ayude. Todavía se da el caso de que lo que dice Nathan va a misa. — Benj la miró—. Supongo que vas allí para hablar con Kris.

—Esa es la idea, sí.

—¿Te envía mamá?

—No. —Hizo una mueca de disgusto—. De hecho, me ha acusado de interferir.

—Bueno, lo estás haciendo.

—No podemos permitir que se separe la familia. Kris está buscando su propio camino y eso está muy bien, es lo que tiene que hacer. Pero al final solo nos tenemos los unos a los otros.

—Pero para ti ese «nos» implica mucho más que tu familia —dijo Benj—. Tienes amigos... los ex rehenes. Siempre acabas con ellos.

—Ellos también son mi familia —explicó Lily—. Lo sabes.

—Sí. Pero me pregunto si Kristie siente, no sé, que los demás siempre están en medio.

Lily frunció el ceño preguntándose si Benj estaba intentando decirle algo.

—¿Hay un problema con Piers? ¿Eso es lo que estás diciendo?

Benj negó con la cabeza.

—No estoy seguro de qué vas a encontrar dentro de la cabeza de Kristie, cuando... —Una pantalla incrustada en la manga de su traje parpadeó. Benj la pulsó y leyó el texto que se desplegó ante él.

—Tengo que irme. Hay problemas en otra parte de P-ville... Otro campo experimental.

—¿Quieres que vaya contigo?

—No. Ve a coger ese vuelo con Nathan. Dale a Kris mi cariño. Dile que estoy de acuerdo contigo en que debería llamar a mamá, lo que seguro que la empujará a hacer justo todo lo contrario. Y dile que a ese tipo quechua con el que está, Ollantay, que todavía me debe un baso de chicha.

—Lo haré.

—Tengo que irme corriendo. —Y dicho esto, pidió a uno de los policías que escoltara a Lily hasta salir de P-ville, y desapareció en las enrevesadas calles de aquella ciudad de chabolas.



En el avión de Nathan, Lily voló por el cielo de Cuzco.

Miró abajo, hacia la antigua ciudad, con sus cúpulas y campanarios asomándose en un mar de tejados de tejas rojas. Más allá de la verja fortificada que rodeaba toda la ciudad, vio la mancha marrón del barrio de chabolas y el cinturón agrícola que se extendía a lo lejos, con sus muros, sus grupos de álamos, sus campos amarillos y sus puntos negros que eran vacas y llamas que se alimentaban pacíficamente. Más allá aún, la llamativa cúpula de la nueva central nuclear relucía brillante bajo el sol.

Entonces subieron más, y la ciudad y su cuenca se perdieron en el paisaje de picos y mesetas envueltas en nubes bajas como volutas de humo. Eran los Andes, una cordillera que seguía al Himalaya en escala y extensión. Su grandeza seguía sin haber sido conquistada por la inundación. A medida que cruzaba la sierra, sobrevolaron una alfombra de cultivos: campos ordenados de cebada y maíz flanqueados por altos eucaliptos y chumberas. Aquellas tierras altas habían sido preparadas y cultivadas en primer lugar por los incas hacía ya seiscientos años, y hoy en día seguían fecundas, con cultivos de patatas y rebaños de llamas y alpacas que corrían en libertad.

Pero al mirar al este Lily creyó ver el mar de nubes que cubría el nuevo océano Amazónico, una selva ahora sumergida y pudriéndose bajo un mar salado que se había formado hacía apenas unos minutos.

Pero al mirar al este Lily creyó ver el mar de nubes que cubría el nuevo océano Amazónico, una selva ahora sumergida y pudriéndose bajo un mar salado que se había formado hacía apenas unos años.

Piers Michaelmas estaba sentado delante de Lily. Ella podía ver su nuca, el cabello meticulosamente cortado y arreglado, y el cuerpo erguido en el respaldo del asiento. Piers había decidido que iba a acompañar a Lily para «solucionar el problema», según sus propias palabras, y Lily había sido incapaz de encontrar la manera de convencerle de que no fuera.

—Es increíble lo que los incas hicieron aquí arriba —murmuró Nathan. Estaba sentado al lado de Lily y miraba el paisaje por encima del hombro de ella—. Fíjate, el imperio solo duró unas décadas. Pero los incas construyeron rápido y a lo grande, y dejaron huella. Igual que los romanos.

—¿E igual que tú, Nathan?

—¡Ah, no tientes a tu suerte, Brooke! Sí, como yo. Algunos tenemos una mirada que penetra en los siglos venideros. Creo que era una frase de Churchill. —Eché un vistazo a sus dominios y los brillantes rayos de sol a aquella altura siluetearon su rostro carnoso.

El avión aterrizó eficazmente cerca de la orilla del Titicaca, en las afueras de una ciudad fea y funcional llamada Puno, que en otra época había sido la base de la minería de plata de la región y ahora era la capital administrativa del altiplano. Lily y Piers salieron al exterior bajo un cielo de un profundo color azul.

La superficie del lago estaba tranquila, sin olas y de color turquesa, y se perdía a lo lejos. Los rayos del sol poniente intensificaban el amarillo de los juncos. En el horizonte, Lily vio una serie de picos helados y las nubes subían desde las tierras más bajas, cúmulos que se creaban a menor altitud que aquella masa de agua. Era una vista que Lily siempre encontraba asombrosa, un enorme lago de setecientos kilómetros de largo, con sus islas y botes de pesca, suspendido a tres mil metros de altura. Pero los refugiados habían llegado incluso hasta aquel lugar, y la orilla estaba cubierta por una especie de ciudad de chabolas formada por gente que ocupaba de forma ilegal casas hechas de juncos o botes puestos del revés, que vivía de la pesca y de las patatas que conseguían cultivar en minúsculas parcelas de tierra; aunque seguro que también se producían pequeños robos de alpacas.

Nathan estiró las piernas durante cinco minutos, luego volvió al avión con Villegas y su gente y despegó para su confrontación con aquellos británicos metomentodo y su portaviones. Unos minutos después, un coche de la compañía llegó para recoger a Piers y Lily, un pequeño vehículo impulsado con electricidad que parecía de juguete.

El último hogar conocido de Kristie Caistor estaba en las islas de los Uros. El coche los llevó hasta el embarcadero en la orilla donde debían coger un bote que los llevaría a las islas, una barca de AxysCorp con el logo del planeta acunado por una mano dibujado en el casco.

Las «islas» eran artificiales, tan solo plataformas hechas de juncos. Los botes de remos se amarraban a la costa húmeda de las islas. Olía ligeramente a podrido y hedía a pescado, que colgaba de cuerdas formando filas, secándose bajo los rayos del sol de la tarde. El moderno bote de casco de plástico de AxysCorp era totalmente ajeno a aquel mundo.

Kristie estaba de pie en su isla, esperando a su tía. Tenía veinte años, estaba muy morena y vestía una túnica de lana teñida con vivos colores y un negro sombrero hongo. Un hombre joven esperaba a su lado. Era un poco más bajo que ella, tenía la piel de color marrón, los ojos negros y vestía ropas similares de lana teñida. Como Benj, Kristie había cambiado mucho desde sus días en Fulham. Fulham se había desvanecido y era un nombre que nadie pronunciaba ya. Esto era la realidad, aquel lago inquietante, y eso era en lo que se había convertido Kristie.

A medida que el bote se acercaba, Kristie corrió hacia la orilla.

—¡Eh, Lily! Déjame que te ayude. Es un poco complicado cruzar hasta que no

estás acostumbrado.

Y tenía razón. Era muy raro pasar del bote, que no dejaba de moverse, a la isla, donde los juncos cedieron bajo los pies de Lily, provocando que sus pasos fueran muy inseguros. Lily súbitamente recordó el día que había subido a bordo de la *Trieste* con Thandie Jones, hacía ya ocho años. Una eternidad.

Piers la siguió, rechazando la ayuda con impaciencia. A pesar de su insistencia en querer acompañar a Lily, parecía profundamente descontento de estar allí.

El joven de Kristie alargó una mano.

—Así que tú eres la tía Lily. Venid, dejadme que os enseñe nuestro hogar. ¡No solemos recibir muchas visitas! —Hablaban muy bien inglés, con cierto acento que a Lily se le hizo familiar.

—Tú eres Ollantay, ¿no? —dijo Lily—. Nos vimos una vez, en Cuzco.

Él la miró con ojos vacíos y una ligera sonrisa.

—«Qosqo» —dijo—. La llamamos Qosqo. Se acerca más a la pronunciación inca.

—El nombre de la ciudad —intervino Piers muy tenso—, no es Qosqo ni Cuzco, sino Proyecto Ciudad.

Ollantay se volvió hacia él y su sonrisa no desapareció. Se estrecharon la mano, pero la expresión de Piers era hostil.

Caminaron hasta la cabaña hecha con juncos atados para formar cuatro paredes con más juncos que cubrían un burdo tejado de hierro corrugado. Estaba claro que los pájaros habían estado anidando en el tejado y una pequeña antena de satélite asomaba en lo más alto.

Dentro, les sorprendió lo espacioso que era y lo limpio que estaba todo: había mantas que colgaban de las paredes y una especie de alfombra de lana cubría el suelo. Había cajas y baúles y concesiones a la modernidad como nailon y sacos de dormir enrollados en un rincón. Lily reconoció rastros de la antigua identidad de Kristie: el portátil en el que una vez había hecho sus deberes y hacía sus anotaciones, su pequeña mochila rosa colgando en una pared, e incluso su maltrecho osito de peluche descansando en una esquina. Lily notó que olía a comida, a carne asada. Sospechó que se trataba de conejillo de indias.

Se sentaron en el suelo, con las piernas cruzadas. Ollantay preparó una tetera para calentar agua sobre un pequeño *camping gas*.

—Así que esta es vuestra casa —dijo Lily.

—De hecho, es la casa de mis padres —explicó Ollantay—. En nuestra cultura es costumbre que una pareja viva en casa de los padres de uno o de otro antes del matrimonio.

Kristie lanzó una sonrisa insegura a Lily.

—Y no es que sea muy práctico que nos quedemos con mi madre, ¿no?

—Pues deberías hacer que fuera práctico, maldita sea —intervino Piers—. Por eso estamos aquí.

—Piers —dijo Lily suavemente. Luego se dirigió a Ollantay—. Bueno, gracias por hacernos sentir bienvenidos.

—De hecho, se está comportando como todo un anfitrión —dijo Kristie—. La norma general es que aquí solo se habla quechua. —La lengua de los incas.

—La verdadera lengua de Perú, antes de que se convirtiera en Perú —explicó Ollantay. Vertió el agua caliente en una tetera y preparó las tazas para llenarlas con té verde.

—Pero tú no eres quechua cien por cien, ¿me equivoco? —replicó Piers.

—¡Ah!, hoy en día todos son aquí una mezcla de algo —dijo Kris en un intento por aligerar el ambiente—. Como en todas partes, supongo. Están los pescadores, que llevan aquí generaciones. Pero ahora vienen habitantes de las tierras bajas que llegan desde la costa. Y también hay *bárbaros*.<sup>[5]</sup>

Esos eran los amerindios de la selva amazónica, algunos de los cuales se las habían arreglado para mantenerse alejados de la influencia de la cultura occidental a pesar de los siglos de colonialismo y explotación industrial. Tenían nombres tribales como Mascho Piro, Awa y Korubo. Pero ahora que la inundación había llegado hasta el pie de las montañas, se habían obligado a abandonar su bosque lluvioso para ascender a aquella meseta tan poco acogedora. Junto con ellos llegaron también otros habitantes de la selva tales como pájaros, serpientes y monos. Los hombres permitieron vivir a muy pocas de esas especies, y las montañas fueron testigos de otro proceso de extinción.

—Son gente rara —dijo Kris—. Esos *bárbaros*.<sup>[6]</sup> Ni tienen idea de utilizar el dinero, ni conocen otros idiomas. Ni siquiera saben en qué país se suone que están viviendo.

Lily asintió.

—Nathan va a enviar etnógrafos y antropólogos. En la mayoría de los casos desconocemos sus lenguas. Y existe el peligro de la infección: podrían morir de un simple resfriado.

—Todo lo que está pasando aquí es un poco alucinante, ¿verdad? —dijo Kris—. Amerindios de la selva mezclándose con gente de las ciudades que bien podrían haber sido abogados, contables o programadores informáticos hace apenas dos años...

Lily pensó que Kristie había estado dándole muchas vueltas a aquel asunto, y eso le recordó a Benj. También creyó que la inteligencia de Kristie se estaba echando a perder allí, en aquel hermoso y solitario lago.

Pero Piers seguía enfadado.

—Y nada de eso —dijo señalando a Ollantay con el dedo—, hace que él sea

genuino, Ollantay. El ombre con el que naciste es José Jesús del Mar.

Ollantay se encogió de hombros.

—No es el nombre que he escogido para llevar hasta mi muerte.

—Pero ¿qué clase de nombre el Ollantay? ¿Lo sabes, Kris?

—Sí, es...

—Ollantay fue el gran general que construyó el Imperio inca para Pachacutec. No es precisamente una elección sutil, ¿eh, José? ¿Y ese es tu sueño? ¿Recuperar la tierra para los incas?

Ollantay sonrió. A Lily le dio la impresión de que estaba disfrutando de los torpes ataques de Piers.

—Bueno, ¿no estaríamos mejor si los europeos no hubieran venido nunca? ¿O si los incas hubieran matado a Pizarro y a sus hombres santos? ¿Acaso viviríamos apiñados en ciudades de chabolas mientras vosotros cultiváis y producís combustible para vuestros vehículos y el mundo se ahoga debido a siglos de exceso industrial?

—Ya basta —replicó Lily—. Por Dos, Piers, ¿qué demonios te pasa?

Piers se levantó.

—Yo no soy el problema. Lo es él. Este héroe de cerebro de mosquito que ha enganchado a Kristie como un pez en un anzuelo.

Esta vez Kristie se enfrentó a él.

—No hables así de nosotros, viejo marchito y estúpido. ¿Quién te crees que eres? ¿Mi padre?

Piers pareció sorprendentemente herido por aquellas palabras. Pero antes de que pudiera decir algo, Lily se levantó, apoyó una mano en el hombro de Piers y le sacó de la cabaña.

—Fuera.

—No he terminado...

—Ah, sí, claro que has terminado. Mira... será mejor que me esperes fuera.

Así y todo, Piers seguía mirando a Ollantay. Después, abruptamente, algo pareció romperse dentro de él. Se dio la vuelta y salió de la cabaña a toda velocidad.

Lily se sentó de nuevo y dejó escapar el aire.

—Lo siento.

—No deberías haberlo traído —dijo Kris un poco apagada.

—No he podido impedirselo.

—Tú tampoco deberías haber venido. —Kris estaba enfadada. Tenía las mejillas coloradas bajo el sombrero negro—. Ya he oído lo que tenía que oír de mi madre. ¿Es que no puedes aceptar que así es como he decidido vivir mi vida?

Bueno, Kris tenía razón. Pero entonces Lily miró a Ollantay, que tenía su mirada fría puesta en ella.

Lily sacó un móvil de su bolsillo y se lo dio a Kristie.

—Cógelo. Nunca respondes a las llamadas de tu antiguo teléfono.

Kris sonrió.

—Está en el fondo del lago.

—Por favor. No hace falta que lo uses. Tan solo tenlo contigo. Deja que Amanda te escriba mensajes... Cortar así con ella ha sido un castigo terrible, Kris. Y además, a veces pasan cosas malas, cariño. Habrá ocasiones en que tengas la necesidad de hablar con nosotras, créeme.

Kris dudó durante unos cuantos segundos. Después extendió el brazo, cogió el móvil y lo guardó dentro de su mochila rosa.

Lily se dio cuenta de que Ollantay lo observaba todo y se preguntó si le permitiría a Kris quedarse con aquel teléfono, si había sido él el que había arrojado el viejo móvil al lago.

—De hecho, supongo que no tengo otra opción —dijo Kris—. Si no acepto el teléfono, Piers probablemente me arrestará y me sacará de aquí atada con esposas de plástico. Ese hombre es tan dominador. —Cerró los puños—. Se mete en todo. Siento como si hubiera estado presente toda mi vida. Ojalá me dejara en paz.

—¡Ah, no puede hacer eso! —dijo Ollantay—. Nunca lo hará. No puede evitar hacer lo que hace.

Kris lo miró sorprendida.

—¿Por qué dices eso?

Ollantay sonrió.

—Porque te ama. ¿Es que no lo ves?

Kris rió. Pero su sonrisa desapareció pronto y su rostro reflejó su sorpresa.

Y Benj también lo había visto, descubrió Lily. Eso era a lo que había estado refiriéndose en P-ville. Pero Lily no se había dado cuenta. Sintió una profunda sorpresa, fría y salvaje, y un sentimiento de traición atravesó todo su cuerpo y se hundió en lo más profundo.

Piers volvió a entrar en la cabaña con el teléfono en la mano.

—Por Dios, Piers, desde luego sabes elegir el momento —dijo Lily.

Piers la miró sin expresar nada; y luego a Kris, que se negaba a mirarlo a él o a su teléfono.

—Lo siento —dijo él.

—¿Por qué?

—Nathan me ha enviado el avión de vuelta. Te llevaré a casa. A ti también, Kirs, sí...

—¡Déjame en paz! —le gritó ella.

Lily empezaba a alarmarse.

—Piers. Dime qué ha ocurrido.

—Es Benj —explicó Piers a su pesar—. Ha habido un incidente. Otro ataque a un cultivo. La policía ha abierto fuego... él ha intentado media...

Lily lo entendió enseguida. Se las había arreglado para salvar a Benj de su destino dos veces, una en Greenwich y otra en Dartmoor, pero no había estado presente para salvarlo una tercera.

—¿Está muerto? —Kris corrió hacia Piers—. ¿Está muerto?

Marzo de 2025

De las anotaciones de Kristie Caistor:

La cámara web se concentró en la cara redonda del pequeño John Ojola. Tenía seis años, pero parecía más joven, tres quizá. Su crecimiento se había paralizado por falta de nutrición, sus extremidades parecían ramitas, tenía la tripa hinchada y se le marcaban las costillas. Yacía en brazos de una voluntaria cristiana que no tenía comida que darle, en el campamento de refugiados de Teso, Uganda. Los ojos grandes y luminosos de John, que no parpadeaban a pesar de las moscas que sorbían sus lágrimas, miraban fijamente al espectador a través de la cámara.

John era una aparición que ya se había normalizado desde 1960. Su breve vida era un cliché de dolor. Pocos de los que visitaban la página web de aquella agencia de ayuda internacional se detenía más que unos segundos.

Pero ahora John parecía distraído, la cabeza vuelta en el brazo de la voluntaria. Ella también miraba en la misma dirección, a algo mucho más extraordinario que otro niño hambriento.

Aquel campo se había fundado hacía años, pero aquel año era diferente. Aquel año la inundación estaba envolviendo África, desde el Sahel hasta el Cuerno, desde Senegal, Mauritania, Mali y Burkina Faso en el oeste, hasta Kenia, Sudán y Etiopía en el este; algunos de los países más pobres del continente. Ya había poca comida entonces y ahora, con las inundaciones, a las granjas locales les estaba resultando imposible sacar adelante las cosechas de aquel año: la mandioca, el mijo y el cacahuete. Las carreteras inundadas impedían la llegada de cualquier tipo de ayuda. Y a medida que la inundación contaminaba fuentes y pozos, aumentaba rápidamente el número de casos de diarrea y malaria.

John no tenía memoria de la última gran inundación que había asolado aquella parte de África en 2007, causado por el fenómeno de la Niña en el Pacífico. En 2007 las aguas al final se habían retirado. Pero esta vez, el agua no dejaba de subir.

Y John miraba fijamente a una familia que acababa de llegar al campo. Iban bien vestidos, los dos niños embutidos en robustos petos de AxysCorp, la madre con un vestido holgado, aunque polvorientos por el largo viaje. El hombre todavía lucía traje. Estaba claro que habían salido corriendo de la ciudad inundada de Kitgun.

Encontraron un espacio vacío en el suelo y se sentaron. La mujer examinó sus pies sangrantes y atendió a sus hijos.



El hombre trajeado miró a los voluntarios y alargó sus manos en forma de cuenco.  
—*S'il vous plait?* ¿Por favor?

Abril de 2025

Gary esperó a Thandie Jones en la verja de cuarentena que rodeaba Cadillac City. La vio llegar desde detrás de la última puerta mientras los guardias seminolas de Alce Solitario volvían a comprobar sus papeles y sus huellas dactilares y retinales.

No lo había visto desde hacía cinco años. Thandie debía rondar ya los cuarenta. Alta, delgada, fibrosa, con el pelo negro casi rapado, vestía un mono de AxysCorp de aspecto resistente y lleno de parches. Su único equipaje era una pequeña mochila de loneta. Se había pasado una semana retenida en la zona de cuarentena de Cadillac City y tenía aspecto de que se le había acabado la paciencia.

Por fin, a regañadientes, el guardia seminola abrió el portón. Cuando Thandie vio que la esperaba Gary, sonrió y corrió una corta distancia.

—Así que era aquí donde te estabas pudriendo.

—También me alegro de verte. —Cuando se abrazaron, Gary captó el olor a antiséptico del edificio de cuarentena, pero debajo, Thandie tenía un aroma más terrenal y cobrizo, una mezcla de todos los lugares en los que había estado como testigo de un mundo que se ahogaba: toda Eurasia, África y Australia, Norteamérica y Sudamérica.

Gary la soltó, caminaron de regreso hacia la ciudad de tiendas de campaña para llegar a casa de Gary.

—Bueno —dijo—, bienvenida a Cadillac City.

—Ya, pues menuda bienvenida.

Gary se encogió de hombros.

—Lo siento. Son las reglas de Alce Solitario.

—¿Alce Solitario? ¡Ah, ese tipo grande! Ahora vivimos en un mundo dominado por los hombres fuertes, ¿eh?

—Por lo que he oído hay gente mucho peor que Alce Solitario.

—Vaya, esto es una ciudad en toda regla.

—Sí. Aunque el famoso rancho Cadillac está a un par de kilómetros en esa dirección —y señaló al este—; todos esos coches están parados en el camino y no se puede mover... A nivel administrativo somos un barrio periférico de Amarillo.

Gary la guió por el corazón de la ciudad de tiendas de campaña, por una calle flanqueada por muros de lona. Thandie miró alrededor, con los ojos bien abiertos y analíticos.

El sol estaba poniéndose en los estados del norte de Texas, y el paisaje que se extendía al otro lado de la verja se veía llano y vacío como siempre lo había estado, salpicado aquí y allá por torres petrolíferas y granjas, y la luz de las ciudades más lejanas. Pero dentro de los confines de la verja, con su alambre de espino, torres de vigilancia y patrullas de guardias seminolas, se arremolinaban las tiendas de campaña maltratadas por el clima, con las instalaciones comunales sobresaliendo por encima de todas ellas. En una de las puertas de entrada, un convoy de camiones acababa de llegar cargado de madera rescatada de las hundidas tierras bajas. La madera siempre era un recurso escaso.

Ya había terminado la jornada escolar, pero los adultos todavía seguían en sus labores. Dentro de las tiendas brillaban las lámparas eléctricas, olía a comida, arroz y judías y soja; y se oían las voces amortiguadas de las radios y los televisores. La gente hablaba en español e inglés. Allí había muchísimos tejanos, pero también había ejemplos de otras partes del este del país, desde la voz gangosa y acento sureño de Alabama, Georgia y Florida, hasta el hablar rápido y cortado de Boston y algunos pocos neoyorquinos.

Aquel día, Gary lo veía todo a través de los ojos de Thandie y, como solía ocurrir siempre que estaba en su presencia, se sentía un poco a la defensiva. Él conocía lo que Thandie pensaba de él, que debería estar allí fuera, por el mundo, haciendo lo que ella estaba haciendo, ciencia, en vez de esconderse en un lugar como aquel.

—Alce Solitario lleva las cosas según las reglas —dijo—. Lleva años haciendo que funcione este lugar, manteniéndonos vivos.

—El Paraíso en la Tierra —dijo Thandie con su humor seco.

—No —replicó él—. Tenemos nuestros problemas...

En el curso de la gran debacle que había assolado la parte este de los Estados Unidos, la ayuda monetaria otorgada por el Gobierno se encauzaba generalmente a través de empresas nacionales y multinacionales que invertían en el desarrollo de zonas protegidas para crear industria y riqueza que, algún día, arrastrarían al resto de la sociedad. Mientras tanto, a no ser que fueras millonario, las dos únicas opciones que quedaban eran los pueblos FEMA, donde por lo menos podías conseguir un techo bajo el que vivir y quizá algunas instalaciones básicas como alcantarillado; o las ciudades de chabolas situadas en torno a alguna zona protegida donde no se tenía ni lo más básico. Esos lugares no existían dentro de la legalidad y se suponían que eran «temporales», incluso a pesar de que algunas barriadas llevaban años en pie.

Alce Solitario había tenido la habilidad, la riqueza y los contactos para darle la vuelta a aquella política en aquel lugar. Había redirigido dinero y recursos hacia Cadillac City, y estaba utilizando las habilidades de los mismos refugiados para construir un lugar en el que se podía sobrevivir. De hecho, todo el proceso de reconstrucción era también una especie de terapia.

—Créeme, apreciamos el hecho de que Alce Solitario esté luchando por nosotros.

—Bueno, hace bien con lo de la cuarentena —dijo Thandie—. He visto las plagas con mis propios ojos. Hay cólera y tifus por todas partes, y cosas más exóticas como neumonía atípica severa, virus del Nilo Occidental, enfermedad de Lyme, Ébola e incluso peste bubónica; además de otras enfermedades para las que nadie tiene nombre y que están saltándose los límites entre especies. Al menos, aquí en los Estados Unidos hay en pie cierta infraestructura que permite fabricar antibióticos y entrenar a personal para hacerles frente. El mayor temor es una pandemia, como una gran plaga de gripe, por ejemplo. Todos caeríamos como briznas de hierba.

—Algunos dicen que es bioterrorismo.

Thandie se encogió de hombros.

—Quizá haya algo de eso. Pero no creo que sea significativo. Yo estoy convencida de que es resultado de las grandes mezclas que se están produciendo en el mundo a causa de las inundaciones. A nivel fundamental, la biosfera está sufriendo mucho, ecosistemas enteros están desapareciendo. El equilibrio del mundo microbiológico se ha trastocado.

Se detuvieron en la tienda de Gary. Era una lona cuadrada sujeta al suelo por vientos y clavos y que llevaba años sin moverse del lugar. Una lámpara iluminaba el interior.

—Hogar, dulce hogar —dijo al entrar. Sintió la necesidad de preparar a Thandie—. Escucha, Thandie, dentro de una hora Alce Solitario vendrá a conocerte. Quiere oír tu informe en privado antes de decidir cómo responderá a él en un foro más público.

—Me parece bien. —Dio unas palmadas a las tiras de la mochila—. En ese edificio de cuarentena he tenido tiempo de sobra para trabajar en lo que voy a decir.

—De hecho, yo no lo conozco tan bien como Michael. Fue a través de él que te llegó la invitación para venir aquí. Bueno, recibimos información sobre cómo avanza la inundación y sobre la situación global a través de las agencias del Gobierno en Denver, pero el Gobierno en sí tiene su propia agenda que se resume en intentar convencer a la gente de que no se mueva de donde está a no ser que sea totalmente imperativo. Todo el mundo sabe que hay que recibir toda la información que llega desde el Gobierno con cierta cautela.

—Y Alce Solitario cree que se acerca una tormenta.

—Es lo que necesita saber, sí.

—Mira, estoy preparada para enfrentarme a él. No tengas miedo, todo irá bien. Aunque no habrá muchas ocasiones de reír. ¿Vas a dejarme entrar? Me muero de ganas de conocer a Grace.

En el centro de la tienda, el techo era lo suficientemente alto como para estar de pie

sin chocar con él. Una sola lámpara eléctrica aumentaba la luz del día que entraba por las paredes; Cadillac City contaba con mucha luz por lo menos. Y olía a café. La bebida en sí era nauseabunda, pero a Michael le gustaba tener una cafetera al fuego para disimular cualquier otro olor.

Michael Thurley estaba sentado en su silla plegable favorita, viendo el informativo oficial del Gobierno en una pantalla portátil. Grace estaba tumbada sobre un par de sacos de dormir extendidos sobre el suelo, bebiendo un refresco en una taza de hojalata y haciendo los deberes en su propia pantalla portátil. Los dos se levantaron cuando Thandie entró en la tienda. Gary observó como los ojos de Thandie se agrandaban por la sorpresa cuando Grace se levantó. Tenía diez años, pero era más alta que los adultos presentes, tan alta como lo había sido su madre.

Recién afeitado, Michael vestía pantalones negros, zapatos de piel y una camisa blanca con el cuello abierto y la corbata floja.

—Thandie Jones. —Le estrechó la mano—. Me alegro de conocerte por fin en persona.

—Lo mismo digo.

—A todo esto, ¿cómo está Elena? —preguntó Gary.

—Sigue siendo una rusa taciturna. La última vez que la vi estaba en Gujarat.

—¿Gujarat? —preguntó Michael.

—El lugar donde las aguas de la bahía de Bengala, que ya habían invadido Bangladesh y el norte de la India, consiguieron abrirse paso hasta el mar de Arabia. Ahora la India es una isla, sabéis, otro momento importante en este acontecimiento hidrológico. No puedo esperar volver a su lado.

—Lo imagino. ¿Qué te gustaría beber? Tenemos agua, reciclada y filtrada, y algo que pasa por café. O quizá te apetezca un poco de refresco del que bebe Grace, fabricado aquí mismo en la ciudad.

—Cadillac City Cola. —Thandie sonrió a Grace en un intento por incluirla en la conversación, pero Grace desvió la mirada—. Ya la he probado mientras estaba en la cuarentena. ¿Sabíais que en Denver siguen fabricando Coca-Cola, Pepsi y cosas de esas? Que Dios bendiga a América. Gracias, creo que tomaré agua.

—Bueno, nuestra orina reciclada tiene más burbujas que ese brebaje. Espera, quítate la mochila, siéntate...

Mientras Michael se dedicaba a ser el perfecto anfitrión, Thandie se acercó a Grace que se resignó a recibir una palmadita en el hombro.

—Vaya, sí que has crecido.

—Así que conocías a mi madre. —El acento de Grace era complicado. Básicamente americano con fuertes notas de tejano adoptado en aquel campamento, pero decorado con la corrección británica de Michael. Y por debajo de todas aquellas características se percibía una entonación un poco más cantarina, una reliquia del

tiempo que había pasado con los saudíes.

—Tan solo la conocía vía Internet. Siento mucho lo que sucedió.

—No lo recuerdo. —Grace miró a Gary—. Tengo que hacer los deberes. ¿Puedo ir a casa de Karen?

Michael frunció el ceño cuando volvió con una taza de agua para Thandie.

—Eso es de mala educación. ¿Tienes que salir corriendo ahora mismo?

Thandie sonrió y se apartó del camino de Grace.

—Claro, vete, cielo. De todas maneras nosotros vamos a hablar de negocios. Vete a hacer los deberes.

—Gracias —respondió Grace. Apretó la pantalla portátil contra el pecho y se apresuró a salir. Echó el pliegue de loneta que hacía de puerta nada más salir al exterior.

Los adultos se sentaron en ligeras sillas plegables. Thandie sorbió el agua y Gary aceptó una taza de café de Michael. Thandie echó un vistazo a la tienda, a la alfombra seminola que cubría el basto suelo, los baúles de plástico y los armarios, las camas enrollables y el pequeño crucifijo que Michael siempre llevaba encima y que colgaba del poste central como símbolo de su recién redescubierta fe católica.

—Bueno, bienvenida a nuestra *yurta* —dijo Michael con su humor inglés sin dejar de observarla.

—He visto lugares mucho peores que este.

—Apuesto a que sí. Por supuesto, ha ayudado bastante que no hayamos tenido que mudarnos en varios años. Uno empieza a echar raíces.

Thandie sonrió.

—Y aquí estás con traje, corbata y todo, yendo a trabajar como siempre, supongo.

—A Alce Solitario le gusta la formalidad. Dirige toda una ciudad. Aunque no insiste en que llevemos chaqueta, gracias a Dios. He conseguido subir escalones hasta conseguir un puesto fijo y de confianza en lo que equivale a lo que antes era la oficina del alcalde.

—¿De confianza?

—Por encima de mí solo hay seminolas. Eso significa de bastante confianza en un lugar como este.

—Y yo no soy más que un técnico —explicó Gary—. Trabajo sobre todo en el programa de recuperación y reciclado de madera. Pero siempre consigo aplicar mis habilidades. También llevo el servicio climatológico de la ciudad, más o menos.

Thandie lo observó. Gary se sintió ligeramente avergonzado. Quizá se había confesado demasiado pronto.

Thandie bebió un poco de agua.

—Bueno, me alegro de haber conocido a Grace por fin.

—Claro, ha sido muy difícil para ella —dijo Michael—. Hasta cumplir los cinco creció con la familia de su padre, o con una rama de ella. Una familia extremadamente rica. Tenía niñeras y doncellas. La consintieron hasta lo indecible. Y después Gary y yo nos la llevamos. Supongo que somos una pareja extraña.

—Y tanto —dijo Thandie—. Pero estoy impresionada.

—¿Impresionada?

Miró a Gary.

—Sabes, Boyle, antes de venir aquí nunca entendí por qué habías decidido quedarte aquí. Hay tanta ciencia por hacer ahí fuera. Pero ahora lo entiendo. Te quedaste por Grace.

Gary asintió y sus sentimientos defensivos empezaron a evaporarse.

—Yo estuve presente en su nacimiento, en aquel sótano. No hay ningún otro lugar en el que quiera estar salvo a su lado. Nada que quiera hacer salvo verla crecer.

—Tomaste la decisión correcta, compañero.

Alguien se aclaró la garganta en el exterior. En aquella ciudad de tiendas de campaña, aquel gesto se había convertido en el equivalente a llamar a la puerta.

Gary se levantó.

—Tenemos compañía.

Alce Solitario llegó solo, aunque Gary sospechaba que habría un guardia o dos apostados en las sombras del exterior. Thandie se levantó para estrecharle la mano.

El seminola era más bajo de lo que cabría esperar, supuso Gary. Vestía una camisa sencilla y unos pantalones de alguna basta tela artificial. Tendría unos sesenta años y tenía la piel oscura, aunque no maltratada por el tiempo, el pelo negro muy corto y salpicado de gris. Se parecía más a un hombre de negocios hispano que a un líder tribal.

Michael sirvió café recién hecho a todos los presentes. Alce Solitario tomó un sorbo del suyo, probablemente por mera educación. Los ancianos de la tribu estaban acostumbrados a un material mejor que aquel. Thandie y él charlaron sobre cosas sin importancia durante unos minutos. Ella habló de su procedencia, de su carrera antes de las inundaciones y describió lo que había estado haciendo desde entonces: ser testigo de los cambios globales. Gary se dio cuenta de que estaban tomándose la medida el uno al otro.

—Discúlpeme por andarme con rodeos —dijo Alce Solitario por fin—. No es mi estilo. Generalmente voy directo al grano. —Hablaba con un acento ligeramente parecido al cantarín bostoniano.

—Es normal en un hombre ocupado.

—Pero sé que voy a tener que escuchar muy atentamente lo que tenga que decirme. Me he gastado una pequeña fortuna del dinero que nos da el Gobierno para traerla aquí, y lo he hecho porque Gary me dice que es la mejor en su campo. Vivimos en un mundo lleno de mentiras, de negación, de ignorancia premeditada. Mi problema es que tengo que juzgar sus palabras basándome no tan solo en su contenido, sino en usted.

—Piense de mí lo que quiera —dijo Thandie sin alterarse, aunque Gary se dio cuenta de que estaba muy cerca de sentirse ofendida.

—Bien, lo haré. —Alce Solitario se reclinó en su silla—. Pero me pregunto qué pensará usted de mí. Usted ha visto el mundo. ¿Esperaba regresar a casa, a América, y encontrar a su amigo Gary en un campamento dirigido por un indio?

Gary se había sorprendido mucho al saber que Alce Solitario y su gente preferían ese término a cualquier otro.

Thandie se encogió de hombros.

—¿Por qué debería sorprenderme? Hoy en día pasan todo tipo de cosas y todo está mezclado.

—Mi gente vivía en el este, en Florida. Fuimos de los primeros en enfrentarnos a



los colonos americanos. Puede imaginarse que no fue una experiencia muy agradable. Nos cazaron casi hasta provocar nuestra extinción en los Everglades. Pero sobrevivimos a que nos robaran nuestras tierras, a las enfermedades, a los intentos de genocidio y a la discriminación durante generaciones.

»A finales del siglo xx, sucedió un milagro. A través del juego nos hicimos ricos, tremendamente ricos. El dinero nos dio poder. Por ejemplo, pudimos comprar de nuevo nuestras tierras sagradas que habían sido destinadas a explotaciones ruinosas de todo tipo y comenzamos un proyecto para recuperar nuestra lengua. Ocurrió lo mismo con otras tribus a lo largo de todo el país. Nació una nueva tensión entre nosotros y los blancos, y entre nosotros mismos, entre las diferentes naciones. Pero, a mi parecer, íbamos camino de alcanzar un nuevo equilibrio, de vivir una nueva era.

—Y entonces llegó la inundación —dijo Thandie.

—Y entonces llegó la inundación. De nuevo, fuimos de los primeros en sentir su impacto, los primeros en tener que mudarnos, los primeros en perder nuestras vidas. Pero el dinero es muy útil, ¿sabe? Dios me dio sabiduría, creo yo, y el dinero me dio el poder para comprar lo que fuera necesario comprar. Tierras. Tiendas. Retretes portátiles. —Sonrió—. Yo solía montar festivales musicales. Sé cómo acomodar a miles de personas en un prado. Esto no es diferente. Es el Woodstock de la inundación.

»Así que estábamos aquí, sobreviviendo, cuando otros lo habían perdido todo o se habían ahogado porque no habían tomado las decisiones acertadas. Y ahora, debo tomar las decisiones correctas de nuevo.

—Sí.

—En mi familia muchos creen que esto, la inundación, es culpa de los blancos: si se hubieran quedado en casa nada de esto hubiera ocurrido. ¿Usted cree que eso es cierto? ¿Que debemos echar la culpa a las acciones del hombre?

Thandie se encogió de hombros.

—Todavía no tenemos pruebas concretas de ello. Las cosas están cambiando demasiado rápido; y nosotros somos pocos y hay muchas observaciones que hacer. Tengo la impresión de que nunca lo sabremos a ciencia cierta. De todas maneras, ¿qué importa? Entendamos sus causas o no igualmente tenemos que hacer frente a las consecuencias de esta enfermedad del planeta.

—Cierto. —Alce Solitario juntó las puntas de los dedos en un gesto pensativo—. He tenido acceso a unos informes secretos del Gobierno. Según he sabido, el nivel del mar ha subido una media de doscientos metros.

—Eso es bastante inexacto.

—Entonces dígame usted qué sucede en el mundo, Thandie Jones. Cuénteme lo que ha visto.

Ella asintió y abrió la pantalla de su portátil.

Había cambiado el mapa del mundo entero.

En Sudamérica, las inundaciones se habían llevado grandes pedazos de su conocida silueta en forma de cono. La cuenca del Amazonas se habían transformado en un gran mar interior cuyas olas rompían a los pies de los Andes. En el norte, las tierras bajas de Venezuela y Colombia habían desaparecido, y en el sur, otro enorme océano estaba adentrándose por el estuario del río de la Plata, inundando Uruguay, Paraguay y el oeste de Argentina, y amenazando con separar la cordillera de los Andes de la meseta de Brasil.

A medida que el este y el norte de África se iban inundando, la gente huía en masa a las tierras más altas del sur. Pretoria se estaba erigiendo como el lugar más importante de la región.

Australia estaba perdida, todo salvo las tierras altas del oeste y alguna que otra cordillera. En Europa, la población seguía huyendo de las llanuras del norte y se refugiaba en masa en las tierras altas del sur y del norte: en España, en los países mediterráneos, en los Alpes y en Escandinavia. La Unión Europea seguía en pie en su nueva base en Madrid, intentando hacer frente a la interminable crisis de refugiados, a la escasez de alimentos, tierra y agua, y a las enfermedades.

»Pero es en Eurasia donde está el verdadero campo de batalla —dijo Thandie—. No tenemos información suficiente recogida directamente sobre el terreno y todo lo que sabemos proviene de los pocos satélites que quedan. Sabemos que la parte europea de Rusia ha desaparecido bajo las aguas del Báltico, que se han internado hasta llegar a Siberia. Solo se han salvado los Urales. Así que una enorme oleada de refugiados se dirige hacia el este y hacia el sur, a Kazajistán y Mongolia. No creo que nadie sepa qué está ocurriendo allí exactamente, ni siquiera los respectivos Gobiernos cuando llegan a estar en funcionamiento.

»En general, los números hablan por sí solos. A día de hoy hemos perdido tan sólo el veinte por ciento de la tierra sobre el mar, pero resulta que era el hogar de casi la mitad de la población de todo el planeta.

Alce Solitario asintió.

—¿Y Norteamérica?

Thandie mostró más mapas.

—En el oeste, la costa se ha perdido y el mar se ha adentrado por la bahía de San Francisco hasta llegar al valle de Sacramento. Pero es en el este donde se han sufrido las mayores consecuencias. Mire el mapa. Puede ver que hemos perdido una franja de tierra que se extiende desde el golfo hasta la costa atlántica, cubriendo Luisiana, Arkansas llegando incluso a Little Rock, Mississippi, Alabama y Georgia hasta llegar a Atlanta. Florida ha desaparecido, por supuesto.

—Sí, ya sé lo que ha ocurrido con Florida.

—En las dos Carolinas, todo el territorio está bajo las aguas hasta llegar a Charlotte. Por supuesto, la costa este está íntegramente inundada: Virginia, Washington D.C., Baltimore, Filadelfia, Nueva York, todo perdido. El mar está abriéndose paso ahora por la cuenca del Mississippi más allá de Saint Louis. Pronto Chicago se verá amenazada desde el sur y desde el norte por la subida de los Grandes Lagos y una nueva franja de mar cortará el país en dos.

Incluso así, en comparación con otros países, Estados Unidos estaba sobreviviendo. Muchas de las tierras perdidas ante el mar habían sido las zonas más pobladas del país, las más fértiles. Pero en el oeste había mucho espacio. En las Grandes Llanuras, las Dakotas, Montana y Wyoming, había un área mayor que Francia, Alemania y los Países Bajos juntos, ocupada por tan solo tres millones de personas antes de que empezaran a llegar los refugiados. Así que el Gobierno estaba haciendo el esfuerzo de mirar más allá de las necesidades inmediatas y estaba planeando un proyecto gigantesco de construcción y recolocación. Había convocado a los asesores del Departamento de Estado de Reconstrucción y Rehabilitación, que en cuestión de un par de décadas habían adquirido muchísima experiencia reconstruyendo países que habían sufrido desastres naturales o guerras. Ahora, su experiencia iba a tener que aplicarse en casa y tendrían que conseguir recursos de lo que quedaba de los sectores público y privado. En los próximos años nacerían nuevas ciudades en las llanuras, con el trasfondo agrícola e industrial para sostenerlas.

—Es un proyecto fantástico —dijo Thandie—. Como un programa de *terraformación* integral.

—Y una cantidad inconcebible de dinero —intervino Michael—, llenará los bolsillos de una cantidad inconcebible de empresas.

—Bueno, sí. Pero por lo menos es una idea visionaria.

Alce Solitario asintió.

—Pero a corto plazo, ¿qué ocurrirá con Texas? ¿Qué pasará con nosotros?

Thandie trazó el contorno del mapa.

—Ahora mismo la amenaza está alcanzando un punto crítico en toda la zona al sur de Dallas-Fort Worth, Waco, Temple, Austin y San Antonio. Muy pronto toda esa gente va a tener que mudarse. Dos millones de personas en San Antonio, por ejemplo, y casi un millón en Austin. En la zona urbana de Dallas-Fort Worth viven seis millones de personas. Es la cuarta zona metropolitana más grande del país...

—Toda esa gente. Todos vendrán hacia aquí.

—Puede apostar eso.

Alce Solitario sonrió.

—De hecho, yo nunca juego. Tan solo me llevo los beneficios. He oído que el Gobierno ya está apropiándose del terreno de los condados del norte para anticiparse a la llegada de los refugiados. Van a traer al ejército.

—Yo también lo he oído.

—Bueno, los federales van a tirarnos encima a la mitad de Dallas. Van a convertir este lugar en un barrio de chabolas. Y después nos veremos superados por hordas de refugiados.

—Es para esa circunstancia para lo que tiene que hacer planes —dijo Thandie sin alterar la voz.

Alce Solitario asintió.

—Entonces está claro. Se ha acabado nuestro tiempo aquí. Debemos ponernos en marcha.

Gary se le quedó mirando.

—¿Ponernos en marcha? ¿La ciudad entera?

—Este lugar está demasiado cerca de la creciente marea humana. Debemos retirarnos a un lugar seguro, más alejado.

Mientras Alce Solitario comentaba los detalles con Thandie, Gary se quedó pensando.

Trasladar la ciudad entera parecía algo imposible. Pero también era una opción mejor que quedarse esperando a que millones de personas de Dallas llegaran trepando por los cañones. Aunque ese, claro, era el punto de vista de un hombre egoísta que tenía el estómago lleno, agua y un lugar donde dormir, respecto a los que no tenían nada.

Gary consideró su situación. Tenía que sacar de allí a Grace y a Michael antes de que llegaran las hordas. Eso era lo más importante. Unirse a la emigración de Alce Solitario era un plan mejor que ir por su cuenta y convertirse en tres refugiados desarrapados más. Pero si aquello no salía bien, quizá llegaría el momento en el que tendrían que separarse y llegar solos a tierras más altas, al oeste de las Rocosas. O quizá deberían aceptar la invitación tantas veces repetida de Lily Brooke y unirse a ella en los Andes...

Michael lo observaba, serio, mientras llevaba a cabo sus propios cálculos.

Gary volvió a unirse a la conversación.

—Usted ha visto horrores —decía Alce Solitario a Thandie—. Poblaciones enteras de refugiados. Ecosistemas enteros destruidos. Pero también habrá visto maravillas.

—¡Oh, sí! El mundo entero está sufriendo una transformación y está convirtiéndose en algo nuevo. He viajado en barco por Norteamérica, quiero decir, sobre los estados inundados del este. El mundo está volviendo a un estado similar al del cretácico, antes de que llegara el asteroide que acabó con los dinosaurios: un mundo de mares poco profundos. Pero los nuevos ecosistemas de esos mares quizá no tengan tiempo de asentarse antes de que se vean ahogados también. No sabemos

qué vendrá a continuación.

—¿Por qué no lo saben? ¿Cuánto subirá el agua? El Gobierno no tiene cálculos propios, o si los tiene no los hace públicos.

—Los Gobiernos que han sobrevivido no cuentan con ningún modelo creíble, desde mi punto de vista. Ni siquiera en Denver quieren aceptar la peor de las posibilidades, contemplar la posibilidad de un mundo futuro en el que no podrán hacer nada. Los asesores del Gobierno niegan la inundación porque es lo que los políticos quieren oír, a pesar de que el agua ya les está mojando los zapatos. Y la negación es la madre de la mala ciencia.

—¿Y qué se necesita para hacer buena ciencia?

—Los datos son escasos e inconexos —respondió Thandie—. Siempre ha sido así. Ocultos bajo fenómenos locales, zonas calientes y otros efectos. Debe tomar todo lo que yo diga con cierta reserva...

—No soy estúpido, señorita Jones —dijo Alce Solitario sin alzar la voz—. Dígame lo que usted cree.

—La subida del nivel del mar sigue acelerándose —respondió ella sin rodeos—. Parece ser que el crecimiento se ha amoldado a un paradigma más o menos estable. Durante los últimos cinco años, la crecida se ha acercado bastante a un crecimiento exponencial al ritmo de un catorce por ciento al año. Pero claro, es una crecida compuesta.

Alce Solitario hizo un gesto de disgusto.

—Yo dirijo casinos. Entiendo lo que es el interés compuesto. Significa que cada cinco años se doblará el nivel de crecimiento del mar. Si sigue así...

—Haga sus cálculos.

Alce Solitario negó con su pesada cabeza y unió las puntas de los dedos. No parecía tan impresionado como Gary habría creído.

—Entonces es para eso para lo que tengo que hacer planes.

—Ya lo creo. Tengo para usted un informe más detallado en mi ordenador.

Alce Solitario desechó el comentario con un gesto de la mano.

—Más tarde. ¿Tiene hijos, doctora Jones?

—No.

—Si los tuviera sería más duro para usted ser testigo del sufrimiento del mundo.

—Supongo que sí. Pero creo que haría mi trabajo incluso en esas circunstancias.

—Sí. Pero yo sí tengo hijos. Y mi trabajo es diferente. Mi deber...

Y siguieron hablando.

La noche avanzó y el brillo de las lámparas llenó la tienda de campaña. Michael hizo más café. Tras una hora de charla, Gary empezó a preguntarse si comerían en algún momento.

Y tras un par de horas, Grace llamó a Gary al móvil para decir que se iba a quedar

a pasar la noche con su amiga Karen.

Junio de 2029

De las anotaciones de Kristie Caistor:

La cámara web de la hermana Mary Assumpta se alzaba en el aire temblorosa, ofreciendo una imagen vívida de las multitudes que se arremolinaban en torno a las monumentales ruinas del palacio de los emperadores romanos en la colina Palatina. Y, ocasionalmente, cuando la cámara temblaba y ampliaba sus vistas, se podía vislumbrar el resto de Roma, totalmente inundada. La antigua ciudad se había visto reducida de nuevo a las siete colinas de las que había nacido.

La policía italiana, estacionada por todo Palatino, observaba nerviosa. La experiencia les había enseñado que los devotos no tenían por qué ser precisamente los que mejor se comportaran, y una oleada, o peor, una estampida, sería catastrófica. En días como aquel siempre cabía la posibilidad de un acto terrorista.

El ruido del helicóptero rugió sobre la multitud.

La cámara de la hermana Mary, buscando el origen del sonido, convirtió las ruinas y el cielo azul italiano en un mero borrón. Y después encontró el helicóptero, pintado en una mezcla de los colores de la policía y del amarillo papal.

El helicóptero hizo descender una jaula al palacio Flavio. Y cuando esa misma jaula se elevó al cielo de nuevo, el Santo Padre iba en su interior, rodeado de cardenales y hombres de seguridad embutidos en trajes negros, con sus ropas blancas azotadas por el viento y la mano alzada en una bendición. Un murmullo se alzó desde la muchedumbre, más un gemido que un grito, y el micrófono de la cámara web de la hermana Mary la captó mascullando oraciones en un gaélico pronunciado a toda velocidad.

Se decía que el papa regresaría ahora a su tierra natal, América; y que desde allí seguiría dirigiéndose a su rebaño a través de los modernos medios de comunicación. Pero todos los que estaban allí, en el Palatino, sabían que aquel era el día en el que los papas habían abandonado Roma para siempre. El Vaticano estaba casi perdido y allí se terminaba una turbulenta historia que abarcaba casi dos mil años.

El helicóptero ascendió y viró al oeste, hacia el mar creciente, donde un portaviones americano esperaba para recibir a bordo al Santo Padre. La policía se movió entre la gente en un intento por comenzar a dispersar a la multitud.

Alguien gritó con un fuerte acento australiano.

—¡Próxima parada, La Meca!





Agosto de 2031

Amanda envió un coche a recoger a Lily, para traerla a través de todo Cuzco hasta su casa. Lily lo esperó con cierta ansiedad.

Por fin el coche se deslizó hasta la puerta de Lily. Era una de esas limusinas impulsadas por hidrógeno de Nathan Lammockson: nueva, de líneas elegantes y con un aroma dulzón en su interior. Arrancó silenciosamente.

Habían pasado ya once años desde que habían llegado a Proyecto Ciudad, seis desde la muerte de Benj; y Lily raramente visitaba a su hermana en persona. La tensión entre Amanda y Piers se había convertido en insostenible tras el tiroteo en el que había muerto Benj. Y la particular obsesión de Piers con Kristie, evidente para Lily desde que Ollantay la hubiera mencionado hacía tantos años, no había desaparecido y tampoco ayudaba a mejorar las cosas.

Pero ahora Kristie se había puesto en contacto con su madre y su tía, y les había pedido a las dos que fueran a verla a Chosica, donde Ollantay estaba trabajando en el proyecto *Arca Tres* de Lammockson. Eso era algo que había sorprendido mucho a Lily, que creyó que no debían ignorar esa petición. Y no pensaba que Amanda fuera a hacer caso omiso. Así que llamó a su hermana y sugirió que debían hablar del tema. Se sorprendió ligeramente cuando Amanda aceptó encontrarse con ella.

Por lo menos el coche era cómodo. En cierta manera, el vehículo era el máximo exponente de la visión de Lammockson sobre Proyecto Ciudad, pensó Lily, una visión que estaba tomando forma una década después del nacimiento de la ciudad. Las dos plantas nucleares y las granjas eólicas y solares dividían el agua en oxígeno e hidrógeno. Este último alimentaba los vehículos agrícolas de las granjas y un puñado de coches privados. De hecho, los tanques de combustible de esos vehículos servían también como almacenes móviles de energía. El coche era el emblema de un nuevo estilo de vida, compuesto de piezas que eran fáciles de distribuir, adaptables, resistentes y duraderas, limpias, y que no generaban residuos de ninguna clase. Al menos, ese era el sueño.

Ese sueño tenía su reflejo en la recluida, estática y altamente tecnificada Utopía en la que vivía Amanda. Raras veces salía de casa y cuando lo hacía para acudir a un compromiso u otro, se apresuraba a entrar en una de las limusinas de Villegas para evitar tener que respirar aquel aire rancio, con hedor a alcantarilla y rico en dióxido de carbono. Nunca había visto los barrios de chabolas que rodeaban Proyecto Ciudad, ciudades como P-ville; ni el sufrimiento de regiones alejadas del dominio de Nathan.

Cuando llegó al palacio en miniatura de Villegas, Lily se sintió extrañamente

reacia a salir del coche.

El mayordomo la recibió en la puerta y la llevó al interior del antiguo hotel. El sistema del aire acondicionado había sido recuperado de la embajada americana en Lima, y su frescor era intenso pero bienvenido. Lily se quitó la gorra y su poncho reflector y se frotó la crema solar de la cara ayudada por un espejo cercano a la puerta, esforzándose por eliminar aquella sustancia aceitosa de las profundas arrugas de su rostro de cincuenta y cinco años.

El mayordomo esperó. Jorge llevaba años al servicio de Amanda. Estaba estudiando un doctorado en biotecnología en el colegio técnico de Nathan y estaba asombrosamente sobrecualificado para estar allí recogiendo abrigos. Pero si eras un rico viviendo en Proyecto Ciudad, podías elegir de entre las masas de refugiados que llegaban penosamente desde los valles. Y allí había gente brillante y de aspecto agradable que para llegar a aquellas tierras altas habían hecho cosas peores que servir a los ricos.

Jorge le enseñó el camino hasta la gran sala de estar, al vestíbulo del antiguo hotel con su enorme pared de roca inca, donde Amanda la esperaba sentada en un sofá de cuero. Vestía un traje de pantalones anchos y estaba sentada con las piernas cruzadas y una copa en la mano. La enorme pantalla de plasma mostraba una telenovela que formaba parte de una interminable lista de programas de deportes y seriales escritos en inglés, español o quechua, como lo prefiriera el espectador. Era una de las muchas estrategias de Nathan para anestesiar a su densa población. Amanda no se levantó. Alzó la copa, que estaba llena.

—Siéntate. Toma un trago. Jorge te traerá lo que quieras. Una vez desarrollas cierta inmunidad, este vodka de patata no está tan mal, sabes. —En ese último comentario Lily vio al menos un atisbo de la antigua Amanda.

—Tomaré lo que esté bebiendo ella, por favor.

Jorge hizo una inclinación y se retiró.

Lily se sentó con cautela en uno de los enormes sofás.

Amanda siguió viendo la telenovela. Ya tenía más de cincuenta años, pero Lily pensó que su hermana seguía siendo hermosa: delgada y con esa inconsciente flexibilidad para adoptar posturas elegantes que los hombres encontraban tan atractiva. Pero la amargura que había arraigado en ella el día de la muerte de Benj en P-ville resultaba evidente en la tensión que rodeaban sus ojos y en la forma tirante de su boca.

Aquella estancia de reluciente cuero y suelos brillantes estaba decorada con artefactos recuperados de ciudades sumergidas. Juan Villegas, nacido católico, había adquirido una buena colección de arte sacro, y tenía almacenada en estanterías protegidas con cristal a prueba de balas una hilera de cálices expuestos como si

fueran trofeos deportivos. Se decía que se había llevado toda una puerta de la catedral de Lima.

Jorge regresó con la bebida de Lily y se retiró. Lily tomó un sorbo. Era muy fuerte.

—Bueno —dijo Lily insegura—. ¿Dónde está Juan?

Amanda movió una mano y el volumen del televisor se redujo.

—Por ahí con la Guardia Santa. Regresará pronto. —Miró a Lily—. Tú no cambias, ¿verdad? Quizá estés un poco acartonada, pero eso es todo.

—Gracias.

—Sin embargo, se te ve pálida.

—Es por la crema solar y los sombreros. Ahí fuera hace mucho calor, Amanda.

—Por eso no salgo nunca. ¿Sigues trabajando en los cultivos manipulados genéticamente?

—En eso y en el programa agrícola de Nathan en general...

Habló sobre los nuevos planes de Lammockson, que tenía a sus científicos trabajando para encontrar una solución a la presión generada sobre la tierra agrícola. Sus nuevos cultivos de maíz, cereales y arroz eran resistentes a las sequías y mucho más nutritivos que sus antecesores. La técnica más radical consistía en convertir semillas de un solo cultivo en algo perenne: variedades de trigo, cebada y maíz que no necesitaban ser sembrados. Eso ahorraba una cantidad ingente de trabajo y los sistemas de raíces permanentes se anclaban profundamente en la tierra y podían buscar más nutrientes y agua fresca que en la superficie. Argentina y México siempre habían sido pioneros en cultivos transgénicos antes de las inundaciones y a Nathan no le había resultado difícil contratar expertos en estos temas.

También había en marcha un programa de adaptación a largo plazo. A medida que subía el nivel del mar, era como si la tierra cultivable estuviera subiendo por momentos también. Por ahora, los expertos en agricultura estaban cultivando especies que podían crecer en condiciones de montaña. Pero en un futuro, a medida que las zonas ecológicas se trasladaran hacia arriba, quizá tendrían que cambiar a otro tipo de cultivos más propios de altitudes menores. Pensar en todo eso resultaba inquietante y daba un poco de miedo, pero Nathan insistía en que debían prepararse.

Lily intentó explicar a Amanda lo agradable que era trabajar entre cosas verdes que podían crecer, a pesar de que el campo fuera un lugar extrañamente silencioso y tranquilo. Ahora tenían unos pocos animales de granja. Las gallinas y los cerdos consumían los residuos vegetales para maximizar la eficiencia del empleo de la tierra; pero el ganado, las ovejas e incluso las llamas y alpacas locales eran demasiado caros de mantener. Al parecer ocurría lo mismo por todo el mundo. Era extraordinario comprobar que incluso estaba llevándose a cabo un proceso de extinción entre los domesticados animales de granja.

Amanda escuchó, pero estaba claro que no tenía el más mínimo interés en el tema; y de vez en cuando su atención se concentraba en las cambiantes imágenes de los actores de la telenovela.

Lily se calló y tomó un sorbo de vodka. Después dijo:

—Bueno, y Kristie...

Amanda arqueó las cejas.

—Quiere algo. Es la única razón por la que se suele poner en contacto conmigo. De lo contrario tan solo cuento con los informes de la policía de AxysCorp para saber en qué está metida. Juan tiene acceso a su expediente criminal. Es increíble la de cosas que puedes descubrir de la gente de esa manera.

—Venga, hombre —dijo Lily—. Kristie no es una criminal.

—Quizá no, pero el mes pasado ese quechua suyo estuvo a un milímetro de sufrir una condena por interrumpir los envíos de patatas que llegan desde el área del Titicaca. Menudo idiota está hecho. Juan tuvo que tirar de muchos hilos para conseguir que lo trasladaran a Chosica y a ese proyecto del arca. De lo contrario, le habrían mandado al exilio.

El exilio significaba que nunca más podría poner el pie en las comunidades de los Andes bajo control directo o indirecto de Nathan Lammockson, y que acabaría arrojado a la oscuridad del caos, el hambre, el miedo y la enfermedad.

—Y por supuesto, se llevó a Kristie con él. Incluso aunque le hubieran expulsado de aquí, ella habría ido con él. ¡Ah, ella no habría tenido elección! Juan se habría ocupado personalmente de que así fuera. Es un partidario acérrimo del Nuevo Testamento, ya sabes. Ahora para él todo es blanco o negro. Si Ollantay no hubiera mostrado ese poquito de sentido común que le queda y no se hubiera retirado, yo no habría conseguido convencer a Juan de que lo protegiera, o a Kristie. ¿Por qué debería hacerlo? —Amanda tomó un buen trago de vodka y dejó el vaso en el brazo del sofá. Jorge apareció de la nada con un vaso nuevo y lleno hasta arriba, blanco por la condensación del cristal frío; y substituyó el vacío casi sin hacerse notar.

—Pero esta vez es diferente —dijo Lily—. Me refiero a que nos ha contactado a las dos. Quizá tenga otro tipo de noticias. O quizá es que solo quiere vernos...

—Tú sueñas.

—Vayamos juntas —dijo Lily impulsiva—. Mañana tengo que bajar a la costa. Están montando otra expedición de buceo en Lima. Sanjay McDonald está allí ocupándose de la parte científica para Nathan.

—¿Sanjay quién?

—El climatólogo. Estaba en Londres. Es un colega de Thandie Jones, que conocía a Gary. Hasta donde yo sé Gary sigue con Grace en algún lugar de los Estados Unidos. Con un poco de suerte Sanjay quizá tenga noticias de ellos.

Una vez más los ojos de Amanda derivaron hacia la telenovela. A medida que

pasaban los años, había ido perdiendo interés en la relación de Lily con los ex rehenes de Barcelona. Pero, por el contrario, a medida que sus lazos familiares se iban deshaciendo, Lily sentía que lo que la unía con aquellos que habían compartido su cautividad era cada vez más fuerte.

—No importa —dijo Lily—. Cuando vuelva, iremos a ver a Kristie, las dos juntas.

—Tú, yo y Michaelmas, quieres decir.

—Piers es mi compañero —respondió Lily tensa—. Se preocupa por nosotras.

—Di más bien que tiene una fijación malsana con una sola persona por la que se «preocupa».

—Eso no son más que tonterías. Una debilidad. Piers intenta manejarlo lo mejor posible. —Y era cierto. Era un rasgo de él que Piers despreciaba con toda su alma.

Hacía tiempo que Lily había superado su sorprendente resentimiento hacia lo que Piers sentía por Kristie. Sabía que él nunca la había amado y que nunca lo haría; de hecho, estaba convencida de que a pesar de un divorcio y un par de relaciones fallidas, probablemente como resultado de aquellos años imposibles, Kristie se había convertido en la obsesión de Piers, a pesar de ser una niña que él apenas conocía. Pero él estaba ahora mediada la cincuentena y Kristie tenía veintiséis. Ese amor de alguien mayor por una persona joven no era más que nostalgia.

*Bueno, si yo puedo vivir con ello, pensó Lily, tú también puedes, Amanda.*

Pero Lily sabía que el problema de Amanda con Piers no era tan solo su peculiar fijación con Kristie. No. El problema de Amanda era que culpaba a Piers por la muerte de Benj, que había muerto atrapado en un tiroteo en P-ville. En aquella época Piers había sido el responsable nominal de las operaciones de seguridad. Era una responsabilidad de que él aceptaba plenamente aunque en el estricto sentido moral, aquello no había sido culpa suya. Eso, sin embargo, no servía de nada con Amanda.

—Mira, Piers no es un mal hombre. Lleva sobre sus hombros tanta responsabilidad como cualquier otro en este lugar. Pero todos tenemos debilidades. Todos cometemos errores.

Amanda hizo un gesto de disgusto y desvió la mirada.

—Juan nunca comete errores. O al menos él no cree que los cometa. Ahora mismo está ahí fuera con la Guardia Santa, patrullando la zona al pie de las colinas del este en busca de refugiados.

A medida que el nivel del mar había seguido subiendo, tanto que estaba a punto de alcanzar el asombroso límite de cuatrocientos metros, el flujo de refugiados seguía sin disminuir. Así que Nathan había creado la Guardia Santa, unidades duras y fuertemente armadas que salían al caos y hacían lo que fuera necesario para desviar las riadas de refugiados. Muchos de los guardias habían sido reclutados en Pizarroville y eran personas desesperadamente pobres que luchaban por mantener lo

poco que tenían.

—Es un trabajo duro —dijo Lily—. Yo no podría hacerlo.

—Ese es el problema —replicó Amanda—. Juan tampoco puede, o no podía hacerlo hasta que se juntó con los del Nuevo Testamento. Es un hombre de conciencia, lo creas o no. Necesita encontrar una forma de justificar lo que hace.

Lily conocía la teoría. Si Dios había roto el pacto que había hecho con Noé tras la inundación bíblica, pacto que figuraba en el Génesis 9, 11, «Nunca más habrá una inundación que destruya la tierra», era porque los hombres habían faltado a él en primer lugar. Pero ¿Dios estaba castigando a toda la humanidad? Probablemente aquellos que habían sido suficientemente listos como para mudarse a tierras más altas hacía años eran una especie de elegidos de entre un rebaño de pecadores; y tenían el deber de mantenerse vivos para la nueva era postinundación que estaba a punto de llegar. Por el contrario, aquellos que no habían sido tan listos como para prepararse, hacían evidente su debilidad al igual que sus pecados. Por lo tanto, los elegidos de las tierras altas tenían el sagrado deber de seguir vivos y aferrarse a sus tierras.

—Han tenido muchas reuniones sobre este tema aquí mismo —explicó Amanda mientras jugueteaba con un mechón de pelo—. Hombres de negocios como Juan, pero también soldados, médicos y curas. He tenido que organizar muchas bebidas y aperitivos mientras ellos hablaban sobre cómo ametrallar a los refugiados y sobre la justificación moral de la selección.

—¿La «selección»?

—Hubo un médico que habló de «apoptosis», que es un fenómeno del cuerpo mediante el cual las células enfermas se suicidan para dejar espacio a las células sanas. Tienen un desarrollo bastante elaborado, hablando teóricamente, claro. Tiene cientos de justificaciones escritas para lo que están haciendo. Está todo en la red si quieres echarle un vistazo.

—¡Dios, Amanda! No sé cómo puedes soportar todo esto.

De pronto, Amanda se enfadó.

—Si quieres saberlo, lo odio. ¿Tú no? Odio la forma en la que vivimos. Odio vivir entre paredes, con vallas de alambre de espino y torres con ametralladoras mientras el resto de la humanidad se muere de hambre. Odio a Nathan y sus planes locos, sus cultivos artificiales, sus minas marinas y su estúpida arca. Odio a la gente como Juan, que una vez fueron decentes, y que ahora se están volviendo locos poco a poco por lo que tienen que llegar a hacer para seguir vivos. Y me odio a mí misma por mi hijo muerto y por mi hija que no me habla salvo cuando me necesita para evitar que la metan en la cárcel. Odio todo esto. Mi vida empezó a ir cuesta abajo cuando Jerry se largó, y ha ido a peor de forma continua desde entonces. Cuando éramos niñas en Fulham nunca hubiera creído que todo fuera a terminar así.

—No. —Obedeciendo a un impulso, Lily alargó los brazos para reconfortarla.

Pero Amanda desvió la mirada.

Lily se levantó y dejó su copa.

—Tengo que prepararme para el viaje a Lima. Te llamaré cuando vuelva e iremos juntas a ver a Kristie, ¿vale?

—Lo que quieras. —Amanda tomó otro sorbo y agitó una mano para hacer que la telenovela adquiriera de nuevo el volumen adecuado para seguirla. Las voces de los actores llenaron la estancia.

Ejerciendo un poco de presión, Piers logró que Lily consiguiera una plaza en un helicóptero de suministros que se dirigía a Lima.

La costa yacía envuelta en la baja y permanente niebla que los habitantes de Lima habían llamado una vez «garúa», de modo que el helicóptero descendió hacia una total blancura. Y después, la compleja y cuadrada estructura de una torre petrolífera apareció entre la niebla. Lammockson había levantado aquella torre sobre el corazón de la ciudad sumergida para emplearla como base para sus continuas operaciones de recuperación.

El helicóptero aterrizó en la cubierta superior de la torre y Lily descendió.

Descubrió que podía caminar hasta el borde de la plataforma, que estaba delimitada por una verja y hojas de plexiglás. El mar, gris y ondulado, se extendía hasta el horizonte cubierto por la garúa. Lily bien podía encontrarse en medio del océano. Pero, sin embargo, estaba de pie sobre el corazón de una megaciudad de la que no quedaba ni rastro.

Un lacayo de AxysCorp salió a su encuentro a toda velocidad, un joven entusiasta que tenía instrucciones de Piers para ella. Sanjay trabajaba en la plataforma, pero estaba supervisando una inmersión de gran profundidad en Lima y Lily tenía algo de tiempo para andar a su aire; una hora quizá. El lacayo intentó persuadirla para que se refugiara bajo cubierta, donde estaría más segura y donde podría comer algo, beber una cerveza e incluso ver la televisión. Lily rechazó el ofrecimiento. Necesitaba respirar aire. Le entregaron un grueso abrigo para ponérselo encima del mono y una taza de café, luego se alejó de la niñera que le había puesto Piers, para dar un paseo por la plataforma.

Pasó por delante de todo tipo de maquinaria que se alzaba como esculturas al aire libre, atendidas por ingenieros con cascos y monos de trabajo. Reconoció algunas de las operaciones que se estaban llevando a cabo. La mayor parte de las operaciones de recuperación se realizaban de forma remota, con grúas que bajaban los robots con brazos manipuladores y herramientas para cortar materiales por entre los edificios sumergidos. Incluso después de todos aquellos años de constante saqueo, Lima como todas las grandes ciudades del mundo, seguía siendo un tremendo filón.

Pero Lammockson siempre se anticipaba a los demás, y en aquella plataforma se estaban llevando a cabo pruebas con tecnología más avanzada. Sus topógrafos le habían informado de que debajo del manto oceánico era posible encontrar oro, cinc, cobre, plata y plomo; materiales en bruto que facilitarían la supervivencia de una civilización a largo plazo. Los científicos incluso sabían dónde había que buscar:



cerca de enormes depósitos volcánicos que llamaban «yacimientos masivos de sulfuros en el lecho oceánico», generados por respiraderos hidrotermales; lugares en los que el agua circulaba entre grietas profundas en la roca del manto oceánico, donde disolvía los metales incrustados provocando su precipitación en negras chimeneas de forma cónica. Así que Lammockson estaba creando una instalación de minería en el lecho marino. Tenía otros equipos de expertos trabajando en localizar yacimientos de petróleo submarinos. La minería acuática se había descartado en el pasado por los daños causados por el ruido, las columnas de sedimentos y la turbulencia, que podría desestabilizar los frágiles ecosistemas del fondo del mar. Pero a nadie le importaba nada de eso ya, o por lo menos nadie estaba en condiciones de pararle los pies a Lammockson.

Lily observaba cómo hacían descender un nuevo robot de recuperación cuando Sanjay se unió a ella.

—¡Lily! ¿Qué hace una babosa de tierra como tú en un cubo oxidado como este?

Como solía ocurrir siempre que se encontraba con un rostro del pasado, Lily sintió una intensa oleada de emociones y una añoranza muy particular. Agarró a Sanjay y le dio un abrazo.

—Me alegro de verte.

Sanjay se sometió al ritual y también abrazó a Lily. Con su baja estatura, su constitución compacta y embutido en el mono de AxysCorp estándar, apenas aparentaba los cuarenta y cinco años que tenía ya, salvo por las canas de su barba.

—¿Quieres ir bajo cubierta? —preguntó Sanjay—. Tenemos salones, bares. Puedes resguardarte de este aire frío.

—¿Tú quieres bajar?

—Bueno, yo llevo horas dentro de esa sala de control, respirando humo de cigarrillos y halitosis de cerveza rancia y planta de coca. Preferiría quedarme aquí fuera si a ti no te importa.

—Demos un paseo.

Reanudaron el lento caminar de Lily por la cubierta. Sanjay le preguntó por Amanda y habló de sus hijos y sus madres que vivían en el archipiélago escocés, donde una nueva y extraordinaria sociedad anfibia estaba naciendo de los antiguos clanes.

También dijo que la inmersión profunda que acababan de completar había ido muy bien.

—Gracias a Ganesh hoy en día casi nunca hace falta que baje yo en persona. Mira, desde aquí puedes ver el bote. —Señaló una embarcación desgarrada que colgaba de la grúa, chorreando agua. Extrañamente se parecía mucho a un submarino convencional cortado por la mitad, con brazos manipuladores, cámaras y ventanales que se arracimaban en la parte central.

—Es un COMRA. Desarrollado por la China Ocean Mineral Resources R & D Association.

—¿Un diseño chino?

—Comprado por Lammockson para AxysCorp a precio de oro junto con villas de lujo en Proyecto Ciudad para la tripulación y los ingenieros. La inmersión a Lima ha ido bien. Hemos bajado hasta el centro cultural que rodea la plaza Mayor y las tiendas en Miraflores. San Isidro, el distrito financiero, es bastante accesible. Además, hemos conseguido un buen puñado de datos científicos. De hecho, ha sido la comunidad quechua, de ahí arriba, de los Andes, la que ha pagado por la inmersión. Querían recuperar cosas que les interesaban a ellos.

Aquello despertó la curiosidad de Lily y se preguntó si aquello tendría algo que ver con Ollantay. Aunque, en general, no estaba muy interesada en el saqueo de Lima.

—Tengo noticias de Gary Boyle —añadió Sanjay.

—A través de Thandie Jones, supongo. No sé nada de él desde hace años.

—Bueno, no está en un lugar desde el que sea fácil mandar postales.

—¿Dónde está?

—Ahí está la cuestión. En ningún sitio... —Sanjay explicó a Lily cómo Gary formaba parte de una comunidad itinerante formada por miles de personas que se desplazaban por los abarrotados estados del oeste.

»Llevan años en marcha, Lily. Después de que se vieran obligados a marcharse de su campamento en Amarillo, no pudieron encontrar otro lugar en el que establecerse. —Sanjay se encogió de hombros—. Por lo que he oído sigue ocurriendo: enormes masas de gente que se desplazan en busca de un hueco donde vivir.

—¿Grace sigue con él?

—Sí. Y según Thandie es una adolescente muy malhumorada.

—Eso es sano —afirmó Lily—. Ojalá hubiera algo que pudiera hacer por ellos.

—Todavía sigue habiendo un vínculo entre aquellos que sobrevivisteis a lo de Barcelona, ¿verdad? Gary está bien. Estoy seguro de que él está pensando que ojalá hubiera una forma de que él pudiera ayudarte a ti.

Acordaron seguir hablando del tema más tarde. Lily añadió que iba de camino a visitar el *Arca Tres* de Lammockson para ver a Kristie. Ofreció llevar a Sanjay.

—Me gustaría mucho. ¿*Arca Tres*? Me pregunto qué estará planeando Lammockson en esta ocasión.

—Podrás ver lo que haya para ver. No creo que él nos cuente nada.

Sanjay la miró fijamente.

—No pareces muy contenta con la situación.

Lily reconsideró su posición.

—Normalmente me mantengo alejada de los proyectos más barrocos de Nathan.

Hay algo que no cuadra en estos proyectos supertecnológicos. Es algo obsesivo, ¿sabes? Está intentando controlar el mundo a través de la tecnología. Mientras, a nuestro alrededor... —Lily hizo un gesto para abarcar el océano gris que se ondulaba sobre los restos sumergidos de Lima.

—Entiendo —dijo Sanjay pensativo—. Pero quizá sea en estas ocasiones en las que necesitamos grandes pensadores como Nathan Lammockson. Porque está claro que necesitamos grandes soluciones. —Sonrió—. La locura es lo último a lo que recurre la evolución. Pero no le digas a Nathan que yo he dicho eso. Será mejor que firme mi salida de la tripulación del COMRA. Te veo en el helipuerto.

—Claro. —Pero en cuanto Sanjay se volvió, Lily lo llamó para preguntarle—. Antes has dicho que un grupo quechua ha puesto dinero para financiar la inmersión. ¿Qué buscaban?

—Guiaron el robot hasta la catedral. —Sonrió—. Sacaron un ataúd. ¡Con los huesos de Pizarro!

Chosica, a mil metros sobre el antiguo nivel del mar, había sido una vez una ciudad de vacaciones para los residentes de Lima. El río Rimac atravesaba la ciudad, pero el paisaje lejos de las riberas era puro desierto. Las laderas de las montañas eran de roca blanca ajada por el sol. Para alojar a los trabajadores de Nathan, una primitiva comunidad de chabolas había crecido alrededor del antiguo corazón de la ciudad. Lily y Sanjay caminaron por la ciudad de chabolas guiados por un sistema de navegación vía satélite que daba indicaciones en una pantalla cosida a la manga del mono de Lily. Buscaban la cabaña que Kristie compartía con Ollantay. Ya era bien entrada la tarde.

Aquel era otro barrio de chabolas en un mundo de chabolas, donde, en aquellas cabañas precariamente construidas, hervían cazuelas, jugaban los niños y los perros dormían al sol. Había un persistente hedor a alcantarilla. Pero sobre todo aquello asomaba amenazante la silueta de un barco, las líneas refinadas de una embarcación lo suficientemente grande como para navegar en mar abierto, cubierto con andamios.

—No me lo puedo creer —dijo Sanjay—. ¡Esa cosa tiene por lo menos trescientos metros de eslora! Ya sé que llamáis a este proyecto «*Arca Tres*», pero podría haber significado cualquier cosa; podría ser un nombre metafórico, podría ser un banco de semillas o una bóveda helada para conservar cigotos. Nunca imaginé que se refería a un condenado barco como el de la Biblia. ¡Estamos a un kilómetro por encima del antiguo nivel del mar! ¿Cómo piensa Nathan botar esa cosa?

Lily no tenía ni idea.

—Ya sea porque el barco vaya al mar o porque el mar llegue al barco, va a ser algo digno de ver, ¿no crees?

—Hay algo en el diseño de esa bañera que se me hace familiar. No soy ingeniero naval. A ver si encuentro algo. —Sacó su viejo teléfono móvil y buscó en su memoria.

—De hecho, Nathan lo está construyendo en colaboración con un consorcio.

—¿Un consorcio formado por quién? ¿Gente como él?

—Nathan se niega a decir nada —admitió Lily—. Pero creo que esa es la idea. Incluso los millonarios se han quedado sin espacio para construir zonas protegidas. Así que buscan otras soluciones.

—Supongo que si esta es la número tres, habrá más arcas.

—No lo sé.

Sanjay era incapaz de dejar de mirar la embarcación.

—No puedo creer lo que ven mis ojos. ¡Un barco en mitad de los Andes! Este hombre se ha vuelto loco.

El GPS de Lily emitió un pitido. Por fin habían llegado a la chabola que Kristie compartía con Ollantay. Estaba claro que Amanda había llegado ya porque Jorge, el mayordomo de Amanda, esperaba fuera con su traje y corbata. Parecía totalmente ajeno a la suciedad que lo rodeaban.

Lily miró a Sanjay.

—Esto puede terminar en sangre.

—Familias.

—Sí. Venga, acabemos con esto de una vez.

La chabola era una caja hecha de plástico y abarrotada de trastos, montones de ropa, una cama, una mesa y armarios. Había ventilación y ventanas, y un ventilador estaba enchufado y funcionando; pero hacía muchísimo calor. El oso de peluche que descansaba en lo alto de un armario era un recuerdo de un pasado muy lejano.

En aquella diminuta estancia, cuatro personas se acercaban todo lo posible a las esquinas con la esperanza de mantenerse bien lejos unas de las otras: Piers, Amanda, Ollantay y Kristie. Amanda vestía su traje de pantalón color negro y Kristie un burdo y colorido vestido de lana. Piers y Ollantay lucían los monos de AxysCorp y, extrañamente, se asemejaban mucho mientras se encaraban sin decir palabra, separados por la diagonal de la estancia. Nadie dijo nada cuando Lily y Sanjay entraron.

—Bien —dijo Lily—. ¿Recordáis a Sanjay McDonald, de Londres?

Nadie respondió.

Sanjay no pareció incómodo por la situación. Saludó a todo el mundo con la cabeza y se sentó en un cajón de plástico puesto boca abajo. Enseguida se puso a pasar imágenes de barcos clásicos en su móvil.

—Tengo la impresión de que hemos entrado en mitad de una discusión —dijo Lily.

—Podrías llamarlo así —replicó Amanda—. O de un chiste.

—Mamá... —dijo Kristie.

—Aunque, claro, te has perdido el remate final —dijo Amanda—. ¿Por qué no le cuentas a Lily lo que acabas de decirme?

Insegura, tensa y cabezota, Kristie miró a Lily.

—Nos vamos a casar —dijo—. De acuerdo con las tradiciones del pueblo de Ollantay...

—Está embarazada —anunció Piers—. Eso es lo que nos ha dicho. Embarazada. De este hombre. —No podía soportar mirar a Ollantay, ni siquiera pronunciar su nombre. Tenso e inmóvil, Piers parecía más quebradizo que nunca, pensó Lily; disecado y frágil. Y ahora percibió que Kristie parecía estar más gorda bajo toda aquella ropa de lana.

Ollantay tenía ya treinta años. Su cuello era ahora más grueso y tenía la piel curtida.

Lily dejó escapar el aire y se sentó.

—Así que es por eso por lo que nos has llamado, Kris.

—Sois mi familia —explicó Kristie—. Tú eres mi tía. —Inspiró profundamente—. Ella es mi madre. Quería decíroslo en persona. Tenía la esperanza de que os alegrarais por mí.

—¡Alegrarnos! —replicó Amanda—. ¡Ah, pero qué tonta eres!

—La familia de Ollantay está contenta. Su madre...

—Por Dios, Kristie, me importa una mierda lo que piense un puñado de pastores de alpacas llenos de pulgas.

Ollantay miró fijamente a Amanda.

—En mi cultura —dijo—, los amantes viven juntos antes de la boda. Es un periodo que llamamos *servinakuy*, que significa «servirse el uno al otro». Solo nos casamos cuando concebimos y demostramos que podemos tener hijos. Según mi tradición, todo lo relacionado con nuestra relación ha sido de lo más honorable.

Piers se levantó.

—¡Oh, ya está bien...! No pienso tolerarlo más. —Y se marchó agachándose para poder pasar por la puerta.

Amanda miró a Kristie.

—¿Cómo puedo convencerte para que cambies de idea? ¿Quieres que hable con Juan o con Nathan? ¿Tengo que hacer que arresten a este payaso que te ha dejado preñada...?

—Mamá...

Amanda se levantó y se acercó a su hija.

—¿Y si te obligo a abortar? Podría hacerlo, sabes.

—Mamá, estoy embarazada de siete meses.

—¿Acaso crees que eso importa? No te estoy hablando de un hospital público de la Seguridad Social. Bastaría con una palabra de Nathan. ¿Es eso lo que quieres?

Kristie le dio la espalda a su madre. Ollantay se acercó para protegerla. Lily se levantó rápidamente con la intención de intervenir antes de que alguien recurriera a la violencia.

Y Sanjay, en su rincón, concentrado en la pantalla de su móvil, no paraba de reírse.

—Sabía que había visto ese diseño antes. Es el *Queen Mary*. ¡Nathan Lammockson está reconstruyendo el *Queen Mary* en mitad de los malditos Andes! ¡Ah, gracias Ganesha por permitirme vivir el tiempo suficiente como para ver esto!

Septiembre de 2031

Gary puso un pie tras otro sobre el asfalto agrietado y polvoriento. Grace caminaba a su lado. Tenía dieciséis años, era delgada y caminaba muy recta, casi como un animal salvaje. Entre los dos empujaban un carrito de supermercado que contenía la forma inerte de Michael Thurley. Michael dormía intranquilo tapado con una lona de plástico, acurrucado en la enorme cesta de metal.

Y delante de ellos avanzaban muchos más caminantes, una línea que se extendía kilómetros. Los vigilantes del alcalde caminaban en paralelo a la columna principal con sus rifles y pistolas a la vista. A su alrededor no había nada salvo la desolación de las Grandes Llanuras que se extendían hasta el horizonte.

Era la Ciudad Caminante, una ciudad en continuo movimiento. Caminar significaba el mundo entero. Caminar significaba la vida.

La mayor parte del tiempo, Gary avanzaba casi de forma inconsciente. Salvo que la ruta exigiera mucho esfuerzo físico, se permitía perderse en el ritmo lento y el suave balance de su cuerpo, los músculos trabajando, un pie tras otro, agostando su juventud en aquella llanura enorme, casi del tamaño de un continente, que atontaba los sentidos. Gary pensaba a veces que aquella caminata era una respuesta kármica a su experiencia en los sótanos de Barcelona: unos años de encierro que se anulaban con aquella época de espacios casi infinitos, la llanura bajo los pies y el cielo sobre la cabeza.

Cada mañana, tras caminar un par de kilómetros que era lo que tardaban en calentarse sus músculos, su mente salía volando como un globo al que le hubieran cortado el amarre. Tenía solo treinta y nueve años y, sin embargo, ya se había despojado de muchas cosas; como la continua búsqueda de significado en su pasado, sus miedos por lo que sería de él, Grace y Michael. Nada de eso importaba cuando lo único que podías hacer de verdad era caminar, mover un pie tras otro como en una lenta propulsión hacia un futuro real.

Pero de vez en cuando, volvía en sí.

Hacía tiempo que había perdido todos sus gramos de grasa sobrante. Sus pies eran como palas de cuero y los músculos de sus pies y de sus nalgas estaban duros como una roca. Las botas estaban tan gastadas, flexibles y lustrosas que parecían formar parte de su piel. Vestía su viejo mono resistente de AxysCorp, tan gastado que ahora era del color de la misma tierra. A la espalda llevaba una mochila que contenía otro mono, su única ropa de recambio, ropa interior, tan gastada de lavarla que se podía ver a través de ella; y otro tipo de cosas de poco peso como sandalias de plástico, un

poncho plateado que te resguardaba de la lluvia y de los rayos del sol, un fino pero caliente saco de dormir y un colchón hinchable enrollado, los elementos para montar una tienda inflable y trastos para cocinar. También llevaba otras cosas que no le cabían en la mochila como una pala ligera y un pico. Otra bolsa colgaba de su cintura; era pesada y contenía comida y cantimploras de agua.

Todas aquellas cosas habían sobrevivido a duros procesos de selección tras muchos años de caminata, saliendo victoriosos de una especie de filtro darwiniano que primaba la utilidad, la durabilidad y el poco peso, y que había descartado ya todo lo que se había roto o había demostrado ser poco útil o muy pesado. Todos eran producto de una civilización que había desaparecido y todos por igual eran tremendamente valiosos.

Que era la razón, claro, por la que Michael se había metido en un lío hacía unos días. No podías permitir que te robaran las botas, ni siquiera a costa de tu vida.

El paisaje no era como el de Iowa, por donde habían pasado en temporada de cosecha. Allí habían caminado por campos llenos de vida, con sus granjas rojas relucientes y los prados amarillos y verdes, las brillantes torres de agua y los poderosos elevadores de trigo. Habían tenido muchas posibilidades de encontrar trabajo, porque ya nadie tenía gasolina. Las grandes cosechadoras yacían inútiles y la cosecha debía hacerse a base de músculo humano y animal.

Pero en Nebraska no había más que soledad y vacío, una llanura que seguía y seguía. Las ciudades eran lugares de una sola calle donde no había más que silos de grano, gasolineras que ya no servían para nada y coches parados; y por todas partes se veían grandes carteles que mostraban todo tipo de mensajes inflexibles: «No hay comida», «No hay gasolina», «Estamos armados», «Seguid caminando», «Perros». Entre las ciudades, las carreteras estaban vacías salvo por ocasionales casas rodantes o todoterrenos abandonados donde algún emigrante anterior se había quedado sin gasolina. La gente había desaparecido, a excepción de aquellos que creían que era más fácil saquear a los que pasaban por allí en vez de producir algo por ellos mismos. Y eso era lo que le había sucedido a Michael.

Por eso, ese día, Gary no podía dejarse llevar por la monotonía de la caminata: por la carga de Michael. El alcalde les había prestado el carrito de la compra, que estaba muy lejos del supermercado al que pertenecía. Era justo lo suficientemente grande para llevar a Michael con las piernas encogidas hasta darse en el pecho con ellas, aunque no dejaba de rebotar cada vez que se atascaban las ruedas. Las botas de Michael estaban guardadas debajo de él por su propia insistencia. Michael casi había muerto protegiéndolas y no estaba dispuesto a perderlas por nada del mundo.

Gary compartía la carga de empujar el carrito con Grace. Pero caminar de aquella forma lo estaba desequilibrando bastante y, a medida que se sucedían los kilómetros, empezó a sentir esa asimetría molestándole en las caderas y la espalda. Tuvo que



admitir que lo estaba llevando mal, y según avanzaba el día, los dolores fueron a peor.

Mediada la tarde se sintió tan mal que, de hecho, notó un gran alivio cuando el F-15 pasó rugiendo por encima de sus cabezas.

Todo el mundo se agachó, tambaleándose. Gary soltó el carrito y este avanzó sobre el asfalto. Thurley rebotó y gimió en su sueño lleno de dolor. La columna se detuvo en desorden y el murmullo de las conversaciones sustituyó al sonido de los pasos.

—¡Vaya! —dijo Grace. Se quitó su gastada gorra de béisbol y se secó el sudor de la frente. El avión era como una joya reluciente que bajaba hacia la negra cinta que era la carretera—. ¿Tú qué crees? ¿Denver o Salt Lake City?

Gary gruñó.

—Hasta donde yo sé los mormones no tienen todavía su propia fuerza aérea. —Pero también era cierto que estaba muy poco informado de esas cosas y que ese avión parecía más bien una antigüedad.

Grace comprobó el estado de Michael. Había vuelto a dormirse profundamente. Se le caía la baba y tenía la mejilla empapada.

—¡Puaj! —dijo Grace con un gesto de asco. A veces parecía mucho más joven de lo que era. A pesar de todo se agachó y limpió la boca de Michael con la manga de su mono. Después, sacó una cantimplora de su mochila para darle de beber.

Gary se alejó de la carretera y se adentró entre los matorrales de la pradera. Uno de los vigilantes no le quitó la vista de encima, pero no parecía tener intención de moverse para intervenir. Gary forzó la vista para ver qué sucedía más adelante en la carretera. Vehículos militares de verde camuflaje se estaban alineando en el asfalto, bloqueando el camino. Después, izaron una gigantesca bandera de barras y estrellas a la que no sacudió ni una somera brisa.

—Control de carretera —informó.

—Ya —dijo el vigilante.

Desde la cabeza de la columna empezaron a sonar silbatos de los que llevaban los agentes del alcalde.

—Ya está bien por hoy —dijeron a medida que recorrían la columna—. Romped filas y salid todos de la carretera.

Un coche eléctrico avanzó, mientras un megáfono indicaba las instrucciones de aquella noche.

—Apellidos de la «e» a la «f», a cavar letrinas; de la «i» a la «k», a buscar agua. Por favor, informad a los guardias de cualquier detalle local. De la «e» a la «f», a cavar letrinas... —La columna se dividió en dos y todos abandonaron el asfalto, pisando la tierra y el polvo. Dejaron caer mochilas y bolsas, y sacaron los componente para montar las tiendas inflables: aislante para el suelo, puntales

hinchables y los vientos. Hombres y mujeres avanzaron con muy poco entusiasmo, palas y picos en mano, para cavar las trincheras para las letrinas.

Gary ayudó a Grace a sacar el carrito de la carretera. Avanzaron cincuenta metros más o menos hasta que encontraron un claro limpio. Grace extendió la lona de plástico en el suelo y sacó a Thurley del carrito. Agotado y consumido por las caminatas, pesaba tan poco que ella sola podía cargar con él.

Gary sacó su móvil. Pulsó un botón cauteloso y frunció el ceño al oír el pitido que le indicaba que la batería estaba a punto de terminarse. Aun así lo dejó encendido y lo dejó en la lona al lado de Thurley para darle tiempo al aparato a que estableciera sus conexiones, averiguara dónde estaban exactamente y descargara sus mensajes.

El sol estaba todavía en lo alto. Aquella era una de las ventajas de aquella parada no programada, mucho antes de lo planeado. Así que Gary sacó su hornillo de espejo y lo montó. No tenían combustible para encender un fuego. A veces Gary imaginaba que toda Norteamérica había sido desprovista de cualquier tipo de madera, arrasada por las nubes de langostas humanas que habían pasado por allí en una dirección u otra a lo largo de los años. Pero el hornillo de espejo era un elemento muy valioso de su equipaje. Constaba de un espejo parabólico con tubos huecos por los que circulaba el aire, apoyado sobre un pequeño pedestal de alambre. Si se posicionaba el espejo, directo hacia el sol como un girasol plateado, se podía generar calor suficiente como para hervir el agua de una cazuela pequeña.

—Creo que está bien —dijo Grace—. No ha perdido mucha sangre. Y no se le ha abierto la herida.

Gary frunció el ceño.

—Bueno, esto está bien. —De hecho, era un milagro, sobre todo teniendo en cuenta que toda la atención médica que había recibido Michael para una herida que en otros tiempos le habría llevado directo a cuidados intensivos, habían sido los conocimientos de primeros auxilios de Gary y Grace.

—Dejemos que descanse un poquito —añadió Grace—. Luego intentaré darle de comer.

—Claro. Más tarde recorreré la columna a ver si puedo encontrar a un médico que nos dedique un poco de tiempo.

Gary rebuscó en la mochila hasta dar con las hojas de té y las tazas de hojalata, y comprobó la comida que les quedaba. Era el típico alimento de un viajero, duro de masticar pero muy duradero: cecina de conejo, rodajas de pan duro sin levadura que se hacía en las panaderías de la ciudad andante, fruta secada al sol, pasas y albaricoques.

Grace se dio cuenta de que Gary había encendido el móvil.

—Y bien, ¿dónde estamos?

Gary cogió el aparato y comprobó las funciones del GPS.

—A unos pocos kilómetros al norte de Lincoln. No creo que hubiéramos llegado allí antes de que se hiciera de noche. Mañana, seguro. Todo dependerá de lo que dure ese control.

El bloqueo de la carretera era un problema muy serio. El alcalde había negociado con la ciudad de Lincoln para que pudieran acampar en los terrenos al norte de la ciudad al menos durante unas pocas semanas, con alojamiento, comida y agua a cambio de trabajar en las defensas contra inundaciones y en el puerto de aquella ciudad de Nebraska. También iban a trabajar en los campos. Los caminantes no podían cargar con muchos suministros y ya se estaban quedando sin comida. No poder moverse en un día o dos podía significar llegar a pasar hambre. Pero no había nada que Gary pudiera hacer al respecto.

Se quitó las botas y los calcetines, algo que suponía uno de los mejores momentos del día. Sacó las sandalias de plástico que utilizaba para moverse por el campamento, abiertas y blandas, para que sus pies pudieran respirar y relajarse. Escondió las botas debajo de una manta y sacó la navaja y una lima con la intención de suavizar la piel dura de los talones. *Como todo un soldado, pensó vagamente, quizá como los tipos que les habían bloqueado la carretera y todos y cada uno de los hombres de infantería de la Historia hasta retroceder a Alejandro Magno, tienes que cuidar bien de tus pies.*

—Tú sueñas —dijo Grace—. Apaga el teléfono.

—Ya. —Gary obedeció a regañadientes. La pequeña pantalla de su móvil brillaba como una pequeña ventana hacia un lugar mejor. Aquella era su única conexión con el resto del mundo, más allá de la ciudad andante: con su familia de la que no sabía nada desde la muerte de su madre; con sus colegas científicos; con Lily, la de Barcelona. Tenía un cargador, pero no electricidad. Se le había partido el corazón cuando tuvo que cambiar su juego de pilas solares por comida cuando la ciudad había pasado por sus peores momentos, atrapados en una tormenta de polvo y tierra en algún punto cercano a Dodge City. Ocasionalmente, muy ocasionalmente, llegaban a un lugar donde aún tenían electricidad, generada por el sol, los biocombustibles, el viento o el calor geotermal. En esos casos podía cargar el móvil a cambio de trabajo. Pero la última carga había tenido lugar hacía ya mucho tiempo y los pocos segundos o minutos que se permitía tenerlo encendido cada día agotaban lentamente la batería.

Mantuvo el dedo sobre el botón de apagado. Pero entonces la pantalla se iluminó y emitió un mensaje: «No apagues. Voy hacia allí. Os encontraré». Era de Thandie Jones.

Un todoterreno llegó a toda velocidad y derrapando por la carretera. Era descapotable y lo conducía un tipo de uniforme mientras en el asiento de atrás iban Thandie y otra mujer. El coche tenía por lo menos quince o veinte años de antigüedad y parecía mucho más viejo. Pero ahora resultaba evidente que el ejército, al menos, tenía acceso a combustible. La gente se quedó mirando fijamente el todoterreno. Excepto los pequeños vehículos eléctricos urbanos, en aquellos días era muy difícil ver un coche en movimiento.

Gary sintió una oleada de emoción. Hacía cinco o seis años que no veía a Thandie; desde que ella había visitado brevemente Cadillac City para informar a Alce Solitario. Sabía que Thandie había estado explorando las orillas del mar interior que poco a poco se estaba formando en Estados Unidos, estudiando sus características e informando al Gobierno de Denver sobre sus posibilidades para la navegación y sobre otros detalles como la ecología. De hecho, Gary había tenido la esperanza de reunirse con ella en Lincoln, si la ciudad móvil conseguía llegar hasta allí. Pero ahora era ella la que venía a su encuentro.

El coche se detuvo al lado del pequeño campamento de Gary. Gary pudo olerlo, oler la goma de los neumáticos, el aceite y el hedor del tubo de escape. Las esencias de una infancia americana.

Thandie se bajó del todoterreno y caminó hacia ellos con grandes pasos. Debía tener ya cuarenta y cinco años, o quizá más. Pero, a pesar de que en su cabello cortado casi al cero asomaban manchas grises y su rostro mostraba unas facciones duras y curtidas, casi masculinas, Thandie se movía con fuerza y agilidad. Y cuando abrazó a Gary, rodeándolo con fuerza con sus brazos, Gary sintió que le aplastaba las costillas.

—Vaya, Thandie, estás en forma.

Thandie dio un paso atrás sin soltarlo.

—Bueno, tú también. Supongo que es la vida de hoy en día, ¿eh? La extinción global incluso se ha cobrado la vida de los vagos de sofá.

Los compañeros de Thandie se acercaron. La mujer delgada de cabello color ceniza que se detuvo al lado de Thandie, de unos cuarenta años y expresión seria, era Elena Artemova. La ecologista rusa seguía tal y como Gary la recordaba de tantos años atrás, cuando se habían conocido de camino al mar Caspio. Lo único que había cambiado era que su belleza se había visto acentuada por las arrugas de la edad alrededor de la boca y cierto toque plateado en el cabello. Cuando se acercó a Thandie, sus brazos se rozaron, pero Thandie no se movió; las dos parecían no

haberse dado cuenta del contacto.

—Sabes —dijo Gary—, lo que recuerdo de vosotras dos es que discutíais todo el tiempo. Cuando estábamos en aquella dacha en el mar Negro...

—Así son las pibas. Mujeres sin hombres, ¿eh, colega? —Había hablado el soldado que conducía el todoterreno. Era un hombre de aspecto recio, robusto. Lucía los galones de sargento y tenía el rostro cubierto por un casco y unas gafas de sol polvorientas—. Gary Boyle, ¿me equivoco? Supongo que no te acuerdas de mí. —Se quitó el casco y se rascó su cabello salpicado de gris; después, deslizó las gafas por el puente de la nariz. Parecía mayor que los demás, sesenta quizá, pensó Gary. Tenía unos ojos azules impactantes enmarcados en un rostro bronceado; pero los ojos estaban inyectados en sangre y en la nariz eran visibles unas venillas escarlata—. De la *Trieste*. ¿Te acuerdas?

—Gordo —dijo Gary mientras recordaba—. Gordon James Alonzo.

—Ese soy yo. —Señaló los galones de su manga—. Ahora, sargento Alonzo. Me alisté de nuevo cuando los mormones empezaron a dar por culo. Soy demasiado mayor, pero joder, no van a rechazar a un astronauta. —Miró alrededor por aquel campamento dispuesto en línea recta donde la gente se revolcaba en el polvo y la tierra—. Pero supongo que por aquí no hay naves espaciales, ¿eh?

—No —dijo Thandie—. Pero pronto habrá en Lincoln un puerto en el que podrán atracar barcos que crucen los océanos. ¡Un puerto en medio de Nebraska! Es inevitable quedarse atónito por la idea. Gary, hemos llegado aquí gracias a Gordo. No creo que podáis llegar a Lincoln en breve.

—¿Por qué no?

—Porque se está preparando una guerra —respondió Gordo—. Bueno, ¿y vas a invitarnos a entrar? Menuda hospitalidad, colega. ¿Tienes algo para beber?

Gordo entró en el campamento de Gary y echó un breve vistazo a Thurley, a Grace y a sus pocas pertenencias. Grace estaba sentada al lado de Thurley, insegura. Nunca sabía cómo comportarse cuando había extraños delante, y Gary observó que se había colocado un cuchillo en el cinturón, a la vista de todo el mundo. Para gran alivio de Gary, Gordo no pareció tener mucho interés en Grace. Quizá las mujeres de más edad, como Elena, fueran su tipo.

Gary los agobió de atenciones, extendiendo más mantas sobre el suelo de tierra y desenrollando sacos de dormir para que los invitados pudieran sentarse. Les enseñó su hornillo solar.

—Podemos preparar bebidas calientes. Té, por ejemplo, si os gusta a la cazuela. Si no, solo tenemos agua. La filtramos bien y se puede beber. —Miró a Gordo—. Nada de alcohol.

Gordo gruñó. Echó mano de su petaca, la abrió y dio un buen trago. Luego se la

ofreció a Gary.

—¿Quieres?

Gary miró la petaca deseoso. Podía oler el güisqui. Pero negó con la cabeza.

—Creo que no. Cuando nos pusimos a caminar, me costó muchísimo librarme de un hábito que ni siquiera sabía que tenía. No es buena idea que vuelva a él.

Thandie y Elena se acercaron a las mantas y se sentaron, una al lado de la otra, con las piernas cruzadas.

—No queremos molestar —dijo Thandie—. Podemos ver que estáis bien instalados. Pero si no os importa nos quedaremos una noche. Hemos traído cosas en el todoterreno de Gordo. Una tienda y demás. Te aceptaré un té, Gary, pero más tarde seréis nuestros invitados.

—Cortesía de mi parte —dijo Gordo alzando la petaca de nuevo—. De mi parte y de parte del tío Sam.

Thandie se volvió hacia Grace.

—No sé si te acuerdas de mí, cariño. La última vez que nos vimos tenías unos diez años.

Grace desvió la mirada con fingida falta de preocupación. Gary conocía aquel gesto. Grace se sentía muy incómoda cuando aparecían de la nada fragmentos del pasado. Prefería vivir en el presente, en aquel mundo polvoriento de tiendas de campaña, largas caminatas, letrinas cavadas en trincheras y bandidos; el único mundo que conocía, salvo por aquellos extraños años cuando había sido rehén de una familia real saudí.

Elena se levantó y examinó a Thurley, que dormía tapado con su manta.

—Este hombre...

—Es Michael Thurley —explicó Gary—. Antes trabajaba para el Gobierno del Reino Unido e intentó ayudar a Helen a encontrar a Grace.

—Está herido —dijo Elena. Levantó la manta con cuidado para examinar la herida.

—Nos tropezamos con unos bandidos —respondió Gary—. Hace un par de días y unas docenas de kilómetros. Caminábamos por la pradera, por las colinas de arena de Nebraska.

—Supongo que querían algo con gran desesperación —intervino Gordo.

Gary se obligó a sonreír.

—Querían sus botas. Eso es todo. Pero Michael no se las dejó robar.

—Y ganó —concluyó Grace.

—Claro que sí. Pero está muy malherido.

El cuchillo del bandido no se había clavado con profundidad en el estómago de Michael; había sido más como si hubieran intentado rajarle más que clavarle la hoja, lo que hubiera sido mortal. La herida era limpia, pero era larga y Michael había

perdido más sangre de la que se podía permitir en su debilitado estado.

Gary no había sido capaz de encontrar un médico, así que Grace y él se las habían apañado solos. Gary había unido la herida mientras Grace la había cosido con un hilo de pescar, un material muy valioso que habían sacado de una tienda de deportes saqueada hacía ya cientos de kilómetros. Con sus dedos pequeños y vista más joven, Grace había hecho un buen trabajo, mucho mejor que el que Gary podría haber hecho nunca. De hecho, era Grace la que siempre remendaba sus escasas ropas. No habían podido contar con ningún anestésico, ni ningún desinfectante salvo el agua caliente conseguida gracias al hornillo de espejo. Pero habían conseguido hacerlo.

Elena asintió seria.

—Bueno, era necesario. Buen trabajo. Pero ahora vivimos en un mundo en el que es normal que una niña de dieciséis años tenga que efectuar una operación quirúrgica para salvar la vida de un hombre herido.

—Lo hicimos lo mejor que pudimos —dijo Gary, honesto, con cierto sentimiento de que estaba siendo criticado.

Grace se levantó tensa.

—Gary, voy a salir a ver a mis amigos.

—Claro, cariño, si es lo que quieres —respondió él—. Pero no tienes por qué ir...

—Sí, si tengo por qué. Así vosotros podéis hablar de lo que guardáis en vuestros corazones. Me doy cuenta de que es lo que deseáis. —Y se marchó, avanzando por la columna que había acampado lejos del control de carretera.

—Lo siento. Tengo la impresión de que hizo exactamente lo mismo la última vez que estuviste aquí —dijo Gary.

—No te disculpes —respondió Thandie—. Tiene mucha energía. ¿Por qué no va a mandarnos a la mierda a los viejos? Oye, Gordo, ¿no podrías hacer que uno de los médicos del ejército viniera a echar un vistazo a Michael?

—No, no —respondió Gordo—. Va en contra de las normas de tratar a un refugiado enfermo o herido.

Elena suspiró.

—El ejército cuenta con los mejores médicos. Es igual que en los tiempos del Imperio romano. Y tienen también la mejor comida.

—Sí, sí.

—¡Ah, venga, pez gordo! —insistió Thandie—. ¿De qué sirve ser astronauta si no puedes tirar de algunos hilos? Consíguenos un médico.

Gordo parecía malhumorado. Pero se levantó, caminó hasta su todoterreno y habló por la radio.

Thandie hizo un guiño a Gary.

—Se cree que todavía es guapísimo.

—Sí —dijo Elena—, y además piensa que todas las mujeres de la Tierra pensamos que es irresistible. Una vez incluso lo intentó conmigo. Me llamó «tortillera cañón». Tuve que darle un puñetazo en los testículos para que me dejara en paz.

—Hay que saber manejarle, eso es todo —explicó Thandie—. Tienes que admitir que nos resulta muy útil.

La tetera empezó a hervir. Gary añadió unas hojas de té, le dio unas vueltas al brebaje, y vertió el líquido en unas tazas de hojalata. Sacó cecina de conejo de su mochila y la colocó en unos delgados platos de plástico.

Gordo regresó. Se quedó de pie unos instantes, bebiendo de su petaca, y echó un vistazo al campamento con una mano cerrada en un puño y apoyada en una de las caderas.

—¡Dios! —dijo—. No puedo creer que viváis así. Sois como vagabundos. ¿Es cierto que hay mujeres que tienen a sus hijos en este sitio? ¿Que se quedan preñadas, paren y cuidan de sus camadas sin abandonar la carretera?

—Qué bonito eso que has dicho, Gordo —dijo Thandie.

—Mira, quizá estemos en la calle, pero tenemos que vivir —explicó Gary—. Y para mucha gente, vivir significa tener hijos. Además, no nos dedicamos a dar vueltas sin más. Estamos organizados. Puedes comprobarlo tú mismo. Somos una ciudad móvil. Tenemos un alcalde al que hemos elegido nosotros, aunque tuvo que ser una elección a mano alzada. Tenemos policías e instalaciones médicas, y tenemos relaciones con otras comunidades. Tenemos sacerdotes de todo tipo, e imanes y rabinos. Nos ayudamos los unos a los otros, enterramos a nuestros muertos, cuidamos de nuestros niños. Y nos mantenemos alejados de los problemas. Nuestro primer alcalde fue un hombre llamado Alce Solitario, un indio seminola...

—Lo recuerdo —dijo Thandie—. Era un tipo muy inteligente.

—Se lo cargó un francotirador, pero el sistema que él creó sobrevive. No somos mendigos. Somos jornaleros itinerantes. Trabajamos a cambio de alojamiento y comida. No es una vida ideal, pero tampoco pretendemos que dure para siempre. Buscamos un lugar donde establecernos y echar raíces. Hasta que lo encontremos, seguiremos caminando. Es una ciudad de jornaleros itinerantes, pero es una ciudad después de todo.

Pero Thandie miró a Elena mientras Gary hablaba, y él supo lo que ella estaba pensando.

El mar interior que había entrado en Norteamérica por el este se extendía ahora hasta el lejano oeste y formaba una línea que se extendía de norte a sur, desde las dos Dakotas, por Omaha, Wichita y Oklahoma City, hasta llegar al golfo. Al este de esa línea y hasta llegar al Atlántico, no quedaba nada de la parte continental de los Estados Unidos salvo los picos de los Apalaches. Todo era mar. Incluso América



contaba cada vez con menos espacio.

—Siempre os rechazan —dijo Elena.

—Es cierto. Una vez llegamos a un lugar en el que el alcalde movilizó a la Guardia Nacional para echarnos. Dijo que merecíamos morir.

Aquello hizo enfadar a Elena.

—¿El alcalde era un hombre? Tan solo un hombre podría dejar que muriera un niño.

Había otros lugares en los que simplemente habían decidido no quedarse.

Las nuevas ciudades del Gobierno federal, situadas en las Grandes Llanuras y que empezaban a ser conocidas como «Friedmanburgs», resultaban ser los patios de recreo de las corporaciones; enclaves para ricos donde se experimentaba el capitalismo puro y duro. Ciudades de chabolas rodeaban normalmente esas zonas protegidas encerradas dentro de muros; ciudades que vivían de la basura de épocas pasadas o proveyendo de mano de obra barata a los burgueses del otro lado del muro. Pero hacía un año, Gary había oído que las cosas habían empezado a cambiar por fin. En aquellos días no eran tan solo los más pobres los que vivían apiñados en barrios de chabolas, sino que también la antigua clase media americana se había visto reducida a vivir en casuchas de cartón al igual que todos los demás. Grupos religiosos, de protección de derechos civiles y de otro tipo de intereses, habían mostrado su firme oposición a la naturaleza de esas Friedmanburgs y su dominio corporativo. Ahora, antiguos abogados, contables y profesores que vivían en las ciudades de chabolas empezaban a hacerse oír, a articular sus quejas y a presionar al Gobierno que había salido elegido gracias a sus votos. En ese mismo instante, el poder de las corporaciones había empezado a flaquear debido al fallo total y definitivo de las complejas redes internacionales de información, riqueza y recursos de las que dependían todas.

El Gobierno estaba agotado por los años de crisis y arruinado por todo el dinero que había tenido que invertir en salvar a sus ciudadanos de las inundaciones; además, el índice de ingresos por impuestos rayaba ya el cero absoluto. Pero ahora, bajo una intensa presión, el Gobierno había decidido poner en marcha los recursos que le quedaban. Las Friedmanburgs habían sido nacionalizadas a la fuerza a base de unidades de la Guardia Nacional, tanques y cazas. Los millonarios habían salido corriendo, pero no había muchos enclaves hacia los que poder huir. Nathan Lammockson había recibido a algunos de ellos en Proyecto Ciudad, como pago por viejas deudas. Él siempre decía que se había marchado de los Estados Unidos anticipándose a lo que iba a ocurrir.

Pero todo aquello no ayudó a Gary y a los demás. Porque la Ciudad Caminante estaba lejos de las Friedmanburgs, andando por otra carretera polvorienta.

—¿A qué viene el control de carretera? ¿Refugiados? —preguntó Gary a Gordo.

Gordo negó con la cabeza. Mordió un trozo de cecina de conejo y habló mientras masticaba.

—No es eso. Son los jodidos mormones. Hay follón en la I-80...

Gary apenas sabía nada al respecto.

—¿Qué tienen que ver los mormones con esto?

—Utah está lo suficientemente alto como para haber sobrevivido casi intacto —explicó Thandie—. Son autosuficientes. Y ahora la comunidad mormona se ha puesto chulita. No han querido ver lo que el Gobierno de Denver estaba haciendo por ellos. Primero bloquearon la llegada de refugiados en la frontera del estado, a no ser que fueran mormones o estuvieran dispuestos a convertirse. Después dejaron de pagar los impuestos. Cuando Denver envió a la policía, el FBI y, por fin, al ejército, los mormones lucharon.

—Una guerra de independencia iniciada por una disputa sobre impuestos —dijo Elena—. La historia americana se repite.

—Han montado su propio maldito ejército —continuó Gordo—. «Los soldados del ángel Mormoni». Yo me alisté en el Ejército cuando parecía que íbamos a tener una guerra de verdad, de las de antes.

—¿Y es una batalla por el dominio de una carretera interestatal?

—Por todas las interestatales. —Thandie empezó a dibujar un mapa en la tierra—. Lincoln está en un punto estratégico de lo que es todavía una gran ruta transcontinental. Mira, la I-80 solía atravesar el país, desde San Francisco hasta Nueva Jersey. Todavía sobrevive la parte occidental, desde aquí, Lincoln, Nebraska, por la Divisoria Continental hasta llegar a las colinas que asoman sobre la bahía de San Francisco.

—Pero —intervino Elena—, al este de aquí, la carretera está bajo el agua. Lincoln es el nuevo punto de llegada y salida.

—Denver está haciendo planes para el futuro, buscando una forma de utilizar ese mar y esa nueva costa. Hablo de comercio y de proyectos similares. Y la construcción de un puerto en ese punto de la interestatal sería ideal para el comercio, el movimiento de tropas y todo eso. Pero el problema es...

Gary terminó la frase.

—El problema es que en Salt Lake City han pensado lo mismo.

—Exacto —afirmó Thandie—. Los mormones han levantado un campamento en las afueras de Lincoln. Y ahora, Buzz Lightyear y sus coleguitas del Ejército han bloqueado la zona. Por lo que sé, todavía están parlamentando. Tenemos la esperanza de poder evitar el conflicto.

—Una esperanza que no compartimos todos —gruñó Gordo—. Algunos de nosotros queremos darles por culo a los mormones y acabar con esto. —Cerró la petaca y la volvió a guardar en el bolsillo—. Voy a montar nuestra tienda. Eh,

madame Brezhnev, ¿me echas una mano?

Elena frunció el ceño y le miró seria. Pero se levantó, se sacudió la tierra de la ropa y lo siguió hasta el todoterreno.

Gary se quedó sentado con Thandie.

—Tanto pensar en estrategias. En planes para la guerra y para la búsqueda de poder. Pero si el mar sigue subiendo... —Era el mismo comentario que todos los climatólogos llevaban haciendo quince años en torno a sus fogatas.

La inundación se acercaba ya a los cuatrocientos metros de subida del nivel del mar, y se había perdido el cuarenta por ciento de la tierra seca de antes de la catástrofe. Eso significaba que la población mundial tenía un setenta por ciento menos de terreno para vivir. Cuatro mil millones de personas. Además, las vastas masas de agua desplazadas por las inundaciones, que habían añadido su peso sobre tierra seca, habían provocado un continuo festival de acontecimientos tectónicos tales como erupciones de volcanes, terremotos y *tsunamis*.

—Luego están los cambios en el clima. Hay múltiples procesos nuevos que arrojan dióxido de carbono y otros gases invernaderos al aire, y los mecanismos que deberían anularlos están fallando continuamente. Incluso si el nivel del mar dejara de subir mañana, los cambios provocados seguirían afectando al planeta hasta mucho después. No sabemos cuál será el resultado final. Pero desde luego será algo totalmente diferente a lo que conocemos hoy en día.

—Pero el nivel del mar no va a dejar de subir.

—No. Seguro que habrá más guerras como esta. Más escaramuzas por pedazos de tierras altas. Todos vamos a tener que decidir dónde nos interesa quedarnos. —Eché un vistazo a aquella ciudad acampada—. Un grupo de este tamaño no será viable durante mucho más tiempo.

—Lo sé.

—¿Ya has decidido adónde queréis ir Grace y tú?

Gary la miró fijamente.

—¿Tú sí?

—Al oeste —respondió ella rápidamente—. A Denver. La capital de estado más alta del país, hogar del Gobierno federal, probablemente el mayor enclave de una civilización de alta tecnología que ha quedado en el mundo. Creo que es el lugar en el que hay que estar.

—El lugar del que procederá cualquier solución que ponga fin a esto.

Thandie hizo un gesto de disgusto.

—Ya no creo en «soluciones». Tan solo quiero vivir en un lugar donde pueda ducharme con agua caliente hasta cuando sea posible. ¿Y tú?

Gary dudó.

—Me mantengo en contacto con Lily Brooke. Nos ha invitado a unirnos a ella en

la fortaleza de Nathan Lammockson en los Andes.

—Proyecto Ciudad. —Thandie sonrió.

—Sí. Mira, sé que hay algo turbio en Lammockson, pero es un tipo duro y lleno de recursos que se ha comprometido a protegernos; me refiero al grupo de Barcelona. No nos ha abandonado en quince años, y Lily y Piers tienen buena relación con él. Creo que lo voy a intentar allí.

Thandie frunció el ceño.

—Eso significa ir al sur. A través de México, Panamá...

—No va a ser fácil. Pero no hay soluciones fáciles, ¿no?

—Desde luego que no. Venga, ayudemos a esos dos idiotas a montar la tienda.

Así, montaron la tienda. Gordo dejó que Gary cargara su móvil en la batería del todoterreno. Y un médico del Ejército vino a examinar la herida de Michael. La limpió y reemplazó los puntos con un adhesivo plástico, pero le dijo a Grace que había hecho un gran trabajo. Michael estuvo inconsciente durante toda la operación.

Cuando cayó la noche, Gordo montó un hornillo de campaña y cocinaron pollo y cerdo con verduras fritas. Suministros del Ejército. Era la mejor comida que Gary había probado en años.

Grace volvió con una amiga. Escucharon música en una pequeña radio a galena que no necesitaba electricidad, a través de unos auriculares. Las chicas cantaron con la música de la emisora: «Te quiero más que a ni móvil / Eres mi ángel, eres mi televisor / Te quiero más que a mi móvil...».

El Gobierno de Denver emitía música por la red de satélites que había sobrevivido al desastre, pero ya nadie grababa música nueva y no se podía escuchar nada que tuviera menos de quince o veinte años de antigüedad. Gary lo echaba muchísimo de menos. Siempre había sido un gran aficionado a la música, y cuando por fin había salido de los sótanos de Barcelona, había pasado la mayor parte del tiempo poniéndose al día con las novedades de sus grupos favoritos y devorando lo mejor de lo mejor. Ahora eso ya no era posible. Gary se preguntó si aquellas chicas entenderían las letras de las canciones que escuchaban y repetían, frases que hacían referencia a un mundo que ya no existía. Pero las envidiaba porque para ellas todo era nuevo.

Las chicas empezaron a improvisar bailes y los adultos las acompañaron con palmas. Gordo sacó más alcohol, vino esta vez, y Thandie y Elena aceptaron beber un poco. Incluso Gary cedió. Grace tomó un sorbo. Por lo que sabía Gary era la primera vez que la muchacha probaba el alcohol, y al final dijo que le resultaba amargo.

Charlaron y bebieron, y las estrellas se asomaron sobre las llanuras. Hubo una pequeña discusión en torno a la medianoche, cuando Elena se levantó acusando a Gordo de que le había puesto la mano en el muslo. Resultó que había sido Thandie

con la idea de hacer una broma traviesa.

Después, cada uno se fue a su tienda. Michael, Grace y Gary se apretaron en la pequeña tienda anaranjada cuyas piezas había transportado a la espalda durante años. Gordo y las mujeres se metieron en su enorme y robusta tienda militar color verde botella que habían tomado prestada para pasar la noche.

Hacia las tres de la mañana, Gary se despertó con el ruido ensordecedor de un avión volando bajo.

Gateó fuera de la tienda. Gordo y Thandie ya estaban fuera. Gordo se estaba poniendo los pantalones y miraba al cielo. Los aviones rugían sobre sus cabezas y las luces eran como constelaciones en movimiento. El ruido no era simplemente alto, era ensordecedor, aplastante.

Gary gritó a Gordo.

—¿Nuestros?

—Joder, no. Diseño ruso, MIG. Jodidos mormones. —Cogió su chaqueta y empezó a desmontar la tienda.

Gary miró a Thandie un instante final.

—Denver, entonces.

—Proyecto Ciudad. Lo recordaré.

—Buena suerte...

Gary oyó un *pum*, como el rugido de un trueno. Miró al sureste, hacia Lincoln. El fuego de la explosión se alzaba hacia el cielo.

—¡Mierda! —dijo Gordo. Arrojó las piezas de la tienda en el todoterreno y se sentó al volante de un salto—. Así que hemos llegado a esto —continuó mientras arrancaba—. Una guerra civil por una interestatal sumergida. Sabéis, ahora mismo deberíamos estar volando hacia Marte, esta misma noche. Estaba en el calendario de lanzamientos de la NASA. Yo podría haber ido en ese vuelo, no soy tan mayor... — Miró las estrellas y por fin arrancó—. ¿Vosotras dos venís o qué?

Mayo de 2034

De las anotaciones de Kristie Caistor:

El vídeo colgado en el sitio web Toodlepip.com era bastante ambiguo. Era difícil distinguir los detalles o conocer la verdadera secuencia de los eventos en aquel sucio paisaje de hielo polar quebrado y medio derretido, bajo un cielo del color del plomo, y con unas emborronadas figuras humanas y un pequeño oso tambaleante.

Las inundaciones habían provocado un acontecimiento de extinción, una extinción que avanzaba a paso rápido. Por todo el mundo los animales se veían empujados a abandonar sus hábitats a punto de desaparecer o eran sacrificados cuando entraban en competición directa con los humanos por un poco de terreno alto. Las aves eran más móviles, pero sus hábitos de anidación y alimentación habían sido siempre muy frágiles. Los pájaros llevaban sufriendo desde el comienzo del desastre, cuando una Kristie adolescente había notado un descenso en la población de herrerillos comunes y otras aves de jardín. A medida que las zonas climáticas cambiaban o acababan bajo el agua, la vegetación se veía obligada a buscar nuevos territorios o a sucumbir; los cambios llegaron mucho más rápido que el ciclo de vida de la mayoría de las especies de árboles y los bosques que habían ardido o estaban sumergidos no habían tenido sustitutos. Incluso el mundo microbiológico estaba patas arriba a causa de las nuevas plagas que azotaban a la humanidad.

Sin embargo, la mayor parte de la extinción no sucedía a la vista. Por ejemplo, la vida de las costas y de las aguas poco profundas estaba desapareciendo de forma invisible. El único reclamo de Toodlepip.com era que reunía en un solo sitio web imágenes de esos eventos de extinción: fotografías de los últimos miembros de una especie que sucumbían al olvido, transmitidas sin dolor a sus escasos suscriptores, la mayoría de ellos conectados desde zonas protegidas del mundo entero. Algunas de esas imágenes eran muy poco espectaculares. A personas que no fueran ecologistas de profesión les resultaba un poco difícil llorar por la destrucción de un arrecife de coral. Pero los mamíferos adorables eran otra historia.

Los osos polares habían sido la estrella en el anuncio del calentamiento global que había afligido al planeta mucho antes de las inundaciones. Ahora, por todo el océano Ártico, todos los corresponsales de Toodlepip y otras agencias observaban con preocupación, o con impaciencia, a la espera de que los osos salieran de su hibernación; el momento clave en la supervivencia de aquellos animales. Si el hielo

del mar se derretía, las madres oso no podrían llegar hasta los cachorros de foca de cuya carne dependían para superar la hibernación invernal. Y si las madres no podían alimentar a sus cachorros, las crías morían. Y eso era todo.

El último oso salvaje, por aceptación popular, era un pequeño cachorro maltrecho y hambriento, manchado de amarillo por la orina de su madre muerta. Y ya que los zoos habían sido abandonados por ser considerados un lujo muy caro, el último oso salvaje era también el último oso del mundo. Y así, los osos se unirían a los elefantes, los tigres y tantas y tantas especies en su refugio final en bancos genéticos o arcas de cigotos.

Lo que no estaba tan claro en el vídeo mostrado de Toodelpip era si el cachorro había muerto por causas naturales o había recibido un tiro del cazador inuit que había acompañado al equipo de cámara hasta aquel remoto lugar del Ártico canadiense. Incluso esto era noticia: el último oso cazado por el último inuit. Se hablaba tanto de ese acontecimiento que incluso llegó a los titulares de los informativos internacionales.

Junio de 2035

El helicóptero de AxysCorp descendió desde un cielo turbulento. Había un helipuerto preparado en la balsa de Nazca, indicado con brillante pintura amarilla en el centro de la abarrotada superficie que cabeceaba y se mecía suavemente. El helicóptero se posó delicadamente. Lily, que observaba la maniobra desde la balsa, sabía que a los pilotos de la compañía no les gustaba aterrizar en las ciudades balsa, y podía notar su descontento en la forma de volar.

Tan pronto como el motor se apagó y los rotores se fueron deteniendo, Juan Villegas se bajó y se agachó al pasar bajo las hélices mientras arrastraba un cajón. El piloto, que parecía un insecto tras sus gafas de sol, no se movió del entorno seguro de la burbuja reluciente de su cabina. Ni siquiera se soltó el arnés. Lily corrió hacia el helicóptero y echó mano del cajón de Juan. Villegas se tambaleaba en aquella superficie que no dejaba de moverse. El cajón no era pesado, pero sí voluminoso. Entre los dos consiguieron llegar hasta el borde del helipuerto. Lily pensó que eran como dos viejos arrastrando el equipaje sobre aquella superficie áspera e hinchada de planchas de plástico.

—Gracias —dijo Villegas de corazón—. No había imaginado que la superficie fuera a ser tan inestable.

—Vas bien —respondió Lily, y lo decía en serio. Villegas tenía cincuenta y siete años, por lo que era tan solo un par de años más joven que Lily. Ya quedaba muy poco del negro brillante que había caracterizado su cabello y, en vez de llevar uno de sus elegantes trajes, vestía un mono azul de AxysCorp tan estropeado y lleno de parches como el de Lily. A pesar de eso, seguía siendo un tipo atractivo, pensó Lily con un toque de envidia—. Solo digo que estás aquí. Hay mucha gente de Proyecto Ciudad que jamás pondría el pie en una ciudad balsa.

Él asintió.

—Lo sé. Díselo a mi piloto. —La balsa cabeceó de nuevo y les hizo tambalearse a los dos. Lily casi dejó caer el cajón—. Se acerca la tormenta —anunció Villegas. Intranquilo, miró hacia el oeste, hacia el Pacífico—. La hemos visto desde el helicóptero, como si fuera una sábana de nubes negras. Las predicciones meteorológicas llevan días anunciándola, y cuando por fin llegue, será el fin de Nazca. ¿Crees que la balsa aguantará?

—Creo tanto como es sensato. La cabaña de María está ahí mismo. Me refiero a María Ramos, la alcaldesa. Es el mejor lugar para dejar esto.

—Estoy en tus manos.



Y siguieron adelante.

Lily había participado en la construcción de la balsa a la cabeza de un grupo de ingenieros de AxysCorp. El esqueleto de la balsa se había ensamblado en una gran extensión en el corazón del casco antiguo de la ciudad. Los pontones básicos estaban fabricados con neumáticos y bidones de aceite enmarcados por vigas de metal rescatadas de edificios en ruinas, y cubiertos por planchas de plástico, de hierro corrugado tratado y de cualquier cosa que fuera no degradable. Cabañas y chabolas se habían levantado con material rescatado de la basura y se sostenían con cuerdas que se aferraban a la ancha popa de la balsa como ranas sobre un tronco. Una bandera con una cruz roja ondeaba en el edificio más grande: era el centro médico; y un conglomerado de estructuras más avanzadas sobresalían por entre los demás edificios: el mástil de transmisión, varias antenas y una turbina de viento.

Cuando el proyecto había comenzado, hacía ya dos años, el mar todavía quedaba muy lejos, muy abajo respecto a la altitud a la que estaba Nazca. Parecía absurdo construir una balsa tan lejos del nivel del mar. Pero después de veinte años, el nivel del mar estaba a punto de alcanzar los ochocientos metros de crecida respecto al nivel original y ahora la cifra aumentaba a un asombroso ritmo de cien metros al año. Y seguía creciendo. Así que, de pronto, el agua llegó allí, abriéndose paso por aquella región montañosa; y con su enorme e implacable fuerza levantó la balsa y la hizo flotar por encima de la ciudad que la había visto nacer. El lugar estaba abarrotado y el ambiente era frenético a medida que se aproximaba la evacuación final. La gente se apresuraba de aquí para allí cargada con colchones, sábanas, montones de ropa, cestas llenas de comida, cazuelas y sartenes, algunos muebles, bolas de bramante, rollos de cable, palas, azadas, cualquier cosa que pudiera ser útil en los años que estaban por venir, cuando la balsa fuera a la deriva y tuvieran que enfrentarse al océano.

Encontraron el hogar de María Ramos y dejaron el cajón en el suelo. Lily se detuvo en el umbral.

—¿María? Soy Lily. Ya han llegado las cosas de AxysCorp.

Mientras esperaban, Villegas observó con curiosidad los detalles de aquella morada-balsa. La residencia de la alcaldesa era tan solo otra chabola más construida con planchas de hierro corrugado y puertas recuperadas de algún edificio abandonado. Algunos pollos y cerdos parecían nerviosos dentro de sus jaulas fabricadas con desperdicios de plástico. Unos boles colgaban del techo con trozos de cuerda para recoger el agua de lluvia. La gente iba y venía apresurada, adultos y niños, cargando cosas igual que hacían los demás por toda la balsa. Lily reconoció vagamente a los hijos ya crecidos de María y a sus nietos. Llevaba años trabajando con aquella mujer.

Una niña se cruzó con ellos mientras corría y sobresaltó a Villegas. No tendría

más de cinco años, pero sobre la cabeza cargaba con una cesta de mimbre llena de ropa. Había muchísimos niños por allí, niños pequeños y bebés envueltos en mantas y que sus padres llevaban colgados de sus espaldas.

—Nathan se sentirá muy decepcionado al saber que su programa de control de natalidad y sus «límites voluntarios» no funcionan en absoluto.

Lily gruñó.

—Al parecer cuando la amenaza está cerca más se siente la necesidad de procrear.

—Supongo que sí. Se dice que después de cada guerra la población sufre una explosión demográfica. ¿Y acaso no vivimos en un mundo en guerra? Nathan debería decir a los de su círculo de íntimos que salgan más a menudo de sus fortalezas de alta tecnología y echen un vistazo a lo que está sucediendo de verdad aquí fuera.

Algo que Juan hacía, para gran mérito suyo. A medida que habían ido pasando los años, Lily había visto en él fuertes rasgos de personalidad que no había podido ver en el dandi aficionado a socializar que había conocido en su primer encuentro. Juan siempre pensaba en sí mismo como en una figura central importantísima en su comunidad, a pesar del mecenazgo de Nathan, y era así como se comportaba. Y su lado espiritual cristiano, tras haber pasado por la dura fase del Nuevo Testamento, se expresaba ahora de forma más generosa. Se había convertido en un aliado muy útil para Lily en la corte de Nathan. Y a pesar de las puntuales punzadas de celos que sentía ella, estaba contenta de que hubiera aportado unos años de estabilidad en la turbulenta vida de su hermana.

María salió de su casa. Lucía un vestido de lana ajado, tenía el rostro sucio y parecía tensa, cansada.

—Así que has venido —le dijo a Lily.

—Como prometí. Este es Juan Villegas. Juan, María es...

—Lo conozco —dijo María sin dejar de observar a Juan—. Solía aparecer en las páginas de sociedad en los viejos tiempos. Era un *playboy*, ¿verdad? Salía con estrellas del pop y jugadoras de tenis. —Hablaban muy bien inglés y su acento tenía cierto toque español y quechua.

Juan se encogió de hombros un poco avergonzado.

—Eso fue hace mucho tiempo. En un mundo diferente.

—Bueno, eso es cierto. Pero a la vista está que sobrevive, ¿no?

—Usted también —respondió él educadamente.

La brisa silbó por entre las cuerdas tensas y unas pocas gotas de lluvia se estrellaron contra las planchas de plástico bajo sus pies. Miraron hacia el oeste donde, durante un solo instante, la luz se intensificó en un intento del sol de asomar entre las nubes de tormenta. María se quitó un mechón de pelo gris de la frente y cuando la luz iluminó su rostro, Lily pensó que aquella mujer de cincuenta años era decididamente hermosa; con un toque mestizo a pesar de su nombre cristiano. Pero sus ojos estaban

oscuros por la tensión y tenía los labios fruncidos.

Lily había visto aquella actitud por todos los Andes. María pertenecía a una generación que ya había sido testigo de otro gran cambio. En su juventud, se había visto obligada a abandonar Lima y había llegado allí para construir un nuevo hogar. Había soportado media vida de extenuante trabajo labrando nuevas tierras. Pero ahora el mar se había llevado por delante las granjas nacidas hacía apenas unos años, y María había tenido que trasladarse de nuevo. Aquello era duro para la gente. Las personas mayores se sentían agotadas, incapaces de enfrentarse a un nuevo desarraigo. Los jóvenes, en cambio, estaban resentidos por haber tenido que abandonar los únicos hogares que habían conocido y culpaban a los mayores por el despilfarro que quizá hubiera provocado aquella convulsión global. Incluso a medida que continuaba el tremendo esfuerzo de evacuación, seguían sucediendo discusiones familiares, divorcios, suicidios y asesinatos.

—Se acerca la tormenta —dijo María—. Será mejor que os vayáis antes de que llegue.

Lily se sintió extrañamente herida por aquella seca despedida.

—Te hemos traído el paquete estándar de AxysCorp: equipamiento para montar una radio, con repuestos, y todo funciona con energía solar. Un GPS. Cincuenta teléfonos móviles... —Todos los aparatos eran producto de las fábricas de alta tecnología de Proyecto Ciudad, equipamiento diseñado para gran resistencia y durabilidad, aunque muchos de ellos habían sido contruidos con material antiguo reciclado. Era el regalo estándar de Nathan Lammockson a todas las comunidades que vivían en balsas. Era una forma de mantener el contacto con ellas y quizá seguir teniendo cierto control.

María miró el cajón.

—Gracias —dijo sin dejar relucir emoción alguna.

—Espero que estemos en contacto, María. Tenemos varios helicópteros que trabajan por turnos. Si hay alguna emergencia, si tenéis alguna necesidad médica, Proyecto Ciudad puede ayudaros con...

—No habría sido posible construir esta balsa sin la ayuda de vuestros ingenieros, Lily —concedió María—. Pero no nos andemos con mentiras. AxysCorp anima a las comunidades de tierras anegadas a que construyan balsas porque, de lo contrario, se convertirían en refugiados y subirían por los valles como una ola, ¿y qué ocurriría entonces?

—Venga, María. Ya sabes cómo es esto. Ya hemos superado el límite teórico de ocupación de las tierras altas. Debemos encontrar otras soluciones.

—Lo sé, lo sé. Pero ¿acaso no hay allí espacio para una ciudad más, una familia más... un niño más?

—Todos debemos tomar decisiones —intervino Villegas.

María se encogió de hombros.

—Claro que sí. —Otro golpe de viento, más lluvia. La luz dorada se desvaneció y las nubes aceleraron; y de nuevo, la balsa cabeceó bajo sus pies, intranquila.

Juan miró a Lily.

—Quizá será mejor que nos vayamos ya antes de que el piloto pierda los nervios y se marche sin nosotros.

—Venga, marchaos —dijo María, y les dio la espalda.

Ahora la balsa se movía constante e intensamente, y Juan se cayó de bruces al tropezar con la punta levantada de una plancha de plásticos. Los habitantes de Nazca corrían de acá para allá reuniendo a los niños y poniéndolos a cubierto, y asegurando cualquier carga suelta. Para cuando llegaron al helicóptero, el viento azotaba y la lluvia caía como una cortina sólida. Las hélices ya estaban girando y dentro de la cabina sobre la que rompía la lluvia, el piloto les hizo una señal para que se dieran prisa.

Tan pronto como Juan cerró la puerta, el piloto le dio fuerza al motor y despegó. El bamboleo de la balsa, casi como el movimiento de un músculo, fue sustituido por un fuerte zarandeo a medida que las aspas del helicóptero hendían el viento turbulento y tormentoso.

El helicóptero hundió el morro, viró al norte y Lily vio la balsa de Nazca. Era una isla destartada que flotaba en medio de los tejados y las calles anegadas de aquella antigua ciudad colonial castigada por el sol. La cubierta estaba abarrotada de cabañas y turbinas de viento, y en todos los tejados planos relucían cubetas y cubos para recoger el agua de lluvia. En el centro de la balsa se había extendido una porción de tierra sobre una base de rocas, una mancha marrón que se convertiría en una granja en el mar. Casi todos los materiales con los que se había construido la balsa habían sido rescatados de las inundaciones, pensó Lily, basura imperecedera que ahora se había unido para dar lugar a aquel nuevo hogar, alzándose como un sueño sobre la Nazca sumergida.

Y entonces llegó la tormenta marina, gigantescas olas que llegaban desde el oeste, y la balsa cabeceó. Lily vio que se rompían las cuerdas y que parte de la estructura se partía y se separaba mientras la gente corría a realizar reparaciones de urgencia. Pero el helicóptero se deslizó hacia el norte y la ciudad quedó atrás.

El piloto encontró una franja de aire tranquilo y su confianza aumentó considerablemente. Tras volar unos minutos en silencio, señaló hacia abajo.

—La última oportunidad de verlo —gritó a los pasajeros.

Lily bajó la vista. A unos veinticinco kilómetros de Nazca, volando hacia el norte para alejarse de la tormenta, sobrevolaron una llanura que una vez había sido árida y desolada, pero que ahora estaba cubierta por verduzca agua marina.

Juan se inclinó para mirar también.

—Las líneas de Nazca. ¿Sabes que fueron descubiertas desde el aire? ¿Las has visto?

—Sobrevolé la zona con Nathan un par de veces.

Aquello era la pampa, hace años uno de los desiertos más áridos del planeta; un gigantesco cuaderno de dibujo para la antigua civilización que había vivido allí. Y sus garabatos, hechos a base de levantar rocas para dejar a la vista la tierra más clara de debajo, se habían conservado en aquella intensa aridez. Pero ahora no quedaba rastro de aquellos extraños y antiquísimos dibujos geométricos encajados en la tierra alta; ni rastro del mono, ni de la araña, ni de la flor ni de las elaboradas aves. Ahora todo era un enorme océano de agua salada.

—Otro tesoro de la humanidad que se pierde —dijo Juan sin emoción alguna.

El helicóptero se elevó un poco más. Al mirar al sur y al oeste, Lily vio el Pacífico azotado por la tormenta, golpeando las laderas de los Andes. Pero al norte y al este, se había abierto camino por el continente y cuyas olas rompían ahora el pie de las montañas. Se podía abarcar el Pacífico y el Atlántico de un solo vistazo. Y por toda la nueva costa, al este y al oeste de las montañas, las balsas se arremolinaban como fantasmas de las ciudades que yacían bajo las aguas.

Juan Villegas se reclinó en su asiento y cerró los ojos.

—Estoy seguro —dijo Domingo Prado. Se adelantó a Gary, mientras Grace cerraba la marcha, y se internó en la penumbra verde de la jungla panameña. Tenía un machete en la mano y un revólver enganchado a la goma de sus pantalones, justo debajo de la mochila que llevaba a la espalda.

Domingo tenía unos cuarenta y cinco años, por lo que era un poco mayor que Gary. Era un hombre grande, pero ágil, y bajó la cuesta del terreno inclinado con largas zancadas nada apremiantes. Bueno, pensó Gary, tras haber pasado tantos años en la carretera, todos estaban ágiles, si se era optimista; y consumidos como esqueletos, si se era pesimista. Peor a pesar de que era todavía de mañana, tan solo las diez, Domingo ya había empapado de sudor la espalda de su camiseta, el ribete de su sombrero de paja e incluso su mochila de loneta. Sudaba tanto como cuando Gary lo había conocido, a unos cincuenta kilómetros al norte y hacía ya unos cuantos años.

—¡Dime por qué estás tan seguro! —gritó Grace para que la oyeran delante.

—Porque conozco este país. Panamá, la zona del canal. Fui guardabosques del Parque Nacional Chagres, que queda en el lado colombiano del canal, al este del lago Alajuela. Ya lo veréis. Una vez lleguemos allí, os guiaré estupendamente. Conozco la zona como la palma de mi mano.

—Claro —replicó Gary—. Al igual que conocías Guatemala y El Salvador, y Honduras y Nicaragua...

—Oye —dijo Domingo y se volvió hacia Gary con una gran sonrisa. Su rostro estaba oscurecido bajo la sombra verduzca su expresión apenas era visible—. ¿Acaso os he fallado alguna vez?

—Todos los malditos días, camarada —respondió Gary con pesar.

Había algo de verdad en esa sentencia, y también algo de exageración. A medida que recorrían las Américas a pie, aquellos jornaleros itinerantes se habían dado cuenta inmediatamente de que necesitaban guías. No se podía confiar en los escasos mapas antiguos que la alcaldesa solía llevar a buen recaudo en su baúl. Incluso la información del GPS procedía de una endeble red de satélites que no era en absoluto suficiente, porque el mundo estaba cambiando constantemente a medida que el mar se llevaba pedazos de tierra.

Y también estaba la política, claro. En cuanto se habían dirigido hacia el sur, habían dejado muy atrás los límites en los que operaban los dos gobiernos que más o menos funcionaban en aquellos momentos en los Estados Unidos: el grueso del Gobierno federal que seguía atrincherado en Denver; y su rival mortal, la administración mormona de Utah. La ley se hacía cumplir a nivel local o

simplemente no existía. En algunos lugares era posible trabajar a cambio de un pedazo de tierra donde acampar, comida y un poco de agua limpia. En otros sitios, las comunidades de bandidos no hacían otra cosa más que saquear a los refugiados. Aunque la ciudad móvil, formada por miles de caminantes, normalmente se las apañaba para defenderse de los saqueadores, salvo de aquellos más decididos. El mundo era un tapiz siempre cambiante de oportunidades y amenazas. Así que era importante conocer la situación local, y para eso necesitabas a alguien que conociera el terreno.

Domingo Prado se había unido a la Ciudad Caminante en la frontera mexicana. Había personas mucho peores que Domingo. Él al menos tenía cierto conocimiento real útil para un viajero por América Central. Cometía muchos errores, muchos de ellos debido a su hábito de alardear en vez de admitir que no tenía ni idea. Pero al menos eran errores honestos, pensaba Gary. Nunca hablaba mucho de su pasado, de cómo había perdido su hogar, ni de si tenía una familia, una mujer, hijos. Había muchas personas como él en el mundo, desarraigados, supervivientes de un pasado sumergido. Todo lo que quería a cambio de sus servicios como guía era comida, la oportunidad de viajar y un poquito de aventura.

De todas manera, metido en aquella selva, a Gary no le quedaba más remedio que confiar en Domingo, así que siguieron adelante.

Algo correteó por entre la maleza y Gary se sobresaltó. Quizá fuera una zarigüeya. Un ave aleteó sobre sus cabezas, una mancha de color y un graznido. No tenía ni idea de qué tipo de animales eran aquellos. Estaban en el istmo de Panamá, un lugar donde dos continentes habían chocado hacía apenas tres millones de años, y donde biotas independientes desde la creación de los primeros continente gigantesco habían llegado a mezclarse. Lo llamaban el Gran Intercambio Americano. El resultado, allí en aquel puente entre dos mundos, le resultaba a Gary exótico y muy poco familiar. La jungla era como una catedral, pensó, con un dosel verde que, como vidrieras pintadas, filtraba la luz a través de árboles tan delgados y altos como columnas góticas. La mayor parte del tiempo se veía forzado a concentrarse únicamente en dónde ponía el pie. Pero era un lugar hermoso, muy hermoso.

Detrás de él, en alguna parte, oyó un ruido. Eran los grupos de vigilantes de la alcaldesa, que permanecían siempre en la oscuridad. En aquel lugar nunca se viajaba solo.

De pronto salieron de la jungla, y Gary se dio cuenta de que Domingo, quizá ese día, había cometido el mayor de los errores, porque se encontraron frente al mar.

La cuesta bajaba hasta llegar al agua, a solo unos diez o veinte metros por debajo de donde se encontraban. Se podía observar como el mar había inundado la jungla: la alfombra verde, fragmentada y con claros, cubría la cuesta a medida que descendía

hacia el agua, y algunos árboles supervivientes asomaban en la superficie. Y más allá, el agua se extendía, gris y calma, hasta que se veían subir de nuevo algunas colinas cubiertas de verde, a lo lejos hacia el noreste, a kilómetros de distancia.

Lejos de la protección de los árboles, el sol caía con intensidad. Retrocedieron a una franja de sombra, se secaron la frente, se abrieron las camisas y se quitaron la ropa sudada.

—¡Mierda! —dijo Domingo. Se acuclilló mientras espantaba moscas con el sombrero.

—¿Y ahora qué? —dijo Grace.

—La zona del canal —explicó Domingo, y señaló—. Estamos mirando al nordeste, más o menos, ¿vale? Justo aquí, el istmo —una palabra que apenas podía pronunciar— se desvía. Conecta el norte y el sur de América, pero aquí se dirige hacia el nordeste durante unos doscientos metros. Así que tenemos el Atlántico al oeste, por ahí, y el Pacífico al este. Toda esta zona fue transformada por las obras de ingeniería del canal, que era mucho más que un mero canal. Era como un puente acuático, con esclusas que permitían subir y bajar un barco para alcanzar el nivel del otro lado. El lago Gatún estaba justo aquí, nacido a raíz de la construcción de la represa en el lado atlántico.

Gary miró la cuesta.

—Esto no es el lago Gatún. En el mejor de los casos no es más que una inundación interior. En el peor, es que el mar ha llegado hasta aquí.

—Sea como sea, tenemos problemas.

—Solo hay una forma de saber cuál de las dos hipótesis es la buena —dijo Grace. Se levantó, se encasquetó su vieja gorra de béisbol y caminó con cuidado por la cuesta hasta llegar al agua.

El sol estaba en lo alto y el agua lanzaba reflejos. Desde donde estaba, Gary veía la silueta de Grace rodeada de una luz brillante que la hacía parecer más delgada y alta de lo que era en realidad. Llevaba los brazos desnudos y Gary podía percibir sus músculos, los bíceps fibrosos. Grace tenía ya veinte años: una adolescente difícil se había convertido en una mujer fuerte. Nadie podría decir que era hermosa, pensaba Gary siempre, al menos no de una forma convencional. Tenía más el aspecto de una atleta, de una trabajadora. Pero él podía ver su hermosura en su salud, en su fuerza y porte, en una especie de belleza primitiva que encajaba en aquel mundo en el que había crecido Grace, un mundo en el que había sido una refugiada desde los cinco años.

Al observarla, Gary sintió una oleada de orgullo. Nunca habrían podido salvarla de la inundación, ni él ni Michael. El pobre Michael, que había muerto de una herida de cuchillo en Nebraska. Pero habían conseguido que llegara a la madurez como una mujer segura, competente, saludable, equipada para aquel mundo peligroso, y cuerda.



Probablemente había destinos mucho peores para una mujer joven como ella que tuviera que crecer en un mundo patas arriba como aquel.

Grace llegó a la orilla. Se agachó, hundió la mano en el agua y se llevó la palma llena a la boca. La escupió.

—Salada —anunció.

—Así que se acabó —dijo Domingo con amargura—. La mayor y más magnífica obra de ingeniería de la humanidad, ¡esfumada! Sumergida como un castillo de arena en la playa.

—Y el istmo está dividido en dos —dijo Gary—. El norte y el sur de América separados por primera vez desde hace tres millones de años. Es increíble si te paras a pensarlo.

Domingo arqueó una ceja.

—Nuestro problema es —añadió en una línea más práctica—, que si queremos llegar a donde tus amigos en los Andes, tenemos que cruzar esto. Pero ¿cómo?

—¿Y si navegamos? —Grace se levantó y señaló algo, hacia el este, en la orilla del estrecho.

Un barco, maltrecho y de aspecto desastrado, con un mástil central, flotaba en el agua amarrado a un árbol seco.

Los saludaron desde el agua.

—¿Cuántos son?

Gary miró a Domingo.

—Acento americano. ¿Quizá de Florida?

—Podría ser.

Gary hizo bocina con las manos y gritó.

—Tres aquí. Los demás están en el bosque.

Hubo una pausa.

—Desde aquí los tengo a tiro —dijo el del barco entonces—. Y algunos de mis chicos vigilan desde arriba y desde atrás. ¿Lo entiendes?

—Sí.

Siempre era así cuando te encontrabas con extraños. Una demostración de fuerza a base de alardear de armas y soldados que podrían existir o no. En un mal día, te disparaban antes de que pudieras darte cuenta de que allí había alguien.

—¿Qué quieren?

Esta vez respondió Domingo.

—Transporte. —Señaló—. Para cruzar el canal hasta Darién.

—Tan solo queremos pasar —intervino Gary—. Nos dirigimos a Perú.

—Perú, vaya.

—Sí. No tenemos intención de quedarnos aquí.

Esta vez hubo una pausa más larga. Después Gary vio que alguien estaba bajando una barca de remos hacia el agua, colgada de unas cuerdas atadas a unos cabestrantes.

—Me acercaré para charlar. No olviden que les vigilamos. Esta es mi tierra y la conozco mucho mejor que ustedes.

Gary mostró las manos vacías.

—No suponemos ninguna amenaza.

Dos hombres bajaron por las cuerdas hasta la barca; uno de ellos era más ágil que el otro. Remaron y cubrieron rápidamente los escasos metros que los separaban de la orilla. Gary, Grace y Domingo bajaron la cuesta y caminaron por el litoral para salir al encuentro de la embarcación que, Gary observó, tocó tierra en un lugar que habían limpiado de raíces y troncos podridos para hacerlo servir como embarcadero.

Los dos hombres de la barca se parecían mucho. Los dos eran negros, de constitución fuerte y rostro cuadrado. Vestían pantalones tejanos de aspecto robusto, chaquetas y gorras ajadas. El mayor de ellos tenía una mirada retorcida en un rostro lleno de arrugas. El más joven, que estaba más nervioso, tenía una mirada franca y

ojos muy grandes. Gary dedujo que eran padre e hijo. El padre parecía ir desarmado, pero el hijo llevaba encima una especie de arma automática, y se quedó atrás, lejos del alcance de los recién llegados. Mantuvo el cañón apuntando hacia el suelo.

Gary dio un paso adelante mostrando las manos.

—Me llamo Gary Boyle.

El hombre mayor le estrechó la mano.

—Sam Moore. Este es mi hijo Tom.

El joven asintió.

Con mucho cuidado, Domingo señaló las tiras de la mochila.

—¿Puedo? Tengo regalos.

Moore endureció la mirada y el hijo levantó la automática. Pero dejaron que Domingo se quitara la mochila. Sacó dos latas de Coca-Cola Light, el regalo estándar de los caminantes para todos los americanos que se encontraban por el camino.

—Una señal de amistad —dijo.

Moore no parecía muy convencido, pero cogió una lata y pasó la otra a su hijo.

—Joder, hacía años que no veía algo así. ¿Es muy vieja?

—Siguen fabricándola en Denver.

—No fastidie. —Moore abrió la lata y escuchó el silbido del gas—. La verdad es que está mejor fría. —Tomó un largo trago.

El joven manejó torpemente la lata, se salpicó un poco en la cara al tratar de beber y después compuso una expresión de amargura.

Moore vació su lata.

—Joder, estaba bueno. —Aplastó la lata con una mano y la arrojó al agua—. ¡Ahora nada de salvad el planeta! ¿Recuerdan esas tonterías? Regalos, ¿eh? Bueno, Gary Boyle, ¿quién es usted y qué quiere?

Gary explicó que eran el grupo de avanzada de una ciudad de caminantes.

—Están en el bosque.

—Vienen a pie.

—Sí, excepto algunas carretillas, carros y cosas así.

—¿Vienen de lejos?

Gary miró a Grace.

—Depende de dónde situemos el comienzo. Yo diría que venimos de Lincoln, Nebraska. Nos hemos dirigido al sur desde entonces.

Moore silbó.

—Para llegar a Perú, ¿verdad? Por la columna vertebral de las Américas.

—Esa es la idea.

—Cuando era joven, una vez conduje por toda la carretera panamericana desde Laredo, Texas, por toda Centroamérica y Sudamérica hasta llegar a Paraguay. Fue un gran viaje. Y la única parte en la que tuvimos que hacer autostop fue justo ahí. —

Señaló con el pulgar el otro lado del estrecho—. En el tapón de Darién. Ocho kilómetros de jungla. Entonces y ahora. Pero ya conocía el país, yo crecí aquí. En el otro lado alquilamos un coche y condujimos hasta Colombia.

—La carretera está sumergida en su mayor parte —dijo Domingo—. Hemos tenido que caminar por tierras más altas. No ha sido fácil.

—¿Y qué hay de ustedes? —preguntó Gary—. ¿Dice que creció aquí?

—Sí. Mi abuelo era un agente de navegación de la zona del canal. Nací y crecí aquí, y también trabajé para el canal. Pero nos mudamos a Florida en el año 2000 cuando la soberanía del canal pasó a Panamá. Sin embargo, regresé por trabajo y vi que las cosas no iban tan mal como decía la gente que iba a ir por estar todo en manos de los nativos, así que eché raíces de nuevo. —Se volvió—. Tom, trae a esta gente un poco de agua.

Tom miró dubitativo a los recién llegados. Pero volvió a la barca, con la automática sujeta en una mano, y regresó con unas cuantas cantimploras colgadas de tiras, que entregó a Gary. Gary las repartió y, agradecido, tomó un trago de agua limpia y de buen sabor.

—Y se quedaron aquí cuando llegaron a las inundaciones —dijo Grace.

—No teníamos otro sitio adonde ir. Este es nuestro hogar, para mí y mi familia. Cuando el mar empezó a subir y pasó por encima de las compuertas, y el canal se fue a la mierda, los panameños simplemente se largaron. Si se hubieran quedado habrían podido mantener este lugar en funcionamiento durante bastante tiempo más; pero sin mantenimiento no tardó mucho en irse a pique.

Señaló por encima de su hombro, hacia la zona de Darién.

—La gran presa de ahí, llamada Madden, represaba el río Chagres y formaba el viejo lago Alajuela. Cuando la presa Madden falló, un enorme torrente cayó sobre el valle y llegó hasta Gatún. —Ahora señaló el paisaje anegado—. El lago Gatún también creció y superó sus compuertas, que terminaron rompiéndose en el lado del Atlántico. El río Chagres siguió fluyendo por las ruinas y encontró su antiguo cauce hasta el mar, en el lado del Pacífico.

»Pero entonces el nivel del mar subió aún más y el agua lo cubrió todo. Ahora no podría saber que aquí había un canal. Es una vergüenza. Pero siempre tuvimos que trabajar duro para mantener la jungla a raya. El canal era una herida en la Tierra que siempre estaba intentando curarse. Era lo que solía decir mi padre.

—¿Y ahora se ganan la vida con su barco?

—Pescamos. Mi familia y yo, mis hijos. —Sus ojos se estrecharon, desconfiado aún—. Somos un montón, estamos por toda la orilla. Barcas, balsas y casas construidas en la costa. Cuidamos los unos de los otros.

—Estoy seguro de que así es.

—¿Qué es lo que quieren? ¿Transporte para llegar al otro lado del estrecho?

—Si usted cree que puede hacerlo. Pero somos muchos.

De nuevo, desconfiado, Moore frunció el ceño.

—¿Cuántos?

—Unos mil.

Moore abrió la boca por la sorpresa.

—¿Unos mil? ¿Me toma el pelo?

—Antes éramos muchos más.

La Ciudad Caminante había estado formada por cien mil personas cuando había comenzado su largo itinerario en Lincoln, aunque muchos habían seguido los pasos de Thandie Jones hacia Denver y otros habían decidido arriesgarse y tratar de encontrar refugio en Utah. A medida que habían ido avanzando hacia el sur, otras quedarse, a menudo por carreteras secundarias de la propia panamericana. También había gente que se había unido a la comunidad móvil, personas desplazadas o simplemente desdichadas en busca de cierto orden en aquel éxodo de jornaleros vagabundos.

Muchos habían nacido, muchos habían muerto. Poco a poco, a lo largo de los años, su número había disminuido. Pero seguían siendo mil caminantes, una ciudad móvil que todavía conservaba la oficina del alcalde, con su policía, sus médicos, sus rotaciones diarias; todos en pos de la visión de Gary de Proyecto Ciudad, un enclave situado en el techo del mundo donde habría espacio para todos.

—No debe ser sencillo alojar a toda esa gente en la maldita jungla. Desde luego, mil personas no van a entrar en mi banco.

—Podrá arreglárselas —dijo Domingo—. Cincuenta, quizá cien en cada viaje. El otro lado no está muy lejos. Será como si tuviera un servicio de transbordador.

Los cálculos sustituyeron la desconfianza de Moore.

—Bueno, sí, podría. Pero ¿por qué querría hacerlo?

Gary mantuvo un tono de voz agradable y una expresión relajada.

—No esperamos que lo haga gratis. Podemos pagar.

—¿Con qué? ¿Con Coca-Cola Light? —rió Moore.

—Sí —respondió Gary con franqueza—. También tenemos otras cosas. Si no, podemos trabajar. Somos mil personas, tenemos conocimientos, herramientas. —Miró a su alrededor—. Podríamos transformar este lugar. Convertirlo en un lugar en el que vivir en el futuro. Tiene que pensar en lo que está por venir. Yo era climatólogo, sé de lo que hablo. Podemos mejorar sus posibilidades de sobrevivir a la subida del nivel del mar. —Luego miró colina arriba—. Por ejemplo, podríamos construir muelles un poco más arriba, a unos cien metros, o doscientos. Y así estaría listo para cuando el agua llegue a esa altura.

Moore no parecía muy seguro y aquella era una mirada que a Gary le resultaba

muy familiar: incluso en aquellos momentos, había gente que todavía se negaba a creer en la existencia de las inundaciones.

—¿Usted cree que va a suceder eso? ¿Que llegará tan lejos?

—¡Oh, sí! Y tiene que pensar un plan para hacerle frente, ¿cierto? Deje que lo ayudemos.

Moore lo miró fijamente mientras hacía sus cálculos de nuevo. Se acercó para que su hijo no pudiera oírle.

—Le diré qué es lo que necesito. Mujeres. Esposas para mis hijos. ¿Entiende? — Lanzó una mirada ladeada a Grace—. Un par de ellos son todavía demasiado jóvenes, pero quizá tengan ustedes dos chavalas que puedan quedarse aquí para que maduren, por así decirlo. Se las podríamos quitar de las manos. Y si eso no es posible... — Ladeó la cabeza—. Un poquito de acción nos bastaría. Aquí vivimos muy solos, ya sabe lo que quiero decir.

Gary no alteró el tono de voz.

—No llevamos un burdel, ni vendemos a la gente.

—Creo que yo soy el dueño del barco que necesitan.

—Pues yo creo —intervino Domingo con una gran sonrisa—, que nosotros somos mil y ustedes son solo un puñado. Podría matar a tres de nosotros, podría matar a diez veces los que son ustedes, y a pesar de todo, ustedes perderían la vida. Y su barco.

Moore dio un paso atrás.

—¿Así que esas tenemos? Han dicho que no eran ninguna amenaza.

—Pues hemos mentido —replicó Domingo.

—No somos bandidos —intercedió Gary firmemente—. Queremos comerciar o trabajar, Sam. Somos como jornaleros itinerantes.

—Un tío abuelo mío fue un jornalero de esos durante la Depresión.

—Sí. No es algo deshonroso. Pero la cuestión es...

—No tenemos otra opción que seguir adelante —dijo Grace inesperadamente—. Tenemos que cruzar el estrecho.

Moore la miró.

—Y eso significa que me veo obligado a hacer negocios con ustedes.

—Puede salir ganando, mucho —dijo Gary—. Pero sí, está obligado a hacer negocios con nosotros.

—Lo siento, amigo —se compadeció Domingo—. Eh, podría ser peor.

Al final, Moore pareció aceptar la realidad.

—Está bien. Vuelvan aquí mañana, hablaremos de las condiciones y trataremos de establecer algún tipo de sistema. Hay más cosas que necesitan saber.

—¿Como qué?

Moore señaló hacia Darién.

—Esas son tierras duras. Siempre lo fueron. Ahora hay indígenas, paramilitares y

un puñado de marxista provenientes de ese grupo comunista que dio el golpe de estado en Colombia. No les gustaría quedar atrapados en el fuego cruzado.

—Entiendo. Le pagaremos por cualquier ayuda que nos preste.

—Bien. Mañana. —Moore y su hijo se dieron la vuelta y volvieron a su barca de remos.

Gary dejó escapar el aire.

—Odio todo esto de regatear como si fuéramos vendedores de ganado, Domingo.

—Pues se te da muy bien, amigo. Oye, hoy no han matado a nadie. ¡Eso es bueno!

Gary observó el estrecho y el barco solitario amarrado al árbol sumergido.

—Se acabó Panamá. Sabes, algunos geólogos dicen que la formación del istmo fue el acontecimiento geológico individual más importante desde la extinción de los dinosaurios. Cambió la dirección de las corrientes oceánicas a nivel global. En vez de las antiguas corrientes ecuatoriales, aguas que se intercambiaban entre el Atlántico y el Pacífico, pasamos a grandes corrientes interpolares. Se formaron los casquetes polares y así comenzó la Edad de Hielo. Sin un clima más frío que nos hubiera obligado a abandonar los árboles para bajar a la sabana, probablemente no existiría la humanidad. Y todo por una simple franja de tierra. Pero ahora está sumergida de nuevo y todo cambiará otra vez.

Grace le miraba sin hacer mucho caso.

Y a Domingo le importaba muy poco todo eso de las corrientes oceánicas globales. Gruñó.

—Espero que se queden las mujeres y nos dejen la Coca-Cola Light. ¡A mí me gusta la Coca-Cola Light y no quiero regalaras todas! ¿Es pecado desear eso?

Subieron la cuesta de nuevo y caminaron hacia los árboles y el relativo frescor de la jungla.

El mismo día en el que Lily visitó por última vez la balsa de Nazca, Nathan Lammockson celebró lo que él solía llamar «una fiesta del paso del ecuador» en Chosica, en una de las salas de su barco aún sin terminar. Lily estaba agotada tras la escapada de Nazca, pero no era el tipo de acontecimiento del que uno pudiera escaquearse, sobre todo si se tenía una relación tan cercana con Nathan como la que tenía ella.

Nathan cumplió con su rol de anfitrión bajo un gigantesco mapa animado del mundo que mostraba la subida del nivel del mar y los continentes que iban sumergiéndose poco a poco en una especie de bucle. Lily, en un traje de pantalón tan elegante como había podido conseguir, permanecía de pie con una copa de ponche de frutas en la mano. Juan Villegas cumplía su papel vestido con un atildado traje de etiqueta, al igual que Amanda y su vestido. Delgada y con esa elegancia quebradiza tan propia de ella, Amanda seguía siendo hermosa a sus cincuenta y cinco años. De hecho, Lily a veces pensaba que la edad le sentaba muy bien a su hermana. Estaba guapa con las arrugas de la frente, las líneas que rodeaban sus ojos y la piel que se estiraba en el cuello, incluso a pesar de que se tiñera el pelo.

Nathan había contratado un cuarteto de cuerda para que tocara suaves piezas clásicas. Los músicos habían salido de las oleadas de refugiados tras un duro filtro; sus habilidades habían sido descubiertas y puestas a prueba por el eficiente departamento de personal de Nathan. Si se era paciente, en las muchedumbres que llegaban cada día desde las tierras bajas se podía encontrar gente que tuviera cualquier tipo de conocimiento que se necesitara.

A través de las portillas sin esmerilar que se alineaban en aquel salón inacabado se veía Chosica y su extensa ciudad de chabolas donde vivían los trabajadores; un triste contraste con el ambiente alegre y brillante de a bordo del barco. Lily estaba muy al tanto de todo lo que se murmuraba sobre la última locura grandiosa de Nathan. En los años treinta del siglo xx, el *Queen Mary* original había absorbido la producción industrial de seis ciudades británicas y se había construido en un astillero que contaba con décadas de experiencia. Nathan no había tenido que construir tan solo un barco, sino toda la industria naval que lo iba a hacer posible, y también había dejado secos los recursos tecnológicos de todo Perú.

En vista del ambiente, tampoco es que fuera una fiesta muy alegre.

Lily reunió el coraje para comentar algo de esto con Nathan.

—Estamos tan cansados, Nathan. Cansados como perros. Es la presión interminable de los acontecimientos, sabes.



—Es un mundo implacable, ¿verdad? —Tomó un generoso trago de su bebida, güisqui con agua—. Pero, maldita sea, eso no significa que no podamos divertirnos de vez en cuando. Para eso están las fiestas que celebran hitos. Cada vez que tengamos que celebrar algo, saquemos el barril y que ruede.

Lily no pudo evitar sonreír. Por unos instantes, Nathan había sonado como el típico londinense. «Saquemos el barrrril y que rrrruede».

—Si, pero, Nathan, no entiendo qué hito estamos celebrando hoy. «El paso del ecuador». ¿Qué ecuador?

Él sonrió.

—Lo anunciaré más tarde, pero como eres tú... Según los sablotodos, hoy es el día en el que superamos la marca de ochocientos metros en la subida del nivel del mar. Tú sabes tan bien como yo que esos datos son siempre dudosos. Me refiero a que la medición de la crecida está siendo cada vez más complicada a medida que los satélites van cayéndose del cielo; y las mediciones en altitud han sido siempre un poco mierda. Hoy has estado en Nazca, que ha empezado a hundirse, ¿y acaso no está a seiscientos metros de altitud?... A lo que iba. Los cerebritos dicen que hoy alcanzamos los ochocientos metros, así que son ochocientos. ¿Entiendes ahora por qué hay un ecuador que hay que pasar?

Lily asintió.

—Porque ochocientos metros significa que el cincuenta por ciento del planeta está ya bajo las aguas.

—Cierto. Hoy es el día en el que perdemos el cincuenta por ciento de la antigua superficie de la Tierra. Por supuesto, el porcentaje de la pérdida de tierra útil es mucho mayor. Todavía nos quedan Groenlandia y la Antártida, desiertos helados que flotan sin descanso sobre las olas, y todas las cordilleras... Pero, es el cincuenta por ciento. Y cinco sextas partes de la población mundial está desplazada o muerta. Vaya lío. Salud. —Bebió más güisqui.

—Puedes ser un cabrón sin corazón cuando te lo propones, Nathan.

—¿Eso crees? Quizá es que yo también estoy empezando a cansarme. Fíjate en este mapa. —Hizo chasquear los dedos.

La gran imagen animada de la pared se detuvo en la proyección de ochocientos metros. El mapa era casi todo azul, y un color más claro mostraba la silueta de los antiguos continentes. Era una nueva corteza continental, alfombrada de valles fluviales sumergidos, y desiertos, bosques y ciudades. Los Andes eran una línea un poco extraña que bajaba por la orilla occidental de Sudamérica.

—Mira lo que queda —dijo Nathan—. En Norteamérica, los estados de las Rocosas sobreviven, desde Nuevo México hasta Colorado, desde Utah hasta Oregón. En África tienes esa franja de sur a oeste y de norte a este que salva Sudáfrica y los países orientales como Tanzania, Kenia y Etiopía. En Asia, queda el Himalaya,

Mongolia, los países acabados en *-stán*, que no son más que un punto de guerra continua que devora vidas como si fuera una trituradora de carne gigante. Aparte de todo esto, nada más salvo algunas cimas desperdigadas y unas pocas tierras altas en Gran Bretaña, Australia, India e Indonesia. Europa ha desaparecido entera, salvo algo de los Alpes. Rusia, nada, ni siquiera los Urales.

—Cimas y unas pocas tierras altas —repitió Lily.

—Todavía recibimos noticias. Como faros de las tierras altas. Diablos, nunca había oído halar de esos lugares hasta que empezaron a comunicarse los unos con los otros por todo el mundo oceánico. —Miró a Lily—. Hay algo que tengo que decirte. La ciudad más alta de España es Ávila. ¿Y sabes qué?

—Dime.

—Recibimos un mensaje de allí. Cuando evacuaron Madrid, el Gobierno español se fue a pique y hubo una última lucha por el poder. Y la facción que salió victoriosa fue Padres del Elegido.

—Me tomas el pelo.

Nathan negó con la cabeza.

—Han estado pidiendo ayuda. Han oído que he estado dando cobijo a algunas personas, incluida tú. Quizá creyeron que era conexión suficiente. —Rió—. Han solicitado tu perdón, el de Piers y el de los demás.

Lily estaba asombrada.

—¿Qué quieren?

Nathan se encogió de hombros.

—Lo de siempre. Un lugar en tierra alta. Sea como sea, dudo que podamos ayudarlos. Pero es cosa tuya. ¿Qué dirías tú?

Lily lo pensó.

—Me tuvieron encerrada en un agujero en el suelo durante años. Mataron a uno de mis amigos, violaron a otra y nos dieron por muertos. Que les jodan.

—Que les jodan. —Nathan alzó la copa y se la bebió. Miró el mapa una vez más—. Todavía nos queda un lugar al que ir antes de quedarnos sin tierra. Lhasa, en el Tíbet, está a cuatro kilómetros de altura. La Paz está casi igual de alto... Creo que pronto veremos el fin de todas las guerras. En cada una de las zonas con tierras altas supervivientes, en las Américas, en África, en el Himalaya, el control pronto caerá en manos de unos pocos gobiernos fuertes, o individuos. Habrá un orden, en cierto sentido. Y quizá toquemos fondo en el número de muertes. Nos acercamos al final de la era en la que las empresas se alimentaban a costa de los demás. Las cosas están tan mal que eso ya no puede sostenerse más. Los ricos que sobrevivan serán aquellos que fueron lo suficientemente inteligentes como para convertir su riqueza en poder y seguridad.

»Algunos dicen, ya sabes, que este colapso global es algo bueno. O que por lo

menos lo será a largo plazo. Quizá nuestra civilización fuera demasiado complicada, como un bosque maduro que tiene todo el espacio ocupado por alguna planta, cada trocito de materia convertible transformada en biomasa; los árboles, los gusanos, los escarabajos, todos prisioneros en una compleja red de dependencias en la que todo lo que vive, vive de los demás. Eficiencia máxima pero capacidad de recuperación mínima. Así que cuando llega la hecatombe, el incendio, el terremoto o la sequía, las muertes son ingentes. Pero lo que sobrevive es más fuerte, más adaptable, más robusto.

—Mmm. No estoy segura de que sea una buena analogía, Nathan. De todas maneras, no te imagino muriendo con los débiles. Apuesto a que estás pensando en algo. Siempre estás pensando en algo.

Nathan la miró.

—Bueno, yo siempre tengo un plan B. Supongo que a estas alturas ya sabía eso de mí. Y cuando no tengo planes, tengo opciones. Por ejemplo, pude comprar la bóveda Svalbard a los noruegos antes de que el Gobierno se fuera a pique.

—¿El qué?

—Una cosa que se ideó tras el 11-S por si alguna vez llegaba el apocalipsis, ya sabes. Un proyecto mundial para crear una bóveda de semillas, tres millones de muestras, construida a cien metros de profundidad dentro de una montaña en una isla noruega. Un diseño muy inteligente. Incluso si la electricidad fallara alguna vez, permanecería refrigerada por el permafrost. Pero no pensaron en una inundación.

—¿Dónde están las semillas ahora?

Nathan sonrió y señaló al suelo.

—En la bodega.

—¿A bordo de este barco?

—Un toque con clase, ¿no crees?

—Vale, de acuerdo, ya veo por dónde vas. Las aguas bajan y un Johnny Appleseed reencarnado en Nathan Lammockson, restaura el mundo. ¿Y qué más? Dame un titular.

—Armas selectivas según la raza.

Aquello la dejó atónita.

—Por Dios, Nathan.

Lammockson miró por la ventana a los trabajadores en sus chabolas.

—Hace años que tengo un equipo trabajando en este asunto. Dicen que es una aplicación de la farmacogenómica. Si alguna vez la mierda toca el ventilador, quiero asegurarme de que yo y los míos estamos a cubierto.

—Estás realmente loco.

—Todos decís eso —replicó Nathan imperturbable—. Pero todos me habéis seguido desde Southend-on-Sea hasta este maldito lugar, y ninguna persona cercana a

mí ha pasado un solo día de hambre. ¿Quién es el que está loco? Espero no tener que utilizar nunca armas como esas, pero sé que no me perdonaría a mí mismo si no me preparara para algo que sé que va a ocurrir. Por supuesto, esto que te digo es confidencial.

En ese instante, Piers se acercó a Nathan. Iba enfundado en su viejo mono y parecía fuera de lugar en aquel salón reluciente, como un vagabundo en un palacio.

—Problemas en La Oroya —dijo.

—¡Maldita sea! —respondió Nathan—. Necesitamos esa fundición.

—Noes espera un helicóptero. —Piers miró a Lily—. Será mejor que vengas.

—¿Por qué? Ah. ¿Tiene algo que ver con Ollantay?

Piers no respondió.

—Iré a buscar a Amanda —dijo Lily, y se abrió paso entre la gente.

La fundición dominaba el alto valle de La Oroya. Las montañas que rodeaban el valle formaban un cuenco natural que evitaba que el viento se llevara la polución, así que el denso esmog flotaba sobre la ciudad de forma permanente, visible desde kilómetros de distancia. Y a medida que descendía el helicóptero se veían columnas de humo blanco que emergían de las chimeneas, alzándose hacia el cielo diáfano. La tierra había sido transformada en una especie de horrible polígono industrial, salpicado de vertederos y huellas de vehículos.

En tierra, Ollantay saludó a Piers muy seguro de sí mismo. Había llevado con él a su propio ejército, matones vestidos de incas y armados con rifles. Ignoró al batallón de tropas de AxysCorp y a sus formidables armas. Detrás de Ollantay, sentados en el suelo formando fila tras fila, estaban los trabajadores que habían bloqueado el acceso a la fundición. Lily pensó que Ollantay tenía un aspecto magnífico. Estaba en la treintena y era un hombre en la flor de su vida. Lucía las prendas de un noble inca: plumas en el pelo recogido en una coleta, un enorme y elaborado aro de oro en cada oreja, y una túnica de lana de vicuña, teñida y con símbolos heráldicos bordados.

Kristie estaba a su lado, con su propio vestido de lana de vicuña y su hijo en brazos. Manco, el niño mitad quechua, tenía casi cuatro años y era ya casi demasiado grande como para que su madre lo sostuviera en brazos. A pesar de todas las miradas de anhelo y añoranza que le lanzaba Amanda, estaba claro que Kristie pertenecía a aquel lugar, al lado de su hombre.

Ignorando a Ollantay y conscientemente, manteniendo las distancias con Kristie, Piers se acercó a los trabajadores y a sus familias sentados en el suelo. Apoyó las manos en las caderas y habló en un inglés claro y conciso. Un par de patrulleros de AxysCorp dieron un paso al frente para traducir al español y al quechua.

—Mirad, todo esto es innecesario y no os beneficia en absoluto. Sé que en este lugar las cosas son difíciles, pero resulta que las cosas están difíciles para todos nosotros.

»Y lo que vosotros hacéis es muy importante. —Alzó la mano para abarcar la fundición, que pronto se quedaría sin nada que hacer porque el equipo de administración de AxysCorp que dirigía la planta se iba a quedar sin suministros—. En vuestra labor de refinar el arsénico, el plomo, el cadmio y el cobre sois una parte vital de la infraestructura industrial de Proyecto Ciudad y sus alrededores. Sin vosotros, la civilización de alta tecnología que hemos mantenido hasta ahora, caería. Tan simple como eso. Y si eso ocurre, nos afectará a todos. Porque, ahora mismo, en el otro extremo del mundo, se ha desatado la batalla final por Jerusalén y los

cristianos, los judíos y los musulmanes luchan con palos de madera y trozos arrancados de los monumentos sagrados derribados. ¿Acaso queréis que eso ocurra aquí?

Una mujer se levantó. Tenía a un niño en brazos, quizá tuviera dos años. Se le caía la cabeza a los lados.

—Plomo en mi bebé —dijo en inglés con un fuerte acento—. En hueso, hígado, riñones, cerebro. Doctor dice. —Pellizcó la pierna del niño—. No sentir piernas, brazos. No habla. Plomo en mi bebé.

—Estoy seguro de que hay tratamientos... soluciones, medicamentos, máscaras para la cara...

—Ya existía un problema de contaminación antes de las inundaciones —dijo Ollantay—, cuando una empresa americana era la dueña de las tierras, antes de que Nathan Lammockson lo comprara todo. ¿No es cierto, Piers, que es una de las razones por las que Lammockson vino a Perú? ¿Por las instalaciones mineras de altitud que ya había aquí? Antes de las inundaciones, por lo menos se dignaban a emitir la mayor parte de sus gases y humos en días nublados o de noche. Pero ahora ya no importa, no hay leyes, ni legislación medioambiental, ni ningún Gobierno que sea capaz de detener a AxysCorp para evitar que siga contaminando como le venga en gana. —Piers trató de interrumpirle, pero Ollantay le gritó—. ¡Y la población afectada ha crecido mucho porque sigue llegando gente de las tierras bajas, mendigando un trabajo!...

Mientras discutían, Lily se acercó a Kristie.

—No deberías estar aquí —dijo Lily—. Ollantay no hace más que crear problemas.

—Es un líder —respondió Kristie llena de confianza—. Los oroyinos le respetan. Todo el mundo en los valles altos le respeta, desde aquí hasta Puno, incluso los mestizos y los españoles. —Kristie tenía ya treinta años y no quedaba ni rastro de la muchacha inglesa que había llegado allí por primera vez, pensó Lily, salvo por un leve acento.

Amanda apenas podía soportar mirar a su hija o su nieto.

—Eres una idiota y él también. —Todavía lucía el vestido negro que se había puesto para la fiesta de Nathan, oculto bajo un impermeable y unas incongruentes botas de goma.

—¿Y tú crees que hablándonos de esa forma vas a conseguir algo, mamá? —replicó Kristie. Escúchame. Tú, Piers, Lily y Nathan vais a tener que empezar a tomaros más en serio los sentimientos de la gente. ¿Creéis que vais a poder obligar a las personas a trabajar en la fundición y en esas minas de mierda en Puno a punta de pistola? ¿Cuánto tiempo creéis que durará eso?

Lily se sentía totalmente consternada por aquel lugar, por el aire contaminado, la

gente sentada en el suelo, el niño débil y enfermo. Era el tipo de lugar del que, inconscientemente, se había mantenido alejada todos aquellos años en los que había trabajado para AxysCorp.

—No me extraña que la gente se sienta tentada de seguir a Ollantay si tienen que vivir de esta manera.

—Sí —dijo Kristie triunfal—. Y Ollantay representa la historia, Lily... Es algo personal para esta gente. A pesar de todos los españoles y demás colonialistas, ellos nunca renunciaron a su historia. Ollantay me llama su *aclla*.

—¿Su qué?

—Su mujer elegida. Su compañera sagrada, como las vírgenes vestales de Roma. —Reacomodó el peso de su hijo—. Aunque en mi caso eso de virgen... Y quizá algún día, yo me convierta en su *coya*, la mujer de un emperador.

—Una compañera sagrada —dijo Amanda—. La mujer de un emperador. ¡Oh, por Dios, Kristie, pero qué estúpida eres!

Hubo un forcejeo. Alguien se levantó y lanzó un puñetazo a Piers. Los guardias de AxysCorp lo rodearon para protegerlo y Ollantay y sus hombres también se metieron. Lily se apresuró a llegar con la esperanza de calmar a los hombres antes de que alguien empezara a disparar.

De las anotaciones de Kristie Caistor:

El proyecto *Arca Tres* de Nathan estaba patrocinado por una organización global de individuos de pensamiento semejante que había evolucionado a partir de la antigua sociedad LaRei, el club de hombres ricos, para convertirse en una red de supervivientes que compartían recursos e información. Y así como Nathan seguía adelante gracias al patrocinio de sus colegas, él también participaba en otras iniciativas. Kristie acuciada por la curiosidad por los diversos proyectos de la LaRei que había en marcha por todo el mundo, logró introducirse en los sistemas de Nathan y registró todos y cada uno de los canales de noticias internos en busca de información.

Estaba particularmente intrigada por una noticia procedente de un observatorio astronómico situado en un pico de los Andes chilenos, llamado Cerro Pachón. En aquella atmósfera diáfana, tres grandes telescopios operaban desde el comienzo del siglo. Se los conocía como Géminis Sur, SOAR y el inmenso Gran Telescopio para Rastreos Sinópticos, que era capaz de rastrear completamente el cielo varias veces en una semana. Ya que los observatorios estaban relativamente cerca de la ciudad de Nathan, él se encargaba de proporcionar suministros a los astrónomos, adaptándose e improvisando a medida que las inundaciones borraban carreteras, aeropuertos y vías férreas.

Kristie, que estaba interesada en la existencia de más arcas, no se detuvo durante mucho tiempo en las imágenes de grupos de astrónomos trabajando bajo cielos espectaculares enmarcados por picos helados. Sí que se preguntó, aunque brevemente, por qué una comunidad de ricos se dedicaría a invertir sus recursos en rastrear el cielo en medio de aquella inundación global.



Julio de 2035

—Me llamo Gary Boyle.

—Lo siento, colega, pero no estás en la lista.

—Conozco a Nathan Lammockson. Él me ayudó... Era un rehén en Barcelona y... nos rescató, prometió que cuidaría de nosotros toda la vida...

Pero aquel guardia que no dejaba de mascar coca y que tenía el rostro oculto tras unas enormes gafas de sol, parecía demasiado joven como para haber oído hablar de Gary o ni siquiera de Barcelona.

El muro que vigilaban sus compañeros y él medía lo menos tres metros, estaba hecho de paneles de hormigón terminados en alambre de espino y protegido por torres armadas con ametralladoras. Se extendía hasta el diáfano horizonte andino. Eran los límites de Proyecto Ciudad, del imperio de Lammockson. Y estaba cerrado a cal y canto para Gary Boyle.

Estaban solos en medio de un paisaje desolador. Los únicos presentes eran la avanzada de la Ciudad Caminante, compuesta por Gary, Grace y Domingo; los guardias de AxysCorp que se habían dignado a salir para hablar con ellos; y un puñado de gente local, jóvenes andinos que permanecían de pie, ociosos y observando, envueltos en sus coloridos ponchos de lana. Gary, mareado por la altitud, se desesperó. Su móvil había dejado de funcionar hacía meses. Si los guardias no le dejaban pasar, no tenía ninguna forma de contactar con Lily.

—¡Soy Gary Boyle! ¡Conozco a Lily Brooke! ¡Y esta es Grace, Grace Gary! Hemos atravesado dos continentes para llegar aquí. La caminata me ha consumido la vida. Toda mi maldita vida. Pero ahora estamos aquí y necesitamos ayuda. — Absurdamente, sintió ganas de echarse a llorar.

—Mira, tío, las cosas están así. —Gary se preguntó dónde se le habría pegado a aquel tipo ese acento de Brooklyn, porque estaba claro que no había podido tener más de cinco años cuando Nueva York había desaparecido bajo las aguas—. No tenemos sitio para nadie más. No tenemos sitio para ti. Que puedas mencionar unos cuantos nombres no va a cambiar eso. El señor Lammockson es famoso en el mundo entero, todos podrían decir que lo conocen, ¿no? —Se acercó a Gary—. Y déjame que te diga una coas más. Incluso suponiendo que tú y tu amiguita fuerais colegas del señor Lammockson, incluso suponiendo que pudieras probarlo, seguiría sin haber ninguna forma de que yo dejara entrar a tu ejército de vagabundos.

—Si pudiera enviar un mensaje a Lily Brooke...

—No. —Ahora el guardia empezó a gritar, ejerciendo su autoridad—. ¡No soy tu

mensajero! ¡Serás tú el que lleve un mensaje, para tu «alcaldesa»! ¡Dile que si no os dais la vuelta ahora mismo, seré yo quien lo haga dándoos una patada en vuestros miles de traseros! —Miró a Gary de arriba abajo, observando despectivo tras sus gafas de sol—. Estáis avisados. Tenéis cuarenta y ocho horas. ¿Entendido? —Y se dio la vuelta y caminó hacia la entrada del muro, cuyo portón permanecía abierto para él, custodiado por otros matones de AxysCorp.

De pronto Gary se sintió exhausto. El mundo se tornó amarillento. Se dobló, sintió que la sangre le golpeaba los oídos y vomitó.

Grace le masajeó la espalda. Domingo se acuclilló a su lado.

—Bueno, lo has intentado —dijo Grace.

—Es esta maldita altitud —respondió Gary—. No puedo pensar correctamente. —Se sentó en la hierba y alzó la mirada para observar el muro que lo excluía.

—Nadie va a culparte de nada, amigo mío —dijo Domingo.

—Nathan ha roto la promesa que me hizo —insistió Gary—. Y eso significa que yo tengo que romper la promesa que os he hecho a todos vosotros, a la alcaldesa, a los miles de personas que me habéis seguido hasta aquí.

Grace miró el muro blanco con expresión vacía.

—No supone mucha diferencia —dijo— que sigamos caminando. Al menos yo no lo creo. Me he pasado caminando toda la vida. No creo que nunca haya pensado que podría terminarse alguna vez.

—Pero escucha —intervino Domingo con más urgencia, inclinándose hacia Gary—. Las promesas rotas no importan. Ya has oído lo que ha dicho ese imbécil. Supón que hay una forma de entrar, que existe una manera de que te pongas en contacto con esa Lily, o con Lammockson. Si persistimos, encontraremos la manera. Supón que te dejan entrar a ti, a Grace y a unos cuantos más. Supón que es como dice el guardia. Que te dejarán entrar, pero debes dejar atrás a todos los demás...

Gary pensó que ese era el tipo de trato que Nathan Lammockson le exigiría. Pero él había decidido hacía ya mucho tiempo, cuando, incluso en los peores momentos, se había dado cuenta de que no era capaz de abandonar la Ciudad Caminante.

—No. O todos o ninguno.

Grace se encogió de hombros.

—Entonces supongo que es ninguno. Somos mil, pero no somos un ejército.

—Pero en este mundo existen los ejércitos.

Gary se volvió sin levantarse. Vio unos pantalones de lana, botas y una figura que se cernía sobre él. Uno de los nativos, un quechua, se había dirigido a él. Gary intentó levantarse, pero se tambaleó y Grace tuvo que ayudarlo.

El quechua debía tener unos treinta años. No era muy alto, pero tenía un rostro intenso; no, arrogante más que intenso. Lucía una túnica de lana teñida de colores vivos. Enormes aros de oro colgaban de los lóbulos de las orejas. Detrás de él había

más jóvenes, vestidos de forma similar, observando desconfiados. Vestían ponchos, aunque hacía calor, y Gary se preguntó si llevarían armas escondidas.

—¿Y quién eres tú?

—Me llamo Ollantay. —Sonrió—. El nombre no te dice nada. No importa. Pero tu nombre sí significa algo para mí, Gary Boyle. —Se volvió hacia Grace—. Y tú eres la hija de Helen Gray, ¿verdad?

Por acto reflejo, Domingo se interpuso entre Ollantay y Grace.

—¿Sabes quiénes somos? ¿Cómo? ¿Eres de Proyecto Ciudad? ¿De la gente de Lammockson?

—Más bien todo lo contrario. Nunca he visto a Nathan Lammockson. Pero sí conozco a tus colegas ex rehenes Piers Michaelmas y Lily Brooke.

—¿Sí? ¿Cómo es eso?

—Kristie Caistor es mi esposa.

Gary se lo quedó mirando sin poder creerlo.

—Kristie... —La sobrina de Lily, la que él había conocido en Londres cuando era una niña y que, ahora, debía tener unos treinta años.

—¿Y qué es eso que has dicho de ejércitos? —preguntó Domingo.

Los ojos de Ollantay se estrecharon.

—Lammockson os ha excluido. A nosotros, los quechua, también. Y ya ha pasado toda una generación que ha sido explotada por él, mientras él se refugia en palacios y construye su absurdo barco con forma de montaña. Aquí, en una tierra que era nuestra, sufrimos los últimos coletazos del colonialismo occidental. Pero es hora del cambio. Se aproxima una batalla final. Son las últimas cuentas que saldar antes de que el mar se cierna sobre todos nosotros.

Gary estaba desconcertado por aquel exótico joven y su cabeza daba vueltas cuando el quechua mencionaba a Lily y Kristie.

—¿De qué demonios hablas? ¿Qué barco?

Ollantay señaló el muro.

—Ya no hay sitio para barreras como esa. Ya no. Es hora de enderezar lo torcido. No será venganza, sino simple justicia.

Domingo lo miró de arriba abajo.

—¿Y cómo vas a librar esa guerra, montañés? ¿A lomos de llamas y arrojando lanzas?

Ollantay se volvió hacia él y Gary percibió la lucha silenciosa, un enfrentamiento por el dominio.

—Nada de lanzas —dijo Ollantay por fin—. Os contaré una cosa, un hecho del que podéis informar a esa alcaldesa vuestra con los pies destrozados. Tenemos rifles Kalashnikov. AK47. Los sacamos de un almacén secreto en Lima, nuestra capital sumergida. Para conseguirlo utilizamos los submarinos de rescate del propio

Lammockson. Justo ante sus narices. Tenemos las armas y la munición. Así es como vamos a librar nuestra guerra. Quizá podríamos ganar sin vosotros, aunque no somos tantos. Pero vosotros, que habéis venido caminando desde Dios sabe dónde, representáis una oportunidad para nosotros. Con vosotros podemos aplastar a Lammockson y a sus guardias de AxysCorp, y su Proyecto Ciudad y su Utopía tecnológica.

—No hemos venido aquí para eso —dijo Gary.

Esta vez, Domingo intervino muy decidido.

—No, pero es lo que hemos encontrado, Gary. Antes nos alejábamos caminando de cualquier conflicto. Pero este es el fin del viaje. Siempre has sabido que llegaría este momento, algún día, cuando la tierra se acabara y la gente tuviera que apiñarse más y más, como cabras en un pico. Ya has oído lo que ha dicho el guardia. Si dejamos que nos echen de aquí, no tendremos a dónde ir. Es el fin. Luchar o morir.

Gary miró a Ollantay.

—No voy a informar de esto a la alcaldesa —dijo.

—Pero yo sí —replicó Domingo—. De hecho, no es elección tuya. —Miró a Ollantay—. ¿Estás dispuesto a venir con nosotros?

Ollantay sonrió.

—Llevo toda la vida esperando este momento.

Gary miró a Grace. Su rostro no reflejaba emoción alguna.

De pronto, vomitó de nuevo. Le dolía la cabeza y la altitud le había noqueado de nuevo. Se inclinó y apoyó la cabeza en las rodillas mientras Grace le masajeaba la espalda.

De las anotaciones de Kristie Caistor:

A ambos lados de los Andes, en los valles inundados, las balsas iban a la deriva. Nadie sabía cuántas había, ni cuánta gente luchaba por sobrevivir allí afuera, en mar abierto.

Nathan Lammockson apostó tropas a lo largo de la cambiante costa para evitar que las embarcaciones tocaran tierra. Nunca había escasez de voluntarios para cumplir aquella tarea.

Y envió barcos que navegaban entre las balsas. A bordo iban doctores, pero no para ayudar a los enfermos.

Nathan llevaba mucho tiempo aferrándose a viejas filosofías y técnicas de reducción de población. Incluso antes de las inundaciones, ya habían existido movimientos voluntarios de extinción humana, desarrollados por aquellos que creían que la humanidad era básicamente una plaga y que la única misión de sus vidas era devolver la Tierra a su condición anterior a la evolución de la raza humana, o lo más parecido, antes de dejarse llevar también por la eterna oscuridad. Lammockson afirmaba que aquello era fruto del raciocinio: en vez de huir de las crecientes inundaciones, era mejor someterse a ellas. Así que los doctores de los barcos eran «emisarios del suicidio», entrenados para ayudar a los refugiados a aceptar su destino. Iban equipados con la medicación necesaria.

Otros misioneros, que no tenían la bendición de Lammockson, navegaban también por entre las desoladas comunidades de las barcas. Una lancha motora llevaba a un predicador a bordo, e iba y venía de la costa mientras su pasajero arengaba a las masas a través de un altavoz. Aquella era la vida que les esperaba con un Dios entrometido, gritaba. La humanidad había regresado a la época del Antiguo Testamento. Nathan consideró la posibilidad de hacerlo callar, pero decidió que el predicador era tan eficaz como sus doctores del suicidio.

La población de las balsas no era fija. Las balsas se rompían o eran absorbidas por otras. O iban a la deriva y desaparecían en el horizonte, hacia un destino que nadie en tierra osaba siquiera imaginar. Pero cada día que pasaba había más y más personas que llegaban desde las ciudades inundadas.

Kristie observó aquello. Aislada en Cuzco desde hacía años, se preguntó si habría alguien que se preocupara por cuánto tiempo más podría seguir todo aquello.

Agosto de 2035

El ejército de desarrapados de Ollantay irrumpió en Proyecto Ciudad saltándose el perímetro exterior cerca del aeropuerto.

La fuerza de invasión no contaba con equipo protector ni con armas pesadas. Pero sí con muchísima gente: los quechuas y otros que habían sido expulsados de las tierras altas, un buen número de pobres resentidos de P-ville, además de un centenar de adultos fuertes procedentes de la Ciudad Caminante. Y también tenían un montón de rifles AK47 y munición suficiente como para no preocuparse por que se terminara.

Unos pocos murieron en los escasamente organizados tiroteos alrededor del aeropuerto. Las fuerzas de Nathan estaban demasiado bien entrenadas y equipadas como para ser vulnerables a las primitivas tácticas de Ollantay; pero por otro lado, parecían reacios a emplear el armamento pesado. Cuando la escaramuza llegó a su fin, los rebeldes habían conseguido acorralar a un buen número de efectivos de Lammockson que se habían refugiado en el edificio de la terminal. Ollantay se tomó aquel empate como una victoria, porque había logrado que aquella parte de Cuzco quedara totalmente desprotegida.

Después, Ollantay dirigió a su ejército a la ciudad y entraron por el sureste.

Los invasores se abrieron camino por una calle ancha y desierta llamada avenida de El Sol que, según los antiguos mapas que Gary se había descargado al GPS de su mono, llevaba directamente al corazón de Cuzco.

Los rebeldes se dividieron en dos columnas que avanzaban por ambos lados de la calle, procurando cubrirse con los edificios y manteniéndose alejados del centro donde habrían sido objetivo fácil de los francotiradores. Un puñado de militares veteranos que formaban parte de la Ciudad Caminante habían enseñado a Ollantay aquellas rudimentarias tácticas militares. Pero la falta de experiencia de aquel ejército resultaba evidente en el nerviosismo de los invasores, en la forma en la que se acurrucaban en los portales o se aferraban a cualquier saliente para cubrirse, y en cómo observaban aterrorizados las sombras y el cielo sobre sus cabezas. La mayoría de ellos iban armados con rifles Kalashnikov, armas que manejaban con una despreocupación que asustaba a Gary.

La actual alcaldesa de Ciudad Caminante, Janet Thorson, era una mujer dura de unos cincuenta años que se había unido al grupo en Minnesota. Su cabello rubio empezaba a adquirir tonos grisáceos, era corta de estatura pero robusta, y muy

cautelosa. En aquellos momentos iba en la furgoneta del ejército de Ollantay en compañía de Gary. Los dos lucían sus viejos monos de AxysCorp, que seguían siendo sus prendas más polivalentes y duraderas. Se habían embadurnado de arriba abajo en una especie de primitivo camuflaje y era lo más parecido que tenían a un uniforme de combate; prendas que una vez habían hecho a Lammockson un poco más rico, y que ahora vestía el ejército que quería derrocarlo. Ninguno de ellos iba armado salvo por las pistolas que tenían escondidas en los monos. Ni llevaban protección, ni chalecos antibalas ni cascos, y Gary, que no era un soldado, se sintió muy vulnerable.

—Mierda, esos muchachos tienen toda la razón al comportarse de forma tan prudente —dijo Janet Thorson—. Admitámoslo, ninguno de nosotros está acostumbrado ya a las ciudades. Algunos de los niños de Ciudad Caminante nunca han estado en un ambiente como este, nunca en sus jóvenes vidas. Y supongo que algunos de los habitantes de los Andes también son novatos en entornos como este.

Gary imaginó que la alcaldesa tenía razón. Y era cierto que Cuzco era una ciudad que funcionaba mucho mejor que cualquier otra que él hubiera visto desde hacía años. Los edificios estaban razonablemente intactos y estaba claro que se hacía un mantenimiento de la superficie de las calles. Incluso había tiendas que se alineaban en aquella larga avenida, cerradas a cal y canto en aquellos instantes, pero que claramente seguían en el negocio. Sin embargo, no se veía un alma, ni adultos ni niños, ni siquiera un perro. Incluso los pájaros permanecían en silencio.

—Supongo que la ciudad misma es un reflejo de la voluntad de Lammockson —dijo—. Fuerza de voluntad, disciplina y liderazgo aplicados a lo largo de las décadas.

Thorson gruñó.

—Sí, eso y el dinero que se las arregló para embolsarse mientras el mundo se iba a la mierda. Pero disciplina, sí, previsión, también. Por eso esta calma me pone tan nerviosa. —Señaló una cámara de circuito cerrado en lo alto de un poste, que seguía el avance del ejército—. Saben que estamos aquí. Creo que Nathan Lammockson sabe exactamente qué está haciendo. Estoy segura de que sabía que llegaría este día, un día en el que los trabajadores de las ciudades de chabolas y de las montañas que han malgastado su vida levantando la preciosa ciudad de Lammockson se alzarían; incluso aunque nosotros, los caminantes, no seamos más que un añadido al lote. No, estoy segura de que lo ha previsto y estará preparado. Vamos directos a una trampa, eso es lo que creo —dijo con tono grave—. Solo que todavía no se ha cerrado sobre nosotros.

A medida que avanzaban, las unidades se tropezaron con más perímetros defensivos, en la intersección de la calle. El Sol con la transversal avenida Pachacutec, justo al norte de la estación de ferrocarril; y en el cruce de El Sol con la avenida Garcilaso, unas manzanas más adelante. En cada parada, Gary, que estaba por lo menos a unos cien metros de distancia de la vanguardia, podía oír los disparos,

gritos y gemidos, antes de que la columna siguiera adelante. Estaba claro que la resistencia de Nathan estaba siendo tan poco eficaz como lo había sido en el aeropuerto.

Cuando llegó a la intersección en sí, Gary vio restos de alambre de espino, bloqueos de carretera reventados, sacos de arena y bloques de hormigón por todas partes. Y en el cruce con Garcilaso vio a un hombre muerto, un tipo vestido con un rudimentario uniforme azul de AxysCorp, tan nuevecito que parecía que hubiera salido de la fábrica aquel mismo día. Yacía en el asfalto, boca abajo, con los brazos y piernas extendidos de forma extraña, como si fuera una muñeca, y con una mancha roja que se extendía en la espalda. Aquel era el primer cadáver que Gary había visto aquel día. En sus tiempos con Ciudad Caminante había presenciado muchas muertes, y algunas de ellas violentas, pero nunca había llegado a acostumbrarse.

La columna se detuvo de nuevo. Llegó la orden de que se pusieran a cubierto. La gente buscó refugio en portales y callejones, tanto del sol como de los francotiradores. Las puertas estallaban en astillas y las ventanas se hacían añicos a medida que los invasores saqueaban todo lo que podían llevarse de residencias y comercios, oficinas e iglesias. Pero Gary empezó a oír quejas: no había comida ni agua en ningún sitio.

La alcaldesa dijo a Gary que iba a adelantarse para enterarse de qué estaba ocurriendo, y se marchó.

Gary retrocedió veinte metros para reunirse con Grace, que caminaba al lado de Domingo. Grace parecía más incómoda que nerviosa. Domingo tenía el aspecto de un pirata y sonreía ampliamente mientras mecía su AK47 en los brazos. Se había dedicado a limpiar el arma hasta conseguir que reluciera en aquella luz diáfana de los Andes. Había comprado un collar, un hilo con irregulares piedras de aguamarina, y se lo había atado a la cabeza como si fuera un pañuelo.

—Eres un gilipollas, Domingo —dijo Gary disgustado.

Domingo rió.

—Pero hoy es el día de los gilipollas. ¿Qué hacemos ahora, oh, gran gilipollas gringo?

—La alcaldesa se ha adelantado. Supongo que Ollantay está planeando el siguiente paso. Vamos, deberíamos ir con ella. —Tomó la mano de Grace.

—Somos meros soldados de infantería —dijo Domingo.

Gary meneó la cabeza.

—Tenemos amigos en esta ciudad. Vamos a hacer todo lo que podamos para evitar que haya más muertos.

Domingo hizo una reverencia.

—Entonces, te sigo.

De la mano de Grace, y seguido por Domingo, Gary avanzó por la columna hasta



que alcanzó el grupo de la alcaldesa. Se habían detenido en otra gran intersección, al lado de un espacio verde donde, en una de las esquinas, se alzaba una iglesia de aspecto monumental.

Al llegar ante aquel gran edificio, Ollantay detuvo la columna. Lucía sus ropas y abalorios incas: túnicas y pantalones de lana y colores chillones, los aros de oro en las orejas que brillaban bajo el sol, y una diadema de oro que había saqueado de alguna colección privada en aquellos asaltos breves que había organizado antes de su ataque final. Permaneció erguido, su rostro impasible y orgulloso, disfrutando del día de su apoteosis.

La alcaldesa Thorson estaba al lado de Ollantay y escuchaba la conversación entre Ollantay y sus generales con la mayor de las reservas. El estado mayor de Ollantay estaba compuesto por matones y alborotadores que habían venido de otras comunidades de tierras altas, de granjas y de minas, y que se habían unido a Ollantay para saldar viejas deudas. Incluso algunos eran habitantes de las balsas de desposeídos que iban a la deriva en el mar. El grupo rodeaba una caja de madera que parecía un ataúd y que habían llevado hasta allí en un carro.

Entre ellos había un hombre que Gary no reconoció, pero que lucía un uniforme nuevo de AxysCorp. Tendría unos treinta años y estaba gordo, algo increíble en aquellos días. Tenía un rostro rechoncho de expresión resentida y permanecía al lado de Ollantay, nervioso.

Kristie estaba allí. Su pequeño lucía plumas en la cabeza y tenía su propio traje de príncipe inca. Sostenía la mano de su madre mientras con la mano libre se hurgaba la nariz. Ver a Kristie Caistor en aquel lugar y al lado de un hombre como Ollantay fue para Gary la primera sorpresa de aquella mañana, de hecho, la primera del día. Kristie llevaba una mochilita color rosa algo incongruente con el resto de su atuendo inca, y Gary recordó vagamente como la joven Kristie había guardado en aquella mochila todas las cosas bonitas y brillantes que había rescatado de Londres, hacía ya tanto tiempo.

—Y bien, ¿cuál es el plan? —susurró Gary a Thorson.

—Ollantay tiene espías en Proyecto Ciudad —respondió ella—. Topos. Como este tipo gordo, está claro. Lammockson y sus amigos se han encerrado en un estadio deportivo a unas manzanas de aquí. —Señaló al nordeste por una avenida transversal.

Gary pensó que allí era donde podría encontrar a Piers Michaelmas y a Lily Brooke. Aquel iba a ser un reencuentro de lo más extraño.

—¿Así que vamos a asediar el estadio?

—Sí. Aunque al parecer Ollantay cree que conoce una forma de entrar. Mientras tanto, creo que quiere realizar alguna especie de ceremonia aquí fuera.

—¿Una ceremonia inca? —preguntó Gary mientras miraba alrededor, a las fachadas vacías de los edificios que los rodeaban y las calles vacías. Oyó el zumbido

lejano de un helicóptero—. Cuanto más tiempo nos quedemos aquí, más vulnerables seremos.

—Dímelo a mí. Pero ya conoces a Ollantay. Mira a esos tipos. Muchos de ellos ni siquiera piensan en lo que están haciendo. Son desposeídos, esclavos de Lammockson, refugiados... igual que nosotros. Los que proceden de las balsas, en particular, no tienen nada que perder. Este es su momento de gloria, la oportunidad de vengarse de algo, de alguien. Yo diría que los eventos de hoy tienen que ver tanto con la testosterona como con el espacio vital para vivir.

—Ese es un pensamiento muy triste.

El rostro de la alcaldesa lucía una expresión dura.

—Bueno, estamos aquí para maximizar nuestras ganancias. Nosotros no le debemos nada a Nathan Lammockson.

El treintañero gordo se separó del círculo de Ollantay y se acercó a Gary.

—Te conozco —dijo—. Tú eres Gary Boyle. Uno de los rehenes de Barcelona.

Gary se lo quedó mirando, sorprendido.

—¿Te conozco?

—Yo era tan solo un niño cuando os rescataron. Quizá no te acuerdes de mí. Soy Hammond Lammockson.

Inmediatamente, Gary vio el parecido con Nathan recurriendo a una imagen que seguía presente en su memoria. El muchacho incluso hablaba con el mismo toque londinense que su padre.

—Vaya. Sí, me acuerdo de ti. ¿Qué haces aquí?

—¿Quieres decir qué hago aquí con los enemigos de AxysCorp? Supongo que no conoces bien a mi padre. Para él se acabó el juego. El nuevo Gobierno de Qosqo le juzgará por sus crímenes.

—Juzgar, ¿eh? ¿Y tú qué eres? ¿Un testigo de la acusación?

El rostro de Hammond emanaba enfado y resentimiento.

—No sé qué piensas de Nathan Lammockson. Y no me importa. Como padre es un desastre. Se ha pasado la vida menospreciándome, subestimándome, marginándome.

Gary podía imaginárselo muy bien.

—Quizá su intención era endurecer tu carácter.

—Bueno, pues lo ha conseguido.

—Lily Brooke, Piers Michaelmas —continuó Gary—, están aquí, ¿todavía están vivos? No he podido ponerme en contacto con ellos desde que llegué aquí.

—¡Oh, sí! Están vivos. Siguen siendo los favoritos de mi padre. Yo, sin embargo, no soy más que un pasajero. Siempre se sintió más cercano a vosotros que a mí. —Hizo una mueca de desprecio—. Erais como mascotas para él.

Gary se sintió encoger ante la amargura de aquel joven.

—Tú eres su hijo. Recuerdo que Nathan solía decir que todo lo que hacía lo hacía por ti y por sus nietos.

—Nietos. Ya. Deberías ver a la bruja frígida que ha elegido para que le dé nietos. Bueno, yo me he negado a cumplir mi parte.

—No puedo creer que estén planeando traicionarlo.

—Pues créetelo. —Y se marchó para regresar al grupo de Ollantay. Ollantay comenzó la ceremonia.

Ollantay se subió a la caja de madera con forma de ataúd. El murmullo de las conversaciones cesó.

—Aquí comienza el final del juego —dijo—. El final de Lammockson y la erradicación de la mancha del colonialismo. Y es muy apropiado que nos preparemos para la batalla final en este lugar histórico. —Movié la mano para abarcar la plaza—. Esto es Qoricancha, el templo del Sol, el lugar de devoción más importante de todo el imperio inca. En otros tiempos, setecientas planchas de oro cubrían las paredes. Los cuerpos momificados de los emperadores solían estar sentados en sus estatuas de oro de hermosas mujeres, de llamas, árboles y flores, incluso de mariposas doradas. Los españoles profanaron el templo en busca del oro, sin importarles nada los incas o sus dioses, y convirtieron el esqueleto de roca en una iglesia.

»Pero ahora el sol inca se alza de nuevo. —Alzó una bota militar y la bajó para golpear el cajón de madera. La tapa se astilló y se rompió. Ollantay metió la mano y sacó un puñado de huesos, rotos y polvorientos; fragmentos unidos con una especie de alambre para formar algo parecido a un esqueleto. Ollantay agarró la calavera, con su boca abierta de par en par y los huesos que colgaban en el aire bajo ella—. ¡Contemplad a Pizarro! ¡Contemplad a Pizarro!

Un gran rugido surgió entre sus seguidores. Dos hombre levantaron una horca improvisada con palos de tiendas de campaña y pasaron una cuerda por la cabeza del conquistador, que llevaba muerto quinientos años y cuyos huesos estaban amarillentos y astillados.

El esqueleto colgó de la cuerda delante de los portentosos muros del templo.

—Que Dios nos ayude —murmuró la alcaldesa Thorson.

Había pasado una barbaridad de tiempo desde la última vez que el Estadio Universitario de Cuzco se había empleado para su propósito original, pensó Lily. Ahora, el campo estaba abarrotado de tiendas de campaña y retretes portátiles. La hierba estaba pisoteada y llena de surcos de vehículos, allí donde no estaba cubierta por planchas de madera. Habían almacenado comida y agua, habían cerrado las puertas a cal y canto, y las cabinas que en otros tiempos habían alojado las cámaras de televisión servían ahora como búnkeres para las ametralladoras. El ejército de Lammockson no estaba muy bien surtido de armamento pesado, pero el campo estaba bordeado de pequeñas piezas de artillería.

Era allí donde Nathan Lammockson pretendía resistir. Desde que había recibido noticias de la llegada del ejército de desarrapados de Ollantay, Lammockson había puesto en marcha una especie de plan de tierra quemada. Se había retirado a aquella fortaleza que había preparado con antelación, en compañía de un par de miles de personas, su gente: sus guardias personales, sus consejeros y seguidores, de hecho, allí estaba todo el mundo que significaba algo para él, y que seguían siendo leales. El resto de Proyecto Ciudad había sido evacuado. Los ciudadanos se habían refugiado en iglesias y sótanos, o habían huido a Chosica para esconderse en el arca inacabada. Después de aquello, habían vaciado la ciudad de cualquier tipo de suministro. Nathan estaba convencido de que los rebeldes se dispersarían en cuanto empezaran a sentir hambre y sed.

Dentro del estadio, el ambiente era un poco extraño. El cielo era azul brillante y el sol, bajo en aquel día de invierno, arrojaba sus rayos dorados en el interior del recinto, de modo que las armas relucían y el murmullo de miles de personas reunidas en aquel enorme cuenco con eco, creaban la sensación de que estuvieran presenciando un evento deportivo. Lily se sentía particularmente contenta, como si fuera un sábado por la tarde en Londres y fuera a acompañar a Amanda y a los niños a un partido de fútbol del Fulham o de los Queen's Park Rangers. Pero para aquel día el plan iba a ser muy diferente.

Lammockson en persona estaba en el centro de la pista, en el lugar donde en otros tiempos los equipos de fútbol solían elegir campo. Estaba sentado en una silla plegable de lona tomando el sol y las gafas de sol le ocultaban el rostro. Pero estaba rodeado de soldados, sentado a unos pocos metros de dos helicópteros de AxysCorp que descansaban en la hierba. Piers estaba con él, al igual que Juan Villegas y Amanda un poco más atrás, y Sanjay McDonald. Aunque apenas hablaba, Piers tenía la mirada distraída del hombre que presta atención a una docena de conversaciones a

la vez, probablemente a través de aquella versión militar del ángel que utilizaban todos. Otros consejeros se acercaron y se marcharon, especialmente los militares rebeldes. Nathan parecía muy tranquilo en medio de tanta tensión, como un director en medio del set de rodaje de una película extraña.

Al ver llegar a Lily, Sanjay se levantó y corrió hacia ella, enjuto, intenso, nervioso, con la barba desaseada.

—Lily, gracias a Dios. Hay noticias. He estado hablando con Thandie en Denver. Aquello la sacó de su preocupación.

—¿Thandie?

—Un satélite de comunicaciones ha decidido ponerse en la posición adecuada y hemos podido hacer contacto... Está subiendo de nuevo. El nivel del mar.

Durante años, el aumento del nivel del mar había seguido a grandes rasgos la curva exponencial calculada por Thandie, doblándose cada cinco años. Pero la realidad era siempre mucho más imprecisa e incierta que eso.

—Supongo que otro mar subterráneo está saliendo a la superficie —dijo Lily.

—Algo así. De hecho, confirma los informes que hemos recibido de Chosica. Han sufrido algunos episodios de inundaciones por debajo de la ciudad. Parece ser que el *Arca Tres* de Nathan estará a flote mucho antes de lo esperado. Pero eso no es todo lo que Thandie tenía que decir. Escucha, Lily. Ha conseguido hacerse un hueco en Denver, en los círculos del Gobierno.

Lily sonrió.

—Típico de Thandie.

—Y ha descubierto...

—Así que has aparecido, Brooke. —Nathan había visto a Lily y cortó a Sanjay. Sanjay, angustiado, tuvo que dejar las noticias para otro momento.

—Más tarde —dijo Lily moviendo los labios, pero sin emitir ningún sonido. Después se volvió hacia Nathan. Hace tiempo, Lily se habría sentido ofendida por su forma de hablar, pero a lo largo de los años se había endurecido y los insultos de Lammockson no le afectaban en absoluto.

—Ya sabes dónde estaba, Nathan. Dando una vuelta por el perímetro.

—¿Y?

Lily se encogió de hombros.

—Ya conoces la situación. El perímetro es seguro, todas las unidades están en sus puestos, armadas y aprovisionadas. Pero los rebeldes también están en sus puestos. — Desde las antiguas cabinas para los medios de comunicación, Lily había observado el desarraigado ejército que había reunido Ollantay, una masa enorme que rodeaba el estadio entero. Parecían aficionados a la espera de que se abrieran las puertas para presenciar algún evento deportivo, alguna final de copa. Pero la mayoría de los aficionados al deporte no solían saquear ruidosamente las propiedades colindantes ni

se dedicaban a disparar al estadio.

—Así que estamos bajo asedio —dijo Nathan imperturbable—. Que les jodan.

—Ollantay en persona está aquí —anunció Lily mirando a Amanda—. Es imposible no verlo ya que va paseándose por ahí con esas plumas incas y esa reluciente diadema de oro. Kristie está con él. Y el niño. —Admitió—. Un francotirador podría acabar con Ollantay. Ni siquiera necesitarías apostar oteadores.

Amanda desvió la mirada; el rostro pálido, los ojos oscuros. Juan la cogió de la mano.

Nathan negó con la cabeza.

—No. Le quiero vivo para que pueda rendirse. Es la manera más eficaz de salir de esta. —Sonrió a Lily a su cruel estilo—. Además, forma parte de tu familia.

—¡Oh, cierra el pico, Nathan! —replicó Lily—. Y hablando de familia, también han visto a tu hijo allí fuera. —Se rumoreaba que Hammond se había pasado a los rebeldes.

Ahora le tocó a Nathan desviar la mirada.

—Bueno, que él también se vaya al infierno. Mis chicos tienen órdenes de mantenerlo con vida. Cuando esta escaramuza acabe, volverá al redil. Le haré tragar un poco de mierda y ahí acabará todo.

—«Escaramuza» —repitió Lily—. Pareces muy convencido de que no corremos peligro, ¿eh?

—¿Por qué no iba a estarlo?

Piers intervino.

—Sabíamos que esto iba a ocurrir y lo tenemos todo planeado. Ya lo sabes, Lily.

Proyecto Ciudad llevaba semanas preparándose para hacer frente al asalto de Ollantay, y se habían puesto en marcha operaciones que habían sido planeadas hacía meses e incluso años, planes para detener una rebelión. El refuerzo que los rebeldes habían obtenido de los jornaleros de Ciudad Caminante no era más que una mera complicación. Nathan quería ofrecer una mínima resistencia; si era posible, quería evitar los enfrentamientos violentos y había prohibido el uso de minas y armas pesadas a no ser que fuera absolutamente necesario. Según él, era porque quería conservar intacta su ciudad. Lily era de los pocos que sabían que Nathan tenía un plan B.

Lily lo miró.

—Entonces no hace falta recurrir a medidas drásticas, Nathan.

—No, a no ser que cambien las circunstancias —respondió él tranquilamente.

Un grito solitario atravesó el aire como una alarma.

Nathan se levantó. Amanda se aferró al brazo de Juan. Lily oyó el estruendo de las armas que iban cargando los soldados. Hubo un retumbar, un sonido como de un trueno lejano, y la gente se encogió de miedo. Lily se volvió, observándolo todo,

buscando el origen del grito y de la explosión.

De pronto, soldados de AxysCorp aparecieron por los túneles por los que, en otra época, los jugadores solían saltar al campo. El humo los seguía. Inmediatamente empezó a asomar gente, desarrapados, hombres en su mayoría, pero también había mujeres y unos pocos niños. Los hombres lucían túnicas de lana de brillantes colores y abrigos. Al parecer todos iban armados, incluso los niños; y Lily reconoció la simple pero mortal forma de los Kalashnikov.

La fortaleza de Lammockson había caído, así de fácil.

Las tropas de AxysCorp se pusieron a cubierto detrás de muros de sacos de arena y los retretes portátiles. Empezó el tiroteo, con el sonido leve de las pequeñas armas de fuego y el estruendo de las automáticas. Las primeras balas acertaron de lleno y los heridos empezaron a retorcerse como muñecos al caer al suelo. Las tropas que rodeaban a Lammockson se lanzaron a la batalla con las armas colgadas del hombro. Lily oyó el ruido de los rotores de los helicópteros y de las hélices al cortar el aire.

Pero el caos se adueñó del estadio. Los rebeldes seguían saliendo de los túneles a centenares y las tropas de AxysCorp estaba intentando averiguar qué estaba pasando para ponerse en posición.

Y de pronto, hubo una carga de un puñado de hombres envueltos en llamativas ropas incas. Se adentraron en las líneas de AxysCorp, directos hacia el grupo de Lammockson. Piers gritó órdenes y las tropas de AxysCorp obedecieron, se alinearon y empezaron a disparar. Los incas cayeron, pero no sin disparar primero.

Lily oyó las balas que silbaban al pasarle muy cerca. Se lanzó al suelo.

—¡Al suelo! ¡Al suelo!

El ruido de los rotores se intensificó. Lily se retorció y miró a su alrededor. Desde un círculo formado por gente echada al suelo como plantas de maíz bajo un vendaval, uno de los helicópteros de Nathan había despegado ya y subía hacia el cielo. Vio un agujero de bala en el casco, una mancha en el blindaje, pero el aparato subió suavemente y Nathan Lammockson desapareció con él. El otro helicóptero seguía en tierra, con los rotores girando a toda velocidad. Todo el mundo estaba cuerpo a tierra, todo el mundo menos Amanda, vio Lily horrorizada.

Amanda permanecía de pie, mirando a su alrededor como si no pudiera creer lo que estaba ocurriendo. Gritaba el nombre de su hija una y otra vez.

—¡Kristie! ¡Kris!

Juan Villegas, que estaba tumbado en el suelo, tiró de su brazo.

—Amanda, por Dios...

La frente de Amanda explotó y la sangre roja y oscura, con trozos de tejido cerebral, se deslizó por su cara. Durante un segundo, Amanda se quedó de pie, temblando. Después cayó al suelo, sus brazos y piernas flácidos.

Lily se puso de rodillas y se arrastró hacia su hermana, gritando su nombre a pesar del ruido del helicóptero, de los gritos y de los disparos.

—¡Amanda!

Pier Michaelmas rodó por el suelo y la detuvo con un placaje de rugby, obligándola a tirarse al suelo.

Lily forcejeó.

—¡Suéltame!

Piers la mantuvo sujeta.

—Es demasiado tarde para ella.

Lily cerró la mano en un puño y le golpeó en la boca, pero él siguió sin soltarla.

—Eres un imbécil, Piers. ¿Esta era tu estrategia defensiva? No ha durado ni cinco minutos.

—Escúchame. Tú escúchame —le gritó Piers para hacerse oír—. Ya sabes lo que ha ocurrido. Nos han traicionado.

—¿Quién?

—Hammond Lammockson. Cometimos un error al no ir a por él cuando desertó. Ha traicionado a su propio padre, le ha dado a Ollantay planos del estadio, de nuestras posiciones militares. Le ha ayudado a cruzar las puertas.

—Entonces se acabó.

—No. —Piers meneó la cabeza como si así pudiera aclararse las ideas—. La ciudad está perdida. Nathan ya se ha largado. Puedes decir lo que quieras sobre él, pero desde luego sabe tomar decisiones. Y ese segundo helicóptero se va a marchar en cuestión de segundos.

—¿Adónde?

—Al arca de Chosica, creo. Está bien defendida. Tenemos la oportunidad de ir allí, tú y yo. Pero me ha dado una misión.

—¿Cuál?

—Detener a Hammond.

—Bromeas.

—No. Ya sabes que la sangre de Nathan es más densa que el agua. Hammond ya está en el estadio, con los rebeldes. Ollantay tiene la ventaja de la sorpresa, pero no tiene unidades militares entrenadas. Un puñado de los nuestros podrá abrirse paso, coger a Hammond y deshacerse de Ollantay al salir.

»Escúchame, Lily. Es nuestra oportunidad. Kristie está ahí, y su hijo. Creemos que están cerca de Ollantay... bueno, tienen que estarlo. Ya no hay nada que puedas hacer por Amanda. Pero si quieres salvar a su hija...

Lily no dudó.

—Vamos.

Piers la sujetó por el brazo.



—Espera. Toma esto. —Piers sacó un puñado de ligeras máscaras de gas de un bolsillo y las sacudió para que recuperan su forma—. Ponte una. No deberíamos correr peligro. Se supone que el arma de selección étnica de Nathan solo funcionará con los quechuas...

—Nathan no haría eso.

Lily alzó la mirada y vio que el helicóptero que estaba en el aire estaba arrojando un gas amarillento. Era más pesado que el aire y descendió a gran velocidad. El helicóptero viró y voló en círculos para extender el gas por todo el estadio.

—¡Mierda! —dijo Lily y se colocó la máscara.

—Bastante. Y toma otra. Kristie será inmune, pero su hijo...

Como hijo de Ollantay, Manco podía ser mitad quechua.

—Está bien.

Un grupo de soldados de AxysCorp se puso en pie y pasó corriendo al lado de Piers y Lily directo hacia la concentración de rebeldes. Todos gritaban a través de sus máscaras de gas y corrían armas en mano.

—Es nuestra señal —gritó Piers—. ¡Adelante!

Piers tiró de Lily para ponerla de pie. Lily echó mano del arma que llevaba en el mono y algo anonadada siguió a las tropas mientras Piers tiraba de su brazo.

Los rebeldes eran numerosos, pero también como una masa desorganizada, sin entrenamiento, y muchos de ellos carecían incluso de sentido de formación o disciplina. Y ahora que los líderes quechua iban cayendo, ahogándose a medida que el gas amarillo llenaba sus pulmones, el pánico empezó a extenderse incluso entre aquellos que eran inmunes a aquella toxina de selección étnica.

El batallón de AxysCorp atravesó la multitud aterrada como una punta de flecha que se hincara en la carne, y dejó a su paso un rastro de muertos y heridos. Lily, que corría detrás del batallón, observó que muchos de los caídos vestían ropas occidentales muy estropeadas e incluso ajadas prendas de AxysCorp. Probablemente fueran habitantes de la Ciudad Caminante, que estaban tan lejos de casa como ella misma y que en aquel día habían encontrado la muerte.

No resultó muy difícil localizar a Ollantay, con su diadema de oro y su orgulloso plumaje inca. Mientras los que lo rodeaban caían, ahogándose, con las lenguas hinchadas asomando por la boca; él seguía de pie, incólume, disparando sin cesar con sus AK47 hasta que el batallón de AxysCorp cayó sobre él y consiguió quitarle el arma arrastrándolo por el suelo. Había intentado esconderse bajo los cuerpos de los quechuas muertos.

Kristie también estaba allí, de rodillas en el suelo y con su hijo abrazado a su pecho. Lily corrió hacia ella máscara en mano.

—Ponle esto, Kristie... ¡Hazlo!

Kristie se le quedó mirando con los ojos abiertos de par en par de la impresión. Pero a pesar de todo cogió la máscara y, con manos temblorosas, la pasó por la cabeza de su hijo y se la colocó en la boca.

—Lily, ¿qué ocurre? Todos han empezado a morir así sin más.

—Son las armas genómicas de Nathan —dijo Lily con pesar—. Una toxina que afecta a una tenia en concreto, en este caso, los quechuas. Se supone que es letal incluso aunque tengas un cuarto de sangre indígena. A ti y a mí no nos pasará nada, pero al niño...

—¡Eso es monstruoso! —gritó Kristie.

—¿Acaso lo es más que los AK47? Tienes que venir conmigo. Tu madre...

—Que se vaya al infierno. —Miró a Ollantay, que estaba prisionero entre dos soldados, con las manos sujetas a la espalda con esposas de plástico—. ¿Por qué a Ollantay no le afecta el gas?

Piers, que apuntaba su arma a la cara de Ollantay, se rió sarcástico.

—Quizá porque este héroe inca no tiene la sangre tan pura como a él le gustaría

que creyeras, Kristie. Intenté contártelo hace mucho tiempo. —Los músculos de los brazos de Ollantay se tensaron cuando intentó zafarse de las esposas—. Quizá porque has despreciado tu vida en una mentira...

—Ya basta —intervino Lily, y apoyó una mano en el brazo de Piers.

—No iré —dijo Kristie.

—¡Oh, sí, sí que vendrás! —replicó Lily, y obligó a su sobrina a levantarse.

—Lily...

Ella se volvió. Era Gary Boyle, allí de pie, esposado al igual que Ollantay. A su lado vio a una mujer mayor, de corta estatura pero de aspecto robusto, que también estaba esposada.

A pesar del caos que la rodeaba, Lily corrió hacia Gary y lo abrazó. Olí a suciedad, a cordita y a sangre.

—Dios, me alegro de verte. Incluso en estas circunstancias. Cuando los oteadores nos dijeron que se acercaban jornaleros de la Ciudad Caminante, no tenía ni idea de que tú estabas entre ellos. No permitieron que me pusiera en contacto contigo.

—Lily, esta es la alcaldesa Thorson. De la Ciudad Caminante.

Lily miró a la mujer que, orgullosa, le sostuvo la mirada.

—Me avergüenzo de que no os dieran la bienvenida.

—No ha sido culpa suya —dijo Thorson sin darle mayor importancia—. No fue usted la que dio la orden de disparar, ¿no? Además, todo se ha terminado para ustedes.

—Cierto —dijo Piers. Ordenó a los soldados de AxysCorp que les quitaran las esposas—. Veréis, Lammockson abandona Proyecto Ciudad. Creo que esa fue siempre su intención si el mar llegaba a poner a flote su arca. La ciudad había cumplido su propósito: servir de base para que él construyera su barco. No tengo ni idea de qué tipo de orden surgirá ahora aquí. Sospecho que a Lammockson ya no le importa. Pero sabemos cosas de ustedes, los de la Ciudad Caminante. Creo que podrían hacer una aportación responsable a...

—Usted no sabe una mierda sobre nosotros —replicó Thorson—. Adelante. Corra al lado de su amo feudal. Nosotros nos encargaremos de solucionar esto.

Piers intentó decir algo, pero finalmente dio un paso atrás.

—Como quiera. Lily, debemos irnos. Tenemos a Hammond. El helicóptero se irá en unos minutos, estemos nosotros a bordo o no. Gary...

Gary negó con la cabeza.

—Ahora esta es mi gente. Los caminantes. Yo me quedo. Pero llevaos a Grace. — Y miró alrededor.

—¿A quién? ¿A Grace? —dijo Lily.

Una joven emergió de entre la muchedumbre de rebeldes prisioneros, esposada como los demás. Era la viva imagen de Helen Gray. Miró a Lily con los ojos abiertos

de par en par por la sorpresa. Lily sintió que le ablandaba el corazón. No había tenido ni idea de que Grace estuviera allí.

—Ella estará segura con vosotros... Bueno, más segura aún si decide permanecer cerca de Lammockson. Es un bastardo, pero es un tipo listo, un bastardo de los que siempre sobreviven.

—Gary...

—Vete.

—Venga —dijo Piers. Alzó su arma y abrió el camino hacia Nathan y el helicóptero.

Lily agarró el brazo de Grace. Ella no quería irse, pero estaba tan atontada que la siguió. Kristie se resistió más, pero Lily no le dio la oportunidad de elegir, simplemente la arrastró con ella.

Las tropas de AxysCorp los siguieron sin dejar de luchar en su retirada y llevando con ellos a Ollantay y a Hammond. Mientras corrían, Kristie protegió la cabeza de su hijo con un brazo. Lily recordó que Kristie todavía no sabía lo de su madre.

Lily miró atrás. Gary ya había desaparecido entre la confusión. Solo habían pasado juntos unos minutos, a pesar de ser la primera vez que se veían en muchísimos años.

Estaban a punto de llegar al helicóptero, con el rugido de sus rotores que se añadía al escándalo del estadio, cuando de pronto Sanjay se acercó a Lily tambaleante.

—¡Lily! Tengo que decírtelo... Nathan no me dejó...

—¿Qué ocurre, Sanj?

—Cuando Thandie llamó... me habló del nivel del mar... y del arca.

—¿Qué arca? ¿El *Arca Tres*, el barco de Nathan?

—No, escucha, el *Arca Uno*. El arca que están construyendo en Colorado. Thandie dijo que al final es nuestra única forma de sobrevivir. Al final... Me dijo que debías saberlo. Intentó contárselo a Gary...

Hubo un griterío. Lily se volvió.

Ollantay había conseguido liberarse de sus guardias y se giró para echar a correr. Lily vio que tenía un arma escondida en la espalda, en sus manos esposadas; un revólver que seguramente habría llevado guardado en la túnica. Disparó sin apuntar, con la idea de acertar a Piers.

Y Sanjay gritó y cayó; y quedó en el suelo retorciéndose de dolor, el pecho abierto hasta el punto de que se le veía el hueso mientras la sangre manaba a borbotones.

Piers apuntó con su revólver y disparó a Ollantay en la cabeza. El quechua cayó. Kristie gritó mientras tapaba los ojos de su hijo. Piers bajó su arma.

—Tenía que haber hecho esto hace tiempo.

—¡Sanjay! —gritó Lily. Intentó llegar a él, todavía estaba vivo, luchaba por respirar.

Pero Piers la sujetó.

—¡No tenemos tiempo! —La empujó para que entrara en el helicóptero por la escotilla abierta, y los soldados de AxysCorp la agarraron y la metieron dentro. Kristie y el niño entraron detrás de ella; después Grace, Hammond, Piers y algunos otros.

El helicóptero despegó con tanta fuerza que Lily cayó al suelo. Todavía no se había atado el arnés, ni siquiera se había sentado. Al caer se quedó mirando por la escotilla abierta al suelo que iba alejándose. Allí estaba Sanjay, que yacía en un charco de su propia sangre como un refugiado caído más. Se juró a sí misma que se encargaría de su propia sangre como un refugiado caído más. Se juró a sí misma que se encargaría de informar de esto a su familia en Escocia, a sus hijos. Más allá, el anillo de tropas de AxysCorp seguía luchando para defender el pedazo de tierra del que su patrono se había marchado ya.

Mientras seguía subiendo, Lily vio el cuenco del estadio al completo. La gente luchaba y moría por todas partes, envueltos en una nube tóxica de tierra y pólvora; luchando por el derecho a existir en aquel pedazo de tierra que pronto desaparecería. Y el helicóptero siguió elevándose hasta que el estadio se encogió y se perdió en el paisaje de Cuzco, una alfombra de tejados rojos donde se desarrollaban más batallas, en las plazas y en las calles. Era una ciudad entera que había sido abandonada por Lammockson ahora que había cumplido su cometido. Lily subió aún más, hasta que Cuzco se perdió en su valle, y el valle en la columna vertebral de aquellas montañas rodeadas de agua.

Grace estaba sentada, esposada aún, sin poder reaccionar. *Arca Uno, eso es*, pensó Lily al mirar a Grace. *Sea lo que sea, Grace tiene que estar a bordo. Sanjay ha dado su vida por darme esa información. Y tengo que llevar a Grace allí.*

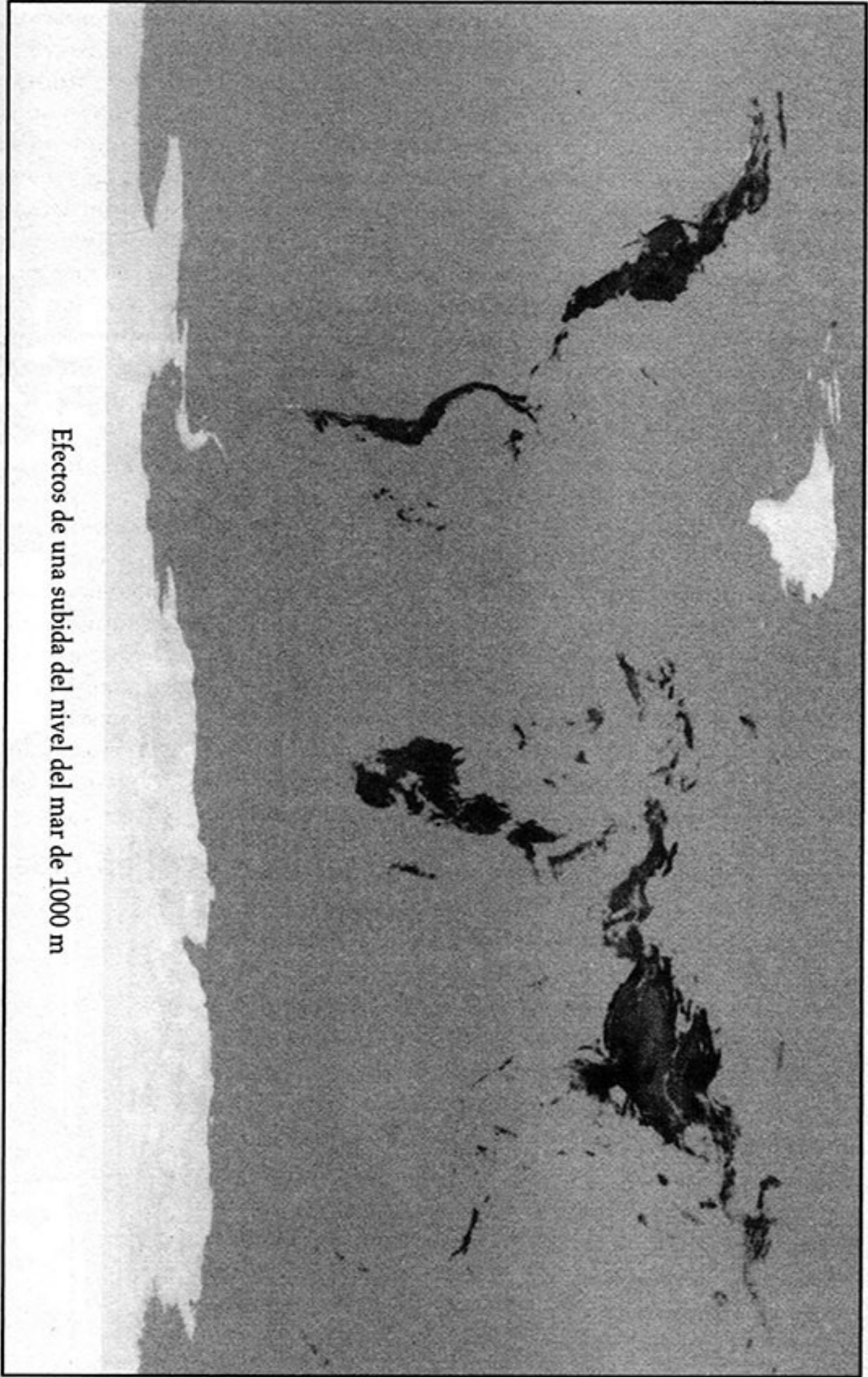
Kristie estaba reaccionando por fin. Miró a su alrededor descontrolada.

—¿Y mi madre? ¿Está a bordo de este helicóptero? ¿Dónde está mi madre?

**4**

**2035-2041**

**Promedio de la subida del nivel del mar en comparación  
con 2010: 800-1800 m**



Efectos de una subida del nivel del mar de 1000 m

Agosto de 2035

En el caos que precedió al abordaje del *Arca Tres*, Piers hizo a Lily responsable de Grace Gray, Kristie y Manco. Les habían asignado unos camarotes numerados en lo que se solía llamar la cubierta principal, tres pisos por debajo del puente. Después de correr por entre las revueltas de Chosica, esquivar las inundaciones y apresurarse en subir por la pasarela, los llevaron a una especie de vestíbulo en la cubierta A, que estaba, según Piers, un nivel por debajo de la cubierta principal. Después de haberlas puesto a salvo, Piers entregó a Lily dos tarjetas llave y salió corriendo para ayudar con los preparativos para zarpar.

Lily se vio en medio de una situación absurda. Después de tanto derramamiento de sangre y de la pérdida de Proyecto Ciudad, después de haber tenido que poner un punto y final tan abrupto a su vida y a tantos años de trabajo, Lily se encontró yendo de acá para allá en un crucero abarrotado e inacabado, en busca de una escalera. Llevaba a Grace y a Kristie bien agarradas de la mano, y Kristie a su vez sujetaba con fuerza a Manco, y los arrastró por los estrechos pasillos del barco.

El arca era ruidosa, estaba abarrotada y resultaba confusa. La tripulación, en sus elegantes uniformes de AxysCorp, jóvenes y quechuas en su mayoría, cargaban pertrechos, sacos de trigo, toneladas de animales sacrificados y anónimas piezas de equipo envueltas en polietileno. Algunos de esos objetos eran tan pesados que tenían que formar cadenas humanas para que la carga pasara de unos a otros, cadenas que se adentraban como serpientes en el interior del barco. También había pasajeros: los últimos evacuados de Proyecto Ciudad y del resto de comunidades andinas de Nathan que se habían ido a pique. Todos se arremolinaban en los pasillos, dando empujones, cargados de niños y bolsas que contenían todas sus pertenencias. Todo el mundo estaba serio y sudaba, algunos iban manchados de sangre de la batalla de Cuzco y de las escaramuzas en Chosica. Para añadir aún más confusión, también subían a bordo perros y gatos; el ladrido de los perros era un estruendo. Y el barco cabeceaba, se ladeaba y crujía, respondiendo al mar que ya estaba anegando Chosica, poniendo el arca a flote.

Grace y Kristie no supusieron ningún problema para Lily. Se limitaron a seguirla allá donde ella las llevaba. Las dos habían pasado los últimos años en tiendas de campaña o cabañas y se encontraban desorientadas en las tripas de aquella gigantesca ballena de acero que no dejaba de moverse. A Lily le vino muy bien.

Por fin, Lily encontró una escalera y subieron a la cubierta principal. Allí todo estaba más tranquilo, porque era un área que Nathan había reservado para sus más



allegados. Tenía el mismo ambiente que un hotel. Cuando Lily empezó a leer nombres en las puertas, no le resultó muy complicado deducir dónde estarían sus habitaciones. Corrieron por los pasillos. Las puertas estaban muy separadas unas de otras. Aquellos camarotes o suites debían ser enormes. Allí todo estaba mejor acabado, tenía mejores materiales: la moqueta estaba completa y las lámparas eléctricas estaban disimuladas y arrojaban una luz suave hacia el techo. Pero a pesar de todo, el barco crujía igual. No podías olvidar tu situación, ni por un segundo.

Finalmente llegaron a sus camarotes y Lily sacó las tarjetas llave que le había dado Piers. Se las enseñó a Kristie y a Grace.

—Son temporales. Más adelante las cerraduras se configurarán de modo que solo respondan a vuestro ADN y a otros rasgos personales. Mirad, yo estaré en una habitación al final del pasillo. —Señaló la puerta de una habitación que ni siquiera había tenido la oportunidad de ver. Abrió la puerta ante la que se encontraban y metió a Grace—. En unos minutos vendré a ver qué tal vas. —Cerró la puerta al salir e introdujo la tarjeta en la cerradura para bloquearla desde fuera.

Después, en un intento por ser amable, rodeó a Kristie y a su hijo con los brazos y los llevó a su habitación. Cerró la puerta tras ellos y disimuladamente la cerró con llave. El ruido se quedó fuera. De pronto, el silencio las invadió, la calma. Quizá las paredes estuvieran aisladas.

Estaban en medio de una especie de sala de estar con paneles de madera en las paredes, suaves luces altas que rebotaban en el techo enyesado y una moqueta gruesa bajo sus pies. El mobiliario tenía aspecto moderno: un sofá y un sillón frente a un televisor plano que colgaba de la pared. Unas puertas correderas dejaban a la vista el dormitorio, con una gran cama doble y un camastro más pequeño, para niños; y un baño iluminado con luces halógenas que hacían relucir las baldosas. Lily pensó que allí se sentía el lujo, al igual que en las casas de los muy ricos en Cuzco. En el dormitorio había un saco de red lleno de juguetes de plástico, soldados y animales, balones de fútbol, puzzles y todo tipo de cosas de colores brillantes que probablemente habían sido rescatadas de Lima o Arequipa.

En medio de todo aquello, Manco permanecía de pie cogido de la mano de su madre. Todavía llevaba sus ropas incas, la lana colorida con los diseños heráldicos salpicada de sangre y que olía ligeramente a cordita. Dejaron huellas de tierra en la moqueta nueva. Parecían completamente fuera de lugar, era una escena surrealista.

—Piers ha dicho que podéis encontrar ropa en los armarios —explicó Lily—. Supongo que han pensado en todo. Mira, juguetes. —Intentó sonreír por el niño. Manco simplemente la miró con aquellos ojos grandes. Lily recordó que aquel pobre niño había presenciado hacía poco la muerte de su padre de un tiro en la cabeza, ante sus propios ojos.

Kristie todavía conservaba su mochilita rosa. Se la quitó a pesar de que estaba

destrozada, y sacó su viejo oso de peluche. Se lo dijo a Manco, que lo cogió y se metió el pulgar en la boca.

—¿Crees que estarás bien? —preguntó Lily.

—¿Bien? —Kristie miró a Lily con expresión neutra—. Todo ha desaparecido. Toda mi vida. Todo lo que había construido con Ollantay en Titicaca. Todo lo que había planeado y había soñado. Todo ha desaparecido. A mi marido le han pegado un tiro ante los ojos de su hijo. —Inconscientemente apoyó una mano sobre la cabeza de Manco—. Mi madre también ha muerto tiroteada. ¿Bien? No, Lily, no creo que vaya a estar bien.

—Mira, Kris, ahora solo somos nosotros. Somos lo único que queda de la familia. Tú, y yo, y Manco. Hemos tenido nuestras diferencias...

Kristie se rió en su cara.

—¡Diferencias! ¡Estábamos en bandos opuestos en una guerra!

—No ha sido una guerra provocada por mí.

—No. Claro, eso nunca podría ocurrir. Tú siempre has sido la misma, ¿verdad, tía Lily? Tú siempre has estado de tu parte. Nunca has elegido un bando, nunca has asumido la responsabilidad. Eso sí, siempre te ha gustado meterte en la vida de los demás. Me has secuestrado...

—Te he salvado.

—No es así como lo veo yo. Por si no te habías dado cuenta, mi bando es el que ha salido vencedor. Incluso sin Ollantay, yo habría podido regresar con su familia. También son familia de Manco. Habría podido volver a mi antigua vida.

Lily pareció encogerse, sintiendo cada una de aquellas palabras.

—Kris, tenemos que hablar.

—Vete —dijo Kristie. Era la viva imagen de su madre cuando se ponía testaruda: la forma de sus labios, el ángulo de la cabeza, los ojos implacables.

Lily sintió que se le rompía el corazón. Se volvió hacia la puerta.

—Lily. Una cosa.

—¿Sí?

—Mantenlo alejado de mí.

—¿A quién?

—A Piers. No me importa lo grande que sea el barco de Nathan. Tú mantenlo alejado de mí.

Lily se marchó sin decir una palabra más.

Una vez fuera, se detuvo en medio del pasillo y se apoyó en la pared. No había dejado de moverse desde que se había bajado del helicóptero en Chosica. Estaba sin aliento, agotada, le temblaban las piernas, sentía la cabeza pesada y embotada y la sangre le zumbaba en los oídos. Estaba notando todo el agotamiento acumulado a lo

largo del día, el combate, la impresión de las muertes. *Soy demasiado mayor para esto*, pensó.

Ni siquiera había tenido tiempo de pensar en Amanda, en su muerte tan fortuita y desafortunada. Su hermana estaba muerta: una vida llena de energía, compleja, diferente e inacabada que había llegado a su fin por culpa de un pedazo de plomo. Lily se sentía como si le hubieran quitado algo, como si le hubieran amputado un miembro. Cuando por fin dejara de moverse, todo aquello le pasaría factura. Pero por ahora, aún tenía más cosas que hacer.

Llamó a la puerta de Grace y después entró con su propia tarjeta llave.

La suite de Grace era muy similar a la de Kristie. Grace estaba sentada en una silla de respaldo alto y recto, con el peso apoyado justo en el borde, como si tuviera miedo de ensuciarla. No se había cambiado de ropa y estaba tan cubierta de polvo como Kristie. Pero se había quitado las botas y las había dejado al lado de la puerta.

Lily se sentó enfrente de ella con mucha cautela.

—Después de Ciudad Caminante, todo esto te tiene que resultar muy extraño.

—No he estado en una habitación como esta desde que tenía cinco años. Y tampoco recuerdo muchos detalles. —Su postura era defensiva y tenía las manos cerradas en puños apoyadas con fuerza sobre su regazo. Su acento era extraño, una mezcla.

—No tienes por qué tener miedo.

Grace simplemente la miró y Lily se preguntó cuántas veces habría oído en su vida palabras como aquellas.

—Me he quitado las botas —dijo Grace.

—Ya me he dado cuenta.

—Siempre me obligaban a descalzarme. La familia de mi padre, en los palacios. Si venía de jugar, de los jardines... De eso sí me acuerdo.

—Bueno, si quieres puedes llevar las botas puestas aquí dentro. —Lily abarcó la estancia con un gesto de la mano—. Este lugar es tuyo. Tienes ropa para cambiarte en los armarios. Y si no te gustan...

—Gary me ha entregado a ti como quien entrega un paquete.

—Estoy segura de que no ha sido esa su intención.

—He estado quince años con él y, sin embargo, me ha entregado a ti sin más, para que me quede en este lugar. —Miró a Lily. No estaba enfadada, simplemente se preguntaba cosas—. Sé lo que ocurrió en Barcelona. Eso de que Gary, tú y mi madre fuisteis secuestrados.

—Sí. Bueno, tú también. Tú naciste allí.

—Lo sé. Vosotros pasasteis de un grupo a otro como si fuerais objetos, trofeos. Eso es lo que habéis hecho conmigo.

—Tan solo queremos lo mejor para ti —respondió Lily desolada—. Intentamos

salvarte. Eso es lo que hemos querido siempre. Aquí nadie te hará daño. Ahora estás a salvo, Grace. Lo juro.

Pero los ojos de Grace perdieron foco, como si hubiera vuelto la mirada hacia su interior.

Lily se levantó al llegar a la puerta miró atrás. Grace no se había movido de la silla y seguía sentada, sola, en aquella habitación silenciosa e inútilmente opulenta.

Lily dio un paseo por el barco, sola, evitando a la gente.

Había un omnipresente olor a serrín, laca, pintura y moquetas nuevas. Los suelos estaban cubiertos de goma sintética, linóleo o esterillas de junco. Algunas paredes estaban pintadas y otras decoradas con paneles de madera, decoradas con motivos geométricos y murales torpemente ejecutados. Pero, años después de que la quilla se levantara en la ladera de los Andes, el barco seguía sin estar terminado; y mientras Lily pasaba por delante de las paredes de acero desnudas, estimó que quizá quedara un cincuenta por ciento de los revestimientos interiores por hacer.

Lily nunca había puesto los pies en el barco de Nathan, el más formidable de sus muchos proyectos. ¿De verdad era aquel enorme barco la mejor forma de utilizar los recursos de los que se había apropiado Nathan? Lily simplemente había evitado la controversia y se había mantenido alejada. Bueno, se había equivocado, y no era la primera vez que se equivocaba sobre Nathan. Ahora deseaba que hubiera aceptado todas las visitas guiadas y todos los cursillos de entrenamiento que él le había ofrecido: en aquellas circunstancias le habrían sido muy útiles.

Con gran dificultad, encontró el camino de regreso a su habitación.

Se quitó su mono sucio y se dio una ducha. El grifo tenía una opción que nunca había visto antes, para agua salada. Lily la eligió al llegar a la conclusión de que ejercería menos presión sobre los sistemas del barco. El agua estaba caliente, pero se sentía extraña sobre la piel, y el olor a salado le hizo recordar los días de su infancia junto al mar. Se quedó bajo la ducha durante largo tiempo. Después, se quitó la sal con un rápido chorro de agua dulce fría.

Mientras se secaba, se dio cuenta de que no podría soportar ver a nadie más aquel día, ni a Piers, ni a Grace, ni a Kristie, y mucho menos a Nathan. Había sido un día muy largo. Aunque era pronto, cerró la puerta con pestillo.

Exploró la habitación. En un hueco encontró una tetera, café y una miniatura de microondas; era casi como una pequeña cocina americana. Asombrosamente, incluso había un minibar. Lily se dio cuenta de que, de verdad, estaba a bordo de un hotel flotante en el fin del mundo. Se preguntó cuánto tiempo podría durar aquello.

Probó el televisor. Enseguida dio con fragmentadas noticias del canal del Gobierno de los Estados Unidos, que retransmitía desde Denver. Además de los canales en vivo, había un servicio de películas a la carta con un catálogo que se remontaba a 1930, a la época en la que el *Queen Mary* original se había hecho a la mar. Echó un vistazo a *King Kong* y *La vida futura*. Sus imágenes en monocromo habían sido tratadas digitalmente. Pero Lily había perdido todo el interés en las

películas en el mismo momento en el que habían dejado de hacerse, cuando todas las películas que ya existían se habían convertido en cine clásico y ocurrían en un mundo irreal que no existía ni le importaba a nadie. Apagó el televisor.

Tomó de cena una barrita de chocolate y después, poco a poco, fue visitando todas las pequeñas botellitas de ginebra del minibar. Cuando se quedó dormida ya era incapaz de discernir si estaba llorando o no.

A la mañana siguiente, Piers fue a buscarla. Dijo que tenía una hora libre antes de alguna especie de ceremonia de bautismo que había decidido celebrar Nathan.

—La asistencia es obligatoria, por supuesto. —Mientras tanto, se ofreció a hacer de guía para Lily y enseñarle el barco—. Bienvenida a tu nuevo hogar.

—Bienvenida al manicomio, dirás —replicó ella, dolorida por la resaca.

—Eso debe juzgarlo cada uno. —Puso una mano sobre el hombro de Lily—. ¿Te encuentras bien?

—Voy tirando.

—Es todo a lo que puedo aspirar la mayor parte del tiempo —dijo Piers en seco—. Venga, vamos. Te ofrezco la visita VIP...

Juntos caminaron hasta la escalera principal que atravesaba las cubiertas superiores como un montacargas en una mina. Subieron hasta el último piso. Aquella era la zona más pequeña porque las cubiertas superiores del barco se reducían cuanto más arriba estaban, a modo de escalones.

El puente estaba allí, una lata de sardinas más o menos espaciosa con ventanas tintadas. Se alzaba a los pies de tres gigantescas chimeneas de color rojo, rodeado de edificios prácticos como en una pequeña fábrica. Las antenas del radar se movían silenciosamente. Sobre sus cabezas flotaban los enormes paneles solares que podían moverse e inclinarse de forma independiente, como las tablillas de una persiana veneciana. La superficie externa relucía bajo el sol.

Lily caminó hasta el borde de la cubierta y miró hacia la orilla. Estaban tan solo a medio kilómetro de distancia, menos quizá, de donde las olas rompían al chocar con los tejados de las casas de Chosica. Oyó disparos, pero la batalla que había acompañado la precipitada partida del arca, ya había terminado. Algunas balsas se alejaban de la orilla e iban a la deriva cerca del arca, y algunas lanchas motoras iban de acá para allá en el agua, investigando hasta dónde podían llegar, pero, sin duda, sus ocupantes estaban atemorizados por el armamento y las dimensiones del arca. Nadie se atrevía a acercarse mucho.

Piers vio que miraba a tierra.

—Nathan lleva a bordo un arsenal impresionante. No deberíamos preocuparnos por esos.

—Esa gente es la que construyó este barco para Nathan y ahora los hemos dejado

abandonados.

Piers se encogió de hombros.

—Cobraron por ello. Recibieron alimento y un techo bajo el que vivir durante años. Ya sabes que no tiene ningún sentido que discutamos sobre la ética de cosas así. Vivimos una época cruel, Lily. —Siguieron caminando.

Piers daba la extraña impresión de pertenecer a aquel lugar, a aquel crucero de 1930. Siempre había tenido un toque a lo David Niven, como si fuera una reliquia de una época mucho más elegante. No mostraba señal alguna de los traumas del día anterior, de la batalla en la que fácilmente podría haber encontrado la muerte ni del hecho de que hubiera matado a un hombre. Lily se preguntó cuánto de todo aquello podría leerse en su propio rostro.

Piers le explicó que el nivel en el que se encontraban recibía el nombre de cubierta de recreo.

—En otra época incluso habríamos encontrado a gente practicando algún deporte por aquí, jugando al tejo o al tenis de cubierta y cosas así. Ahora no, claro. El espacio es necesario para otras actividades.

»Sin embargo, Nathan se ha esforzado mucho por construir un barco que se parezca lo máximo posible al *Queen Mary* de la Cunard, es decir, al barco tal y como fue botado en 1936. Sirvió como transporte de tropas durante la Segunda Guerra Mundial y después lo desguazaron. La restauración tras la guerra tenía cambios significativos respecto al original. Pero está claro que esta es una nave moderna, un facsímil del viejo *Queen Mary*, pero construido con métodos y materiales modernos, y que cuenta con elementos como un revestimiento que se autorrepara en caso de rotura en el casco y hélices para minimizar la necesidad de atracar en muelle seco.

—Y una planta nuclear en la sala de máquinas —añadió Lily—. O eso he oído.

—Bueno, sí. Nathan la recuperó de un submarino nuclear. —Piers alzó la mirada siguiendo las tres enormes chimeneas haciéndose sombra en los ojos con una mano—. Incluso estas tres bellezas son pura imagen.

—¿Y las placas solares?

—Diseñadas para que se plieguen limpiamente en caso de que haya tormenta. Nathan tiene planeado navegar sobre todo por aguas tropicales, así que tendremos mucho sol. Esto nos permitirá vivir de nuestras reservas de uranio el máximo tiempo posible, siempre dando por supuesto que nos será difícil reabastecernos.

—¿Reabastecemos? ¿En qué mundo se cree que vive Nathan que piensa que puede ir navegando por el mundo con su crucero y comprando uranio cuando le haga falta? ¿Y por qué una reconstrucción del *Queen Mary*? Todo esto es surrealista, Piers.

Piers se la quedó mirando.

—¿Eso crees?

Bajaron por las escaleras hasta la cubierta para tomar el sol. Allí siguieron un

amplio paseo que recorría la cubierta. Los botes salvavidas estaban suspendidos sobre sus cabezas. Las quillas de los botes eran blancas, pero resultaba evidente que eran de diseño moderno con superestructuras de brillante Kevlar de color naranja, material de primeros auxilios y motores eléctricos de aspecto robusto. Pasaron por delante de un gimnasio y de una pista de *squash*.

—¡Una pista de *squash*! ¡Por Dios, Piers!

—Bueno, nos hará falta hacer ejercicio. Nathan ha tenido mucho cuidado de restringir el número de personas a bordo. Somos tres mil en total, dos mil pasajeros y mil tripulantes. Tendrás la oportunidad de utilizar la pista. Hemos organizado un sistema de reservas.

—Me das risa, ¿sabes, Piers? Después de todo lo que ha ocurrido, estás aquí, hablando de *squash*. De risa.

—Quizá podríamos montar un club de *squash* —añadió Piers sin elevar mucho la voz.

En esa misma cubierta, a popa, había un restaurante. Era de estilo elegante. Las paredes exteriores eran paneles curvos pintados de blanco y al mirar en su interior Lily vio varias mesas y una pista de baile. El salón era todo curvas, paneles de madera y detalles de cromo. Pero apenas estaba medio terminado: plásticos protectores cubrían las mesas y el mural de figuras danzantes estaba incompleto.

—Esta es la galería —informó Piers—. Una característica del barco original, un lugar donde vienes a ver y a que te vean. Nathan se ha esforzado mucho en recrearlo.

—No creo que haya metido en la maleta mi maldito vestido de fiesta.

—Se te proporcionarán vestidos. Ya conoce a Nathan. Le gusta hacer realidad sus sueños con todo detalle.

—Nathan nació en el estuario del Támesis. ¿Qué sabe de cruceros de los años treinta?

—Supongo que tiene derecho a soñar —dijo Piers—. Ya sabes, un hombre normal que quiere imitar a los reyes y todo eso.

Bajaron por las escaleras hasta la cubierta de paseo. Otra pasarela de madera rodeaba la cubierta en toda su circunferencia. Piers la informó de que tenía al menos medio kilómetro de longitud. Lily la observó como si fuera una pista de atletismo. Después, entraron y pasearon por las enormes estancias. El «salón de la segunda clase» era un lugar vasto y tremendamente ornado que le daba a uno la impresión de estar en el vestíbulo de un hotel. Dominaba la estancia un gigantesco friso de dos unicornios enzarzados en elegante combate. Las puertas daban al salón de baile, todo dorado y plata con suelo de parqué; y a una «sala de fumadores», como la llamaba Piers, una especie de réplica de un club londinense, con paneles de madera, techo abovedado y... una chimenea.

—Increíble —dijo Lily—. ¿De dónde vamos a sacar la madera para quemar en



esa chimenea?

—Bueno, eso no es lo importante. Incluso el fuego será falso.

Pasaron de una sala mirador y un salón de pintura, que aún estaban sin terminar, pero que ya mostraba todo tipo de detalles. A Lily le resultó muy agradable la sala mirador y consideró que aquel diseño lleno de curvas encajaba muy bien con la función de la estancia. El salón de pintura estaba ocupado por un enorme cuadro de una Virgen con niño, un simulacro de una obra que había sido encargada para el barco original. La Virgen estaba rodeada de los puntos cardinales y se alzaba en un mar de instrumentos de navegación.

Aquel barco era muy grande, pero no se podía caminar mucho sin tropezar con una pared o una barandilla, y Lily empezó a tener la impresión de estar encerrada en un sitio agobiante y estático. Toda aquella opulencia inacabada le resultaba irreal en comparación con las sangrientas experiencias del día anterior. Y, sin embargo, a pesar de toda esa irrealidad, allí estaba, a bordo del extraordinario barco de Nathan; una vez más viviendo en sus sueños, igual que en los Andes.

Regresaron a la escalera y bajaron aún más, pasando de largo por la cubierta principal y las cubiertas A y B, que seguían hasta la G antes de llegar a la sala de máquinas, las bodegas y las entrañas del barco. Se detuvieron en la cubierta C y Piers la llevó a un restaurante, una sala enorme con una cúpula que se alzaba en un techo altísimo. Varias columnas dividían la estancia en una nave central y varios pasillos laterales, como en una iglesia. Una de las paredes estaba dominada por un gigantesco mapa decorativo del Atlántico. Pero se abrió una puerta lateral y Lily vio de refilón una cocina pequeña y abarrotada y en ella a una muchacha quechua que iba de un lado a otro cargada con un gran saco de arroz.

—Una vez este fue el espacio público cubierto más grande que jamás había habido a flote —dijo Piers—. Tan grande que su interior podría albergar las tres carabelas de Colón. ¡Imagínate! Hay una piscina en la cubierta D, un nivel más abajo. Y un baño turco cerca del hospital...

—Basta, Piers. ¡Por Dios!

—Está claro que el uso que le demos al barco irá evolucionando. Tenemos tiempo para ir averiguando qué necesitamos. Construiremos y reconstruiremos el barco a medida que naveguemos. Cantamos con las instalaciones adecuadas.

—¿Reconstruir? ¿Y qué hay de los materiales?

Piers sonrió.

—Ya lo verás. Es una de las sorpresas de Nathan. Nuestra posición está muy clara, sean cuales sean tus sentimientos. —Alzó las manos—. Este es nuestro mundo, este barco, el mar por el que navega y el aire; y lo que podamos extraer de esos recursos, eso es lo que tendremos. Y en un mundo tan cerrado como este, hay reglas que hay que obedecer si queremos sobrevivir.

—Por ejemplo, controlar el crecimiento de la población.

—Por ejemplo. Y ahora podemos empezar a definir esas reglas.

—Estás disfrutando con esto, ¿verdad? Lo de decidir como tiene que vivir la gente.

—Alguien tiene que dar el primer paso —murmuró él.

Lily se detuvo a observarlo y de nuevo vio la paradoja en él. Piers era, con mucho, el que peor había llevado el encierro en Barcelona. Pero allí estaba, diecinueve años después, con cincuenta y cinco años, disfrutando de un nuevo confinamiento. Lily pensó que era como el deseo hecho realidad de un neurótico: el cautivo que regresa a la jaula, esta vez como captor.

—Sabes, este barco es todo lo que creía que sería. Una locura. Un enorme disparate. Por eso me mantuve alejada de este proyecto insensato todos estos años.

—Espera a escuchar lo que Nathan tiene que decir al respecto —replicó Piers conciliador—. Y espera a que la decoración esté terminada. Creo que quedarás impresionada. —Miró su reloj—. Vamos. Será mejor que no lleguemos tarde a la fiesta del jefe.

La fiesta del viaje de inauguración del barco de Nathan se celebró en un espacio al aire libre en un extremo de la cubierta que servía de solárium, justo en el lugar en el que se había pintado una gran «H» para indicar el helipuerto.

Los camareros no dejaban de circular ofreciendo copas de champán. Lily aceptó una y tomó un sorbo. No era muy aficionada al champán, pero en aquellos días era toda una novedad. Algo en aquella bebida, quizá las burbujas o el alcohol, pareció atenuar su resaca de ginebra de minibar. Desde donde estaba, Lily podía ver todo el barco, sus cubiertas construidas escalonadas y la hilera de chimeneas de decoración. Era como una mezcla de un hotel decadente y un centro comercial a medio terminar. Le resultaba difícil creer que estuviera a bordo de aquella cosa y que quizá estuviera condenada a pasar allí los meses y años del resto de su vida.

Los invitados a la fiesta eran pocos, escogidos de entre las personas más cercanas a Nathan. Allí estaban Lily, Piers y su asesor de mayor confianza, Juan Villegas. Villegas vestía de negro; su compañera, Amanda, había muerto el día anterior y miró a Lily lleno de pesar. Lily tuvo que admitir, y no por primera vez, que a su hermana le habría podido ir mucho peor en la vida: Juan Villegas la había querido de verdad.

Grace Gray permanecía al lado de Villegas. Lucía un elegante vestido blanco y no parecía muy interesada en lo que la rodeaba. Incluso cuando sus ojos se posaban en Lily, no había reconocimiento en ellos. Lily sintió una punzada de preocupación, una premonición de culpa. Había jurado que protegería a Grace de cualquier daño. ¿Acaso no había violado ya la promesa con el mero acto de haberla llevado allí?

También Hammond Lammockson estaba allí, y parecía estar más incómodo que Grace. Mantenía los ojos fijos en el suelo y las manos cerradas en puños. De hecho, lucía un traje de etiqueta, al igual que su padre, y se podía apreciar el parecido superficial que había entre ellos; pero Hammond era más robusto y más moreno. Por lo menos no iba esposado, pero dos corpulentos guardias de AxysCorp se mantenían cerca de él. Lily se preguntó un poco inquieta qué habría planeado Nathan para su hijo aquella velada.

Nathan hizo sonar una copa con una cucharilla y se aclaró la garganta.

—Gracias por venir. Aunque tampoco es que tuvierais elección. —Era uno de sus característicos y desconcertantes comentarios dirigidos a los que dependían de él, y no hubo más que un ligero murmullo como respuesta—. Primero tengo que deciros que tengo noticias provenientes de Denver. Nosotros no hemos sido los únicos que estábamos en guerra. Jerusalén ha desaparecido bajo las aguas. Por supuesto, a estas alturas la ciudad no era más que un montón de ruinas, pero ayer el mar se cerró sobre

ella. Así termina la guerra de Abraham y todas las guerras que se han librado en nombre de Jerusalén, supongo, guerras que se remontan a los romanos; unas guerras que el mar ha extinguido como la marea que sube y apaga la fogata de un campamento en la playa.

»Eso es lo que va a ocurrir ahora, por todo el mundo. El nivel del mar está subiendo ahora a una media de cien metros al año. ¡Cien metros! La presión sobre las sociedades humanas va a ser insoportable. Gobiernos, corporaciones y culturas se resquebrajarán y caerán sin poder soportar la tensión.

»Por eso construí este barco —dijo mientras se paseaba—. Primero, como refugio. Este barco fue construido con la idea de que se convirtiera en nuestro hogar si alguna vez nos echaban de los Andes. Bueno, objetivo conseguido, ¿no creéis?

»Pero tengo otros objetivos. Quiero brindaros esperanza. —Movié la mano para abarcar la cubierta y las chimeneas falsas que se alzaban hacia el cielo—. De niño vi el *Queen Mary* echándose a perder en el muelle en Long Beach. Por lo que yo sé sigue allí, atrapado bajo el mar. Me enamoré enseguida de esa antigua belleza.

Así que era eso, pensó Lily, nostalgia por una aventura de la infancia.

—Y por eso he resucitado el barco, en esta nueva forma. El *Queen Mary* fue la cima de la tradición de la construcción naval británica, que se remontaba a Brunel y más aún. La gente estaba fascinada por aquel barco, por su construcción, su botadura, sus hazañas y los récords que estableció. Era un triunfo tecnológico, un cohete espacial de su época. Y era hermoso, el matrimonio perfecto entre arte e ingeniería, una síntesis cuyo significado perdimos por el camino.

»Y por eso quería construir un buen barco para navegar por los océanos, y no una bañera u otra balsa endeble. Todos los demás grandes cruceros hace tiempo que se quedaron sin combustibles y que fueron reconvertidos en centros de refugiados flotantes. El *Queen Mary* representa ahora la cumbre de su época, de la civilización tecnológica que nos produjo. Ahora ha regresado y está a flote, aunque mi idea era esperar un año para que su botadura coincidiera con su centenario, pero aquí estamos. Y mientras navegamos por todo el globo, quiero que este barco represente la esperanza en las mentes de los que lo vean pasar, una aspiración para alcanzar la civilización que se presentará a todas esas comunidades balseras que flotan sobre el agua o a los refugiados que se ahogan en tierra firme. Y la esperanza nacerá de saber que en algún momento, cuando estas inundaciones retrocedan y nos dejen vivir, quizá podamos recuperar la belleza del barco original para disfrute de todos.

—Estoy intentando contener la risa —susurró Lily a Piers.

—Siempre has sido muy escéptica respecto a las ambiciones de Nathan —murmuró Piers—. Tan solo recuerda...

—Estoy en su barco. Lo sé, lo sé.

Por fin, Nathan explicó su motivo final para construir aquel barco.

—Es para mi hijo —dijo sin ni siquiera mirar a su alrededor en busca de Hammond—. Por lo que sé, mi único pariente vivo. El depósito de mis genes y de mis sueños. —Ahora se volvió hacia Hammond, que lo miró con el ceño fruncido—. Todo esto lo he hecho por ti, Hammond. Siempre por ti, lo sabes. Incluso cuando te negué, me alejé de ti, te castigué o te hablé con dureza; era por tu propio bien. Me he pasado la vida diciéndotelo. Y tú lo entiendes en el fondo de tu corazón, ¿no es cierto?

Hammond siguió con el ceño fruncido.

—Pero me has traicionado. —Nathan hablaba con voz suave y tranquila. Todo el mundo estaba tan en silencio que cada palabra resonaba con total claridad—. Te aliaste con mis enemigos, con ese insensato de Ollantay. Les abriste las puertas de Proyecto Ciudad. Tus acciones acabaron con lo que me había costado veinte años construir. Pero ¿sabes lo que tengo que hacer? Perdonarte. Arrodíllate ante mí, hijo mío.

Hammond no se movió. Lily vio que abría y cerraba los puños, flexionando sus grandes músculos.

Nathan hizo un gesto a sus guardias. Uno de ellos sacó una porra y golpeó con ella las piernas de Hammond por detrás de las rodillas. Hammond gruñó de dolor, sus piernas se doblaron y cayó torpemente al suelo, de rodillas.

—Delante de todas estas personas —continuó Nathan—, delante de mis amigos más cercanos, debes obtener la absolución, hijo mío. Tengo que oír cómo te disculpas, en público y de verdad. —Sonrió—. Si vuelves a mí, lo tendrás todo. Todo lo que es mío, será tuyo cuando muera. Una princesa que lleve mis genes, nuestros genes, a través de sus hijos. —Y en ese momento miró extrañamente a Grace. Una ligera alarma sonó en la cabeza de Lily.

»Pero debo mantener mi autoridad. Si insistes en mantenerte en tu traición, ya no me servirás para nada e irás directo a servir de alimento a los peces, hijo mío. —Desvió la mirada al mar—. Entonces, ¿qué eliges? ¿Amor u odio? ¿Vida o muerte?

Hammond intentó desviar la mirada, pero un guardia le sujetó el mentón y le obligó a mirar a Nathan. Padre e hijo se miraron a los ojos. Lily pensó que era un momento extraordinario, un drama puro y primitivo.

Hammond fue el primero en ceder.

—Está bien —susurró con la mandíbula atrapada en la mano del guardia.

—¿Qué has dicho? —Nathan indicó al guardia que soltara la boca de Hammond.

—Está bien. Pido disculpas por mi traición. Tú ganas.

—Sí, yo gano, ¿verdad? —Nathan sonrió y se retiró un poco.

Los guardias soltaron a Hammond, que cayó hacia delante mientras se masajeara las piernas doloridas.

Nathan se volvió.

—Ahora que ya está hecho y somos una familia de nuevo, podemos seguir con nuestro crucero. ¡Un crucero que durará todas nuestras vidas, ja!...

Lily sintió más que oyó cómo se ponían en marcha los motores del barco; fue como un profundo zumbido que llegó vibrando a través de las cubiertas. Miró hacia la orilla y vio que empezaban a alejarse a medida que el arca avanzaba por el agua impulsada por su propia energía. Sonó el silbato del barco, una nota grave y baja como el bramido de una ballena. Los pájaros huían volando de Chosica, que iba hundiéndose en el mar.

Nathan alzó su copa y los aplausos surgieron entre sus amigos.

Poco a poco, Hammond se puso en pie.

Diciembre de 2035

De las anotaciones de Kristie Caistor:

La primera anotación que hizo Kristie durante su estancia en el *Arca Tres* fue el día de Navidad de 2035, la primera Navidad en el mar. Hasta entonces no había sido capaz de tocar siquiera su portátil, no desde la muerte de Ollantay y su madre aquel fatídico día de agosto.

Pero Nathan hizo un tremendo esfuerzo en Navidad. En el restaurante organizó una gran fiesta para los niños del barco, que había cientos. Y después Kristie preparó para Manco su propia pequeña fiesta en su camarote, con serpentinas de papel de concha marina y un pequeño guerrero inca que había fabricado ella misma; un muñeco tejido con la lana de vicuña de su ropa vieja. También permitió que Lily viera a su sobrino nieto. Lily llevó dulces y caramelos. Kristie guardó unos cuantos para que Manco pudiera disfrutarlos en el futuro. Le pareció de mala educación no hacerlo.

Pero Kristie descubrió a Lily mirando su portátil y su vieja mochila rosa que ella había traído de Londres y por la que se había jugado el cuello al recuperarla de manos de Wayne en Dartmoor.

La mochila y su contenido significaban mucho para Kristie, tanto que no le gustaba pensar en ello. Su pequeña bolsa de objetos bonitos era el último eslabón que la unía a su pasado más profundo. Y había cargado con ella al ir a Cuzco aquel fatídico día de agosto. ¿Por qué lo habría hecho si, de alguna manera, no hubiera sentido que aquel día iba a significar otra ruptura con el pasado? Kristie sospechaba que Lily le daba vueltas a la misma idea.

Aquella noche de Navidad, Kristie lloró de nuevo como no lo hacía desde agosto. Lloró por Manco y por la pérdida de Ollantay, lloró por la arrogancia y la estupidez que lo habían matado, como ella siempre había sospechado que ocurriría. Y lloró por Londres, por lo lejos que había llegado y porque nunca podría regresar allí.

Marzo de 2036

Lily salió a la cubierta de paseo. Eran las siete y media de la mañana. El cielo estaba cubierto, gris, caía una fina lluvia, pero no hacía frío; y el arca cabeceaban pesadamente en el océano del color del acero. Estaban en movimiento; Lily podía sentir el movimiento de la maquinaria en la ligera vibración de la cubierta.

Piers salió para reunirse con ella. Vestía un mono ligero con las mangas remangadas. Entregó a Lily una gorra de béisbol John Deere que una vez había sido azul y ahora no era más que gris ajado.

Ella la cogió a regañadientes.

—¿Tengo que ponérmela? Nunca me han gustado las gorras, mi cabeza no tiene la forma adecuada para llevarlas.

—Las precipitaciones superan el milímetro por hora.

—Piers, estamos a cubierto, por Dios. Puedo ver la lluvia, pero no hay ni rastro de viento. Aquí debajo estamos tan secos como huesos.

—Normas del barco. Lluvia ácida. Conoces la cantinela. Mejor una gorra en la cabeza que una cabeza quemada. Hoy estás de muy mal humor —dijo alegre.

Lily gruñó.

—Es un día tan horrible. El mundo entero es gris. Bueno, venga, acabemos cuanto antes. —Se puso la gorra en la cabeza.

Se colocaron en posición uno al lado del otro. Piers activó el cronómetro de su reloj y echaron a correr en el sentido opuesto de las agujas del reloj por su circuito habitual que recorría la cubierta. Iban a un ritmo cómodo y las zapatillas hacían un ruido sordo al golpear la madera pulida del suelo. Como era natural, Piers era el que estaba a cargo del cronómetro, que era el que marcaba el ritmo. Piers tenía el control. Hacía tiempo que Lily había dejado de molestarse por eso.

Pasaron al lado de una pareja de caminantes, personas que Lily conocía vagamente. Tras siete meses en el mar, ya conocía «vagamente» a casi todas las cerca de tres mil personas que iban a bordo de aquella aldea flotante. Lily y Piers aminoraron la marcha al pasar a su lado y ellos saludaron con la cabeza y sonrieron. Era ese comportamiento destinado a reducir las posibles fricciones que Nathan no dejaba de fomentar entre los pasajeros; un exceso de educación que a Lily le recordaba a Japón, otro lugar con una gran densidad de población.

Cuando llegaron a la popa, Lily vio la larga estela que el barco dejaba a su paso, una autopista que cortaba el océano en dos.

Giraron en la popa y volvieron por estribor. Pasaron por delante de la pasarela que



conducía a la planta OTEC, donde se realizaba la conversión de energía térmica oceánica. Era una especie de balsa que avanzaba en paralelo al barco al que estaba amarrada. Lily trabajaba en la OTEC, y sus tareas eran de gran responsabilidad. No veía que estuviera hundiéndose nada ni se veían llamas por ninguna parte, así que decidió que podrían sobrevivir otra hora sin ella.

—¿Alguna idea de dónde estamos? —preguntó a Piers. Hacía tiempo que había perdido interés en los cursos del arca.

—En el mar del Norte. Navegamos hacia el sur por la costa holandesa. Después entraremos en Europa. Nos dirigiremos al valle del Rin para llegar a Suiza. Quizá veamos algún paisaje terrestre para variar. —Miró a Lily—. No eres la única que se está volviendo un poco loca aquí dentro.

Casi como para demostrar esa afirmación, llegaron al punto de partida. El circuito a lo largo de la cubierta medía menos de medio kilómetro e, incluso a su lentísimo paso, lo habían completado en apenas unos pocos minutos. Partieron de nuevo para dar una minúscula vuelta más.

A Piers le costaba respirar.

—Hoy me está resultando particularmente difícil hacer esto.

—Quizá sea por el dióxido de carbono.

El nivel de dióxido de carbono en la atmósfera no dejaba de subir y ya era indiscutible que era una consecuencia de las inundaciones, aunque no hubiera ningún climatólogo a bordo para explicar la conexión. Como resultado, además de sufrir unas temperaturas insoportablemente altas, tenían que ver cómo la lluvia ácida quemaba las hojas de las plantas del jardín y de la pequeña granja de a bordo, dejaba marcas en los paneles solares y, a veces, perforaba ligeramente la carne humana desprotegida.

—A los jóvenes no parece molestarles —dijo Piers—. Pero a los jóvenes nunca les molesta nada.

—No. ¿Alguna vez te preguntas por qué hacemos esto tú y yo, Piers? ¿Esto de dar vueltas por la cubierta en este estúpido circuito día tras día? Somos criaturas de hábitos y rutinas. Dios, incluso siempre corremos en la misma dirección, en contra del sentido de las agujas del reloj. Como si estuviéramos poniendo a prueba los límites de nuestra jaula.

—O quizá tan solo estamos intentando mantenernos en forma.

—Kristie dice que cuando regresamos de Barcelona teníamos que haber recibido más terapia.

Piers rió sarcástico.

—Yo creo recordar que por aquella época Lammockson se estaba sumergiendo bajo las aguas. No creo que fuera un buen momento para largas sesiones tumbados en el diván, ¿no crees?

—Quizá, pero...

—No somos nosotros los que estamos mal, Lily. No somos nosotros los que estamos psicóticos, por mucho que pasáramos años encadenados a un radiador. Es el mundo. Es el mundo el que está psicótico. Fíjate. ¿Acaso te imaginabas que pasarías así tu vejez? Y además, francamente, Lily, tú eres una de las personas más cuerdas que conozco a bordo de este barco. Si tú te estás volviendo loca, entonces estamos todos condenados.

—Quizá. —Pero ella no se sentía tan cuerda, sobre todo cuando yacía despierta en su catre por las noches, dándole vueltas a la cabeza, escuchando los profundos ruidos del casco del barco mientras avanzaba sin descanso por el cada vez mayor mundo oceánico.

Los primeros días y semanas de aquel largo viaje de siete meses habían sido extraordinarios.

La intensa vida social de la clase alta de Proyecto Ciudad se había trasplantado intacta al arca, tan brillante, cotilla y, en alguna forma, desesperada, como si aquel no fuera más que un crucero de placer por mares exóticos. Cada noche se habían servido en el gran restaurante cenas de cuatro platos y el cuarteto de cuerda de Nathan, formado por refugiados y que este había adoptado ya como mascotas, tocaban en la galería del bar. En esos primeros días, Amanda se habría sentido en su elemento, pensó Lily con tristeza.

Pero esa vida banal de crucero de lujo no había durado mucho. Lily había podido conservar su suite, pero había pasado muchísimo tiempo desde la última vez que alguien había repuesto las bebidas del minibar. De hecho, ahora lo utilizaba para guardar los calcetines. La barrera artificial que existía entre los «pasajeros» y la «tripulación» se había hecho pedazos en una escena de farsa protagonizada por Nathan, que reprendió a un trabajador de la cocina por dejar embarazada a una pasajera. Ahora, todos formaban parte de la tripulación, todos tenían un trabajo que hacer.

A medida que las relaciones de la tripulación y de unos con otros habían ido aclarándose, también se habían ido reorganizando las funciones internas del barco. Nathan había ordenado que algunas áreas del barco siguieran manteniéndose para diversión y recreo, tales como la cubierta de paseo, pero otras zonas se habían destinado a funciones más vitales como la desalinización.

Una de las piscinas se utilizaban ahora como área de extracción mineral. Varias corrientes eléctricas pasaban por el agua del mar para provocar la disolución de los minerales que quedaban atrapados en una malla de metal. El agua estaba repleta de carbonato cálcico de los restos de las conchas de diminutas criaturas marinas, que se podía utilizar para fabricar algo parecido al hormigón. También había magnesio,

presente en una concentración de un kilo por cada tonelada de agua, más o menos. El plan de Nathan era emplear esos materiales para mantener la estructura del barco. Lily creía que era milagroso ver aparecer de la nada ese tipo de sustancias. No había tenido ni idea de que el agua del mar fuera tan rica.

Su planta OTEC, por ejemplo, trabajaba en un experimento para obtener del agua otro tipo de recurso: energía. La planta OTEC era una convertidora de energía termal oceánica. Existía una diferencia de varias decenas de grados entre la cálida superficie del mar y las profundidades donde la temperatura estaba a apenas unos grados sobre el punto de congelación. Así como allí abajo solía estar muy oscuro, también hacía mucho frío. La idea de la OTEC era extraer energía útil de esa diferencia de temperatura. La balsa que flotaba en el costado del barco iba equipada con un mástil que se hundía más de un kilómetro en el océano. El agua de la superficie se enfriaba un poco, las frías aguas de las profundidades se calentaban un poco, y el flujo de calor entre ambos extremos podía ser capturado. La diferencia de temperatura era mayor en las cálidas aguas de los trópicos, que era donde Nathan había planeado navegar con su arca durante al menos un año.

Sin embargo, existía un efecto secundario al hecho de mezclar las aguas ricas en nutrientes de las profundidades con las de la superficie. Alrededor del OTEC, las algas florecían en cantidades ingentes. Esas algas eran cosechadas, especialmente aquellas de una variedad llamada spirulina. Eran como plantas de cultivo de las que se podía aprovechar todo, casi todo era comestible porque no desperdiciaba energía en cosas inútiles como hojas, tallos y pedúnculos. Pero la proteína dl alga necesitaba mucha preparación antes de que pudiera ser apta para el consumo humano.

Había algo exótico en el hecho de pasearse por el antiguo bar de la galería de la cubierta de paseo. Habían cubierto la pista de baile, el bar se había convertido en el laboratorio donde los científicos mascota de Nathan intentaban desarrollar una nueva batería solar revolucionaria. Los paneles solares de la cubierta del ejercicio del arca, fabricadas con células tradicionales de polímero recubiertas de titanio, tenían una eficiencia del diez por ciento, pero las algas que hacían fotosíntesis podían atrapar hasta el noventa y siete por ciento de la energía solar. Los bioingenieros de Nathan esperaban ser capaces de hacer crecer brillantes paneles solares de color verde como si fueran hojas, recubiertas de las moléculas que atrapaban la luz que podían encontrarse en las células de las algas. La intención de Nathan era que a largo plazo, esos nuevos paneles solares junto con la OTEC hicieran que el barco se viera libre de la necesidad de reabastecerse de uranio para su planta nuclear principal. Y en un mundo donde la luz solar resultaba ser la forma de energía de más fácil acceso, aquella nueva tecnología podría tener un enorme potencial comercial.

Pero lo que Nathan tenía en su mente era algo que iba más allá del comercio. Todos aquellos proyectos eran facetas de una misma visión mayor.

Nadie esperaba que aquel viaje fuera a durar para siempre. Tarde o temprano, aquella nueva arca acabaría embarrancada en su propio monte Ararat. Pero mientras tanto, quería que aquella ciudad flotante fuera totalmente independiente de tierra firme. Podían alimentarse del mar y recoger agua fresca de la lluvia. Con la OTEC y sus nuevos paneles solares esperaba recoger la energía necesaria del mar y del sol; y con su hormigón extraído del agua podría mantener la integridad del barco sin necesidad de buscar recursos en tierra. Lily se imaginó que llegaría el día, en el futuro, en el que cada parte del barco se hubiera deshecho y hubiera sido sustituido por materiales extraídos del mar. Sería el acto de rebeldía definitivo ante las inundaciones y ante el daño que habían provocado las ambiciones humanas.

A pesar de todos sus fallos y debilidades, Lily tenía que admitir que Nathan era un genio de la previsión. Quizá el mundo necesitara a soñadores como él, y recordaba que Sanjay McDonald había dicho algo parecido una vez. A menudo se preguntaba cuánto tiempo habría podido sobrevivir ella sin el apoyo y el refugio que Nathan le había proporcionado desde su liberación en Barcelona.

Por supuesto, eso no significaba que su sueño de ver aquel barco-ciudad embarcado en un viaje sin fin por los océanos fuera a convertirse en realidad, igual que su enclave andino no había podido sobrevivir a su mayor desafío.

Completaron sus acostumbradas veinte vueltas, una distancia de unos ocho kilómetros. En la última vuelta Kristie salió a buscar a Lily y se apoyó en la baranda.

Lily se detuvo a su lado. Kristie dejó que su tía recuperara el aliento. Piers entró con la intención de dirigirse a su camarote para darse una ducha con agua salada, aquella era la única opción a aquellas alturas. Kristie no lo saludó, ni siquiera lo miró. Había traído un par de tazas de sustituto de café. Lily se lo bebió agradecida, aunque hubiera preferido un buen trago de agua fresca, incluso de aquella que tenía ese ligero aroma a productos químicos que producían las plantas de desalinización del barco por osmosis inversa.

Aquella mañana Kristie ya estaba lista para ir al trabajo. Sobre su rutinario mono de AxysCorp llevaba un traje protector con capucha y gafas, y unos gruesos guantes colgaban del cinturón. Trabajaba en la planta que habían construido en la sala de baile, donde las conchas y la cáscara de los cangrejos, de las gambas y las langostas eran procesadas para obtener la chitina, una sustancia que se utilizaba como sustituto de la celulosa en la manufactura de papel y cartón. Era uno de los planes más ingeniosos de Nathan, producto de su interminable búsqueda para encontrar la forma de que el arca y sus pasajeros pudieran ganarse la vida: vender papel fabricado con conchas de molusco a otras sociedades flotantes. Lily creía que no era una buena idea, sin embargo, parecía que servía para algo, al igual que los pequeños talleres ópticos que Nathan había montado en varios puntos del barco y donde se fabrican

gafas: la gente necesitaría ver incluso después de haber renunciado a escribir las cosas en papel.

—No te esperaba —dijo Lily tras recuperarse—. ¿Qué ocurre? ¿Manco está bien? Kristie hizo un gesto de disgusto.

—Ese bicharraco es una pesadez a esta hora de la mañana. —De vez en cuando, cuando se enfadaba y soltaba improperios, las raíces londinenses de Kristie asomaban a través de aquel vago acento de transatlántico que había adoptado—. Está en el gimnasio jungla. Suele ser mejor cuando no estamos en movimiento porque puede ir a nadar. Pero tengo que agotarlo un poco antes de enviarlo a la escuela sin cargo de conciencia... Lily, he venido a buscarte porque creía que te gustaría saberlo.

—¿El qué?

—Lo han dicho en las noticias del barco. Esta noche hemos perdido la señal del pico Scafell.

—¡Ah! —El pico Scafell, en Cumbria, había sido el punto más alto de Inglaterra—. Pero las montañas de Gales y las Highlands escocesas todavía seguirán sobre el agua.

—Sí, aunque según las noticias, allí solo viven bandidos. Gran Bretaña sigue allí. Pero Inglaterra ha desaparecido, cada pedazo de ella. Parece increíble, ¿no?

—Sí, sí, lo es. Y nosotras estábamos allí cuando comenzó el fin de Inglaterra.

Kristie sonrió.

—Cuando tuviste que venir para salvarnos, en Greenwich.

—Bueno, sin mí también os habría ido muy bien. Y ahora ha llegado el fin y estamos aquí.

—Mamá nos llevó un par de veces a Cumbria, a los lagos.

—Recuerdo las postales.

—Pero nunca subimos al pico Scafell.

—Bueno, a tu madre no le iba mucho eso del montañismo.

—«¿Qué? ¿Con estos tacones?».

Lily rió. De pronto, sintió la necesidad de abrazar a su sobrina, aquella mujer dañada de treinta y un años; fue un impulso abrupto y poderoso. Pero sabía que no debía, aquel contacto debía bastarle por el momento.

El problema que había entre ellas se llamaba Piers. Así como Amanda había sido incapaz de perdonarle por la muerte de Benj, Kristie nunca lo había hecho por asesinar a Ollantay. Lily había intentado convencerla de que perdonara, pero Kristie sabía la enorme satisfacción que Piers había sentido al matar a su rival. Lo había visto en su rostro, en sus ojos, cuando Piers había apretado el gatillo. Kristie, incluso, había llegado al extremo, al parecer, de culparle también por la muerte de su madre.

A cualquier otra edad, Kristie podría haberse librado de Piers, lo habría podido superar y punto. Pero estaban encerrados en aquel barco, que parecía ser aún más

agobiante al tener que compartirlo con alguien a quien odiaba con tanta intensidad. En ese sentido, pensó Lily, el arca era como el mundo mismo a escala reducida.

—Bueno, se acabó Inglaterra —dijo Kristie—. Me voy a trabajar. —Permitió que Lily le besara en la mejilla. Después se separaron para comenzar el día. Lily se dirigió a su camarote para cambiarse y Kristie se encaminó hacia la sala de baile, donde ya estaban preparando el lote de crustáceos muertos que había que procesar aquel día.

Abril de 2036

Con gran precaución, el arca se acercó a la costa de Europa.

El propósito de Nathan era llegar a Suiza, donde esperaba establecer relaciones comerciales con lo más parecido a un Gobierno nacional que quedaba en Europa occidental. Después, tenía intención de navegar hacia el este, hacia las tierras altas de Asia central. Su destino era Nepal: la puerta de entrada a la meseta del Tíbet, un lugar donde esperaba hacer buenos negocios.

—Son las tierras altas más extensas del mundo —anunció—. Y son clave para el futuro de la humanidad. Por eso tenemos que ir allí. —Pero las noticias que llegaban de aquella región habían sido escasas e incompletas tras el anuncio de la guerra que se había desatado por aquellas preciosas tierras entre China, Rusia e India. Una guerra que se rumoreaba había alcanzado la categoría de nuclear antes de terminarse. Un buen número de tripulantes estaban preocupados por lo que se encontraría allí, si es que alguna vez llegaban. Eso quedaba en un futuro muy lejano.

El barco abandonó el océano para adentrarse en el estuario del Westerhelde. El sonar y el radar detectaron el paisaje sumergido que pasaba por debajo de la proa, y el sistema de televisión interno del barco retransmitía las imágenes procesadas al camarote de Lily: un lecho fantasmal de casas, carreteras y vías férreas. Aquello era Holanda, donde los diques y canales finalmente habían sido superados por el mar tras siglos de desafío y poco a poco estaban desapareciendo bajo una capa de sedimentos. De hecho, el agua de las inundaciones era ya tan profunda que el paisaje sumergido anduvieras por las calles sumergidas de Amberes a Arnhem, no habrías podido ver pasar la quilla del arca, como una nube lenticular.

Pero en el barco, siempre se sabía cuándo pasaban por lo que había sido tierra seca. Los pájaros caían sobre el arca en bandadas: pinzones, estorninos y cuervos; aves de tierra que habían perdido sus territorios naturales. Los niños ganaban raciones extra de comida cuando conseguían alejar los pájaros con las escobas desde la cubierta de recreo. Además, una pequeña capa de gasolina y basura cubría las aguas, porquería que todavía emanaba de las ciudades hundidas. La mayoría de lo que flotaba era plástico, colorido y tan indestructible como el día en el que había sido fabricado; también había masas de cartón pudriéndose o restos de comida grisácea. Las gaviotas aparecían de no se sabía dónde para caer sobre aquellas cosas. Y, de vez en cuando, se veían formas más oscuras y voluminosas, restos humanos hinchados que se habían liberado de la tumba de las profundidades y que flotaban entre aquella basura inservible.

Manco y los demás niños siempre suplicaban para que les dejaran salir a nadar entre aquellos intrigantes tesoros flotantes. Para ellos, que habían nacido una década después, o incluso más tarde, del comienzo de las inundaciones, cosas como las latas de aluminio de los refrescos o los paquetes de comida envueltos en plástico para cocinar en el microondas eran maravillas exóticas. Por supuesto, no habría sido sensato dejarlos salir, aunque no hubieran estado en movimiento.

El arca navegó rumbo sureste y cruzó la frontera alemana. Siempre que resultaba posible, el arca seguía el trazado de los antiguos valles fluviales que seguían marcándose en aquel paisaje sumergido; y de vez en cuando el barco se detenía para una comprobación manual de la sonda que se hacía como antiguamente, haciendo descender un cabo hasta el agua. Nathan siempre ordenaba que se navegara con extrema precaución y nunca confiaba su total seguridad a los instrumentos electrónicos.

En el mapa animado, los pasajeros podían ver por encima de qué ciudades estaban navegando: Duisburg, Düsseldorf, Colonia. Para cuando llegaron a los alrededores de Bonn, ya estaban navegando por encima de las tierras altas en las que el Rin cortaba sus profundos valles. El navegante se mantuvo rígidamente en el centro del cauce del río. Ahora, al este y al oeste, algunos pedazos de tierra alta sobresalían sobre las olas; cimas de colinas que se veían reducidas a meros atolones. Lily vio las ruinas del paisaje urbano de lo que una vez había sido la densamente poblada Europa occidental: casas que cubrían las islas como coral, fábricas y estaciones eléctricas, pilones y mástiles telefónicos, el brillo ocasional de algún edificio nuevo del estilo de un centro comercial. Los tripulantes del puente oteaban con telescopios y prismáticos y a veces enviaban un bote a explorar. Y entonces el barco hacía sonar su melancólica sirena, su tono grave y bajo retumbando por el mar sin eco alguno. Nunca recibían respuesta, pero los pájaros alzaban el vuelo desde las islas creando grandes nubes oscuras.

Por fin, el *Arca Tres* llegó al corazón de Suiza.

El arca echó el ancla en algún lugar sobre las ruinas sumergidas de Ginebra. El noroeste del país estaba dominado por un lago salado que había mezclado las aguas del lago Neuchâtel y el lago Ginebra. Era una bahía más del ahora enorme y cada vez más extenso mar del Norte.

Una partida bajaría a tierra para reunirse con representantes del gobierno federal y cantonal, en una comunidad que había crecido en la ladera de las montañas y que recibía el nombre de Nueva Ginebra. Aquel lugar estaba sobre el nivel del mar, pero era temporal, levantado con tiendas de campaña y casas de planchas de plástico y hierro corrugado. Pero funcionaba como una ciudad a pesar de todo. Los suizos estaban en posición de tratar con Nathan y sus ofertas de comercio. Algunos de los



cantones de las regiones más montañosas no habían sido ni siquiera rozados por el agua y los suizos se las habían arreglado muy bien para mantener alejadas a las oleadas de refugiados hambrientos que llegaban de las inundadas tierras bajas de Alemania, Francia e Italia. Nathan tenía la intención de tratar a los suizos como valiosos socios comerciales a largo plazo. Incluso tenía la intención de proponer que el arca hiciera algo de minería a gran profundidad para ayudar a los suizos.

Lily no formó parte de la comitiva oficial, pero tuvo la oportunidad de bajar a tierra brevemente. Tras pasar ocho meses en el mar, le resultó muy extraño pisar tierra firme de nuevo, no sentir que el mundo se movía bajo sus pies. El lago era un espejo de color azul profundo, rodeado de montañas que se extendían hasta el horizonte, altas y vívidas incluso a pesar de que hubieran perdido la capa de nieve que una vez había cubierto sus laderas más bajas. Si no hubieras estado antes en Suiza, pensó Lily, nunca te darías cuenta de que había algo allí que no cuadraba. Creerías que allí no había cambiado nada y no sospecharías que bajo aquellas aguas relucientes yacían pudriéndose ciudades enteras.

Con aquel telón de fondo, el arca flotaba como un barco de juguete, brillando bajo los rayos del sol. El barco tenía un gran aspecto con aquellas cubiertas como escaleras y la reluciente pintura de las chimeneas decorativas que se reflejaban en el agua. Con su típico sentido del espectáculo, Nathan había ordenado que colocaran banderas ondeantes. Era en momentos como aquel en los que Lily veía la genialidad demente de la visión de Nathan. En aquel mundo devorado por las aguas de donde habían sido erradicados los grandes logros de la humanidad, el arca era como un visitante de otra época: no un simple barco que navegaba por los océanos, sino una máquina del tiempo.

Piers fue el líder de la partida que bajó a tierra. Pero Nathan embutió a su hijo Hammond en un traje con corbata y lo envió también. Tras la traición y humillación de hacía un año, aquello formaba parte del lento proceso que Nathan había puesto en marcha para recuperar a su hijo. Lily creía que Hammond poco a poco estaba volviendo al regazo de su padre, pero en su rostro asomaban una nota de amargura que lo acompañaría ya siempre como una semilla molesta entre los dientes.

Sin embargo, en aquel viaje, Lily estaba más preocupada por el hecho de que Nathan hubiera ordenado que Grace acompañara a Hammond.

Estaba claro que Nathan quería que Hammond eligiera a una mujer para comenzar una familia. Era puro egoísmo. Nathan creía que una relación estable domesticaría a Hammond a la vez que favorecería la perpetuación de los genes de Nathan para el futuro. Hammond había rechazado a todas las candidatas que le había presentado su padre. Pero desde el comienzo del viaje, Nathan había puesto los ojos en Grace Gray. Quizá, en su mente, era una forma de unificar a sus mascotas más queridas: su hijo y los ex rehenes que había estado cobijando durante dos décadas. Y

Lily podía ver a Hammond no le importaría, precisamente, tener a Grace.

Pero Grace no quería saber nada de Hammond. Ella había salido de su particular vida en la Ciudad Caminante y era introvertida, solitaria y, Lily estaba convencida, virgen. Cuando la obligaron a pasar tiempo con Hammond, real y codicioso, se había aislado aún más de todos los demás.

A Lily le disgustaba la idea de oponerse a Nathan o, incluso, a Hammond. Pero sentía que su deber era cuidar de Grace. Había intentado hablar del tema con Piers. A él se le daba políticamente mucho mejor que a Lily, y lo único que hacía era limitarse a decir que las cosas eran «complicadas».

Aunque con ocasión de aquel viaje, Lily no creía que a Grace fuera a pasarle nada malo ya que Hammond y ella iban a estar todo el rato a la vista del público y rodeados de gente. Regresó al barco y continuó con su trabajo, pero su preocupación por Grace no dejó de molestarla continuamente.

Más tarde, veinticuatro horas después de que hubiera bajado a tierra, Piers la llamó. Grace se había fugado y había desaparecido en Nueva Ginebra.

—Lily, parece que ha estado esperando la oportunidad para alejarse de Hammond. El problema es que si los suizos la encuentran antes que nosotros, la arrojarán al lago. Tienen unas leyes anti refugiados muy estrictas.

—Ahora voy —dijo Lily, y guardó el móvil—. Mierda, mierda.

Los suizos encontraron a Grace rápidamente y la entregaron a la tripulación del arca.

Pasaron meses anclados en aquel enorme lago Ginebra, comerciando, entrenándose y reconstruyendo el barco. Durante todo ese tiempo, Grace no pudo abandonar el arca y vivió bajo la constante vigilancia de los guardias de AxysCorp. Lily no pudo evitar pensar en Barcelona.

Junio de 2037

Partiendo de Ginebra, el arca cruzó cautelosamente la cabecera del Danubio en Donaueschingen. Desde allí, los navegantes llevaron el barco valle abajo por el su de Alemania y Austria, pasando por Ulm, Regensburg, Linz y Viena. El lugar donde yacía cada ciudad sumergida estaba indicado por la acostumbrada capa de basura y cuerpos hinchados, y por pequeñas comunidades balseras muertas de hambre que competían con las gaviotas por los restos de comida. Europa había quedado reducida a eso, pensó Lily. Gradualmente, Nathan intensificó la seguridad a bordo. Ordenó que rodearan ampliamente los lugares donde se habían alzado ciudades y apostó una guardia en la cubierta de paseo que patrullaba veinticuatro horas al día. Todas las partidas que bajaban a tierra firme iban fuertemente armadas. El ambiente a bordo se volvió inquieto y tenso, y el miedo inundó el barco.

Fue un alivio cuando navegaron por encima de Budapest y se dirigieron al sur por encima de las llanuras bajas de Hungría. En aquel lugar, las ciudades estaban a gran profundidad y no quedaba ni rastro de su existencia en la superficie, tan solo veían el mar calmo. Más allá de Belgrado, el arca tuvo que pasar por un valle relativamente estrecho donde el Danubio formaba la frontera con Rumanía. En el norte, en los Cárpatos, sobrevivían algunas comunidades que se podían distinguir por las columnas de humo de sus hogueras, pero Nathan nunca recibió respuesta a sus llamadas de radio.

Para aquel entonces, dos años después de zarpar de Chosica, el barco no dejaba de acumular problemas. La planta OTEC, los experimentos de acuicultura, incluso las plantas que fabricaban el cemento hecho de residuos del mar, resultaron complicados y problemáticos, y las escasas fábricas de a bordo no podían hacer frente a la tremenda demanda de piezas que requerían las demás instalaciones. Sin los repuestos que habían adquirido en Suiza, muchas máquinas habrían fallado ya, pensó Lily. Incluso con esos repuestos habían tenido que ir obteniendo materiales del propio barco, arrancando partes internas para reparar el casco y los mamparos principales. El arca empezó a tener un aspecto cochambroso y decadente.

El arca llegó a un valle ancho que en otra época se había llamado Valaquia, y navegaron más allá de la capa de basura y escombros que indicaba el lugar donde yacía Bucarest. Una vez atravesaron la antigua costa del mar Negro, Nathan ordenó echar el ancla y solicitó informes completos de todas las operaciones del barco.

Durante las reparaciones, el debate sobre el futuro del barco se intensificó. El enorme restaurante principal se utilizaba para celebrar sesiones «parlamentarias»

semanales, como solía llamarlas Nathan, donde todo el mundo podía sacar un tema o plantear los problemas que había. En esas sesiones, Juan Villegas era el más antiguo colaborador de Nathan que se atrevía a desafiar la inmóvil y fundamentalista visión de Lammockson sobre el futuro.

—Seamos realistas, Nathan —dijo Villegas—. Nuestras necesidades son elementales. Verduras frescas cultivadas en tierra firme. Semillas, si es que podemos conseguirlas. Tierra y capa vegetal para poder plantar a bordo. Suministros básicos de todo tipo. Y todo lo que podamos conseguir para reconstruir el barco.

—No. Conoces mi filosofía, Juan —respondió Nathan—. Si volvemos a chupar de la teta de tierra firme en cuanto se nos presente la ocasión, nunca seremos capaces de ser independientes de ella. Es gente lo que necesitamos. Ingenieros biólogos, médicos. Visionarios que hagan factible ese gran proyecto de la independencia.

—¡No podemos alimentarnos de visiones! ¡Los sueños no flotan! Y no necesitamos más gente. Precisamente, necesitamos todo lo contrario. Necesitamos menos. Debemos encontrar la forma de desembarcar tripulantes. Ya has visto las cifras, cómo nuestros suministros básicos no alcanzan para cubrir la demanda interna... —Sacó un portátil con veinte años de antigüedad y empezó a mostrar tablas. Pero Nathan no quería concentrarse en los resultados. Poco a poco Villegas se enfadó más y más.

Durante aquella época en el mar, una vez se había recuperado de la impresión de los acontecimientos que habían provocado el abandono de Proyecto Ciudad, Villegas se había alzado como el cabecilla de todos los barones que rodeaban a Nathan. Lily se preguntó si, de alguna manera, su relación con Amanda lo había mantenido fuera de juego en Proyecto Ciudad. Ahora, Lily veía en él la perspicacia y la capacidad de decisión que probablemente le había ayudado a amasar su fortuna antes de las inundaciones.

Pero al mismo tiempo, el punto de vista de Villegas sobre el barco y su tripulación, sobre su misión y sus necesidades, se alejaba cada vez más del de Nathan. Villegas quería que el viaje terminara lo antes posible, antes de que algún accidente catastrófico cayera sobre ellos, algo que estaba convencido de que ocurriría tarde o temprano. Pero la idea de Nathan era que el viaje fuera interminable. A medida que pasaba el tiempo, sus diferencias empezaron a ser evidentes para todos. Villegas y Nathan eran como dos dinosaurios, pensó Lily, los últimos de una especie que no dejaban de enfrentarse el uno con el otro. Después de una de esas sesiones parlamentarias, casi se desató una revuelta. Nathan había llamado a su leal guardia de AxysCorp para que se posicionara con él con las armas a la vista.

Era típico de Nathan que en su fuero más interno estuviera formando un compromiso. Lily, que seguía perteneciendo al círculo interno aunque solo fuera por Grace, detectó ese cambio en pequeños gestos, como el tono de su conversación o el

subtexto de algunos informes que ordenó que le prepararan. No estaba dispuesto a dejar escapar su sueño de una ciudad flotante, pero había llegado a la conclusión de que a corto plazo iba a necesitar ayuda de tierra firme. También era muy típico de Nathan que no compartiera ninguno de esos pensamientos y planes con su primer oficial y detractor más furibundo, Juan Villegas.

Mientras tanto, Lily tenía que ocuparse de desentrañar sus propios problemas.

Llegó un día en el que Grace se negó a comer. A Lily le pesaba la culpa. Le había explicado a Grace cómo ella solía recurrir a las huelgas de hambre para presionar a los Padres del Elegido mientras la tuvieron encerrada en aquellos sótanos de Barcelona. Ella misma había plantado aquella idea en la cabeza de Grace. Ahora, allí estaba Grace, una rehén más en aquella celda flotante, soportando la presión de Nathan y haciendo exactamente lo mismo.

Pero Nathan no se iba a dejar acobardar por una simple tentativa de suicidio. Amenazó con que ordenaría a sus médicos que alimentaran a Grace a la fuerza si era lo que había que hacer para mantenerla con vida. Lily pasó mucho tiempo al lado de Grace, intentando encontrar una solución para aquel lío, intentando que Grace abandonara la huelga por propia voluntad.

La subida del nivel del mar alcanzó la marca de un kilómetro, otro hito triste y horrible. A veces se aceleraba el ritmo y otras descendía, pero no parecía que aquella subida, cuya velocidad se doblaba cada cinco años como había predicho Thandie, fuera a detenerse en algún momento. Sin embargo, nadie hablaba de eso.

El arca navegó por encima de Estambul y atravesó el mar de Mármara, y salió al Egeo por los Dardanelos. Desde allí cruzaron Suez y siguieron el curso del mar Rojo hasta el océano Índico.

Después, viraron el nordeste para cruzar la India siguiendo los valles fluviales, con la intención de llegar a la frontera de Nepal. La mayor parte de la India estaba sumergida a gran profundidad pero, a pesar de eso, todo el país estaba cubierto de basura, manchas de gasolina e islas formadas con indestructibles plásticos que giraban en los lentos torrentes y chocaban con los cadáveres, hinchados y desnudos, que flotaban como globos encima de las ruinas que se pudrían varios metros por debajo. En otra época, en aquel país habían vivido millones de personas; y casi todos habían muerto.

Lily sintió un gran alivio cuando empezaron a ver tierra en el horizonte: las estribaciones del Himalaya, con sus cimas marrones e irregulares. Habían llegado a Nepal.

La balsa de desembarco del arca llevó a tierra firme uno de los camiones armados impulsados por hidrógeno, y Lily subió a Katmandú en compañía de Nathan, Piers y unos cuantos matones de AxysCorp. Villegas se había quedado al mando ejecutivo del barco.

Condujeron por carreteras estrechas llenas de curvas que subían por aquellas montañas cubiertas de verde. Al pasar por las pequeñas y abarrotadas aldeas, la gente los miraba con expresión apática. De vez en cuando tenían la suerte de ver un paisaje abierto, y Lily vio los picos más altos del norte. Pero aquellas cimas ya no relucían con la nieve como en las antiguas postales; ahora eran montañas de roca desnuda y marrón desde las faldas hasta los picos.

Antes de entrar en Katmandú tuvieron que detenerse en un perímetro militar. Armas de aspecto contundente los apuntaron desde las torres de vigilancia. Un joven muy educado envuelto en una túnica naranja se presentó ante ellos. Era representante de Prasad Deuba, el contacto de Nathan en aquel lugar. Se disculpó por las molestias de las medidas de seguridad. Las negociaciones que siguieron, lideradas por Piers, resultaron de lo más tensas.

Lily se quedó en el camión y se mantuvo alejada de todo. Los guardias nepaleses la miraban con rostros curtidos vacíos de toda expresión. Por su postura y la forma con la que sostenían las armas estaba claro que eran militares competentes y veteranos. Lily recordó que los *ghurkas*, unos de los pilares del ejército británico en aquellas latitudes durante décadas, habían sido originarios de Nepal. Estaba claro que el entrenamiento y la tradición militar se habían mantenido. Pero algunos de aquellos jóvenes soldados lucían en sus rostros cicatrices que parecían producto de quemaduras por radiación.

Al final, llegaron a un acuerdo. Los guardias de AxysCorp no tendrían que entregar sus armas, pero deberían aceptar ir escoltados por los soldados locales. Así que complementaron el recorrido con un grupo de silenciosos soldados de estilo *ghurka* sentados en la parte trasera del camión, con las armas apoyadas en el regazo, y seguidos por un par de todoterrenos militares nepaleses.

Cuando llegaron a Katmandú, Lily se llevó una gran sorpresa. Era una extensa ciudad que una vez había sido el hogar de un millón de almas, y que quizá lo siguiera siendo; una enorme conurbación que se había alzado a más de mil trescientos metros por encima del nivel del mar. En el paisaje que rodeaba la ciudad se asomaban las montañas que seguían siendo las más altas del mundo. El educado enviado de Deuba actuó como guía turístico y fue indicando y explicando los monumentos más

relevantes. Las calles que serpenteaban por entre las delicadas pagodas estaban abarrotadas de peatones, bicicletas y peculiares carros a motor de tres ruedas. Los hombres santos seguían viviendo en sus *ashram* cerca del gran complejo de templos cerca del río; y en la orilla opuesta, las familias seguían reuniéndose en torno al humo grasiento de las piras funerarias.

Pero aquel lugar se había vuelto evidente y sorprendentemente rico. Entre los templos hindúes y budistas se alzaban edificios modernos, bloques de oficinas con fachadas de cristal y villas privadas, residencias protegidas por altas verjas con puertas automáticas. La gente que andaba por la calle, con sus delicados rasgos indios, lucía ropas caras. Incluso los mendigos que se arrastraban por las aceras, que extendían la mano pidiendo comida al paso del camión, iban bien vestidos, aunque estaban sucios. Algunos de ellos incluso lucían joyas que brillaban en sus cuellos.

—Pero no puedes comerte los diamantes —dijo el joven guía.

Pasaron por delante de la residencia del rey, la entrada guardada por enormes elefantes tallados en piedra. Una banda tocaba en la calle.

—No me jodas —dijo Nathan—. Son gaitas.

Prasad Deuba, el contacto comercial de Nathan, les dio la bienvenida a su casa. De hecho, era un complejo de edificios nuevos, una gran villa que se alzaba en el corazón de la parte vieja de la ciudad. Lily pensó que sus fortificaciones eran más impresionantes que las de la frontera del país. Deuba les sirvió té y pasteles, al estilo inglés, y después les ofreció licor de leche de yak.

—¡Muy escaso y valioso ahora que los rusos se han comido a todos los yaks!

—Apuesto a que te las arreglaste para sacar beneficios incluso de eso, ¿eh, Prasad, viejo zorro? —dijo Nathan lleno de admiración. Luego se dirigió a sus compañeros—. Tendréis suerte si salís de una negociación con Prasad con la camisa puesta.

Deuba sonrió, pero Lily vio que sus ojos permanecieron fríos. No se iba a dejar engañar por unos cuantos halagos.

Estaba claro que Prasad Deuba había sido un hombre de negocios en los viejos tiempos. Tendría unos sesenta años, movía mucho las manos al hablar y tenía la sonrisa rápida y la mirada penetrante de un vendedor. Vestía un traje de estilo occidental muy bien planchado y tenía el pelo peinado con gomina. Su acento era muy delicado, casi británico. De joven había estudiado en Inglaterra.

Nathan hizo su propuesta. A aquellas alturas no estaba buscando socios comerciales, como en el caso de los tratos que había cerrado en Suiza. Lo que quería, dijo, era refugio.

—Mira, Prasad, las cosas están así. El *Arca Tres*... Debes venir a verla, serás mi invitado de honor, solemos hacer unas cenas tremendas en el restaurante...

Deuba inclinó la cabeza.

—Será un placer.

—Es un gran barco y todavía puede durar años, décadas, pero no durará para siempre. Necesitamos apoyo de tierra firme. Lo acepto. —Movi6 una mano para abarcar la villa de Deuba, el sal6n en el que estaban sentados, decorado con muebles muy caros y criados que esperaban en silencio en todos los rincones—. Y no creo que haya mejor lugar que este ni un mejor socio que t6. Lo que necesito es que me sirvas de enlace con el Gobierno, con esos mao6istas que dirigen tu pa6s. Tenemos mucho que ofrecer. —Empez6 a enumerar los recursos activos del arca, tales como la planta nuclear, la m6quina pionera de la planta OTEC, las f6bricas: el barco era una ciudad flotante llena de sofisticada tecnolog6a de 6ltima generaci6n—. Y despu6s est6 la gente, claro, mis ingenieros y m6dicos y artesanos y marineros...

Deuba alz6 una mano.

—Mi pregunta es simple. Es lo 6nico que el Gobierno me preguntar6. 6Cu6ntos sois?

—Tres mil —contest6 Piers sin alterar la voz—. Eso incluye a la parte no productiva tales como los muy ancianos y los muy j6venes, los impedidos y los enfermos. Puedo ofrecerle cifras m6s exactas.

Deuba asinti6.

—Tres mil —dijo casi como en un gemido—. Ya hab6is visto en nuestra cambiante l6nea de costa c6mo se arremolinan las balsas de los despose6dos como si fueran algas.

—El arca no es una balsa —dijo Nathan. Estaba empezando a irritarse.

Pero Deuba les explic6 en lo que se hab6a convertido su pa6s.

—Nathan, debes entender nuestra situaci6n.

»Todo comenz6 incluso antes de que nosotros conoci6ramos la existencia de las inundaciones: un peque6o goteo de refugiados lleg6 desde la frontera de la India. En aquella 6poca no pod6amos llamarlos refugiados, claro. Eran gente rica que proven6an de las ciudades costeras de la India y ten6an acceso a los mejores datos y predicciones cient6ficas. Sab6an lo que se avecinaba. A corto plazo, buscaban un escape a las guerras regionales y los da6os causados por las inundaciones; a largo plazo, solo quer6an mantener su c6modo estilo de vida. Llegaron aqu6 con dinero con la intenci6n de comprar tierras y propiedades en nuestras provincias m6s altas. Aquellos que vendieron tambi6n se hicieron ricos. Debo admitir que yo vi lo que ocurr6a mucho antes que la mayor6a. Compr6 un buen pu6ado de tierra por una miseria y despu6s se la vend6 a los ricos indios por un precio mucho m6s elevado. Obtuve un beneficio bastante considerable. Como resultado, Katmand6 sufri6 una oleada de construcci6n. Un pa6s que en otra 6poca hab6a sido de los m6s pobres del mundo se hab6a convertido, durante unos breves instantes, en el m6s rico per c6pita. Todo por la



altitud. Yo mismo invertí mi riqueza en ampliar y proteger este lugar, mi fortaleza.

—Fuiste sabio.

—Sí. Porque aquel pequeño goteo se convirtió en un torrente, y aquellos que no tenían tanto dinero llegaron en oleadas. Las clases medias, podría decirse, de India, Pakistán y Bangladesh. Ellos también entregaron su riqueza a cambio de un pedazo de nuestra tierra. Muchos se hicieron aún más ricos, por lo menos sobre el papel y en crédito y en oro, pero a cambio se deshicieron de sus bienes más preciosos: sus tierras.

»Y siguieron viniendo, refugiados de las llanuras de la India, millones de personas en movimiento: los desposeídos, los desesperados, huyendo como enjambres de las provincias sumergidas de Utar, Pranesh y Bihar. Aceptamos a algunos, levantamos campamentos de refugiados. Éramos ricos y humanitarios. Pero cada esfuerzo se veía superado por más masas de gente. El Gobierno intentó sellar la frontera, pero es muy larga y difícil de patrullar. Así que al final construimos los corredores.

—¿Corredores? —preguntó Piers.

—Ofrecíamos a refugiados un salvoconducto para atravesar Nepal y llegar a tierras más altas, hasta el Tíbet. Los nepalíes siempre hemos sido un cruce de caminos importante en el comercio entre la India y Tíbet.

Piers frunció el ceño.

—¿Y entonces qué? ¿Qué ocurría con los refugiados?

—Ah... —Deuba alargó los brazos y sonrió—. Eso es responsabilidad del Gobierno legítimamente constituido del Tíbet.

A Lily le resultaba difícil obviar sus maneras, sus gestos educados, y pensar en las implicaciones de lo que decía aquel hombre.

—Eso tuvo que durar años. Provincias indias enteras atravesando su país, tuvo que pasarles factura.

—¡Oh, sí! —dijo Deuba sin pensarlo—. Empezó con las revueltas por la comida. Había que alimentar a toda aquella gente mientras estuvieran en nuestro país. De hecho, sufrimos una revolución. Quizá hayan oído hablar de ella. Nuestros insurgentes maoístas, que durante décadas habían sido una presencia molesta en las montañas, se las arreglaron para dirigir el malestar del pueblo hacia el derrocamiento del Gobierno. Ahora, no nos queda más remedio que prestar atención a los largos sermones sobre la filosofía del gran líder —dijo educadamente—. Pero las cosas han cambiado muy poco en realidad. Los maoístas mantuvieron a los antiguos funcionarios civiles y a los ministros más jóvenes, y van de acá para allá con sus limusinas ministeriales. Incluso han mantenido la institución de la monarquía, el símbolo de la nación. Aunque es cierto que han sido capaces de mantener un diálogo productivo con sus homólogos del Tíbet, con quienes comparten la ideología, más o

menos.

»Y, por supuesto, al final, el flujo de refugiados de la India se secó, aunque a veces llegan algunos despistados por unas rutas u otras.

—Como nosotros —dijo Piers gravemente.

—Desde luego. Amigo Nathan, hemos hecho buenos negocios en el pasado. Pero debo decirte que esta vez no puedo ayudarte. No os rechazarán abiertamente, pero os pondrán un límite. Quizá trescientos, quizá, el diez por ciento. Tus mejores médicos e ingenieros, por ejemplo. Ellos podrán quedarse, serán bienvenidos en tierra firme. Pero nada de niños; ya tenemos suficientes. Los demás, deberán marcharse.

A aquellas alturas, Nathan ya estaba muy enfadado.

—¿Vas a quedarte con lo mejor de mi tripulación y luego a decirme que me largue con viento fresco? ¿Qué tipo de trato es ese?

Deuba meneó la cabeza, triste.

—No son mis condiciones, amigo mío. Son las de mi Gobierno. Nuestro país está lleno.

Nathan consiguió dominar su temperamento.

—Venga, Prasad. Te conozco bien. ¿Es que me lo estás poniendo difícil porque quieres algo a cambio? Si hay algo que necesites...

Deuba miró a Nathan casi con pena.

—Mira a tu alrededor, Nathan. ¿Qué tienes tú que pueda querer yo?

Nathan se levantó.

—Está bien. Entonces, ¿qué tal un salvoconducto para llegar a la frontera tibetana?

—Podría arreglar eso.

—¿Por un precio?

—Un peaje. Tampoco muy caro. Me temo que en su mayor parte el viaje se hará a pie. Aunque puedo contratar porteadores y cosas así. ¡No estamos escasos de mano de obra! Pero tendrás que ser tú mismo el que arregle las cosas para cruzar la frontera.

Lily tocó el brazo de Nathan.

—Nathan, ¿crees que es una buena idea?

—Es una opción —respondió Nathan intentando tranquilizarse—. Quizá podamos hacer negocios con los chinos si no es con estos.

Deuba hizo gestos conciliadores.

—De hecho, el Gobierno del Tíbet ya no es chino en sentido estricto... Necesitaréis veinticuatro horas para organizar el viaje. Por favor, aceptad mi hospitalidad mientras tanto. En honor a vuestra amistad.

Nathan le miró furibundo, pero enseguida se ablandó ligeramente.

—A la mierda. Está bien. Tengo que cagar, ducharme y afeitarme. Pero mira,

Prasad, tú sabes que nunca acepto un no por respuesta. Somos gente decente, llena de recursos, respetuosos de las leyes, y seríamos una buena adquisición para tu país.

—Estoy seguro de que es cierto —respondió Deuba suavemente—, y si estuviera en mis manos, os quedaríais. Mientras tanto... venid. Os enseñaré vuestras habitaciones.

Piers y Lily se levantaron sin estar seguros de cómo actuar. Lily se sentía humillada por aquel rechazo tan abierto. Humillada y asustada.

Salieron del salón siguiendo a Deuba y rodeados de sus lacayos.

Antes de partir a la mañana siguiente, Nathan se aseguró de que todos los de su grupo se hubieran tomado las píldoras antirradiación fabricadas en la farmacia del arca. Lily pensó que no era una forma muy halagüeña de despertarse.

Otro joven inteligente que también trabajaba para Prasad Deuba, posiblemente de ascendencia china, era el encargado de guiarlos hasta la frontera tibetana. Las primeras horas, el camino lo hicieron en coche. Después, demasiado pronto a juicio de Lily, se terminó la carretera y el grupo tuvo que continuar a pie: los que provenían del arca, unos cuantos guardias de AxysCorp, el guía de Deuba y un puñado de serpas que acarreaban con el equipaje. Estos eran jóvenes fibrosos que cargaban con enormes cestas de bambú sujetas a la frente con tiras de cuero.

La marcha era una subida constante, hora tras hora, aunque a veces contaban con el descanso de la bajada hacia algún valle verde que terminaba, fastidiosamente, en más desnivel para subir. Lily había intentado mantenerse en forma en el barco con los kilómetros diarios que recorría en compañía de Piers por la cubierta de paseo y con las horas invertidas en las máquinas de pesas y rutinas de ejercicios en el gimnasio, pero solo necesitó medio día de penoso ascenso para llegar al límite de su resistencia, para que le dolieran las piernas y los pulmones, para recordar, en definitiva, que tenía sesenta y un años. Nathan, que tenía sesenta y siete, era el que caminaba más despacio y ni siquiera podía cargar con su propia mochila. Pero su testarudez no le iba a permitir rendirse a la primera de cambio.

Por delante de ellos, flotando más allá del horizonte como si fueran un sueño, se alzaban los picos relucientes del Himalaya.

El serpa de Lily se llamaba Jang Bahadur. Tenía unos treinta años, era atractivo, de aspecto fuerte y aparentemente feliz. Lucía una bufanda blanca y cargaba sin esfuerzo con la enorme cesta llena de pertrechos, ropa, tiendas de campaña y comida.

—Antes era abogado —dijo—. Estaba especializado en patentes. Ahora puedo cargar con cuarenta kilos doce horas al día y para mí es como un paseo. ¡Mis profesores no se lo creerían! —Su fuerte acento remitía a algún dialecto indio que Lily no supo reconocer.

—Sigo esperando que me ataque el mal de altura —dijo Lily.

Jang negó con la cabeza.

—Hoy en día es muy poco frecuente, a no ser que escales las montañas enteras, claro. Por culpa de la inundación, hemos perdido un kilómetro de altitud, y la atmósfera se ha movido hacia arriba. Así que, ya ve, antes Katmandú estaba a mil cuatrocientos metros sobre el nivel del mar, ahora está a cuatrocientos... Eso no es

nada.

»De hecho, lo que causa malestar ahora no es el mal de altura, sino el mal de «bajura». En las generaciones viejas, en mis padres, por ejemplo. Cuando bajaban al mar, para ellos el aire era demasiado denso, demasiado rico para su sangre, como el mal de altura pero al revés. Mi madre siempre decía que no podía dormir porque sentía que el aire sofocaba como una manta que le cubriera la cabeza. Podías aclimatarte, pero llevaba tiempo. Ahora es así incluso en casa de mis padres, el aire era denso en todas partes.

—No todo el mundo puede adaptarse.

Jang se encogió de hombros.

—Los ancianos mueren. Mis padres murieron. Y lo mismo ocurre en la naturaleza. —Señaló el paisaje de las montañas—. A medida que asciende el nivel del mar, también se mueven las diferentes zonas vitales, que van sucumbiendo a mayores alturas hasta que se ven relegadas a las cimas de las montañas; y allí, cuando ya no pueden ir a otro sitio, desaparecen. Somos testigos de una extinción en masa, una catástrofe de montaña.

Lily lo miró.

—Sabes muchas cosas.

—¿Para ser un serpa?

—Iba a decir, para ser un abogado.

Jang sonrió.

—Bueno, la mayoría de mis clientes no tienen un interés especial en hablar. Cuando camino, tengo un montón de tiempo para pensar.

Aquella noche durmieron bajo las estrellas, respirando un aire tan limpio y fresco como Lily no había conocido nunca.

Al día siguiente llegaron a un pequeño puente en medio de un valle profundo que se llamaba el puente de la Amistad; según les dijeron, el único punto por el que se podía pasar de Nepal a Tíbet. Había una barrera de aduana con una bandera con la hoz y el martillo ondeando sobre una impresionante entrada roja y dorada. La barrera la manejaba un puñado de soldados embutidos en uniformes marrones. Sus rostros, en contraste con los rasgos netamente indios de los nepalíes, eran puramente mongoles. El grupo de Nathan y sus guías pasaron sin que les pusieran muchas objeciones y tan solo les costó un pequeño soborno en moneda nepalí. Sin embargo, ya les habían avisado de que más adelante les someterían a un escrutinio mucho más intenso.

Pasaron un día más en la carretera.

Y después, hacia la mitad de otro duro día de caminata, por fin abandonaron los valles verdes y subieron a un terreno llano, marrón y plagado de rocas. No había

árboles a la vista, tan solo parches de recia hierba. Lily recordó fotografías imaginarias de Marte y comprobó que aquel lugar tenía el mismo aspecto enmohecido, polvoriento y erosionado por el cieno. Cuando alzó la mirada vio una hilera de faldas de montaña, marrones y llenas de salientes, que llevaban a una hilera de picachos más altos con forma de sierra, una belleza celestial en el horizonte. Era una vista asombrosa. Era la meseta tibetana. A Lily le resultó difícil creer que hubiera llegado allí, que su propio viaje extraño la hubiera impulsado desde los profundos sótanos de Barcelona hasta el techo del mundo.

Pero la meseta estaba dividida en dos por una barrera, un muro de Berlín fabricado con bloques de hormigón, alambre de espino y torres armadas con ametralladoras. Más allá, Lily vio algunas comunidades salpicadas que se habían asentado en aquella tierra yerma: grupos de tiendas de campaña y cabañas, y unas pocas columnas de humo que se alzaban en aquel aire limpio e inmóvil.

Jang se tapó la boca con su bufanda. Miró a Lily.

—Lluvia radiactiva provocada por las bombas —explicó—. Mi madre siempre me obligaba a ponerme esto.

—Tu madre era muy inteligente.

Nathan, jadeando agotado, guió al grupo hacia la impresionante puerta de entrada encajada en el muro. Los serpas nepalíes guardaban silencio, incluso Jang, y mantenían los ojos fijos en el suelo para evitar mirar a los guardias que vigilaban armados desde las torres.

Antes de llegar a la puerta, el grupo se unió a una hilera de porteadores que cruzaban la meseta y que se dirigían hacia la puerta desde otra dirección. Iban tan cargados como los serpas de Nathan, con enormes cestas de bambú en la espalda. Hombres armados los vigilaban, chinos que parecían perros pastores vigilando la manada. A medida que caminaban, sonaban tristes cencerros.

—En otro tiempo, esos cencerros colgaban del cuello de yaks —murmuró Jang a Lily—. Cuando los rusos, los chinos y los indios vinieron aquí para luchar por este lugar, se comieron todos los yaks o los mataron con sus bombas. Ahora son los hombres y las mujeres los que llevan esos cencerros.

—¿Son esclavos?

Jang se encogió de hombros.

—¿Qué significa esa palabra? Hay demasiada gente, muy poco espacio y menos comida. Los que tienen el control de las tierras altas pueden hacer su voluntad.

Al llegar a la puerta, la hilera de porteadores pasó, pero el grupo de Nathan tuvo que detenerse. El joven de Deuba habló con el comandante, expresándose en un chino muy rápido, pero los guardias no parecían tener intención alguna de alzar la barrera.

Quizá transcurrió media hora antes de que otro hombre viniera desde el otro lado de la barrera. Era un hombre mayor, europeo, pero vestido con algo parecido a un

traje Mao como Lily se imaginaba que era, cortado de buena tela. Le seguían un par de asistentes.

—¡Joder, por fin! —murmuró Nathan. Se adelantó decidido—. ¡Harry! ¡Harry Sixsmith, viejo zorro! —Saludó a Sixsmith exactamente igual que había saludado a Prasad Deuba. Lily imaginó que Nathan tendría una serie de relaciones casi idénticas con contactos comerciales, como aquel hombre, situados por todo el planeta—. ¡Viejo zorro!

Harry Sixsmith aceptó el apretón de manos.

—Me alegro de verte, Nathan. ¿Cuánto tiempo ha pasado? —Tenía un acento que evidenciaba su buena educación y su procedencia de la clase alta británica. Era alto, tenía aspecto saludable y quizá tuviera la edad de Nathan. Lily no podía leer su expresión, pero estaría dispuesta a jurara que Sixsmith no estaba contento de ver a Nathan.

Empezaron a conferenciar en inglés mientras también traducían al chino para que los asistentes de Sixsmith pudieran seguir la conversación.

—Harry Sixsmith es otro contacto de negocios de Nathan —murmuró Piers a Lily—. En otra época tenía su base comercial en Hong Kong, pero se trasladó al continente cuando el territorio pasó a manos chinas. Es un inglés que ha triunfado en China. Nathan y él amasaron una pequeña fortuna con la especulación inmobiliaria durante el despegue económico del país. Pero también se dice que trabajó como consejero del Gobierno en relación a los comités para tomar medidas contra los disidentes.

—Menudo tipo. No puedo oír lo que dicen.

—Quizá mis oídos sean mejore —dijo Jang—. El amigo del señor Lammockson insiste en que Tíbet no es un lugar al que querrían ir a vivir. Intenta persuadirle de esto a pesar de que él, Harry Sixsmith, podría sacar mucho dinero si se quedaran.

—¿Y por qué lo hace? —murmuró Piers.

Jang le miró inexpresivo, pero la radio de Piers sonó antes de que pudiera contestar. Piers se alejó mientras respondía en voz baja.

—Cuéntame —dijo Lily a Jang.

—Esto fue un campo de batalla —explicó Jang—. Ya sabe, una guerra estratégica librada por Rusia, China e India, que querían ser los dueños de este lugar cuando se dieron cuenta de los efectos drásticos que iban a tener las inundaciones. Utilizaron armas nucleares. La gente de aquí, tanto nepalíes como tibetanos, se vieron atrapados en medio del conflicto y tuvieron que encontrar la forma de sobrevivir, si no, habrían sido borrados del mapa. La pérdida de vidas humanas fue enorme.

»Al final, se impuso una nueva administración, una facción maoísta de la línea dura. Son básicamente chinos, pero no apoyan al Gobierno de Pekín. Algunos rusos, indios y occidentales los apoyan, como puedes ver; incluso nepalíes, sus antiguos

enemigos. Desde que llegaron al poder, la administración ha realizado campañas contra la gente que vive bajo su control. Purgas. Campañas de adoctrinamiento. Todo en medio de un paisaje baldío por la altitud y envenenado por la radiación.

»Por eso, los maoístas pueden imponer cualquier condición a aquellos que quieren venir aquí. Harry Sixsmith le está diciendo al señor Lammockson que si quiere traer aquí a su tripulación, tendrá que pagar un diezmo.

Lily se acercó un poco para escuchar la conversación ella misma. Lammockson intentaba negociar con tecnología, con sus avanzadas técnicas de manufactura, su banco de semillas noruego. Pero Sixsmith decía que a los maoístas les traían sin cuidado los bancos de semillas. El diezmo consistiría en drogas, armas y mujeres. Y también algunos «descastados».

—¿«Descastados»? —preguntó Lily.

—Se rumorea que a otros refugiados se les imponen incluso condiciones más severas —explicó Jang—. Este es un lugar pobre, abarrotado de gente. ¿Cómo van a alimentarse todos? —Y la miró sin decir nada más.

—¿Canibalismo? Ya habíamos oído algo por el estilo. Algunas comunidades desesperadas aisladas en las tierras altas...

—Aquí no hay desesperación, al menos no entre los gobernantes. Los maoístas se han apropiado del sistema de castas de los hindúes a modo de justificación. La recolección de humanos para alimento es sistemática en este lugar.

Lily se quedó mirando fijamente a Sixsmith.

—Jang, ¿por qué no nos contaste nada de esto además de que viniéramos aquí?

—No preguntaron. Solo soy un serpa. Además, no me habrían creído si no lo hubieran visto ustedes mismos.

—Pero tú lo sabías.

Jang sonrió.

—Nosotros, los nepalíes, imaginamos el futuro. El nivel del mar sube cien metros al año. Katmandú está ahora a solo cuatrocientos metros sobre el mar. Dentro de cuatro años, o cinco o seis, ¿adónde iré? Quizá acabe aquí, con la bufanda de mi madre cubriéndome la boca, suplicando que me dejen entrar en esta Utopía ideológica.

Nathan se alejó de Harry Sixsmith y se les acercó.

—¡La madre que me parió! —dijo ceñudo.

—Hemos oído lo suficiente —explicó Piers con pesar.

—Harry ha arriesgado el cuello al salir aquí fuera para prevenirnos. Y se ha arriesgado de nuevo al convencer a los guardias de que nos dejen marchar. Nunca imaginé nada como esto. —Estaba pálido y temblaba. Los músculos de las mejillas no dejaban de trabajar. Miró a su alrededor, a la tierra árida y a las montañas—.



Quizá sea aquí donde tenga lugar el último acto de la humanidad. Los últimos supervivientes lucharán por los restos humanos mientras el mar les moja los pies. Dios. Bueno, no podemos quedarnos aquí.

—Nathan, he recibido un mensaje —dijo Piers—. Hay problemas en el arca. Una especie de motín. Han intentado hundir el barco para que no tuviéramos más remedio que quedarnos aquí.

—Me están echando un pulso. Y ¿qué hace ese imbécil de Villegas?

El rostro de Piers se ensombreció.

—Según el capitán, él es el líder de la revuelta.

—Joder, joder. —Nathan negó con la cabeza. Durante unos segundos pareció tremendamente exhausto, con los hombros hundidos, la cabeza gacha, como si no pudiera dar un paso más. Pero entonces se irguió, miró alrededor como intentando ubicar dónde se encontraba y por dónde había que ir.

—No tenemos tiempo que perder. Piers, haz que esos malditos serpas vuelvan a formar. —Y echó a andar.

Mientras avanzaban, Piers se acercó a Lily.

—Es como un campo de concentración —dijo—. Toda la meseta. Mucho peor que cualquier sueño de los nazis.

—Ha habido tanto horror en el mundo, Piers. Nosotros nos lo hemos ahorrado en su mayor parte, ¿verdad? La gente que moría ahogada, el hambre, las plagas, la total desesperación...

—Es cierto.

—¿Por qué? ¿Por qué nosotros?

Piers la miró.

—Porque tuvimos la suerte de encontrar refugio bajo el fuerte brazo de Lammockson. Y si hubiéramos sufrido todo eso que dices, no estaríamos aquí haciéndonos esa pregunta, ¿no crees?

Lily miró hacia atrás, un último vistazo a la frontera maoísta. Las grandes puertas se abrieron para que Harry Sixsmith pudiera entrar. Una carretera se alejaba de la entrada atravesando edificios de tejados planos, encalados de blanco. A ambos lados se alzaban postes donde se habían encajado calaveras humanas, sin mandíbula.

Octubre de 2037

De las anotaciones de Kristie Caistor:

Cuando la subida del nivel del mar superó el kilómetro, la actitud de la tripulación del arca pareció cambiar.

Un año después de zarpar de Nepal, el mar había subido ya otros ciento cincuenta metros. Todos observaron en el mapa animado de Nathan cómo se iban extinguiendo más luces. Teherán. Cabramurra, en Australia, la última ciudad del país. Las grandes ciudades del sur de África, como Harare o Pretoria que sucumbían a la amenaza del agua. En Sudamérica también, ciudades como Caracas habían desaparecido. El servicio de noticias de a bordo seguía retransmitiendo todo lo que recibía a duras penas, sobre todo de Denver y de otros enclaves de gran altitud que estaban sobreviviendo. Pero los registros reflejaban que la tripulación cada vez consultaba menos las imágenes de sufrimiento humano, de migraciones sin fin, de colonias balseras y de pequeñas guerras; y más los informes de altitud y los gráficos que reflejaban los increíbles eventos que se estaban desarrollando en todo el mundo. A medida que se acercaba a su fase final, la inundación se había transformado en un ente abstracto en la mente de la gente, algo de lo que había que hacer un seguimiento a base de números e hitos superados.

Lily Brooke y Piers Michaelmas celebraron una especie de funeral privado cuando la baliza de Ávila se perdió y España se sumió en el silencio. Los Padres del Elegido por fin habían sido derrotados.

Mayo de 2038

La proa del arca hendía y surcaba la capa que cubría le mar.

Lily estaba con Piers en la cubierta del castillo de proa, observando. Era como si viajaran a bordo de un rompehielos que tuviera que abrirse camino a través del denso hielo del Ártico. Pero la capa que cubría aquel océano no era hielo, sino basura. Lily miraba a través de unos pequeños prismáticos, y por ellos, la capa se definió en una mezcla de redes, botes de refrescos, aros de plástico de los que unían paquetes de seis latas, bolsas de basura y de supermercado y trozos de envolturas de polietileno. Bajo los rayos del sol, los colores eran brillantes, rojos, naranjas y azules eléctricos; colores artificiales de un mundo que ya no existía. Lily creyó que podía olerlo, el hedor a podredumbre, a moho y a descomposición; pero era posible que no fuera más que su imaginación. A tanta distancia de tierra firme, nada habría sobrevivido tanto tiempo a las hambrientas mandíbulas de los tiburones salvo el plástico, indestructible y biológicamente inútil.

Subiendo y bajando suavemente, mecida por el mar, la basura se extendía hasta donde alcanzaba la vista, y cerca del horizonte merodeaba una pequeña flota de balsas desconchadas. Más allá, tan solo se veía un grupo de nubes oscuras, de mal presagio.

El sol estaba en lo alto, el mar estaba caliente. El arca surcaba el Pacífico, entre Hawái y California. Aquel era el centro de la Zona de Convergencia Subtropical del Pacífico Norte, un gigantesco remolino de corrientes oceánicas que confluían a tanta profundidad que ni siquiera la tierra sumergida suponía cambio alguno para ellas. Y aquel era el lugar donde se podía encontrar fácilmente toda la basura que pasaba de las alcantarillas a los ríos y de ahí al mar.

—El cubo de basura del mundo, con dos mil kilómetros de diámetro —dijo Lily.

—Sí —respondió Piers. Miraba el agua, su nariz prominente quemada por el sol despellejándose, y su repetidamente parcheado mono de AxysCorp, gastado y ajado —. De hecho, lo que vemos no es la suma de toda la basura, tan solo es una fracción. El plástico es indestructible, pero una bolsa de plástico puede reducirse, romperse, hacerse añicos, masticarse y erosionarse. Puede terminar como una nube de partículas que flotan en el agua, invisibles, que pasan del estómago de un pez a otro, pero que nunca son reducidas o absorbidas. Casi todo el plástico producido desde 1950, mil millones de toneladas, existe todavía en alguna parte del mundo.

—Increíble. Bueno, ha sobrevivido a la civilización que lo creó.

—¡Oh, claro! Y no dudes de que sobrevivirá a la humanidad. Un millón de años,

quizá, hasta que algún bicho evolucione y adquiera la capacidad de comérselo. ¡Menudo contribución a la biosfera!

—Y nosotros estamos navegando en medio de la basura de plástico.

—La necesidad manda, querida —respondió Piers—. La necesidad manda.

Lily miró alrededor. El arca iba acompañada de otras embarcaciones, una pequeña flotilla de veleros, botes impulsados por energía solar y balsas unidas por detritus, viejos neumáticos y pedazos de hierro corrugado que navegaban impulsadas por malas condiciones que apenas era posible distinguirlas de la basura a través de la cual estaban navegando, como si hubieran nacido de ella.

—Ojalá no tuviéramos escolta. Nos siguen como gaviotas que persiguen una ballena. Es un poco embarazoso.

—Bueno, en realidad no nos siguen a nosotros, sino al tifón —dijo Piers mientras señalaba un punto negro en el horizonte.

Tenía razón. A medida que el agua había ido calentándose, había perdido productividad: el rendimiento de los peces y del plancton disminuía y la superficie se volvía estéril. Pero un tifón removía las aguas por las que pasaba, sacando a la superficie las capas más frías y ricas en nutrientes de las profundidades; y en su estela podía suceder un breve florecimiento de vida. Por eso, los botes, balsas y barcos, e incluso la increíble arca, se veían obligados a seguir las tormentas como perros tras su presa. Por los bancos de peces que podrían surgir.

Pero era un asunto peligroso. El mar más cálido alimentaba las tormentas y la pérdida de tanta tierra firme ofrecía a los tifones más kilómetros por los que campar a sus anchas. Un tifón era un proveedor iracundo y poco fidedigno.

Piers cogió los prismáticos de Lily y observó el horizonte.

—¿Qué buscas? —preguntó Lily—. ¿Una muñeca Barbie para completar tu colección?

—Siempre tienes que saberlo todo. Busco el *New Jersey*. —Uno de los submarinos nucleares del Gobierno de los Estados Unidos en Denver, que seguía patrullando el océano—. Hace un rato hemos recibido un pitido. Hemos enviado un saludo mediante el sonar, pero no tenemos respuesta. Hay tanta actividad en torno al remolino que cabría esperar que el Gobierno se diera cuenta.

—Probablemente pronto aprobarán un impuesto que nos obligue a pagar por la basura que recogemos —dijo Lily.

—Quizá Nathan tenga algo que decir al respecto —murmuró Piers con las lentes a la altura de los ojos.

El arca se acercó a un pequeño grupo de embarcaciones en el corazón del continente de basura. La profunda vibración de la cubierta cesó cuando las turbinas se detuvieron. Lily oyó el ruido de las cadenas cuando echaron el ancla y sintió el leve

tirón de la deceleración a medida que el barco reducía velocidad, avanzando por pura inercia.

Cuando el barco se detuvo, Lily oyó una voz amplificada a través de un altavoz:

—... procedimientos. Repito, ustedes, los recién llegados en ese enorme y elegante crucero y en las balsas, presten atención, por favor. No intenten recoger plástico, pescarlo ni subirlo a bordo, ni extraerlo de ninguna otra forma. Este plástico es propiedad de los comunes. Pueden negociar la compra de material procesado por los consorcios de pesqueros de arrastre. Cualquier intento de extraer plástico personalmente sin autorización será castigado con fuerza letal. Por favor, respeten nuestras leyes y costumbres y sigan nuestros procedimientos. Repito...

La respuesta de Nathan llegó de forma alta y clara.

—Soy Nathan Lammockson de AxysCorp, a bordo del *Arca Tres*. ¿Me permiten preguntarles quién diablos son ustedes, quién les ha elegido y en nombre de quién hablan? Y vaya forma tienen ustedes de hablar.

La respuesta llegó enseguida, estaba claro que el interlocutor no se sentía intimidado.

—Puede dirigirse a mí como el jefe, señor Lammockson. Mi nombre no importa. Trabajo para los pesqueros de arrastre con licencia que trabajan en este remolino. Me han elegido para que mi policía y yo mantengamos el orden por el bien común.

—«Mantener el orden». Estamos encima de un montón de basura y usted es el jefe de las ratas, ¿me equivoco? Escuche, camarada, aquí hay mil millones de toneladas de plástico a la deriva. ¿Por qué diablos debería pagarle?

—Va a pagar por el servicio de extracción, selección, empaquetado y envío, señor Lammockson. Si no le gustan nuestros servicios, puede irse a otra parte.

Nathan guardó silencio. Lily casi podía oír la ira bullendo en su interior. El jefe reanudó su perorata sobre el procedimiento. Tras unos instantes, la voz se vio sustituida por mensajes similares en otros idiomas como español, chino, ruso, malayo y japonés.

Los motores del arca no se encendieron. A pesar del monumental enfado de Nathan, no iban a ir a ninguna parte.

El único poder efectivo que quedaba en el mar era la armada de los Estados Unidos, que era infinitamente superior a otras fuerzas del mundo. Pero los barcos que seguían operativos se limitaban a patrullar la costa del reducido continente de los Estados Unidos, operando cerca de sus bases, ayudando en evacuaciones y rechazando a inmigrantes. Los únicos que surcaban los mares de todo el mundo eran los submarinos, y raras veces intervenían en disputas que no afectaran directamente los intereses de los Estados Unidos. En el vacío consiguiente, la única autoridad era la local, de jefes como los que se habían autoproclamado propietarios de aquel mar de los Sargazos de restos plásticos. Nathan no estaba en situación de desafiarlos.

Y, como cualquier vagabundo, necesitaba la basura. Ya había pequeñas embarcaciones que removían la capa de basura, y balsas y barcas de arrastre y fábricas flotantes que se acercaban al arca para ofrecer sus productos. Lily vio que algunas de las balsas eran realmente grandes, con trozos de hierba verde en sus cubiertas: granjas flotantes sobre las que revoloteaban las aves. La tripulación del arca arrió escalas de cuerda y las guindalezas que sujetaban los botes salvavidas bajaron las lanchas hasta el mar cubierto de basura. Pronto comenzaría el intercambio comercial.

Una mano pequeña tiró del pantalón de Lily.

—¡Tía Lily! Mamá dice que puedo ir a nadar al mar.

Lily bajó la mirada. Era Manco, que ya tenía siete años y era guapo como él solo. Asombrosamente, había salido rubio, una prueba más de que su padre, Ollantay, no tenía nada de quechua pura sangre. Pero como la mayoría de los niños que crecían a bordo del barco, tenía la piel morena por el sol. Iba descalzo y vestido con unos pantalones cortos deshilachados y una vieja réplica de una camiseta de fútbol; era un niño lleno de energía.

Cada vez que el barco echaba el ancla, y siempre que las aguas fueran razonablemente seguras, a los niños se les permitía salir a nadar. Ahora que la última de las piscinas de a bordo se había convertido en un tanque de electrólisis, no había otra posibilidad para nadar salvo el mar. Pero ahora estaban en un mar sucio y lleno de gente.

—No sé, Manco. ¿De verdad que tu madre te ha dado permiso?

El niño frunció los labios. Tenía la cabezonería de su padre y de su abuela.

—Bueno, yo no mentiría. Mamá dice que puedo ir si me llevas tú.

Lily suspiró.

—Ya, me lo imagino. —Era tan típico de Kristie utilizar a Manco para conseguir otra pequeña victoria sobre su tía. Ahora, Lily podía elegir entre decepcionar a su sobrino nieto o pasar horas embutida en un traje de neopreno para flotar en medio de un mar lleno de mierda.

Piers arqueó una ceja. Parecía hacerle gracia todo aquello.

—Vamos, estarás bien, Lily. Mira, los buceadores están limpiando el agua.

Lily miró. Un grupo de buceadores del arca se había tirado al agua y estaban instalando un perímetro con un cordón que flotaba gracias a unas boyas de color naranja. Con el cordón arrastraban la basura y consiguieron un pedazo de mar limpio. Más buceadores bajaron a las profundidades armados con arpones para mantener alejados a los depredadores, ya fueran humanos o no.

—Me pondré el traje de neopreno —prometió Manco—. ¡Y los filtros de la nariz! Por favor, Lily. Mamá dice que no puedo ir a no ser que me lleves tú.

—Toma. —Piers entregó su radio a Lily—. Mantente en contacto.

—Gracias. —Lily suspiró—. ¡Oh, qué demonios! Venga, vamos.

Manco corrió por la cubierta y bajó las escaleras en dirección a los vestuarios. Lily lo siguió, intentando no dar la satisfacción a Piers de verla fastidiada por la situación.

Lily se metió en su traje y luego ayudó a Manco a ponerse el suyo, y a pesar de las protestas del niño, invirtió largos minutos en comprobar su estado. Los trajes de neopreno empezaban a estar gastados y merecía la pena prestar atención a los detalles. Además, obligó a Manco a que se pusiera un flotador de color naranja, por mucho que el niño insistiera en que aquello era para «bebés».

Después, salieron de los vestuarios y bajaron por las escalas de cuerda que colgaban hasta el agua justo delante del palo trinquete. Manco se tiró al agua antes de llegar a ella y enseguida se puso a jugar a salpicar con los niños que ya habían bajado a nadar, dando grititos de placer.

Lily descendió con más cuidado y se subió a un pequeño bote neumático que un buceador sujetaba para ella, fuera del cordón flotante. Una vez se acomodó en el bote, Lily encendió el motor eléctrico y se alejó unos metros del perímetro. La proa del pequeño bote empujaba botes de refrescos, botellas de plástico y film transparente. Ninguno de aquellos desechos debía de tener menos de veinte años, pero la mayoría parecían tan recientes como si acabaran de salir de la fábrica el día anterior. Ahora estaba inmersa del todo en aquel vasto mar de desperdicios y descubrió que no olía a nada salvo a las algas que vivían enganchadas a la basura.

Dejó que el bote fuera a la deriva. La rítmica y constante subida y bajada del oleaje le resultó casi reconfortante. Observó cómo jugaban los niños a la sombra del enorme costado gris del barco. Alguno tenía un balón y no dejaban de pasarlo de acá para allá, gritando y discutiendo sobre las reglas de un juego u otro. Pero otros, incluido Manco, simplemente se dedicaban a nadar, buceando durante largos períodos de tiempo. Era un hecho comúnmente reconocido que la nueva generación, los más jóvenes que nunca habían puesto un pie en tierra firme, se sentían atraídos por el mar, por los insondables misterios de las profundidades que siempre los rodeaban. Nathan se preocupaba mucho por la ética del trabajo que tendrían aquellos niños soñadores marinos que, quizá, se convertirían en la próxima tripulación del arca, una vez la presente llegara a ser demasiado vieja para seguir en activo.

Lily observó el casco del arca. Era como navegar al pie de un acantilado gigantesco. A lo largo de todo el barco se habían abierto las escotillas, por las que caían escalas de cuerda y se habían desplegado pequeñas grúas, a medida que los carroñeros se acercaban para comerciar. Era como la escena de una película, pensó Lily, de esas en las que los habitantes de los mares del Sur se acercaban a los barcos de la Armada para ofrecer sus conchas.

Pero en aquel trato comercial no había nada de hermoso ni inocente. Era una



cuestión de supervivencia, para ambos bandos. El arca necesitaba obtener cosas de aquella isla de basura flotante del tamaño de Texas. Ningún puerto les había permitido echar el ancla desde que se habían marchado de Nepal, y durante todo ese tiempo no les había quedado más remedio que confiar en los recursos internos y en los productos del mar. Las planchas de hormigón cubrían los agujeros del casco y se utilizaban también para crear particiones dentro del barco. Pero no tenían ningún material para reemplazar plástico o metales tales como el aluminio, el acero o el hierro. Así que aquella magnífica arca se veía obligada a intercambiar agua fresca, planchas de hormigón, gafas o una visita al dentista de a bordo por trozos de plástico y bolsas llenas de fragmentos de polietileno.

Desde Nepal, el ambiente y el humor a bordo había sido de lo más deprimente. Nathan había intentado mantener el secreto sobre lo ocurrido en Tíbet, pero por supuesto las noticias habían llegado a la tripulación del arca. Suponía la confirmación de las pesadillas que habían plagado los sueños de los adultos desde el comienzo de las inundaciones: el extremo al que llegaría la humanidad antes de enfrentarse a su fin. El encuentro en Tíbet había hecho pedazos los planes de Nathan. El arca se había marchado de Nepal intacta; pero sin un destino, el viaje carecía de propósito.

En aquel nuevo mundo oceánico había nuevos peligros a los que hacer frente. Vastas bolsas de metano, liberadas tras derretirse el permafrost, arrojaban gas a la superficie y llenaban el aire de un hedor insoportable, letal si estaba demasiado concentrado; e incluso podían crear corrientes submarinas capaces de hundir un barco. A medida que el peso del agua ejercía más presión sobre las tierras sumergidas, empezaron a sobrevenir terremotos y vastos deslizamientos de tierras, gigantescos acontecimientos que provocaban *tsunamis* y remolinos y cuyo efecto devastador se multiplicaba si, por casualidad, te pillaban navegando cerca de los antiguos continentes hundidos.

En la cúpula de mando del arca, las relaciones estaban al borde de la ruptura, con Nathan, Hammond y Juan Villegas atrapados en un triángulo de odio mutuo. Había sido típico de Nathan no arrojar a Villegas por la borda tras su intento de motín en Nepal. Para él, la traición era como un desafío, no el fin de algo. Villegas conservó la vida y su trabajo, por supuesto no antes de haber sufrido todo tipo de humillaciones privadas de las que no se solía hablar. Pero Lily no había visto que Nathan y Villegas compartieran una conversación desde entonces, salvo en las relaciones formales del puente o en los parlamentos de la tripulación.

Lily se había dado cuenta de que el arca era un ejemplo clásico de los defectos en el pensamiento de Nathan. Él siempre obedecía a su visión y a sus impulsos, pero nunca desarrollaba un proyecto hasta el final. El barco nunca había sido diseñado de forma modular de modo que lo hubieran convertido en una embarcación autosostenible durante años o décadas. Obsesionado por su sueño civilizador, Nathan

se había concentrado en el estilo y la apariencia, y había dejado que la función se buscara un hueco en todo aquello. Y allí estaba el resultado, aquella ridícula réplica del *Queen Mary*, alzándose por encima de aquellas balsas que habitaban el mar de basura, consumiéndose a sí misma a ritmo constante para poder mantenerse a flote, como un cuerpo hambriento que devora sus propios órganos internos.

Y a medida que el mundo se volvía más peligroso, a medida que se corroían el casco y los materiales del barco, lo mismo ocurría con la moral de los que vivían a bordo, rodeados por objetos destartados y el peligro y el mar sin fin.

El viento lleno de salitre agitó su cabello. Lily miró hacia el norte, hacia la tormenta que se estaba formando en el horizonte. ¿Acaso aquel grupo de nubes crecía más y más? En ese caso...

Sonó su teléfono. Lily lo sacó de su traje de neopreno y lo abrió.

—¿Piers?

—Lily. Vuelve aquí.

Oyó un rugido profundo y un gruñido de aguas turbulentas. El enorme casco del barco pasó a su lado y el bote neumático se tambaleó. Increíblemente, aunque ella y los niños y los buceadores aún seguían en el agua, el arca había encendido las turbinas.

—¿Piers? ¿Qué demonios ocurre? ¿Es por la tormenta?

—No, no es eso. Coge a Manco y regresa a bordo, ahora. Hay problemas. Creo...

La lancha motora viró dibujando un círculo muy cerrado, salpicando de espuma el casco del arca. Lily creyó oír gritar a los niños. Unos buceadores saltaron de la lancha al agua, dos, tres, cuatro de ellos. Iban armados con grandes tubos que parecían bazucas. Uno de ellos empezó a disparar antes de tocar el agua y Lily oyó el silbido de los proyectiles y las salpicaduras al colisionar con la superficie del mar. Los buceadores de AxysCorp se esforzaban por tomar posiciones para contraatacar. Pero Lily vio movimiento en el agua, turbulencias que se asemejaban a la estela de torpedos en miniatura que iban directos hacia los buceadores de AxysCorp. Los buceadores se retorcieron de dolor y murieron mientras la sangre roja teñía el agua. Empezaron a sonar disparos convencionales procedentes del arca. La tripulación de Nathan respondía desde la cubierta, pero el mar bloqueaba sus balas y a no ser que alguno de los atacantes subiera a la superficie, era imposible hacer daño alguno.

A lo largo de todo el casco del arca aparecieron más lanchas de bandidos que se movían a toda velocidad, y más buceadores armados se tiraron al agua.

Lily se quedó observando, inmóvil por el asombro, por la brusquedad de aquel ataque y por la efectividad de las armas de los bandidos. Sabía que los técnicos de Nathan habían estado trabajando en mejorar el armamento para el combate submarino. En teoría, era posible imprimir un impulso de gas a alta presión en el mar,

y la bala arrastraría el aire con ella, abriéndose paso a través del agua. O también se podía emplear el agua misma, disparar en ella pulsos de alta presión que se movieran tan rápido que formaran burbujas, como si hirviera, creando volúmenes de vapor de baja presión que avanzarían por el océano; la pistola de agua más mortífera del mundo...

En el arca, todo aquello no era más que teoría. Los buceadores de AxysCorp no podían responder a aquel ataque, no tenían armas operacionales salvo arpones, que era como utilizar arcos y flechas contra armas de fuego, como en la lucha de los incas contra los españoles. *Nos hemos vuelto complacientes, pensó Lily. No somos lo bastante duros como para competir en este océano de carroñeros y depredadores, y ahora pagaremos el precio.*

Y entonces oyó un grito, el grito de un niño. Lily salió de su asombro en un instante. Era la voz de Manco.

Dentro de la zona de baño delimitada por la cuerda flotante, mientras los buceadores luchaban en el perímetro, los niños intentaban salir del agua trepando por las escalas de cuerda que a su vez estaban siendo izadas. Pero todavía quedaba un niño en el agua, intentando llegar a una escala que ya estaba fuera de su alcance. Era Manco. No tenía puesto el flotador. Probablemente se lo hubiera quitado para bucear.

Lily no se lo pensó dos veces.

—¡Voy, aguanta! —Encendió el motor del bote neumático y avanzó por aquel mar cubierto de desperdicios de vivos colores. Si pudiera llegar a la cuerda del perímetro, quizá fuera capaz de alcanzar a Manco y tirar de él para subirlo a bordo. Entonces podrían irse de allí, al otro lado del arca...

Una bala atravesó el bote de lado a lado. Sin detenerse a pensar, Lily se tiró al agua, a aquella delgada capa de basura, y quedó impresionada por el frío. Su cabeza se llenó de los ruidos del mar.

Y entonces recibió un disparo. De hecho, Lily sintió como la bala entraba en su pierna, por encima del tobillo, y atravesaba la carne y el traje de neopreno para salir por el otro lado. No supo si era una bala de los piratas o de su propio bando. La herida no era dolorosa. Tan solo sentía frío.

Más balas acribillaron el bote, que era una sombra que flotaba sobre su cabeza, y silbaron en el agua a su alrededor como pájaros que bucearan. Y ella se estaba hundiendo. Sintió la presión del agua en los oídos, la sal que le irritaba los ojos y el agua que se le metía en la boca, salada y con sabor a sangre. No estaba muy lejos de la superficie y había luz; observó un casco de plástico que lucía el logo de una bebida flotando delante de ella, más indestructible que las pirámides, inútil y hermoso. Aquella era la pesadilla que Lily había temido desde que había huido chapoteando de una Londres a punto de desaparecer bajo las aguas, la razón por la que había escapado escalando montañas y subiéndose a bordo de aquel maldito crucero. Por fin

el agua la había alcanzado, estaba inmersa en ella, y poco a poco se hundía en sus profundidades insondables.

*Manco.* Tenía que encontrarlo. Se agitó y tragó agua, escupió y tosió, y tragó aún más. Sintió un dolor agudo en el pecho, una quemazón. Agua en los conductos respiratorios. Movié los brazos y las piernas en un intento por completar brazadas, pero la pierna herida le dolía cuando intentaba moverla.

Algo pasó a su lado para salir a la superficie, algo naranja brillante; un flotador. No era capaz de distinguir a cuánta distancia estaba. Alargó el brazo y lo agarró. La llevó a la superficie, como si fuera un globo. Intentando no tragar más agua, Lily alzó la mirada hacia la superficie, en busca del barco. Lo vio: un muro negro que dividía el universo en dos. Apenas se oía el ruido de las turbinas en marcha; Lily debía mantenerse alejada de ellas si no quería acabar cortada en trocitos.

Por fin salió a la superficie. Emergió jadeando, escupiendo agua, y entró de lleno en un mundo de ruidos, de disparos y gritos, de Nathan hablando por su altavoz, del rugido profundo de las turbinas. Las aguas se cerraron sobre su rostro y volvió a sumergirse. Pero pudo salir de nuevo, tosiendo, escupiendo, con un dolor intenso en el pecho. Esta vez pudo mantenerse en la superficie, agarrada al flotador.

Lily vio el cordón flotante con sus boyas de color naranja. Ya no estaba amarrado al barco. Se sumergió justo debajo, moviendo las piernas a pesar del dolor. Y vio un cuerpo, una pequeña figura que descendía, sin ofrecer resistencia, hacia la oscuridad de las aguas más profundas. Tenía que ser Manco. Lily se sumergió de nuevo, moviendo las piernas y los brazos, buceando detrás de él. Consiguió pasar sus brazos por las axilas del niño y acercó el rostro de Manco hacia su pecho. El niño flotaba como sin vida y no respiraba. Se impulsó con las piernas de nuevo y gritó de dolor por la herida, y su aliento formó pequeñas burbujas que salían de la boca.

Entonces vio una luz en las profundidades, muy abajo, debajo del casco del arca. Lily sabía qué significaba eso, lo que Nathan había hecho. Intentó impulsarse con las piernas de nuevo, para alejarse.

Pero sintió una sacudida, un muro plateado que cortó el agua y pasó a su lado con un ruido penetrante que Lily sintió en lo más hondo de su dolorido pecho y convirtió su cerebro en papilla. Era la mina acústica de Nathan, su arma más reciente, una burbuja de plasma de alta presión que creaba una intensa onda de choque. El viejo Nathan. Siempre tan previsor. El eco de la mina seguía y seguía, como el rugido de un dinosaurio. Decidió no dejar de impulsarse con las piernas y no soltar a Manco. Impulso, impulso, impulso...

Salió a la superficie de nuevo. Jadeó en busca de aire, con los ojos irritados por la sal y un frío tan intenso que le dolía y le atenazaba el cuerpo. Estaba rodeada de restos, botes a la deriva, algo que asemejaban cadáveres, bolsas de patatas, condones y pañales.

El arca se alejaba de ella, como una nube gris. Más allá, rugían las lanchas motoras, rápidas y letales. Y detrás se alzaba el sistema tormentoso que había ido acumulándose. Sintió una carcajada que empezaba a formarse en lo más hondo de su ser. Si los malos no acababan con ella, lo haría la tormenta.

Una gran ola la cubrió proveniente del lado derecho. Salió a la superficie tosiendo, aplastando a Manco contra su pecho sin poder hacer nada.

De pronto, vio una nueva forma flotando a su lado: una gran aleta como la de un tiburón, con agua que caía por los flancos. No era una aleta. Era una torre de gobierno. Algunas personas aparecieron por una escotilla y se quedaron de pie detrás de una pantalla de plexiglás. Una de ellas la saludó y una voz amplificada llegó hasta ella.

—¡Eh, Lily! Menuda aparición. Para que luego digan de los *deus ex machina*, ¿eh?

El acento y la forma de arrastrar las palabras eran inconfundibles. Era Thandie Jones.

El mundo se fue apagando y desapareció, Lily se dejó llevar a unas profundidades más oscuras que las del mar.

Junio de 2038

Lily se despertó en una habitación de hospital.

Algunas cosas le resultaron familiares: la cama, los muebles, los monitores médicos y demás material típico de hospital. Pero las paredes eran de acero. Los maltratados libros encuadernados en rústica de las estanterías estaban sujetos con una barra de madera. Y se oía el zumbido constante de gigantescos motores.

No estaba segura de dónde estaba, pero se sintió ligeramente segura. Se dejó llevar de nuevo por la oscuridad.

Cuando volvió en sí se encontró con un oficial médico vestido con un mono azul.

—Bienvenida al SSGN *New Jersey* —dijo. Tendría unos cincuenta años y era un hombre rechoncho, sonriente y de aspecto tranquilizador con un fuerte acento tejano. Le dijo que la habían acomodado en una especie de habitación privada—. Bueno, en realidad es el almacén. Pero nosotros dormimos nueve personas en cada camarote. Créame, no creo que le hiciera gracia recuperarse rodeada de un puñado de marineros que roncan hasta quedarse sin pulmones.

—Manco... —Tenía la voz ronca.

—¿El niño? Está bien. De hecho, está mucho mejor que usted. Descanse.

La siguiente vez que se despertó, Thandie Jones estaba allí.

Thandie ya había cumplido los cincuenta, pero seguía siendo alta, delgada y hermosa. Llevaba el cabello encanecido sujeto en un moño. Vestía un mono azul y zapatillas, igual que el oficial médico. Al parecer, era el uniforme estándar de aquel lugar.

Se inclinó sobre la litera de Lily y la abrazó.

—Hola.

—Estamos en un submarino, ¿verdad?

—Sí. Aunque no tiene nada que ver con la *Trieste*, ¿eh?

—El café es igual de malo —susurró Lily.

Thandie rió.

Lily ardía en deseos de preguntar a Thandie sobre el *Arca Uno*, o como se llamara, y sobre el críptico mensaje de Sanjay que la relacionaba con aquella embarcación. Llevaba años deseando hablar de eso, pero por la radio no era la mejor

forma de hacerlo. Ahora era el momento.

Thandie insistió en que Lily necesitaba descansar.

—El médico dice que tu problema no es tan solo el balazo, porque ha sido una herida limpia; ni siquiera que estuvieras a punto de ahogarte. Pero ya tienes más de sesenta años...

—Tú tampoco eres flor de primavera.

—El doctor Morton dice que tu cuerpo ha sufrido un colapso. Un colapso general. Estás agotada, Lily. Supongo que Nathan Lammockson os hace trabajar muy duro, ¿eh?

En aquella sala llena de zumbidos e iluminada con fluorescentes del submarino, Lily pensó en el *Arca Tres* y en el ambiente perpetuamente frenético que se respiraba entre sus mandos, el lento deterioro de los materiales del barco, la sensación de estar atrapados en un viaje que no iba a ninguna parte.

—Trabajar duro. Sí, supongo que sí.

—Mira, no tienes que preocuparte de nada. Nos hemos puesto en contacto con Nathan. Le hemos dicho que estás bien, y también lo está el arca, por si te interesa. Nathan dice que alejaron a los piratas sin sufrir muchas pérdidas.

—Típico de Nathan decir eso.

—Bueno, de todas maneras, desde aquí no puedes hacer nada. No pudimos llevarte de vuelta al arca porque la cosa estaba un poco peliaguda entre los piratas y la tormenta. Seguimos nuestro propio rumbo y pasará tiempo antes de que nos crucemos con el arca de nuevo.

—¿Tiempo? ¿Cuánto tiempo llevo inconsciente? ...*Kristie*. Mi sobrina. La madre de Manco. Tengo que hablar con ella.

—Yo me ocupo. Pero ella sabe que Manco está bien. Nathan la ha informado. Por ahora, tú tómatelo con calma. —Thandie se levantó y se dirigió a la puerta—. Duerme, lee, relájate, mira la tele. Tampoco es que vayas a perderte gran cosa. Un submarino nuclear no es el lugar más emocionante del mundo.

—Cuida de Manco, ¿quiere?

Thandie sonrió.

—Lo haré, aunque creo que no va a hacer falta.

Lily perdió la cuenta de los días que pasó durmiendo.

Intentó ver la televisión en una gran pantalla de plasma que colgaba en la pared de su camarote. Seguía sin poder soportar las películas antiguas. La tripulación había puesto en marcha una especie de canal de noticias interno donde se les podía ver practicando deportes tales como la lucha y el póquer, leyendo sus *blogs* y cómics y mirando libros de ilustraciones. Todo se limitaba a una serie de chistes y bromas a nivel interno que solo tenían sentido para aquella tripulación de mediana edad en la

que todos se conocían muy bien. Nada de información del exterior. Para Lily, aquello no significaba nada.

Intentó leer los libros de las estanterías. Eran novelas en su mayoría, ediciones en rústica de páginas amarillentas. La ficción contemporánea ya no tenía sentido, y por contemporánea se entendía la literatura de las décadas anteriores a las inundaciones: todas las afirmaciones y suposiciones que hacían sobre el mundo habían sido anuladas por la catástrofe. Pero encontró algunas novelas históricas, hechos de un mundo que había desaparecido antes que el suyo propio, y ficción más antigua, «clásicos». Había una colección completa de Dickens y durante largo tiempo, Lily se dejó llevar por las complejas historias de una Inglaterra ya desaparecida.

También había un almanaque astronómico con tables de las posiciones de las estrellas y de los eclipses acaecidos a lo largo del último siglo. Un libro de marino. Algunas veces descubría que le resultaba más reconfortante el estudio de la precisión celestial sin sentido de las tablas del almanaque que la lectura de Dickens.

Los motores zumbaban y las luces nunca parpadeaban. Se sentía arrullada. Algunas veces, mientras dormía, sentía que su litera se inclinaba. Eso significaba que el submarino entero se inclinaba al realizar sus maniobras. Así que por eso la estantería de Lily tenía una barra para sujetar los libros.

Manco fue a visitarla. Resultó que los primeros días tras el rescate, el niño no se había movido del lado de Lily. Después de pasar tanto tiempo en el arca, las nuevas caras le asustaban y se había aferrado a lo único que conocía. El equipo médico lo había aceptado y le habían preparado un catre en el camarote de Lily; e incluso habían instalado un pequeño retrete químico para que no tuviera que salir de allí por la noche.

Pero acabó acostumbrándose. El hecho de estar en un submarino no parecía preocuparle. Después de vivir en el arca, estaba habituado a lugares llenos de maquinaria y a vivir en el mar. Se hizo amigo de la tripulación. En suministros le facilitaron un mono como el resto de la tripulación pero en tamaño niño y le regalaron una gorra del SSGN *New Jersey*. Lily sabía que el único que tenía permiso para lucir una gorra roja era el capitán, por lo que aquel regalo había sido todo un honor.

Tras una semana más o menos, los médicos dejaron a Lily salir de su jaula. Le entregaron un mono y unas zapatillas, y Thandie la llevó a dar cortos paseos.

El interior del submarino consistía en pasillos y pasillos bien iluminados por luces fluorescentes. La curva del casco de presión resultaba evidente. El techo era un lío de tuberías, conductos y cables, y las paredes estaban cubiertas de cajas de instrumentos. Era un lugar ruidoso. Las voces de los tripulantes rebotaban en las paredes de acero formando eco, y eran tapadas por el crujido del sistema de megafonía transmitiendo órdenes incomprensibles para Lily. Le sorprendía el hecho



de que la mayoría de las puertas fueran rectangulares, de aspecto normal al contrario que las escotillas redondeadas con manivela de rueda que se veían en las películas de Hollywood de su infancia. Thandie le explicó que tan solo unas cuantas escotillas que separaban los grandes compartimentos y los convertían en estancos en caso de vía de agua eran de ese estilo; y ni siquiera eran ovaladas, sino circulares.

El *New Jersey* medía ciento setenta pies de eslora y cuarenta y dos de manga; la Armada de los Estados Unidos todavía trabajaba en pies y pulgadas. Eso hacía que fuera una embarcación decente, pero se podía recorrer su longitud en cuestión de minutos. A pesar de que habían realizado intentos de decorar las paredes con dibujos llenos de talento, la sensación de claustrofobia era constante y nunca podías permitirte olvidar que estabas en las entrañas de una máquina.

—Espero que Manco no os esté causando problemas.

—Los hombres creen que es genial.

—No me extraña. Pero Manco está acostumbrado al espacio del arca y le gusta ir a nadar en cuanto surge la oportunidad. Seguro que anda arriba y abajo en esta lata como una avispa en un tarro de cristal.

Thandie se encogió de hombros.

—No te preocupes por eso. Tenemos instalaciones deportivas: máquinas de ejercicios, bicicletas, sistemas de realidad virtual donde puedes jugar al tenis y cosas así. Los chicos lo agotan. Eso sí, desde que le enseñaron el puente no deja de incordiar porque quiere que le dejemos pilotar el submarino. El mando es un *joystick*, como en los juegos de consola.

—Si le dais la oportunidad nos tendrá saltando fuera del agua como si fuéramos un salmón.

Thandie rió.

—Tenemos simuladores en una enorme sala educativa en la cocina. Le hemos permitido que pase el tiempo allí. No te preocupes por él. El oficial de cubierta me ha dicho que se va a ocupar personalmente de que Manco no se meta en ningún lío.

—Bueno, dale las gracias de mi parte.

Aquel era un submarino clase Ohio, le explicó Thandie, y se había construido mucho antes de que ocurriera la inundación. En otra época había armado misiles nucleares Trident, pero después lo habían transformado en un SSGN, es decir, que su misión era lanzar misiles guiados y otras armas convencionales: misiles Tomahawk, vehículos aéreos no tripulados y varios sistemas de reconocimiento.

Los submarinos nucleares, diseñados para misiones que podían durar meses sin necesidad de reabastecimiento o reparaciones, seguían patrullando las aguas del mundo. Solían mantener contacto con las comunidades desperdigadas que eran el refugio y la humanidad y se dedicaban a proteger los intereses de los Estados Unidos. Los submarinos iban armados e, incluso algunos de ellos, seguían llevando bombas

nucleares a bordo. Sus tripulaciones sabían lo que era el combate, continuó Thandie, en su mayoría en misiones de escolta de convoyes o evitando desembarcos ilegales en la costa de los Estados Unidos. Pero la mayoría de los agresores potenciales estaban lejos de lo que quedaba de los Estados Unidos continental, y el Gobierno de Denver raramente intervenía en conflictos de terceros. Los días en los que los Estados Unidos actuaban como policía del mundo habían pasado ya.

Además, aquellas embarcaciones servían como plataformas flotantes para científicos como Thandie: oceanógrafos, climatólogos y biólogos que estudiaban aquel mundo que cambiaba a pasos agigantados. Incluso había historiadores y antropólogos que tomaban nota y registraban todos los cambios que estaban sufriendo lo que quedaba de la humanidad.

Lily gruñó.

—¿Lo registran para quién?

—Bueno, nosotros nunca nos hacemos esas preguntas.

La tripulación constaba de ciento cuarenta marineros y quince oficiales, todos hombres. También había a bordo un puñado de pasajeros, científicos en su mayoría, como Thandie. Hombres y mujeres. Todos vestían el habitual mono azul y zapatillas blancas, y lucían insignias en las solapas. Muchos se cubrían la cabeza con gorras, recuerdos ajados de equipos deportivos que no existían desde hacía ya mucho tiempo.

Tradicionalmente, la marinería de un submarino como aquel estaría formada por hombres jóvenes, sin embargo, a bordo del *New Jersey* pocos tenían menos de treinta años y la media parecía rondar los cuarenta. El alistamiento en la Armada había descendido en los últimos años, explicó Thandie. A medida que se acercaba el final de la vida operacional de muchos barcos y submarinos, la Armada simplemente mantenía en sus puestos a los hombres hasta que se retiraban junto con sus embarcaciones. Además, los hombres no querían estar en ningún otro sitio. ¿En qué otra parte del mundo podían vivir mejor que allí dentro?

Lily tenía la sensación de que el submarino estaba demasiado abarrotado, pero aún había espacio para mantener las cortesías. Cuando Lily y Thandie se cruzaban con los hombres, todos sonreían. Todo estaba impecablemente limpio y muy iluminado. Además, como todo el mundo vestía igual y todos tenían aproximadamente la misma edad, el ambiente en aquella nave era un poco inquietante. Era como estar en un hospital, pensó Lily, en un manicomio.

A medida que recorrían los pasillos y Lily poco a poco recuperaba sus fuerzas y se libraba del dolor de la pierna, las dos mujeres se contaron sus vidas.

Thandie siempre había intentado mantenerse en contacto con aquellos que había conocido en los viejos tiempos, con la cada vez más reducida red de científicos; incluyendo a Gary Boyle, que seguía en los Andes, y a Nathan y a su comunidad del arca. Cuando Thandie había descubierto que el rumbo del *New Jersey* iba a cruzarse

con el del arca, había convencido al capitán para desviarse ligeramente: el arca era una embarcación de importancia suficiente como para que el Gobierno de Denver se interesara por ella. No había sido casualidad alguna que Thandie y el submarino hubieran aparecido en el momento en el que lo habían hecho, aunque para Lily había resultado de lo más afortunado.

Thandie escuchó lo que Lily tenía que decir sobre el viaje del arca, sobre las comunidades que viajaban a bordo de balsas viejas que se iban desintegrando poco a poco, y sobre lo que había visto del brutal régimen del Tíbet. La animó a relatar todo aquello a los antropólogos que llevaban a bordo.

—En Estados Unidos las cosas van mucho mejor ahora. La mayor parte de Utah se ha inundado y eso les ha parado los pies a los mormones. Pero todavía sufrimos la interminable presión de los refugiados que llegan de las tierras bajas, abarrotando lo que queda de las tierras altas, o al menos, intentándolo.

—No podéis alojar a todo el mundo.

—No, no podemos. Aunque todavía no hemos caído en el barbarismo del Tíbet, sí que tenemos un control de fronteras bastante estricto, Lily. Dejamos entrar a los médicos y a los ingenieros, o si pruebas que estás cualificado de alguna forma; aunque es raro, porque las universidades cerraron hace mucho tiempo. De lo contrario, tienes que darte la vuelta.

—¿Cuánto puede durar eso? Incluso Denver desaparecerá en algún momento.

—Tampoco hablamos de eso. Sin embargo, puede que no ocurra. Quizá no ocurra en todas partes.

Lily la miró.

—Sanjay mencionó algo sobre el *Arca Uno*.

Thandie asintió.

—Le di un mensaje para ti, para que te lo diera si podía. No estaba segura de poder transmitir esa información por medio de Nathan... Siempre que regreso a Denver oigo rumores sobre un programa de último recurso. Los llaman las arcas. Se supone que es alto secreto, pero todo el mundo está al tanto porque así trabajan los científicos e ingenieros de los proyectos: hablamos unos con otros. Incluso Nathan tuvo algo que ver en algún momento.

—De ahí el *Arca Tres*.

—Sí. Comenzó como una iniciativa de gente adinerada, una red global de ricos que buscaban una forma ambiciosa y de alta tecnología de salvar sus culos. Compartían ideas, técnicos y recursos. Hace tiempo, el Gobierno de Denver se hizo cargo de las operaciones que sucedían en suelo americano, pero el programa continuó. O eso he oído.

—¿Y qué es le *Arca Uno*?

—No lo sé. Pero sea lo que sea lo que están haciendo en Denver, seguro que es un

plan a más largo plazo que las maquinaciones de Nathan. Recuerdo las promesas que les hiciste a tus colegas de secuestro, a la hija de Helen Gray. Gary hizo promesas parecidas.

—Grace, sí. Está en el *Arca Tres*.

—No tengo ni idea de cómo podrás meter a Grace en el *Arca Uno*, sea lo que sea. Sin embargo, puede que quizá me entere de algo. Tengo contactos en Denver.

Lily contuvo la respiración y eligió las palabras con cuidado, no queriendo ahuyentar la leve chispa de esperanza que había surgido en su interior.

—Será difícil.

—Ya, pero me gustan los retos.

Transcurrieron más días. Lily no sabía con seguridad si estaba despierta o soñaba. Descubrió que leía pasajes de Dickens hasta que una frase o una imagen memorable le llamaba la atención y se daba cuenta de que estaba leyendo lo mismo que el día anterior. Sin embargo, poco a poco, día a día, empezó a sentirse mejor de cuerpo y mente.

Justo en ese momento en el que empezó a sentirse inquieta dentro de aquel submarino. Thandie la invitó a echar un vistazo al área de trabajo.

Había una gran cubierta científica que se había obtenido eliminando parte del compartimento de misiles. Constaba de un laboratorio de biología muy bien equipado, con tubos de ensayo de cristal, pipetas y más equipo que Lily no reconoció. El área de geología e hidrología almacenaba muestras del lecho oceánico y de agua marina de los distintos océanos cambiantes en compartimentos ordenados. Lily recordó que había hecho un viaje a Nueva York para que Thandie pudiera presentar unas pruebas muy parecidas al comité del IPCC. Aquello había ocurrido hacía ya veinte años.

El orgullo de la nave era el área de observación, una estancia separada de las demás por una cortina e iluminada tan solo por un resplandor rojizo. Aquellos que se sentaban allí en absoluto silencio eran científico y especialistas de la tripulación tales como operadores de sonar. Todos eran hombres de mediana edad y miraron a Lily y a Thandie cuando entraron, irritados por la luz que habían dejado pasar. Después, todos volvieron al trabajo con la vista fija en los monitores, tomando notas de vez en cuando tanto verbalmente como por escrito en cuadernos hechos con el papel de concha marina del arca, notó Lily con cierta sorpresa.

—Por fin —susurró—. Luces rojas, pitidos de sonar, tíos inclinados sobre pantallas. Esto era lo que esperaba. Muy *Octubre Rojo*.

—¡Oh, cállate! Escucha, este submarino tiene todo un equipamiento de sensores estándar —Thandie señaló las pantallas etiquetadas BQQ-6, BQR-19, BQA-13— montados en la proa y sonares activos, sensores de navegación. Pero también

tenemos material científico, una amplia variedad de vehículos robotizados, y por encima de nosotros flotan más robots y VNT.

Lily dedujo el significado de las siglas.

—Vehículos no tripulados.

—Sí. Equipados con sensores que miden la presión, la temperatura, la densidad y la química en varias longitudes de onda; también llevan sonar, radar y pueden conectarse a lo que queda de la red GPS. Recibimos imágenes bastante exactas. Mira esto. —Thandie señaló una pantalla que mostraba en una especie de mapa de colores no reales, un archipiélago de islas desperdigadas en medio del inmenso océano. Lily dedujo que el punto verde que no dejaba de parpadear indicaba la posición del *New Jersey*.

—Precisamente te he traído para que veas esto, Lily. Este paisaje sumergido. Creí que te interesaría.

—¿Dónde estamos?

—Gran Bretaña.

Thandie le pidió a Lily que se sentara y le ofreció una taza de porcelana llena de café.

Todo lo que quedaba de Gran Bretaña eran las islas desperdigadas sobre lo que había sido Escocia, los picos de las montañas de las tierras altas que sobresalían del agua.

—El Ben Nevis todavía se ve en la superficie. Pero hace mucho que desapareció Inglaterra y todo Gales. Incluso el Snowdon está un par de cientos de metros bajo el agua.

—¿Gran Bretaña? Pero vosotros me recogisteis en el Pacífico. ¿Qué velocidad alcanza este submarino?

—Unos veinte nudos de velocidad crucero.

—Entonces, ¿cuánto tiempo llevo por aquí dando vueltas como un zombi?

—Más de lo que crees, supongo. Pregunta al doctor...

Por encima de los hombros de los operadores, miraron las pantallas que mostraban imágenes del exterior gracias a varias cámaras instaladas en el casco. El agua era turbia y sucia, llena de objetos flotantes que a veces relucían con colores antinaturales, indestructibles detritus de plástico que salpicaban el mar. Era media mañana y el sol estaba en lo más alto, y las partículas de agua atrapaban la luz y creaban largos rayos como las vidrieras de una iglesia. Era muy hermoso, y tal y como se veían en las pantallas de color verdadero de la nave, el océano era de un profundo color azul. En la distancia, apenas visible, Lily creyó ver la silueta de una colina, con marcas rectangulares que podrían haber sido delimitaciones de campos de cultivo, y un puñado de edificios sin techo.

—Esto es lo que llamamos la zona *fótica* —explicó Thandie—, lo más alto de la columna de agua. El agua es bastante opaca y el noventa y nueve por ciento de la luz del sol tan solo penetra a ciento cincuenta metros de profundidad. Por debajo de eso, hay oscuridad permanente.

—Pero el nivel del mar ha subido un kilómetro, ¿no?

—Un poco más que eso.

—Así que no es solo que Gran Bretaña esté bajo las aguas, sino que está sumergida en la oscuridad permanente.

—¿Y qué importa eso? —dijo Thandie con suavidad.

Una sombra cruzó a toda velocidad por el campo de visión de las cámaras y uno de los operadores se llevó un susto.

—¿Qué era eso? ¿Una foca?

—No... Bill, ¿podrías reproducir la imagen a cámara lenta?

Resultó que era un niño, desnudo salvo por unos pantalones cortos, su cuerpo menudo deslizándose a lo largo del casco del submarino. No tendría más de ocho o nueve años y, de hecho, incluso saludó a la cámara.

—Mocosos descarados. Un visitante de la balsa de la superficie. Probablemente sean pescadores.

—Vaya. ¿A cuánta profundidad estamos?

—Pues... a ciento cincuenta pies —informó el operador.

Thandie sonrió.

—Esto no es nada. Puedes encontrarte críos persiguiendo nuestra estela a trescientos pies, y he oído informes que hablan de mayores profundidades. Ocurre por todo el mundo. Los niños desarrollan nuevas técnicas de respiración y se las pasan por la red de radio. Poco a poco son capaces de bajar más y más. Es algo bastante inocente. También solemos recibir visitas menos agradables, como gente que intenta dañar los sensores e incluso pegarnos minas magnéticas en el casco.

El niño que se veía en la imagen congelada de la pantalla le recordaba a Lily un poco a su sobrino Manco, otro nadador ávido.

—El mundo ya estaba inundado antes de que estos niños nacieran. El océano es lo único que tienen para explorar.

—Siempre que se mantenga bien lejos de mis sensores, pueden jugar a Aquaman todo lo que quieran —dijo Thandie severamente.

Lily estudió los mapas a medida que el submarino viraba hacia el sur y empezaba a seguir la forma de Gran Bretaña.

—Bordearemos el este de las tierras altas, cruzaremos el fiordo de Forth en Edimburgo y bajaremos siguiendo la costa este del país por las montañas de Lamermuir. Incluso esas montañas están varios cientos de metros debajo del agua. No hay nada que nos vaya a molestar. Después, cruzaremos la frontera a Inglaterra por la montaña Cheviot. Este es uno de los objetivos de este viaje, Lily. Estamos realizando un estudio topográfico del país, investigando cómo se ajusta a las masas de agua que ahora hay sobre él, anotando los terremotos y los deslizamientos de tierra que se suceden a medida que cambian las cargas isostáticas. Forma parte de una imagen global que en el futuro esperamos pueda predecir terremotos y, por lo tanto, *tsunamis*.

El submarino bajó a más profundidad y los restos de luz que brillaban en el agua se convirtieron en oscuridad; las catedrales de luz se apagaron. Por fin, cuando ya sobrepasaron los doscientos metros de profundidad, se encendieron los focos externos instalados en el casco e iluminaron una extensa variedad de seres vivos. Lily vio peces, medusas y anguilas. A Lily le resultaba casi imposible creer que se encontraran en el cielo de Escocia, volando en un submarino, rodeados de esas criaturas que se

retorcían en el agua.

—Estas son las aguas medias —murmuró Thandie—. No hay luz aquí abajo. La fotosíntesis resulta imposible, así que no hay plantas, tan solo animales y bacterias. Y como no hay otra cosa, estas criaturas tienen que devorarse las unas a las otras. Han evolucionado para desarrollar todo tipo de formas para evadir depredadores, como la invisibilidad, por ejemplo. El mar está lleno de criaturas gelatinosas e incluso hay un gonostomátido, una boca erizada, el vertebrado más común del planeta. Es el animal más abundante con espina dorsal.

—¿De verdad?

—¿Nunca habías oído hablar de él? Lily, el océano es el lugar donde está la acción, desde siempre. Hay montones de categorías de seres vivos que todavía están por descubrir. Por ejemplo, fue en los setenta cuando descubrimos las biosferas que viven totalmente independientemente de la luz del sol, y en los ochenta cuando supimos lo que eran las columnas de metano con todos los seres vivos que vivían en ellas; y en general, poco a poco hemos ido descubriendo más comunidades de criaturas quimiosintéticas. ¿Qué más habrá ahí fuera? ¿Quién sabe? Nosotros, desde luego, no lo sabremos nunca. Probablemente la mía sea la última generación lo suficientemente privilegiada como para hacer ciencia de esta forma. Nuestros hijos y nietos volverán atrás y se dedicarán a contar tipos de medusas. —Thandie rió, pero fue una risa hueca, vacía—. Oye, Bill, ¿podrías apagar las luces? Veamos la bioluminiscencia.

—Claro.

El operador movió los dedos por el teclado y las pantallas pasaron a negro, y después a gris. La tenue luz de la sala de observación también se apagó un poco.

—Al principio es difícil verlo, hasta que se te acostumbra el ojo —dijo Thandie—. Y la vida aquí abajo es bastante escasa... Mira. ¿Ves eso?

Había unas cuantas luces desperdigadas por el mar como submarinos de juguete, demasiado tenues como para que Lily pudiera distinguir su color. Y después, apareció una imagen más espectacular, toda una espiral azul con brillos amarillos.

—Eso es un sifonóforo —explicó Thandie—. Una especie de colonia, cientos de medusas que viven pegadas a un cordón central. Emplea los tentáculos para atrapar a sus presas. Creemos que el ochenta por ciento de las criaturas que viven aquí abajo son bioluminiscentes. Utilizan la luz para atraer comida...

—Y depredadores, supongo.

—Sí, bueno, algunas especies utilizan su luz para atraer a depredadores más grandes para que sus cazadores puedan salir a luchar. Hay un montón de complicadas estrategias.

Lily vio algo parecido a una medusa, iluminada con su propia luz espectral, inflándose y desinflándose como un muelle. Era extraordinariamente hermosa.



—De hecho, aquí también sufren una especie de proceso de extinción. A medida que el mundo se calienta, se reduce el número de grandes corrientes frías que surgen de los polos y que van por debajo de las aguas calientes de otras latitudes. Normalmente, ese desplazamiento solía llevar oxígeno a las profundidades, el combustible de la vida. A hora eso se está terminando. Todo lo que vive aquí abajo se ahoga y muere. Pero ya ha ocurrido antes. Los restos fósiles indican que hace unos noventa y sesenta millones de años ocurrió algo parecido. Una extinción es también una oportunidad...

Siguieron navegando hacia el sur y pasaron por encima de una montaña que se llamaba Cheviot y que estaba situada en Northumberland. Era un antiguo cono volcánico y, en otros tiempos, su cima se había alzado unos ochocientos metros por encima del nivel del mar. Ahora los hitos levantados por los montañeros estaban a trescientos sesenta metros por debajo. Pero la vida se arremolinaba en torno a las laderas excavadas por el hielo de la montaña y se veía una columna de peces y depredadores gelatinosos que nadaban por encima de la cumbre. Lily creyó ver un tiburón.

—Un oceanógrafo diría que el Cheviot es ahora una montaña submarina —dijo Thandie—. Las corrientes marinas se ven obligadas a subir y a pasar por encima de la cumbre. Eso provoca un ciclo de agua de intercambio de nutrientes y formas de vida que se suele llamar una célula de Taylor. Estimula la biota. También es bueno para la pesca. —Uno de los operadores confirmó que sobre ellos flotaba una comunidad balsera. Thandie continuó—: Desde el aire todavía se puede distinguir la topografía de los países sumergidos, por las flotillas de pescadores que se arremolinan sobre sus cumbres y picos.

—Un tiburón nadando por Northumberland —dijo Lily incrédula.

—Eso sí que hubiera sido increíble en otra época, ¿eh? —concedió Thandie.

El *New Jersey* bajó todavía a más profundidad. A cuarenta o cincuenta kilómetros al sur de Cheviot, en torno a la latitud de Newcastle, una cámara remota que navegaba al lado del submarino captó una cadena rocosa en el paisaje, su cresta cubierta de colonias de esponjas de vivos colores.

Thandie hizo un gesto de victoria con la mano.

—¡Ja! Lo sabía. ¿Sabes lo que es eso?

—Sorpréndeme.

—El muro de Adriano. Estamos cerca del fuerte de Housesteads. La mayor parte del paisaje está cubierto de residuos calcáreos, igual que el lecho marino, ideal para la vida. Pero hay algunas especies que prefieren la roca desnuda y buscan riscos y crestas donde no se fija el residuo. Corales, lirios de mar, determinadas estrellas de mar, *ascidias*, *crinoideos*. Así que hay todo un festival de especies de esas que se dedican a colonizar el saliente en el que está construido el muro, al igual que las

piedras del muro romano. —Su sonrisa se ensanchó—. Incluso en estas circunstancias no me negarás que es algo digno de ver.

—Presumida.

Lily y Thandie se tomaban descansos para comer y dormir. Pero Lily siempre se sentía atraída por la sala de observación, aquel pequeño reducto de misterio iluminado con tenue luz roja, con sus monitores silenciosos que eran como ventanas hacia un mundo nuevo. Marcaba la ruta en un mapa a medida que navegaban por el interior de la isla hacia las Pendines, una cadena montañosa que recorría la espina dorsal del país ahora sumergido. Se desviaron para navegar por encima de Leeds, Bradford y Manchester, ciudades que en otra época habían brillado bajo los hornos de la revolución industrial, y que ahora estaban perdidas en la oscuridad abisal. Y el *New Jersey* siguió adelante, en dirección a las tierras bajas del sur de Inglaterra.

Al llegar a Nottingham, Thandie enseñó a Lily la grabación de una criatura que acababan de observar, iluminada con los focos de la nave. Se parecía a una vasija, o un jarrón con flores, con los filamentos llenos de espinas.

—Siento que te lo hayas perdido... es un calamar vampiro.

—¿Un qué?

—Una auténtica reliquia, como el coelacanto, el pez fósil que se descubrió que no era un fósil en absoluto. Puedes ver criaturas de estas en estratos profundos de hace doscientos millones de antigüedad. Aquí el oxígeno apenas existe, Lily, estamos a casi quinientos metros de profundidad. Aquí abajo, no hay casi nada que pueda sobrevivir.

—Salvo este calamar vampiro.

—Sí. Es un nicho bastante peculiar. Es una estrategia para evitar depredadores esto de esconderse donde nadie más puede respirar. Y cuando sucede algún proceso de extinción en masa, tus descendientes pueden salir y ocupar los nichos vacíos. —Thandie meneó la cabeza maravillada—. Ver esas cosas es como encontrar un dinosaurio vivo. Ojalá lo hubieras podido ver en directo. ¿Crees que a Manco le interesará?

—Podrías intentarlo.

Pero el niño no estaba interesado.

Al llegar a las tierras medias, sobre Leicester y Northampton, la tierra sumergida estaba a setecientos sesenta metros de profundidad. Thandie se emocionó más allá de lo razonable cuando se encontraron una variedad de exóticas formas de vida retorciéndose en el «residuo calcáreo» que ahora cubría las calles y campos del centro de Inglaterra. Una de ellas era una araña de mar con patas amarillentas que, según Thandie, medía unos veintisiete centímetros.

—¡Fauna antártica en Leicestershire! Es increíble que hayan encontrado la forma de llegar tan al norte en apenas unos cuantos años...

Sorprendida, Lily supo que las tierras bajas del sur de Inglaterra estaban ahora a más profundidad que a la que había estado la plataforma continental marina antes de las inundaciones. De modo que las formas de vida que antes habían poblado aquellas aguas alrededor de Gran Bretaña no podían sobrevivir allí. Pero la plataforma continental había sido siempre más profunda en torno a la Antártida. El continente entero se había visto empujado hacia el núcleo de la tierra por el peso de la capa de hielo que tenía kilómetros de espesor, y las formas de vida se habían adaptado a mayores profundidades. Ahora, esas criaturas polares estaban colonizando nuevas zonas como Leicestershire y Northamptonshire.

El objetivo final del viaje era Londres. Pero la ciudad yacía a más de novecientos metros de profundidad, y aquello era demasiado para el *New Jersey*, que tenía una capacidad de inmersión máxima de quinientos cuarenta y ocho metros. Así que los científicos tenían planeado enviar vehículos operados por control remoto, plataformas de propulsión autónoma equipadas con cámaras, focos y sensores para medir temperatura, presión, salinidad y otros indicadores. Mientras, el *New Jersey* se dedicaría a navegar por encima de las calles de Londres como un zepelín en tiempos de guerra.

El día en el que estaba planeado lanzar la flotilla de plataformas, el oficial de guardia hizo un anuncio por el sistema de megafonía. Había mucho nerviosismo entre la tripulación, que normalmente se comportaba como si el mundo más allá de aquellas paredes curvas no existiera en absoluto. Pero el destino sufrido por una gran ciudad como Londres despertaba la imaginación de los tripulantes. El capitán lo arregló todo para que las imágenes que captaran los vehículos remotos fueran retransmitidas por el sistema de pantallas de la cocina y de toda la nave. Incluso Manco estaba interesado, aunque apenas entendía qué estaba ocurriendo, y fue con Lily a la sala de observación.

Thandie interceptó a Lily antes de entrar.

—Oye, Lily. He tenido suerte.

—¿Con qué?

—Con lo del *Arca Uno*.

—Dime.

—Tiene algo que ver con Pikes Peak, la base de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos. Y hay una especie de centro de operaciones en una ciudad que se llama Alma en Colorado, que resulta que ahora es la ciudad más grande del país. He sabido estas cosas porque unos colegas de la NOAA están trabajando en el proyecto. Está claro que es una gran operación.

—Entonces qué es, ¿otro barco, un submarino, un refugio?

—No lo sé. Nadie suelta prenda. Pero hay filtraciones porque están reclutando

tripulación. Al parecer los requisitos son muy estrictos; tienes que tener al menos dos doctorados, para que te hagas una idea. Y tienes que estar solo, nada de familias ni niños. Pero por lo que sé también seleccionan mujeres embarazadas, que no estén muy avanzadas en la gestación.

—¿Por qué?

—Diversidad genética, supongo. Para aumentar la variedad a pesar del reducido tamaño de la tripulación. Si yo estuviera embarazada, llevaría los genes del padre a bordo de esa nave.

—Vale, ¿cómo meto a Grace en ese programa?

—Ni idea. Sin embargo, te diré a quién tienes que preguntarle.

—¿A quién?

—A Nathan Lammockson. Si hay alguien que pueda tirar de los hilos en ese proyecto, ese es Nathan, ¿no?

Quizá, pensó Lily. Pero Hammond también formaba parte de aquella ecuación, el hijo de Nathan. ¿Acaso Nathan pondría a Grace antes que a su hijo en la cola para aquel milagroso santuario? Pensó rápidamente y dijo:

—¿Puedes comunicarme con el *Arca Tres*? Intentaré hablar con Grace directamente. Y la verdad es que tengo que volver.

Thandie frunció los labios.

—Eso depende del capitán y de las órdenes que tenga. Quizá estemos a meses de distancia.

—Lo sé. Haz lo que puedas.

Bill llamó desde la sala de observación.

—Tíos, empieza el espectáculo.

La sala de observación estaba abarrotada. El capitán, su primer oficial y otros oficiales de alto rango habían acudido para observar la excursión robótica en directo. Cuando la puerta se cerró y la tenue luz roja fue la única presente, Lily se sintió ligeramente agobiada por los cuerpos invisibles que la rodeaban. La pequeña mano de Manco se aferraba a la suya.

—¡Ah, joder! —dijo Bill—. Ahí está. —Tarareó la melodía del Big Ben—. *Ding dong ding dong...*

Todos miraron las pantallas.

Era como si los robots estuvieran sobrevolando el Támesis, corriente abajo. Muchos de los puentes todavía seguían en pie, pero el cauce estaba vacío; el río había desaparecido o, mejor dicho, había crecido tanto que se había tragado el mundo. Algunos barcos yacían en el lecho marino, rotos y hundidos. En las orillas, Lily vio montones oxidados en ordenadas filas que debían ser coches, inmóviles y cubiertos de cieno. Todo estaba impregnado de ese oscuro residuo que borraba colores y suavizaba todas las formas, ocultando el detalle.

A la izquierda, los poderosos focos de los robots iluminaron unas ruinas puntiagudas, una torre astillada como una gigantesca estalagmita. Era el palacio de Westminster, durante siglos, el hogar del parlamento británico. Los robots se alejaron del río y nadaron por la orilla norte. Enseguida pasaron Whitehall, donde los edificios del Gobierno parecían montoncitos de piedra arenisca incrustada que se alzaban de entre el limo omnipresente; y llegaron al espacio abierto de la plaza Trafalgar.

Nelson seguía orgulloso en lo alto de la columna, que estaba cubierta de esponjas y algas. Los robots descendieron al pavimento de la plaza. El cieno era muy grueso allí y había una sorprendente densidad de vida.

Thandie habló entusiasmada.

—Recordad que aquí abajo no hay flora, tan solo animales y bacterias. Así que el «bosque» que veis son, en realidad, animales, corales y gusanos tubícolas. Y los «exploradores» son pepinos y erizos de mar.

Lily recordó la vez en que había estado en esa misma plaza, en compañía de Piers y otros justo después de la tormenta que había inundado Londres. Ahora, los seres vivos del océano profundo, totalmente ajenos a Lily, luchaban por sobrevivir en el cieno del fondo.

Los robots subieron como helicópteros, volvieron al cauce del río, y siguieron adelante río abajo. En el puente de la Torre, Thandie ordenó a la tripulación que detuvieran los robots y les ordenaran apagar los focos. Tras unos minutos, la silueta

familiar del puente se hizo visible para todos, iluminada por las criaturas bioluminiscentes que se aferraban a sus piedras o nadaban a través de sus ventanas rotas. Incluso se podía ver como el puente levadizo se había quedado abierto desde el día en el que había sido abandonado, como un saludo. Lily creyó que era una escena extraña, mágica, como si hubieran envuelto el puente con luces de Navidad.

Los robots siguieron río abajo, navegaron por encima de Wapping y Bermondsey, en dirección a Greenwich. A la izquierda, las luces se reflejaban débilmente en el cristal destrozado de los rascacielos de la City. Después, los robots ascendieron e hicieron un barrido para componer una vista panorámica. A medida que los focos penetraban el agua, el gran arrecife que era Londres se extendía a sus pies, con sus colinas bajas cubiertas de montículos que habían sido casas, iglesias, tiendas o escuelas; el trabajo de siglos disolviéndose en el cieno. Cada pocos minutos, uno de los robots se alejaba del campo de visión, investigando, examinando, como un explorador alienígena.

—Mira, ahí está el Dome —dijo Thandie.

Lily se inclinó para ver. El Dome en sí mismo hacía tiempo que había implosionado, su frágil estructura aplastada y oxidada ya. Pero la forma circular del lugar perduraba, como un cráter lunar, y se veían los restos de las estructuras del interior: las salas de conciertos, las tiendas y los restaurantes del círculo exterior. Lily consideró contarle a Manco que aquel era el lugar al que había ido a buscar a su madre, a su tío y a su abuela para subirlos a un helicóptero que había volado mucho más abajo que la altura actual a la que se encontraba el *New Jersey*. Pero no pudo encontrar las palabras.

En la plaza justo en el exterior del Dome, cerca de la entrada a la estación de metro de North Greenwich, se veía actividad; una imagen borrosa a causa del movimiento que levantaba una nube de tierra incolora. Bill golpeó la pantalla con un dedo.

—¡Mirad cómo se alimentan esos!

—Normalmente puedes encontrar movimientos como este en torno a cadáveres de ballenas —explicó Thandie—. Las profundidades no son muy generosas en ofrecer alimentos; un cuerpo grande y gordo puede alimentar biotas enteras durante siglos.

—Pero eso no es una ballena, ¿no? —preguntó Lily intranquila.

—No es probable —respondió Bill—. He visto esto en otras ciudades. Probablemente la estación se haya abierto de golpe por la presión. Y todos esos cuerpos de ahí dentro, ¿sabe? Conservados durante años. Los tiburones y las babosas de mar van primero, en busca de carne en descomposición y los huesos. Después les toca a los caracoles, a los gusanos y a los crustáceos, y finalmente a las almejas y a los mejillones a los que les gustan los sulfitos que emana un cuerpo en putrefacción.

Una gran tumba puede durar meses. ¡Es hora de comer!

Lily acercó a Manco hacia sí y le tapó los oídos con las manos.

Julio-agosto de 2039

De las anotaciones de Kristie Caistor:

El *New Jersey* se reunió con el arca en julio de 2039, casi un año después de rescatar a Lily y a Manco del ataque pirata. El reencuentro de Kristie con su hijo fue desgarrador.

Después de aquello, la relación de Kristie con Lily se volvió aún más complicada. Kristie tenía que estar agradecida de que Lily hubiera salvado a Manco de ahogarse, y de que hubiera cuidado de él en el submarino. Pero estaba celosa. Lily había tenido a Manco para ella sola durante casi un año entero de su joven vida. Manco volvió mayor, más tranquilo, más experimentado, cambiado. Y Kristie no había compartido esos cambios con él. Le enseñó a Manco las grabaciones que había hecho con su ordenador portátil durante los meses en los que él había estado fuera, pero el niño no mostró mucho interés.

Nathan convenció al capitán del *New Jersey* de que se quedara por los alrededores unas pocas semanas. Permitted a la tripulación del submarino subir a bordo del arca para que descansaran y se divirtieran, y celebró algunas fiestas en agradecimiento por la ayuda ofrecida por el submarino y para conmemorar el cuarto aniversario de la botadura del arca. En la última noche de la visita del *Jersey*, Nathan organizó una gran fiesta en el restaurante, solo para oficiales e invitados especiales. La tripulación del submarino lucía elegante e impecable en sus uniformes blancos, y los hombres de Nathan le hicieron sentirse orgulloso al aparecer también con sus mejores uniformes de supervivientes, trajes de etiqueta y vestidos de noche.

Y en la mitad de la celebración, Nathan asombró a todo el mundo al subir al escenario y anunciar que su hijo Hammond iba a casarse con Grace Gray.

Kristie, sorprendida también, registró las reacciones de todo el mundo: satisfacción engreída por parte de Hammond; una especie de desconcierto resignado cubriendo el rostro pálido y pecoso de Grace; y una mirada de fría satisfacción en los ojos de Lily.



Agosto de 2041

El *Arca Tres* se abría paso con mucha cautela por entre las turbias aguas llenas de escombros que cubrían la costa oeste de los Estados Unidos.

La capitana Suárez guió el barco siguiendo la línea de la costa sumergida hasta la posición donde hacía largo tiempo se había hundido San Diego; desde allí viró al este siguiendo el valle del río Gila, en rumbo paralelo a la antigua frontera con México. Iba en dirección hacia unos estrechos que discurrían entre la meseta de Colorado, en el norte, y la Sierra Madre, en el sur; un nuevo canal de navegación entre Estados Unidos y México. Era un hueco que los marineros llamaban el estrecho de El Paso. Una vez allí, a la altura de Texas, el arca viraría al norte siguiendo la costa este del archipiélago de las Rocosas en dirección a Colorado y a una cita con el *New Jersey*.

El nivel del mar había subido ya mil ochocientos metros. Ya no quedaba mucho de Norteamérica salvo islas y mesetas en los estados de las montañas Rocosas, desde Idaho hasta Arizona, desde Nevada hasta Colorado. Avanzaban despacio, con mucho cuidado. Lily sabía que Nathan estaba al tanto de lo peligrosas que podían ser las aguas poco profundas del archipiélago norteamericano. Sobre todo después de que Denver, finalmente, hubiera acabado bajo el mar, y de que lo que quedaba del Gobierno se hubiera trasladado de nuevo y hubiera perdido el control de las masas que se arrojaban en multitudes sobre las tierras altas que quedaban.

En cuanto a la capitana Suárez, se había labrado su carrera en mar abierto. De hecho, había estado al mando del convoy pirata que había atacado el arca en el remolino antes de ser reclutada por Lammockson en una típica maniobra de Nathan de absorber a sus enemigos. A Suárez no le gustaba acercarse demasiado a tierra, pues la costa siempre estaba abarrotada de botes, balsas o ciudades enteras flotantes. No le gustaba navegar entre la basura que seguía apareciendo desde las ciudades sumergidas a cientos de metros por debajo de su quilla. Y, como ex pirata, no le gustaba en absoluto tener que acudir a otra cita con el *New Jersey*. Pero aquel era el plan y como todos los seguidores de Nathan, al final siempre hacía lo que le ordenaban.

El barco ya no se parecía a aquel crucero de colores brillantes que había sido botado en su muelle de montaña en los Andes hacía ya seis años. Ahora estaba lleno de marcas y de parches, el interior estaba desmontado, y tenía el casco y las cubiertas erizados de armas. Pero Lily se las había arreglado para conservar su camarote en la cubierta de paseo. Mucho antes del mediodía, normalmente ya solía estar agotada por el calor. Así que se sentaba a la sombra de su camarote, sin aire acondicionado, claro,

y seguía el rumbo del barco en la pantalla plana de su habitación, cortesía de la televisión de a bordo de Nathan.

Y, a medida que el barco continuaba su lenta travesía, Grace adquirió la costumbre de reunirse con ella.

Grace estaba embarazada de tres meses del hijo de Hammond, y estaba agotada por las náuseas matinales. Resultaba evidente que lo único que quería Grace era un sitio donde sentarse, un sitio relativamente fresco donde poder estar sin que la molestaran. Lily hizo que Grace se sintiera bienvenida, le traía agua, fruta y pescado seco. No esperaba que Grace le brindara su amistad, y mucho menos la perdonara por orquestar su matrimonio con Hammond Lammockson, un acto que para Grace tuvo que ser un increíble acto de traición por parte de la mujer que, después de todo, había prometido protegerla de cualquier mal. Lily se contentaba con lo que fuera. Compañía silenciosa era suficiente.

Había relaciones similares por todo aquel barco en descomposición. Soportabas al tipo que tenías cerca o te librabas de él; no había espacio suficiente para escapar de tus enemigos.

Grace la estaba mirando.

—¿Qué has dicho?

—Nada. —Lily no era consciente de haber hablado en voz alta—. Lo siento. —Tenía sesenta y cinco años. No era una buena edad antes de las inundaciones, pero tras un cuarto de siglo como refugiada se sentía mucho mayor. Y también lo era su aspecto. Todo se estaba emborronando, pensaba a veces, la frontera entre el pensamiento y el hablar, por ejemplo—. Solo pensaba en voz alta.

—El mapa está fallando de nuevo.

Lily miró la pantalla. La imagen principal constaba de una composición de varias fotos del archipiélago del oeste de los Estados Unidos tomadas desde un satélite; y una superimpresión de la línea de la antigua costa continental más la posición del arca que figuraba como un brillante punto verde. El sistema era bastante inteligente y si señalabas las pequeñas etiquetas de la pantalla, estas se abrían y te explicaban lo que estabas viendo. Lily aprendió a reconocer el complejo mar interior que se había formado sobre el desierto del Gran Lago Salado, que cubría Salt Lake City y la mayor parte de Utah; y que luego se complicaba más con una serie de ensenadas y bahías que habían nacido como resultado de la inundación del valle del Colorado, con Gran Cañón y todo. La tierra seca que quedaba, tal y como se veía desde el espacio, era de color verde grisáceo, el color de la humanidad apiñada y de ciudades de chabolas y de granjas arañadas en la tierra. Era extraño pensar que, salvo aquella masa de islas, no quedaba nada del hemisferio occidental salvo la Sierra Madre, que se extendía hacia el sur; y algo de la meseta de los Andes en la columna vertebral de Sudamérica. Eran las cadenas montañosas del norte y del sur que asomaban como

fantasmas de continentes ya desaparecidos.

La proyección del mapa parpadeó de nuevo cuando los procesadores fallaron y se recuperaron enseguida, cansados tras tantos años de calor y aire salado del mar.

Grace suspiró.

—No sé por qué estamos viendo esto. Los mapas solo os sirven a vosotros, los que recordáis cómo era esto antes. Pero a los niños les da igual. —Se acarició la barriga con aire ausente.

—Quizá algún día ellos hagan sus propios mapas —respondió Lily—. De corrientes oceánicas, quizá. De remolinos.

—No necesitamos un mapa del mar...

La tentativa de conversación murió allí.

Lily se dio cuenta de que en aquellos días sucedían muchas cosas como aquellas. Hacía tanto calor que era imposible pensar o hablar y todo el mundo parecía agotado todo el tiempo. Hablabas un poquito y luego lo dejabas correr. Sus pensamientos se disolvieron de nuevo, a la deriva.

El mapa se recuperó. Las dos se quedaron allí sentadas, mirando la pantalla en silencio, a medida que el valiente punto verde del arca navegaba hacia el este por las traicioneras aguas del estrecho de El Paso.

El arca echó el ancla a unos pocos kilómetros al este de las ciudades sumergidas de Colorado Spring y Pueblo. Era un procedimiento habitual mantenerse tan alejado de la costa. A esa distancia, muy pocas de las cochambrosas masas de juncos y balsas que abarrotaban todas las costas podrían alcanzar el arca.

Un día después de la llegada del arca, la torre de mando del *New Jersey* emergió lentamente del agua. Enseguida desplegaron un mástil donde ondeó una osada bandera de barras y estrellas. Lanzaron un bote hinchable al agua y se acercaron remando al arca. Gobernaban el bote varios oficiales y marineros luciendo sus impecables uniformes blancos y sus gorras de plato. Lily no se sorprendió al ver a Thandie entre ellos, embutida en su salvavidas naranja.

Mientras el bote se acercaba, Nathan salió a la cubierta de paseo acompañado de la capitana Suárez, Piers y Lily, Grace y Hammond, todos vistiendo monos tan impecables como había sido capaz de proporcionar la única lavandería que quedaba a bordo. Lily miró a Grace. Sintió la necesidad de avisarla de que echara un último vistazo atrás para despedirse del arca. Pero sabía que no debía decir nada sobre lo que iba a suceder aquel día.

Habían pasado tres años desde que Thandie había pescado a Lily y a Manco del agua cerca del remolino, y casi dos desde que el *New Jersey* se había reunido con el arca para devolverles a los dos. Lily se había mantenido en contacto con Thandie para estar al día acerca del plan provisional que las dos habían ido desarrollando desde entonces. Era una intriga de la que todavía nadie sabía nada, ni Nathan, ni siquiera la propia Grace. Pero al final de aquel día, pensó Lily con un ligero temblor de excitación, si todo iba bien, todo terminaría. Y ella podría descansar al fin.

El bote se acercó más. Su tripulación miró fijamente a Suárez y a sus hombres. La tensión se podía palpar en el aire.

—Mirad esas camisas —gruñó Nathan—. Por Dios, están planchadas. —Se olió su propia axila, agitando sin parar las carnosas aletas de la nariz—. Más te vale que merezca la pena, Lily, sea lo que sea lo que te traigas entre manos con estos gilipollas.

—¡Oh, sí, merece la pena! —prometió Lily.

—No puedo creer que sigan ondeando esa maldita bandera. Vamos, hombre, ¿cuántos estados americanos sobresalen por encima de la superficie del mar? Tendrían que quitar media docena de esas estrellas. ¿Y qué clase de Armada es la que cuenta solo con un navío?

—Todos nos aferramos al pasado —dijo Piers. Mientras Nathan, a sus setenta

años, iba convirtiéndose en una especie de masa informe arrugada, dejada y malhumorada muy en la línea Walter Matthau; Piers, con sus sesenta y cinco, recorría el camino contrario, pensó Lily, y era cada vez más estirado y su voz sonaba aún más cortante que antes—. Si no tenemos pasado, ¿qué nos queda?

Grace arrugó su nariz pecosa.

—¿El futuro?

El bote se aproximó al costado del arca y Nathan fue el primero en bajar por las escalas de cuerda. La capitana Suárez y Piers se quedaron a bordo, observando cómo se deslizaban los demás. Un par de críos se acercaron al bote chapoteando; de alguna manera habían encontrado la forma de salir del arca y tirarse al agua. La tripulación del bote los observó cautelosamente. Los niños parecían nutrias deslizándose por el agua, criaturas acuáticas desnudas y morenas; una especie totalmente ajena a los humanos estirados y encorsetados del bote.

Nathan y Hammond estrecharon la mano del oficial de mayor graduación de a bordo, y Lily abrazó a Thandie. Al contrario que Lily, que sentía el peso de los años, Thandie no parecía haber envejecido un solo día. Era como si se hubiera plantado y no hubiera cumplido más años.

La tripulación repartió chalecos salvavidas y el bote puso rumbo a la costa, hacia el oeste. Lily vio que dos botes más del submarino los iban a escoltar hasta tierra. Y se daba cuenta de por qué: las aguas cercanas a la costa estaban oscuras por las embarcaciones.

Thandie miró hacia el arca, a la capitana Suárez.

—¡No puedo creer que Nathan contratara a esa maldita mujer! ¡Que la nombrara capitana! Intentó hundirle en el remolino, y habría tenido éxito si no hubiera aparecido el *New Jersey*.

—Bueno, es Nathan —dijo Lily—. Cuando te vence, te asimila. Se lo he visto hacer una y otra vez. —Miró a Hammond, treinta y cinco años, hosco y tenso al lado de Grace—. Incluso con su propio hijo.

—Es una estrategia directiva de la leche rodearse de gente que te la tiene jurada.

—Creo que tiene algo que ver con el darwinismo. Tienes que ser muy fuerte para sobrevivir a su lado.

Thandie asintió.

—Bueno, tú has sobrevivido hasta ahora.

—Sí, pero Nathan no va a vivir para siempre y su arca tampoco. Por eso...

Thandie cubrió la mano de Lily con la suya.

—Lo sé. Mira, he hecho todo lo que estaba en mi mano para organizarlo. Por lo menos cabe la posibilidad de que funcione, con suerte y un poco de buena voluntad e imaginación por parte de todos. Tan solo queda ver cómo se desarrolla...

Las dos guardaron silencio, porque estaban acercándose a la orilla.

Navegaron por encima de los restos inundados de Pueblo. Lily ya podía ver las montañas que se alzaban en el horizonte, en el oeste, desnudas y de color marrón, sin la capa de hielo que las hubiera cubierto hacía apenas unos pocos años. La cota de nieve se situaba ahora un poco más arriba que las cumbres, en un plano totalmente teórico en medio del aire.

A medida que se acercaban a tierra firme, pasaron al lado de varias comunidades flotantes a la deriva. Los botes se acercaron más los unos a los otros buscando protección y los marineros se pusieron en pie con las armas a la vista, pistolas y porras. Había lanchas y embarcaciones de todos los tamaños, y muchas balsas construidas a partir del detritus de las ciudades sumergidas. Una familia incluso vivía sobre lo que parecía un enorme cartel publicitario de carretera, con sus colores laminados y chillones que anunciaban una marca de perritos calientes. En los barcos se veía muy poca gente mayor, muy pocos de la edad de Lily; y el aire apestaba a alcantarilla. Mientras el bote seguía adelante, los niños corrieron al borde de sus balsas, alargando las manos. Lily vio las funestas tripas hinchadas que anunciaban la desnutrición.

—Dios mío —dijo Hammond—. Esto es un zoo. ¿No podemos ayudar a esta gente?

—No tenemos los recursos necesarios —respondió Thandie—. Y con ese «tenemos» me refiero a la Armada, al Gobierno. Ya no es posible ayudar a la gente.

—Menudo montón de perdedores —espetó Nathan—. Si tienes una balsa, sal a mar abierto y allí podrás pescar todo lo que quieras. Si te quedas tan cerca de tierra firme no conseguirás nada. Patético.

—No todo el mundo es tan duro como tú, Nathan —murmuró Lily.

Lily vio cómo Hammond miraba a su padre, con el rostro cargado de odio.

La orilla, una cuesta rocosa que nacía dentro del agua, estaba protegida con alambre de espino y bloques de hormigón parecidos a obstáculos antitanque. Soldados embutidos en uniformes color verde oliva patrullaban la barrera armados con bates que, evidentemente, servían para dar una paliza a cualquiera que intentara poner un pie en tierra. Lucían cascos con el logo de Seguridad Nacional. Sus acciones eran la expresión definitiva de la función que había tenido ese departamento en particular a lo largo de su historia, pensó Lily.

Al mirar a lo largo de la orilla, Lily vio más soldados y trabajadores civiles que estaban moviendo las barricadas, reconstruyéndolas, alejándolas del mar que ahora subía un metro cada día.

Los botes llegaron a una carretera que salía del agua. Los soldados movieron las barricadas y el alambre de espino para permitirles atracar, y después sacaron los botes del agua para depositarlos sobre el asfalto. El grupo desembarcó con cuidado.

Hammond intentó hacer su papel de marido atento al hacer un amago de ayudar a su mujer, pero Grace rechazó la ayuda. Lily apoyó los pies en la carretera en cuesta y flexionó los dedos, como si pusiera a prueba su equilibrio.

Thandie los guió hasta una pequeña flota de coches eléctricos que lucían los logos de Seguridad Nacional, del Ejército y de la Armada. Los tripulantes del arca se metieron en los coches, perplejos. Lily no podía recordar la última vez que se había subido a un coche, aunque fuera uno hecho polvo y eléctrico como aquel. Thandie dijo que tendrían que adentrarse en la isla unos cuantos kilómetros hasta llegar a la antigua ciudad minera de Cripple Creek, un centro de población cercano donde llevarían a cabo su reunión.

Mientras se alejaban de la orilla, Thandie explicó a Lily el paisaje.

—Eso es Pikes Peak. Cripple Creek está en su ladera suroeste.

—Hace tiempo que no pisaba tierra firme —dijo Lily—. Esas balsas... toda esa gente muriéndose de hambre... No tenía ni idea de que las cosas estaban tan mal.

Thandie gruñó.

—Podría ser peor. Por lo menos, todo parece indicar que las cosas están peor en Asia central. En América la tragedia ha ido a un ritmo más lento. A pesar de los abusos, las injusticias y el saqueo de las empresas, los americanos se esforzaron al máximo. Construyeron un nuevo hogar, aquí en las Grandes Llanuras, en solo una década, una nación entera desde cero; y después, en la década siguiente tuvieron que abandonarla de nuevo.

—Como esos soldados de la playa. Construyeron la barrera y poco después tienen que volver a construirla un poco más lejos de la orilla.

—Así es.

Siguieron conduciendo, subiendo poco a poco. Algunos carteles ajados indicaban que aquella era la autopista estatal 67. La carretera se estrechó para convertirse en un paso entre montañas. Algunas de las vistas resultaban vertiginosas.

—Las cosas empiezan a irse a pique. El Gobierno invierte todos sus recursos en unos pocos proyectos especiales que intenta levantar por encima de todo. Mientras tanto, antes de que el Gobierno desaparezca del todo, simplemente está intentando ayudar a la gente a prepararse para la siguiente fase.

—Balsas.

—Sí. No queda nada por hacer.

Se acercaban a la ciudad.

Nathan se inclinó hacia ellas.

—«Proyectos especiales» —gruñó—. ¿Qué tipo de proyectos?

—Eso es de lo que hemos venido a hablar, Nathan —dijo Lily, y miró a Thandie.

Thandie se encogió de hombros.

—Dentro de poco ya no será un secreto. Díselo.

—Proyectos como el *Arca Uno* —le dijo Lily a Nathan.



Cripple Creek había sido un asentamiento pobre hasta que en la década de los años noventa del siglo XIX se había transformado en un lugar brevemente rico al encontrarse oro en Pikes Peak. Después, cuando el oro se acabó, se convirtió en una trampa para turistas. El corazón del pueblo era una fila de escaparates de tiendas que parecían formar parte del decorado de una película del Oeste, todo lleno de tiendas de regalos y heladerías. Una señal bastante descolorida anunciaba excursiones a la mina de oro Mollie Kathleen.

Ahora, en la edad de la inundación, una precaria ciudad de tiendas de campaña y chabolas se extendía hasta mucho más allá del centro de la ciudad, una vasta comunidad de refugiados que se aferraban a la ladera de la montaña. Había vagabundos acampados en el centro de la ciudad, en las calles, en los aparcamientos y en las gasolineras que ya hacía tiempo que estaban en desuso.

Llevaron al grupo de Thandie a un restaurante requisado que en otra época había sido un Denny's. Un joven soldado vigilaba la entrada y el gran ventanal estaba cubierto de carteles que indicaban que aquel lugar era para uso exclusivo del personal del ejército de los Estados Unidos y de agentes y representantes del Gobierno federal. Los refugios con forma de nidos de los vagabundos se extendían justo hasta la misma puerta. Mientras caminaban por entre montones de lona y plástico, Lily tuvo mucho cuidado de no pisar a nadie.

Dentro, el restaurante estaba muy limpio. Era un sitio práctico, pero carecía de personalidad. Y allí, sentado a una mesa, solo y con una taza de porcelana llena de café en las manos, estaba Gordon James Alonzo. Se levantó en cuanto les vio entrar.

Nathan tomó el control, como siempre. Caminó directo hacia Gordo y estrechó su mano.

—Gordo, viejo zorro. Hace siglos que no te veo.

Gordo abrazó a Nathan.

—Sí, y todavía me debes mi última nómina, granuja.

El ex astronauta debía rondar los setenta años, calculó Lily, pero estaba tan erguido, tenía tan buen aspecto y parecía tan intimidador como siempre. Sus ojos azules todavía eran limpios y claros. Ya no le quedaba pelo, y tenía una calva color nuez moscada y muy suave, como un huevo tallado de madera. Vestía un impecable uniforme de oficial de las Fuerzas Armadas.

Se sentaron con él, Nathan y Lily, Hammond y Grace, y Thandie. La tripulación del *New Jersey*, que había acompañado a Thandie, tomó posiciones en un rincón y sus miembros se quitaron las gorras. Un joven recluta salió para ofrecerles a todos

café y bollos. Mientras Nathan presentaba a todos los presentes, Lily probó el café. Resultó fresco y aromático, lo mejor que había bebido en años.

—Puedes darle las gracias a la guerra fría por el café —murmuró Thandie.

—No lo pillo.

—Un chiste a mi costa, señorita Brooke —dijo Gordo—. Trabajo en la base de las Fuerzas Aéreas de Cheyenne Mountain, concretamente en la junta directiva. Allí están los centros de aviso de misiles e incursiones aéreas, el centro de control espacial y un montón de otras funciones, todo enterrado tras placas de hormigón y muros de acero a sesenta metros de profundidad bajo la montaña. Cuando terminó la guerra fría, la base pasó a formar parte del NORAD, que es el mando norteamericano de defensa aeroespacial.

—Sé lo que es el NORAD —dijo Lily irritada—. Yo también formé parte de las Fuerzas Aéreas en otra época, sabes, Gordo.

—Mis disculpas. En fin, cuando empezó la inundación, la base fue reactivada para que se ocupara de temas de seguridad que surgían con la nueva situación. En algún momento, me reactivaron a mí también, por así decirlo. Me sacaron del ejército y me reincorporé a las fuerzas aéreas y me destinaron aquí. Y ahora estamos degustando suministros de café, judías y barritas de chocolate que tienen setenta años de antigüedad y que estaban almacenados en los búnkeres nucleares.

—Y Gordo, aquí presente —añadió Thandie—, está involucrado en el *Arca Uno*. Gordo miró a su alrededor.

—Nunca hablamos del tema con ese nombre. El nombre en clave es Nimrod.

—Bueno, pues Nimrod.

Nathan estudiaba a Gordo.

—Yo tuve algo que ver con el proyecto en sus inicios. Era una idea que se le ocurrió a alguien de la LaRei, que era un club de gente rica. Ya es Historia. En fin, a todos se nos ocurrieron proyectos como ese, formas de ganarle la partida a la inundación, y nos ayudábamos los unos a los otros para poder hacerlos realidad. Siempre en medio de un secretismo total. Yo construí el *Arca Tres* y nunca supe qué iban a ser las demás arcas o dónde las estaban construyendo. Y entonces, el Gobierno federal se hizo cargo de todo el programa y tuve todavía menos oportunidades de enterarme. Ahora ocurre igual, ¿no? No vas a contarnos de qué va ese Proyecto Nimrod, ¿verdad, Gordo?

—Es información clasificada, señor.

Nathan miró a Thandie.

—Entonces, ¿por qué estamos aquí?

La mirada de Thandie era cautelosa.

—Sé más de lo que debería sobre el Proyecto Nimrod. ¡Oh, no me mires así, Gordo! Llevo años trabajando rodeada de militares. Lo único que hace falta para

saber un montón de cosas es mantener los ojos y los oídos bien abiertos. Lo que queda del ejército de los Estados Unidos está planeando algo en las profundidades de Cheyenne Mountain. No voy a decir lo que creo que es. Quizá queráis preguntar por qué alistaron a este hombre. Pero hay una cosa clara. Está diseñado para salvar a un número determinado de personas. Un número pequeño, personas seleccionadas por su diversidad genética y sus habilidades.

Nathan replicó.

—¿Salvarlas de qué?

—Del peor de los casos.

Nathan frunció el ceño.

—¿Que es?

—La extinción —contestó ella.

Aquello detuvo la conversación.

Extinción. Siempre había sido una posibilidad, y más tarde una probabilidad que crecía cada vez más, a medida que la inundación aumentaba sin descanso y la habilidad de la humanidad para hacerle frente se hacía pedazos. Una cosa era que llegara el fin de la civilización, pero si toda la tierra acababa sumergida bajo las aguas y no quedaban ni dos rocas que poder golpear para hacer fuego, ni una sabana en la que pudieran vivir los primates, entonces ¿qué? Era una palabra que no empleaba nadie, como si pronunciarla desatara ese mismo acontecimiento. Pero Lily sabía que estaba ahí, en la mente de todos los que quedaban en el planeta, sin perspectivas a las que aferrarse.

Lily observó a Nathan. Vio que estaba pensando. Después de tantos años, conocía a Nathan del derecho y del revés. Si la extinción era una amenaza, aquel Proyecto Nimrod era la única forma de asegurarse de que los genes de uno, de Nathan para más señas, pudieran pasar al futuro. Eso era lo que estaba pensando Nathan.

Lily esperaba que ahora, todo lo que ocurriera a continuación tuviera que ver con eso. Los usuales cálculos implacables de Nathan le empujarían a hacer nuevos planes, y Lily podía conseguir sus propios objetivos aprovechándose de esos planes.

Pero Gordo Alonzo fruncía el ceño.

—¿Qué pasa aquí? La señorita Jones me dijo que habíais venido para hacer una donación al proyecto. Concretamente tú, señor Lammockson.

—Esa es la primera noticia que tengo —dijo Nathan mirando a Lily y a Thandie—. ¿Crees que estas damas nos han tendido una emboscada, Gordo? Además, ¿qué tipo de donación? No puedo creer que me estés pidiendo dinero.

—Dinero no, Nathan —dijo Lily con delicadeza—. Algo mucho más precioso. Semillas. Cigotos. El archivo noruego que guardas en la bodega del *Arca Tres*. —Un tesoro que Nathan había protegido durante todos aquellos años, incluso a pesar de

que el mundo se desintegraba a su alrededor y su crucero se hubiera convertido en un barco de guerra.

—¿Por qué regalaría yo eso? —preguntó Nathan. Pero Lily le vio darse cuenta poco a poco—. ¡Ah, ya lo entiendo! No es una donación. Es una compra.

—Gordo, Lily y yo somos los que hemos organizado esto. Mira, esto es lo que sé. El *Arca Uno* necesita lo que tiene Nathan: el material para reconstruir el mundo. Recopilar esas cosas es algo que el Gobierno de los Estados Unidos no supo hacer a tiempo. Y sé que tienes influencia en el proyecto, un montón de influencia. Hay una lista de candidatos para la tripulación, ¿no? Puedes meter a gente si dices la palabra adecuada en el oído adecuado. No creo que te cueste mucho. Pero lo que es más importante, tú personalmente tienes la oportunidad de meter al menos a una persona en esa lista.

Los ojos de Gordo se estrecharon.

—Así que es eso. A cambio de ese congelador lleno de semillas de hierbas y embriones de cerdo, Nathan quiere comprar una plaza en Nimrod.

Nathan alzó una mano.

—Oye, a mí no me mires. Yo no he venido aquí con la intención de conseguir nada. —Pero, interesado por un posible trato, observaba a Gordo intensamente—. Sin embargo, tan solo como una posibilidad teórica. Si Nimrod existe de verdad, si tienes esa clase de influencia. ¿Crees que podrías hacer eso?

Gordo se encogió de hombros.

—Podría meter a cierta clase de gente. Y eso no te incluye a ti, Nathan. Hay varias categorías en las que debes encajar, por ejemplo, ser lo suficientemente joven para poder tener hijos. Eso te deja fuera. —Se tensó un poco—. Y a mí.

Grace habló por primera vez.

—¿Está trabajando en ese proyecto a pesar de que usted no formará parte de él?

—Por eso lo llamamos deber, señora —respondió Gordo.

Thandie cruzó la mirada con la de Lily y sacudió la cabeza. ¿Había algo más sensiblero que un astronauta haciéndose el héroe? Pero Lily se sintió conmovida a pesar de todo.

Sin embargo, los pensamientos de Nathan ya iban muy por delante.

—Entonces yo no. Pero Hammond sí. —Apoyó una mano en el hombro de su hijo—. Solo tiene treinta y tres años, podrías llevarte a Hammond, ¿no?

El rostro cuadrado de Hammond mostró una expresión resultado de una increíble mezcla de sensaciones: alivio por la posibilidad de poder salvarse de un peligro que, evidentemente, no había alcanzado a imaginar; y resentimiento hacia su padre por indicarle cómo vivir su vida una vez más.

Gordo se lo pensó.

—Puede ser...

—No —replicó Lily. Todos se volvieron hacia ella. Lily se inclinó hacia delante con el corazón latiendo con fuerza. Aquel era el momento clave... de toda su vida desde Barcelona, en cierto sentido—. Tú no, Hammond. Grace. Envía a Grace, Nathan. Ella es a quien debes salvar.

Nathan vio enseguida lo que Lily pretendía hacer.

—Claro. Y así cumplirás la promesa que le hiciste a Helen hace tantos años. Con vosotros todo tiene que ver siempre con esos jodidos sótanos de Barcelona, ¿verdad? Todo se reduce a eso.

Lily se encogió de hombros.

—Tú nos conoces mejor que nadie.

—Está bien. Pero ¿por qué debería hacerlo? ¿Por qué voy a negar a mi hijo el acceso al paraíso, sea cual sea el infierno que nos espera, para ponerla a ella en su lugar?

—Porque está embarazada del hijo de Hammond. —Señaló la tripa de Grace—. Tus genes están ahí dentro, Nathan.

Thandie miró a Gordo.

—De hecho, ella es mucho mejor candidata que Hammond, respecto a los criterios de Nimrod. No ha estudiado, pero posee habilidades de supervivencia de las que Hammond carece absolutamente. Y con una mujer embarazada, te llevas dos por precio de uno; dos juegos de genes, el doble de diversidad genética. Ella será más fácil de colar.

Grace miró a Lily totalmente impresionada.

—Tú has planeado esto —le dijo a Lily y se tocó la tripa—. Organizaste mi relación con Hammond, incluso el momento en el que debía quedarme embarazada, para meterme en ese arca. ¡Llevas años planeándolo!

—¿Y qué pasa conmigo? —replicó Hammond—. ¿Por qué debería permitir que suceda eso? Si te presiono, papá, me conseguirás esa plaza. Sé que lo harás. ¿Por qué debería ayudarla a ella sabiendo que yo no sobreviviré?

—Para que seas recordado —respondió Gordo Alonzo.

Después de eso, nadie habló durante unos segundos.

Lily sintió que la decisión se asentaba entre ellos. Sintió un tremendo alivio. *Lo he conseguido, Helen. He cumplido la promesa que te hice después de tanto tiempo. Lo he conseguido.*

Gordo se levantó.

—Tenemos que disolver esta reunión. Tengo mucho de lo que hablar con mis superiores si, solo si, puedo conseguir que esto funcione.

—Sé que no nos dirás nada sobre la naturaleza del proyecto, Gordo, pero ¿por qué Nimrod? ¿Por qué ese nombre?

Gordo la miró molesto.

—Supongo que en el colegio pasaste de las clases de estudios bíblicos. Génesis, 10, versículos 8 a 10: «Y Cus engendró a Nimrod, quien llegó a ser el primer poderoso en la tierra... Y fue el comienzo de su reino Babel, Erec, Acad y...».

—¿Babel?

—Fue apenas unas generaciones después del diluvio de Noé. Capítulo 11, versículo 4. «Y dijeron: Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo».

—Pero Dios les abatió cuando construyeron la torre.

—Sí. Pero ¿por qué? 11, 6. «Nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer». Eso fue lo que dijo Dios sobre la humanidad. Nos temía, así que nos abatió. Tenemos ese verso bordado en banderas colgadas por las paredes, para motivar a los trabajadores. «Nada les hará desistir ahora de lo que han pensado hacer».

—Vaya —dijo Thandie—. ¿Estáis desafiando a Dios?

—¿Por qué diablos no íbamos a hacerlo?

La radio de Nathan se encendió. Y luego la de Lily y la de Hammond. Era Piers, que llamaba del *Arca Tres*. Estaban atacando el barco.

Gordo y Thandie consiguieron hacerse con un helicóptero que los llevó a todos de vuelta a la orilla. Cuando el pájaro aterrizó en Cripple Creek dispersó algunas de las cabañas más endeble que se alzaban en las estrechas calles. Pero la población no pareció asustarse mucho. Lily supuso que una ciudad que se había convertido en base del NORAD sería el único sitio en el mundo donde los helicópteros todavía eran bastante comunes.

Se apresuraron a subir a bordo, pero Grace se quedó atrás con Gordo, para que este pudiera meterla en el Proyecto Nimrod, el *Arca Uno*, fuera lo que fuese. Y Lily sabía que aquello era el fin, que nunca volvería a ver a Grace de nuevo. Grace lloraba. No había tiempo para despedidas y el ruido del helicóptero ahogaba las palabras.

—Perdóname —dijo Lily moviendo los labios y sin emitir ningún sonido. Después, Thandie agarró a Lily y la instó a subir al helicóptero mientras Gordo Alonzo sujetaba a Grace. Y enseguida el suelo quedó atrás y Grace, con el rostro vuelto hacia ellos, empequeñeció poco a poco.

Fue entonces cuando el vuelo en sí abrumó a Lily. No podía recordar la última vez que había volado. Le trajo un montón de recuerdos, el olor a cuero y lona, la estremecedora vibración de las palas de las hélices.

Desde el aire, Lily vio que el *Arca Tres* iba a la deriva. El humo salía en grandes cantidades de la sala de máquinas y el combustible iba a parar al mar. El puente estaba en ruinas y se había desatado un incendio en la cubierta de recreo. También observó que estaban lanzando al mar los botes salvavidas, y las pequeñas embarcaciones se balanceaban mientras las arriaban con grúas.

Balsas y barcas rodeaban el arca como tiburones a una ballena herida. Había más de camino, una flota de embarcaciones en malas condiciones que se dirigían al barco dañado. La escala del desastre era tan grande que podía verse desde kilómetros a la redonda.

—Parece que el arca ha sido torpedeada. —Nathan se volvió hacia Thandie—. ¿Por qué no ha hecho nada tu maldito submarino?

—Ahora está haciendo algo —dijo Thandie. Señaló hacia un casco delgado—. El *New Jersey* se encargará de salvar tu almacén de semillas, Nathan.

—Salvaremos a todas las personas que podamos, señor, puede estar seguro de eso —informó un suboficial a Nathan.

A medida que el helicóptero descendía, Lily vio como los primeros grupos de abordaje se hacían con la tripulación que operaba las escalas y con la cubierta de paseo. Pensó en Piers, en Kristie y en Manco, y en todas aquellas personas que le importaban allí abajo, el único mundo que había conocido durante años. Y yo, se preguntó, *¿dónde voy a vivir ahora? ¿En una cabaña en la ladera de una montaña, en una balsa?*

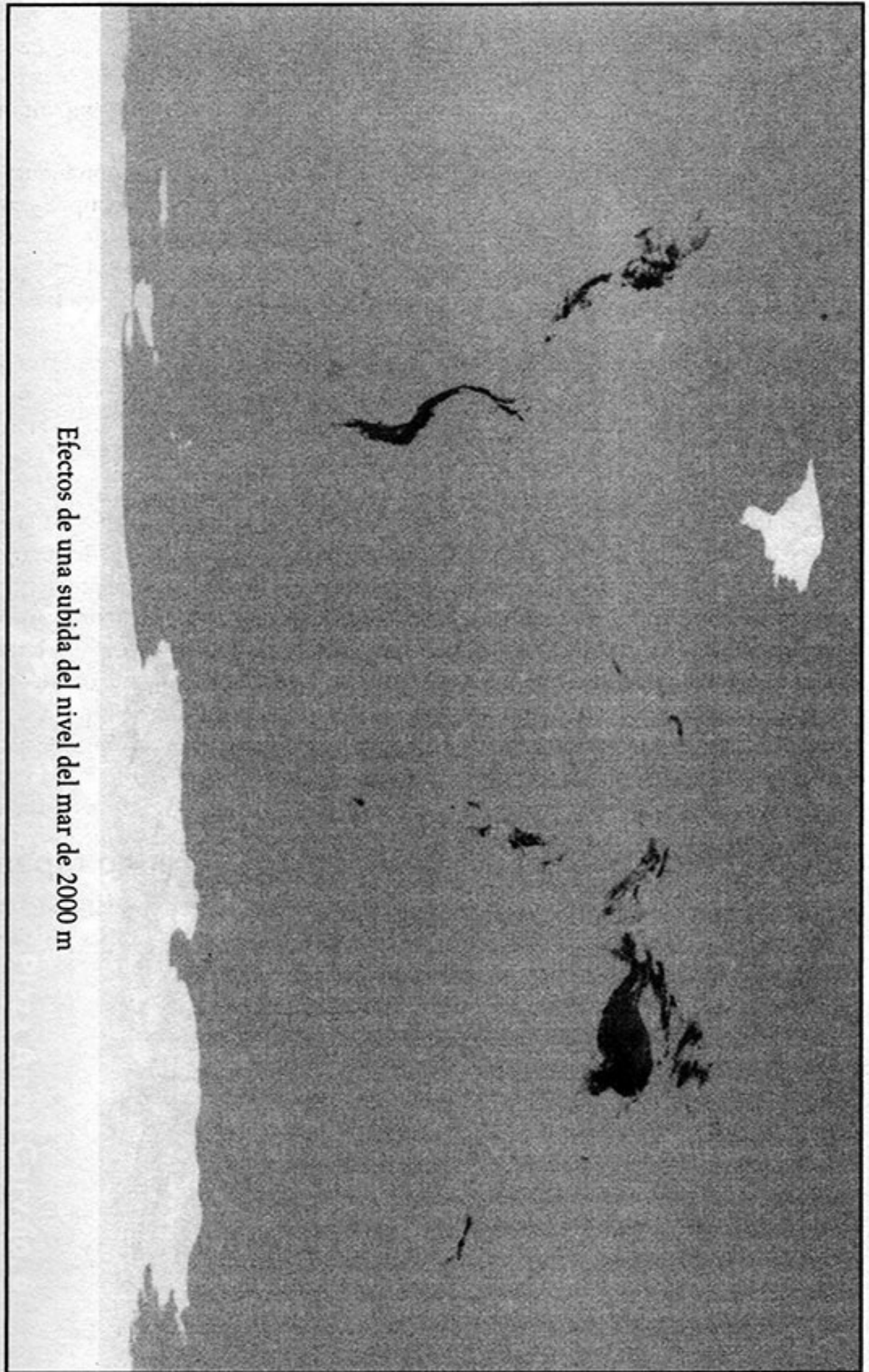
—Bájenos ya, maldita sea. —Nathan estaba asomado a la escotilla abierta con una pistola en las manos.



**5**

**2041-2052**

**Promedio de la subida del nivel del mar en comparación  
con 2010: 1800-8800 m**



Efectos de una subida del nivel del mar de 2000 m

Agosto de 2041

Nathan y Hammond sacaron personalmente a Piers de la cubierta del arca. Yacía como sin vida entre sus brazos, alto, frágil, con las piernas largas flexionadas como las de un grillo y con dos largos y huesudos antebrazos que asomaban de cada manga. Los Lammockson tuvieron que abrirse paso a través de un creciente archipiélago de botes salvavidas y balsas; algunas embarcaciones eran los botes inflables del arca, pero otras se habían improvisado con los escombros de las cubiertas. Los botes abarrotados cabeceaban y se bamboleaban en el agua y bajo sus pies, y fue un milagro que ellos dos y el hombre con el que cargaban no acabaran en el agua. Siguieron adelante.

Lily, Kristie y Manco tenían un bote salvavidas para ellos solos. Estaba lleno de remiendos y parches, pero aún se podía utilizar. La maltrecha mochila rosa de Kristie yacía a sus pies, y así la seguía a una nueva etapa de su vida. Manco, que tenía diez años, tenía los ojos abiertos como platos, tan solo iba vestido con un bañador, un chaleco salvavidas que le quedaba grande y su preciada gorra roja del *New Jersey*. Kristie lo atrajo hacia ella y, cuando el ruido de los gritos y las armas se hizo demasiado intenso, le tapó los oídos con las manos y acercó el rostro del niño a su pecho.

Los Lammockson llegaron al bote de Lily. Delicadamente tumbaron a Piers en la sentida.

—Le hemos encontrado en la cubierta de paseo —dijo Nathan jadeando y sudando—. Está frío. Le hemos puesto la chaqueta y le hemos traído aquí.

Hammond simplemente permanecía allí de pie, masajeándose un brazo, con el rostro arrugado, ceñudo. Por su aspecto podría decirse que él también estaba herido. De vez en cuando miraba hacia la orilla, allí donde había dejado a Grace y a su hijo nonato.

—Bueno, has hecho lo que tenías que hacer —dijo Lily. Dio a Nathan una botella de agua de los suministros de emergencia del pequeño bote. Nathan bebió un buen trago y se echó un poco en la cabeza antes de pasársela a Hammond. Lily sufrió un poco por el desperdicio, pero no era el momento de armar una bronca por eso.

Lily miró a Piers. El fondo del bote estaba húmedo, pero no había espacio para tumbarlo en otro sitio. Se puso de cuclillas y apoyó la cabeza de Piers en su regazo.

Kristie se sentó mirando fijamente el rostro pálido e inmóvil de Piers.

—Quizá será mejor no moverle.

Hammond gruñó.

—Echa un vistazo debajo de la chaqueta.

Lily se inclinó, abrió la cremallera de la chaqueta y dejó a la vista el desastre: el mono de Piers y la carne rasgada se mezclaban en una gran mancha de sangre pegajosa.

—¡Oh, Dios!

—De hecho, creo que le dispararon por la espalda —dijo Nathan como si aquello no fuera más que un comentario banal—. A mí me parece que eso es un orificio de salida.

—Ha caído luchando —dijo Nathan—. Siempre supo que sería así.

—¿Hay algún médico? El doctor Porter o Schmidt... ¿alguno está cerca?

—Ni idea —respondió Nathan—. Y no creo que nos sea posible enterarnos ahora mismo. Lo siento, joven, estás sola. —De pronto, pareció perder un poco de ímpetu—. ¡Ah, Cristo! —Se agachó, se sentó en el casco inflable del bote y se secó la frente con el dorso de la mano—. Tenemos que volver ahí, todavía hay gente intentando salir. Pero estoy agotado. Dame un segundo, hijo.

Hammond se encogió de hombros. Llevaba toda la vida a la sombra de Nathan, ahora no se iba a ir a ninguna parte sin su padre.

Lily miró a su sobrina.

—Kris, este bote lleva un botiquín, ahí, en el compartimento detrás de ti. ¿Puedes pasármelo, por favor?

Kristie permaneció sentada durante unos segundos, abrazada a su hijo. Después se giró para coger el botiquín.

—No lo malgastes. No sabemos cuánto tiempo tiene que durarnos lo que haya ahí dentro.

Tenía razón, por supuesto. Con el arca hundiéndose, las pocas probabilidades de que en Colorado los recibieran con los brazos abiertos y el *New Jersey* que se alejaba de ellos, no había ningún lugar al que pudieran ir, ningún lugar donde pudieran tocar tierra. Nunca podrían salir de aquel bote. Pero Lily abandonó esos pensamientos momentáneamente. ¿Qué más podía hacer?

Kristie le entregó el botiquín. Lily lo abrió.

—No. —Sintió un tacto frío en la muñeca, frío y húmedo. Era Piers. Tenía los ojos abiertos y fijos en ella, su rostro boca abajo desde el punto de vista de Lily y la boca contorsionada en una mueca de dolor. Era como si un cadáver hubiera vuelto a la vida.

—¿Piers?

—Kristie tiene razón. —Su voz no era más que gorgoteo incomprensible, y el mero acto de respirar parecía causarle mucho dolor—. Lo sabes y yo también. Tengo sesenta y seis años, por Dios.

—Y yo también. —Lily empezó a desenrollar las vendas.

—Sé sensata, Lily. A todo esto, es una orden.

Lily forzó una risa.

—No he aceptado órdenes tuyas desde Barcelona.

—Por favor. Por mí.

Lily dudó. Después empujó la caja hacia Nathan y asintió. Subrepticamente, lejos de la mirada de Piers, Nathan preparó una jeringuilla con morfina.

—¿Cómo está el barco, la tripulación? —preguntó Piers.

—Bueno, todo está perdido. —Lily miró hacia el arca. El océano estaba salpicado de botes naranjas. Las balsas de peor aspecto de los atacantes se movían entre la multitud como aletas de tiburón, y pequeñas batallas se habían desatado por todas partes. Pero Lily observó enseguida que, uno por uno, los atacantes habían empezado a retirarse, y los supervivientes del arca tiraban de cabos de plásticos para acercar los botes y formar un grupo. El arca se estaba hundiendo en medio de una capa de combustible burbujeante.

—Supongo que todos estamos fuera del barco ya. No hay forma de contarlos —dijo Lily.

Nathan pinchó a Piers en la pierna, a través de los pantalones. Piers ni siquiera se dio cuenta.

—Bueno, cuéntalos más tarde —replicó Nathan cubriéndose—, cuando los gilipollas que han hecho esto tengan lo que han venido a buscar y se larguen. Seguro que se sienten muy orgullosos de ellos mismos. Han enviado un jodido barco al fondo del mar, con su reactor nuclear y todo, qué maldito desperdicio; una embarcación que todavía podría haber durado décadas, y todo por un poco de madera, acero y plástico para reconstruir sus balsas de mierda.

—Los americanos —dijo Piers en susurros—. El submarino. ¿No han podido hacer nada?

—No se han metido —dijo Lily—. Thandie Jones habló con el capitán.

—No se meten en batallas ajenas —explicó Nathan—. Así es como te mantienes vivo en el mar año tras año sin sentido. Demos gracias a la Armada de los Estados Unidos. Bueno. Lo que está hecho, hecho está. Siempre supe que llegaría el día en el que perderíamos el arca. Ahora es el momento de pasar a la siguiente fase, eso es todo.

—¿Qué siguiente fase? —preguntó Kristie.

Nathan señaló el mar de escombros.

—Balsas, esa es la siguiente fase. Supervivencia en mar abierto. Y los materiales que necesitamos para hacerlo nos esperan aquí mismo. —Señaló al arca—. Siempre hemos organizado el barco para que los materiales flotaran en caso de que perdiéramos el arca abruptamente. Estoy hablando de las algas. Las algas modificadas genéticamente por los muchachos del laboratorio del arca. De las algas

puedes obtener algin, es decir, ácido algínico, a partir del cual puedes hacer emulsiones, fibras... Materiales para la construcción de balsas que crecerán en el mar, tan solo hay que dejar que floten. Ya lo veréis. —Se levantó y el bote se meció suavemente—. Mientras tanto, tenemos que volver. Vamos, muchacho.

Echó a andar de vuelta al centro de aquella amalgama de embarcaciones, la tumba de su arca, abriéndose paso por encima de las balsas. Hammond lo siguió a regañadientes, doliéndose de la herida de su hombro.

—Han gastado toda el agua —dijo Kristie—. Ahora no nos queda ni una gota en este maldito bote.

—Habrás más agua —respondió Lily, pero no estaba tan segura—. Quizá llueva.

—No, hoy no lloverá —murmuró Piers. Tenía los ojos abiertos, las pupilas dilatadas y miraba fijamente al cielo—. ¿Recuerdas cómo llovía cuando salimos de los sótanos de la catedral, cómo llovía en Londres...?

—Lo recuerdo.

Kristie cogió el botiquín, lo cerró y lo guardó de nuevo en su compartimento. Piers giró la cabeza para observar a Kristie. Incluso alzó el brazo para llegar a ella.

—Venga, Kris —susurró Lily—. Cógele la mano, solo un segundo.

Pero Kristie volvió la cabeza de su hijo para que no viera al hombre moribundo.

Piers siguió vivo el resto del día y la noche.

A medida que la luz desaparecía, Manco se quejó de que tenía hambre y sed, pero luego se quedó dormido. Kristie le mantuvo a cubierto, en la sombra, y pronto se hizo de noche y estaba tan oscuro que Lily no podía verlos.

Nathan no regresó al bote. Lily se quedó allí sentada, meciendo la cabeza de Piers. No había luna ni nubes. Las estrellas eran extraordinariamente brillantes en un cielo limpio ya de cualquier polución de la humanidad. Lily había pasado años en un barco en el mar, pero nunca había visto estrellas como aquellas, porque en el arca siempre había una luz cerca que las amortiguaba.

Alrededor del bote, el mar estaba en silencio, roto tan solo por el suave sonido del agua y un murmullo de voces y alguien que lloraba lejos, muy lejos. Era una noche para descansar, una noche que, probablemente, muchos desearan que no acabara nunca, porque al día siguiente se reanudaría de nuevo la lucha por la supervivencia. Pero por ahora, todo era tranquilidad.

Piers se despertó en medio de la oscuridad.

—¿La tienes?

—¿Qué, Piers?

—Para mi cara. Por si regresan. —Intentó moverse, agitando las manos sin fuerza—. Se me ha tenido que caer al suelo.

—¿Tu toalla?

—¿La tienes?

Kristie tenía un pañuelo alrededor del cuello que empleaba para evitar los rayos del sol. Se lo quitó y se lo entregó a Lily. Ella lo alisó y lo colocó sobre el rostro de Piers. Él suspiró y se quedó inmóvil.

Kristie murió.

Fue algo que comió, algo que resultó no ser tan familiar como prometía su aspecto. Era una muerte común en las balsas. Tenía treinta y ocho años. Había sobrevivido en la balsa dos años desde el hundimiento del arca.

Manco, huérfano a los doce, era imposible de consolar.

Kristie había guardado su mochilita rosa de Londres todos aquellos años y Lily miró en su interior. Encontró algunos accesorios baratos de plástico, el ordenador portátil de Kristie y su viejo osito de peluche. Lily decidió guardar el ordenador. Ofreció el peluche a Manco, pero era demasiado infantil para él. Sin embargo, guardó el collar de falsas cuentas de ámbar. A partir de entonces lo llevó en la muñeca a modo de pulsera.

Kristie no había hecho las paces con su tía, ni siquiera en los momentos finales. Cuando descubrió lo que había ocurrido en Cripple Creek, Kristie no había podido aceptar que Lily hubiera negociado una plaza en el *Arca Uno*, fuera lo que fuera, no para Manco, su propia sangre, sino para Grace, una reliquia de su época de Barcelona. Ni siquiera sirvió de nada que Lily argumentara que, probablemente, los del *Arca Uno* ni siquiera sirvió de nada que Lily argumentara que, probablemente, los del *Arca Uno* no habrían aceptado a Manco y que Nathan no la hubiera apoyado en eso. Lily ni siquiera lo había intentado y aquello era traición suficiente para Kristie.

De una forma u otra, el secuestro de Lily se había interpuesto entre ellas toda la vida de Kristie, y siguió siendo así incluso en su muerte.

Aquella noche, cuando Manco dormía, Lily echó un vistazo al portátil.

Tenía una aplicación de calendario, pero ninguna conexión vía radio o satélite. Y contenía una enorme base de datos que Kristie llamaba su cuaderno de notas. Lily recordó como Kristie había comenzado aquella recopilación sentada a la mesa de comedor de su madre en Fulham, con una observación sobre un hombre mayor que no había podido acudir a un partido de fútbol por culpa de las inundaciones en Peterborough. La anotación seguía allí. Lily rebuscó entre las entradas. Las noticias habían sido seleccionadas con mucho juicio y estaban escritas con estilo urgente, pero con gracia. Kristie podría haber sido una escritora de algún tipo, una periodista quizá, en una época mucho más amable. En los últimos años, después de que el arca hubiera desaparecido y ellos acabaran en una balsa, la posibilidad de acceso de Kristie a la red global se había evaporado, salvo por los fragmentos de noticias que oía por las



radios de cuerda de Nathan. Pero, extrañamente, su propio mundo se expandió. A medida que las comunidades balseras se cruzaban en los océanos del mundo, y las noticias pasaban de boca en boca entre ellas, Kristie lo había apuntado todo en su ordenador.

Llena de curiosidad, Lily entró en la última anotación que había hecho Kristie. Era un cotilleo, escrito hacía unas semanas. La mujer de la noticia hablaba de una época tan solo unos meses después de que Lily hubiera dejado a Grace en Colorado. Decía que vivía en las comunidades itinerantes en el océano al este de las Rocosas. La historia comenzaba con ella sentada en la cubierta trenzando el pelo de su hija mayor cuando una luz arrojó sombras cambiantes sobre su regazo. Al principio creyó que era un incendio. Se volvió para mirar.

Consiguió discernir un punto brillante que se alzaba poco a poco en el cielo dejando un rastro de humo iluminado por el resplandor de aquel fuego. Siguió subiendo y trazó un arco, una delicada curva en el rostro de los cielos. Y después, el ruido llegó hasta ella, un tronar profundo y suave como una tormenta lejana. La chispa de luz desapareció en el firmamento.

*Grace*, pensó Lily inmediatamente. *Grace*. ¿Qué más podía ser?

Rápidamente buscó en la base de datos. No era más que un pequeño comentario que Kristie había recogido de alguien en una balsa que, a su vez, lo había oído de otra persona, que... Y así. Era imposible verificarlo. La fuente ni siquiera tenía nombre. Lily nunca podría saber si era cierto. Leyó el artículo una y otra vez en un intento por extraer más información de aquellas palabras, hasta que Manco la llamó en sueños.

Más tarde, acuciada por la curiosidad, Lily echó un vistazo a la penúltima anotación. Era un informe sobre lo que quedaba de América, según un reportaje de radio, que decía que el caballo se había extinguido.

Por la mañana, Lily preparó el cuerpo lo mejor que pudo. Metió el osito de peluche dentro de la mochila y la colgó del cuello de Kristie.

Después consiguió que la ayudaran a llevar el cuerpo de Kristie hasta la borda de la balsa. A aquellas alturas ya era una embarcación enorme que contaba con casi cien metros de diámetro; un pueblo flotante construido con el sustrato de los productos de algas de las algas modificadas genéticamente de Nathan. Aparte de la mochila, Kristie bajó desnuda a su tumba del mar. No podían permitirse desperdiciar ropa. También tuvieron que hacer frente a un grupo de habitantes de la balsa, jóvenes que protestaban porque no creían en los entierros en el mar. No se trataba de canibalismo, pero el cuerpo de Kristie podía ser fuente de valiosos recursos y era un desperdicio echarlo al mar. Aquel era su punto de vista, pero Lily suplicó para que cambiaran de opinión, y como era una anciana superviviente del arca, la respetaron y no le impidieron nada.

Ni siquiera tenía algo que sirviera de ataúd para el cuerpo. La tumba de Kristie sería una hilera de afilados dientes en el océano.

Así que Lily y Manco se quedaron solos, juntos. Eran de mundos diferentes, extraños. Lucharon y lloraron.

Marzo de 2044

Cuando la luna estaba cubierta por completo, cuando la sombra de la Tierra ocultó su rostro en toda su extensión y floreció aquel llamativo color rojo sangre, Lily oyó las expresiones de sorpresa que cruzaron las comunidades balseiras, el murmullo de una muchedumbre asombrada; mientras los niños decían «¡Mira eso!» en una amplia variedad de idiomas. La luz anaranjada de la luna en eclipse iluminó la cara vuelta hacia arriba de Manco, haciéndola relucir como una moneda. Y con el cielo desprovisto de la luz de la luna, destacaron las estrellas, dominadas por Júpiter, el rey de los planetas.

Lily intentó imaginar cómo sería mirar hacia la Tierra desde la superficie de la Luna, ver el seno del océano brillando bajo la manchada luz del satélite. Un océano que se extendía sin límites de polo a polo a excepción de las últimas islas desperdigadas formadas por las cumbres más altas del planeta, de los puntos de las balsas y botes e islas de basura, y de la gente con los rostros vueltos hacia el cielo para contemplar el espectáculo. Lily sintió el impulso de relajarse y dejarse llevar.

Pero tenía trabajo que hacer, tenía que meter información en la dura mollera de Manco, ya un adolescente de trece años.

Se movió para adoptar una postura más cómoda al lado de Manco en el trozo de plástico que habían recuperado del arca y que habían colocado sobre el pegajoso suelo de ácido algínico de la balsa.

—Ahora, Manco, tienes que prestar especial atención a los momentos en los que la sombra de la Tierra toca el borde de la circunferencia de la Luna, que es cuando la Luna entra o abandona el cono de sombra. Puedes cronometrar esos momentos con precisión, sabes, incluso al segundo. —Hizo una anotación en el portátil de Kristie como para reforzar su argumento—. Y entonces apuntas el tiempo aquí, así...

—La luz es rara —dijo Manco—. No es como la luz de la Luna.

—No. Eso es porque no es la luz normal de la Luna. La luz de la Luna se produce cuando la luz del Sol incide en la cara de la Luna. Durante un eclipse, la única luz que recibe la Luna es la que llega refractada de la atmósfera de la Tierra. Viene del borde de la Tierra y es roja. Como si todos los amaneceres y atardeceres del mundo, todos a la vez, cayeran sobre la Luna...

Manco no estaba interesado.

Y la voz de Lily la estaba delatando. Tenía sed. Dios, tenía sesenta y ocho años y durante tres había vivido en una balsa. Y los cubos de plástico llevaban vacíos varios largos días. Tenía razones para tener la garganta reseca. Siempre se podía conseguir

algo de humedad del pescado, de chupar globos oculares o fluido espinal, algo con lo que los niños como Manco no tenían ningún problema. Pero Lily sentía mareos cuando lo hacía y, normalmente, le dejaban un gusto salado y aceitoso que era casi peor que la sed en sí misma.

Intentó concentrarse.

Estaba intentando que Manco se metiera en su joven cabeza el método que ella había inventado para calcular la longitud.

Como llevar la cuenta precisa de la hora era esencial para medir la longitud, pronto, cuando todos los relojes del mundo dejaran de funcionar, sería todo un reto. Pero Lily tenía consigo el viejo almanaque astronómico que se había llevado del *New Jersey* como recuerdo. El almanaque traía predicciones exactas de los eclipses que se habían visto y se podrían ver desde Greenwich hasta el año 2100. Un eclipse lunar era un acontecimiento visible en cualquier punto del planeta. Lo único que había que hacer era llevar la cuenta de la fecha, y ella sabía por el portátil de Kristie que estaban a 13 de marzo de 2044. Y si te fijabas en qué momento del eclipse estabas entonces podías saber cuál era la hora exacta según el meridiano de Greenwich. Y al saber eso, lo único que tenías que hacer era mirar las estrellas y observar qué posición ocupaban respecto a la posición de las estrellas y observar qué posición ocupaban respecto a la posición de las estrellas que mostraba el almanaque para el cielo sobre Londres en aquel preciso instante, y así podías deducir lo lejos que estabas en la curva del mundo...

Incluso para Lily sonaba terriblemente complicado.

—No veo para qué sirve todo eso —dijo Manco—. Longitud, sí, vale, para saber a qué distancia estamos del ecuador...

—Latitud —respondió Lily suavemente—. Eso es la latitud. La longitud es...

—Vale, latitud, sencillo. —Señaló la estrella Polar—. Depende de lo alto que esté eso. Y la latitud es importante. —Lo era. Lo mejor era permanecer cerca del ecuador, donde los grandes huracanes sucedían muy pocas veces; pero a veces había que aventurarse un poco al norte o al sur, porque por donde pasaban los huracanes, las aguas se agitaban y se podía pescar mejor.

—Pero ¿a quién le importa la longitud? ¿Acaso significa algo? Todo es igual, agua por todas partes, no importa lo lejos que vayas al este o al oeste. A lo que voy es, ¿dónde estamos ahora exactamente?

—A unos setenta y cinco grados este. En algún lugar del Océano Índico.

—¿Y qué? ¿A quién le importa? ¿Qué es Índico?

—India. Se llamaba India. Lo que importa es...

—¿Puedo ir a ver a Ana? Le hablaré del eclipse, de la altitud y esas cosas.

—Longitud.

—Lo que sea.

Y dicho eso, ese marchó caminando con agilidad, vestido tan solo con unos pantalones cortos muy gastados. Avanzó pisando el suelo de la balsa, sin apenas pensar en aquel maravilloso sustrato de Nathan, un milagro diario y continuo que todo el mundo daba por sentado y que la mayoría de los jóvenes ni entendían ni se daban cuenta de su existencia.

Al llegar al borde de la balsa, saltó al agua bañada por la luz de la luna y se alejó nadando.

Lily oyó la tos de Nathan mucho antes de que él apareciera de entre la penumbra.

Nathan llegó cojeando. En los últimos años su cuerpo se había visto asolado por la artritis y, por supuesto, le echaba la culpa a la humedad del mar.

—¿Dónde diablos se ha metido Manco? Creía que las clases no habían terminado.

Lily preparó unas mantas para que él pudiera sentarse. Nathan se agachó entre gemidos de dolor.

—¡Oh, Nathan, ya sabes cómo son estos niños! No puedes mantenerlos quietos. Aunque Ana no es mala chica. ¿Has conocido a sus padres? Rusos que llegaron al oeste de los Estados Unidos después de que la inundación sumergiera su patria. Una historia dura. Ana no recuerda nada, claro.

—Mi percepción es que estos niños lo único que quieren hacer todo el día es nadar y follar. Algunos incluso atrapan peces con los dientes, sabes. Es algo digno de ver.

—Bueno, quizá...

—Hay que enseñarles cosas —insistió Nathan golpeando el suelo con la palma de la mano—. No podemos permitir que nuestros niños se conviertan en malditas focas. Tienen que aprender qué es la longitud. Tienen que aprender a leer, a escribir y a trabajar con números. Tienen que aprender que viven dentro de una jodida bola colgada del cielo. Porque de lo contrario, en cuestión de una generación, no utilizarán los eclipses lunares para deducir la longitud. Se asustarán ante el parpadeo del ojo de Dios.

—Lo sé, lo sé...

—Ese crío, Manco, ha ido a peor desde que su madre murió. Puedes decir lo que quieras sobre Kristie, y ella desde luego tenía mucho que decir sobre mí, pero era una buena madre, de las duras.

Lily se enfadó.

—¡Ah!, ¿en serio crees que hago tan mal trabajo? Dios, Nathan, tengo casi setenta años. Si pudiera hacer volver a su madre lo haría con los ojos cerrados. Tampoco es que tú hicieras un gran trabajo con Hammond.

Tan pronto como le fue posible tras el hundimiento del arca, Hammond se había

hecho con un par de botes salvavidas y se había largado, hacia el sur, con la esperanza de encontrar un refugio en los Andes. Su padre no había querido que se fuera. La despedida había sido a base de puñetazos.

Ahora, sin embargo, Nathan no parecía muy preocupado por la pulla. Se inclinó para acercarse a Lily y susurró, a pesar de que no había nadie cerca que pudiera oírlos.

—Hablando de Hammond. Hoy he recibido un mensaje. —Se habían mantenido en contacto gracias a la radio a manivela y a las baterías solares de Nathan—. Algunas noticias sobre el *Punto*.

El *Punto* era un sistema formado por el huracán más fuerte e intenso que habían visto nunca y que, al parecer, era permanente y campaba a sus anchas por los trópicos de la Tierra, alimentándose del aire cálido y sin verse entorpecido por tierra firme como había ocurrido siempre con las tormentas. Lo llamaban el *Punto* porque se creía que ese sería su aspecto visto desde el espacio si quedara algún satélite en funcionamiento: una tormenta permanente en la Tierra similar a la Gran Mancha Roja de Júpiter. Nathan recitó algunas coordenadas. Convenía conocer la ubicación del *Punto* y sus tormentas satélite para poder evitar su fuerza destructiva, pero, aun así, poder beneficiarse de las aguas turbulentas y ricas en nutrientes que dejaba a su paso.

—Y —añadió Nathan—, dice que recibió un mensaje de Alma. O más bien que no recibió ninguno.

—Alma, Colorado. —La ciudad más alta de los Estados Unidos—. ¿Y?

—*Glu, glu, glu* —respondió Nathan.

—¡Dios! —Lily intentó recordar cómo eran las pequeñas ciudades de los Estados Unidos, con su centro, sus centros comerciales en las afueras, los autobuses escolares y gasolineras, y los barrios del extrarradio. Todo había desaparecido, borrado más a conciencia que cualquiera de los desaparecidos imperios del pasado.

La interminable letanía de pérdidas poco a poco se hacía más irreal. El nivel del mar había subido tanto ya que incluso las ciudades de los Andes habían acabado bajo las aguas: Bogotá, Quito, La Paz. Y antes que eso, había desaparecido Australia, el primer continente en ser borrado por entero de la faz de la Tierra. Lily había señalado aquel día en su precario calendario, cuando calculó que el mar se habría cerrado ya sobre el monte Kosciuszko en Nueva Gales del Sur, a dos mil doscientos veintiocho metros de altura, el punto más alto de la isla continente. También había cantado para sí misma *Waltzing Matilda* a modo de despedida...

Lily no estaba escuchando a Nathan. Como siempre, se dejaba llevar por los recuerdos. Intentó concentrarse de nuevo.

Nathan, meciéndose suavemente, seguía hablando, como solía hacer siempre, hablando de su visión sobre el futuro.

—Tenemos que educar a estos críos. Son los herederos de cuarenta mil años de

cultura. En el pasado, el mundo construido por los humanos te rodeaba, los edificios y los libros y las máquinas, y te daban forma. Todo eso ha desaparecido, borrado, excepto por lo que queda aquí. —Se golpeó la frente, pero con cuidado de no dañar su muñeca carcomida por la artritis—. Esto no es tan solo una inundación. Es una gigantesca amnesia colectiva. Bueno, eso no se puede evitar. Tienen que aprender pero no aprenden. No escuchan. No quieren cumplir los programas que creamos para ellos...

Lily había oído ya esos argumentos muchas veces, y no solo de boca de Nathan. Las personas más comunes se quejaban de que los niños no prestaban atención a los predicadores, imanes y rabinos itinerantes que, poco a poco, se abrían paso por las comunidades balseras. Si los niños rechazaban la visión del mundo de Nathan de que todo era posible, también estaban buscando sus propios dioses, al parecer, en algún lugar de las aguas interminables que dominaban su mundo.

—Sea como sea, esta inundación no es más que una convulsión climática más en un largo período de tiempo —murmuró Nathan—. Hace cinco millones de años hubo un gran enfriamiento en África y se terminó el bosque. Nuestros ancestros se separaron y comenzaron a evolucionar para adaptarse a esa nueva tierra abierta. Los chimpancés se quedaron aferrados a lo que quedaba de los bosques y, sabes qué, seguían allí cuando las jodidas aguas subieron y se los tragaron. La Tierra nos dio la vida y luego nos educó con amor duro. Esta nueva época acuática, el Hidroceno, no es más que otro golpe más para moldearnos, y lo superaremos y seremos más listos y más fuertes que nunca. Sí, me gusta... —Miró a su alrededor como si buscara a alguien que escribiera esa frase para la posteridad—. Malditos chimpancés, quiero decir, críos. Tan solo se dedican a nadar... —Se le cerraban los ojos como si estuviera quedándose dormido mientras hablaba. Se mecía suavemente. Tenía setenta y tres años.

—Nathan, quizá deberías irte a la cama.

—Tan solo se dedican a nadar...

Una luz brilló en el cielo. Lily miró creyendo que el eclipse habría terminado, que la luz del sol volvería a iluminar el rostro de la luna sin obstáculos de por medio. Pero la luna seguía totalmente oculta, tan redonda y marrón como hace unos minutos.

Era Júpiter. Era Júpiter lo que se veía, un punto de luz tan solo, pero muy brillante, tanto que podía incluso arrojar sombras afiladas en las algas relucientes del substrato de la balsa. Pero la luz disminuyó, como si fuera apagándose en la distancia. Y ya solo quedó Júpiter, brillando solo como siempre.

*Era el arca*, pensó Lily inmediatamente. *Era Grace*. ¿Qué más podía ser?

Entonces, una franja de blanco plateado asomó en el borde de la Luna y las montañas lunares recibieron la explosión de luz solar. La súbita iluminación deslumbró a Lily brevemente y Júpiter se perdió. Nunca podría saberlo.

—Yo te traje aquí, ¿no? Te he mantenido viva.

—Sí, Nathan. —Lily echó una manta sobre los hombros del hombre mientras él seguía meciéndose y murmurando sobre la evolución, el destino y los niños; un anciano acuciado por el dolor de la artritis—. Ya lo creo que lo hiciste.

Si había sido el *Arca Uno*, pensó, quizá la tripulación hubiera planeado el momento justo de ese extraño despegue, sabiendo que en la cara oculta de la Tierra todos los ojos estarían vueltos hacia el eclipse, el espectáculo del cielo. Sería un gran golpe, una forma deslumbrante de decir adiós.

—Te he mantenido viva. Tenemos que adaptarnos. Los chimpancés, quiero decir, los críos, tiene que aprender...



Agosto de 2048

Gary Boyle vino a visitar a Lily en su balsa que seguía a la deriva lentamente. Lily se acercó al borde de la embarcación y observó cómo se acercaba el bote.

Gary remaba en compañía de un hombre más joven que aferraba los remos con mucha fuerza. Surgieron de lo que parecía un archipiélago disperso de islas bajas cubiertas de verde. De hecho, eran las cumbres de los Collegiate Peaks, una cadena de las Rocosas, la más alta de los Estados Unidos fuera de Alaska. Ahora aquellas enormes montañas apenas asomaban del agua.

Los niños de la balsa nadaron alrededor del bote de Gary, sus pequeños cuerpos semejantes a leones marinos, hundiéndose y emergiendo mientras cantaban aquellas tonterías sin sentido: «Te río yo más mis gracias, eres mi diversión, eres mi bufón, te río yo más mis gracias...». Uno de los críos era Boris, el hijo de Manco y Ana, que no tenía ni dos años y que nadaba con tanta confianza como cualquiera de los otros. Ana estaba en el borde de su balsa dando palmadas en un intento de traerlo de vuelta.

Gary y sus compañeros amarraron el bote al costado de la balsa maltrecha y subieron a bordo con los miembros rígidos. Lily ofreció la mano a Gary, más por afecto que por practicidad, y él la envolvió en un abrazo de oso.

Gary dejó que Lily le enseñara la balsa.

—Vaya, ¿qué es esto, goma? —La base de algas cubierta de limo de la balsa, el último legado de Nathan, sobrevivía tres años después de que una infección de pulmones se hubiera llevado a su promotor—. ¿Ingeniería genética de verdad? Ah, estoy impresionado.

Se sentaron en el pequeño trozo de plástico que solía utilizar Lily y que compartía a veces con Manco o Boris, pero casi nunca con Ana, que prefería quedarse con su familia. Lily ofreció a Gary agua fresca y pescado seco especiado con un poco de aquella preciosa pimienta que había podido comprar en una gran granja flotante en el medio Pacífico.

—Deberías ver esas granjas, Gary. Jardines flotantes, fuentes de agua, turbinas de viento y paneles solares, ahí, en medio del océano. Tienen gallinas metidas en gallineros unidos a las paredes y verduras que crecen dentro de viejos neumáticos de camión. Incluso Nathan estaría impresionado.

Gary, que escuchaba educadamente, tenía cincuenta y cinco años. Aún quedaban vestigios del joven que Lily había conocido en los viejos tiempos, pensó. Gary siempre se había mantenido en forma como científico de campo, siempre al aire libre, siempre moviéndose; y más tarde como refugiado durante muchos años. En ese

aspecto, su vida no había cambiado en absoluto. Iba bien vestido, relativamente. Mientras Lily vestía su gastado mono de AxysCorp lavado y remendado miles de veces; Gary lucía camisa y pantalón que parecían nuevos, recién saqueados de alguna ciudad americana sumergida. Pero su pelo se había reducido drásticamente y estaba salpicado de gris, y un cansancio triste asomaba en sus ojos. Tenía una marca en la frente, la cicatriz de un disparo. No habló de eso.

Gary había pasado décadas en las comunidades de los Andes, donde la Ciudad Caminante había concluido su largo viaje. Sin embargo, ya hacia el final, cuando las cosas empezaron a torcerse aún más, había decidido que quería terminar sus días en casa, en lo que quedaba de los Estados Unidos continental; y tras una odisea oceánica por su cuenta había llegado finalmente a Colorado.

Y ahora estaba allí. Se inclinó hacia delante y tomó las manos de Lily.

—Dios, me alegro de verte, Lily, de oírte hablar. Me alegro de que hayas venido hasta aquí, cruzando el mundo entero.

Así había sido. Las balsas podían manejarse, más o menos, si utilizabas un timón y conseguías que el viento hinchara las velas. Tras la muerte de Nathan, Lily había heredado sus pertenencias, incluyendo sus preciosas radios. Las utilizó para localizar a Gary cuando este se mudó a Norteamérica. Y cuando él le había explicado lo importante que iba a ser el año venidero, Lily se había visto impulsada a ir a su encuentro. Los demás le siguieron la corriente. Al parecer, no les importaba estar aquí o allí, siempre que la pesca fuera buena.

—Tu vida es más extraña que todas las que he vivido yo. ¿Qué haces todo el día?  
—preguntó Gary.

—Pescamos —respondió Lily—. Cogemos agua. Cuidamos de las balsas. Comerciamos un poco. Pero en general nadamos y follamos.

Aquello hizo reír a Gary.

—Tanto de lo uno como de lo otro. Tienen niños, sabes, más y más jóvenes. Manco y Ana tan solo tenían quince años cuando Boris llegó al mundo. Las madres dan a luz en el agua. Manco y Ana ya no se parecen nada a nosotros. Y la nueva generación, la de Boris, no tendrá ningún contacto con nosotros. Nada en común, ni siquiera recuerdos compartidos. Ese es mi miedo. Yo les cuento un montón de historias. Les digo de dónde vienen.

Hablaron de viejos amigos, de Thandie y Elena y del resto de la comunidad de científicos que seguían reuniéndose a través de las radios supervivientes, que seguían intentando ser testigos de las vastas transformaciones que estaba sufriendo el mundo. Hablaron de Nathan, que había muerto alejado de su hijo; y de los demás ex rehenes, de Piers y de Helen e, incluso, de John Foreshaw, que había muerto en Barcelona y nunca llegó a saber nada de la inundación.

Y de Grace. Gary sabía aún menos que Lily sobre el *Arca Uno*. Lily había

aceptado hacía ya mucho tiempo que nunca llegaría a saber qué había sucedido con la hija de Helen.

Hablaron del año que estaba por venir.

—Es el año para los degustadores de catástrofes —dijo Gary—. En los próximos doce meses, más o menos, perderemos continentes continuamente. En enero, Europa desaparecerá por fin cuando el monte Elbrus, en Rusia, acabe bajo las aguas. En mayo es el turno de África, cuando suceda lo mismo con el Kilimanjaro. Para entonces lo que queda de Estados Unidos también habrá desaparecido, salvo por un par de montañas en Alaska. Al año siguiente, Sudamérica, incluso los Andes, y ya no quedará nada del hemisferio occidental...

A Lily no le gustó tener que admitir que no estaba segura de cuándo sería enero, ni de qué mes era el corriente. En el mar era difícil hacer el seguimiento de esas cosas.

—Me pregunto cómo marcaremos el tiempo cuando desaparezca la tierra. Quizá a través de los grandes acontecimientos que vayamos sufriendo. He oído a Manco y a Ana hablar de cosas así como el «año de la gran ola».

Gary se inclinó hacia delante, interesado.

—¿Qué gran ola?

Lily la describió, una ola inmensa que podría haber llegado a cien metros de altura y que cubría el océano de horizonte a horizonte. Fue desconcertante y terrorífico. Pero en aquel momento, las balsas habían estado en aguas profundas y la ola no había caído sobre ellos. Las balsas simplemente navegaron sobre ella y cayeron suavemente al otro lado.

Gary asintió.

—Por lo que cuentas parece una ola planetaria. La teoría de los mundos oceánicos anticipó cosas así. Una ola a escala global que recorre sin descanso los mares del planeta, una y otra vez en un círculo sin fin.

—Sin nada que la detenga.

—Eso es. Quizá comenzara con un terremoto submarino o un corrimiento de tierras. El peso del agua sobre las placas sigue causando acontecimientos geológicos. Lo vemos en las lecturas sísmicas, pero normalmente no podemos saber de qué se trata. Ya no podemos bajar allí a comprobarlo, claro.

—«Mundos oceánicos».

—Sí. Vimos algunos en el cielo, en la época en la que todavía teníamos telescopios que buscaban planetas. Si te paras a pensarlo, un planeta como la Tierra tiene que ser algo raro, una mezcla de océanos y paisajes rocosos. Son más comunes los planetas que son todo roca, como Venus o Mercurio; o todo agua, como Titán, las lunas heladas; océanos congelados de kilómetros de profundidad encajados sobre un núcleo de roca Sea como sea, ahora vemos características de los mundos oceánicos

en nuestra Tierra, como las olas planetarias, enormes huracanes permanentes como el *Punto* y un sistema de circulación oceánica global mucho más simple.

—¿Y qué hay de la vida?

Gary sonrió.

—Sí, ¿qué hay de ella? Escucha, yo tengo mi propia teoría sobre hacia dónde nos dirigimos. No hables de esto con Thandie. Me mataría si pudiera oírme.

—Dios, no voy a ponerte nota en un examen de ciencias, cuéntamelo.

—De hecho, hay precedentes. Hace un par de millones de años, en la época de la Pangea, cuando todos los continentes eran uno, existía un océano semiglobal que era lo más parecido a lo que estamos viviendo hoy en día. Resultaba que con la inundación, el ciclo biológico del carbono está patas arriba...

»El carbono era absorbido del aire y se convertía en materia vegetal, gracias a las plantas en la tierra y en el mar, mediante la fotosíntesis; y después regresaba al aire a través de la respiración de los seres vivos y la descomposición de los muertos.

»Antes de la inundación, ese ciclo estaba dominado por la vida terrestre, las cosas verdes de la tierra, y ahora hemos perdido casi la totalidad de ese vasto mecanismo. Y también bastante del segundo, que es la erosión de las rocas: el dióxido de carbono cae con la lluvia disuelto en el agua, la lluvia ácida moldea los bordes de las rocas, *bla, bla, bla*. Eso no era más que una milésima parte del componente biológico, pero a largo plazo es efectivo, o era.

»Lo que es peor es que incluso en el mar está fallando ese mecanismo. Sube la temperatura y eso reduce la eficacia del fitoplancton. Unos océanos que tienen cada vez mayor acidez tampoco ayudan en absoluto: el dióxido de carbono más el agua dan como resultado ácido carbónico. Tampoco tenemos las frías corrientes polares que descienden bajo las aguas de latitudes más bajas, acarreando oxígeno y nutrientes a los estratos más bajos. Por eso surgen florecimientos de algas tras el paso de una tormenta, porque consigues que las aguas se mezclen, de forma localizada y temporal.

—Ya lo sabemos —dijo Lily—. Nos alimentamos de eso.

—Hemos perdido todos esos mecanismos justo en el momento en el que el aire ha recibido una inyección brutal de dióxido de carbono debido a los incendios y a la vegetación pudriéndose en masa en la tierra inundada. Como si hubiéramos hecho una fogata con todo lo que había de verde en el planeta.

»Así que las cosas tienen que cambiar. La Tierra es un sistema de flujos de materia y energía que se retroalimenta.

—Gaia —susurró Lily.

—Esa es la idea. La mayor presión sobre el planeta era el lento aumento de la temperatura del sol: la energía que nos aporta el sol ha aumentado un tercio desde que se creó la vida. Ahora, los sistemas de Gaia se ajustan, de forma inconsciente, para

mantener una temperatura adecuada en la superficie, una temperatura en la que pueda sobrevivir la vida, a pesar del calentamiento. Al comienzo de todo, lo que se expulsaba al aire era metano, otro gas invernadero, para hacer subir la temperatura. Hace unos dos billones de años, la energía del sol era la óptima para la vida en la Tierra. Desde entonces ha empezado a hacer demasiado calor, Gaia necesita refrescarse y su forma de hacerlo es extrayendo dióxido de carbono del aire y guardándolo en las rocas, en almacenes fósiles como petróleo o carbón.

Lily asintió.

—Cuanto menos gas invernadero hay, menos calor hay atrapado.

—Eso es. Pero ese mecanismo está a punto de llegar al límite de su capacidad. El tanque de dióxido de carbono de la atmósfera está, estaba, bastante vacío. Gaia ya era vieja antes de la inundación, y el sol caliente está poniendo las cosas muy difíciles.

»Algunos creen que las glaciaciones, las edades del hielo, eran una especie de experimento con un nuevo estado estable. Las glaciaciones fueron muy duras para los humanos. Pero desde el punto de vista de Gaia, si renuncias a las tierras de las latitudes más altas y las entregas al hielo, pierdes un porcentaje de superficie productiva pero también reflejas una considerable cantidad de luz solar. Mientras tanto, la vida puede florecer en las latitudes medias y en la tierra que asoma en la superficie de los mares poco profundos. Así que el mecanismo funcionaba. Pero exigía un montón de esfuerzo.

»Y de pronto, Gaia se ve llena de agua, muy caliente y con niveles de dióxido de carbono muy elevados. Está bajo presión de nuevo, una presión que quizá nunca había sufrido hasta ahora.

—Eso es lo que suele decir Thandie. Presión...

—Sí, pero nosotros sabemos que a la Tierra le gusta asentarse en períodos estables, en los que todos los ciclos geológicos, climáticos y biológicos, funcionan al unísono. Durante los últimos dos millones de años, ha pasado varias veces de Edad de Hielo a edad interglaciar más cálida. Ahora creo que Gaia está alcanzando otro estatus, un nuevo punto de equilibrio en el que veremos un nivel mucho más elevado de dióxido de carbono en el aire y una temperatura global mucho mayor. El calor generará tormentas y moverá el mar, generando vida allí por donde pasen removiendo los nutrientes y proporcionando así un mecanismo para recoger dióxido de carbono. Así tendremos un período estable, aunque con un nivel de dióxido de carbono mucho mayor que antes.

—Entiendo. Creo. ¿No hace falta la tierra, entonces?

—No. Es un nuevo sistema, un nuevo equilibrio con una Tierra acuática, cálida y llena de tormentas. En cierto sentido, se puede creer que esta es la razón por la que empezaron a abrirse las grandes reservas de agua almacenadas bajo el manto terrestre, para liberar la suficiente que llevaría a la Tierra a este nuevo estado: los

viejos estados, todo eso de la edad glacial-interglacial, resultó ser un fracaso. ¿Sabes qué? He hecho algunos cálculos, a ojo. Creo que con una configuración como esta, podría haber incluso más biomasa en la Tierra que antes. El planeta podría salir de esta situación mucho más saludable.

—Pero sin espacio para nosotros —replicó Lily.

—No necesariamente. Habrá muchos peces en el mar, si sabemos cómo atraparlos. Pero toda esta historia no tenía nada que ver con nosotros, ¿lo ves? Tenía que ver con la Tierra, que se estaba transformando como había hecho ya en el pasado. Incluso a pesar de que nosotros le diéramos el empujoncito necesario para que comenzara el proceso.

Lily miró a los niños que jugaban en el mar.

—Nuestra civilización ha desaparecido. Todo lo que construimos. Pero mira cómo nadan esos niños. A ellos no les importa que el Smithsonian esté bajo el mar, o que ya nunca más tengamos Internet.

—Sí —murmuró Gary—. Y al final, cuando muramos, ya sabes, puede ser una especie de final feliz: «Generación va, y generación viene; más la tierra siempre permanece», Eclesiastés 1, 4. —Sonrió—. Fue Thandie la que me impulsó a echarle un vistazo a la Biblia, pero tampoco le digas eso.

—¿Y qué pasa contigo? Cuando Norteamérica desaparezca, ¿vendrás con nosotros?

—Supongo que no —dijo de una forma tan inocente como si solo estuviera rechazando un vaso de agua—. Creo que ya he terminado con mis viajes. Y en el lugar de donde vengo hay personas a las que quiero.

Lily sonrió.

—Al final resulta que siempre has sido un tipo sociable. Si no hubiera sido por ti, Grace no habría sobrevivido. Pero no te veo tirando la toalla. Solo tienes cincuenta y seis. Te daré algunas de las algas de balsa de Nathan para que las cultives.

—Gracias. —Parecía preocupado—. Pero, Lily, mira, las algas por sí solas no son suficientes. En algún momento se acabará lo demás: el plástico, los sedales de pesca de nailon y todo lo demás.

—¡Oh, sabemos que nuestras balsas no durarán para siempre! De vez en cuando nos da de lleno una tormenta que no podemos evitar y perdemos algunas. Y todavía hay piratas ahí fuera. Es un desgaste continuo.

—¿Y eso no te preocupa?

Lily se encogió de hombros.

—¿Qué podemos hacer al respecto?

—Es una tragedia, sabes —dijo Gary—. Simplemente nos quedamos sin tiempo. —Miró hacia el amplio firmamento—. En otros cincuenta años habríamos puesto centrales eléctricas en órbita y habríamos construido minas en los asteroides y en la

Luna; y no necesitaríamos los malditos continentes. Bueno.

—Sí.

Se levantaron ayudándose el uno al otro. Cogidos del brazo caminaron hasta el borde de la balsa, donde esperaba el amigo de Gary al lado del bote de remos. Estaba enseñando trucos con monedas a los críos, algunos de ellos en el agua, otros fuera de ella. Parecían entusiasmados.

—Sé dónde vais ahora —le dijo Gary a Lily.

—¿En serio?

—Al final, solo hay un lugar al que ir, un último paisaje que admirar. Tenéis tiempo, unos pocos años todavía. —Abrazó a Lily una vez más y bajó a su bote. Echaron los remos al agua y el barco se alejó—. Sabes que ella estará allí.

—¿Quién?

Gary tuvo que gritar para hacerse oír.

—¡La aficionada al turismo de catástrofes! ¡Thandie Jones! Dale recuerdos cuando la veas.

El bote se alejó hacia las Rocosas casi sumergidas del todo. Los niños de la balsa salpicaban y jugaban en su estela, pidiendo monedas. Lily oyó la suave voz de Ana llamando al pequeño Boris para que regresara a casa.

Mayo de 2052

Boris tenía seis años. Y no tenía ni el más mínimo interés en un trozo de roca que asomaba del agua. Había rocas como esa por todas partes, que simplemente sobresalían. De hecho, él nunca se había subido a una. ¿Para qué habría querido hacerlo? No era una balsa, no iba a ninguna parte, no podías comértela, ¿para qué servía? Lo único extraño era que en esta había un mástil con una bandera, roja brillante con pequeños dibujos dorados en una esquina. Pero ni siquiera eso era interesante.

Sin embargo, debía mostrar interés, era lo que le había dicho su padre, Manco, porque la abuelita Lily estaba interesada. Otras balsas habían llegado para navegar alrededor de la roca; era una reunión en el mar, todos aquellos extraños que se acercaban a aquel lugar. Si todos venían es que había algo interesante que ver, ¿no?

Lily estaba sentada en su silla, tapada con una manta. Tenía setenta y seis años, una edad que ella denominaba «imposible». La mayor parte del tiempo dormía. Cuando estaba despierta observaba como se acercaba la roca, un punto de terca oscuridad en el reluciente océano, y Boris escuchaba obediente mientras la abuelita le contaba historias sobre los extraños días en los que el mundo había sido todo roca y casi nada de mar, y nadie nadaba o comía peces a no ser que quisiera hacerlo. En aquellos tiempos, decía, aquella roca particular había recibido varios nombres, antiguos como Chu-mu-lang-ma, y otros más recientes como Everest. Y era especial porque pronto aquella sería la única roca que asomaría en el agua, en todo el mundo.

Aquello impresionó a Boris, un poquito, pero ¿y qué? Incluso aunque la roca estuviera bajo el agua, siempre podrías bucear y nadar a su alrededor para verla si tenías tanto interés. Sin embargo, soportó que Lily le hiciera mimos y caricias y que le dijera que era un buen chico con la esperanza de recibir algo a cambio; un poco de pescado frito o una moneda. Y además, le gustaba la vieja Lily, de verdad, y no solo porque le regalara cosas.

Un poco más tarde, Lily se dormiría de nuevo, murmurando, babeando un poquito, y Boris se quedaría con ella y ocasionalmente le limpiaría la boca.

Otra balsa se acercó, más grande que la de ellos, construida con neumáticos grandes y gruesos y con una vela gastada que ondeaba al viento.

Los que iban a bordo de aquella balsa vestían el mismo mono azul ajado que siempre llevaba puesto la abuelita Lily. Pero Boris estaba más interesado en los niños



que vio jugando en la otra embarcación. Tenían un gran neumático que colgaba de una cuerda y podías subirte a él y balancearte; e incluso subir por la cuerda, que era como nadar en el aire.

Algunas personas saltaron a su balsa y fueron a saludar a Lily. Se inclinaron hacia ella y sonrieron.

Lily se movió y se estremeció al ver las caras que la rodeaban.

—¿Cómo se llama usted? ¿Me puede ayudar, por favor? Me llamo...<sup>[7]</sup>

—Lily. Lily. No pasa nada. Soy yo.

Lily abrió los ojos, parpadeando.

—¿Thandie? Thandie Jones... Y Elena, me alegro de veros. Siempre me he alegrado mucho de que os encontrarais la una a la otra. Nunca ha sido fácil encontrar a alguien en este mundo nuestro, lo sé. ¿Venís del submarino?

—¿El *New Jersey*? No, señora. Nos echaron fuera cuando facciones del Gobierno federal se hicieron con él en la evacuación final. Congresistas con sus mujeres, niños y amantes. Ahora nos dedicamos a las balsas, como vosotros. Y no tenemos ni idea de qué ocurrió con el *New Jersey*.

Thandie y Elena se agacharon para examinar a Boris. Thandie era morena y alta, Elena rubia y más baja. Las dos eran mayores, aunque no tanto como Lily, no tan mayores que ya no pudieran caminar. Thandie le revolvió el cabello.

—Y tú debes ser Boris. ¿No eres la cosa más mona que he visto nunca?

—Es mitad ruso, un cuarto inglés y un cuarto quechua, si nos dignamos a creer lo que Ollantay decía sobre sí mismo.

—Apuesto a que estaría muy orgulloso de su nieto, fuera lo que fuera.

—¿Tenéis monedas? —preguntó Boris—. ¿Sabéis hacer trucos?

—No molestes, Boris —dijo Lily.

—Un hombre dio un paso adelante.

—Hola, Lily Brooke.

—Jang... Jang Bahadur, eres tú, ¿verdad? Bueno, me dejas de piedra. Sigues siendo un hombre guapo, ¿eh?

—Y tú eres la luz de mis ojos, Lily Brooke.

—Mentiroso.

—Ha estado trabajando para nosotros, Lily —dijo Thandie—. Él y su hijo.

—¿Como serpas? Nunca volviste a Derecho, ¿eh?

—Nadie necesita abogados. —Señaló la roca—. ¡Pero mira eso! Menuda suerte, esa es la última montaña y ya nadie necesitará serpas nunca más. Estoy en paro otra vez.

—Sobrevivirás, así como sobreviviste a ese *Stalag* en el que se convirtió el Tíbet. Desaparecido con todo lo demás gracias a Dios, sí señor. Y tú sobreviviste para ver esto, las aguas que cubren el techo del mundo.

—Estoy bendecido...

Lily palideció y se llevó las manos al pecho. Thandie parecía preocupada. La madre de Boris, Ana, se acercó y permaneció al lado de Lily, como solía hacer en aquellas ocasiones, y le acarició el pelo gris.

—Tantas preguntas... —susurró Lily.

—Lo sé, Lily —respondió Thandie mientras se arrodillaba y miraba a Lily a la cara—. Quizá deberías descansar.

Una especie de gong sonó en alguna parte, en otra balsa, y el sonido llegó a ellos a través del agua.

—¡Es la hora! —Todo el mundo a bordo de las balsas se volvió para mirar el océano.

Boris también miró. Vio que el agua había subido, incluso mientras Thandie había estado hablando con la abuelita Lily. La roca ya apenas asomaba en la superficie, tan solo unos pocos salientes donde rompían las olas. No era más que una roca, pensó Boris exasperado. Pero su madre le apretó la mano con fuerza. Deseó que todo acabara de una vez, que la piedra se hundiera y él pudiera salir a nadar.

—Preguntas —dijo Lily como si le costara hablar. Hizo un gesto a Thandie—. Escucha. Vi a Gary. Nos encontramos. Hace años. Dijo que te encontraría aquí hoy. Te manda recuerdos.

Thandie le dio un beso en la mejilla.

—Gracias.

—Tiene una teoría. Sobre la vida de los mundos oceánicos. Tormentas y cosas así. Un nuevo equilibrio.

Thandie rió sarcástica.

—Gary no dice más que tonterías. Hace treinta años que no hace ciencia de verdad. Lo quiero mucho.

—¿Pero crees, piensas que podría ser posible? ¿Ese es el futuro? ¿Por eso ha sucedido todo esto? ¿Que la Tierra está buscando una nueva forma de conservar la vida?

—No lo sé —respondió Thandie—. Nadie lo sabe.

El gong resonó de nuevo, e incluso Boris se volvió para observar la roca.

—Y es una buena teoría —continuó Lily tirando de la manga de Thandie—, buena. Me mantiene despierta por las noches. Bueno, muchas cosas me mantienen despierta por las noches. Thandie, yo navegué en el *Arca Tres*. Y vi despegar el *Arca Uno*, o eso creo. Pero...

Una ráfaga de viento provocó olas que rompieron en la roca cubriéndola por completo durante unos instantes. Incluso la bandera quedó empapada. La ola pasó y la roca volvió a asomar, pero ahora estaba mojada y estaba claro que no iba a durar mucho más.

Llegó otra ola. La roca no reapareció. Una especie de aplauso poco entusiasta surgió de todas las balsas.

El momento había pasado. El pequeño grupo de balsas empezó a dispersarse. Todos empezaron a hablar de cosas reales como la pesca y si llovería aquel día, mientras le daban la espalda a la roca. Boris observó aquel neumático para columpiarse. Era la cosa más maravillosa que había visto nunca.

La abuelita Lily volvió a tirar de la manga de Thandie.

—Pero —susurró—, pero Thandie, ¿qué hay del *Arca Dos*?

## Epílogo

Como se menciona en el capítulo 34, la literatura sobre inundaciones globales se remonta a Noé y más allá, y ha continuado hasta el presente con ejemplos como *All Aboard for Ararat* (1940) de H.G. Wells y *The Second Deluge* (1912) de Garrett P. Serviss. El tema de la inundación es un mito antiquísimo en nuestra cultura.

Pero hay personas que sugieren que la humanidad quizá haya sido testigo de enormes inundaciones en el pasado. Por ejemplo, cuando el hielo de los polos se redujo hace veinte mil años, el océano creciente sobrepasó la presa natural del estrecho del Bósforo y formó el mar Negro que conocemos hoy en día, y todo en cuestión de unos pocos años (ver *Noah's Flood* de William Ryan y Walter Pitman, Simon y Schuster, 1998).<sup>[8]</sup> Quizá nuestras leyendas sobre inundaciones sean recuerdos de traumas reales sucedidos en el pasado.

Mientras tanto, existen pruebas de que bajo el manto terrestre, debajo de las profundas capas de roca que forman la estructura de la Tierra, existen grandes masas de agua que podrían verterse en los océanos ya existentes (ver «Water in the Earth's Upper Mantle», *Nature*, vol. 358, págs. 295-302, 1992). Recientemente dos científicos americanos han anunciado que gracias a la prueba de las ondas sísmicas han descubierto un océano atrapado en las rocas porosas debajo de Pekín (*New Scientist*, 10 de marzo de 2007), mientras que científicos de Tokio han observado como el agua es absorbida hacia el interior del manto en zonas de subducción (*Science*, 8 de junio de 2007). En la 37.ª Conferencia sobre ciencia lunar y planetaria que se celebró en Texas en marzo de 2006, se formularon algunas teorías que ilustraban cómo planetas enteros, incluso muy cercanos a su estrella principal, podían formarse con enormes masas de agua en su interior.

James Lovelock en su *Gaia: A New Look at Life on Earth* (OUP, 1979),<sup>[9]</sup> afirmó por primera vez que la Tierra podía entenderse mejor como un sistema autorregulable con componentes físicos, químicos y biológicos; un sistema con varios estados estables. Sin embargo, la teoría de un nuevo período estable reflejado en un mundo inundado, cálido y lleno de tormentas (capítulo 95), no es más que especulación mía, aunque las condiciones han sido extrapoladas a partir de un período de la Tierra dominado por un solo supercontinente y un mundo oceánico (ver *Supercontinent* de Ted Nield, Granta, 2007).<sup>[10]</sup>

La vulnerabilidad del Reino Unido ante inundaciones ha sido explorada por el programa Foresight, al mando del cual se encuentra la Oficina de Ciencia y Tecnología del Gobierno (*Future Flooding*, 2004, [www.foresight.gov.uk](http://www.foresight.gov.uk)). La descripción de la inundación de Londres que ofrezco aquí ha sido extrapolada con

grandes libertades de los acontecimientos de junio y febrero de 1953, que impulsaron la construcción de la barrera del Támesis. El plan estratégico más reciente para hacer frente a una inundación de Londres fue ideado por las fuerzas del London Resilience Partnership en marzo de 2007 ([www.londonprepared.gov.uk/downloads/flood\\_response\\_plan.pdf](http://www.londonprepared.gov.uk/downloads/flood_response_plan.pdf)).

Le estoy muy agradecido a Malcolm Burke de Shaperon Systems ([www.shaperontsystems.com](http://www.shaperontsystems.com)) por ayudarme en mis investigaciones y con los datos necesarios para diseñar los mapas incluidos en este volumen.

Las citas bíblicas pertenecen a la Biblia del Rey Jacobo.

Cualquier error o inexactitud es única y exclusivamente responsabilidad mía.

Stephen Baxter  
Northumberland  
Enero de 2008



STEPHEN BAXTER nació en Liverpool en 1957. Se interesó por la ciencia ficción gracias a la televisión y al cine, y quedó fascinado por la idea del futuro, de imaginarlo y de poder saber algo acerca de él. Empezó a escribir relatos cuando aún iba a la escuela; con dieciséis años, un profesor que hacía guiones para la radio le enseñó a dar un mejor acabado a sus historias para presentarlas a las revistas. Después de una sucesión de rechazos, sin embargo, comprendió lo difícil que sería vivir de la literatura y, de hecho, no se convertiría en escritor profesional hasta 1995. Desde siempre, Baxter tuvo un espíritu inquieto; obtuvo el Graduado en Matemáticas por la Universidad de Cambridge y en Ingeniería por la Universidad de Southampton, pero jamás estuvo del todo satisfecho, debido a que el de estas disciplinas era un enfoque demasiado concreto y prefería observar la ciencia desde un punto de vista general. Tras los estudios trabajó como profesor de matemáticas y física, y aprovechó las vacaciones para escribir una primera novela que no llegaría a venderse. En 1991 realizó las pruebas para convertirse en astronauta invitado en la Mir, aunque finalmente no consiguió el puesto; en contrapartida, fue también en 1991 cuando por fin pudo ver publicada una novela que había escrito en 1998, *Raft*. La historia narra cómo un grupo de viajeros quedan atrapados en un universo en el que la fuerza de gravedad es un millón de veces más intensa que en el nuestro. Esta novela pronto se convertiría en el inicio de la serie de «La secuencia Xeelee», una recreación de una vasta historia futura del universo, en la que los mismos seres humanos tienen solo un pequeño papel comparados con los poderosos xeelee. Baxter alternó la saga de los

«Xeelee» con ucronías como *Antihielo*, en la que el descubrimiento de un meteorito de antimateria lleva a la Inglaterra victoriana al espacio, y la novela que a la postre le haría saltar al primer plano del género, la multipremiada *Las naves del tiempo*, una secuela del clásico de H.G. Wells *La máquina del tiempo*. Tras los «Xeelee», y con el éxito de *Las naves del tiempo* a sus espaldas, Baxter comenzó a escribir obras de estilo más contemporáneo, con una calidad literaria más cuidada y un tratamiento más profundo de los personajes. *Voyage* es una historia alternativa en la que las misiones Apolo son seguidas por una misión tripulada a Marte. También se acercó a los lectores juveniles con las novelas de la serie «Mamut», situadas en un mundo en el que esas criaturas no se llegaron a extinguir y son incluso utilizadas en un programa de terraformación de Marte. Su producción más reciente incluye la serie «Manifold», en la que explora las razones por las que parecemos estar solos en el universo, y la novela *Evolución* una de sus obras más trascendentes y comprometidas. Hasta hoy, Stephen Baxter es el autor de cerca de una treintena de títulos, y ha escrito además alrededor de cien relatos ganando los prestigiosos premios de la British SF Association, el Philip K. Dick o el Campbell Memorial, entre otros, así como galardones internacionales como el Karl Lasswitz de Alemania, el Seiun y el Hayakawa de Japón, el Ozone de Francia o el Ignotus de España.

# Notas



[1] Las palabras en cursiva están en español en el original. <<

[2] N. de la T.: Según una vieja tradición, un *cockney* es un londinense que ha nacido dentro de la zona donde se escuchan las campanas de la iglesia de St. Mary-le-Bow. Es decir, en el centro de Londres. <<

[3] N. de la T.: FEMA: siglas en inglés para Federal Emergency Management Agency. Es decir, la Agencia Federal para el Manejo de Emergencias. <<

[4] N. de la T.: IPCC, siglas de Intergovernmental Panel on Climate Change, el Grupo Intergubernamental de Expertos sobre el Cambio Climático. <<

[5] Las palabras en cursiva están en español en el original. <<

[6] Las palabras en cursiva están en español en el original. <<

[7] Las palabras en cursiva están en español en el original. <<

[8] N. de la T.: *El diluvio universal: nuevos descubrimientos científicos de un acontecimiento que cambió la historia*, William Ryan y Walter Pitman, editorial Debate, 1999. <<



[9] N. de la T.: *Gaia, una nueva visión de la vida sobre la Tierra*, James Lovelock, Editorial Orbis, 1987 y editorial Hermann Blume, 1983. Ambos descatalogados. <<

[10] N. de la T.: *Supercontinente: la increíble historia de la vida en nuestro planeta*, Ted Nield, ediciones Paidós Ibérica, 2008. <<